



No me debes nada

CONTI CONSTANZO

Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Es por ti que aprendí el valor de los libros, a quererlos y a atesorarlos como tú lo hacías y porque sé que desde algún lugar del cielo te sientes orgulloso.

Esta novela es para ti.

Juntos algún día nos volveremos a sentar y leeremos hasta que la noche nos sorprenda o hasta que no nos queden hojas por leer.

Gracias, tata... Tu más linda lo logró.



Antonia daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño y cuando por fin comenzó a caer en los brazos de Morfeo, a eso de las cuatro de la madrugada, sonó su móvil, sobresaltándola.

—¿Diga? —contestó, con el corazón encogido, pensando que algo malo había ocurrido para que la llamaran a esas horas intempestivas.

—Anto... ¿eres tú? —habló su hermana, con la voz irreconocible.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó un poco alarmada.

—Necesito que vengas —pidió Francisca, pero no continuó, porque alguien le arrebató el teléfono.

—¿Antonia López? —dijo una voz de mujer que ella no reconocía.

—Sí, sí, soy yo, ¿quién es usted? ¡Páseme a Francisca!

—Luz Estévez, la enfermera que la cuida, la llamo desde Buenos Aires. Su hermana...

Ya despierta del todo, Antonia gritó, interrumpiéndola:

—¿¡Qué ha pasado!?! ¿Mi hermana está bien? Quiero hablar con ella. ¡Pásemela! ¡Ahora!

La enfermera le entregó el teléfono a Francisca; estaba claro que la joven no quería hablar con ella.

—Anto, estoy en Buenos Aires porque...

—¿¡Cómo?! Pero ¿qué estás haciendo ahí...!

—Escucha, por favor, necesito que vengas.

—¿Estás loca! ¿Qué pasa?

—Mira es que... —Ya apenas se la oía, así que Luz cogió nuevamente el teléfono.

—Yo se lo explico. Mire, su hermana se realizó una rinoplastia ayer y ha habido una complicación, por lo que necesita que alguien la acompañe. Me ha pedido que la llame, porque no quiere estar sola y porque...

—¿Cómo que ha habido una complicación? —la cortó alarmada.

—Dice que no va a volver así, que parece Michael Jackson y que no quiere que nadie sepa qué ha pasado.

«Pero será tonta...», pensó Antonia.

—En serio, ¿cómo está? ¿De qué complicación me habla? Por Dios, que me estoy muriendo de angustia, por favor, dígame.

—Tuvo una mala reacción a la anestesia y tiene la cara inflamada y amoratada, tendrá que quedarse unos días aquí en el hospital. Por eso la hemos llamado, no puede estar sola y cuando le hemos pedido que nos dé el nombre de algún pariente, la ha mencionado a usted, señorita López.

Antonia estaba paralizada, pensando en lo irresponsable y loca que había sido su hermana. Cuando al fin pudo articular palabra, dijo:

—Sí, sí, ahora voy para allá, llegaré lo antes posible. Mientras, cuídela, por favor, señorita —murmuró acongojada.

Con la cabeza a mil por hora y sin saber muy bien qué hacer, se levantó y encendió el ordenador para comprar un billete de avión. Con lo nerviosa que estaba no pudo hacer mucho, así que decidió llamar. Le dieron un pasaje para el mediodía que le costaría un riñón y la mitad del otro. Pero, bueno, no había nada más que hacer, su hermana la necesitaba y la tarjeta aguantaría un poco más.

Cuando se metió en la ducha, lo único que sabía era que no podía avisar a su abuela María, dado que ya era viejecita y no quería que se llevara un disgusto más a causa de su hermana: ya tenía bastante con aguantarlas a las dos y quererlas. Al pensar en su cariñosa abuela, Antonia recordó también a su abuelo, que había muerto hacía poco, y se le encogió el corazón.

«Ya basta de recordar y pensar en mi viejecito y centrémonos en la pesadilla que se avecina», se dijo, aunque lo que realmente la preocupaba era cómo estaría su hermana, a quien, a pesar de todo lo que había cambiado, Antonia quería más que a nada en el mundo. Era su hermana pequeña, aunque sólo fuera un año menor.

Cuando salió de la ducha eran las seis de la mañana y aún tenía que esperar hasta las nueve para avisar en su trabajo que se ausentaría unos días. No sabía bien cómo reaccionarían, pero tampoco podía hacer otra cosa. Tenía que ir con Francisca, no tenía más remedio.

Por otro lado estaba tranquila, porque tenía vacaciones acumuladas, que estaba juntando para cumplir un sueño que albergaba desde niña.

Cuando ya fue la hora, llamó al bufete de abogados donde era secretaria

administrativa.

—Buenos días, ¿Carmen?

—Buenos días, Antonia. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Bueno, sí, lo que ocurre es que debo solucionar un problema familiar y me tendré que ausentar unos días. Yo creo que serán únicamente dos, así que seguro que el lunes estaré de vuelta en la oficina.

—No te preocupes, todavía no ha llegado nadie del personal, pero tranquila, haré las gestiones para que esos días puedas cogerlos de tus vacaciones, ya lo firmarás cuando vuelvas.

—Gracias, de verdad te lo agradezco.

—Relájate, de algo me tiene que servir ser la prima del jefe.

Al colgar el teléfono, pensó en lo amable que era Carmen, una mujer mayor que, a pesar de estar jubilada hacía tiempo, seguía trabajando, y más que ser la secretaria del jefe, era la que lo sabía todo al dedillo, desde los cumpleaños hasta los datos de los clientes recientes. Por ser tan afable se ganaba el cariño de todos cuando la conocían a fondo, porque a simple vista tenía cara de pocos amigos.

Con el paso de las horas Antonia se sentía extraña, como ahogada no sabía por qué, pero lo atribuyó a la situación y lo tomó como angustia. Ya no podía más con la espera, sólo le faltaba dejar a su tortuga, *Matías*, con el portero, que la cuidaría mientras ella estuviera lejos.

Luego cogió un taxi hacia el aeropuerto.

Cuando llegó y vio el taxímetro ya le empezó a doler el bolsillo, porque eso había que pagarlo con billetitos y no con el plástico, que lo aguantaba todo y más.

Se dirigió al mostrador y esperó que el hombre que estaba delante de ella comprara su pasaje. Por lo que pudo oír, también era un viaje de último minuto, y en un abrir y cerrar de ojos lo tuvo todo listo para el próximo vuelo.

«Eso debe de ser un buen augurio», pensó.

—Hola, buenos días, he reservado un billete por teléfono, aquí está el código.

—Lo lamento, pero ese asiento ya está ocupado, lo acaban de comprar.

—Pero ¡cómo! Si lo he reservado por teléfono y lo he dejado todo listo.

—Pero no confirmado —contestó la señorita, muy calmada.

—Pero si estaba reservado, ¿por qué se lo ha ofrecido a otra persona? — Estaba alterada y de mal humor, producto del miedo de no poder viajar a ver a

su hermana.

—Es que el señor que estaba aquí es cliente preferente —explicó la señorita en tono firme.

—Pero ¡¿cómo es posible?! ¿Y ahora cómo soluciono yo el problema? ¡Tengo que viajar! ¡Es urgente! —gritó, fuera de control.

—Cálmese, no se ponga así —intentó tranquilizarla la mujer—, lo que le puedo ofrecer es ponerla en lista de espera, por si no se confirman todos los asientos.

—Está bien, si no tengo más alternativas... —Respiró hondo para tranquilizarse sin conseguirlo del todo.

Lo que había empezado como angustia ya comenzaba a transformarse en desesperación por no poder viajar. Para no pensar, se dirigió a comprar el periódico, pero justo en el instante en que llegaba, alguien se le adelantó y cogió el último ejemplar que quedaba.

«Esto es el colmo de la mala suerte», pensó Antonia.

Pero cuando se dio cuenta de quién se lo había arrebatado, se puso furiosa.

—¡Ah, no! —dijo en tono hosco—. Ese periódico lo he visto yo primero; de hecho, incluso lo he pagado, y usted en cambio lo ha cogido así, sin más.

—¿Perdón? —preguntó el hombre al que le habían dado antes su billete, girándose con extrañeza hacia quien le hablaba de esa manera.

Era muy guapo, alto, sobre el metro noventa, con ojos verdosos matizados en tonos café, y unas pestañas que cualquier mujer envidiaría.

—Ese diario es mío —recalcó Antonia, levantando la barbilla y enarcando las cejas.

—Está equivocada —contestó él tranquilamente.

—No, no estoy equivocada, yo ya lo he pagado y usted simplemente lo ha cogido, así que, démelo o, si no... —Se detuvo, no estaba pensando con claridad.

—O si no, ¿qué? —la desafió él.

—Mire, démelo y acabemos de una vez —respondió más calmada.

Sin decir nada, el hombre se dio la vuelta y se marchó.

Un gran error, porque Antonia se acercó a él como una loca y le quitó el periódico de las manos, chocando con una señora que llevaba una taza de café.

Todos los que estaban cerca miraban el incidente sin entender nada.

El tipo se dio la vuelta y, no dispuesto a dejarlo pasar, la miró con

dureza.

—Mire, señora... —comenzó a decir.

—¡Señorita! —lo corrigió ella con altivez.

—De acuerdo... *señorita* —dijo suspirando—, sepa usted que he pagado el diario junto con el desayuno, por lo tanto...

—¡Por lo tanto, nada! Es la segunda vez que me arrebató algo —le espetó al hombre, que, por supuesto, no entendía nada.

Ya irritado por la situación y dispuesto a perder de vista a aquella histérica, le entregó lo que tanto deseaba de mala manera, casi tirándoselo.

—Ahí lo tiene, señorita, léalo, a ver si así aprende algo. —Y dejándola con la palabra en la boca, se fue rápidamente a su mesa.

Antonia se sentía culpable por su reacción, no sabía por qué lo había hecho, pero ni muerta le pediría disculpas. Ya estaba teniendo un día lo bastante malo de por sí como para, además, tener que reconocer su error delante de un desconocido. Así que, con cara de pocos amigos, se dio la vuelta con su periódico y se sentó lo más lejos posible del tipo y lo más cerca del mostrador, y empezó a leer.

Tenía los párpados casi cerrados, cuando oyó una voz que decía:

—Señorita, señorita...

Abrió los ojos y vio que era una azafata.

Por un momento pensó que estaba soñando, pero no, ahí estaba ella, muerta de sueño en el aeropuerto, esperando embarcar.

—Dígame.

—Ha quedado un pasaje sin confirmar para el vuelo que está a punto de salir, ¿lo va a querer? Es un poco caro —añadió, mostrándole el billete—: éste es el precio.

«Como si tuviera otra salida», pensó Antonia, pero enseguida reaccionó.

—¡Tan caro!

—Es un billete de última hora, si lo hubiera comprado con antelación, le habría salido por menos de la mitad —contestó la joven.

«Con antelación, claro. Como llevo planeando este viaje desde hace tanto tiempo», se mofó para sí misma.

—Me lo quedo, no tengo más remedio —dijo, siguiéndola hacia el mostrador—. Tenga, cárguelo aquí —añadió, entregándole la tarjeta dorada que tan pocas veces había usado.

—Puede pasar a embarcar por la puerta número 6, al fondo del pasillo a

la derecha —le explicó la azafata, devolviéndosela.

Antonia estaba más calmada y contenta por haber conseguido finalmente un billete, aunque fuese el más caro del mundo.

Avanzó hasta la puerta de embarque. No había nadie haciendo cola, todos habían entrado ya, sólo las azafatas esperaban. Muy amablemente, éstas le solicitaron el billete y le dieron la bienvenida.

Mientras caminaba por el finger, Antonia pensaba en su hermana y en todo lo que ésta hacía para gustarle al hombre con quien estaba, y eso la molestó. ¿Por qué no podía su novio quererla tal cual era? No era una belleza, pero su nariz era armónica con respecto a su cara y, además, la hacía parecerse a su madre, que habían perdido junto a su padre en un accidente de coche cuando ellas tenían once y doce años respectivamente; por eso se habían mudado a vivir con sus abuelos.

Empezó a mirar los números de los asientos y se quedó de piedra cuando se dio cuenta de que su compañero de asiento, que en ese momento miraba por la ventana con gesto serio, era el del incidente de la cafetería.

—Debe sentarse —le ordenó la azafata, que estaba acomodando unas maletas en el compartimento superior.

—Sí, sí, enseguida —balbuceó ella.

Cuando el hombre se volvió para mirarla, su cara mostró más enfado que sorpresa.

—¡No lo puedo creer! —exclamó, soltando el aire contenido.

—Mire, no es lo que a mí me hubiese gustado, pero es lo que nos ha tocado, así que, por favor, hagamos como que no nos conocemos y tengamos el vuelo en paz, nos quedan varias horas de viaje. Tome, aquí tiene el diario, por si quiere leerlo.

Él se puso de pie sin siquiera mirarla y se dirigió hasta una de las azafatas, que estaba detrás de unas cortinas, hablando por teléfono.

—Señorita.

—Debe sentarse, señor, el avión está a punto de despegar.

—No, escuche, necesito que me cambie de asiento.

—Señor, lo lamento, el avión está lleno y no tenemos más asientos disponibles.

Ella lo miró con una sonrisa digna de anuncio de dentífrico.

—¿Sería tan amable, por favor, de ver qué puede hacer? —insistió él.

—Claro, claro, señor, veré qué podemos hacer por usted. Estoy aquí para

ayudarlo —contestó la azafata, totalmente embelesada.

Ésa era la reacción que él esperaba, la que causaba siempre en las mujeres. A eso estaba acostumbrado, no a que lo trataran como lo había hecho anteriormente su compañera de asiento.

Resignado, volvió a donde se encontraba la mujer que lo tenía de tan mal humor.

Al acercarse, vio algo extraño en aquella maleducada: estaba con los ojos cerrados, moviendo los labios en silencio. ¡Estaba rezando!

Sin saber por qué, sintió una punzada en el corazón. Sabía que era prepotente y que tenía mal genio, que no era en absoluto parecida a las mujeres con las que él se relacionaba, pero al verla ahí tan tranquila tuvo una extraña sensación.

—¿Se te ha perdido algo o sigues ahí de pie porque te gusta!?

Todo lo que acababa de sentir se fue por la borda.

Antonia no sabía por qué hacia él sólo le salían exabruptos. Ella no era así, pero aquel hombre tampoco se lo ponía fácil.

—No, estaba esperando para pedirle permiso, pero como usted es claramente una maleducada, no creo que conozca siquiera el significado de esas palabras.

—Pase, pase, por mí no se detenga —contestó mofándose.

En ese momento, se oyó por el altavoz el mensaje de que se abrochasen los cinturones y enderezaran los asientos.

Rápidamente, Antonia lo hizo y luego se puso tensa, ante la atenta y sorprendida mirada de él.

Mientras el avión despegaba, mantuvo los ojos cerrados y las manos apretadas, hasta que la azafata empezó a hablar. Entonces abrió los ojos y escuchó respetuosamente.

—No se preocupe —dijo el hombre—, este trayecto es corto y, aunque se moverá en algunos momentos, volar es muy seguro. Hay más accidentes de coche que de avión, así que puede estar tranquila. Me llamo José Ignacio Zúñiga —se presentó.

A Antonia le extrañó que ahora fuese amable con ella.

—¿Nacho? —preguntó para ser cortés.

—No —aclaró él—. José Ignacio.

—Ah... eh... Antonia López.

—¿Es su primera vez?

Al oír eso, sin saber por qué, Antonia se sintió incómoda, aunque él claramente se estaba refiriendo al vuelo.

—No, no es mi primera vez, he volado ya varias veces, es sólo que no consigo acostumbrarme.

«Mentirosa», pensó José Ignacio, pero quería tener un viaje tranquilo y no deseaba seguir discutiendo. No dijo nada.

Incómoda por cómo la miraba él, Antonia llamó a la azafata y le pidió un antifaz para poder dormir.

—Enseguida se lo traigo —contestó ésta.

—Se lo agradezco.

José Ignacio no entendía por qué a pesar de querer ser amable con ella, la joven lo rechazaba; eso lo irritaba increíblemente.

—Si va a dormir, mejor le cambio el asiento, así no la molesto si me quiero levantar —sugirió.

—Gracias, pero no es necesario.

—Insisto —replicó él.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó ella de mala gana, cambiando de sitio.

Cuando llegó la azafata, se encontraba embobada mirando el cielo, las nubes, la cordillera y tardó un momento en reaccionar cuando la mujer le dijo que le había traído el antifaz.

Quería dormir, estaba realmente cansada, pero el paisaje era tan bonito que no la dejaba. Quería mirarlo todo y grabar en su memoria lo máximo posible.

—¡Ay, qué preciosidad! —suspiró.

—¿Cómo?

—Ah, no, nada, estaba hablando sola, disculpe...

Él, con la arrogancia que lo caracterizaba, aunque educadamente, dijo:

—Sí, es muy bonito, pero cualquiera pensaría que con tantas veces como ha viajado ya estaría acostumbrada.

—Eh..., no, en realidad no.

Ya no podía echar marcha atrás de su mentira; si no, quedaría como una tonta, además de como una mentirosa ante aquel hombre.

Al cabo de un rato, se quedó profundamente dormida.

De pronto, José Ignacio se descubrió mirando a aquella chica que, sin saber por qué, le atraía tanto.

Era absurdo, a él no le faltaban mujeres. Además, a aquélla no la conocía y lo poco que sabía de ella era que no se parecía a ninguna de sus amigas. Ni siquiera era una belleza, aunque su pelo castaño oscuro largo, su tez blanca, sus ojos color miel y sus labios... Eran unos labios que quería besar, perfectamente dibujados y sin pintar, de un rosado natural. Toda ella era natural, pensó. De pronto, la joven se movió, y se oyó un leve ronquido que lo hizo sonreír. Cuando movió la cabeza un poco para acomodarse, vio divertido que una pequeña gota de saliva le caía por la comisura de los labios.

—Antonia, Antonia... —susurró.

«Si le digo que babea mientras duerme, me mata seguro», se dijo.

Al oír aquella voz tan sexy, ella abrió los ojos de golpe.

—¿Qué, qué pasa? —preguntó sobresaltada—. ¿Por qué me miras así?

—Nada, tranquila, que ya estamos llegando. Tienes que enderezar el asiento —le dijo, pasándole lentamente los dedos por la comisura, ahora seca, de su boca.

Al notar el calor de su tacto, Antonia se quedó muda. Sólo pudo mirarlo y disfrutar extasiada del momento, de aquella delicadeza que la hizo estremecerse de emoción.

De pronto, la hermosa burbuja se rompió cuando el avión dio una pequeña sacudida y cada uno volvió a mirar al frente sin decir una sola palabra.

Confusa por lo que había pasado y con la angustia de recordar a su hermana de repente, se puso en pie rápidamente para salir del avión.

En ese preciso instante, él la cogió del codo para decirle algo antes de que se fuera.

—¡Suéltame! —le espetó Antonia—. ¿Qué te pasa?

Sin entender mucho a qué venía esa reacción, José Ignacio la miró extrañado, pero antes de que pudiera siquiera decir una palabra, ella le gritó:

—¡No vuelvas a tocarme! ¿Me oyes? ¡Qué te has creído!

Desconcertado y molesto por su trato, la miró enfadado. Ella se volvió, dándole la espalda.

—Sólo quería comentarte que babeas mientras duermes, además de roncar —le soltó así, sin más.

Dándose la vuelta hecha una fiera, Antonia chilló:

—¡¿Quién te has creído que eres?! ¡Eres un idiota que va por la vida creyendo que todas van a caer rendidas a tus pies, haciendo lo que tú quieres!

Pues siento decirte que conmigo te has equivocado.

Y se dirigió como una flecha hacia la salida, chocando con varios pasajeros en su avance, que la miraban sin entender nada.

Mientras, José Ignacio la observaba marcharse, interesado por aquella mujer que no tenía nada que ver con su vida, pero a la que, aun así, quería tener entre sus brazos. No sabía nada de ella, sólo su nombre, pero a él, un hombre con influencias, no le sería difícil encontrarla... O al menos, eso esperaba.



Cuando bajó del avión, ofuscada como estaba, Antonia no sabía muy bien adónde dirigirse, así que siguió a la multitud, todavía un poco aturdida.

Una vez fuera del aeropuerto, que no se parecía nada al de Santiago, cogió un taxi para ir directamente al hospital. No sabía dónde se alojaría durante su estancia, pero tenía la secreta esperanza de poder quedarse con su hermana.

Después de un trayecto que se le hizo eterno, llegó a su destino. Cuando se bajó, quedó impresionada: aquello no era un hospital, era un vanguardista edificio gris, de seis pisos, con grandes ventanales y vestíbulo de doble altura. Era una clínica privada con todas las letras.

Ya desde fuera olía a modernidad, a culto a la belleza. Dentro todo era pulcro y simétrico, en medio del vestíbulo había una estatua en mármol de una mujer desnuda, tapada sólo con una especie de paño.

Justo acababa de preguntar por su hermana en recepción cuando le sonó el móvil. Era su abuela, su querida abuela. ¿Qué hacía? ¿Contestaba? No, no podía y, con el corazón encogido, decidió no atender la llamada.

La enfermera le indicó el número de habitación, pero antes le comentó que el médico estaba esperándola para hablar con ella.

—Después —contestó Antonia con decisión—, primero quiero ver a Francisca.

Se quedó de piedra al abrir la puerta y ver a su hermana con la cara vendada y unos moretones entre el rojo y el lila en lo poco que le quedaba al descubierto. Toda la rabia que llevaba acumulada se desvaneció en cuanto la vio allí acostada.

—Fran... Estoy aquí, mi niña, estoy aquí.

—Anto, perdona yo no sabía...

—Chis, no te preocupes, no importa, después hablamos de todo. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué ha pasado?

—No se puede cansar mucho —indicó una enfermera que entró detrás de ella.

—De acuerdo —asintió Antonia.

Minutos más tarde, un médico entró en la habitación.

—Hola, soy el doctor Mengueti, cirujano de Francisca —saludó, tendiéndole la mano.

—Antonia López.

—Me gustaría hablar con usted. ¿Me acompaña a mi despacho?

—Sí, claro —respondió, dándole un beso en el pelo a su hermana antes de marcharse con el médico.

—Mire —empezó a decir él, cuando llegaron a su despacho—, su hermana se ha sometido a una rinoplastia y un levantamiento de pómulos.

Se quedó desconcertada, no se lo podía creer.

—No es un cambio muy drástico —la tranquilizó el hombre—, no crea que bajo esas vendas encontrará a otra persona, sólo se resaltarán más sus facciones y su tabique quedará un poco más estrecho.

Mientras escuchaba al doctor Mengueti, Antonia sentía cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. No podía entender el porqué de ese cambio de su hermana, por qué quería ser una persona que no era. ¿Tanto deseaba gustarle a su novio? Francisca se esforzaba por ser algo que seguramente él quería que fuese. No se ponía más pecho porque ambas tenían un buen tamaño, heredado de su madre; si no, seguro que también lo haría.

«Mi hermana es tonta», pensó.

—Durante la operación —continuó diciendo el médico—, hubo una pequeña reacción alérgica a la anestesia y sufrió una arritmia, pero todo está controlado. Sin embargo, hemos decidido que sería mejor que se quedase unos días aquí hasta que esté completamente recuperada. Y no es bueno que esté sola, por eso la hemos llamado, aunque no es nada grave, tranquilícese.

—¿Que me tranquilice?! —exclamó, un poco más fuerte de lo que pretendía—. ¿Cómo quiere que me tranquilice si me dice que mi hermana tuvo una arritmia y una reacción alérgica!? ¿Y si le hubiese pasado algo? ¡Dígame!

—Cálmese, cálmese, eso no pasó y ahora está bien. Que algo así suceda no es tan extraño como usted cree, pero ya le digo que está todo controlado, de verdad, despreocúpese. —El médico seguía hablando con calma, a pesar de la

reacción histérica de Antonia—. Como le digo, es aconsejable que su hermana se quede un par de días aquí en Buenos Aires y que no viaje inmediatamente de vuelta a Santiago.

—De acuerdo —sólo eso pudo articular.

—¿Tiene alguna pregunta?

Antonia negó con la cabeza.

Salió de la consulta para ir a la habitación donde estaba Francisca. La pena la invadía, mientras trataba de digerir toda esa información. No es que Antonia fuera contraria a la cirugía estética, sólo que no entendía el cambio tan drástico que había querido llevar a cabo su hermana. Ya se lo había cambiado todo, desde el color del pelo hasta la cara, su preciosa carita.

—Hola —le dijo cuando la vio—, he estado hablando con el médico y me voy a quedar aquí contigo.

De repente, Francisca se echó a llorar.

—No, no, mi niña, no llores. Todo está bien, tranquila —susurró, abrazándola protectora.

—Es que yo no quería que esto...

«Ni yo», pensó Antonia.

—Chis, ya tendremos tiempo de hablar.

Francisca debía estar tranquila. Así estuvieron mucho rato, en silencio. No la podía regañar, no era el momento.

Llegó la enfermera para decir que la hora de visita había terminado hasta el día siguiente.

En ese instante, Antonia se dio cuenta de que no tenía dónde quedarse. Había pensado que podría hacerlo en la clínica, pero entendió que no era posible.

—Anto, puedes ir a mi hotel, está pagado para toda la semana.

Ella asintió con la cabeza.

—En el bolso está la llave.

Cuando cogió el bolso y sacó una tarjeta, puso cara de asombro al ver que se trataba de un lujoso hotel.

—¿Estás en el Hyatt?!

—Sí, es mi regalo de boda adelantado. Todo esto, el viaje, la cirugía, todo.

—Pero ¿cómo? No lo entiendo... Entonces, ¿por qué no estás con tu futuro maridito? —preguntó irónica.

—No empieces, por favor, ahora no.

Sin embargo, ofuscada como estaba, ella le soltó:

—Es que no entiendo nada. Si él era quien quería esto, por qué estás aquí sola y no con el idiota ese.

—Es que no podía dejarlo todo colgado para acompañarme...

—Ah, claro, pero tú, como una tonta, sí podías venir sola a hacerte todo esto, ¿no?

—Sí, ya soy adulta.

—Y sin contárselo a nadie, ¿no es cierto?

—¿Ves? Por eso no te dije nada. Mira cómo te has puesto, ¿me habrías apoyado?

—No —contestó tajante—. Es que no entiendo qué te pasa. Estás tan diferente, es como si fueras otra persona.

—Quiero ser otra persona, Antonia, quiero ser diferente, sacarme la pobreza de dentro, destacar, tener dinero, ¿acaso eso es tan malo?

—¡No puedes ser otra persona! ¡No puedes olvidar quién eres, ni de dónde vienes! ¡Ni con mil cirugías lo podrás hacer! No es malo querer ser más en la vida, pero tú quieres cambiar para gustarle a gente que nunca te considerará una igual.

—Eso piensas tú, yo no...

Antonia la cortó:

—¡¡Haz lo que quieras!! Pero si le haces daño a la abuela, no te lo perdonaré nunca. ¡¡Si ni siquiera sabe que te vas a casar, por Dios!! ¿Crees que es justo?

—¿Para qué explicarte nada, si tú no me vas a entender? Yo no soy como tú, a mí me importa lo que diga la gente y, además, quiero a Carlos, con él me siento diferente, me siento bien.

—Adiós, Francisca, mañana nos vemos —se despidió ella rápidamente.

Si seguía escuchándola, las cosas se pondrían peor. Quería quitarle esas tonterías de la cabeza, pero no era el momento ni el lugar.

Con una pícaro sonrisa en los labios, Fran le dijo:

—Ojalá te guste la habitación cortesía de Carlos.

Un gruñido fue todo lo que salió de la boca de Antonia.

Francisca no era una mala persona, sólo quería tener más de lo que había tenido de pequeña. Soñaba con una casa grande con piscina y un gran jardín en el cerro, con vistas a Santiago, y sabía que con Carlos lo podía conseguir;

sola, jamás.

Aunque en el trayecto tuviera que pasar unos cuantos malos momentos, para ella eran sólo daños colaterales, nada que un viaje o su tarjeta de crédito, gentileza de su futuro marido, no pudieran remediar.

Sin embargo, en el fondo le afectaba que su abuela, la dulce María, no supiera nada de todo aquello, porque además de no aceptarlo, la anciana no pegaría ni con cola en ese ambiente. Era demasiado humilde para todo ese mundo.

El calor de Buenos Aires a Antonia le resultaba insoportable, demasiado húmedo incluso avanzada la tarde. Cuando salió del hospital, paró un taxi y le dio el nombre del hotel.

El taxista trató de iniciar una conversación, sin embargo ella estaba demasiado sumida en sus pensamientos como para darle cuerda.

—Hemos llegado...

Antonia no podía creer lo que estaba viendo, aquello parecía un palacio. En realidad, lo era, el palacio Duhau, una mezcla de sofisticación y elegancia, iluminado completamente y con un vestíbulo con dos grandes columnas que llegaban hasta el techo, y una escalinata que llevaba directamente a la recepción.

El lugar era increíble, Antonia se sentía un poco princesa y al mismo tiempo fuera de lugar. Los detalles de la decoración, el suelo de mármol y la impresionante lámpara de araña que colgaba del techo la tenían anonadada.

Le preguntó a la recepcionista dónde estaba la habitación y le explicó que estaría allí un par de días mientras su hermana se recuperaba en el hospital. Estaba rellenando unos papeles cuando sintió una mirada clavada en su espalda, era una sensación extraña, como si alguien la estuviera examinando, pero no le dio importancia.

José Ignacio estaba hablando con un amigo en la puerta del bar que daba al vestíbulo cuando la vio. No podía dar crédito, era la mujer del avión, la misma que, sin saber por qué, no se podía quitar de la cabeza desde hacía unas horas. La suerte le sonreía, pensó con una sonrisa.

Cuando Antonia esperaba el ascensor junto al botones, le pareció oír una voz familiar, pero estaba tan cansada que no hizo caso.

Pocos minutos después, pararon en el tercer piso y siguió al botones, que, tras dejar su equipaje en una impresionante habitación, se marchó.

—¡Vaya! —exclamó ella cuando se quedó a solas.

Con todo lo que había vivido ese día y el cansancio acumulado, lo único que quería era darse una ducha, pero cuando entró en el cuarto de baño y vio la tremenda bañera, no se pudo resistir.

Cuando salió del baño estaba tan cansada que únicamente pensaba en dormir, pero su estómago comenzó a protestar, haciéndola reír a carcajadas, como en una especie de catarsis. Se puso unos pantalones blancos y una camiseta de tirantes azul, un conjunto que le quedaba muy bien y resaltaba sutilmente su figura.

Decidió bajar al bar, pues no pensaba cargar nada a la habitación para no tener que deberle ningún favor a su futuro cuñado. Prefería cenar algo ligero y distraerse un poco.

El lugar era ideal, el Oak Bar era un salón muy confortable, perfecto para relajarse un rato. Estaba en el primer piso del palacio, tenía una barra de roble con taburetes altos de cuero, aire antiguo, con paredes paneladas en fina madera, un hogar, sillones de cuero marrón y una bonita terraza con vistas al magnífico exterior.

Antonia se sentó junto a la ventana para mirar los grandes jardines que tenía delante. Luego pidió la carta. Tan concentrada estaba leyéndola y tratando de convertir los precios a pesos chilenos, que no se percató de que alguien se acercaba a su mesa.

—¿Le molesta si la acompaño? ¿Me puedo sentar?

Sintió que se le encogía el estómago al oír aquella voz ronca, y un escalofrío la recorrió entera.

Levantó los ojos por encima de la carta y ahí estaba aquel hombre sacado de un anuncio de dentífrico, con su preciosa sonrisa.

—No —contestó tajante.

No quería tenerlo cerca. Ésa era la sensación que había sentido en el vestíbulo, le había gustado, pero al mismo tiempo la aterrorizaba.

José Ignacio apretó tanto los puños que se le pusieron blancos los nudillos, dio media vuelta y se fue, mascullando algo que Antonia no logró entender.

Se sentía atraído como un imán por aquella descarada mujer, no sabía explicarse por qué. Pero ahora sólo estaba tratando de ser amable.

Con el paso de los minutos, Antonia comenzó a sentirse culpable por su forma de actuar, y en un acto impensado, se levantó y echó a andar hacia él. Pero unos pasos antes de llegar, vio que una mujer alta de pelo castaño y ojos

azules como el cielo le hacía señas y José Ignacio levantaba la cabeza y se paraba para saludarla.

Al ver eso, y sintiéndose extraña por haber reaccionado así, pasó por su lado sin siquiera mirarlo, simulando que iba al baño; sin embargo, sintió una punzada de celos cuando lo vio abrazar a la mujer por la cintura y darle un sonoro beso en la mejilla.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró Antonia, mirándose en el espejo de los aseos.

Hizo acopio de todas sus fuerzas, que a esas alturas eran pocas, para volver a su mesa. Comió bastante más rápido de lo normal, pero de vez en cuando miraba hacia donde se encontraba él con la mujer, en opinión de Antonia, ya demasiado familiarizados el uno con el otro.

Al volver a la habitación se acostó en su cama pensando en lo que había pasado en el restaurante y se durmió profundamente.

Se despertó sobresaltada con el odioso sonido de la alarma de su teléfono. Se arregló y fue a coger un taxi para dirigirse a la clínica. En el vestíbulo del hotel vio a José Ignacio, con un impecable traje oscuro. Era la última persona a la que quería ver en ese momento, pero por alguna extraña razón, también se alegró de coincidir con él.

Se dirigió hacia la puerta giratoria para no tener que encontrárselo de frente, pero él se dio la vuelta y sus miradas se cruzaron.

Sin embargo, esta vez ni se molestó en saludarla y se quedó de pie a su lado como si nada. Irritada por esa actitud, fue ella quien le habló:

—Buenos días. A mí me enseñaron a saludar por las mañanas; es signo de buena educación.

—¿Sí? —contestó él, entrecerrando los ojos—. Pues no parecía muy educada anoche.

—Usted tampoco sufrió mucho sin mi compañía, todo lo contrario, diría yo.

Al cabo de unos segundos, una sonrisa iluminó el semblante de José Ignacio.

—Le propongo una cosa —dijo—, ¿cenamos esta noche y limamos asperezas?

—No sé si puedo.

—A las nueve estaré en su habitación.

Y así, sin más, dejándola con la palabra en la boca, subió a un taxi y se

fue.

Antonia no sabía si reír o llorar: tenía una cita al otro lado de la cordillera con aquel hombre que tanto la desconcertaba.

Cuando llegó a la clínica, se alegró de ver a su hermana sentada en la cama, de mejor ánimo; ella también lo estaba.

La vista se le fue directamente al enorme ramo de rosas rojas que había en un jarrón, sobre la mesa.

—Son de Carlos —se apresuró a explicar Fran.

—¿Ha venido?

—No, me lo ha enviado. Lo he llamado esta mañana y le he contado lo que pasó. Dice que como tú ya estás aquí, no es necesario que venga, y que nos quedemos hasta el fin de semana, que él se encargará de todo. ¿A que es un encanto?

—¿En serio quieres que te diga lo que pienso?! —contestó ella sarcásticamente.

—Si me lo dices así, seguro no es nada bueno, mejor no me digas nada.

—Voy a avisar a la oficina para cogerme algún día más de vacaciones y estar más tranquila.

—Te quiero, en serio, gracias por todo.

—No me las des, soy tu hermana mayor.

Se enfrascaron en una conversación en la que hablaron de todo: temas serios, profundos, tristes, alegres y así se les pasó el día, entre risas y algunos lagrimones. Hasta que apareció el médico e interrumpió su charla. Les dijo que al cabo de dos días su hermana podría irse a casa. Después de que se marchara, sonó el teléfono de Francisca: era su abuela. Tenían que contarle la verdad, no podían guardar el secreto para siempre.

Y como siempre en la vida de las hermanas, fue Antonia la que habló con la abuela y se lo explicó todo por encima, omitiendo lo del incidente en la operación y, claro, lo de la boda. Luego habló Fran.

Las dos se sentían más tranquilas por no estar mintiéndole al único pariente que les quedaba en la vida.

—¡Me caso el 14 de febrero! —soltó de repente Francisca, tras colgar.

—Pero estamos en diciembre, ¿cuándo se lo vas a contar a la abuela?

—No se lo voy a contar. Carlos cree que no tenemos familia, que sólo somos tú y yo.

—No lo entiendo y no puedo creerlo, eres increíble —repuso Antonia,

apenada.

—No te pido que me entiendas, sólo que estés conmigo ese día, eres lo único que tengo.

Ella se dio la vuelta y la fulminó con la mirada y, más alterada de lo que parecía, le gruñó:

—¡Eres la persona más desagradecida que conozco! Siempre piensas en ti y sólo en ti. ¿Cómo le vas a hacer esto a la abuela? Ella es como tu madre, te crio. ¿No lo entiendes?

—¿Vas a estar conmigo o no? —preguntó Francisca, fría como un témpano.

Antonia no quería darle el gusto de llorar delante de ella. Además, no era de soltar lágrimas, pero sentía que la había perdido y que ya no había nada que hacer. Cuando Francisca se casara, viviría su vida dejándolo todo y a todos atrás, sin pensar en nadie más.

—Me voy, volveré mañana —dijo Antonia. Y se marchó.

Tenía ganas de despejarse un poco y decidió volver andando. Caminó bastante, sin fijarse en nada en concreto. Pasó por las calles casi sin verlas, llegó al hotel como una autómatas y se dirigió a su habitación. Sentía tanta rabia respecto a su hermana, a Carlos, contra todo... Quería irse y volver a su mundo, pero el corazón no le permitiría abandonarla.

Se sentó en el cómodo sofá tipo *chaise longue* de su habitación, situado junto a la chimenea, cogió el mando a distancia del televisor y empezó a cambiar de canales. Pero en realidad no veía nada, sólo quería abstraerse. Así estuvo un buen rato, hasta que alguien llamó a la puerta. No había pedido nada, pero tampoco se extrañó.

Cuando abrió, se quedó de piedra al ver a José Ignacio delante de ella, con vaqueros y un polo negro, mirándola sorprendido. No era para menos, de tanto llorar tenía el rímel corrido y un aspecto bastante desastrado. Se llevó las manos a la boca:

—Se me ha olvidado. Lo siento, es que...

—¿Estás bien? —preguntó. Y, con la seguridad que lo caracterizaba, entró en la habitación cerrando la puerta tras él.

Sin saber por qué, Antonia empezó a contarle todo lo ocurrido como una metralleta, hasta que de repente se dio cuenta de lo que estaba diciendo.

—Disculpa, no sé por qué te he contado todo esto, ni siquiera sé qué decir.

—Tranquila, no te preocupes.

Secándose las lágrimas, lo miró compungida, cosa que a él le llegó al corazón.

—¿Qué te parece si te arreglas y vamos a cenar? Salgamos de aquí, te espero en el bar.

—Está bien —contestó.

Respiró hondo y, cuando él se fue, se levantó haciendo un esfuerzo y se dio una ducha rápida. Se puso un sencillo vestido negro de algodón, al que añadió un pañuelo de cuello para hacerlo más elegante.

Bajó al bar y al entrar vio a José Ignacio sentado a la barra hablando con el barman. Su presencia llenaba completamente el espacio de su alrededor.

Al verla se quedó mudo y esbozó una lenta pero sexy sonrisa que la dejó sin aliento. La recorrió con la mirada como si estuviera disfrutándola. Ella, consciente de cómo la estaba observando, se irguió y caminó con paso lento pero seguro, acercándose a él.

—Estás muy guapa —dijo inclinándose para darle un beso en la mejilla.

Le pidió una copa y la cogió de la mano para guiarla hasta una mesa cercana junto a la chimenea.

—Había pensado que cenáramos aquí, pero al verte así se me ha ocurrido una genial idea.

—No sé si soy muy buena compañía —se disculpó ella.

—Bebe, así te irás relajando —le ordenó él, en su acostumbrado tono autoritario.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Ya lo verás. ¿Tienes hambre? —preguntó en un tono más lascivo que otra cosa.

Un escalofrío la recorrió, haciéndola sonrojar. Sin decir nada más, se terminó su copa, sintiéndose observada constantemente.



El sitio elegido por José Ignacio estaba situado en el corazón de Buenos Aires, un histórico edificio que parecía un palacio rehabilitado. El salón principal era un comedor con bellísimas pinturas, un escenario y pista de baile; a todo lo largo del techo se extendía un lienzo con los colores de la bandera nacional.

—Es la mejor manera de vivir el tango —le susurró él al oído, al entrar.

—Nunca había visto un lugar como éste —reconoció Antonia, sintiendo cómo se le erizaba el vello del cuerpo.

—Será una experiencia en todo su esplendor entonces —ronroneó él.

Se sentaron cerca del escenario y cinco minutos después empezó el espectáculo: una exhibición de tango con bailarines profesionales, una pareja de artistas que eran pura sensualidad sobre el escenario.

Una hora y media después, terminado el show, comenzaron a servir la cena.

—¿Habías venido antes? —preguntó Antonia, curiosa.

—No, es la primera vez. Cuando te he visto en el bar se me ha ocurrido. De hecho, te he imaginado bailando como ellos.

—Ja, ni lo sueñes, jamás podría bailar así, porque...

—¿Es demasiado sexy para ti o porque no sabes bailar el tango?

—Mmm, no sé y no me veo bailando así. ¿Tú sí?

—Me gusta hacer cosas nuevas. Disfrutaría mucho viéndote bailar el tango.

—Pero ¿¡qué dices!?! Y además no me gusta que me hables así, en ese tono —soltó de pronto, irritada.

Él sonrió y eso la desarmó, a pesar de la rabia que repentinamente había sentido.

—Cálmate, era una broma. —Sonrió con ternura, encogiéndose de hombros.

—Pues no me gustan ese tipo de bromas y te digo ya desde ahora que no pienses que vas a tener ningún rollo conmigo.

—¿Por qué crees que quiero tener un rollo contigo? —inquirió él con voz dura y penetrante.

—Eh, bueno, no sé, es que me estás...

—Sólo era una broma, relájate. Hemos venido para hacer las paces por lo de anoche y para que te sientas mejor por lo de tu hermana. Tómallo como un favor.

—No me gusta deberle favores a nadie —replicó hoscamente.

—Eres testaruda y muy interesante...

—Otra vez con la tontería.

—Está bien, haya paz —dijo José Ignacio, y empezaron a reírse, ya habían tenido bastante drama.

Al cabo de un rato, todo el mundo bailaba y él le preguntó si quería bailar.

—Te he dicho que no sé bailar —respondió ella, ruborizándose.

—Yo tampoco, pero da igual. ¿Alguien te conoce?

—Prefiero que no. —Y cambiando rápidamente de tema, preguntó—: ¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta pasado mañana. He venido por unos asuntos de trabajo, luego vuelo a São Paulo y después regreso a Santiago. ¿Y tú?

Sin saber por qué, se sintió un poco decepcionada con su respuesta.

—No lo sé todavía, creo que hasta el domingo.

—Entonces mañana te paso a buscar y cenamos de nuevo juntos. Así no me deberás nada, ¿te parece?

Riéndose, Antonia le dijo:

—Yo sólo te puedo invitar a comer por Puerto Madero, jamás a un lugar como éste.

—Entonces te invito yo y tú... pagas el postre —propuso, levantando una ceja.

—Tú nunca te rindes, por lo que parece.

—¿Por qué? No te estoy proponiendo nada del otro mundo, o ¿en qué estás pensando?

No sabía por qué, siempre que le hablaba le parecía como si estuviese insinuando algo. Se sintió fatal. No dijo nada hasta que, sin querer, bostezó disimuladamente.

—Veo que la aburro, señorita López —comentó José Ignacio, levantando una ceja.

—No, no, es que estoy tan cansada...

—Vamos.

No la dejó decir nada más, pidió la cuenta y se encaminaron a la salida.

Poniéndose de puntillas, Antonia le dijo muy bajito al oído:

—¿Siempre haces lo que quieres?

—Siempre —contestó con voz ronca.

Llegaron al hotel y él, como buen caballero que era, la dejó en la puerta de su habitación.

—Hasta mañana, te veo por la noche —se despidió.

Y así, sin más, se fue, dejándola con una sensación de querer más.

Cuando estuvo en la cama, dejó libres sus pensamientos. Se sentía un poco aturdida. José Ignacio la atraía como nadie lo había hecho hasta entonces, pero al mismo tiempo todo aquello le parecía una locura.

Además, no sabía nada de él, salvo que tendría unos treinta y seis o treinta y siete años, que era atractivo, seguro de sí mismo, arrogante y amable a la vez... Muy resuelto, con las cosas claras y de una buena posición económica, eso estaba claro por cómo se desenvolvía en la vida. Deducía que no estaba casado, porque no llevaba anillo, pero quizá estuviera separado.

«Pero ¿qué estoy haciendo?», pensó. Se dio la vuelta y, como cuando era pequeña, se tapó hasta la cabeza para no pensar y se durmió.

Al día siguiente, en la clínica, las cosas estuvieron tirantes pero tranquilas, las cartas ya estaban echadas y no había nada más que hablar respecto al tema, porque estaba claro que Francisca no iba a cambiar de opinión. Antonia estaba leyendo, cuando su hermana le preguntó:

—Anto, ¿qué hiciste anoche?

Sintiéndose como una quinceañera, se sonrojó y le contó la verdad.

—¡En serio! ¿y qué pasó?

—Nada, ¿qué crees?

—Bueno, podrías haberlo pasado genial y así te quitabas las telarañas.

«Me está provocando», se dijo.

—No digas tonterías, ¿quieres, por favor?

—No, ahora en serio, ¿cuánto hace que estás sola?

—No sé, un año más o menos —reconoció sin darle importancia.

—Mentirosa, más de dos. Si el último fue Javier, que se rio de ti como quiso. —Y tras decir eso, se arrepintió en el acto.

Antonia miró a su hermana con los ojos brillantes y respondió:

—Sí, más de dos años y estoy sola porque quiero. No necesito sexo para pasarlo bien.

—Anto, lo que sucedió con Javier ya pasó. No todo el mundo es igual, tienes que vivir, sólo trabajas y, con suerte, sales alguna vez a divertirte.

—¿Me meto yo en tu vida para que quieras dirigir tú la mía? —replicó molesta.

—Sí. ¿Acaso no me dices siempre lo mal que te cae Carlos?

—Eso es otra cosa, tú lo quieres por su dinero.

—No. Tú no lo entiendes. Con él me siento mejor de lo que soy.

—Serás tonta... Carlos lo único que quiere es tener a alguien a su lado. No se preocupa por ti, sólo por él.

—No empecemos —le pidió su hermana, haciendo un puchero.

—De acuerdo, de acuerdo, entonces no me digas estupideces.

—Pero en serio, ¿cuánto?

—No sé, quizá tres años. Y no tengo telarañas —contestó un poco avergonzada.

Se rieron como hacía tiempo que no se reían.

Cuando llegó la hora de irse y Antonia se despidió de Francisca con una sonrisa, ésta le dijo:

—Compra algo para matar las arañas y seguro que mañana estarás mucho mejor.

Ella la miró con cara de pocos amigos, le tiró un beso y se fue sin decir nada.

—Adiós, sor Antonia —le gritó su hermana.

Otra vez volvió al hotel caminando. El trayecto era muy agradable y había un montón de tiendas de marca, unas más elegantes que otras. Decidió entrar en una pequeña zapatería que vio en una esquina. Era muy bonita, con estilo, y cuando entró le llamaron la atención unos zapatos de tacón preciosos y se quedó enamorada de ellos. Para su sorpresa, no eran caros, así que decidió regalárselos por tanto momento tenso como había vivido, aunque lo que en realidad pensó fue que los estrenaría aquella noche cuando saliera a cenar con José Ignacio.

Al pasar por la recepción del hotel, la señorita la llamó.

—Dígame.

—Esto es para usted —le dijo, entregándole una bolsa de papel.

Extrañada, la cogió y vio que llevaba sujeta una nota.

Excitada igual que una niña, se apresuró hacia su habitación y, cuando estuvo dentro, se sentó en la cama, abrió el paquete y leyó la nota.

Ya sé que no te gustan los favores, pero créeme, lo vas a necesitar. Y recuerda, la cena la pago yo y el postre tú.

José Ignacio

Sacó lo que había dentro de la bolsa: un vestido rojo de tango ligeramente entallado, con tirantes finos anudados a la espalda y una falda asimétrica, que terminaba en diagonal a la altura del muslo. Había también unas medias negras caladas.

«Esto es de novela», pensó riéndose mientras se dejaba caer hacia atrás en la cama.

Después de pensar un rato, se fue a la ducha y decidió que se pondría el vestido, pero que lo pagaría. Definitivamente, no quería deberle nada.

Cuando ya estaba vestida, se calzó los zapatos que había comprado y que eran perfectos para el vestido.

Nerviosa, empezó a dar vueltas por la habitación. No quería pensar mucho; si no, conociéndose, daría marcha atrás, se quitaría el vestido y se pondría cualquier cosa, incluso ni siquiera saldría. Pero aquel hombre le gustaba más de lo que quería admitir.

Corrió cuando llamaron a la puerta y se llevó una decepción cuando, al abrirla, vio al botones.

—Señorita López, el señor Zúñiga me ha pedido que le avise que la espera en el salón Piano Nobile. ¿Me acompaña?

—Sí, claro, deme un momento. —Cerró la puerta suspirando, se echó perfume y salió.

En el trayecto desde la habitación hasta el salón, ubicado en el corazón del hotel, Antonia se sentía nerviosa y anhelante por encontrarse con José Ignacio. Tenía ganas de verlo, de percibir su olor, de sentirse protegida por ese hombre que irradiaba sensualidad.

Cuando él la vio aparecer en el umbral de la puerta, con el vestido de tango ajustado, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener aquel tono relajado y seguro que lo caracterizaba, porque lo que en realidad quería era subir a la suite y hacerla suya.

Antonia, por su parte, lo vio en el salón con su traje de tango, tan varonil, y sintió que se le encogía el estómago y empezaba a sonrojarse.

—Estás preciosa —la saludó con voz ronca.

—Gracias, pero no tenías que darme nada, te lo voy a pagar.

—No te preocupes, no es necesario —contestó, esbozando una leve sonrisa.

—¿Qué es esto?

—Esto es un bufet libre con la cena. Tendremos una clase de tango y degustaremos algunas cosas típicas de este país, ¿te parece?

El lugar era un salón de tamaño mediano, con suelos de roble, lámparas de araña y unas espectaculares vistas al jardín.

Nerviosa como estaba, Antonia le dijo:

—Yo no quiero aprender nada.

—¿Por qué? Ya estamos aquí, relájate.

En ese momento llegaron Federico y Milagros, los profesores de tango, quienes, de inmediato, cogieron a los alumnos por la cintura y, sin darles tiempo a nada, les ordenaron:

—¡Venid para acá, vamos a empezar con lo básico!

José Ignacio, mirándola con una sonrisa que la estremeció por dentro, se encogió de hombros.

—Disfruta, es un juego. ¿Qué más da?

Así pasaron un buen rato, bebiendo y degustando las delicias que les ofrecían, mientras ensayaban con los profesores los movimientos básicos del tango, empapándose de sensualidad y dejándose llevar por la magia del momento.

—Ahora os toca a vosotros —señaló el profesor, indicándoles a continuación cómo comenzar el baile.

Antonia, más animada de lo normal, pues no estaba acostumbrada a beber, fue la primera en responder a la invitación acercándose a José Ignacio con una sonrisa pícaro en los labios y una mirada excitante.

—¿Empezamos?

Él, feliz por el rumbo que estaba tomando la velada, la cogió con fuerza

de la cintura y la llevó hasta el medio del salón.

—¿Estás segura? —preguntó, mirándola con intensidad en el mismo instante en que comenzaba a sonar *El tango de Roxanne*, lo que terminó de electrizar el ambiente.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de ella, que lo miró a los ojos; comenzaron a danzar con un diálogo nuevo entre sus cuerpos, la seducción en movimiento, con sensuales caricias, como si hubiese un romance entre los bailarines. Se movieron por todo el lugar con la música invadiendo sus sentidos y sus ojos, que no dejaban de mirarse, fundiéndose en un solo ser.

Antonia sentía cómo él tomaba parte de ella y la guardaba para sí, excitándola con sólo mirarla. Aunque no sabía si era cierto o fruto de su imaginación, notaba su agitación al oírlo respirar.

José Ignacio, por su parte, al sentirla tan cerca, tan frágil y entregada, notaba que se endurecía.

Al terminar la música, se miraron fijamente unos segundos, hasta que el profesor reventó la burbuja.

—¡Bravo, bravo... muy bien! Habéis reflejado exactamente lo que significa el tango, la improvisación entre la pareja, la entrega y la sensualidad de ésta.

Sorprendidos y jadeando, ellos dos se miraron a los ojos. A esas alturas, a Antonia la cabeza le daba vueltas por lo sucedido y por las copas de más que tenía en el cuerpo. Estaba empezando a soltarse y no sabía muy bien cómo ni por qué, pero quería seguir en ese estado, dejarse llevar por el momento y olvidarse de todo.

—Gracias —le susurró él al oído.

—Bueno, esto es todo por hoy, chicos —dijo el profesor—. Podéis quedaros un rato si lo deseáis, el salón es todo suyo.

Se dirigieron a la mesa con vistas a los jardines, para coger sus copas y brindar por lo aprendido.

—Salud, ¡has estado impresionante! —exclamó ella.

—La que ha estado impresionante has sido tú, Antonia —respondió él en un tono oscuro, cargado de excitación.

—¡Salud para los dos entonces!

Y al brindar con tanta efusividad, la copa de Antonia se rompió y se mojó parte del escote y del vestido.

—Lo siento, lo siento —se disculpó apenada.

—¿Estás bien? —preguntó José Ignacio levantándole la cara para mirarla a los ojos.

—Sí, es que no sé qué ha pasado, estoy un poco mareada —contestó en un murmullo.

José Ignacio la cogió de la mano y, sin que ella pudiese decir nada, la sacó del salón.

—Vamos a que te cambies.

Recorrieron en silencio los pasillos hasta llegar al ascensor. Antonia lo miraba disimuladamente de vez en cuando, mientras caminaban, y él, de reojo, le devolvía la mirada.

Cuando entraron en el ascensor, por alguna extraña razón la atmósfera entre ambos cambió, cargándose de energía. A ella se le aceleró la respiración y su corazón empezó a latir más deprisa de lo normal. Él la miró con lujuria y, atrapándola contra la pared, le colocó una mano en la cintura y la otra en la nuca, la acercó y la besó con fervor en los labios, introduciendo su lengua con experiencia, para dejarla de pronto jadeando y con ganas de más.

Al abrirse el ascensor, Antonia estaba claramente acalorada y aturdida con la situación, pero José Ignacio la volvió a mirar y le dio un casto beso en los labios para a continuación dirigirse a la habitación.

—¿Entras? —preguntó avergonzada.

—¿Estás segura?

—No —reconoció, negando con la cabeza.

Una señal que José Ignacio pasó por alto y entró sin decir nada. De pie en el centro de la habitación, la miró a los ojos y le ordenó:

—Ven.

Obediente y con el corazón acelerado, ella se acercó mirándolo fijamente.

Él le dio la vuelta y, con suavidad, le desató los tirantes del vestido, acariciándole suavemente la espalda.

—Me gusta cómo te queda este color —murmuró, rozándole el oído—. Me gusta tu olor... me gusta tu cuerpo... me gustas tú.

Desnuda de cintura para arriba, Antonia dio un paso al lado para salir del vestido, que estaba en el suelo, y, con la respiración acelerada, se dio la vuelta, le deshizo el nudo de la corbata y, con dedos temblorosos, empezó a desabrocharle los botones de la camisa, mientras él le daba fogosos besos.

José Ignacio le acariciaba la espalda, las costillas, y luego bajó hasta su

trasero, que sujetó con fuerza, mientras ella sentía calor en sus senos y cómo se le erguían los pezones, deseosos de ser tocados. Quería más, mucho más, lo quería en ella, dentro de ella. Para ella.

—Vamos a la cama —dijo él y Antonia lo siguió.

—Estás preciosa así, sólo con medias —murmuró.

Ella le miró el duro trasero mientras cruzaban la habitación en dirección a la cama. Él se sentó mientras ella, hipnotizada, se ponía delante de él, que la atrapó entre sus fuertes brazos, en tanto sus labios la recorrían con húmedos besos por todo el cuerpo.

José Ignacio sentía su erección contra el pantalón. Nunca había aguardado tanto para estar con una mujer, nunca le había importado lo que éstas pensarán. Pero con Antonia era diferente, quería hacerla disfrutar, gozar al máximo, quería hacerle el amor.

Jadeando, ella se puso sobre él a horcajadas y José Ignacio comenzó a pellizcarle los pezones con suavidad, haciéndola gemir de placer, hasta que cambió de postura y la puso debajo.

—Quítate los pantalones, por favor —pidió Antonia en tono de súplica.

Con un ágil movimiento, él se los desabrochó y los tiró al suelo, quedándose sólo con los bóxers.

No podía dejar de mirarlo, ahora era ella quien lo contemplaba de arriba abajo y se deleitaba con aquel cuerpo en perfecta forma. Alargó la mano para tocarlo, haciéndolo gemir. Lentamente, comenzó a bajarle los calzoncillos, dejando libre su erección.

José Ignacio la tumbó sobre la cama, se puso encima y le abrió las piernas pasando las manos por sus muslos hasta llegar a su sexo, donde, con cuidado, comenzó a masajearle el clítoris, haciéndola estremecer una y otra vez.

Ella se movió para quitarse las bragas y él, con mirada juguetona, comenzó a bajárselas con los dientes.

—Quédate sólo con las medias. No te las quites.

Antonia sólo pudo asentir con la cabeza.

En el recorrido de vuelta, le acarició las piernas con fuerza, mientras ella lo miraba impresionada por todo lo que le estaba haciendo sentir, no dejándola pensar, únicamente reaccionar.

—Mmmmm.

—¿Te gusta esto?

—Me encanta, pero no vayas a...

Antes de que pudiese terminar la frase, él tenía la boca en su sexo y la estaba succionando para darle el máximo placer. Ella arqueaba la espalda y le tocaba el pelo despeinándolo en cada embate, hasta que, de repente, llegó al orgasmo. Era la sensación más placentera que cabía imaginar y, como si le leyese la mente, o mejor dicho el cuerpo, José Ignacio comenzó a subir hasta su boca. Se lo estaba tomando con calma, cosa que Antonia no agradecía.

—Por favor, no puedo aguantar más.

—Estoy disfrutando mi... postre —le recordó, con una sonrisa perfecta en los labios.

—Ya te lo has comido, por favor... —rogó con ojos suplicantes.

—Dime lo que quieres. —Habló con una voz ronca y aterciopelada que la hizo temblar.

—Te quiero a ti, dentro.

Sólo eso bastó para que él lo hiciera, con placenteras y lentas embestidas.

—Más fuerte, más rápido...

La estaba volviendo loca de placer y, mirándola a los ojos, aceleró el ritmo.

—¿Te gusta así?

—¡Sí, sí me gusta, me encanta, me vuelves loca!

Se acercó a su boca y, con un lujurioso beso, la hizo llegar al clímax por segunda vez esa noche.

—¿Tomas pastillas?

Antonia abrió los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas.

—No, no...

—Tranquila, no te preocupes, que lo único que no quiero en esta vida son hijos. ¿Confías en mí?

—¿Tú qué crees? —contestó, levantando las cejas, sin entender mucho su pregunta.

El momento la estaba superando y ya estaba entregada.

Continuaron con aquel juego de placer y sexualidad hasta que, de repente, José Ignacio salió de su interior y comenzó a eyacular. Rápidamente, Antonia tomó su pene, masajeándose para que su sensación fuera tan placentera como la de ella.

Pasados unos segundos, él la abrazó, la besó repetidamente en los labios

con suavidad antes de tumbarse a su lado y mirarla.

—¿Por qué no te das la vuelta, preciosa? Me gusta tu espalda, pero me gustas más tú.

Antonia lo hizo lentamente, buscando con la mano algo con lo que cubrirse, hasta que quedó de frente, roja como un tomate. Viendo su vergüenza, José Ignacio le preguntó sonriendo:

—¿Tu rubor es porque estás bien o por...?

Ella se tensó y, antes de que pudiera continuar, le respondió:

—Es la primera vez que hago... Estoy... no sé...

—No te estoy preguntando nada —dijo él acariciándole el pelo—. ¿Estás bien?

—Sí, es que yo no...

—Tranquila, estamos aquí y ha sido maravilloso, ¿importa algo más?

Armándose de valor y sin mirarlo, Antonia susurró:

—Vete, por favor. Esto ha sido un error, no va a volver a suceder.

Luego se levantó rapidísimo y empezó a buscar su ropa para vestirse.

—Antonia, mírame —pidió él, levantándose también de la cama.

—No, no puedo, no quiero verte, vete, por favor —repitió tan bajo que él apenas la oyó.

Estaba tan avergonzada por cómo se había comportado, que sólo quería salir corriendo, aunque fuese de su propia habitación.

—Escúchame —ordenó José Ignacio cogiéndola del brazo para acercarla a él.

Pero Antonia se apartó bruscamente, dándose un golpe con la mesilla que había junto a la cama.

—¡Mierda!

—¿Estás bien?!

—¡No! —gritó, corriendo a abrir la puerta del dormitorio.

—Pero ¡¿qué te pasa?! ¿Estás loca?!

—¡Sal de aquí, ésta es mi habitación! —chilló histérica.

—Escúchame, por favor —rogó él, tratando de calmarla.

Sin embargo, Antonia no atendía a razones. Ella nunca había hecho algo así, estaba impresionada, y, además, no quería volver a sufrir por ningún hombre.

—¡¡No!! ¡Te he dicho que no quiero escucharte! —exclamó, tirándole un cojín a la cara, que él alcanzó a esquivar—. ¡Vete ya!

Con la sangre hirviendo, José Ignacio cerró los ojos y supo que su calidez y su entrega de hacía un momento ya no existían. Ahora sólo veía en ella rabia y desilusión. Pero él era un hombre orgulloso y no se dejaría pisotear, menos ahora que sentía algo en su corazón que se estaba rompiendo. No se lo pondría fácil.

—Siempre lo he sabido —le espetó en tono grave y calmado, con una frialdad espeluznante—. Nunca estarás a mi altura, y esto —hizo un gesto con la mano—, lo podría haber conseguido con cualquiera, y sin haber gastado tanto.

Al oírlo, Antonia lo empujó hacia la puerta como poseída. No era la primera vez que la humillaban, pero no lo volvería a permitir. La cerró tras él con un fuerte golpe y luego se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.



Después de haber llorado un buen rato, Antonia se sentó en la cama y encendió el televisor. No podía dormir. Sólo quería que las horas pasaran para poder salir de la habitación y borrar los recuerdos de la noche.

Por la mañana, se arregló, se puso las gafas de sol y, con todo el aplomo que le quedaba, bajó al vestíbulo. No quería encontrarse con José Ignacio, así que ni siquiera desayunó, sino que se fue directamente a la clínica. Ese día por fin le daban el alta a Francisca, y algo se le ocurriría a ésta para divertirse, de eso estaba segura.

—¡Por Dios, Anto! ¿Qué te ha pasado? —exclamó su hermana al verla—. ¿Qué tienes?! ¿Estás bien?

Ella quiso decirle que no, que estaba mal, destrozada, que se había comportado como una cualquiera, pero la miró y contestó:

—No, sólo estoy cansada y no sé por qué. ¡Fíjate, si yo creía que estaba de vacaciones!

—¡Ah!, ¿estamos de malas? ¿Qué te ha pasado?

—Nada. ¿Tú cómo estás, cómo te sientes?

—Contenta de que ya nos marchemos de aquí. Lo primero que haremos cuando lleguemos al hotel será ir directas al spa.

—No, no, no, hoy tienes que descansar. Si quieres, mañana vamos.

—Eso lo dirás tú.

Bufando, Antonia pensó que su día no sería mucho mejor que su noche. Sabía que su hermana era caprichosa y, desde siempre, ella le había dado gusto en todo, la sobreprotegía y en cierto modo Francisca se aprovechaba de ello.

Al cabo de una hora entró el doctor Menguetti y la enfermera Luz, le hicieron un meticuloso examen y le dijeron que se podía ir al hotel y que en dos días, el sábado por la mañana, volviese para ver cómo andaba todo. Si no había ningún problema, podrían regresar a Santiago y seguir los controles allá.

—¿Necesita reposo, doctor?

—No estrictamente, pero tampoco se puede poner a bailar un tango.

Al oír esa palabra, Antonia no pudo evitar sonrojarse y sentir una puñalada en su conciencia, su mente la estaba matando.

—Pero ¿¡puedo ir al spa!?! —preguntó Francisca, mirándola.

—Hoy no, hoy descanse —dijo el doctor Mengueti—. Mañana tal vez. Si siente algún dolor fuera de lo normal, regrese.

—¿Y cómo va a saber si es fuera de lo normal? Es la primera vez que la operan —objetó Antonia, un tanto asustada.

—Anto, estás muy tensa hoy. ¡¡Te dije que compraras algo para matar arañas!! Ahora estarías tan contenta.

«Si tú supieras», pensó ella, entrecerrando los ojos.

—¿Estás contenta? —preguntó Francisca, cuando ya estuvieron fuera de la clínica—. Las dos aquí, en Buenos Aires, ¡¿quién lo hubiese pensado?! ¿Ves como no es tan malo estar con Carlos?

—Podríamos haber venido igualmente algún día, y sin ayuda de nadie.

—Pero no es así, por lo tanto, disfruta.

—¡Disfruta! —repitió. No quería oír esa palabra otra vez.

Fran la miró intuyendo que algo le pasaba, pero la conocía y sabía que no era el mejor momento para preguntar. Esperaría a verla más tranquila y entonces desplegaría toda su artillería pesada contra ella; sabía que no se le podría resistir.

Caminaron hasta el hotel y, durante el recorrido, Fran la abrazaba y Antonia se dejaba querer. Necesitaba cariño y su hermana pequeña estaba allí para dárselo.

Cuando llegaron, Antonia le dijo que por qué no se cambiaban de habitación a una doble, para estar más cómodas. Quería borrar cualquier recuerdo de José Ignacio.

Francisca pensó que, como siempre, su hermana pensaba en todo, así que lo hicieron de ese modo.

—Señorita López, esto es para usted —dijo la recepcionista, tendiéndole un sobre.

A Antonia el corazón le comenzó a latir más fuerte y las manos le empezaron a sudar. Debía de ser de José Ignacio.

Las dos hicieron ademán de coger el sobre, haciendo reír al huésped que estaba junto a ellas, llenando unos papeles.

—Francisca López —especificó la recepcionista.

En ese momento, a Antonia le volvió el alma al cuerpo y soltó un sonoro suspiro.

Cuando su hermana abrió el sobre, empezó a aplaudir y a reír de alegría, como una niña pequeña.

—Qué mono es mi Carlitos, y tú que lo odias tanto.

—No lo odio —se apresuró a contestar ella.

—Mira —le dijo Francisca, mostrándole el sobre—, nos regala un día completo de spa a las dos. Ni que me leyera el pensamiento.

«La está comprando», pensó Antonia.

—Te lo habrá regalado a ti.

—No, a las dos, no seas amargada.

Y, dándose la vuelta y dejándola con la palabra en la boca, le ordenó a la recepcionista con altivez:

—Resérvenos un día de spa para mañana.

—No pienso discutir contigo, pero tampoco voy a ir —repuso Antonia—. No le quiero deber nada a Carlos.

—Yo tampoco voy a discutir. —Replicó Francisca con una sonrisa—. Seremos dos para el spa —reiteró, desafiando a su hermana con la mirada.

Antonia odiaba esa actitud suya. Siempre acababa haciendo con ella lo que quería y no era capaz de decirle que no. Era la única que podía con su autocontrol, aunque, en realidad, últimamente alguien más también había podido.

Antes de subir a la nueva habitación, Fran quiso ir a uno de los restaurantes para almorzar, mientras el personal del hotel cambiaba sus cosas de cuarto.

—¿Has probado la carne de aquí? Es de muerte.

—No, no tengo mucha hambre. ¿Compartimos algo?

—¡Estás loca! ¿Cómo se te ocurre?

—Bueno, quiero una ensalada entonces. Estás tan cambiada, Fran, a veces creo que no te conozco —comentó sin ánimo.

—No, yo soy la misma, sólo que he evolucionado. Tú deberías hacer lo mismo. Mírate, tienes el mismo aspecto desde los, no sé, ¿los dieciocho? El mismo pelo. Estás estancada.

—Yo no lo veo de ese modo. Me gusta así, natural —se defendió, comenzando a irritarse. Su paciencia estaba llegando al límite.

—Nadie dice que te operes la nariz, pero un cambio, algo. No sé, un corte.

—¡¡No quiero cambiar!! —le espetó, subiendo demasiado la voz—. ¡¿Acaso tú también sientes que no estoy a tu altura?!

En ese momento sintió que se le comenzaban a llenar los ojos de lágrimas y se le hacía un nudo en la garganta. Eso era lo que le pasaba y en ese momento se dio cuenta. No era que se sintiera una cualquiera, lo que se sentía era humillada: ése era su problema.

Se levantó de la mesa, dejó la servilleta y se fue.

Fran decidió darle un poco de espacio. Definitivamente, algo le pasaba.

Ella comió tranquilamente como si nada, llamó a Carlos para decirle que ya estaba en el hotel y que todo estaba bien. Que disfrutaría de su regalo y que se lo agradecería de vuelta en casa.

—¿Me echas de menos? —preguntó coqueta.

—Uff, ni te lo imaginas. Pero con tanto trabajo se me pasan los días volando.

—Yo tengo muchas ganas de verte. Me he comprado un montón de cosas bonitas para ti, bueno, tú me las has comprado.

—Tú te lo has comprado, princesa, todo es regalo de boda. Ah y tengo una sorpresa que te va a encantar.

—¡Ah! —gritó eufórica—. Dime qué es, por favor.

—Mi madre lo tiene todo organizado y la cena de compromiso será el 23 de diciembre, ¿qué te parece?

—Un sueño. —Suspiró—. Me encanta la idea, tu madre es genial, la adoro.

—Y ella a ti, princesita.

—¿Has hablado ya con tu hermana de la boda? Me da la impresión de que no le caigo muy bien.

—No, nada de eso. Es que ella es así, un poco apática, pero le caes genial —mintió descaradamente.

Y así siguieron hablando un largo rato de la boda y los preparativos, hasta que Carlos le dijo que mejor que hablase con su madre, que él no tenía demasiado tiempo y que ella se encargaría de todo.

María Gracia era una mujer elegante, que estaba presente en todos los eventos sociales del país. Era de familia aristocrática y tenía un carácter muy desagradable, pero a Fran no le importaba. Su refinamiento la cautivaba y ella

quería pertenecer a su familia, a su mundo, a toda costa. Por su parte, el padre de Carlos era un hombre afable y encantador, que hacía todo lo posible por contentar a su mujercita y a su hijo.

Marcó el número de su futura suegra.

—¿María Gracia?

—Hola, linda, ¿cómo estás? Justamente estaba con mi amiga Dora, comentando el tema de la cena. Quiero que sea fabulosa.

Eso alegró enormemente a Francisca.

—Qué bien, gracias. Acabo de hablar con Carlos y me ha dicho que ya tiene fecha para el compromiso.

—Sí, linda, tú déjalo todo en mis manos, yo me ocupo. Será una cena increíble, igual que la de mi amiga Rose, cuya hija se casó con el descendiente de un conde inglés.

Francisca esbozó una sonrisa de satisfacción, que pronto se esfumó cuando María Gracia le dijo:

—Linda, ¿cuántos invitados tienes tú? ¿Vendrán tus tíos de España?

—Eh... no, no podrán viajar por el tema de las fiestas, tienen demasiados compromisos ineludibles.

—Qué lástima, ¿y tu hermana?

—Sí, sí, claro, ella estará conmigo.

—¿Alguien más?

—No. Le dije a Carlos que quería que fuera una cena íntima, que ya vería para la boda.

—Perfecto, linda, nos vemos esta semana. ¡Ah, y aprovecha para hacerte unos masajes reductores, que ahí son magníficos!

Así era su suegra, opinaba de todo, pero, bueno, qué se le iba a hacer, pensó. De lo que ahora tenía que preocuparse ella era de buscar el mejor momento para hablarle a su hermana de sus tíos inventados y de la cena de compromiso, que seguro no sería del agrado de Antonia. Pero ya habría tiempo para ello.

Fue a comprar una caja de mazapanes, que eran el vicio de su hermana; así, por lo menos, la pondría contenta. Eran tan distintas las dos... Antonia se sentía agradecida con un simple gesto, en cambio ella necesitaba cosas materiales para ser feliz.

Antonia estaba acostada mirando por la ventana, sumida en sus pensamientos, cuando su hermana se tumbó con cuidado a su lado.

—¿Me perdonas? —preguntó Francisca.

Ella se dio la vuelta lentamente para no hacerle daño.

—Perdóname tú, yo ando medio tonta.

—¿Qué pasa, por qué estás así?

Empezó a contarle que se notaba extraña, que en realidad se sentía un poco sola y que lo de su boda le afectaba, porque no quería mentirle a su abuela y aquélla sería una mentira para siempre.

—Pero hay algo más, ¿no es cierto?

Antonia se enderezó rápidamente. No quería contarle que se había acostado con un desconocido, pero tenía claro que algo debía decirle para desahogarse, y porque Francisca no cejaría hasta saberlo todo.

Tomó aire, suspiró y explicó:

—Salí a cenar con un tipo que conocí aquí, en el hotel. Lo pasamos muy bien, pero le dije que no quería nada más y él se puso como loco —soltó como una metralleta.

Era casi la verdad con algunas omisiones para que su hermana no la juzgara demasiado duramente... Eso ya lo estaba haciendo su propia conciencia.

—¿En serio? ¿Adónde fuisteis? ¿Qué pasó?

—Ya te lo he dicho, no me preguntes más detalles, por favor.

—¿Y te ocupaste de matar las arañas? —preguntó Francisca, burlándose con cariño.

—No seas tonta, ¿qué crees que soy?

—Que eres adulta, creo, así que no le veo el problema. Pero conociéndote, me imagino que sigues llena de telarañas —se mofó riendo.

Sin pensar, Antonia agarró un cojín y se lo lanzó.

—Frani, perdóname —dijo enseguida, asustada—. ¿Te he hecho daño?

—Tranquila, no ha sido nada. Hacía mucho que no me llamabas Frani.

—Porque te has hecho mayor.

—Me gusta, me recuerda a mamá.

—A mí también.

—Ya, pero no nos desviemos del tema, ¿por qué no quisiste más?

Antonia se limitó a encogerse de hombros y a esbozar una media sonrisa.

—¿Y por eso se enfadó?

—Sí —asintió ella con la cabeza— y me dijo que no estaba a su altura.

—Pero ¿qué se ha creído ese imbécil? Dime dónde está, para que vaya a decirle un par de cositas bien dichas.

—Te ha salido la vena peleona. Olvídalo, ahora está en Brasil —se rio Antonia. Y cambiando de tema, añadió—: Mañana iré al spa contigo, pero ahora nos quedamos aquí acostadas un rato.

Feliz, Fran la abrazó y empezó a explicarle lo de la cena. Le dijo que quería que ella fuera su madrina y que sería la última mentira que le contaría a su nueva familia. Que le diera tiempo y que después de la boda les hablaría de la abuela y les diría la verdad.

Por primera vez, Antonia sintió que su hermana hablaba de corazón, y le devolvió el abrazo más fuerte de lo que hubiese querido.

—De acuerdo, voy a estar contigo en todo y te ayudaré después a hablar con la abuela.

—Eres la mejor, Anto.

Por la tarde salieron del hotel y fueron a pasear por los jardines, de una elegancia que las hacía transportarse a los castillos de Francia. Recorrieron el lugar y pasaron por la galería de arte, que en ese momento exponía unas pinturas de un artista local que al parecer tenía muy buena acogida. Luego fueron a ver las tiendas de los alrededores.

Cuando volvieron, empezaba a refrescar. Tomaron un té en un salón con vista a los jardines y por la noche se acostaron relativamente pronto y estuvieron charlando hasta que se quedaron dormidas.

Al día siguiente muy temprano sonó el teléfono de la habitación, avisándolas de que ya estaba todo preparado en el spa.

El lugar era el reflejo del lujo y la tranquilidad. Alejado del bullicio de Buenos Aires, era perfecto para relajarse y tenía fama de ser uno de los mejores de la ciudad en su género.

—¿Qué quieres hacerte, Anto?

—Nada especial, con un masaje completo me basta.

—¿Puedo elegir yo por ti? —preguntó Francisca, levantando una ceja.

—¡Ah, no! A saber qué se te ocurre.

—Déjame hacerte un cambio, no seas tonta —le dijo, mirándola con cara de súplica—. Hazlo por mí, hermanita.

—Odio cuando me miras así, con esa cara. Siempre la pones cuando quieres algo.

—¿Puedo sugerir, por lo menos?

—Bueno —contestó ella, suspirando—. ¿Qué has pensado?

—Un corte de pelo, coqueto pero elegante, con unos pocos reflejos más claros que resalten tus ojos. Eso no es casi nada —dicho lo cual, se rio.

Antonia lo pensó un momento y luego sorprendió a su hermana diciendo:

—De acuerdo, pero no muy corto.

Estaba decidida a olvidar el día anterior y un cambio le pareció buena idea. Y aquél era el sitio donde poder hacerlo.

—Quiero ser una nueva Antonia.

—Uñas, sí, pelo también, pero cambios radicales no sé si son muy aconsejables para ti —dijo Francisca, extrañada.

Ella la miró desafiante.

—¿Acaso sólo tú puedes cambiar, hermanita? —dijo, alargando la última palabra.

—No, lo que pasa es que tú eres más formal y no tomas decisiones a la ligera. Pero me gusta la idea. Y luego por la noche vamos a celebrarlo por ahí. ¿Quién sabe si la nueva Antonia pilla algo?

—Los dedos en la puerta te voy a pillar si sigues diciendo tantas tonterías juntas —repuso ella riendo.

—Bueno, bueno, ya ha salido la amargada.

Y, contenta, empezó a decirle a la estilista los cambios que quería para su hermana, antes de que ésta se arrepintiera. Antonia tenía que haberse sentido muy mal para querer hacerse algo diferente.

Francisca sabía cómo se sentía, porque, tiempo atrás, su futuro marido le había dicho que tenía que cambiar muchas cosas para parecer una mujer de mundo, pero a ella no le había importado, porque era justo lo que deseaba. El caso de Antonia era diferente: se lo habían gritado a la cara y no era nada que ella hubiese querido nunca.

Ya bien entrada la tarde, tras disfrutar de masajes corporales y faciales, Francisca decidió ir a ver cómo iba la transformación de su hermana.

—¡No lo puedo creer!

—¿Qué...? ¿No te gusta? —preguntó Antonia, abriendo mucho los ojos.

La mujer que estaba de pie de espaldas al espejo no tenía nada que ver con la de pelo largo liso que había entrado allí por la mañana. Estaba muy sexy, con el pelo ahora de un castaño más claro y reflejos luminosos, cortado

hasta los hombros y escalado. Sus rasgos se acentuaban más y sus ojos eran su mejor carta de presentación, junto con sus bien formados labios.

—¡Estás increíble! Ya te he dicho que los cambios son buenos.

—Es una broma, ¿no? Tú me has dicho que...

—Sí, sí, es una broma. Ven, mírate.

Antonia se dirigió al inmenso espejo del salón y se quedó sorprendida con el resultado. Se veía elegante, moderna, atractiva y un poco más mayor, pero definitivamente mejor. Ya no era la chica normal y corriente que veía siempre reflejada. Por fuera era otra, aunque por dentro siguiera siendo la misma de siempre.

—¿Salimos esta noche?

—No sé.

—Ah, no, ¡salimos! —exclamó Francisca, decidida.



Al cabo de un rato, cuando Francisca por fin logró convencer a su hermana de que lo mejor era que salieran y disfrutaran juntas de su penúltima noche, subieron a la habitación.

—Tengo algo perfecto para ti —le dijo a Antonia con una amplia sonrisa, entregándole un diminuto vestido plateado—. Te va a quedar precioso con tu nuevo corte. Me lo compré antes de operarme para estrenarlo cuando estuviese bien, pero creo que es mejor que te lo pongas tú.

—Estás loca, esto no me va a tapar nada —contestó ella, abriendo mucho los ojos.

—No seas tonta, esto es Buenos Aires, aquí la gente se atreve más. Hazme caso, donde iremos, todo el mundo es muy guay —añadió.

—¿Y tú qué te pondrás?

—Esto —respondió, sacando del armario un vestido rojo pasión de seda, muy ajustado, con un solo tirante de strass.

—¿Te recuerdo que te casas? —preguntó Antonia, riendo.

—Lo sé —contestó su hermana, coqueta—. Pero enseñar un poco no es ningún pecado, ¿o sí?

Cuando terminaron de arreglarse, el resultado era verdaderamente fascinante. Ambas estaban radiantes, dispuestas a disfrutar y a olvidar todo lo malo que habían pasado cada una por su lado.

Durante la tarde, mientras veía los cambios que la transformaban en una mujer nueva, Antonia decidió que nunca más se volvería a sentir menos que nadie; esa terrible sensación ya la había tenido dos veces en sus veintiocho años de vida y no volvería a repetirla.

La primera había sido con Javier, su amor de juventud, con el que creció en su barrio y que luego la hizo mujer. Ella se lo entregó todo, incluso había postergado sus estudios para ayudarlo en un negocio que no prosperó, porque él se gastaba todas las ganancias en juego y mujeres.

Cuando Antonia se dio cuenta, ya era demasiado tarde, y como parte de la deuda estaba a nombre de su abuelo y ella jamás permitiría que se ensuciara el nombre de la persona que más amaba, tuvo que dejar todos sus sueños y esperanzas de pagarle la universidad a su hermana, de ser una mujer independiente, una profesional, para pagar la gran suma de dinero que debían.

Habló con Javier para decirle que ya no lo iba a seguir apoyando porque ya sabía toda la verdad, y entonces él se fue, pero no sin antes decirle que lo que no conseguía con ella por su falta de experiencia lo encontraba fuera, en el mundo real, con mujeres de verdad, mientras que ella era una simple chica de pueblo que quería ser más, pero la pobreza la llevaba en la sangre.

Lo que más le dolió fue darse cuenta de que él jamás la había querido.

Y en cuanto a José Ignacio, había abierto una pequeña fisura en el duro escudo que llevaba alrededor del corazón. La pasión y la lujuria la habían llevado por un camino que ella no sabía cómo recorrer y, sin saber por qué, reaccionó de la peor manera posible, porque se sintió utilizada. En su interior, sin embargo, sabía que no había sido así, pero ella pretendía hacer las cosas bien, sobre todo en el amor, y creía que aquella no había sido la forma ni el lugar.

Lo que nunca esperó fue que nuevamente la hirieran diciéndole lo inferior que era. Eso había calado en su corazón, en su alma, haciendo que su autoestima se hiciera pedazos nuevamente.

Por eso ahora, con las pocas fuerzas que le quedaban, había decidido cambiar, y qué mejor manera que hacerlo con su hermana, que era una mujer alegre y extrovertida, que siempre hacía lo que quería sin importarle lo que dijera el resto. Porque, como Francisca decía: «Los daños colaterales se superan».

Salieron del hotel sintiéndose las mujeres más guapas del mundo y decididas a pasarlo de maravilla. Fueron a cenar a un lujoso restaurante y Antonia agradeció ir bien vestida. Su hermana tenía razón, allí todo el mundo iba a la moda, como si estuvieran en un desfile de modelos, y ella se sentía y se veía genial. De hecho, la abrumaban un poco tantas miradas del sexo opuesto y constantemente se bajaba con disimulo el corto vestido.

—Brindemos por nosotras —se apresuró a decir, mientras un apuesto joven se acercaba a la mesa con una sonrisa.

—¿Me puedo unir a la celebración? —preguntó él, que ya llevaba una copa en la mano.

—Si estás celebrando algo, sí; si no, ni hablar —contestó Francisca.

—Brindaré por vosotras, ¿os parece?

Las dos hermanas se miraron con una complicidad que hacía tiempo que no compartían y chocando sus copas con la de él, se echaron a reír como dos niñas traviesas.

Tras la cena, recorrieron la avenida hasta una discoteca que quedaba frente al río. Había una cola enorme, pero tras decirle Francisca unas palabras al vigilante, entraron por un lado como si fueran las dueñas del lugar.

—¿¡Cómo lo has hecho!?! —gritó Antonia para que su hermana la oyera con la música tan fuerte.

—¡Es hermano de la chica de los masajes! ¡Me ha dicho que le dijera que veníamos de su parte! —le chilló a su vez.

El lugar era uno de los más populares de la ciudad, frecuentado por artistas locales y extranjeros. Tenía sucursales en varias partes del mundo. Su logo, un par de cerezas muy jugosas, invitaba al cliente a pasarlo bien y su decoración era muy elegante, en tonos oscuros, con una barra alrededor de la pista que recorría todo el perímetro de la sala. Había juegos de luces de colores y entre la gente se paseaban hombres y mujeres con trajes ajustados y brillantes y zapatos de plataforma, que los hacían sobresalir entre la multitud.

Una vez dentro, Antonia y Francisca se fueron directamente a la barra para pedir una bebida y luego subieron a la terraza, donde la música estaba un poco más baja. Se sentaron en unas cómodas butacas y, mientras estaban hablando, se les acercó un joven rubio, de ojos color café y cara de niño bueno, que le preguntó a Antonia si quería bailar. Ella miró a su hermana buscando cómo darle una excusa al chico, pero, como siempre, Francisca se apresuró a decir:

—Por mí no te preocupes. Anda, ve, que yo te espero aquí. —Sabía que a su hermana le encantaba bailar e intuía que no lo hacía muy a menudo.

—No te preocupes —le dijo el joven a Antonia—. Mi amigo ha ido a buscar una copa y estará encantado de hacerle compañía.

Y así, sin decir nada más, se fueron a la pista a divertirse. El lugar estaba repleto y eso los obligó a estar más cerca de lo que a Antonia le habría gustado, pero Juan, que así se llamaba el joven, era un caballero y no tenía ninguna mala intención, sólo quería bailar. Hablaban entre canciones y se

reían. Como él era un estupendo bailarín, le enseñaba algunos pasos. Transcurridos unos minutos, empezó a sonar *Mal bicho** de Los Fabulosos Cadillacs, y todos se fueron al centro de la pista a saltar y corear la canción, levantando las manos con gestos alusivos a la letra.

Al terminar, Juan y ella se miraron y decidieron que después de una hora y media de baile ya era momento de que subieran a la terraza. Cuando llegaron, vieron que Francisca y el amigo de él estaban charlando tan contentos, y eso tranquilizó a Antonia, que se sentía culpable por haber dejado sola a su hermana.

Se sentaron con ellos y pidieron una ronda de champán, y pronto comenzaron una divertida conversación. Parecían cuatro amigos que se conocieran de toda la vida. Se entretuvieron mirando las distintas clases de personas que había en el lugar: guapos, feos, gordos, flacos, altos y bajos. Lo que más los divertía era ver la cara de los hombres cuando eran rechazados por las chicas para bailar.

Ninguno de los cuatro era de la ciudad, así que de algún modo se sentían próximos. Ya de madrugada, las chicas decidieron que era muy tarde y que iban a regresar al hotel. Se despidieron como si fueran a volver a verse, pero todos sabían que eso no sucedería.

Cuando las dos hermanas llegaron a la habitación del hotel, muy animadas por todo lo que habían bebido a lo largo de la noche, Antonia decidió darse una ducha. Aunque estaba muy cansada por lo mucho que había bailado, quería quitarse de encima el olor a humo, y nada mejor que el agua tibia corriendo por su cuerpo. Por su parte, lo único que ansiaba Francisca era tomarse unos analgésicos y acostarse. Le dolía un poco la nariz, pero no diría nada y esperaría a que su hermana se bañara para ir a buscarlos al neceser.

Antonia estaba asombrada mirándose al espejo, contemplando su cambio. Era increíble lo que un buen corte de pelo y la ropa de marca podían hacer. Estaba distinta, no cabía duda, y esa sensación le gustaba.

Cuando el vapor empezó a empañar el espejo, se desvistió y se metió bajo el potente chorro de agua. Cerró los ojos y cuando empezó a relajarse emprendió también el camino a los recuerdos de la noche vivida con José Ignacio. Le gustó pensar en cómo la había besado con pasión, cómo había rodeado su cuerpo con sus fuertes brazos y cómo sus manos la habían hecho vibrar de emoción.

Empezó a excitarse y a recordar el extraordinario momento en que la había hecho llegar al clímax, acariciándole el clítoris con la lengua y, como una autómatas, Antonia empezó a pasarse las manos por los senos, hasta llegar a los pezones, que masajeó con más fuerza, enviando pequeñas descargas eléctricas a su bajo vientre.

Estaba en ese mágico instante, cuando su hermana entró en el cuarto de baño y la miró una fracción de segundo a través de la mampara empañada.

—¿Qué estás haciendo?

Casi le dio un infarto cuando oyó el grito de Francisca y le vio la cara de espanto.

—Nada, nada, ¿¡qué estás haciendo aquí!?! —preguntó sobresaltada—. ¡¿Acaso no sabes llamar a la puerta!?

—¿Yo?! Tú, ¿qué estás haciendo? ¡Te estás masturbando!

Se sentía absolutamente pillada en el acto y sólo se le ocurrió gritar:

—¡Sal de aquí! ¿Cómo se te ocurre decirme algo así? Yo jamás he hecho nada parecido. ¡Vete, ahora!

—Bueno, no seas tan exagerada, tampoco es tan grave. Yo tengo un aparatito que vibra y es de lo mejor que hay, se llama Leonardo.

—¿Leonardo? Estás loca, eso es...

—¿Qué? No me vas a decir que una estupidez, porque te considero bastante más inteligente que eso. Ah y es por Leonardo DiCaprio, por si quieres saberlo.

—No, no quiero y no es ninguna estupidez, sólo que... no está bien —contestó un poco nerviosa, cogiendo la toalla para taparse y salir de la ducha.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué? —la apremió Francisca con suficiencia, levantando el mentón.

—Nada, dejémoslo estar. ¿Y tú qué quieres? ¿Por qué has entrado?

—Venía a ver por qué tardabas tanto. —Se dio la vuelta y, cogiendo el neceser de encima del lavabo sin que su hermana se diera cuenta, salió del baño dejándola sola.

Antonia esperó unos momentos para salir y cuando lo hizo, se alegró al ver que Francisca estaba vuelta hacia la pared, durmiendo. Se acostó ella también en silencio. Se hizo un ovillo, se tapó la cabeza y, pasados unos minutos, sus labios esbozaron una pequeña sonrisa y se durmió.

Al día siguiente, cuando se despertó, vio que estaba sola en la habitación y sobre la cama de su hermana había una nota que decía:

Anto, estoy abajo. No te he querido despertar, te espero en la terraza.

Frani

Antonia se arregló y fue hacia allá. A pesar de que era muy temprano, el calor era atroz, y al ser tan húmedo, el bochorno era mayor. Agradeció pues poder tomar el desayuno en la terraza del hotel, con unas vistas espléndidas hacia los jardines.

—¿Cómo has dormido después de lo de anoche?

—No empieces o me voy a enfadar —contestó Antonia, irritada.

Francisca cogió la servilleta que tenía encima de la mesa y la hizo ondear como si fuera una bandera para indicarle que se rendía, que pactaran una tregua. Después de desayunar, subieron a vestirse para ir a la clínica.

—Antes de irnos quiero comprar unos libros, aquí son mucho más baratos.

—¿Libros? Qué aburrido. Cosas más interesantes deberías llevarte. ¿Por qué no nos vamos por ahí a comprar tu regalo de Navidad? ¿Qué te parece?

—Si es con tu dinero, ningún problema; si no, con un beso estoy contenta.

—No seas pesada. Sabes que desde que vivo con Carlos no trabajo.

—No vives con él: Carlos te paga un apartamento al que va por las noches y de vez en cuando se queda. O sea, que te mantiene.

—¡Ah!, pero eso sólo es por ahora. Después de la boda, volveré a su empresa a trabajar. No lo voy a dejar solo por ahí para que otra me lo quite.
—Rio.

—Otra como tú, querrás decir.

Su hermana la miró con picardía y, levantando los hombros y las cejas, dijo:

—Exactamente, Sherlock.

Antes de ir a la consulta, fueron a comprarle un regalito a Luz, la enfermera que tan bien se había portado con ellas.

—Estás estupenda, Francisca —afirmó el doctor Mengueti—, no veo ningún problema en que viajes de vuelta a tu país. Te daré todas las recomendaciones que debes seguir. Si quieres, te doy también el nombre de

algunos colegas míos que te pueden seguir atendiendo allí. Más o menos en un par de semanas estarás como nueva.

—Gracias, doctor —respondió Antonia, acercándose para estrecharle la mano—, y por todas las molestias que se ha tomado con nosotras.

—De nada, cuidaos y, ya sabéis, cualquier retoque o arreglo que queráis haceros, aquí estaremos —contestó sonriendo.

Salieron contentas de la clínica, dejándole el regalo de Luz al médico, porque la enfermera no trabajaba ese día, y se dirigieron al centro.

—No me has dicho qué quieres para Navidad. A la abuela le quiero comprar una máquina para hacer pasta, he visto una preciosa.

—Eres insoportable, ¿sabes? Ya te he contestado.

Su hermana se paró en medio de la calle que estaban cruzando y dijo:

—Mira, tienes dos opciones: o me dices tú qué quieres o te lo regalo yo igual, porque como que me llamo Francisca López que te compro algo aquí. Decide rápido antes de que me atropelle un coche y entonces sí te vas a sentir culpable de verdad por algo real —se mofó.

Tirándole del brazo para que saliera de en medio de la calle, la empujó hacia la acera.

—Eres una pesada, ¿lo sabías?

—Sí, pero me quieres igual. Vamos, dime.

—No sé. Es un regalo, ¿no? Si yo te digo qué quiero ya n o lo sería. Piénsalo tú sola. Yo ya tengo el tuyo y te aseguro que ni te lo imaginas.

—Dime, dime qué es, por favor.

—No. Y no insistas.

—Habló la Santa Inquisición.

Ambas se miraron y se rieron. Su relación siempre era así, en el mismo día podían pasar del amor al odio, de la risa al llanto, pero una de ellas siempre conseguía lo que quería y ésa no era precisamente Antonia.

Entraron y salieron de tiendas buscando regalos y probándose algunas cosas, algo que Antonia no hacía con mucho agrado, pero eso a Francisca no le importaba. Ella tenía muy claro lo que pretendía comprarle, sólo tenía que averiguar la talla, pero a lo largo de la tarde lo había conseguido.

—¿Qué te parece si te vas a la librería? Mientras, yo voy a comprarle algo a Carlos —mintió descaradamente.

—De acuerdo. Nos vemos en cuarenta y cinco minutos aquí mismo, ¿vale?

Antonia se fue directa a la librería, como había dicho. Estaba contenta, allí todo era mucho más económico y encontraba más títulos que en su país. Embobada, se perdió en aquel templo del saber.

Mientras, Francisca se dirigió a una tienda de alta costura que hacía trajes a medida, llevando como modelo un vestido que se había probado antes su hermana en otra parte.

—Buenas tardes —dijo, dirigiéndose a la encargada—, he llamado esta mañana temprano para decir que necesitaba reunirme urgentemente con la diseñadora. Avísela, por favor.

—Sí, claro, espere un momento, si es tan amable.

Al cabo de unos minutos, de una oficina salió una mujer rubia de pelo tirante recogido en un cuidado moño. Al ver a la joven, supuso que era la arrogante que la había llamado esa mañana y así, sin muchas más palabras, entraron en el taller.

Fran empezó a decirle lo que quería, que le confeccionaran un traje de dos piezas con vestido corto y chaqueta a juego, para regalárselo a su hermana. Ése sería el atuendo que Antonia se pondría para la cena de compromiso, igual que el que había llevado Kate Middleton, esposa del príncipe Guillermo de Inglaterra. Después de una no demasiado agradable conversación y tras pagar una alta suma de dinero, Francisca salió feliz por haber conseguido lo que quería.

Cuando se encontraron, Antonia iba cargada de libros y se extrañó al ver que su hermana tenía las manos vacías.

—¿No has comprado nada?

—Sí, pero... lo enviarán directamente al hotel. ¿Y tú te has comprado toda la librería? Dame, que te ayudo. Tengo hambre, vamos a comer algo al barrio de La Boca, ¿quieres?

—¿Tengo alternativa?

—No. ¡Te adoro, eres la mejor! ¿Te lo había dicho?

—Cada vez que consigues algo que yo no quiero —se burló Antonia.

Se fueron hasta La Boca, un lugar con casas de colores muy pintorescas y muchos locales para comer al aire libre. Se pararon a ver un espectáculo callejero y, nada más oír la música de tango, Antonia pensó en su caliente baile con José Ignacio. Al terminar la música, los bailarines se acercaron al

público para escoger pareja. Antonia dio un paso atrás, pero entonces sintió que su hermana la empujaba a las manos de uno de ellos, que la sacó a bailar sin darle ninguna posibilidad de negarse.

Rápidamente, Francisca le cogió las bolsas de libros.

—Yo no sé bailar tango —dijo Antonia, nerviosa por la situación.

—No te preocupes, yo te guiaré —contestó el hombre.

Y, al son de la música, la cogió por la cintura y empezaron a moverse. Ella cerró los ojos y se dejó llevar, tratando de recordar los pasos aprendidos días antes. Sin darse cuenta, comenzó a moverse como si llevara ese baile en la sangre e incluso fue capaz de apoyar su cuerpo en el bailarín, al tiempo que levantaba una pierna y la cruzaba detrás de él.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Francisca asombrada, mientras el público vitoreaba y aplaudía a los bailarines al terminar el tango.

Riéndose, Antonia le respondió:

—Nada, sólo me ha salido del alma.

—Parece que en la cena hiciste bastante más de lo que me contaste, hermanita.

Se dirigieron a un pequeño bar que estaba cerca y, después de cenar, regresaron al hotel a preparar las maletas para el día siguiente.

Antonia estaba recogiendo sus cosas, cuando se encontró con el vestido de tango que José Ignacio le había regalado y, sin pensarlo dos veces, lo metió en una bolsa, escribió una nota y bajó al vestíbulo.

—Tengo un paquete para el señor Zúñiga, ¿usted puede hacérselo llegar? —le preguntó a la recepcionista.

—Sí, claro, es cliente de nuestro hotel y de toda la cadena. De hecho, tiene una suite reservada. Si espera un momento, le puedo decir cuándo volverá.

—No debería dar tanta información sobre un cliente —la regañó ella cariñosamente.

—Es que este mismo paquete es el que él me entregó hace unos días para usted, señorita López —contestó la joven en tono de disculpa— y he pensado que le interesaría la información. Si no, jamás le habría dicho nada.

—No se preocupe —repuso sonriendo.

La noche transcurrió con normalidad y al día siguiente se dirigieron hasta el aeropuerto para regresar a su país.

El vuelo fue relativamente tranquilo, con las turbulencias de siempre, que ahora Antonia no tenía ningún problema en comentar con su hermana.

Al llegar a Santiago, la sorprendió ver a su futuro cuñado esperándolas. Su hermana irradiaba felicidad por ese gesto tan amable que él había tenido.

—Dime si no es un encanto.

—¿Un encanto? ¿No se supone que esto es lo normal?

—Por favor, no empecemos. Carlos es un hombre muy ocupado, así que disimula y ni un comentario.

—¿Qué? —preguntó ella, sin entender nada.

—¡Mi amor! ¿Cómo estás? Te he echado tanto de menos... —dijo Francisca, lanzándose a sus brazos.

—Yo también, mi princesa, estaba ansioso por ver tu nueva carita.

«Lo mato», pensó Antonia, pero ella podía fingir tan bien como su hermana, así que, acercándose, le tendió la mano para saludarlo.

—Me he aburrido tanto sin ti, mi príncipe —suspiró Fran, mimosa.

«No me lo puedo creer. Ésta sí que es la reina del descaró.»



El trayecto hasta su casa se le hizo eterno. Escuchar a su hermana repetir lo mucho que había extrañado a Carlos, lo sola que se había sentido, le estaba empezando a revolver el estómago. En cambio, él sólo comentaba lo ansioso que estaba porque su madre la viera, como si para casarse tuviera que pasar algún tipo de prueba o algo parecido. También hablaban de quiénes irían a la cena de compromiso y del lugar exclusivo que su adorada madre había contratado para la boda.

Pero a Antonia se le demudó el semblante cuando oyó a Carlos decir:

—Mi madre ya me explicó que tus tíos de España no pueden venir. Qué pena, tengo tanto que agradecerles por haberte cuidado tan bien...

En ese momento, Antonia no solamente sentía náuseas, sino también unas ganas incontrolables de salir corriendo y mandarlo todo a la mierda. Ya no sólo era negar a su abuela, también inventarse una historia, una familia que jamás había existido. ¿Qué más podía hacer Francisca?

Pero antes de que pudiera decir nada, su hermana se le adelantó dándose la vuelta para mirarla con ojos de súplica.

—Sí, mi amor —dijo Francisca—, es una lástima, pero no importa, estará la persona que más me comprende en la vida, ¿verdad, Anto?

No lo podía creer, aunque no era mucho lo que podía hacer. Ya le había asegurado que la ayudaría. Pero no quería seguir mintiendo. No por sí misma, que no tenía nada que perder, sino por Francisca, que se estaba metiendo cada vez en un problema más grande y el resultado podría ser desastroso cuando se enteraran de la verdad, si es que algún día lo hacían.

—Sí, Francisca, ahí estaré.

A Carlos le pareció un poco fría la respuesta, pero a él esas cosas le daban lo mismo. No eran ni quería que fueran sus problemas. Era un hombre práctico y tenía muy claro lo que tenía que hacer en la vida para que siguiera siendo como hasta entonces.

Cuando llegaron al piso de Antonia, Francisca fue la primera en bajar para poder hablar con su hermana, pero ésta se despidió rápidamente y entró en el edificio, quedando como una auténtica maleducada con Carlos, algo que la tenía absolutamente sin cuidado.

—¡Señorita Antonia! ¡Qué alegría verla! —la saludó el portero—. Aquí tengo a su amigo. No me ha dado ningún trabajo, cuando quiera me lo deja otra vez.

Con una gran sonrisa, Antonia cogió a *Matías*, la tortuga que la acompañaba desde hacía tantos años. Se la regaló su abuelo un día al salir del colegio, y para ella era muy importante. Quería regalársela a sus hijos cuando los tuviera, porque si algo tenía claro era que deseaba ser madre y vivir con su familia todas las cosas que no pudo vivir con la suya.

—Gracias, David, le debo una.

Subió sus cosas y se puso a ordenar el piso. Al día siguiente ya volvía a la normalidad y en esas fechas su trabajo era mucho más ajetreado que el resto del año. Aunque era secretaria administrativa, se había ganado la confianza de sus jefes y realizaba cometidos de gran importancia, como por ejemplo llevar la contabilidad de la oficina, que supervisaba el encargado. Ella prácticamente lo hacía todo, pero le encantaba, y procuraba estudiar toda clase de cursos relacionados con su empleo.

Al terminar, lo primero que hizo fue llamar a su abuela para decirle que ya estaban de vuelta y que iría el fin de semana sin falta a su casa y se quedaría con ella hasta el domingo. Vivía en el campo, pero cerca de la ciudad, a sólo un par de horas.

Al día siguiente, cuando se arregló para ir a trabajar, se alegró al ver que ya no parecía tan aburrida, sino todo lo contrario; dentro de su sencillez, se la veía muy sexy. Le gustó mucho más cuando llegó a la oficina y sus compañeros alabaron el cambio. Al llegar a la mesa de Carmen, ésta se levantó rauda para darle un cariñoso abrazo y decirle que el señor Correa y el señor Montt, su primo, la esperaban en la sala de reuniones.

A Antonia le extrañó la noticia. No entendía por qué los dueños del bufete querían hablar con ella, y de inmediato pensó lo peor. Sólo pudo asentir con la cabeza a Carmen, que la miraba con el rabillo del ojo.

Sin siquiera dejar sus cosas en su mesa, Antonia se encaminó hacia la sala, con el corazón acelerado y las manos sudadas; sentía que casi le faltaba la respiración. Llamó y, al abrir, vio sentados a los dos caballeros, esperándola; como ninguno de los dos dijo nada, porque se la quedaron mirando, al parecer gratamente sorprendidos por el cambio, fue ella quien, con un hilo de voz, empezó:

—Señor Montt, señor Correa, he tenido que ausentarme unos días porque no tenía más remedio. Fue un imprevisto, no pude avisarles, hablé con Car..., perdón, con la señora Carmen, para explicárselo, pero por favor...

—Tranquila, no es por eso por lo que la hemos llamado —la interrumpió Eugenio Correa, el mayor de los dos hombres y socio del bufete.

—¿No? —preguntó sorprendida.

—No —contestó Gabriel Montt—, el motivo es otro. Siéntese, por favor.

Con las piernas flaqueándole, llegó hasta la silla. Tenía la boca seca y le costaba tragar. Mirando una jarra con agua que había sobre la mesa, preguntó:

—¿Puedo beber un poco?

—No —respondió el señor Correa.

—Aún no —añadió el otro.

Todo el alivio que Antonia había sentido al saber que no la habían llamado por su viaje, desapareció. No sabía cuál podía ser el motivo; empezó a repasar mentalmente su trabajo en busca de algún error, pero no lo encontró. En ese momento, Gabriel Montt dijo:

—De un tiempo a esta parte, hemos estado observando su trabajo en la oficina y estamos gratamente sorprendidos con su evolución a lo largo de estos años. Pese a su juventud, es usted una persona muy responsable y, aunque no dispone de un título universitario, algo que en algún momento ha jugado en su contra, ha sabido sortear todos los problemas. Sabemos también que se forma por su cuenta, asistiendo a cursos y obteniendo cada vez más conocimientos —concluyó el señor Montt, cediéndole la palabra a su socio y amigo.

—Carmen —prosiguió el señor Correa—, que como usted bien sabe es prima de Gabriel, nos ha contado que es usted quien elabora la mayor parte de los informes de los clientes, para explicarles todo lo referente a sus casos, aunque no es su tarea. También sabemos que prepara los informes de contabilidad. Por todo esto, queríamos proponerle que deje de ser secretaria administrativa para que pase a ser la jefa de administración del bufete.

—Como sabemos que no es tonta —continuó el otro socio—, nos

imaginamos que aceptará. No tendrá que hacer nada diferente de lo que ha estado haciendo hasta ahora, la única diferencia será que tendrá mejor sueldo, su propio despacho y, en lo que a capacitación se refiere, desde hoy, el bufete correrá con todos los gastos, así que sólo le queda decirnos qué le parece la oferta.

—No sé qué decir, nunca me lo hubiera esperado.

—¿Por qué, Antonia? ¿Puedo tutearte?

—Sí, sí, claro, señor Correa.

—Bueno, dinos, ¿por qué no te lo esperabas?

—Es que siempre he creído que necesitaría un título. De hecho, pensaba empezar Administración de Empresas el próximo año —explicó sonriendo.

—Entonces, no hay nada más que decir. Te pagaremos la matrícula, porque me imagino que vas a aceptar, ¿no?

—Absolutamente. Muchas gracias por la confianza, no los defraudaré —les dijo feliz.

—Lo sabemos —respondió Gabriel Montt cariñosamente—. Ahora ve con el señor Correa, por favor, que tiene algo que mostrarte. Yo tengo que hacer un par de llamadas y os alcanzo.

Antonia se acercó a su jefe y no pudo evitar darle un afectuoso abrazo.

—Gracias, señor, no se arrepentirá, se lo aseguro.

—Lo sé, Antonia, lo sabemos, y, aunque no creo que haga falta que te lo diga, debes darle un abrazo a Carmen también.

—A ella pienso darle algo más que un abrazo.

Encantada de la vida, siguió al señor Correa hasta la habitación que usaban como archivo y, al abrir la puerta, no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Ya no estaba llena de estantes, ni de pilas de papeles arrambados en una esquina; ahora estaba pintada de blanco y había un antiguo escritorio de madera tallada y un hermoso ramo de flores rojas encima, además de un par de sofás y una pequeña mesa entre ellos.

—Señor, esto es demasiado —dijo, sobrecogida por la emoción.

—No, Antonia, los clientes querrán hablar contigo y tienes que tener un lugar adecuado para recibirlos. Cualquier cambio que quieras hacer, estás en tu derecho.

—Sólo te pido un favor personal —intervino el señor Montt, uniéndose a ellos.

—Dígame. Lo que usted quiera.

—Esta mesa fue mi primer escritorio y me gustaría que la conservaras.

—Claro, señor, delo por hecho. Además, es todo un honor para mí.

En ese momento entró Carmen en la oficina diciendo:

—¡Señorita López! ¿Le ha gustado la sorpresa?

—Nada de señorita López, me has dado un susto tremendo.

El resto de la mañana estuvo marcado por la celebración. Todos los compañeros de Antonia se tomaron bien la noticia, sabían que ella era muy capaz, además de buena compañera. Durante la tarde, terminó de colocar sus cosas en su nueva oficina, y estaba pensando en los cambios que haría cuando vio que su hermana la llamaba al móvil. Tenía doce llamadas perdidas. Antes de entrar en la reunión lo había puesto en silencio y después, con los acontecimientos, se le olvidó. No tenía ganas de hablar con ella, pero dada su insistencia, contestó:

—¿Sí?

—Hola, ¿Anto?

—Me carga que me preguntes eso. ¡Si es mi teléfono!

—Qué pesada estás. Bueno, te llamo porque estoy en el café de la esquina de tu casa, ¿te puedes dar un poco de prisa, por favor?

—¿Y si no estuviera libre?

—Si tú no quedas con nadie. Venga, date prisa —replicó Francisca, y colgó el teléfono.

La realidad era que estaba tan contenta que en su corazón no cabía espacio para la rabia por lo del día anterior. Quería contarle a alguien lo de su ascenso y quién mejor que Fran. Guardó sus cosas rápidamente y se fue hasta la cafetería. Su hermana estaba sentada esperándola, con un regalo encima de la mesa.

—No quiero nada —le dijo molesta—. Me revienta que hagas esto, siempre igual. Me das algo para que te perdone.

—Ábrelo —la apremió Fran, tendiéndole el paquete.

Rompió el papel y lo abrió. Para su sorpresa, vio una foto enmarcada de sus abuelos, sus padres y ellas de pequeñas, bajo un sauce a la orilla del río, junto a la casa donde aún vivía María, su abuela.

—¿Y esto? —preguntó emocionada—. ¿Es para mí?

—He hecho enmarcar tres, uno para cada una. Hablé con la abuela y le dije que mañana iría a su casa. Voy a hablar con ella, se lo quiero explicar todo y lo haré sola, no quiero molestarte.

—Pero ¿por qué así de repente? No lo entiendo.

—Porque lo he pensado mucho y sé que me va a entender, o eso espero. Además, creo que ella tampoco querría estar entre esa gente tan distinta.

—Pero tú la has excluido sin preguntarle —dijo Antonia con rabia.

—Lo sé, pero que me case no significa que vaya a dejar de verla. La seguiré visitando como hasta ahora, siempre que quiera. Sólo venía a decirte esto, no quiero discutir, Anto, hoy no. ¿Nos vemos el viernes?

Antonia le vio algo extraño. No sabía qué le ocurría, pero no estaba como siempre, tenía la mirada apagada, sin luz.

—¿Qué te pasa? —preguntó, apretándole cariñosamente el brazo.

—Nada, estoy cansada. Y quería decirte que sé que a veces soy inconsciente y solamente pienso en mí, pero te adoro y no quiero que sigamos enfadadas.

—Venga, tonta, subamos y tomemos algo arriba, así charlamos con calma. Ojo que no eres la única que da sorpresas en esta familia.

—¿Ah, no? —respondió Francisca, levantando una ceja.

Cuando llegaron al piso de Antonia, ésta le contó todo lo sucedido ese día. Su ascenso, el miedo que había pasado al principio y que lo mejor era que el próximo año estudiaría y todo el dinero que había ahorrado para eso lo podría utilizar para una cosa que estaba planeando desde hacía mucho. Y aunque Francisca insistió en preguntar, Antonia no abrió la boca.

—Te veo un poco triste, ¿seguro que estás bien? —insistió ella—. ¿Te quieres quedar aquí? Tu dormitorio sigue igual que cuando te fuiste.

—No, estoy bien —contestó su hermana, molesta—. Te he dicho que hagas lo que quieras con él, no voy a volver. Me caso dentro de dos meses y además ya vivo desde hace tiempo con Carlos, ya lo sabes. Y no me mires con esa cara, que te conozco, no me pasa nada.

Antonia sabía que no era verdad, pero no insistiría.

—No importa, siempre estará aquí para ti. Si a la abuela le gustara la ciudad, me encantaría tenerla aquí una temporada, pero como sé que no, nada se puede hacer.

—Gracias, pero además tengo muchas cosas que organizar para la próxima semana, recuerda que es la cena de compromiso.

—Por cierto, ¿qué es eso de unos tíos de no sé dónde? ¿Hasta cuándo seguirás mintiendo?

—No le iba a decir a Carlos que me crie sin familia y tampoco en el

campo, con la abuela —contestó con toda naturalidad—. Él es... distinto, algún día se lo contaré.

—No estoy de acuerdo, pero ya te lo he dicho muchas veces. A mí que no me pregunten por ellos porque no voy a mentir, pero tampoco te voy a dejar por mentirosa, así que ya verás tú cómo lo haces. Y no se me olvida tu cena, pero quiero que sepas que en Navidad me voy al campo, así que no cuentes conmigo para nada después de tu compromiso. Me quiero quedar unos días con la abuela hasta el Año Nuevo, aprovecharé que el bufete estará cerrado.

»Después, si quieres, te ayudo con lo de la boda, pero creo que tu suegra ya lo tiene todo listo. Y una última cosa, y esto te lo digo con mucha pena, no voy a cambiar a la abuela por ti. Ella no se lo merece.

—¿Cómo? No entiendo qué quieres decir —preguntó Francisca un poco desconcertada.

—Que si la abuela estuviese mal el día de tu boda y me pidiera que me quedase con ella, lo haría.

—No te preocupes, lo entiendo.

No era verdad, no lo entendía y le dolió, pero no dijo nada. Lo que sí sabía era que su abuela nunca le pediría algo así a su hermana. Por eso iba a verla, para poder explicárselo todo a su manera, que sería un poco más suave que la de Antonia.

Al cabo de un rato se despidieron y quedaron en verse el viernes. Antonia le pidió a Francisca que no le contara nada a la abuela de lo de su ascenso, porque quería darle ella misma la sorpresa.

Ya sola, fue a buscar un martillo para colgar su preciosa foto. La pondría en el salón, que estaba decorado en tonos violeta y púrpura, lo que producía un interesante efecto visual, muy acogedor. Una de las paredes laterales estaba llena de libros y al frente de ésta había un cómodo sillón en forma de L, con cojines a juego en tonos claros. Las cortinas eran blancas, igual que las paredes, y en medio de la estancia tenía una mesa de vidrio, en la que en verano ponía un florero con margaritas blancas y varitas de lavanda.

Se subió al sillón para colgar el retrato, y en eso estaba cuando sonó el timbre, haciendo que se diera un buen golpe en el dedo.

—¡Ah! ¡Mierda, qué dolor! —se lamentó—. ¡Voy...!

Ringggggggg ringggggggggg.

Cuando abrió la puerta, entró Francisca como una ráfaga, dejándola sorprendida.

—¿Quieres saber qué me pasa?! ¿Por qué estoy así y no salto de alegría por ti? Pues porque soy una egoísta y sólo pienso en mí. Con el resto me da igual, pero contigo... —empezó como una metralleta.

—Cálmate. Ven, deja que me cure el dedo, que me estoy muriendo de dolor, y luego hablamos —la interrumpió, mostrándole el dedo, que le estaba empezando a sangrar.

—Pero ¿qué te ha pasado?!

—Estaba colgando la foto y sin querer me he dado un golpe en...

—Pero ¿cómo puedes ser tan tonta? —saltó Francisca, sin dejarla terminar.

«Ah, no, eso sí que no», pensó ella.

—¿Tonta?! Pero si te has puesto a tocar el timbre como una loca, justo cuando lo estaba haciendo. Yo no tengo la culpa.

—¿Ah, no? Claro, seguro que la tengo yo —gritó Francisca.

—Claro que la tienes —contestó más calmada que su hermana, pero igualmente enfadada.

—¿Sabes qué, Antonia? ¡Vete a la mierda! —chilló Fran, histérica.

—¡Me iré, pero contigo por delante, para que no me pierda! —repuso ella, gritando también.

Tan rápido como había entrado, Francisca se marchó, diciendo un montón de cosas que ni ella misma entendía, y dejando a Antonia absolutamente desconcertada y sin comprender nada de lo que había pasado. Lo único que tenía claro era que el dedo le dolía muchísimo. Se sentó en el sofá a esperar a que se le calmara un poco y al mirar hacia el lado vio a su mascota, disfrutando del poco sol que ya quedaba a esa hora.

—¿Has entendido algo, *Matías*? Cada día está más loca. ¿Verdad que ella ha tenido la culpa de lo de mi dedo?

La semana pasó con normalidad para Antonia. Tener tanto trabajo hacía que saliera más tarde y se levantara más temprano, impidiéndole pensar en su hermana ni en José Ignacio.

Cuando se acordaba de él, se regañaba a sí misma. Quería odiarlo, pero no podía. De hecho, alguna que otra noche se había despertado acalorada, soñando con él. Pero lo que Antonia no sabía era que, por su parte, José Ignacio también la recordaba.

Antes de marcharse hacia Brasil, había pasado por la recepción del hotel para pedir los datos de ella y, amablemente, la recepcionista se los entregó; ninguna mujer se resistía a su sonrisa y él lo tenía muy claro. Cuando miró los papeles, vio que sólo estaban los del pago y el nombre de la persona que había reservado la habitación.

Se sorprendió al ver que esa persona era su amigo Carlos Dupont. Y como no le gustaba esperar, lo llamó y Carlos le confirmó que en efecto era él quien había reservado la suite para su novia.

José Ignacio le pidió discreción. No le contó nada comprometedor, sólo le dijo que le interesaba la mujer que estaba con su prometida, y que resultó ser la hermana de ésta. Carlos no tuvo ningún problema en poner verde a Antonia. Sobre todo, dijo, era una mujer sin clase, muy distinta a su hermana.

Él, por su parte, no pensaba igual. Aunque sabía que la joven podía mostrarse maleducada sin mucho esfuerzo, no se la había podido quitar de la cabeza. En São Paulo incluso había quedado con una amiga para salir, como hacía siempre. Además de trabajar, él sabía divertirse, y si era con una mujer guapa, mucho mejor. Pero esa vez, pese a la rabia que sentía, no tuvo ganas de más.

No podía dejar de pensar en los ojos de Antonia pidiéndole que la hiciera suya, en el olor de su cuerpo, el sabor de sus besos. También en la rabia con que le habló al echarlo de la habitación. Lo tenía desconcertado, no podía pensar tranquilamente. No sabía si era por el rechazo o por qué, pero a pesar de todo, quería estar con ella.

Se sentía culpable por haberla humillado. Sabía que había reaccionado mal, pero la situación tampoco era muy favorable. Había perdido la poca paciencia que tenía. Nunca, y menos después del sexo, lo habían rechazado. Su orgullo de macho estaba herido, pero no era eso lo que le importaba, quería encontrarla y sabía que muy pronto lo haría. Sin embargo, los días y la espera lo estaban poniendo de un humor insoportable.

José Ignacio era director de varias empresas de su familia, y se pasaba la vida en reuniones, tomando decisiones importantes y no podía cometer ningún error. Esa semana sabía que no estaba funcionando al cien por cien. Bajó el ritmo de trabajo y comenzó a pasar más tiempo en el gimnasio, para quemar la energía que se le estaba acumulando.

Una noche, cuando llegó a su ático, el conserje le dio un paquete que había llegado a su nombre desde Argentina. Mientras subía en el ascensor

hasta la planta 19 del lujoso hotel en el que se hospedaba, tenía la secreta esperanza de encontrar una nota de disculpa de ella, pero se puso furioso al ver el vestido de tango y un papel que decía:

Te devuelvo el vestido. Ni siquiera te daré las gracias por él. En una cosa tienes razón, quizá con otra no te hubiera costado tanto. Así que búscate una que esté a tu altura para que pueda ponérselo. De este modo por lo menos lo amortizarás...

Por mi parte... no te debo nada.

Antonia López

La ira lo empezó a consumir. Entendió que con ella no conseguiría nada y eso le molestó. Pero se quitaría las ganas de Antonia como fuera, y qué mejor que el fin de semana que se le presentaba por delante.

Cuando Francisca llegó a casa de su abuela en su moderno coche que, por cierto, le había regalado Carlos, se sintió la reina del baile. Sentía que era la envidia de todas las personas de su edad, hombres o mujeres. Ninguno había logrado tanto. Tenían sus casas, sus coches, sus cosas, pero la vida que ella tenía ninguno la alcanzaría quedándose allí, donde mayormente se vivía de la cosecha de frutas para la exportación.

La casa de su abuela era una pequeña edificación de madera, con un porche alrededor lleno de plantas. Estaba absolutamente impecable, bien cuidada. Al fondo del terreno había un gran sauce y por el patio trasero corría un canal, al que su abuelo le había puesto una baranda para que sus nietas no fueran a caerse.

Al llegar a la casa, Francisca confirmó que lo que estaba haciendo era lo correcto. Ella no quería vivir así, ni criar a sus hijos en un sitio como ése. Quería tener el mundo a sus pies y eso haría; estaba dispuesta a conseguirlo.

Armándose de valor, entró y de inmediato, antes de que su abuela pudiera abrazarla, le dijo que tenían que hablar. Pero sin hacer caso de sus palabras, la anciana le dio un cálido abrazo. Ella sabía que hacía mucho que había perdido a Francisca, que la ciudad la había cambiado, pero su corazón era tan noble que jamás se lo haría sentir. Sus nietas habían sufrido ya demasiado con la pérdida de sus padres, como para que ella le recriminara nada. Salieron al patio trasero de la casa y se sentaron en el cómodo balancín, de cara al huerto de tomates, muy bien cuidado. En cuanto se aposentaron llegó *Cuchita*, la

regordeta gata de la abuela, que se acercó para sentarse junto a ellas o, mejor dicho, a exigir cariño. Se subió sobre Francisca, que con gesto hosco tuvo que aceptarla; si no, su abuela se disgustaría.

Mientras la acariciaba, empezó a hablar.

—Abuela, quiero contarte una cosa y por favor te pido que me entiendas. Yo te adoro, eres como una madre para mí, pero creo que en este camino que voy a emprender no me vas a poder acompañar.

—Hija, no me lo adornes, que ya soy vieja para eso y te conozco —le pidió, dándole unas palmaditas en las piernas—. ¿Qué pasa? Sé por tu hermana que tienes una relación y como no sé nada de él, me imagino que él tampoco sabe de mí. Además, si no vives con Antonia es que vives con él, ¿no es cierto?

—Sí, hace seis meses. Yo trabajaba en su empresa y, bueno, una cosa llevó a la otra. Ahora me ha pedido matrimonio, le he dicho que sí y, como nunca le he hablado de ti, ya no tiene sentido hacerlo. Yo voy a venir igual. Por favor, abuela, tienes que entenderme —le suplicó. Ver su pasividad la tenía intranquila, no quería hacerle daño.

En ese momento, la gata saltó de sus brazos para irse a los de su dueña, como si entendiera que ésta necesitaba cariño.

—Tú sabrás, hija —dijo al fin la anciana, suspirando—. Yo no soy quién para decirte lo que tienes que hacer, sólo doy gracias a Dios porque tu abuelo no esté aquí para ver esto.

»Haz lo que quieras, es tu decisión, pero no perjudiques a tu hermana. Ella lo hace todo por ti. Y yo, aunque te amo más que a nada, te voy a decir que lo que te estás haciendo —hizo un gesto, señalándole la nariz operada— no te hará ser otra. Y si te olvidas de tu corazón vas a sufrir, mi niña. Pero yo siempre voy a estar aquí, en esta vieja casa que es mi mundo.

—Gracias —susurró Francisca, acurrucándose contra ella, como cuando era pequeña.

Se quedaron un buen rato en silencio, balanceándose. Francisca, con una sonrisa en los labios porque, como siempre, había conseguido lo que quería, y María, la pobre María, sentía que el corazón se le estaba desgarrando, que ya había perdido a su nieta definitivamente.

Le dolía demasiado, pero no ensombrecería su dicha. Deseaba de corazón que fuera feliz, pero los años le habían dado sabiduría y estaba convencida de que todo aquello tendría un final no muy agradable.

Los días pasaron con normalidad y no hablaron más del tema. María hacía todo lo posible por aprovechar la compañía de su nieta y, a su manera, Francisca hacía lo mismo. La ayudó a limpiar la casa, a preparar las mermeladas que guardaba para el invierno, pero a lo que se negó rotundamente fue a trabajar con ella en la huerta, porque eso le estropearía las manos.

Francisca salía poco de la casa, porque el calor era infernal y, además, aún tenía la nariz un poco inflamada y no quería que las vecinas la vieran así. Pero lo que no sabía era que igualmente hablaban de ella, y no en muy buenos términos, lo que enfurecía a su abuela, que constantemente la estaba defendiendo. El pueblo era pequeño e intuían cómo eran las cosas realmente y trataban de que la anciana también lo viera.

Mientras, Antonia no había hablado con su hermana, pero sí con su abuela y ésta le dijo que estaba bien, una noticia que a ella la tranquilizaba enormemente. Pasaba el tiempo sumida en su trabajo y el que le sobraba lo dedicaba al regalo de su abuela.

El viernes por la tarde, en cuanto salió del bufete se fue directa al supermercado. Siempre que iba al campo, lo hacía cargada de cosas.

Fue a su piso, cogió a su tortuga y su bolsa y se marchó. Cuando llegó al pueblo, ya bien entrada la noche, estaba pletórica, ya que ése era el lugar que más le gustaba del mundo y donde se sentía más querida, tanto por la gente como por su abuela.

Entró en silencio para no despertar a nadie, pero María la estaba esperando con un vaso de zumito de naranja recién exprimido. Se fundieron en un abrazo largo y cariñoso. Luego, Antonia comenzó a sacar las cosas del coche y, como siempre sucedía, su abuela la regañaba con afecto por haberse molestado en traerlas.

Al día siguiente se levantó temprano y le fastidió ver que su hermana aún dormía, así que se encaminó directamente a su cuarto, abrió de golpe y le espetó:

—¿Te crees que estás en un hotel? ¿Pretendes que también te traigan el desayuno a la cama?

—¿Y por qué no, si me lo trae la abuela?

—¡Levanta ahora mismo de ahí si no quieres que te levante yo misma! —gritó.

—Niñas, niñas, calmaos, que el día está empezando y nos queda mucho todavía por delante. Venid a la mesa.

—De acuerdo, abuela, tienes razón. Es que me molesta que se quede acostada hasta tarde, como si fuera la...

—La princesa de la casa, eso es lo que soy —completó Francisca en tono burlón.

Antonia se dio la vuelta, entró rápidamente en la habitación donde su hermana aún estaba acostada y, cogiéndola de un brazo, la sacó de la cama.

—¡Qué bruta eres! Por eso estás sola, porque eres una chiflada.

—¿Y tú no te has dado cuenta de las ojeras que tiene la abuela? ¿De lo cansada que está, para que encima tenga que atenderte? Tú no eres el centro del mundo. ¡Te dije que no te lo iba a permitir!

—A ver, niñas, ya está bien, se acabó la discusión, no quiero más peleas aquí. Aprovechemos el tiempo de estar juntas. —Les habló en tono decidido pero cariñoso y, cogiéndolas a las dos de la mano, las llevó al comedor.

—Antonia, todo lo que yo tenía que hablar con Francisca ya lo he hablado. Ella sabe cómo pienso y, lo mismo que tú, la voy a apoyar en su matrimonio y no voy a permitir que te metas en esto. Porque tú, hija mía, tienes que vivir tu vida y estar al lado de esta niña, así lo habría querido tu abuelo.

—Pero...

—Pero nada y el tema se acabó. Ahora ya no se hable más. ¿De acuerdo?

—Sí, abuela —contestó Antonia.

Francisca, por su parte, se acercó a María y le dijo al oído melosamente:

—Eres lo más, abuela.

El resto del desayuno transcurrió con normalidad y Antonia aprovechó para contarle a su abuela la noticia de su ascenso, haciéndola derramar un par de lágrimas de felicidad.

La relación entre las hermanas era tirante, pero ninguna de las dos iba a desobedecer a su abuela, así que intentaron hacerlo lo mejor posible. Por la tarde, Antonia estaba ayudando a ésta en el huerto de tomates, cuando le dijo:

—Abuela, yo creo que a esta casa lo único que le falta es una galería en la parte de atrás con una cocina de leña.

—Eso mismo decía mi Hugo, cariño, estás soñando, igualito que él.

—¿Ah, sí? —preguntó Antonia, levantándose y ayudándola a ella a

hacerlo—. Papá Noel me ha dicho que un viejecito se lo había pedido y que como tú te has portado tan bien, ¡te lo traerá este año! —concluyó, dándole un enorme beso en la mejilla.

—¿Qué? Pero ¿qué dices hija? ¿Te has vuelto loca?

—No, no me he vuelto loca, es lo que quiero hacer aquí en tu casa. Y antes de que me digas nada, mañana viene don Juan, el albañil que le hizo la galería a la vecina, para tomar las medidas y empezar la construcción.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de María. Pensaba que nunca vería el sueño de su Hugo realizado, pero ahí estaba su nieta, cumpliéndolo.

—No sé qué decirte, mi amor.

—Nada. Tú te mereces esto y mucho más y yo soy la mujer más feliz del mundo por poder hacerlo.

El resto de la tarde lo pasaron muy contentas, incluida Francisca, que dijo que las ayudaría con lo que hiciera falta. No había espacio para el rencor en aquella familia, éstos eran los valores que les habían inculcado desde siempre.

Al día siguiente se fueron las tres en el moderno coche de Francisca a comprar los materiales para empezar lo antes posible con la obra. Don Juan les había dicho todo lo que necesitaría y cuánto tiempo tardaría, calculaba que en un par de semanas ya estaría todo listo.

El día pasó demasiado rápido y llegó la hora de volver a la ciudad. Antonia estaba de pie, contemplando el huerto, cuando, silenciosamente, se le acercó Francisca por detrás y le preguntó:

—¿Sabes qué me pasaba el otro día, cuando fui a tu piso?

—¿Me ves el turbante y la bola de cristal?

—Estoy hablando en serio, Anto.

—No, no lo sé. ¿Me lo vas a contar?

—Cuando llegamos de Buenos Aires, pensaba que Carlos y yo... bueno, que haríamos el amor apasionadamente por los días que no nos habíamos visto. Pero él se limitó a darme un par de besos y me dijo que era mejor esperar a que estuviéramos casados. Y yo me quedé ahí con toda la rabia y las ganas acumuladas y me desahugué contigo. ¿Me disculpas?

—Pero ¿cómo?

—Cómo ¿qué? —preguntó Francisca sin entender nada, arrugando la frente.

—¿Y Leonardo? ¿No era tan maravilloso? —respondió riendo.

Las dos se echaron a reír a carcajadas y en ese mismo momento, María, que las miraba desde la ventana, sintió que sus niñas ya se habían perdonado y que todo seguiría igual que siempre entre ellas. Sólo que esta vez, cuando se fueran, pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a ver a su nieta menor y eso le rompía el corazón. Pero no se lo demostraría. Fue a su cuarto y sacó una cajita de un baúl.

—Fran.

—Dime, abuela, ¿qué pasa?

—Quiero darte esto. Era de tu madre y, aunque yo no lo vea, quiero que lo lleves el día de tu boda —expuso con la voz entrecortada.

Francisca abrió la cajita y vio unos pequeños pendientes de perlas, sencillos pero muy bonitos y, abrazándola, le dijo:

—Te lo prometo. Gracias, gracias, abuela.

—Si hubiera sabido que para tener estos pendientes me tenía que casar, ya tendrías bisnietos —comentó Antonia, en broma pero contenta.

Y así, con sus bendiciones, sus nietas se volvieron a la ciudad.



Con tantas cosas que hacer, Antonia no había tenido tiempo de decorar su casa para Navidad, así que decidió que después del trabajo lo primero que haría sería ir a buscar lo que le faltaba. Le encantaba tener todos aquellos adornos rojos y dorados, que dejaba puestos hasta bien entrado el mes de febrero.

Cuando estaba a punto de marcharse, la llamó el señor Montt.

—Antonia, querida, necesito pedirte un tremendo favor.

—Sí, claro, dígame.

—Es que hoy he quedado con mi hija y tengo que llevarle urgentemente unos papeles a un sobrino, ¿podrías acercárselos tú? Sólo tienes que dejárselos en conserjería.

—Por supuesto, no hay problema. Démelos.

—Los tiene Carmen. Dile que son los documentos de compra de las empresas del señor Zúñiga.

Como estaba tan apurada, ni siquiera reparó en el apellido. Cuando iba caminando en dirección al lugar de entrega, se detuvo unos minutos para comprar unas cosas que vendían en los puestos callejeros y luego siguió hasta la dirección indicada.

«Esto sí es vida», pensó, al ver el lujoso y exclusivo edificio.

Entró para entregar los documentos, pero justo en ese momento se le cayeron todos los papeles al suelo y tuvo que agacharse para recogerlos.

En ese mismo instante, José Ignacio y una estupenda mujer estaban hablando con el conserje. Al percatarse de la situación, José Ignacio echó a andar hacia la puerta para ayudar a la mujer, que estaba de espaldas a él.

—Amor, ¿adónde vas? —preguntó su acompañante, deteniéndolo—. Subamos, que me estoy muriendo de calor y tengo cosas bastante más interesantes planeadas para nosotros.

—Sí, tienes razón —contestó José Ignacio y, cogiéndola de la cintura, se apresuró con ella hacia el ascensor.

Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Llevaba todo el fin de semana tratando de olvidar a Antonia y ya estaba empezando a preocuparse, porque hasta había creído oler su aroma en ese instante, cuando vio a aquella mujer agachada que nada tenía que ver con la de su recuerdo.

—Buenas tardes —saludó Antonia, entrando al fin, cuando acabó de recoger los documentos—, traigo estos papeles para el señor Zúñiga.

—Justo acaba de subir con su novia —contestó amablemente el conserje—. ¿Los está esperando?

—Supongo que sí, pero no se preocupe, se los dejo a usted.

—Gracias, porque últimamente el señor está de un humor... Peor que el de siempre.

Antonia sonrió y se fue, aún le quedaban muchas cosas por comprar.

Pasaron los días con normalidad, hasta el miércoles por la tarde, en que, al llegar a su casa, vio que su hermana la estaba esperando. No sabía nada de ella desde hacía un par de días.

—Hola, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado?

—He preferido esperarte. No sabía si tenías algo que hacer.

—Qué considerada estás —comentó, mirando unas bolsas que llevaba—. Te ayudo.

Subieron al piso y cuando Francisca vio la decoración navideña, exclamó:

—¡Vaya! Menudo circo tienes montado aquí. ¿No crees que se te ha ido la mano? Si hasta *Matías* tiene luces de colores.

—A mí me encanta, está todo precioso, además es mi casa —concluyó—. ¿Qué querías? ¿Ha pasado algo?

—¿Por qué tendría que pasar algo para que viniera?

—Porque te conozco y sé que, si no, no vendrías.

—Tienes razón. Tú eres mi madrina, ¿no es cierto?

—Ya sabes que sí.

—Bueno, pues quiero que veas el vestido que me pondré el día de la cena.

Se fueron a la habitación y Francisca sacó dos vestidos de las bolsas. Uno amarillo pálido, con manga tres cuartos y una chaqueta en un tono un poco más oscuro, con vivos de color blanco por todo alrededor, haciendo juego con

un broche blanco que llevaba en la solapa. El otro era un vestido lila, con tirantes, ajustado y con un cinturón de raso por debajo de las caderas. Estaba un poco abierto en los costados y se completaba con una chaqueta corta del mismo tono que el cinturón.

—Oh, qué bonitos; son realmente preciosos. Qué elegancia.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó Francisca, sabiendo la respuesta.

—Los dos son muy bonitos, pero mi color es el morado, así que me gusta más éste. Para ti creo que te va más este otro —contestó, señalando el amarillo.

—Yo pienso lo mismo, así que, por favor, quédate con el lila. Además, con el amarillo puedo ponerme las perlas de mamá —comentó con cara de ángel.

—No, no puedo, es tuyo.

—Anto, no seas tonta, qué voy a hacer con el otro. Además, me queda un poco apretado. Por favor, pruébatelo y lo vemos —le pidió, haciendo su habitual puchero.

—No me pongas esa cara —replicó ella, molesta—. Me lo voy a probar porque, si no, seguro que me fastidias hasta que lo haga. Pero sólo para ver, que te quede claro.

El vestido le quedaba perfecto, como no podía ser menos, puesto que estaba hecho a su medida, aunque ella no lo supiera.

—Antonia López, no acepto un no por respuesta. Te queda espectacular.

Pese a ver que su hermana tenía razón, negó con la cabeza y dijo sonriendo:

—Fran, esto es mucho, no puedo aceptarlo. Es tuyo y no...

—Bueno, te lo pones y luego me lo devuelves, ¿de acuerdo? —Conocía tan bien a su hermana que sabía que sólo así aceptaría.

—¡Síiii! —respondió Antonia, contenta—. Ahora ponte tú el otro, que quiero verte, por favor —le imploró, imitándola.

—Enseguida. —Y añadió riendo—: ¿Desde cuándo estás tan pechugona?

—¿Tú crees? ¿Se me ve mal?

—¿Por qué tienes que pensar siempre lo peor? Se te ve estupenda. Ya quisiera yo tener esas tetas tuyas, para ver si así se calentaba mi Carlitos.

—¿Qué pasa con Carlos? ¿Por qué dices eso? —preguntó Antonia, preocupada.

—No, nada, tonterías mías. Ya te dije que seremos célibes hasta la boda

y eso me tiene un poco acalorada. Pero nada que mi Leo no pueda solucionar.

Tras un agradable rato de risas y conversaciones, Fran se fue y Antonia se acostó. Estaba cansadísima, había dormido mal la noche anterior y se durmió profundamente.

Se dio la vuelta al oír aquella risa y chocó con un cuerpo duro, más alto que ella. Al mirarlo se dio cuenta de que el hombre que la miraba con pasión era José Ignacio, que al sentirla contra su pecho la agarró de la nuca y, acercándola contra su boca, introdujo su lengua hasta el fondo con locura. Olvidándose de todo, Antonia respondió a sus exigencias y comenzó a responder hábilmente a aquel ferviente beso, bajando las manos con rapidez para poder tocar su sexo, mientras él le ronroneaba al oído palabras que la alentaban a seguir,

—Más, quiero más —le decía—. Quiero sentir tu boca en mi pene, ahora.

Ella, obediente, bajó, dejando en su cuerpo un camino de besos, mientras José Ignacio le acariciaba el pelo e, inclinando levemente la cabeza, cerraba los ojos para sentirla, soltando un varonil gruñido que la excitó aún más.

Antonia tomó su duro y erecto miembro entre sus manos, lo miró con ojos serios, pero llenos de lujuria, y comenzó a apretarlo y a deslizarlo entre sus dedos.

—¿Te gusta así? —le preguntó Antonia.

—Sí, pero quiero más, quiero tu boca.

—Lo sé.

Puso los labios sobre su pene y se lo metió en la boca, lamiéndolo por todos lados, mientras le agarraba el trasero con fuerza para sujetarse. Tomó sus testículos con la otra mano y empezó a acariciarlos, sin dejar de masajearle el miembro. Él estaba jadeando, con la respiración acelerada. Ella se sentía la diosa del sexo y, segura de lo que estaba haciendo, comenzó a jugar con la punta, dándole sugerentes lengüetazos, mientras José Ignacio abría los ojos y adelantaba más las caderas para sentir completamente su boca.

—Para, ya no puedo más —murmuró y siguió gimiendo.

Antonia lo miró a los ojos y comenzó a succionar más fuerte, hasta el fondo de su garganta, luego hasta la punta y otra vez más rápido, girando la lengua alrededor. Tenerlo retorciéndose de deseo carnal la tenía tan excitada como a él, que le agarró el pelo con fuerza y empezó a moverse desesperadamente contra la boca de ella, hasta que con un sonido gutural llegó al clímax y trató de apartarse.

Pero Antonia lo sujetó con fuerza y lo atrajo aún más, haciéndolo culminar en ese momento, que contempló con mirada triunfal. Acto seguido, él la cogió de las axilas para levantarla hasta su boca, no sin antes pasar los dedos por su ya húmeda vagina, haciéndola temblar. Besándola, introdujo sus dedos mientras ella gemía.

—¿Quieres más? —le preguntó al oído, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Pip pip pip...

Saltó de la cama al oír ese sonido y cogió el móvil para tirarlo lejos. Estaba empapada, jadeante, con el corazón acelerado. Por primera vez en su vida había tenido un sueño erótico y estaba excitada. Todo por él, al que no se podía quitar de la cabeza.

«Me estoy volviendo loca. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me está pasando?», pensó desesperada.

Se fue rápidamente al cuarto de baño para darse una ducha, pero cuando entró y se miró al espejo, vio lo roja que estaba. Aún seguía excitada y eso la molestaba.

Al sentir el agua corriendo por su piel, volvió la excitación. Estaba demasiado receptiva y su cuerpo le estaba pidiendo, no, exigiendo más. Cuando comenzó a enjabonarse, se dio cuenta de lo placentero que le resultaba, bajó las manos hasta su sexo y, sin pensar en nada más que no fuera la agradable sensación que eso le proporcionaba, empezó a mover un dedo alrededor de su clítoris. Se apoyó en la pared, cerró los ojos y empezó a gozar, primero muy despacio, luego más fuerte, hasta que comenzó a temblar, apretó los glúteos y perdió el control. Su cuerpo adquirió vida propia, experimentando un cúmulo de excitantes sensaciones y así estuvo durante unos momentos, hasta que sus piernas no pudieron aguantar más su peso.

En ese instante reaccionó: acababa de masturbarse. No entendía qué le estaba pasando. Aunque lo quisiera negar, haber dejado las cosas inconclusas con José Ignacio la estaba afectando demasiado. Soñaba con él por las noches y a veces incluso le parecía oír su voz.

Salió de la ducha, cogió la toalla y se sentó en su cama. Estaba tan cansada que se tumbó de nuevo y comenzó a intentar aclararse las ideas. No podía seguir así, y tampoco quería, por lo que se planteó la posibilidad de buscarlo y hablar con él.

Lo único que sabía era que ambos habían disfrutado y que lo que él le

dijo después del alucinante sexo que habían tenido seguramente había sido fruto del momento, de la locura que ella misma había ocasionado. O al menos eso esperaba con todas sus fuerzas.

Lo primero que tenía que hacer era acordarse del nombre de la amable mujer que le había dado tanta información en el hotel y que ella había rechazado, llamarla y preguntarle, no, rogarle, a ver si le daba de nuevo los datos sobre José Ignacio Zúñiga.

Después de mucho tiempo, se estaba dando una oportunidad de querer y ser querida y deseaba que fuera con él, así que haría todo lo que estuviera en su mano para poder encontrarlo. Sabía que si no lo hacía de inmediato, luego se acobardaría, de modo que corrió a encender el ordenador, buscó el número del hotel de Buenos Aires, tomó aire y marcó.

Al segundo timbrazo, escuchó atentamente a la operadora dar toda la charla de bienvenida y al fin pudo preguntar:

—Hola, buenos días, mire, quisiera hablar con una recepcionista llamada Lourdes, ¿está ahí?

—¿Lourdes Camacho? —preguntó la voz femenina que había respondido.

—Sí, esa misma —dijo, aunque no estaba segura de si era ése el apellido. Pero ¿cuántas Lourdes podía haber en la plantilla del hotel? Así que se arriesgó. Las cartas ya estaban echadas y no quería dar marcha atrás, aún no, no por lo menos sin intentarlo.

—Mire, me dicen que Lourdes está de vacaciones y que no volverá hasta después de las fiestas, ¿puedo ayudarla en algo?

Por unos momentos, pensó si pedirle la información a esa señorita, pero se dijo que era una mujer adulta y que podía esperar.

—Señorita, ¿sigue al teléfono? ¿La puedo ayudar en algo?

—Sí, sí. Mire, es que estuve ahí hace poco tiempo y dejé un paquete para un cliente suyo y quisiera saber la dirección a la que fue enviado. Necesitaría hablar con él urgentemente. —«Dios mío, qué estoy haciendo»—. ¿Puede ayudarme?

—La verdad es que no, eso es confidencial, yo no puedo decírselo. Mejor espere hasta la próxima semana a hablar con Lourdes. Ella lleva mucho tiempo aquí y conoce a todo el mundo, ¿le parece bien?

—No, no me lo parece —soltó de pronto sin querer. Se sentía perdida incluso antes de empezar.

—¿Cómo dice?

—No, nada, disculpe, volveré a llamar cuando esté Lourdes, y disculpe las molestias, por favor.

Colgó el teléfono con rabia y lo tiró encima de la cama. Mal, todo mal.

Decidió calmarse, porque se estaba comportando como una histérica. Salió al balcón, tomó aire y lo expulsó, así unas cuantas veces. Tenía claro que nada más podía hacer, al menos por ahora, pero sentía que tenía que contarle a alguien lo que le estaba ocurriendo, necesitaba la aprobación de alguien. Ella era así, muy insegura, y más si se trataba de sí misma y de hacer algo que para ella, en su ridícula cabeza, no era normal.

—Hola, Fran, ¿cómo estás?

—¡Anto!, qué alegría que me llames. Pero ¿sucede algo? ¿Por qué me llamas?

—¡Qué exagerada eres! ¿Acaso no puedo saber cómo está mi hermanita?
—respondió, mofándose.

—Ya. ¿Qué pasa? Dime, ¿es algo malo?

—No, nada malo. ¿Nos tomamos un café? Quiero preguntarte una cosa.

—Vente a mi casa, es que estoy preparando unas cosas para mañana.

—Después de la oficina me paso. Besos.

No le gustaba nada ir al piso de su hermana, pero en ese momento no le importaba.

El día en la oficina se le pasó rapidísimo. Lo estaban preparando todo para la semana siguiente, que en el bufete se tomaban siempre de vacaciones, y Antonia pudo concentrarse sólo en cosas de trabajo y así no pensar en él ni en lo que había decidido, más que nada porque aún le parecía una locura.

Después de las seis, se fue directa a casa de su hermana, que vivía en un precioso piso en la parte acomodada de la ciudad.

Cuando llegó, después de una hora de calor y tráfico denso, ya estaba un poco agobiada. Al entrar, le extrañó ver tantas cajas y todo desmontado.

—Hola, ¿por qué has tardado tanto? —quiso saber Francisca—. Hace rato que te espero.

—Pero ¿tú crees que puedo venir volando? Si vives en la otra punta de Santiago. —Su hermana a veces era realmente tonta, pensó—. ¿Por qué lo tienes todo en cajas?

—Ah, es que no te lo había contado. Nos mudamos a una casa nueva que Carlos acaba de comprar.

—¿Y este piso tan bonito lo venderá? —preguntó con curiosidad, pero

sin ninguna doble intención.

—No, Carlos dice que no es necesario. Lo va a conservar para cuando tenga cosas que hacer, como trabajar hasta tarde, así no me molesta —explicó con un poco de pena.

—Es broma, ¿verdad? —dijo Antonia, incrédula.

—No, es en serio y, por favor, no me digas nada, cada uno vive como quiere.

—Bueno, pero por lo menos déjame decirte que me parece extraño. No conozco a nadie que sea así.

—Ah, eso no es tan raro, si tú no conoces a nadie —se burló Francisca.

—No empecemos, por favor, que además de estar muriéndome de calor, me muero por contarte una cosa.

—Debe de ser algo importante; si no, no estarías aquí. Ésta es como la segunda vez que vienes y la anterior ni siquiera entraste.

Se sentaron en la terraza, con dos enormes vasos de zumo de naranja recién exprimida que les había llevado la sirvienta.

—¿Para qué tienes servicio si estás todo el día aquí tú sola?

—A Carlos le gusta así. Venga, dime, ¿que no aguanto más!

—He decidido buscar a José Ignacio.

—¿A quién? Noo... el tipo de Argentina con el que no te quisiste acostar y que te dijo un montón de cosas desagradables.

—Sí, el mismo. Pero quiero que sepas que lo desagradable creo que me lo merecía, por cómo lo traté.

—Bueno, eso sí, tú eres bien rara a veces, pobre. Quizá pasó algo más que no me quieres contar.

—Eso ya da lo mismo. ¿Qué te parece la idea?

—¿De verdad quieres saberlo? —Antonia asintió con la cabeza, con los labios apretados—. Creo que si a ti te interesa, y veo que es así, está bien. Debes olvidarte de Javier y ser una mujer normal. No todos los hombres son unos mentirosos y unos estafadores como él, Anto. Eres guapa por dentro y por fuera, tienes que salir y conocer gente, vivir. Tienes veintiocho años y sólo has tenido un hombre en tu vida, y además no fue una buena experiencia. Yo te apoyo, pero, ojo, que si no es él puede ser otro. Tómalo con calma, que te conozco y sé que cuando te obsesionas con algo...

Antonia se rio. Ya estaba más tranquila y decidida respecto a lo que iba a hacer. Lo que había dicho su hermana era cierto, aunque lo que Francisca no

sabía, y por supuesto ella no le iba a contar, era que sí se había acostado con José Ignacio. Y había sido una experiencia alucinante, tanto que no se la podía quitar de la cabeza, ni del cuerpo.

—Tienes razón, y es raro que yo te lo diga, pero gracias por tus consejos.

Ambas estuvieron charlando durante un rato, hasta que llegó Carlos, que se sorprendió al verla allí.

—Buenas noches, Antonia —la saludó Carlos—. ¿A qué se debe el honor de tu visita? ¿Vienes a convencer a tu hermana de que no se case? —añadió irónico.

—No, cuñadito, en absoluto. Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato —le contestó con sarcasmo.

—Por favor, hacedlo por mí —intervino Francisca—, tengamos la fiesta en paz. Recordad que todavía no estoy recuperada del todo.

—Si te operaste sólo la nariz, hermanita, aunque debieron operarte el cerebro —añadió Antonia muy bajito, para que sólo ella la pudiera oír, mientras Francisca le pedía paciencia con la mirada.

Carlos pasó por su lado hacia la habitación y desde allí oyó que Antonia se marchaba. Eso lo tranquilizó. Aquella joven no le caía nada bien y el sentimiento era mutuo.

Antonia se fue más calmada. Había conseguido quitarse de encima la culpa por querer ver de nuevo a José Ignacio y había obtenido de algún modo la comprensión de su hermana. Lo que lamentaba era que ya no podría arrepentirse de habérselo dicho, y si Fran se comprometía, sabía que ya no se echaría atrás en su propósito.

El día de la cena por fin había llegado y cuando Antonia le comentó a Carmen lo del compromiso de su hermana, la mujer, que conocía a la familia, porque Carmen conocía a todo el mundo y todo el mundo la conocía a ella, le había dicho que tenía que ir a la peluquería sí o sí.

Casi obligada, Antonia fue al salón de belleza y explicó lo importante que era la cena y cómo iría vestida. Eso bastó para que le dejaran un pelo precioso, digno de una gala de estrellas, y le pintaron las uñas a tono con la ropa que llevaría esa noche. Salió sintiéndose una cenicienta, sólo que en ese cuento ella no se transformaría cuando dieran las doce.



Antonia se sentía nerviosa por encontrarse con su hermana y con la familia de su futuro cuñado. No le gustaba la idea en absoluto, pero era algo que debía hacer.

El recorrido se le hizo interminable, el tiempo que pasaba en cada semáforo en rojo se le hacía eterno, retrasando más su llegada al «patíbulo», que era como ella llamaba jocosamente a la cena de compromiso de su hermana.

Cuando llegó a la preciosa casa estilo inglés, vio que el lugar estaba repleto de coches. Eso no se lo esperaba, pensaba que sería una cena íntima, sólo para la familia, pero allí había más de una docena de vehículos, estacionados alrededor de una fuente. Estaba pensando dónde aparcar, cuando un joven muy amable se le acercó y le pidió las llaves.

Cuando se dirigió hacia la fastuosa entrada, los nervios ya se habían apoderado completamente de ella. Una vez dentro, una sonriente mujer la guio hacia el salón principal y en ese preciso instante oyó que su hermana la llamaba.

—¡Te estaba esperando! ¡Qué tarde has llegado! Ven, quiero presentarte a mi suegra, que es un amor —dijo Francisca llevándola del brazo, sin dejar siquiera que pudiera saludarla.

Se dirigieron al jardín, iluminado con antorchas colocadas alrededor de la piscina; el lugar estaba cubierto por completo con una gran carpa blanca, bajo la cual había una enorme mesa con mantel asimismo blanco y sillas a juego. Los que ya habían llegado iban vestidos con la misma elegancia que ella y eso la relajó bastante. Era mucha más gente de la que esperaba, pero por lo menos no se sentía fuera de lugar.

Su hermana la llevó hacia un grupo de mujeres que estaban charlando alegremente alrededor de la piscina, todas con copas en la mano.

—María Gracia —se dirigió Fran a su futura suegra—, quería presentarte a mi hermana, que acaba de llegar.

—Hola, linda, mucho gusto en saludarte. Francisca me ha hablado tanto de ti que siento que te conozco desde siempre.

«En cambio yo no sé nada de usted», pensó Antonia, pero como la mejor de las actrices, le dio un beso en la mejilla y respondió:

—Encantada. Mi hermana siempre me habla de usted, la encuentra encantadora.

—Es que Francisca es tan dulce que en poco tiempo se ha ganado el corazón de todos aquí, en casa, aunque fuese la secretaria de Carlitos.

O se marchaba de allí o le soltaría unas cuantas verdades a la señora en cuestión. Como su hermana la conocía, se disculpó y se la llevó rápidamente hacia otro lado.

—Anto, calma, por favor. Conozco la cara que has puesto demasiado bien.

—Pero ¿no te das cuenta de lo que ha dicho esa... esa mujer? —respondió enfadada.

—Sí, me he dado cuenta, pero ya basta. Ésta es mi noche y no voy a permitir que montes un escándalo, así que sonrío, que quiero presentarte a alguien muy importante. Es uno de los mejores amigos de Carlos y está para comérselo. Su único problema es que odia el compromiso, por eso, cuando lo conocí en la empresa de Carlitos y supe que era así, anticompromiso, con todo el dolor de mi alma lo dejé pasar —explicó a su hermana, como si ir por la vida cazando hombres fuera lo más normal del mundo.

—Por favor, dime que es una broma lo que estoy escuchando y que no eres tan idiota como para pensar eso.

—Bueno, de acuerdo, era... medio broma, ¿contenta?

Antonia la fulminó con la mirada. Quería que todo aquello se acabara pronto y poder volver a su mundo, a su vida, donde todo, según ella, era más normal. Porque tenía claro que en aquella fiesta había muchas mujeres más como su hermana, dispuestas a cazar la mejor presa.

A lo lejos divisó a Carlos, que hablaba con un par de hombres más, pero lo que en realidad miraba Antonia era a la estupenda mujer que estaba al lado de uno de ellos al que no podía ver. Era alta y lo parecía aún más con los

enormes tacones, tenía el pelo largo, negro azabache, y unos ojos azules de mirada tan gélida que hasta daba miedo. Pero lo que más le llamó la atención fue el vestido que llevaba, que le pareció demasiado familiar.

José Ignacio había estado pendiente toda la noche del momento en que llegaría Antonia. Se regañaba a sí mismo por lo nervioso que estaba, porque, aunque no quisiera admitirlo, lo único que deseaba era volver a verla. Pero como estaba tan molesto con ella por haberle devuelto el vestido, había urdido un plan para hacerle pagar lo mal que lo estaba pasando esos días. Lo que no sospechaba fue que en cuanto la viera todas sus ansias de venganza se desvanecerían y se volverían en su contra.

Al verla caminando hacia ellos se quedó sin palabras y sintió que el corazón se le desbocaba. Estaba aún más guapa de lo que recordaba. Se la veía muy sexy, pero a la vez natural e inocente, igual que la primera vez que la vio. Se fijó en aquellos labios carnosos que lo volvían loco, ahora perfectamente delineados con un color rosa suave que lo estaban poniendo igual que un adolescente, o peor incluso.

Muchos pensamientos lascivos pasaron en ese momento por su cabeza. Quería sacarla de allí, cogerla por la cintura, llevarla al baño y hacerle el amor hasta quedar rendido, sin fuerzas para nada más que no fuera acariciar su dulce cara. Se dio cuenta de lo que le estaba pasando a su cuerpo, sobre todo entre sus piernas, y tuvo que volverse para acomodar disimuladamente su abultado miembro.

En ese preciso instante, la mujer que lo tenía abrazado por la cintura sintió que a su apuesto acompañante se le aceleraba la respiración y, en un juego sexy, empezó a bajar la mano por debajo de la chaqueta hasta llegar a sus duros glúteos. Lo que la joven no imaginaba era que todo lo que José Ignacio estaba sintiendo no era por ella, sino por la despreocupada mujer que se acercaba hacia ellos, junto con la novia de su amigo Carlos.

Francisca le iba pidiendo, no, implorando a Antonia que se comportara y que cambiara la cara. Lo que no podía sospechar era que su hermana no la estaba escuchando, sumida en sus pensamientos y en aquel vestido que le traía tantos recuerdos.

A medida que se iban acercando al grupo, se empezó a sentir nerviosa, pero como Francisca aligeró el paso, no le quedó más remedio que seguirla a la misma velocidad, mirando bien por dónde pisaba para no tropezarse.

Cuando llegaron y levantó la cabeza con la mejor de sus sonrisas, se quedó helada al ver al personaje que tenía delante. Su cara expresó todo lo que sentía, desde el asombro por haberlo encontrado hasta la decepción. Entendió más rápidamente de lo que habría querido que aquél no era un vestido como el suyo, sino su propio vestido, y que José Ignacio era quien estaba con la estupenda mujer.

La había olvidado, había hecho exactamente lo que ella misma le había pedido. Antonia sintió dolor y humillación, mientras se desvanecían todas sus ganas de querer estar a su lado, de volver a sus brazos. Había sido una más de las muchas que seguro que tenía y eso le terminó de romper el corazón.

—Quería presentaros a mi hermana Antonia —anunció feliz Francisca, empujándola suavemente hacia delante para que la conocieran.

—Antonia, encantado de volver a verte —se apresuró a decir José Ignacio, dejándolos a todos asombrados y a ella en un mutismo absoluto.

—Pero ¿cómo? ¿Ya os conocíais? —preguntó Francisca, radiante, mirando a su hermana.

—¿Dónde conociste a mi futura cuñada, José Ignacio? —inquirió Carlos. Saliendo de su letargo, Antonia explicó:

—Nos conocimos hace poco por cosas de trabajo —dijo nerviosa.

Pero José Ignacio no iba a dejar pasar esa oportunidad tan fácilmente y apostilló, acercándose más a ella y dejándolos a todos sorprendidos:

—De hecho, me parece estupendo encontrarte aquí, porque justo te iba a llamar. Tengo que comentarte un asunto muy importante relacionado con la empresa. Si nos disculpan, señoras, caballero, volvemos en un momento.

Y se alejó, cogiendo la mano de Antonia con fuerza, para poder llevársela de allí y charlar con ella lejos de la atenta mirada de sus amigos y, sobre todo, de su acompañante.

Ella estaba tan nerviosa que no podía articular palabra, sólo seguirlo. Se dirigieron hacia la casa, un lugar que José Ignacio conocía muy bien, cosa que aprovechó en su beneficio. La llevó directamente al despacho que quedaba más alejado, para así poder hablar con calma. Quería pedirle perdón y explicarle lo que había pasado.

—Antonia, debemos hablar —empezó con mirada seria, cerrando la

puerta—. Sé que esto te parecerá extraño, pero...

—¡Extraño! —lo interrumpió ella nerviosa, en un tono más alto de lo que pretendía—. ¿Estás loco? ¿Qué es todo esto? ¿Una broma?

Estaba desesperada. No quería estar allí, encerrada con él, no quería escucharlo. Quería marcharse. Había vuelto a tener la misma sensación que en el hotel y eso la estaba aterrorizando.

José Ignacio se colocó frente a ella, puso las dos manos sobre sus hombros y le dijo en un tono autoritario que la hizo temblar:

—Siéntate y escucha.

—No me...

—Silencio —ordenó, ahora con más fuerza. No quería perder la paciencia, pero Antonia se la estaba agotando—. Te debo una disculpa. Esto que tú crees... No esperaba que sucediera así. Tú me devolviste el vestido y no supe qué hacer. Por eso...

—Por eso se lo diste a ella, tal como yo te había pedido.

Se había calmado después de ver la seguridad con que José Ignacio le hablaba y miraba. Sabía que no podía seguir descontrolándose o, si no, las cosas acabarían muy mal. Pensaba que cuanto antes lo entendiera todo, antes podría salir de allí.

—Exacto, pero no esperaba verte y arrepentirme de todo. Me gustas, Antonia, más de lo que quiero admitir. No sé qué pasó ese día, no entiendo qué te sucedió. Ya no somos niños, pero nos estamos comportando como tales.

—Lo sé, te debo una disculpa. Es que yo... —dijo, levantándose; verlo tan sincero, tenerlo tan cerca, la estaba haciendo olvidar toda su rabia— nunca había hecho algo así y no sé qué me pasó —finalizó en tono de disculpa.

—No digas nada. Somos adultos —murmuró él, acercándose lentamente y mirándola con deseo.

—José Ignacio, ¿qué vas a...?

Llegó frente a ella.

—Escucha —la interrumpió, sonriendo—. Sólo con verte llegar y mirarte has hecho que me excite. Me excita tu voz, tu pelo, tus labios, tu cuerpo, toda tú me excitas.

—¿En serio? —susurró, nerviosa pero con sensualidad.

—Muy en serio —ronroneó, respirándole en la oreja y sacando la punta de la lengua para chuparle el lóbulo. Luego, apoyándola contra la pared, comenzó a bajar las manos por su espalda hasta llegar a su cintura y acercarla

a él con posesión, esa posesión que a ella le gustaba—. ¿Qué quieres? Dime —exigió.

Con la respiración acelerada y temblando, Antonia respondió:

—Pero estamos en... Y tú...

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar.

—A ti.

—¿Seguro? —preguntó con una mirada que no la dejaba pensar—. No quiero que después...

—Seguro. Pero, por favor, no me preguntes nada más.

Subió una mano para acariciarle la mejilla. Necesitaba tener contacto con él, saber que todo estaba bien.

Sentir su mano en la cara fue el detonante que necesitaba para apaciguar sus ansias. Y José Ignacio no lo dudó. Dispuesto a cargar con todas las posibles consecuencias, la besó. Posó sus labios sobre su boca y, sorprendido, vio que ella los aceptaba. Al principio fue un beso tierno, para luego dar paso a otro ardiente y apasionado. Durante un rato estuvieron besándose así, hasta que ella le mordió el labio inferior.

—Antonia...

Se miraron a los ojos con la respiración agitada, no les hizo falta hablar. La química entre ellos era innegable, casi se podía palpar. Él comenzó a quitarle la chaqueta, sin dejar de acariciarle el cuerpo y besarla por todas partes.

—Antonia, si no quieres seguir, dímelo ahora, porque no sé si después podré detenerme. Te deseo más de lo que puedes imaginar... —murmuró, sin dejar de mirarla.

En respuesta a su pregunta, ella lo besó intensamente y con sus manos recorrió el cuerpo duro y musculoso. Comenzó a quitarle la chaqueta rápidamente. Él no se lo ponía muy fácil, porque no dejaba de mover las manos por su cuerpo. Era tan grande que le era difícil llevar a cabo la tarea si no dejaba de moverse.

—Quédate quieto, así no te puedo desnudar —susurró, dispuesta a todo.

—Es que no puedo, me estás matando. Te necesito, no puedo dejar de besarte, me tienes como un adolescente —reconoció riendo, mientras se quitaba la chaqueta.

Ella, coqueta, le dio la espalda y le pidió que le bajara la cremallera del vestido.

—Me gusta tu espalda, pero me gustas tú más, tu cara, tus labios.

—No sé qué me estás haciendo, pero te necesito, José Ignacio.

En ese instante, él le dio la vuelta para mirarla a los ojos y, con toda la seriedad que la situación pedía, le dijo:

—Estoy aquí por y para ti, Antonia.

La besó nuevamente, dejando inconclusa la tarea de desnudarla. No podía separarse de ella, no podía parar de besarla.

Volvieron a besarse apasionadamente, como dos adolescentes, mientras, apresurados, se quitaban la ropa que les quedaba, lo más rápido posible, inmersos en su propio mundo y cada vez más acalorados.

Toc, toc, toc.

—José Ignacio, ¿va todo bien? ¿Necesitas algo? —preguntó la madre de Carlos, preocupada al ver que no salía del despacho.

Lo conocía de toda la vida y creía que debía de ser algo importante para que hubiera abandonado la celebración de esa manera. Además, lo había visto con la hermana de la novia, cosa que entendía aún menos y la curiosidad la estaba superando.

Sintiéndose descubiertos, los dos se miraron. Él le pidió calma y, lejos de separarse de ella, la abrazó y respondió:

—María Gracia, estoy bien, no te preocupes. Es que no me ha dado tiempo de revisar unos papeles que llevan en el bufete donde trabaja Antonia. En unos minutos volveré a la celebración.

Antonia abrió los ojos sorprendida.

—Está bien, hijo, no tardes —contestó la mujer y se alejó del lugar.

—¿Cómo sabes dónde trabajo? —preguntó Antonia, alarmada—. ¿Qué más sabes de mí? —añadió, separándose de él.

—Te lo explicaré, pero ahora no es el momento. No estropees esto.

—¿¿Qué?! ¿Cómo que no estropee el momento? Quiero que me digas qué más sabes de mí. ¿Cómo quieres, si no, que confíe en ti, que... que te crea?

—Te estoy diciendo que ahora no es el momento ni el lugar. Vístete. Tenemos que salir de aquí o María Gracia volverá, la conozco —respondió con decisión, volviendo a ser el de siempre.

—¡No me voy a mover de aquí hasta que me des una explicación! Me importa una mierda que venga la señora esa —replicó muy exaltada Antonia, que claramente estaba perdiendo el control.

Sentía que los ojos le ardían y que las fuerzas la estaban abandonando. Su

conciencia ya le estaba haciendo pagar con los reproches que ella misma se estaba haciendo de su comportamiento inmoral e impensable. Aquel hombre sacaba lo mejor y lo peor de ella, pero que supiera cosas personales suyas, le parecía de novela. De hecho, todo era de novela con él. Lo del vestido, sus encuentros. No sabía si estaba soñando o se estaba volviendo loca. Pero no quería averiguarlo en ese momento.

El despacho quedó en silencio, sólo interrumpido por las respiraciones agitadas de los dos. José Ignacio sabía que tenía que hacer algo; si no, esta vez la perdería para siempre, y no estaba dispuesto. Con la experiencia que le daban los años y la sabiduría que había adquirido con las mujeres, fue hasta ella, la acercó bruscamente a la pared y le sujetó la cara con ambas manos, obligándola a mirar sus ojos ardientes y resueltos.

Antonia estaba jadeando y no podía dejar de mirarlo. Sus dientes chocaron una milésima de segundo, para luego aplacar el dolor con la lengua de él. El deseo se liberó nuevamente entre los dos como un volcán a punto de estallar, porque ella respondió con igual pasión, cogiéndolo del pelo y dándole un leve tirón, lo que hizo que José Ignacio soltara un sonido gutural.

Él interrumpió el beso, jadeando de placer y con los ojos chispeantes de deseo. Sentía que su cuerpo ardía por dentro y por fuera, mientras ella trataba de recuperar el aliento.

—Esto no acaba aquí, te he dicho que te debo una explicación y te la daré. —Y dicho esto, se dio la vuelta poniéndose bien la ropa, mientras se dirigía a la puerta y la cerraba tras él.

Antonia se apoyó en la pared y se dejó deslizar lentamente hasta llegar al suelo. Se abrazó las rodillas y empezó a respirar lentamente para intentar tranquilizarse.

«Esto no está bien. ¿Qué estoy haciendo? Dios mío, ¡ayúdame!» Estaba al borde del colapso.

Pasados unos minutos, cuando ya se sintió más calmada, sacó del bolso su espejito y se retocó el maquillaje, que tenía un poco corrido por el apasionado asalto que había vivido hacía unos minutos. Luego trató de poner su mejor cara y salió del despacho para dirigirse hasta donde estaba su hermana. Tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas, pues la cena estaba a punto de empezar y, a pesar de todo, quería escuchar lo que tenía que decir José Ignacio. Por algún extraño motivo, le estaba haciendo caso a su corazón.

—Anto, ¿dónde estabas? Me ha dicho José Ignacio que en el despacho,

pero yo no soy tonta, así que cuéntamelo todo, todooooo.

—Ahora no tengo nada que decir. Te prometo que después hablamos, pero, por favor, déjame tranquila un ratito.

—¡Vaya, pero si eres humana! Estás coloradita y todo.

—¿Qué, en serio? —preguntó alarmada, tocándose la cara.

—No, es una broma, pero ahora sí lo quiero saber. Te lo tenías bien guardado, ¿eh? —Y de repente, llevándose las manos a la boca, susurró—: Noooo, José Ignacio es el tipo del hotel. No me lo puedo creer, ese que...

—Sí, pero cállate, por favor, aquí no —pidió Antonia muy apurada.

Como una niña, Fran empezó a aplaudir y a dar unos discretos saltitos sin moverse del sitio.

—Es que no me lo puedo creer. Ese tipo es la bomba, a mí me encanta. —Pero en ese momento se paró delante de ella y añadió—: Anto, sabes que él no quiere nada serio con nadie, ¿verdad?

—Francisca, no tenemos nada. Por favor, basta ya, somos sólo amigos y ni siquiera eso —intentó explicar, pero cuanto más lo hacía, más complicaba las cosas.

—Por ahora pase, pero después seguro que hablamos. ¿Cuándo te vas a casa de la abuela?

—Mañana a primera hora. Me quedaré toda la semana, hasta después de Año Nuevo. ¿Vas a ir a vernos durante la semana?

—¡Síiii! Llegaré el 27 y me quedaré con vosotras a pasar el Año Nuevo.

—¿Cómo? No lo entiendo. ¿No lo vas a pasar con Carlos?

—Es una larga historia, pero no. Carlos ha decidido que este año, que será el último de solteros, lo pasemos cada uno por su lado.

—¿Y tú has aceptado? —preguntó Antonia, horrorizada.

Aquella relación la encontraba cada vez más rara por parte de Carlos, pero no era el momento ni el lugar para decir nada, así que se guardó sus comentarios y siguieron conversando amigablemente.

No pudo evitar buscar con la mirada a José Ignacio y le pareció extraño no verlos a él ni a su acompañante. Su hermana, que era muy astuta, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y le dijo:

—Si estás buscando a José Ignacio, pierdes el tiempo. Cuando ha salido del despacho estaba muy agitado y nos ha dicho que tenía que solucionar un problema urgente. Ha ido a buscar a Marcela y se han marchado.

—¿Marcela es su novia? —se atrevió a preguntar Antonia.

—La verdad, no lo sé. Yo sólo lo he visto un par de veces con ella, y eso que lo he visto mucho últimamente, porque tiene algunos negocios en común con Carlos. Son amigos desde hace años y sus familias también.

»José Ignacio no tiene padre. Según me contó Carlos, abandonó a su madre cuando supo que la había dejado embarazada, pero la familia no aceptó que se quedara soltera. Mi suegra es tradicional, pero esa familia es aún peor.

—Bueno, y entonces, ¿qué?

—¿Qué de qué? Ah... ya. Entonces su padre la obligó a casarse con un amigo de la familia para que no mancillara el apellido.

—Pero ¡si era el siglo veinte, no la Edad Media! —exclamó Antonia, sorprendida.

—Sí, ya lo sé, pero bueno, eso es lo que me contó Carlos. Tampoco es que me conozca toda su vida. Pero lo otro que sí sé es que tiene más dinero que pelos en la cabeza, y calvo no es. —Se rio.

—¿Por qué todo lo tienes que medir en dinero, Fran? La gente no vale sólo por eso —la regañó cariñosamente.

—La verdad es que aunque fuera el jardinero de la plaza, yo me lo quedaría igualmente —se mofó Francisca.

—Ya te ha salido la vena popular —contestó, dándole unas palmaditas en el hombro.

La cena comenzó sin contratiempos. Antonia todavía alucinaba por su raro comportamiento de minutos atrás y por el extraño mundo en que se desenvolvía su hermana.

Mientras estuvo sola esperando que le asignaran asiento, tomó una copa de una bandeja y comenzó a beber. La gente empezaba ya a sentarse, todos con trajes de marca y relojes caros, ostentación y más ostentación. No veía verdadera alegría por el compromiso, sentía que aquello era más una cena de negocios que otra cosa. Estaba pensando en eso, cuando se le acercó una mujer mayor, con el cutis muy estirado y elegantemente vestida, pero con cara de pocos amigos. Mientras la cogía del brazo, le clavaba sus gélidos ojos claros.

—Querida, soy la madre de José Ignacio —explicó—, me gustaría saber qué le has dicho para que el pobre se haya tenido que ir así de repente de la fiesta de Carlitos. —Antes de que ella pudiera contestarle, la mujer continuó

—: María Gracia me ha dicho que hablasteis algo en el despacho y después se ha marchado.

—Eh...

—Bueno, estoy esperando.

—Señora, no se preocupe, es que tenía que firmar unos papeles antes que el bufete cerrara por vacaciones, por eso ha tenido que irse —mintió nerviosa, porque en realidad no sabía lo que estaba pasando. Por otra parte, se sentía totalmente intimidada por aquella mujer.

—¿Qué bufete? —preguntó con altivez.

—Correa y Montt, señora.

—Ah, el estudio de Gabrielito —comentó con desdén.

—Sí, sí señora, el mismo.

—Entonces, discúlpeme, voy a llamar a Carmen para que me lo explique.

—¡No! —exclamó sobresaltada—. No se preocupe, que no es nada tan importante que su hijo no lo pueda resolver. Son sólo unos papeles sin importancia.

—Si hubieran sido papeles sin importancia, José Ignacio no se habría marchado sin decirme nada. Y no tolero que me diga lo que tengo que hacer.

—No, señora, yo sólo se lo decía para que no se preocupara.

Igual que su hijo, la mujer dio media vuelta y se fue, dejando a Antonia con la palabra en la boca. Ella estaba preocupada, no quería meter a nadie en aquel lío y menos a Carmen.

No entendía nada. ¿Qué sabía José Ignacio? ¿Qué tenía que ver con su trabajo? ¿Y qué asuntos llevaba el bufete que tuvieran relación con él? ¿Cómo podía ser el mundo tan pequeño para que justamente todo eso le estuviera pasando a ella? Quería despertarse y que todo aquello fuera una pesadilla. Ahora sí que tenía que hablar con José Ignacio.

En la mesa todos hablaban de sus negocios y Antonia se sintió un poco mal por su hermana. Era su día, pero sentía que Carlos estaba en lo suyo y Francisca hacía todo lo posible por contentarlo, por seguir su conversación. Resultaba patética y lo peor era que ella no se daba cuenta.

Como Antonia no conocía a nadie, permanecía en silencio, observando a los que la rodeaban. Lo que más le llamaba la atención era ver que Tomás, el amigo y socio de Carlos, parecía muy molesto. De hecho, creyó percibir amargura en su mirada y no entendía por qué.

Pero ella tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Sólo

deseaba que aquella celebración terminara pronto para poder irse de allí y ver cómo arreglaba su vida. Después de la cena, por fin pudo despedirse de su hermana y se marchó.

Cuando salió de la casa, el mismo joven que le había estacionado el coche se acercó a ella para entregarle las llaves, junto con una tarjeta. Antonia lo cogió todo sin mirar, entró en el coche y puso la radio lo más fuerte posible para no pensar. Empezó a sonar su canción favorita y ella cantó también.

Se puso contenta al oírla. Ella no era fan de muchas cosas, pero sí de Christina. Al parar en un semáforo, cogió la tarjeta, que había dejado en el asiento del copiloto, junto con su diminuta cartera, y la miró con curiosidad. Era de José Ignacio. En ella figuraba su nombre y su teléfono y había anotado: «Lláname ahora».

El corazón se le aceleró y empezó a buscar rápidamente el móvil en su cartera, pero con los nervios no podía abrir el cierre. Finalmente, se le cayó todo al suelo y, sin importarle las bocinas de los otros coches, que ya comenzaban a sonar, se quitó el cinturón de seguridad y se agachó para recoger el teléfono. Tomó aire y tecleó el número.

—Llevo esperando más de dos horas —dijo él, molesto.

—¿Qué? —replicó ella, sin entender nada.

—Además, tienes una luz trasera estropeada. Eso es muy peligroso, ¿cómo es que no te has dado cuenta? —le recriminó enfadado.

—¿Cómo sabes que tengo una luz estropeada? —preguntó, mirando para todos lados, nerviosa.

—Deja de mirar hacia los lados y mira por el retrovisor —ordenó.

En ese momento sintió que se le paraba el corazón. Se quedó petrificada al verlo detrás, en su coche, observándola muy serio con su móvil en la mano.

—¿Cuánto... cuánto hace que estás ahí? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—Desde que has salido de casa de Carlos. Llevo esperándote dos horas y treinta y seis minutos. —Hizo una pausa y luego siguió hablando, sin darle tiempo para que pudiese decir nada—. ¿Vamos a tu casa o a la mía?

—¿Qué?!

—Te he dicho que teníamos que hablar y eso haremos. Ahora, dime dónde, que tengo coches atrás y no me gusta dar espectáculos.

—Eh, a... a mi casa... ¡No! Mejor no. —Estaba hecha un manojo de nervios, ya no sabía ni lo que estaba diciendo.

—Vamos, avanza, te sigo —decidió él con dulzura.

Por alguna extraña razón, aquella mujer no acataba sus órdenes como las demás. En cambio, cuando cambiaba de tono, le resultaba más fácil. Ésa era una de las cosas que lo intrigaban de ella.

Antonia, obediente como una niña pequeña, puso en marcha el vehículo y, como si estuviera siendo transportada por una banda magnética invisible, condujo hasta su casa. El tiempo parecía haberse detenido. Por su mente no pasaba nada, estaba absolutamente bloqueada.

Al llegar, José Ignacio se bajó rápidamente y se acercó hasta ella, que estaba esperando que la reja se abriera. Le habló con una maravillosa sonrisa lasciva en los labios:

—Te espero en el vestíbulo. ¿O quieres que te acompañe a aparcar?

—No es la primera vez que lo hago, gracias.

—Lo dudo —respondió, mirándola a los ojos, haciendo una clara referencia a algo más que aparcar.

Antonia sintió fuegos artificiales en su cuerpo sólo con escucharlo.

Bajó el coche al garaje y vio cómo entraba en el edificio aquel hombre que la tenía tan desconcertada, aquel hombre que tanto le gustaba, que se le estaba impregnando en la piel.

Cuando entró en el vestíbulo lo vio mirarla fijamente mientras se acercaba, con las manos en los bolsillos y aquellos ojos que no perdían detalle. Se paró delante de él, junto al ascensor.

—La próxima vez que entremos aquí, no será de esta forma, te lo aseguro —afirmó rotundamente, haciendo estremecer a Antonia de anticipación.



Al llegar a la puerta, Antonia intentó meter la llave en la cerradura, pero temblaba por la proximidad de él y no lograba acertar. José Ignacio posó su enorme mano sobre la de ella y la introdujo lentamente. Cuando acabó, le susurró al oído:

—Ahora ya puedes entrar. ¿Me invitas y terminamos lo que hemos empezado?

Ella se volvió para mirarlo. El deseo era instantáneo, pura electricidad entre ellos, y sentía que no lo podía controlar. Al mirarlo a los ojos, su corazón enloqueció, los músculos se le contrajeron en respuesta a sus palabras.

Ése era el problema, que a su lado era incapaz de pensar con claridad.

—Si entras, ¿te vas a quedar?

Esas seis palabras que había pronunciado Antonia tenían más significado que todas las explicaciones que se tenían que dar. Eran un reconocimiento de sus miedos más profundos y se los estaba entregando a él en ese momento, en el umbral de la puerta de su casa; con toda la honestidad y nobleza que poseía. Se mostraría desnuda en cuerpo y alma para él, era como si estuvieran firmando un contrato con el corazón.

—Todo el tiempo que me lo permitas —contestó, mirándola a los ojos, cogiéndole las manos y llevándoselas a la boca para besárselas—. Pero quiero ser honesto. No quiero mentirte, no soy un hombre que quiera compromisos, no busco un cuento de hadas con reina y príncipes en mi futuro, pero sí te protegeré el tiempo que tú me lo permitas, ¿estás de acuerdo?

Antonia asintió con la cabeza. No esperaba aquella tremenda declaración de honestidad. Parecía la Constitución del anticompromiso con todas las letras y, para salir de la embarazosa situación, respondió:

—Yo tampoco quiero circo ni teatro, sólo te quiero a ti.

—¿Y? —preguntó José Ignacio arrugando la frente y bajando su arrogante cabeza para besarla en los labios.

—Ahora —añadió una nerviosa e insegura Antonia.

Él se apoderó de su boca, le soltó las manos y la enlazó por la cintura, apretándola contra su poderosa erección.

Antonia estaba emocionada y sorprendida por su propia respuesta y es que era allí, entre sus brazos, donde quería estar. Aunque su conciencia le estaba gritando que tuviera cuidado, que no lo conocía. Pero él ya se había ganado su confianza y para ella eso lo era todo y más.

Entraron sin encender las luces, no hacía falta. La iluminación del árbol de Navidad les bastaba para guiarlos hasta la habitación.

—Sigamos a oscuras —pidió Antonia.

—¿Por qué? Eres preciosa, quiero verte y que me veas —contestó un acalorado José Ignacio—. Tienes un cuerpo maravilloso —murmuró, quitándole la chaqueta para luego, sin dejar de mirarla, bajarle la cremallera del vestido y dejarla sólo con sus braguitas.

—He estado esperando este momento desde hace mucho —ronroneó, tocándole los pezones y estirándoselos con los dedos.

Antonia no sabía qué decirle. Se sentía incomoda desnuda ante él, con la luz encendida, pero antes de que pudiera reaccionar, José Ignacio bajó la cabeza y empezó a succionar su rosado pezón, haciendo que su pelvis se llenara de placer, como si fuera a estallar por segunda vez en el mismo día. Aquel hombre le estaba haciendo perder la cabeza. El deseo que sentía podía con ella y con su conciencia, era más poderoso que cualquier cosa.

Él la besó de nuevo en la boca, con una pasión incontrolada y luego la tumbó en la cama. Antonia comenzó a acariciarle la espalda, sintiendo lo suave que era su piel; su aroma era como un elixir de pasión para sus sentidos. No quería esperar más, quería tenerlo. José Ignacio se apartó lentamente de ella sin dejar de observarla ni un segundo, se quitó la chaqueta y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa, luego se bajó el pantalón y lo tiró lejos, todo ello frente a la atenta mirada de Antonia, que recorría cada músculo del esbelto hombre que tenía delante.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, con su natural tono arrogante.

—Me encanta, pero más me gustas tú —respondió coqueta y sensual.

Él se subió a la cama y comenzó a besarla por todas partes, bajando sus diminutas bragas con hábiles manos, mientras ella hacía lo mismo con sus

bóxers. José Ignacio colocó una rodilla en medio de sus piernas para separárselas y con delicadeza introdujo un dedo. Al encontrarla húmeda y dispuesta, comenzó a bajar nuevamente hacia ese lugar que tanto le gustaba. Se detuvo un instante para mirarla y vio que tenía los ojos cerrados y los puños apretados sujetando las sábanas. Eso lo enterneció. Le cogió las manos y se las besó, colocándolas sobre sus hombros, y luego siguió su camino.

—No —murmuró ella de repente, cerrando las piernas.

Sin decir nada, José Ignacio subió para darle un dulce beso en los labios.

—Quiero disfrutar lo que tanto me gusta de ti y además quiero que tú también lo hagas —dijo con voz ronca—. Quiero revivir nuestra historia en el hotel, pero esta vez con otro final.

—¿No podemos saltarnos esta parte, por favor? —pidió ella.

—Ninguna posibilidad, cariño —contestó él sonriendo, en tono dulce y lujurioso a la vez—. Confía en mí. —Le dio un casto beso en la frente y bajó de nuevo.

Al primer contacto de su lengua, Antonia cerró los ojos, apretó los puños y se dejó llevar. Sabía que perdería el control en cualquier momento, y anhelaba hacerlo, pero él estaba recorriendo sus muslos y explorando todas sus terminaciones nerviosas, antes de hacerle el amor con su lengua. Poco a poco, Antonia comenzó a bajar las manos y llevarlas hacia el pelo de José Ignacio, dándole inconscientemente permiso para que pudiese jugar todo lo que quisiera.

Gimió sorprendida ante aquel placer desconocido para ella. Sólo era la segunda vez que lo experimentaba a pesar de su edad y ambas habían sido con él. De pronto comenzó a sentir los espasmos del orgasmo que estaba teniendo. José Ignacio, satisfecho, no le dio tregua y no aminoró ni un poquito el ritmo, al contrario; ella lo estaba volviendo loco y con cada temblor de su cuerpo él se excitaba un poco más. Sabía que no podía penetrarla, pues no iba preparado para ello, pero cuando terminó y vio la cara con que Antonia lo miraba, cayeron todas sus barreras y entró en su cuerpo lentamente, sin apartar los ojos de ella ni un solo instante.

Antonia era un torrente de pasión y atrapándole la cara entre las manos, lo besó, tan febrilmente que hizo que José Ignacio temblara y se moviera más rápido, dejando escapar un gemido ronco que la hizo llegar al clímax por segunda vez.

José Ignacio le levantó las piernas para ponerlas sobre sus hombros,

moviéndose adelante y atrás sin dejar de mirarla, más rápido, para sentirla completamente, hasta que supo que ya no podría aguantar y tuvo que salir de aquel lugar que lo estaba volviendo loco. Con un movimiento ágil y diestro, se acercó más para besarla y sintió cómo llegaba al más intenso orgasmo que había tenido últimamente.

Suspiró y se quedó encima de ella durante unos minutos:

—¿Estamos bien? —preguntó, realmente interesado, acariciándole la cara.

—Sí, pero me estás aplastando —contestó una dichosa Antonia, también acariciándolo.

José Ignacio la apretó contra su acelerado corazón.

—Eres asombrosa, me encantas.

Se dio la vuelta, haciendo que ella quedara sobre él.

—¿Estás mejor así?

—Tú también eres asombroso, el mejor de los amantes que he tenido —respondió Antonia, burlándose.

José Ignacio la miró y le dio una fuerte palmada en el trasero, medio en broma, medio en serio y respondió:

—Mentirosa. —Y volvió a besarla apasionadamente—. No sé qué estás haciendo conmigo.

—Yo tampoco lo sé, pero lo averiguaremos juntos, ¿te parece? —planteó ella, frotándose el trasero.

—Absolutamente.

De repente, el estómago de José Ignacio hizo un ruido y ambos se echaron a reír como los dos amantes satisfechos que eran.

—¡No has comido nada! ¿Tienes hambre?

—De ti, siempre —contestó feliz.

—Ven, te prepararé algo de comer —sugirió melosa.

Y así, como si llevaran toda la vida juntos, ella se puso una camiseta y él su camisa y fueron a la cocina. Mientras pasaban por el salón, José Ignacio no pudo dejar de ver la cantidad de adornos navideños que tenía.

—Veo que te gusta la Navidad.

—Es mi época del año favorita —confesó con dulzura—. ¿A ti no te gusta?

—No. Siempre la he pasado solo, porque mi madre viajaba.

En ese momento se quedó pensando por qué no le costaba nada hablarle

de sus asuntos a Antonia. Una cosa era que aquella mujer lo atrajera, pero otra era desnudarle su alma.

Ella se acercó mientras él miraba concentrado todos los adornos de la sala, lo abrazó por la espalda, se puso de puntillas y le susurró al oído:

—Yo te haré un regalo de Navidad y seré tu Papá Noel.

José Ignacio se dio la vuelta y la cogió en brazos como si fuera una muñeca y, mirándola muy seriamente, dijo:

—Tú eres mi regalo, señorita López, y me lo voy a cobrar ahora.

Volvieron a la habitación y empezó a desenvolver el regalo que tanto quería, el regalo que se llamaba Antonia, y como tal lo disfrutaría el mayor tiempo posible.

—No puedo más, eres insaciable, no puedo mover ni un músculo —se mofó, mirando la espalda de ella.

—¿Yo? —preguntó Antonia, dándose la vuelta para mirarlo—. Si yo sólo te iba a dar algo de comer.

Así se quedaron unos segundos, mirándose el uno al otro sin decir nada, hablándose sólo con los ojos. Y lo más extraño para ambos era que se entendían.

—¿Quieres comer algo? Pero de verdad —ofreció Antonia.

—¿Me lo prepararías a esta hora? Son más de las cuatro de la madrugada —comentó asombrado.

—Por supuesto, no me cuesta nada. Espérame aquí.

Salió de la cama, pero en esa ocasión, cuando fue a ponerse su camiseta, José Ignacio le ofreció su camisa. Le quedaba enorme y, sin darse cuenta, dijo en voz alta:

—Igual que en las novelas, sólo me faltan los calcetines. —Sonrió.

Cuando se fue a la cocina, José Ignacio se quedó pensando en lo distinta que era Antonia de otras mujeres. Primero, no le había pedido nada y luego, después de la sesión de sexo agotador, no había tenido ningún problema en prepararle algo de comer, a pesar de la hora que era. Eso le gustó. Le gustaba mucho y ya era hora de que lo aceptara. Decidió acompañarla a la cocina, pues no le pareció justo dejarla sola. Además, sentía que le debía una explicación por el vestido, el trabajo y algunas cosas más.

—Antonia, creo que te debo una explicación por lo de esta noche —empezó, entrando en la cocina, pasándose la mano por el pelo.

Ella se dio la vuelta y, mirándolo con dulzura, le acarició la mejilla. Le

gustaba el contacto.

—Ante todo, no me gusta que me llamen Antonia. Sólo en el trabajo me llaman así, o mi madre cuando me regañaba. —Al decir esto, sintió que los ojos le ardían y se le empezaba a nublar la vista. Ese recuerdo en ese momento la puso demasiado sensible, pero continuó—: Y segundo, me has pedido que confíe en ti y lo estoy haciendo. Así que de hoy en adelante se escribe nuestra historia. —Y tendiéndole la mano para que se la estrechara, dijo—: Soy Antonia López, Anto para los amigos. ¿Quieres ser mi amigo?

—José Ignacio Zúñiga —respondió, devolviendo el gesto.

—¿Nacho?

—No, José Ignacio, preciosa.

—Qué serio —comentó riendo—. José Ignacio, entonces.

Pero él no tenía ganas de estrecharle más tiempo la mano, de modo que la acercó hasta ella y, besándola, dijo:

—Bueno, Anto, ahora seremos algo más que amigos.

Salieron de la cocina y fueron a sentarse en el sofá, donde José Ignacio comió, mientras Antonia le contaba que al día siguiente, bueno, en unas pocas horas, se iría a ver a su abuela al campo para pasar las fiestas con ella. Él sintió una cierta decepción. Ahora que la tenía, iba a perderla de nuevo durante unos días.

—También te quería comentar que Carlos no sabe que mi abuela existe. A mí no me gusta mentir, pero ya conoces a mi hermana, te habrás podido formar una opinión y ahora no...

—Tranquila, todo lo que me cuentes quedará entre nosotros. Pero creo que lo que está haciendo con Carlos no está bien.

—Lo sé, de verdad que sí, pero me dijo que se lo contaría todo a él y a su familia después de la boda.

José Ignacio levantó una inquisitiva ceja y contestó:

—Ojalá, esa familia es muy buena y María Gracia es encantadora, la adoro.

Antonia no pensaba lo mismo, pero tampoco se lo diría. Ésa era una de las cosas que sabía que tarde o temprano los separaría, las diferencias y no sólo sociales sino de vida, así que decidió callar y disfrutar del momento.

Bostezó y rápidamente José Ignacio le dijo que se fueran a la cama, no sin antes preguntarle si se podía quedar con ella hasta por la mañana, algo que Antonia aceptó encantada. Estaba realmente cansada y no le parecía nada mal

dormir con aquel hombre tan sexy que tenía al lado.

Al día siguiente se despertó muy temprano y se extrañó al no ver a José Ignacio a su lado. De hecho, por una milésima de segundo llegó a pensar que todo podía haber sido un sueño. Pero no, ahí estaba su chaqueta.

Se levantó rápidamente y fue a buscarlo; no estaba en ninguna parte. Fue al cuarto de baño y se metió en la ducha. Se notaba el cuerpo aún sensible por lo vivido horas antes y se estaba acostumbrando a esa sensación tan placentera. Salió, se puso unos vaqueros, una camiseta negra y unas zapatillas y, aún con el pelo mojado y sin una gota de maquillaje, fue a buscar su teléfono para llamarlo.

Al marcar el número, le extrañó oír el móvil de él en su chaqueta. De pronto, sonó el timbre y apareció José Ignacio impecablemente vestido, con pantalones cargo negros y un polo del mismo color, y con una sonrisa en los labios.

—¿Dónde estabas? Me has asustado. ¿Y qué haces así vestido? No lo entiendo —parecía una ametralladora.

—Buenos días, cariño, calma, no pensaba que me añorarías tanto — comentó él riendo en respuesta a sus preguntas—. He ido a mi casa a cambiarme y además he traído un mecánico para que te arregle la luz trasera del coche. Ayer te dije que la tenías estropeada, ¿recuerdas?

—Es broma, ¿no? Es 24 de diciembre. ¡Estamos en Nochebuena!

—Sí, pero ése es su trabajo —contestó él sin más—. Y ahora que estás vestida, iremos a desayunar donde nos sirvan un café decente.

—Pero también podemos tomarlo aquí.

—No, esta mañana he visto que no tienes cafetera, y no me apetece uno instantáneo.

Levantando las cejas y sin creer lo que estaba pasando, Antonia le contestó en tono de broma:

—¿Alguna otra cosa, amo?

—¿Amo? Lo dudo. Si lo fuera, ya estarías sin ropa y con el trasero colorado por no haber preparado un café en condiciones, mientras yo buscaba un mecánico para tu coche —respondió en el mismo tono.

—Supongo que lo dices en broma.

—Por Dios, mujer, claro que sí. Pero ¿no andan todas las mujeres con la tontería esa del amo y la sumisa, sacada de un libro?

—No, ni siquiera sé de qué me estás hablando —mintió descaradamente.

Claro que lo sabía, además tenía el libro y le encantaba. Pero no se lo diría. No se imaginaba protagonizando ninguna escena de esa historia, ni siquiera con el mismísimo Matt Bomer. Antonia prefería imaginarse con Duncan McRae en Escocia.

—Bueno, deja que vaya a...

—A ninguna parte, así estás preciosa. Me encanta lo natural que eres.

Había adivinado perfectamente lo que Antonia pretendía hacer, quería arreglarse, pero él la prefería así, con su carita de ángel, aunque le encantaba el demonio que también tenía dentro.

Salieron del edificio bajo la atenta mirada de David, el conserje, que a esas horas ya adoraba al caballero que acompañaba a Antonia, pues le había dado una generosa propina por llevarlo al coche de ella y por ocuparse de que se lo arreglaran.

—Señorita Antonia, cuando vuelva su coche ya estará listo.

—Las llaves están...

—No, si don José Ignacio ya me las ha dado, no se preocupe.

Antonia miró a José Ignacio en busca de una explicación, pero él, como si fuera lo más natural del mundo, siguió su camino como si nada.

—¿Qué estás haciendo? Soy adulta, ¿sabes? Puedo tomar mis propias decisiones.

—Lo sé, pero anoche, al entrar en tu casa, pasaste a formar parte de mi vida y esto es lo que hago por la gente que me importa. Y tú, cariño, me importas mucho.

Esas declaraciones que hacía la volvían loca; le encantaban sus detalles y su afán de protección. Cuando salieron, le extrañó ver que se dirigían hacia la puerta del garaje y no a la salida, pero rápidamente entendió que José Ignacio ya tenía una plaza de parking asignada en su edificio.

«Pero qué rápido es este hombre. Menos mal que no quiere familia; si no, los hijos ya estarían en la universidad», pensó, pero al mismo tiempo sintió una cierta decepción al recordar lo diferente que pensaban. Ella quería familia, hijos, mascota, todo, él no.

—Así que esta monada es tuya —preguntó Antonia cuando llegaron al coche.

—¿Monada? Esto —dijo él señalando— es un Aston Martin, cariño, el automóvil de James Bond —explicó orgulloso.

—Vaya, jamás habría dicho que fueses fan de alguien.

—Esto no es ser fan, ni mucho menos. Es un coche de lujo, que denota elegancia y sofisticación. De hecho, se fabrican sobre pedido y no creo que un simple fan, como dices tú, pudiera tenerlo.

—Es una broma —repuso Antonia, coqueta, poniéndose sobre el capó y preguntándole—: ¿Acaso no quieres que yo sea tu chica Bond?

Suave y elegante como una pantera, José Ignacio se acercó para murmurarle al oído:

—Quiero que seas «mi» chica, no la de alguien más.

Estaba claro que a él no le gustaban las bromas y debía procurar recordarlo para evitar problemas.

Subieron en el maravilloso coche y se dirigieron a una cafetería. Una vez allí, se sentaron cerca de la ventana y charlaron animadamente de cosas sin importancia, hasta que José Ignacio se puso serio y le espetó:

—No quiero estar una semana sin verte, ¿cómo lo vas a hacer?

Casi se atragantó cuando lo oyó decir eso.

—¿Cómo que «cómo lo voy a hacer»? ¿Cómo lo vamos a hacer?, querrás decir.

—No, tú te vas, yo me quedo aquí, así que no es un error de semántica.

—No puedo dejar de ir, mi abuela está sola y nunca he pasado una Navidad sin ella. Tampoco la puedo dejar sola para Año Nuevo. Lo... lo siento. ¿Qué quieres que haga?

—Que te quedes conmigo —contestó, con su habitual tono soberbio.

Lo que en realidad le estaba pidiendo era que se quedara a pasar la Navidad con él. No quería estar solo esa vez, pero era incapaz de pedírselo claramente y lo dejó correr bastante rápido. Si seguía insinuándolo sin obtener una respuesta positiva, se ofuscaría, y no quería despedirse de ella enfadado.

—¿A qué hora te marchas? —preguntó, arrastrando las letras de la última palabra.

Ella se acercó a él melosa y se le sentó encima, sorprendiéndolo y a la vez incomodándolo. No le gustaban las demostraciones en público, mucho menos las de ese tipo. Para él eso era dar un espectáculo, y de muy mal gusto.

—¿Qué haces?

—Te beso. ¿No puedo?

—Sí, pero no aquí, en una cafetería.

Odiaba esa actitud tan formal que él adoptaba en público. Ella era espontánea y quería vivir y hacer las cosas como las sentía, no como si tuvieran que seguir un protocolo.

Hicieron el camino de vuelta en silencio, aunque en todo momento José Ignacio le tuvo cogida la mano, acariciándole los nudillos. Antonia lo miraba de reojo, deleitándose cada vez que él se volvía en el asiento para mirarla.

Subieron al piso, él recogió sus cosas y, antes de irse, la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente, haciéndola olvidar el incidente anterior.

—Ve con cuidado. Llámame cuando llegues.

—¿Tú qué harás? —preguntó ella, refiriéndose a la Navidad.

Él se encogió de hombros y, partiéndole el corazón, contestó:

—Lo de siempre.

Y se fue, dejándola con un nudo en la garganta. Cuando debería estar contenta por ir a ver a su abuela se estaba poniendo triste. No quería dejarlo así y, para aliviar la tensión del momento, salió al pasillo para alcanzarlo. Cuando llegó a su lado, le dijo al oído, muy bajito para no incomodarlo, porque en ese preciso instante había más gente esperando el ascensor:

—Te debo el arreglo del coche.

—No me debes nada —contestó José Ignacio, entrando en el ascensor con una extraña mirada en los ojos.



Antonia no podía dejar de sentir un leve sentimiento de culpa por dejarlo solo en ese día tan especial, pero trató de no pensar más en ello, puesto que ya lo tenía todo planeado desde antes y José Ignacio acababa de entrar en su vida. Por lo que terminó de preparar la maleta, cogió a su mascota y se fue al campo.

Hizo todo el trayecto contenta. Aún no daba crédito a lo que había ocurrido la noche anterior. Cómo la ponía José Ignacio, en lo que la convertía. Jamás pensó poder hacer tantas cosas con un hombre, y menos con uno al que apenas conocía. No había experimentado tantas sensaciones ni con su novio de años. José Ignacio despertaba sus pensamientos más lujuriosos y lo que estaba experimentando la hacía sentirse mucho más mujer, pero no una mujer cualquiera, sino toda una bomba sexy.

Al llegar al pueblo, se sintió feliz. El lugar le encantaba. Era como retroceder al pasado; las calles eran de tierra y lo único que reinaba en ese lugar era paz. Toda la gente se conocía y en su camino hasta llegar a casa de su abuela se encontró con varias personas que la saludaban amablemente. Paró el coche para ayudar a Pepa, una mujer con más años que el mismo pueblo. Iba cargada con bolsas y no veía nada ni a nadie.

—Señora Pepa, súbase, la llevo hasta su casa.

—Antonia, mi niña, qué gusto verte. ¿Vienes a pasar la Navidad con María?

—Exactamente. Vamos, suba, que la llevo.

—Gracias. ¿Cómo está la ingrata esa de tu hermana? No viene nunca y, cuando lo hace, lo único que consigue es entristecer a María.

—Bien, pero no hable así de Francisca, ella simplemente es diferente. Y por mi abuela no se preocupe, ahora estoy yo aquí y la voy a mimar por las dos, no, en realidad por los tres, hasta por mi abuelo.

—Lo sé, hija, y ella también lo sabe. Tú eres igual que tu madre, buena de dentro.

—Gracias. No sabe cuánto me gusta oírlo decir eso.

Así pasaron unos minutos, hasta que llegaron a la casa de Pepa y, por supuesto, Antonia se ofreció a ayudarla a llevar todas las bolsas dentro. Se dio cuenta de que la mujer tenía la casa en muy mal estado y eso la entristeció. Además de ella, su vivienda también estaba envejeciendo rápidamente.

—Hija, tómate un zumito con esta pobre vieja antes de irte. Está en la cocina, trae un par de vasos.

—Bueno, pero no tengo mucho tiempo. Ya es tarde y...

—Lo sé, no te preocupes.

Cuando Antonia entró a la cocina, terminó de partírsele el corazón. La pobre Pepa estaba más que necesitada. No tenía nada, sólo fruta, que lo más probable era que fuese de su propio huerto. Sin pensarlo, salió de la casa, fue al coche, cogió las cosas que traía para su abuela y se las dio.

—Pepa, no se ofenda, pero quiero darle esto.

La anciana se echó a llorar por el bonito gesto que estaba teniendo Antonia. Ella no le había pedido nada y, sin embargo, con su generosidad le estaba entregando mucho más de lo que pensaba.

—No me ofendo, hija, te lo agradezco. Ahora ven, siéntate, que yo quiero darte un regalo.

—¡No, cómo se le ocurre! No quiero que me dé nada, guárdelo para usted.

—Lo que te voy a dar no es material. Ven, acércate, déjame ver tu mano.

Pepa era conocida como la bruja del pueblo, leía las cartas y hacía algún que otro trabajito. Pero desde que había adivinado la muerte de unos niños en el incendio de la capilla, había decidido que no quería volver a tener nada que ver con la magia. Sólo cuando le parecía que era necesario, regalaba su don y aquélla era una buena ocasión.

—Pepa, usted sabe que yo no creo en estas cosas. De verdad, no es necesario.

Pero la mujer insistió tanto que Antonia terminó accediendo. Como no creía en ese tipo de cosas, tampoco temía a lo que pudiese decirle. Sin embargo, para ella el respeto a los ancianos era primordial, por lo que le tendió la mano.

Pepa la observó unos minutos, le cerró los puños y le dijo:

—Todo lo que te está pasando es porque te lo mereces. Has despertado a la verdadera Antonia y no temas dejarla salir. Pero también veo sufrimiento. Que no te importe nada más que tú y lo que tú creas que está bien, sólo así podrás salir adelante. Y lo que más me alegra es saber que María tendrá bisnietos muy pronto.

Antonia era escéptica, pero por alguna razón escuchó atentamente a Pepa y se alegró al pensar que pronto tendría sobrinos. Con amabilidad, le dio las gracias a la anciana y se fue diciéndole que volvería a visitarla antes de su partida.

Al llegar a casa de su abuela, que como siempre la estaba esperando con un zumo de naranja, se fundieron en un fuerte abrazo y se dieron miles de besos. Después, comenzaron a bajar el equipaje del coche. Lo primero que hizo Antonia fue ir a ver la construcción de la galería. Estaba casi terminada, sólo faltaba pintar, y como lo quería ver listo e inaugurarla mientras estuviera allí, le dijo a su abuela que ella misma lo pintaría.

La tarde fue muy agradable, prepararon la cena juntas y Antonia, preocupada, le contó a su abuela en las malas condiciones que había visto a su amiga Pepa. Dijo que le gustaría ayudarla, ya que sentía que necesitaba algunas cosas que ella creía que le podía dar. También le contó tímidamente que estaba empezando a salir con alguien, cosa que alegró mucho a María, aunque, por supuesto, no le dio demasiados detalles.

Por la noche, después de cenar, salieron a dar un paseo por el pueblo. Se encontraron con los conocidos y charlaron con ellos.

Cuando volvieron a casa y se entregaron los regalos en una íntima ceremonia, al abrir el suyo a Antonia se le llenaron los ojos de lágrimas. Era una cadenita muy sencilla, pero que tenía un tremendo significado: era la cadena que le habían regalado a su madre cuando cumplió quince años y ahora María se la estaba regalando a ella. Antonia le entregó a su abuela sus regalos y, entre unas cosas y otras, se les pasó la hora. Estaban tan cansadas que ambas se fueron a dormir.

Se despertó muy tarde, pasado el mediodía, cosa que extrañó a su abuela. No a Antonia, que estaba tan cansada que sentía que podría seguir durmiendo mucho más. Pensaba en José Ignacio, quería verlo, estar con él, pero sabía que

no era posible. Cogió el teléfono para llamarlo y desearle una feliz Navidad. En eso estaba, cuando entró su abuela, despistándola de su propósito.

Después de una íntima comida de Navidad, se fueron al huerto de tomates, siempre había cosas que hacer en aquella casa. Antonia trataba de hacer lo posible para que su abuela no trabajara tanto. Había visto también que el albaricoquero estaba muy cargado y anotó mentalmente que tenía que cogerlos, pero sería en otro momento. Ahora ya se le había pasado la tarde y estaba muy cansada, sólo quería acostarse.

Al día siguiente, Francisca llamó muy temprano para decir que no llegaría hasta dentro de dos días, que primero tenía algunas cosas que arreglar. Después de la llamada, Antonia se levantó de la cama, se dio una ducha rápida, cogió el coche y se fue a comprar las pinturas que necesitaba.

De vuelta a casa de su abuela, pasó a saludar a la señora Pepa. Se alegró de verla tan bien y le dijo que después pasara para tomar el té con ellas.

Se puso una camiseta larga, se la ató a la cintura, cortó unos vaqueros rotos que tenía y, por último, se hizo un gorro de papel para no mancharse el pelo y, al ritmo de la música de Soda Stereo, comenzó a pintar.

Pintando y cantando se le pasaron las horas. Cada vez que aplicaba la brocha con ahínco, se manchaba más; tenía pintas blancas en toda la cara y, por supuesto, por toda la ropa, pero no le importaba. Quería terminar rápido, para por fin poner la cocina de leña y acabar la galería.

María estaba en el jardín, regando, cuando vio aparecer un gran coche negro, que inmediatamente le llamó la atención. Ese tipo de vehículos no se veían en el pueblo y menos un hombre tan apuesto como el que bajó de él...

—Buenas tardes, señora —saludó amablemente—, ¿está aquí Antonia? —preguntó con una seguridad pasmosa.

—Sí, claro, hijo, pase, pase. ¿Cuál es su nombre?

—José Ignacio Zúñiga —contestó, tendiéndole la mano educadamente.

Pero la anciana se acercó para darle un beso en la mejilla, dejándolo sorprendido. No estaba acostumbrado a esos gestos de cariño, y menos de extraños.

Con toda la calma del mundo, María cerró el grifo, enrolló la manguera y lo invitó a entrar.

José Ignacio, a pesar de la tranquilidad que desprendía su persona, por dentro estaba nervioso, además de molesto. Había sido muy claro con Antonia, tenía que llamarlo cuando llegara, pero durante dos largos días había esperado en vano junto al teléfono y ella no había dado señales de vida. Por eso había decidido ir a hablar con Francisca y pedirle la dirección de su abuela. Ella se la dio encantada, y además le prometió que no le diría nada a su hermana.

Antonia estaba en su mundo, cantando abstraída, cuando entró su abuela.

—Mi niña, te busca Pepe —le anunció casi gritando, porque la música estaba muy fuerte.

Antonia se dio la vuelta y bajó un poco la música, no había entendido bien lo que le había dicho su abuela.

—¿Qué dices, abuela? ¿Que me...?

No alcanzó a terminar la frase, porque en ese mismo instante vio entrar a un serio José Ignacio y se quedó totalmente bloqueada.

—¿Qué... que estás haciendo aquí? —dijo con un hilo de voz.

Él, acercándose como si no hubiera nadie más con ellos, gruñó:

—¿No fui lo bastante claro cuando te dije que me llamaras al llegar? Estaba preocupado, te podría haber sucedido algo.

—Disculpa, es... es que se me olvidó —contestó ella, dejando a un lado la brocha que aún llevaba en la mano.

—¿Qué haces vestida así? —quiso saber él sonriendo.

Al verla con aquella facha, se le pasó al instante todo atisbo de rabia, y recordó a la mujer dulce y sexy que era y, lo que más le gustaba, que ni siquiera se enteraba de sus encantos. Era su mujer inocente.

—Estoy pintando, ¿o qué crees que estoy haciendo?

María, al ver la escena, tomó la mejor decisión y se marchó, dejándolos solos para que hablaran de todo lo que tenían que hablar.

—¿Y no me vas a saludar? —preguntó José Ignacio, bajando la voz.

—Sí, claro. Es que contigo a veces no sé cómo actuar.

Cuando Antonia le dio un beso en la mejilla, él le rodeó la cintura con sus fuertes brazos, la estrechó contra su cuerpo y la besó fervientemente en los labios, dejándola sin respiración. Cuando separaron sus labios, José Ignacio aún no la soltaba.

—Te estoy manchando la ropa.

—¿Y qué? Te he echado mucho de menos, Antonia. —Y tras mirarla unos segundos a los ojos, susurró—: ¿Qué me estás haciendo?

—Yo también te he echado de menos, sólo que...

—No digas nada.

Y la volvió a besar. Necesitaba aquellos labios para calmar su ansiedad. Ella le proporcionaba algo que aún no era capaz de reconocer.

—¿Qué ha pasado con Anto? Me gustaba más.

—Tu nombre es Antonia, ¿verdad? ¿Por qué ese afán de querer poner otros? Para tu abuela soy Pepe. ¡Qué espanto! —dijo seriamente.

—No te preocupes, eso lo podemos arreglar. ¿Cómo has venido? ¿Y por qué?

—Calma, cuántas preguntas. ¿Seguro que no eres periodista?

Ella lo abrazó nuevamente, posó la cara en su pecho y pudo oír lo rápido que le latía el corazón.

Así estaban cuando entró María para llevarles unos cafés.

—No, gracias, no...

—Gracias, abuela, los tomaremos encantados. Dámelo —dijo Antonia, fulminándolo con la mirada.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él cuando se fue la anciana—. Sabes que sólo tomo café de máquina.

—Sí, pero aquí no hay. Y si mi abuela te da éste, tú le dices gracias y luego ya me lo tomo yo. Pero si le dices que no, la harás sentir mal.

—Vaya y el que cambiaba de humor rápidamente era yo, ¿no? —se mofó José Ignacio.

Antonia se quitó la gorra de papel y salieron al patio cogidos de la mano.

Él no se la soltaba ni un momento, algo que a ella la incomodaba un poco. Hacía mucho que no estaba así con alguien y menos en casa de su abuela. Pero María era una mujer juiciosa y discreta, así que, después de lo del café, no los interrumpió.

Antonia le contó lo que estaban haciendo en la casa y le mostró el huerto como si fueran las pirámides de Egipto. Hablaba de aquellas simples cosas como si fueran las más importantes del mundo. Esa pasión que sentía por las cosas sencillas de la vida a él le encantaba.

—¿Te parece si vamos a cenar? —propuso José Ignacio, mientras con sus hermosos ojos le suplicaba que aceptara.

—¿Aquí...? No creo que haya ningún sitio que te guste —respondió Antonia.

—Lo sé, ya he pensado en un sitio, sólo que antes debo hablar con tu

abuela. Ve a buscarla —ordenó.

—Sí, amo, voy a buscarla.

—¿¡Amo otra vez!? No, cariño, si lo fuera, ni siquiera te podrías sentar, por no haberme llamado.

Al oír esa declaración, Antonia se lo imaginó con un látigo y todo en las manos y eso en vez de asustarla la excitó, haciendo que el rubor de sus mejillas la delatara. José Ignacio, como todo un caballero que era, no dijo nada, pero sí alcanzó a darse cuenta, antes de que ella saliera como una flecha a buscar a su abuela.

—Dígame, Pepito, ¿qué quería hablar conmigo? —preguntó la anciana.

Antes de que él pudiera responder, Antonia lo miró levantando las cejas, diciéndole con la mirada que no se le ocurriera llevarle la contraria.

—Señora...

—Oh, no, si podría ser tu abuela. Llámame María, hijo, sólo María.

—Está bien, María, quisiera pedirle permiso para llevarme a su nieta y devolverla mañana por la tarde.

Antonia no daba crédito a lo que oía, le estaba pidiendo permiso a su abuela.

—Pero ¿y lo que yo quiera no cuenta? —le preguntó luego, melosa.

—Da igual, María ya me ha autorizado. Estás a mi cargo las siguientes veinticuatro horas. Ve a cambiarte, yo me quedo hablando con tu abuela y... tomando café.

Antonia se apresuró hacia la ducha para tratar de quitarse algo de pintura y arreglarse lo mejor posible. Se puso un vestido blanco con lunares rojos, metió unos pantalones y una camiseta en un bolso y salió.

Su abuela y su caballero secreto estaban charlando muy animadamente. Ella sabía que a José Ignacio no le importaba nada de lo que la mujer le estaba contando y que ni siquiera había probado el café, pero se estaba portando de maravilla y eso le llenaba el corazón y al mismo tiempo la asustaba.

—Ha valido la pena la espera —reconoció él cuando la vio salir al patio —. Una vueltecita para el público —pidió sonriente.

Antonia se dio la vuelta, coqueta y, como broche de oro, hizo una reverencia dando por cerrada su presentación.

—Abuela, ¿me cuidas a *Matías*, por favor? Te juro que se portará bien, es un santo.

—¿Quién es *Matías*? —preguntó José Ignacio, curioso e intrigado.

Al ver su reacción, Antonia le respondió en broma:

—Mi hijo. ¿No te lo había contado?

—¿Cómo?

Entre risas, ella le dio la mano y le aclaró:

—Mi tortuga. Ven, que te la enseñe.

—No, gracias, no me gustan esos bichos.

—¡Bichos! Son reptiles y, además, *Matías* es más que una simple tortuga.

—No me importa y ésta me la pagarás, cariño, no te quejes después.

Cuando salieron por la verja de la casa, Antonia se paró de pronto.

—No me digas que este juguetito también es tuyo —comentó, asombrada por el tremendo vehículo que tenía enfrente.

—No es un juguetito, es un Range Rover. Lo más seguro y elegante que existe para viajar. Es un todoterreno, justo lo que necesitaba para venir a buscarte.

—Ah, y yo que pensaba que habrías venido en plan James Bond...

José Ignacio la miró sin decir nada mientras le abría la puerta. No le gustaban las bromas, pero en ese momento no le importaba. Había hecho más cosas por ella de las que se había permitido nunca. La había ido a buscar, cosa que jamás había hecho por ninguna mujer, tomado café y contestado de buenas maneras cuando lo llamaban Pepe. Definitivamente, algo le estaba haciendo Antonia, y en muy poco tiempo.

—¿Tienes un coche para cada ocasión?

—No, sólo éste y el que ya conoces.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

—¡¿A Santiago?!

—No, a mi casa de la playa. No está muy lejos.

—¿Sabes? Siento que todo esto que me está pasando es de novela.

José Ignacio redujo la velocidad y se paró junto a la acera, justo antes de salir del pueblo.

—Baja —ordenó seriamente.

—¿Qué? —dijo ella, un poco asustada.

—Baja —repitió, pasando por delante del coche para ir a buscar a Antonia.

Mientras, ella hizo lo que le decía. José Ignacio la cogió de la cintura y, levantándola como si fuera una pluma, la sentó sobre el capó, le abrió las

piernas para poder colocarse en medio, le cogió la cara con ambas manos y, acercándose, la besó con posesión, dejándola jadeante y deseando más.

A él aparentemente no se le movía un músculo, pero en realidad su erecto miembro le estaba rozando el pantalón.

—¿De qué novela es esto, Antonia? —preguntó, mirándola a los ojos.

—¿De... de la nuestra? —respondió titubeando.

—Sí, cariño, ésta es nuestra historia, no la de un libro. Es la nuestra, la empezamos a escribir hace unos días y es sólo nuestra. Ahora, sube, que si no llegamos pronto no sé lo que te haré aquí mismo —confesó, bajándola del coche para dejarla en su asiento.

Esas actitudes la desconcertaban. En un minuto la asustaba y al siguiente lo adoraba. No entendía nada, sólo que estaban viviendo y escribiendo su propia novela.

Hicieron el trayecto cogidos de la mano, como siempre. De hecho, él se había apropiado de ella ya desde que salieron de su casa.

Como ya estaba oscuro y sólo los alumbraban las estrellas, Antonia se atrevió a decir:

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Lo que quieras.

—¿Por qué la primera vez que... estuvimos juntos me dijiste que no querías tener hijos?

—Porque es cierto. No me gustan los niños, no quiero tener que cambiar mi vida por ellos. Creo que, cuando los tienes, te preocupas demasiado por ellos y dejas de ser tú. Y yo no estoy dispuesto a eso por nada ni por nadie.

—Ah.

—¿Cómo? ¿No me vas a decir nada, tú que siempre tienes algo que preguntar o que decir?

Antonia no daba crédito a lo que oía. No podía entender cómo aquel hombre que le pedía permiso a su abuela para salir con ella y que le decía que escribirían su propia historia, fuera el mismo que ahora le estaba diciendo que no quería tener hijos nunca. No es que ella quisiera tenerlos con él, pero igualmente sintió una punzada de decepción.

—Lo que pasa es que no me imaginaba que lo tuvieras tan claro, sólo eso.

—Bueno, pero no estamos aquí para hablar de mí. ¿Y tú, quieres hijos? Me dijiste que no querías ni circo ni nada.

—Ni circo ni teatro —contestó bajito y sin mucho ánimo.

—Entonces pensamos igual.

—Eso creo.

Y, cambiando de tema, José Ignacio empezó a decirle dónde quería llevarla a cenar esa noche. Era un restaurante muy bonito, que estaba a orillas del mar. Tenía el suelo de cristal y se podía ver cómo subía y bajaba la marea.

Al cabo de una hora y media más o menos, en que Antonia trató de ocultar lo más posible la decepción que sentía, llegaron al sitio. Al bajarse del coche, de inmediato sintió la brisa marina y un escalofrío le recorrió el cuerpo. José Ignacio, al percatarse de ello, igual que la primera vez que salieron, le pasó el brazo por los hombros. Pero en esta ocasión, la volvió de cara a él y la besó apasionadamente en aquellos labios que tanto le gustaban.

—¿Estás bien? —le preguntó muy bajito al oído, haciéndola temblar de emoción.

—Sí, estoy bien, pero vamos, que aquí fuera me estoy congelando.

Ésa fue la señal para que José Ignacio entendiese que todo seguía igual. Con la experiencia que tenía con mujeres, sabía que cuando les contaba que no quería hijos, algunas no se lo tomaban muy bien, y lo entendía perfectamente.

Tal como él le había dicho, el lugar era precioso. Se podían ver las olas debajo de ellos y, mientras avanzaban, parecía como si caminaran sobre el agua. Se sentaron cerca de la ventana, mirando el maravilloso cielo lleno de estrellas y una luna que trazaba un hermoso camino sobre el mar. Su mesa estaba apartada del resto, en un reservado.

—¿Qué te gustaría comer? —preguntó él—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Cómo que no tenemos mucho tiempo? ¿No me has dicho que tu casa está cerca?

—Sí, está muy cerca, pero tengo otros planes para ocupar la noche —contestó en tono bajo pero enfático.

—Entonces pediré lo mismo que tú, no tengo problema.

—¿Seguro? No sabes lo que quiero y podría no gustarte.

—Confío en ti y sé que me gustará.

—Pediré algo rápido —contestó ansioso.

Cuando llegó el camarero, lo saludó muy amablemente y pidió dos ensaladas con gambas y un Sauvignon Blanc para beber.

—Rápido, Giovanni, no tengo mucho tiempo —lo apremió, sin siquiera pedirlo por favor.

—¿No se te ha olvidado algo? —preguntó Antonia.

—¿Qué? —dijo él, arrugando las cejas.

—El «por favor» —respondió ella en tono irónico.

—Está bien —replicó cortante—, cuando venga le daré las gracias.

—Es lo lógico, creo yo, dado que no es tu empleado. Y aunque lo fuera.

—Pero es que sí es mi empleado. Este restaurante es mío.

—¿En serio?! ¿Qué más escondes?

—Nada. Te mostraré todo lo que desees ver de mí. Si quieres, podemos irnos ahora. ¿Qué me dices de saltarnos la cena... e ir directos al postre?

En ese instante, llegó el camarero y les puso los platos delante, sirvió el vino y se marchó rápidamente, dejándolos solos.

—Te has librado, ahora, come.

—Eres muy mandón, ¿lo sabías?

—Mandón, ladrón, ¿qué más soy para ti?

—¿Cuándo te he llamado ladrón?!

—En el aeropuerto.

—Perdón, juro que te lo voy a compensar.

Terminaron de comer y se marcharon sin siquiera mirar atrás. José Ignacio la cogió de la mano y la sacó de allí como si alguien los persiguiera. A Antonia apenas le dio tiempo a darle las gracias a Giovanni por la estupenda comida que les habían preparado; nunca había visto unas gambas tan grandes.

Una vez fuera, José Ignacio se inclinó y sus labios atraparon los de ella, que empezó a besar lenta y dulcemente, bajando luego por su cuello hasta llegar al hombro descubierto. Después comenzó a darle pequeños mordiscos, mientras Antonia, con los ojos cerrados, arqueaba la espalda para pedir más y ladeaba la cabeza para darle todo el espacio que quisiera y así continuar el delicioso camino de besos hasta llegar de nuevo a su boca, sometiendo la voluntad de ella y dejándola sin ninguna defensa, para poder reclamarla como tanto le gustaba y como tanto disfrutaban ambos.

En esa ocasión sí estaba preparado para tomarla como correspondía, sin la presión de detenerse antes de tiempo, de tener que controlarse, como las veces anteriores. Se apartó y la miró con deseo contenido.

—Vamos o no respondo de mí. Y no quiero pasar mi primera noche contigo en un sitio como éste.

—¿La primera? —preguntó riendo Antonia.

—Sí, la primera de muchas.



Después de ese fogoso beso, ambos querían llegar lo más rápido posible a la casa de José Ignacio y así poder fundirse en un solo ser.

La casa no estaba muy lejos: después de un tramo que recorrieron por carretera, se adentraron en un camino muy oscuro, donde el único farol era la luna que brillaba encima de sus cabezas. Sólo árboles los acompañaban por el sendero, que era de piedra y tierra y parecía que no llevara a ninguna parte. Giraron por un camino secundario y, tras unas rocas, apareció el mar. De pronto, José Ignacio detuvo el coche frente a un portón que a simple vista sólo tenía detrás un terreno vacío. Más allá se podía ver el mar bañado por la luz de la luna.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Antonia.

José Ignacio, sin decir nada, sacó un mando a distancia que tenía en la guantera y abrió la reja, aparcando frente al mar.

Hasta ese momento, ella no había visto ninguna casa y tampoco ahora. Él se bajó del todoterreno y lo rodeó para ir a buscarla. Le dio la mano para guiarla hasta el borde del terreno. Antonia no daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Más abajo había una construcción con grandes cristales; sobresalía entre las rocas y terminaba en una pequeña explanada que caía sobre un acantilado.

Cuando entraron en la casa, José Ignacio encendió una pequeña lámpara que había al lado de la puerta y Antonia se quedó atónita. El interior era verdaderamente maravilloso, con una gran amplitud de espacio que bastó para dejarla anonadada, suelo de mármol oscuro y un salón con pocos muebles, pero los que había se adaptaban perfectamente al lugar. Unos sofás de cuero blanco en forma de U estaban situados frente a una chimenea empotrada en la pared de roca y la fachada de la casa era toda de cristal, desde el suelo hasta el techo del segundo piso. Parecía como si estuvieran sobre el mar, como si lo pudieran tocar desde allí.

—Este lugar es maravilloso, José Ignacio —dijo suspirando.

—Es mi refugio. Vengo siempre que necesito pensar, el mar me da tranquilidad.

—Si ésta fuera mi casa, yo no podría salir de aquí.

—Podemos venir siempre que quieras —murmuró en su oído—. Pero ahora quiero que vayamos a la habitación. Desde allí también podrás ver el mar, pero después de que me hayas visto a mí.

Dicho esto, la cogió en brazos y la subió por la escalera, que quedaba a un lado del salón. En el segundo piso no había paredes, sólo una enorme habitación con una cama en medio, un par de mesillas y un bonito sofá ante un gran ventanal abierto al océano.

—Esto es de cuento —susurró maravillada.

—De nuestro cuento, cariño. Ven, quiero hacer algo más que mirar el mar.

La atrajo hacia él y la miró muy serio, con los ojos llenos de lujuria.

—Esta vez no necesitaré encender la luz, porque te veo perfectamente, Antonia —dijo, con la voz cargada de emoción.

A ella se le aceleró el corazón con sólo pensar en todo lo que harían en ese sitio. Ya no quería esperar más para verlo desnudo a la luz de la luna y asintió con la cabeza.

—Me alegra saber que tú sientes lo mismo que yo. Ven, quiero quitarte el vestido.

—¿Y tú no te vas a desnudar?

—No, voy a castigarte por lo de hoy y por lo angustiado que he estado estos días. Quiero tenerte desnuda únicamente para mis ojos.

Y así, con esa simple orden, comenzó a quitarle la ropa.

—Ahora las bragas.

—¡No! —exclamó Antonia—. No quiero quedarme desnuda.

José Ignacio no dijo nada, pero se quedó quieto, mirándola.

—Yo también me quitaré la ropa, pero después —explicó, con la arrogancia que lo caracterizaba.

Despacio, le retiró las manos con que se sujetaba las bragas y continuó bajándoselas. Notó cómo a ella se le ponía la carne de gallina por lo fresca que estaba la estancia.

A Antonia la idea de estar desnuda frente a él mientras la examinaba con lujuria le resultaba absolutamente excitante y a la vez insoportable.

De repente, la llevó hasta la ventana y la situó de cara al mar.

—Has sido una chica mala, Antonia —dijo él—. No vuelvas a dejarme sin noticias, no me gusta que me desobedezcan. Si te digo que me llames cuando llegues, me llamas, ¿entendido?

Ella no podía decir nada, no podía creer lo que estaba escuchando y las sensaciones que eso le estaba provocando.

—¿No me vas a responder? —preguntó, rozándole la oreja con la lengua.

—Eh... Sí... No sé, ¿qué quieres que te diga!?

—Lo que te he preguntado —contestó, apretándole el lóbulo de la oreja con los dientes.

La cabeza le daba vueltas, no sabía qué responder, no estaba pensando en nada, no podía.

Y como leyéndole el pensamiento, fue él quien habló:

—No volverá a suceder, ¿verdad?

—No, te lo juro, pero deja que me dé la vuelta, por favor —suplicó.

—Aún no, cariño, éste es mi castigo y créeme que lo estoy disfrutando... no te puedes imaginar cuánto —ronroneó en su oído, mientras con sus manos le recorría el cuerpo sin pararse en ninguna parte en especial.

Ella sintió que la cara le ardía y supuso que estaba colorada. Ni el frío del cristal podía apagar el fuego que sentía en las mejillas. Se quedó allí de pie como José Ignacio le había ordenado. Él puso las manos sobre su cabeza y desde allí fue bajando por su cuerpo, ahora completamente sensible.

Echó un brazo hacia delante y la acarició entre las piernas, rozando el vello que cubría aquel lugar que tanto quería poseer.

Sus manos se movían tan despacio que la hacían suspirar y estremecerse, hasta que por fin se detuvo y le acarició el clítoris.

De pronto, Antonia sintió cómo los dedos de José Ignacio entraban en su interior.

—Estás lista, cariño, sabía que lo estarías.

Ella sentía que las piernas se le doblaban. No tenía dónde apoyarse y no sabía cuánto tiempo más podría soportar aquel dulce tormento.

Él, al mismo tiempo que respiraba en su oído haciéndola temblar, deslizaba un dedo dentro y fuera de su cuerpo, cada vez más rápido, haciéndola gemir cada vez que la penetraba un poco más.

De pronto, le dio la vuelta y rápidamente la rodeó por la cintura con un brazo, para que pudiese aferrarse a él y así sostenerla mientras incrementaba

el ritmo.

—Mírame —exigió.

Ella, obediente, lo hizo. Ya no le importaba el color de su cara, sentía que sus piernas se abrían para él cada vez que introducía más el dedo, haciéndola gemir más fuerte.

José Ignacio aminoró la velocidad y le acarició el clítoris una vez más, para salir luego suavemente de su interior.

—No —pidió Antonia, atrapando su mano para que no la retirara.

Él acercó la boca a la suya y le ordenó silencio en voz muy baja, haciéndola temblar.

Sus dedos prosiguieron su tarea donde la habían dejado segundos antes, pero ahora aumentando la presión y besándola apasionadamente, hasta que la sintió estremecerse entre sus manos mientras gritaba de placer.

Antonia se sintió avergonzada por el grito que acababa de dar. Se desconocía en esa faceta, que le resultaba todo un descubrimiento. Sintió cómo su vagina palpitaba entre los dedos de José Ignacio, que no dejaba de mirarla ni de acariciar lentamente su clítoris, mientras ella se movía alrededor de aquellos dedos que la habían llevado al cielo.

José Ignacio la cogió en brazos y dejó su cuerpo tembloroso sobre la enorme cama. Se agachó luego para quitarle los zapatos y, al hacerlo, comenzó a besar cada uno de sus dedos. Cuando terminó, sin dejar de mirarla, comenzó a desnudarse rápidamente.

Antonia tenía los ojos cerrados, avergonzada por su reacción de segundos antes. Sus senos se movían arriba y abajo con su respiración acelerada.

—Antonia, cariño, mírame.

Al abrir los ojos, lo vio encima de ella, sin ropa, erecto, mirándola con una ternura que jamás pensó que podría ver en los ojos de un hombre.

José Ignacio se inclinó y nuevamente volvió a besarla. Subió desde el ombligo, deteniéndose en sus senos, que tanto le gustaban, y comenzó a succionarlos, mientras con los dedos le apretaba los pezones.

Ella tomó delicadamente su cabeza para hacerlo subir hasta su boca, que él besó. Antonia le rodeó el cuello con los brazos, mientras se posaba sobre su cuerpo sin penetrarla.

—Por favor, no quiero esperar más —suplicó, deslizando sus manos hasta su trasero para empujarlo contra ella.

José Ignacio se levantó y, rápidamente, sacó del bolsillo del pantalón un

sobrecito plateado que rasgó rápidamente, como hombre experimentado que era. Se colocó el preservativo y volvió a quedarse frente a ella.

La penetró delicadamente, moviéndose dentro y fuera de su cuerpo. Antonia gimió una vez más, desatando el placer de José Ignacio, haciendo que aceleraba su ritmo y aumentando más el placer que a ella le recorría todo el cuerpo, arrastrándolo también a él. Las sensaciones cada vez crecieron más, sus cuerpos cada vez estaban mejor acoplados y comenzaron a perder el control. Las embestidas se volvieron más rápidas, casi frenéticas, hasta que con un gemido animal, José Ignacio llegó al clímax, y ella con él.

Antonia se sintió poderosa, no se imaginaba la cantidad de placer que podía proporcionarle a aquel hombre que tanto le gustaba, y eso le encantaba.

José Ignacio se desplomó sobre ella, con el pelo húmedo de sudor. Toda la contención y el esfuerzo que había hecho lo habían dejado agotado. Levantó la cabeza lentamente para mirarla con devoción y le preguntó:

—¿Estamos bien?

—Sí, pero estaría mejor si yo estuviera encima.

Rápidamente, él cambió de postura y quedó exactamente donde Antonia quería.

Se quitó el preservativo, le hizo un nudo y lo dejó en el suelo. Aún no quería separarse de ella ni aunque fuera sólo un minuto.

—Ésta ha sido nuestra primera vez, Antonia —afirmó, acariciándole la cara y poniéndole el pelo detrás de la oreja.

—¿Cómo que nuestra primera vez? Es la cuarta.

—No, cariño, es la primera que puedo eyacular dentro de ti por fin, sin tener que salirme, como si fuera un adolescente.

Sonriendo, ella le dio un beso en los labios y le dijo en tono de burla:

—La primera de muchas, Pepe.

José Ignacio le dio una fuerte palmada en la nalga izquierda, haciéndola saltar al sentir el contacto.

—¡Ay! —exclamó, llevándose la mano hacia su dolorido trasero.

—Te he dicho que no me gustan los sobrenombres y tú no eres María, así que no me tientes.

—Si tus castigos son como el de hace un momento en la ventana, pienso ser muy mala —contestó Antonia sonriendo.

—Ven aquí, traviesa —ordenó, dándole la vuelta para quedar de nuevo sobre ella—. La próxima vez sólo disfrutaré yo, estás advertida. —Y con esa

declaración, la besó y volvió a entrar en ella una vez más.

El cansancio de ambos después del segundo asalto era evidente. José Ignacio volvió a preguntarle si estaba bien y se tumbó a su lado, rodeándola con el brazo. Al cabo de unos minutos, se durmió profundamente, aspirando el olor de Antonia que tanto le gustaba.

En cambio ella no podía dormir. Sus ojos parecían dos faroles alumbrando la habitación. Se movió despacio y apartó la pesada mano de él, que además la estaba acalorando demasiado, cogió la sábana, que estaba en el suelo, y decidió bajar a la cocina, tenía sed.

Cuando llegó al primer piso, le costó un poco encontrar la cocina, pues estaba todo oscuro, sólo alumbrado por la luna, y no distinguía ningún interruptor. Por fin dio con la puerta que buscaba, cogió un vaso y se sirvió agua. De vuelta al dormitorio, no pudo dejar de admirar la maravillosa vista que tenía frente ella. Se dirigió al cómodo sofá que había delante de la ventana y se quedó pensando allí sentada, envuelta en la sábana blanca que había cogido de la habitación.

Al darse la vuelta, José Ignacio notó que le faltaba algo, abrió los ojos lentamente y se percató de lo que era, al mismo tiempo que también se asombraba, porque no estaba acostumbrado a dormir con nadie y en ese momento el cuerpo desnudo que había tenido a su lado le hacía falta.

Tenía menos pudor que Antonia, así que no necesitó ninguna sábana para salir en su búsqueda. Bajó la escalera en completo silencio y, antes de tocar el suelo del primer piso, se quedó observándola. Se la veía tan tranquila, tan hermosa, sentada en el sofá, envuelta en la sábana e iluminada sólo por la luz de la luna. No lo pensó dos veces, subió a la habitación, cogió su móvil y volvió a bajar, pero esta vez muy rápido, y sin que ella se diera cuenta, le tomó una fotografía. El flash la despertó de su ensoñación, sobresaltándola.

—¿¡Qué haces!?! —preguntó, con el corazón latiéndole acelerado, y tapándose hasta el cuello.

—Nada, sólo te fotografío. Estás muy guapa —contestó, mientras se acercaba para sentarse a su lado.

—¿Y tú no tienes ropa, o algo para ponerte encima?

—Sí, pero sólo estamos tú y yo y no hay nada que no hayas visto antes —respondió, al mismo tiempo que se ponía tras ella y le apartaba el pelo para besarla.

—¿Por qué has bajado? Si me hubieses despertado, te habría

acompañado.

—No he querido molestarte y en realidad no pensaba quedarme aquí, pero es tan bonito... —Suspiró.

—Podemos venir cada vez que quieras, pero ahora me gustaría verte sin esto —dijo, tirando la sábana al suelo y dejándola completamente desnuda, sólo cubierta con sus manos.

Se quedaron así un buen rato, con ella mirando hacia el mar, mientras él le besaba el cuello, produciéndole un sinfín de sensaciones nuevas.

—Quédate un día más.

—No puedo —contestó, dándose la vuelta para quedar frente a él.

—¿Por qué no? Sólo un día. Yo hablaré con María, seguro que no tendrá ningún problema. Además, no estará sola, estará con tu hermana.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Quién crees que me ha dicho dónde encontrarte?

—¿Francisca?

—Exactamente. No soy James Bond, tenía que averiguarlo y sabía que no me equivocaría preguntándole a tu hermana.

Mirándolo a los ojos y acercándose más a su oído, Antonia susurró:

—Me quedo contigo un día más, gracias.

—No me las des, cariño. Ven, vamos, que te estás congelando y no quiero que te resfríes. Si no, tendrás que pasar en la cama los próximos dos días y créeme que pretendo que estemos en la cama, pero no precisamente por enfermedad.

José Ignacio se sentía pletórico de felicidad, no esperaba que ella accediera. Estaba preparado para recibir un no por respuesta, así que se alegró más de lo que esperaba.

Por la mañana, apareció con una taza de café en la mano, sorprendiendo a Antonia, que se sentó y cogió la sábana para taparse. Pero él se la bajó con sumo cuidado.

—¿Por qué te tapas? Me encanta lo que veo, no me prives del premio por haberte traído el desayuno.

—Eres un mirón, ¿lo sabías?

—No, sólo me gusta verte a ti —contestó, besándola en la frente.

«Qué forma tan agradable de pasar la mañana —pensó Antonia mientras se duchaba—, siendo seducida y poseída por José Ignacio.»

Aún le quedaban algunas manchas de pintura y tardó un poco más de lo que hubiese querido tratando de quitárselas.

Luego se vistió y bajó al encuentro de su adonis personal, que, por supuesto, estaba vestido y listo, esperándola en la terraza. La imagen era digna de verse. Miraba el mar con las manos en los bolsillos y el viento le alborotaba el pelo, haciéndolo parecer un joven sencillo y despreocupado, algo muy alejado de lo que en realidad era.

—¿Te apetece que bajemos a la playa? —preguntó cuando la vio aparecer.

—¿Cómo vamos a bajar?

—Ven —dijo él, mostrándole una escalera que descendía entre las rocas y llevaba directamente hasta la arena, muchos metros más abajo.

Bajaron cogidos de la mano, tardando mucho más de lo normal, porque se besaban constantemente. José Ignacio se sentía fascinado por aquella mujer de la que tan poco sabía. De hecho, en sus treinta y ocho años de vida nunca se había sentido tan atraído por nadie, tan necesitado de estar con esa persona.

Como era un hombre solitario, no tenía con quién comentarlo y, aunque tenía amigos, nunca hablaba con ellos de sus problemas personales, ni siquiera con su madre, con la que tenía una relación muy especial.

Ella lo adoraba, pero a su manera, toda la vida lo había hecho sentir culpable, porque debido a la existencia de él, había tenido que casarse y el amor de su vida la había abandonado. Por eso pensaba José Ignacio que, en cada ocasión especial, ella lo abandonaba, porque no soportaba estar a su lado y pensar en lo que él le había arrebatado inconscientemente.

Cuando Antonia y José Ignacio estaban juntos, las horas se les pasaban volando. Ya era plena tarde y ni siquiera habían pensado en el almuerzo. Paseaban por la playa como dos enamorados, cogidos de la mano. Él observaba feliz cómo ella jugaba con la llegada de las olas, cómo el pelo le tapaba la cara y el viento se lo enmarañaba. Por su parte, José Ignacio sólo miraba, no era un hombre que jugara y menos como si fuera un niño; disfrutaba mirando. De vez en cuando, Antonia hacía intentos para llevarlo al agua, pero él rechazaba serio y amable cada invitación, haciéndola finalmente claudicar.

En un momento dado, lo vio hablar por teléfono muy animado, pero no se sentía con derecho a preguntar, aunque en realidad se moría de ganas de saber

con quién hablaba.

—¿Antonia! ¿Tienes hambre? Llevamos horas en la playa; de hecho, creo que estás bastante colorada.

—Me encanta el mar. ¿Tú quieres comer? —preguntó lascivamente.

Acercándose a ella, José Ignacio la cogió por la cintura y la hizo girar en el aire. Luego la besó y contestó:

—De ti siempre, cariño. Vamos.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Siempre puedes preguntarme lo que quieras... Dime.

—¿Quién era esa mujer con la que estabas en la fiesta de Francisca?

—Marcela, una amiga.

—¿Es algo más? —preguntó, demasiado intrigada.

—*Tú* eres algo más, Antonia. Que no quiera compromisos no quiere decir que esté con varias mujeres. Sólo me gustas tú y estoy contigo ahora, eso es lo que importa. Nunca te engañaría, y el día que esto se acabe, serás la primera en saberlo, pero espero que dure muchísimo más, porque justo estoy empezando a disfrutar.

—Eso quiere decir que nuestra... eh... relación, por llamarlo de alguna manera, sólo se sustenta en el sexo —comentó apenada.

—Creo que el sol te está afectando. Subamos para poder hablar, me parece que te cuesta demasiado preguntarme las cosas. ¿Eso era lo que te sucedía anoche, cuando te quedaste en el sofá?

Ella asintió con la cabeza sin mirarlo, la vergüenza por su atrevimiento la estaba superando.

El camino de vuelta lo hicieron en silencio, cogidos de la mano, subieron la escalera en tiempo récord. Había llegado el momento de aclarar las cosas y que de una vez por todas ambos se pudieran sincerar. José Ignacio no quería esperar más y Antonia no podía seguir en aquella especie de limbo. Los dos querían saber qué pasaba entre ellos. Se estaban metiendo bajo la piel del otro muy rápido, con demasiada intensidad...



Al llegar arriba, a la casa de José Ignacio, Antonia se sorprendió al ver en la terraza una mesa perfectamente puesta para cenar. A pesar de que sólo eran las seis de la tarde y el sol todavía no se estaba ocultando, el lugar era perfecto. Junto a la mesa, los esperaba un sonriente Giovanni.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Antonia, volviéndose para quedar frente a José Ignacio, que venía detrás.

—Teníamos que comer —contestó él, al tiempo que se encogía de hombros y ponía una cara como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Sí, claro, pero esto es demasiado.

—No se preocupe, *signorina*, éste es mi trabajo y lo hago con gusto —respondió Giovanni, mirándola agradecido por su preocupación.

—Ahora que ha quedado claro que no he cometido ningún pecado capital, ¿podríamos cenar? —dijo José Ignacio.

—Sí, claro, dame unos segundos. Enseguida vuelvo.

Antonia entró en la casa y subió a la habitación. Quería estar sola un momento, tenía que procesar lo que estaba viviendo y lo que le iba a preguntar. Era consciente de que ésa sería la única oportunidad de averiguar lo que realmente necesitaba saber.

Entró en el cuarto de baño para mojarse la cara y así poder despejarse un poco; al mirarse al espejo, vio que, efectivamente, estaba colorada. Le había dado el sol y buscó en los estantes una crema hidratante. Se extrañó al ver varios botes cerrados y no se atrevió a usar ninguno. Cogió la suya y se la aplicó, pero las otras eran cremas de mujer y se sintió decepcionada. Sabía que antes de ella había habido muchas, pero por alguna razón ella se sentía especial.

—Antonia, ¿estás bien?

—Sí, ya salgo —contestó sobresaltándose, no esperaba que él la fuera a buscar, pero allí estaba.

Cuando salió, lo vio esperándola sentado en el sofá y observándola seriamente.

—¿Qué pasa? —inquirió ella.

—No sé, dímelo tú. Parece como si te estuvieras alejando de algo, o tal vez de mí.

—No... en absoluto. Es que tienes razón, me ha dado mucho el sol, y he subido a ponerme crema —mintió.

Sin decir nada, José Ignacio se levantó, la cogió de la mano y la llevó de vuelta al cuarto de baño. Una vez allí, señaló un estante.

—Estas cremas las compré para ti. Como no sabía cuál usabas, pedí que trajeran varias.

—¿Para mí? —preguntó asombrada—. ¿Cómo que para mí? ¿Por qué?

—Porque sí, porque todas las mujeres usáis cremas y sé lo que el sol hace en la piel. Tienes una cara muy bonita, no quiero que le pase nada. ¿Qué pensabas? ¿De quién creías que eran estas cremas? Porque las has visto, ¿no?

—No.

—¿No? —Levantó una ceja—. ¿Estás segura?

—Sí, bueno... no.

—¿Sí o no?

—Sí. Es que he pensado que podían ser de otra persona y no quiero que creas que me estoy metiendo en tus cosas.

Tomándola de los hombros, la hizo sentar y, mirándola seriamente, dijo:

—Eres muy insegura, Antonia. Todo lo que está aquí, en este cuarto de baño, es para ti. Recuerda, ésta es *nuestra* historia —concluyó, besándole la punta de la nariz.

Y, con esas palabras, abrió un bote y le aplicó un poco de crema en la cara, dejándola perpleja.

Cuando bajaron de nuevo a la terraza, la cena estaba servida. Esta vez era carne cortada finamente en láminas bañada con una salsa y acompañada de unas patatas cortadas en tiras finas.

—Menuda elegancia, gracias, Giovanni.

—¿Y para mí no hay nada? —quiso saber José Ignacio—. Al menos por la sorpresa.

—A ti te lo puedo agradecer luego —susurró, sólo para que él la oyera.

—Te tomo la palabra, no lo dudes —contestó y, mirando a Giovanni, dijo—: Ya puedes servir el vino.

Antonia lo miró, recordándole con su expresión que faltaba algo en la frase que acababa de pronunciar.

—Por favor... —añadió José Ignacio, dubitativo.

En ese mismo instante, ella se levantó y le dio un casto beso en los labios como agradecimiento.

—Bebe, así me imagino que te sentirás más libre de preguntar todo lo que quieras saber.

—¿Pretendes emborracharme? —preguntó coqueta.

—No seas niña, sólo sé que así te atreverás a preguntar.

Dicho esto, ambos saborearon la comida que Giovanni les había preparado, sin hablar de nada en especial, sólo de cosas triviales. Luego tomaron el postre y al terminar el delicioso brownie de chocolate, José Ignacio le pidió a Giovanni que sirviera el champán y se retirara.

—Ahora que ya hemos cenado, dime, ¿qué quieres saber?

—No sé, así de repente...

—Bueno, entonces empezaré yo. ¿Quién es Javier?

Casi se atragantó con el champán que estaba bebiendo. De entre todas las preguntas que se podía imaginar, jamás pensó oír ésa.

—¿¿Qué?! ¿Cómo que quién es Javier? ¿Qué sabes tú de él?

—Eso es una contrapregunta, Antonia. —Su expresión era tensa y denotaba preocupación—. Y era yo quien estaba preguntando.

—Fue mi pareja durante muchos años. Ahora, dime ¿cómo te has enterado de su existencia?

—No importa. ¿Y ahora?

—Y ahora ¿qué? ¡No lo veo, por Dios! ¿Qué tiene que ver con... con nosotros?

—Lo quieres.

—¡Estás loco! Eso fue hace mucho. Durante mucho tiempo claro que fue importante en mi vida, pero...

—Pero ¿qué, Antonia?

—Nada, nada, es que todo terminó mal. De repente, todo se estropeó y cada uno siguió por su lado, eso es todo.

—Has estado sola desde entonces, eso quiere decir que te importó mucho.

—Sí, claro que me importó. Compartimos sueños durante años, pero como te he dicho antes, terminamos muy mal.

—¿Te hiciste mujer con él? —preguntó molesto.

Antonia no quería seguir esa conversación. Una cosa era lo que ellos tuvieran ahora y otra muy distinta lo que hubo en su pasado.

—Creo que ya me has oído y de ese tema no quiero seguir hablando, y menos contigo. ¿De acuerdo?

—Sí, sólo quería saber una cosa y ya la he averiguado.

—¿Y tú, acaso no has tenido mujeres en tu vida? Yo en un corto tiempo te he visto con dos, en el hotel y en la fiesta.

—Soy un hombre mayor, por lo que he tenido muchas mujeres en mi vida, Antonia, pero nadie ha significado tanto para mí como parece que Javier significó para ti —dijo seriamente, sin dejar de mirarla ni un solo momento a los ojos.

—¿Mayor? Si sólo tienes treinta y ocho años. Mayor es, no sé, ¿cincuenta? —respondió nerviosa, tratando de cambiar de tema.

—Mayor es treinta y ocho años, eso quiere decir que no soy un joven inocente, ¿entiendes?

Durante la cena, Antonia había bebido bastante y eso la estaba envalentonando para seguir preguntando.

—¿Por qué no has tenido a nadie importante en tu vida?

—Porque nunca he buscado nada formal. Yo no quiero tener una familia y como sé que eso es egoísta, prefiero que ninguna mujer se haga ilusiones, ¿entiendes?

—No —contestó ella tajante.

—¿No? ¿Cómo que no?

—No, no lo entiendo. Ah, sí, en realidad sí, eso... eso quiere decir que yo soy una mujer más en tu vida.

—¿Por qué quieres ponerte una etiqueta, Antonia? Estamos aquí, en el presente, en el ahora. Yo no puedo darte más, no sueño con hijos, y si eso es un problema para ti, no sé si...

—José Ignacio, ¿te gusto? —lo cortó ella, dejándose llevar por un impulso.

A continuación abrió mucho los ojos. No creía que hubiese tenido el valor de soltarle aquella pregunta que tanto le rondaba la cabeza.

—¿Que si me gustas? Quiero estar contigo en todo momento, Antonia, quiero hacerte el amor siempre que te veo. ¡No sabes cuánto! ¿Responde eso a tu pregunta?

Ella sentía cómo el silencio se apoderaba de su ser. El aire que respiraba le pesaba en los pulmones, el eco del gruñido con que le había respondido José Ignacio había sido grave y con apenas un hilo de voz, pudo contestar:

—Creo que sí, aunque siento que te controlas siempre que estamos con más gente —consiguió decir finalmente.

—Antonia, no tengo quince años, y tú tampoco, debemos controlarnos.

—¿Por qué te preocupa tanto perder el control?

—Porque tú estás produciendo cosas en mí que jamás pensé que sentiría. ¿Es eso tan difícil de entender? —respondió en tono despectivo.

Ella se sintió mal. ¿Cómo podía cambiar del blanco al negro en tan poco tiempo? Un instante le decía que le gustaba y al otro que no quería sentir nada. Se mordió la lengua para no soltar lo que tenía ganas de contestarle, sabía que si lo hacía, el momento se estropearía.

—Lo entiendo, pero no estoy de acuerdo. Creo que un beso en público no te hará ser menos. ¿O es que te avergüenzo?

José Ignacio estaba empezando a perder el control. Antonia lo estaba llevando por un camino muy distinto al que él había imaginado. Quería explicarle qué esperaba de la relación y ella lo estaba juzgando de antemano, sin siquiera escucharlo. Rodeó la mesa y se sentó junto a ella. Quería poder tocarla, la necesitaba para contenerse, era como su bálsamo personal.

—Jamás me avergonzarías, no pienses en eso, me molesta que lo creas.

—Es que tú perteneces a otro mundo y yo no tengo nada que ofrecerte.

—Pero ¿quién dice que me tengas que ofrecer nada? Antonia, por favor, te creía más inteligente.

Ella se sintió humillada y notó que una lágrima amenazaba con caer. José Ignacio se dio cuenta y, antes que hiciera ademán de levantarse, la abrazó y la sentó sobre sus piernas.

—Antonia, deseo que esto funcione, pero quiero que sepas que no puedo ofrecerte nada más. Si tú quieres un futuro con mis condiciones, seré el hombre más feliz del mundo; si no, quiero saberlo ahora y, después de mañana, cada uno seguirá su camino por separado.

En realidad ella no sabía qué decir, comprendía que si aceptaba, en algún momento sufriría. No querían las mismas cosas y tenía claro que José Ignacio nunca cambiaría de parecer. Pero también era cierto que le gustaba demasiado y, a pesar del poco tiempo que llevaban juntos, los celos que había sentido en

el baño al pensar que las cremas pudieran ser de otra mujer le habían hecho darse cuenta de que tenía sentimientos más profundos de lo que en realidad quería reconocer.

—Yo también quiero que esto funcione, pero creo que ambos tenemos que poner de nuestra parte. No quiero mentirte, hoy en día no quiero hijos, pero no sé si en un futuro los querré. Sí tengo claro que quiero envejecer con alguien a mi lado, pero ésta no es una decisión que pueda tomar así como así. Como tú dices, somos adultos, si te doy la respuesta ahora, sería apresurado. Por favor, déjame pensarlo —le pidió.

—Está bien, Antonia, pero quiero que sepas que no tengo una paciencia de santo y querré la respuesta rápido.

Ella se acercó más a él y, adoptando la fórmula que él siempre usaba, le preguntó:

—¿Estamos bien?

José Ignacio la abrazó y la besó con ternura, pero mientras se estaba perdiendo en su beso, algo cambió en una fracción de segundo, le cogió la cara con ambas manos, se le aceleró la respiración y la besó con fervor. Antonia comenzó a bajar las manos por su espalda, pero en ese momento, José Ignacio apartó rápidamente las suyas de la cara de ella y le sujetó los brazos. La miró fijamente unos segundos y cerró los ojos.

—No puedo esperar —dijo con voz entrecortada—. No sé qué me sucede contigo.

—¡Hey, ¿qué pasa?! ¿No eres tú el que dice que hay que vivir el momento?

José Ignacio la soltó, respiró hondo y, dando media vuelta, se marchó, dejándola sola en la terraza.

Antonia se quedó desconcertada. No sabía qué hacer, si seguirlo o no. Suponía que también él necesitaba tiempo, pero ¿por qué reaccionaba así? Eso no lo entendía, como le había dicho, no era un niño, y tampoco podía obligarla a tomar una decisión de ese modo.

Sintió ganas de llorar. No había aceptado nada y ya estaba sufriendo, se sentía el corazón oprimido. Caminó hasta el borde de la terraza y se sentó en la escalera. Se tapó la cara con los brazos y los apoyó en las rodillas, sintiendo cómo las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

En el preciso instante en que entró en la casa, José Ignacio supo que aquella no era la forma. Estaba reaccionando como un adolescente, ese

comportamiento que tanto odiaba. Se estaba descontrolando, no en público, sino peor, consigo mismo. Quería estar con Antonia, necesitaba su respuesta ya, pero ésa no era la forma y lo sabía. Le estaba haciendo daño a una persona a la que no quería perjudicar. Se sentía como un verdadero imbécil y tenía que decírselo ya.

Salió a la terraza y, al ver que no estaba donde la había dejado, se puso nervioso. Pero no tardó en darse cuenta de que estaba en la escalera, hecha un ovillo e iluminada por la luna. Esta vez, en lugar de alegrarse, como la noche anterior, verla así lo amargó.

Se acercó rápidamente, sin hacer ruido.

—Antonia —musitó, mientras se agachaba para sentarse a su lado y rodearla con un brazo—, soy un imbécil, discúlpame, no sé qué me ha pasado. Es que me están sucediendo muchas cosas que no sé cómo explicarme.

En ese momento, Antonia sintió una esperanza y su noble corazón le dio las fuerzas para mirarlo.

—Yo tampoco sé lo que siento —mintió—. Si nos portamos como dos adolescentes, qué más da, es sólo entre tú y yo. Pero ¿cómo vamos a avanzar si tú, a la primera cosa que no te gusta de mí sales disparado? Mírame.

—No merezco tu comprensión, dime algo, lo que sea. Quiero a la Antonia del aeropuerto, la que se enfrentó a mí y me llamó ladrón y no sé cuántas cosas más.

—Esa Antonia no te conocía, esta que está aquí sí, y está dispuesta a darte una oportunidad y a dejar que el futuro decida por nosotros.

Los ojos de José Ignacio brillaron con intensidad.

—Gracias, cariño, gracias, sé que no me estoy equivocando.

Antonia sentía que se había apresurado al responderle, pero no podía ver a aquel hombre así, derrotado, y menos por ella, que se consideraba insignificante frente a él, así que, para aliviar la tensión, dijo burlándose:

—Ahora, si nos levantamos, vamos dentro y me dejas castigarte, te perdono.

Esas simples palabras dieron a José Ignacio el valor para seguir adelante. Se levantó rápidamente y la cogió en brazos.

—¡Bájame, que nos caemos! —vociferó Antonia, que abajo sólo veía rocas, lo que la estaba poniendo nerviosa.

—He decidido que la que se merece un castigo aquí eres tú.

—¿¡Yo!? Pero si tú me has hecho llorar.

José Ignacio estaba riendo como nunca antes, mientras ella chillaba, suplicándole que la bajara.

Al pasar por el lado de la piscina, él se la quedó mirando, dejando a Antonia suspendida sobre el agua.

—Ni se te ocurra. ¡No sé nadar!

—Bueno, pero como hoy estoy en plan adolescente... —No alcanzó a terminar la frase y, tal como había dicho, como un adolescente, se lanzó al agua con ella.

—¡Estás loco! —lo regañó Antonia, mientras tosía y escupía el agua que había tragado.

—Sí, por ti —respondió un jugueteón José Ignacio—. No te has ahogado, no seas exagerada.

—No, pero...

—Ya, no le des más vueltas al asunto y ven, que mojada y enfadada me gustas más.

Antonia caminó lentamente hacia él, hasta encontrarse con su oscura mirada y, antes de que pudiera abrir la boca para responderle, la cogió por la nuca y la besó.

Ella sintió cómo en su interior comenzaba a estallar aquello que tanto le gustaba y respondió apasionada. El calor que salía de los labios de José Ignacio la extasiaba, le rodeó el cuello con los brazos y él la sujetó por la cintura, mientras ella se aferraba a él con las piernas.

—Escucha...

—No te voy a escuchar —murmuró José Ignacio, devorándole los labios con verdadera pasión.

Había pasado mucho rato sin sentir su calor, la discusión que habían tenido le había afectado, deseaba comprobar que todo estaba bien entre los dos y sabía que ésa era la mejor forma. No estaba dispuesto a perderla, y menos ahora.

—Necesito estar contigo, necesito besarte, olerte —susurró en su oído, haciendo que Antonia se excitara aún más—. ¿Prefieres subir o te desnudo aquí mismo?

Ella lo miró y sonrió, estaba loca por ese hombre.

Sin darle tiempo a contestar, él se encaminó a la escalera de la piscina con ella en brazos.

—¡Vaya!, hoy es el día de llevar a mujeres en brazos.

—No. Hoy es el día en que tú y yo tenemos una relación de verdad.

Entraron en la casa dejando una estela de agua a su paso.

Una vez en la habitación, José Ignacio intentaba quitarle la ropa con torpeza, mientras, por su parte, Antonia hacía lo mismo con él.

Al rato, tras haber hecho el amor una vez más, José Ignacio la besaba en el cuello con una sonrisa en los labios, abrazándola por la cintura, mientras ella, desnuda, sacaba un refresco de la nevera.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías? —ronroneó en su oído.

—Sí. Ya me lo habían dicho.

José Ignacio se separó de ella y le dio una palmada en el trasero.

—¡Ay...! Me ha dolido —protestó con una mueca de dolor.

—No me vuelvas a decir algo así, me molesta.

—Era una broma. ¿Qué, celoso?

José Ignacio se dio la vuelta con mal genio y subió la escalera, entrando rápidamente en el cuarto de baño y abriendo el grifo de la ducha. Antonia, sin entender muy bien su reacción, lo seguía con cautela, más atrás.

—¿Te vas a duchar?

—¿A ti qué te parece? —le espetó él con el cejo fruncido y, sin decir nada más, se metió bajo el chorro de agua, cerrando la mampara.

La sola idea de Antonia con otro hombre lo descomponía. Normalmente no era celoso, pero con ella le pasaban muchas cosas que no sabía cómo controlar. Y precisamente aquella, imaginarla desnuda y haciendo con otro las mismas cosas que hacía con él, lo ponía de muy mal humor.

Segundos después, y para arreglar las cosas, Antonia abrió la mampara y se metió dentro, quemándose con el agua, que no estaba caliente, sino hirviendo.

—¿Qué haces? —preguntó enfadado.

—Quemarme junto a ti, porque esto no es ducharse.

Al ver que la piel rápidamente se le ponía colorada por el agua, José Ignacio sonrió, apartó la ducha y la abrazó con fuerza.

—El único hombre que me ha dicho lo maravillosa que soy eres tú, así que, por favor, bésame y arreglemos esto de una vez —le dijo con voz firme y mirándolo a los ojos.

José Ignacio ladeó la cabeza como si no entendiera la propuesta y preguntó:

—¿Cómo quieres que lo arreglemos?

—¿Cómo?! ¿No se te ocurre nada para hacer aquí dentro? No tenemos el mar, pero me puedo apoyar en la pared —añadió, ardiendo de deseo.

Al oírla tan decidida, José Ignacio supo exactamente lo que quería hacer. Cogió gel de baño y se lo esparció suavemente por todo el cuerpo, masajeándola y estimulándola por todas las zonas por donde pasaba su mano. Le frotó los muslos lentamente, luego se agachó frente a ella y comenzó a masajearle las piernas. Le cogió un pie con cuidado y comenzó por la planta, luego siguió con cada uno de los dedos, mientras a Antonia, pegada a la pared, se le aceleraba la respiración y el corazón le latía cada vez más fuerte.

José Ignacio comenzó a subir por sus piernas, acercándola más a él, y luego le acarició las nalgas con parsimonia, desde fuera hasta llegar a la hendidura que separaba sus glúteos, haciendo que, automáticamente, Antonia los contrajera.

Él la miró con calma y ella comprendió que le estaba pidiendo que se relajara. Así lo hizo y él prosiguió, deteniéndose de vez en cuando para mirarla a los ojos con ferviente pasión. Luego subió las manos por su espalda, al mismo tiempo que se levantaba, para situarse ahora tras ella y empezar su recorrido por delante, demorándose en sus senos para acariciarlos con suavidad, sin hacer ningún tipo de presión sobre ellos.

Antonia jadeaba, no creía poder seguir aguantando aquel masaje tan erótico. José Ignacio la estaba haciendo estallar por dentro como si fuera un volcán. Al cabo de unos minutos, siguió bajando hasta llegar a su pelvis y, muy despacio, le comenzó a pasar las manos por ambas ingles, con mucho cuidado de no tocarle nada más.

Antonia tenía los brazos levantados y, desde delante, acariciaba la cabeza de José Ignacio, le tocaba el pelo cada vez con más entusiasmo.

Él apartó las manos y, con voz ronca, le ordenó:

—Sube el pie aquí.

En ese momento, ella era incapaz de negarle nada, si la luna le hubiese pedido, la luna le habría traído, y sin decir nada, obedeció.

—Apóyate en mí y relájate —susurró él lamiéndole el lóbulo y respirando en su oído, algo que hacía que Antonia sintiera escalofríos.

La excitación que le producía era indescriptible.

José Ignacio cogió la ducha y empezó a pasársela por el cuerpo, primero por el cuello y luego bajando hasta sus senos, sin dejar de masajearse los, ahora no con las manos, sino con el agua, hasta llegar a su vientre y preguntó:

—¿Cómo está la temperatura, está bien?

Ella, con la excitación que sentía, no podía concentrarse en la pregunta y mucho menos darle una respuesta y, como una autómatas, afirmó con la cabeza.

—Antonia, necesito que me contestes, ¿está bien? —repitió en su oído, para luego pasar su lengua por dentro de su oreja.

—Sí, sí, está bien.

José Ignacio rio al ver su cara. Estaba disfrutando al máximo y eso a él también lo excitaba, tanto o más que a ella.

—Ahora cierra los ojos e imagina que soy yo. Sujétate, cariño.

Y tras esa nueva orden, comenzó a bajar la ducha hasta su clítoris. Antonia dio un pequeño salto, haciendo que José Ignacio la rodeara con más fuerza por la cintura para que no se moviera, mientras él seguía dirigiendo el chorro de agua hacia el mismo lugar. Ella comenzó a sentir cómo los espasmos se apoderaban de su cuerpo y entonces él soltó la ducha y, con los dedos, comenzó a separar cuidadosamente los pliegues de su sexo para acceder a su clítoris hinchado. Despacio y con cuidado se lo empezó a masajear.

José Ignacio sentía que él ya no aguantaría mucho más, que también iba a explotar. Y, pasándole un brazo por la espalda, se introdujo en ella de golpe, haciéndola gritar por la efusividad de la embestida. Comenzó a entrar y salir cada vez más rápido, con energía, hasta que sintió que se estremecía entre sus brazos y gemía de placer. Ésa fue la señal para que él saliera rápidamente de su cuerpo con un gruñido, antes de eyacular.

Sin mirarse, sentían cómo sus respiraciones empezaban a normalizarse. José Ignacio apoyó la espalda en la pared y resopló, había estado tan tenso sujetándola a ella, que sentía como si el corazón se le fuese a salir del pecho.

Al cabo de unos minutos, Antonia se dio la vuelta apoyada sobre él. Cogió la ducha y comenzó a pasársela a él por el pecho, mirándolo con picardía. La bajó hasta su miembro, aún erecto, cogiéndolo con la otra mano y empezando a masajearlo suavemente adelante y atrás, haciendo que José Ignacio sintiera los últimos espasmos del orgasmo, haciéndolo sonreír.

—¿Y el preservativo? No podemos seguir así —lo regañó cariñosamente.

—Yo no te he invitado a la ducha, me has asaltado —contestó él, dándole un cariñoso beso en la punta de la nariz—. Pero puedes hacerlo siempre que quieras.

Antonia lo besó en el pecho, sonriendo, dejó la ducha en su sitio y, con

coquetería, se enjabonó y luego se enjuagó, frente a la atenta mirada de José Ignacio. Cuando terminó, le dijo:

—Ahora me toca a mí disfrutar del espectáculo.

—No, cariño, éste es tu trabajo —repuso él, divertido, tendiéndole la ducha de nuevo para que le quitara el gel que aún le quedaba.

—¿Tú no te cansas? Yo estoy agotada.

—Pero qué mente calenturienta, si yo sólo te estoy pidiendo que me quites el gel. —Y sonrió, haciendo que Antonia se sonrojara de vergüenza.

Volvieron a la cama, ambos con una sonrisa en los labios. Sus encuentros eran cada vez mejores y ellos estaban más que dispuestos a aprender.



Al día siguiente, Antonia sintió que la pierna de José Ignacio la estaba aplastando. La tenía cruzada sobre sus muslos y un brazo la rodeaba a la altura del pecho. Necesitaba moverse. Se apartó muy despacio hasta quedar libre, se levantó sin hacer ruido y se fue al cuarto de baño, donde, al entrar, se transportó a los gloriosos momentos vividos la noche anterior.

Se lavó la cara y se hizo una cola, pero como tenía el pelo tan corto, apenas pudo sujetarse unos mechones, mientras el resto le caía hacia la cara. Luego decidió ir a la cocina a preparar el desayuno, para así sorprender al atractivo hombre que aún dormía. Cuando llegó, se encontró con una sofisticada cafetera que ni en sueños podría utilizar sin un manual (bueno, con él tampoco). Sacó del mueble dos tazas, las puso sobre una bandeja, fue hasta su bolso para buscar algo que necesitaba y subió a la habitación.

Muy despacio, se sentó al lado de José Ignacio y le dijo muy bajito:

—Dormilón, te he traído el desayuno.

Él se despertó de inmediato, mirándola sorprendido. Nunca dormía tanto y sintió que se le había pasado la noche demasiado rápido. Se sentó lentamente en la cama.

—Tu café —señaló ella, dándole la taza que había subido.

José Ignacio miró la taza y luego a ella sin entender nada. Sacó un papelito de dentro y leyó: «Vale por un café».

—¿Qué es esto? —preguntó incrédulo, pero divertido por la situación.

—He bajado para prepararte un café, pero cuando he llegado a la cocina y he visto esa máquina llena de botones... Bueno, ni siquiera sé cómo encenderla. Pero aquí está tu café. La intención es lo que vale, ¿no?

José Ignacio se echó hacia delante para abrazarla. La espontaneidad y sencillez de Antonia no dejaban de sorprenderlo.

—Cariño, pero si es sólo una máquina, tiene un botón de On/Off —repuso divertido.

—Si quisieras uno normal, con agua y café instantáneo, yo te lo prepararía contenta, pero como sé que te gusta un tanto elaborado, te aguantas —replicó riendo.

—Ven, te enseño, no es difícil. —La cogió de la mano para ir a la cocina y añadió mientras bajaban la escalera—: Me gusta cómo te queda el pelo de esta forma.

—Pero si parezco una loca —respondió coqueta.

—Mi loca guapa —puntualizó, guiñándole un ojo.

Entre risas se les pasó la mañana. Bajaron a la playa, igual que el día anterior, y pasearon de la mano por la orilla, dejando que las olas les mojaran los pies y, a veces, también la ropa.

Con la conversación de la noche anterior, ya les había quedado claro todo lo que querían el uno del otro. José Ignacio le había dicho que solamente la quería a ella, que si Antonia aceptaba, ése sería su compromiso durante el tiempo que les durara lo que estaban sintiendo. Mientras que ella, en un acto un poco desesperado al verlo tan vulnerable, había renunciado a sus sueños de ser madre algún día. Pero por todo lo que estaba sintiendo por aquel hombre, creía que valía la pena. No sabía si saldría bien, pero esta vez se arriesgaría.

Recorrieron toda la playa hasta llegar a un sitio muy bonito para almorzar. Antonia estaba agotada de tanto caminar y se desplomó en la silla, después de que José Ignacio, galante como siempre, se la retirara de la mesa.

—¿Qué quieres almorzar? —le preguntó a Antonia, mientras el camarero los miraba extrañado, porque estaban mojados y aquél era un lugar exclusivo para el que no llevaban el atuendo adecuado, cosa que, por supuesto, a José Ignacio le daba lo mismo.

—Señor, disculpe, pero en esas condiciones en las que se encuentran, todos mojados, no los puedo atender, son las reglas del establecimiento —dijo el hombre, disculpándose.

—¿Cómo se llama? —inquirió un circunspecto José Ignacio sin responderle la pregunta.

—Andrés, señor.

—Pues bien, Andrés, dígame al gerente que me da exactamente igual lo que digan las reglas de este sitio y si tiene algún problema, que venga él y me lo diga. Ahora, déjeme pensar qué deseo almorzar —gruñó.

—No seas así, José Ignacio, no es su culpa. Vámonos y ya preparo yo algo en la casa.

—No, vamos a comer aquí y ahora —aseguró, irritado por la situación.

Al mismo tiempo que terminaba de responderle a Antonia, un hombre se acercó a ellos.

—Señor, disculpe, mi nombre es Felipe Rosende y soy gerente del restaurante, por eso...

—Por eso, usted debería comportarse como tal y pedirme que lo acompañe a su oficina, ¿o pretende decirme algo aquí? —replicó José Ignacio con furia, pero a la vez muy calmado.

—No, claro, señor, ¿me acompaña?

—Cariño, pide lo que quieras, yo comeré lo que decidas.

Y tras decir eso, acompañó al gerente a la oficina, dejando totalmente confusos al camarero y a Antonia, que se disculpó con éste por el incidente. Ella se sentía igual de incómoda que él.

—Felipe —comenzó a decir un disgustado y pedante José Ignacio—, me imagino que no tienes idea de quién soy. Me llamo José Ignacio Zúñiga Risopatrón. Lamento decirte que como gerente de este establecimiento estás muy mal informado, primero averigua quién soy y luego te podrás dirigir a mí. Ahora, con tu permiso o sin él, tengo cosas más interesantes que hacer que seguir aquí contigo.

Ésas fueron las últimas palabras que dijo antes de volver a su mesa junto a Antonia como si nada hubiese sucedido.

—¿Qué ha pasado? —se interesó ella, intrigada.

—Nada, cariño, no te preocupes. ¿Has pedido algo?

—Sí, he pensado que lo mejor sería el marisco, ¿te parece bien?

—Lo que tú digas me parece excelente, pero el vino lo escojo yo —añadió.

—Andrés, ¿nos trae un Sauvignon Blanc?

—Sí, señor, enseguida. ¿Ha ido todo bien?

—¿Disculpe? —preguntó arrogante.

—Nada, señor, sólo le estaba...

—Ya sé lo que me estaba preguntando, no soy sordo. Pero a usted eso no le interesa, traiga lo que le he pedido. Ya, que no tengo todo el tiempo del mundo para esperar.

—¿Por qué tienes que ser así? —recriminó molesta Antonia cuando el camarero se fue—. El pobre no tiene la culpa.

—Da igual, no empieces tú ahora también, por favor.

Ella decidió no seguir contestándole, porque, si no, terminarían discutiendo y la verdad era que no tenía ganas. Pero a veces su pedantería podía con ella. Además, tenía que pensar bien las palabras que le diría, ya que, aunque no quisiera, tenía que irse ya. Estaba preocupada por su abuela; no sabía nada de ella ni de su hermana y eso no le gustaba.

—¿A qué hora volveremos? —preguntó con cautela.

—¿Por qué? ¿Te quieres ir?

—Es que creo que es tarde y, bueno, tú regresarás a la playa y...

—Y nada, yo volveré a Santiago —respondió iracundo—. Pero estaba pensando que podríamos pasar el Año Nuevo juntos.

—No puedo —contestó apenada—. Éste será el último año que estaremos las tres juntas, con Francisca todavía soltera. Lo siento, de verdad, esta vez no puedo.

—Está bien, come y volvemos.

—¿Te has enfadado?

—No. Estoy contento, si te parece —replicó molesto.

Al acercarse el camarero con los platos, lo hizo junto a un compungido Felipe Rosende.

—Señor Zúñiga, quisiera pedirles disculpas a usted y a la señora por el incidente de hace pocos minutos.

—Señorita —se adelantó a decir Antonia.

Le molestaba que la llamaran señora. La aclaración le valió una retadora mirada de José Ignacio.

—De acuerdo —convino él—, pero ¿sería posible que nos dejaran almorzar sin más interrupciones? —añadió con desagrado.

Los dos hombres se retiraron al instante. Antonia no entendía el porqué del cambio tan brusco del gerente, pero no se atrevió a preguntar.

El resto del almuerzo no fue muy ameno, pero tampoco desagradable. José Ignacio entendía la postura de Antonia, sólo que no la quería aceptar. Lo tenía todo listo para la Nochevieja, que pasaría en un hotel de la capital con sus amigos, en una agradable velada. Pero no quería estar solo, deseaba estar con ella y, al contrario de lo que había hecho con sus anteriores parejas, deseaba presentársela a los demás.

Pero Antonia se lo había negado.

Volvieron a la casa en taxi. No tenían ganas de caminar y, además, ésa había sido la excusa que había utilizado José Ignacio para regresar más

rápido, ya que Antonia deseaba tanto irse.

Cuando llegaron, ya bien entrada la tarde, a la casa de su abuela, él no quiso bajarse del todoterreno, pero fue tanta la insistencia de ella, que terminó por aceptar.

—Vamos, sólo unos minutos —suplicó.

Fueron muy bien recibidos por María y Francisca.

—¡Pepito!, gracias por traerme a mi nieta sana y salva —dijo María, acercándose para abrazarlo.

—¿Pepito? —se burló Francisca, mirando a su abuela.

Para aliviar la situación, Antonia le dijo amablemente a su abuela que a José Ignacio le gustaba que lo llamaran por su nombre completo.

—Pepito, ¿te molesta que te llame así?

Antonia le suplicó a él paciencia con la mirada.

—No me molesta, pero nadie me llama así, sólo usted. Y la verdad es que prefiero que me llame José Ignacio —respondió educadamente.

Ya era tarde y estaba cansado y, tras esa pequeña conversación, se despidió amablemente de las mujeres de la casa y le pidió a Antonia que lo acompañara hasta el coche. Ella lo hizo encantada y, cuando estaban saliendo por la puerta, oyó a su abuela decir:

—Adiós, Pepito, ésta es su casa, vuelva cuando quiera.

José Ignacio puso los ojos en blanco y comprendió que en aquella casa siempre sería Pepito. Odiaba ese nombre, pero era un pequeño sacrificio que estaba dispuesto a aceptar: Antonia lo valía. Ella lo miraba de soslayo, sonriendo con su reacción.

Cuando llegaron al todoterreno, la besó suavemente en los labios y le dijo adiós.

Antonia pudo ver cómo él tensaba los hombros y se erguía mientras subía al coche. Titubeó sobre si hablar o no, pero prefirió guardar silencio. Sabía que no le podría decir nada de lo que él quería escuchar.

Al entrar en la casa, Francisca la abordó inmediatamente.

—¡Ahora sí que me lo cuentas todo, porque no te creo nada de eso de que sólo bailasteis y ya está! Quiero saber más. ¿Cómo ha ido? ¿Cómo es? Todo y con detalles, por favor.

Antonia no sabía qué decirle. Aunque una cosa sí sabía: no le iba a contar la verdad.

—¿Qué te puedo decir? Es amable, inteligente. No sé, ¿qué más quieres?

—respondió, encogiéndose de hombros.

—No te hagas la inocente, Antonia, que te conozco y lo conozco a él. No creo que haya viajado a este pueblucho sólo por un besito —se mofó.

—Éste no es un pueblucho, ha sido tu hogar durante muchos años —replicó molesta.

—De acuerdo, Anto, lo siento, no quería herir tus sentimientos, pero quiero saber yaaaaa.

Sabía que era hora de explicar algunas cosas y lo haría. Empezó a contar la historia con todos, bueno, no, con casi todos los detalles. Sólo omitió los primeros encuentros sexuales, como el del hotel, el del despacho y el de su piso, casi nada.

Le contó lo bien que lo había pasado en la playa y también sintió la necesidad de explicarle lo del compromiso; que él no quería hijos y que sobre esas condiciones se basaba la relación.

Francisca la escuchaba asombrada por todo lo que decía y más aún porque hubiera aceptado. Sabía que su hermana quería hijos, una casita con jardín y todo eso. Pero aquello sí que no se lo esperaba. Y después de todo lo que le contó, sólo pudo preguntar:

—Supongo que estás tomando pastillas, ¿no?

Esa pregunta a ella le sentó fatal. ¿Por qué su hermana no podía ser normal y preguntarle por lo que sentía o por lo que pensaba? No, ahí estaba la pregunta más banal que podía hacerle en ese momento, las pastillas.

Antonia lo había pensado, pero tenía que esperar hasta su próxima menstruación para empezar a tomarlas. Hacía años que las había dejado.

—Lo tendré en cuenta, gracias por tu preocupación, hermanita.

—De estas cosas tienes que preocuparte si es que quieres seguir con él —comenzó a decir Francisca con altivez—. Porque me imagino que te ha quedado claro el temita de los hijos, ¿no?

—¿Y tú qué crees, que soy idiota? ¿O que me quiero quedar embarazada y atraparlo, como pretendes hacer tú con Carlos? —repuso furiosa, levantándose del sofá donde se había acomodado.

Francisca se levantó también para seguirla y continuar con la discusión. Su respuesta le había dolido y no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—¡No! Me imagino que sor Antonia jamás haría una cosa así, para eso estoy yo. Yo sólo te lo digo para que te cuides y después no vengas a llorar tus penas, como hiciste cuando Javier te dejó por tonta. Por no darle lo que

necesitaba en la cama. ¿O no te acuerdas de que ésa fue la razón?

El volcán que Antonia llevaba dentro terminó por hacer erupción. Se dio la vuelta, caminó decidida hasta Francisca y, mirándola a los ojos, antes de que ella pudiera reaccionar, le dio un bofetón tan fuerte que sintió como si su mano se estrellara contra un témpano de hielo; porque eso era su hermana, un témpano, un cuerpo sin alma.

Francisca se llevó la mano a la cara. Antonia ya se había preparado para su reacción, sabía que la habría, pero contra todo pronóstico, su hermanita dio la vuelta y se encerró en su habitación dando un portazo que hizo que María corriera asustada a ver qué pasaba.

—Antonia, no puedes reaccionar así, hija, no puedes perder la paciencia y menos con tu hermana.

—Pero, abuela, es que ella...

—Ella nada, mi niña, las cosas no se pueden arreglar a golpes, yo no te he criado así. —Y cogiéndola de la mano la llevó hasta la habitación donde se había encerrado Francisca, diciendo—: Hija, creo que es hora de que arregléis vuestros problemas.

Francisca, que era muy hábil manipulando las situaciones, fue la primera en hablar:

—Abuela, es que Antonia me ha pegado —dijo, acercándose a la anciana.

—Mi niña, que te conozco y no creo que Antonia te haya pegado porque sí. ¿Me cuentas tú la verdad o la adivino yo?

María era una mujer muy sabia e intuía lo que en realidad les pasaba a sus nietas. Antonia no podía perdonarle a su hermana lo que estaba haciendo y Francisca en el fondo lo sabía y, para sentirse menos culpable, quería que ella inconscientemente hiciera lo mismo.

—¿Tú sabes lo que ha hecho Antonia con José Ignacio, abuela? —preguntó insidiosa.

—Por supuesto que lo sé, Francisca. Soy vieja, no tonta, y creo que tanto tú como ella sois lo bastante adultas para saber lo que hacéis y lo que queréis en la vida. Por lo menos, así os criamos Hugo y yo.

»Por eso creo que de una vez por todas debemos hablar sinceramente sobre esta situación —dijo, mirando seriamente a sus nietas—. Francisca, espero que sepas bien lo que haces. Entiendo que no quieres seguir viviendo esta vida sin lujos y cosas materiales, pero también tienes que saber que el

amor es más que eso, y que no se compra ni con todo el oro del mundo. Porque aunque tengas todo y más, en el momento de acostarte estarás sola contigo misma y después de amar a tu esposo en la cama, tendrás que mirarlo a los ojos y decirle cuánto lo quieres, para así poder seguir con tu bonita vida.

—¡Abuela! —exclamó Antonia.

—Abuela nada, hija, ésa es la verdad. Y tú, mi amor, estarás sacrificando tus sueños por un hombre que si vale la pena solamente tu corazón lo sabrá. Porque tú siempre has querido formar tu propia familia y darles a tus hijos lo que no tuviste y eso, hija mía, con Pepito, por muy bien que me caiga, no lo conseguirás. Por lo que he podido oír de la conversación de hace un rato entre Francisca y tú, ese hombre lo quiere todo menos hijos. ¿Estás dispuesta?

Qué sabia era María, con pocas palabras les había hecho ver a sus nietas la verdad de lo que estaban viviendo. Ella que no tenía más educación que la de la universidad de la vida, la que enseñaban los años, esa que era la más importante para el mundo real.

—Abuela, yo quiero tener más en la vida, pero también quiero a Carlos, de verdad —respondió Francisca, acongojada.

—Yo nunca me había sentido así con nadie. —Abrió también Antonia su corazón—. Después de Javier, creía que ya no volvería a sentir algo como lo que sentí con él, pero esto de ahora con José Ignacio, abuela, es muy intenso. Cuando lo veo, siento que me duele el estómago, no son mariposas ni nada de eso. Soy adulta, lo sé, pero también sé que ahora quiero estar con él y si para eso tengo que renunciar a mi sueño, pienso que aún hay tiempo, sólo tengo veintiocho años. Tal vez él no sea el hombre correcto, pero hoy por hoy es el hombre con quien quiero estar.

—Esto no es una novela de Corín Tellado, Antonia, por favor —dijo Francisca—. ¿Qué es eso del hombre correcto y de dolor de estómago? Yo nunca he sentido nada así, eso es de teleserie barata, de cuento, de libro, qué sé yo, ésta es la vida, ¡despierta! ¿O qué crees que ve él en ti? ¿Lo inteligente que eres? No, él ve tu cuerpo, el buen sexo quizá, pero nada más, algo que pasará dentro de, no sé, ¿quince años? ¿Crees que siempre vas a estar así como ahora? No, querida, vas a cambiar y él buscará algo que lo satisfaga, porque los hombres con dinero lo consiguen todo —concluyó como si fuera una experta en la materia.

—Por respeto a la abuela no te voy a contestar, Francisca, solamente te diré que siento mucho que pienses así. Ojalá no te arrepientas y aunque tú no

estés para mí, yo siempre voy a estar para ti.

—Menos mal que no ibas a contestar —respondió soberbia.

—¡Basta, se acabó! Quiero que las dos os vayáis de esta casa —intervino María con el corazón destrozado.

Sus nietas no eran capaces de perdonarse y ella sabía que no le quedaba mucho tiempo, era una mujer mayor y no duraría para siempre.

—¡Abuela! —exclamaron las dos al unísono, extrañadas.

—De abuela nada, ya me habéis oído. Éstas no son las niñas que yo crie, así que mañana después del desayuno os vais.

Y dicho esto, se levantó y se fue, dejando a las hermanas solas en la habitación. Se sentía el corazón hecho pedazos. Amaba a aquellas dos niñas, sus niñas, pero se estaba jugando su última carta y esperaba sinceramente que funcionara y ellas reaccionaran.

—¿Ves lo que has conseguido? —le espetó Francisca.

—¿Yo? Pero si eres tú la que ha empezado todo esto.

María estaba detrás de la puerta, escuchando cómo sus nietas discutían acaloradamente. Miró al cielo, cerró los ojos e imploró ayuda a su viejo. Caminó despacio hasta su habitación, porque sentía que la cabeza le iba a estallar, y se acostó.

Antonia y Francisca pasaron un largo rato diciéndose de todo, gritando, insultándose, casi sacándose los ojos, hasta que de pronto, Francisca dijo:

—Siempre he tenido envidia de ti. Tú eres la perfecta, la esforzada, yo siempre he querido ser como tú, pero no puedo. No siento como tú, no... no soy tú. —Acto seguido, se echó a llorar desconsoladamente.

Francisca no lloraba, no lo había hecho ni en el funeral de sus padres, y lo estaba haciendo ahora, desnudando su alma como nunca antes había hecho.

Antonia, al verla tan afectada, la abrazó y lloró junto con ella, pidiéndole perdón por todo lo que había hecho, por la bofetada y por juzgarla siempre con dureza. Se sentía culpable, sentía que esta vez ambas habían sido sinceras. Se fundieron en un abrazo y no fueron necesarias más palabras.

En la oscuridad de la noche y en aquella casa que las había acogido siempre, donde les había entregado todo el cariño, donde las había forjado la vida y les había dado la oportunidad de ser felices, se perdonaron de verdad, de corazón, y, como cerrando un pacto tácito, Antonia pasó los dedos por las lágrimas de Francisca y las besó, mientras su hermana hacía lo mismo con las lágrimas de ella.

Ambas se miraron a los ojos y conectaron. Luego, cogidas de la mano y sin decirse nada, se dirigieron al cuarto de su abuela, abrieron la puerta y, melosas, dijeron a la vez:

—¿Podemos dormir contigo, abuela?

En ese momento, el alma y el corazón de María volvieron a su cuerpo, les abrió la cama y las invitó a acostarse a su lado. Y, como cuando eran pequeñas, les dio un beso a cada una en la frente y las tres, cogidas de la mano, se durmieron profundamente, cada una pensando en sus propias cosas. Antonia en José Ignacio y en lo que no estaba segura de querer sacrificar; María le pedía al cielo que guiara el camino de sus niñas y que le diera tiempo, mucho tiempo, para estar con ellas; mientras, Francisca lloraba en silencio, porque sabía que todo lo que le había dicho su abuela era cierto. Ésa era su realidad.

El desayuno del día siguiente fue muy largo y realmente ameno. Sólo se oían risas y bromas, igual que hacía años. Estaban contentas.

Por la tarde, cada una trabajó en cosas distintas: María en la huerta, Francisca en la limpieza de la casa y Antonia terminó de pintar y arreglar las cosas de la nueva construcción.

Por la noche, después de la cena, María invitó a sus nietas a dar un paseo por el pueblo y aunque Francisca no se sentía feliz, aceptó ir con ellas.

Las vecinas miraban extrañadas, hacía mucho que no estaban todas reunidas y menos paseando por el pueblo. Antonia les pidió que fueran a visitar a Pepa, estaba preocupada por ella, y Francisca aceptó encantada. Conocía los poderes que tenía esa vieja y, fiel a sí misma, los quería aprovechar.

Pepa estaba contenta por su amiga y veía la felicidad en sus ojos; vio también de inmediato el interés de Francisca, por lo que hábilmente desvió cualquier tema relacionado con la adivinación. Tras una agradable charla, se despidieron y cuando Antonia se acercó a abrazarla la mujer le dijo:

—Sigue tu corazón, Antonia, ve a buscarlo, no te arrepentirás. No será la última Nochevieja que pasaréis juntas.

Y le guiñó un ojo, dejándola muy confusa con sus palabras.

Cuando llegaron, María se fue directa a la cama, estaba muy cansada. En cambio, las hermanas se quedaron en el patio, junto a *Cucha*, la gata.

—Antonia, ¿has llamado a José Ignacio? —preguntó Francisca.

Ella se quiso morir al oírla. Lo pensaba llamar, pero había estado tan ocupada que se le había olvidado y se le había pasado el día sin hacerlo. Corrió a buscar el teléfono, dispuesta a escuchar una regañina absolutamente justificada. Pero cuando vio la pantalla, se quedó de piedra.

¡Trece llamadas perdidas tuyas!

Tenía el teléfono en silencio, por eso no lo había oído.

Marcó y al tercer tono José Ignacio dijo:

—Debo deducir que te han raptado los marcianos y ahora te acaban de devolver, por eso no me has llamado, ¿verdad?

—No, no, perdón, lo que pasa es que ayer...

—Y hoy —la cortó él, antes de que pudiera seguir.

Al cabo de un minuto de absoluto silencio, Antonia cerró los ojos y reconoció:

—Se me ha olvidado.

—Perfecto. Cuando tú decidas que esto es tan importante para ti como lo es para mí, me avisas y veré si aún me interesa. —Y dicho esto, colgó, dejando a Antonia compungida.

Cuando volvió al patio, vio que su hermana estaba contenta y eso la alegró un poco, pero Francisca no tardó en darse cuenta de que algo andaba mal y se acercó para preguntarle:

—¿Se ha enfadado porque no lo has llamado?

—Sí. Dice que ahora tendré que buscarlo yo, pero no sé cómo, Fran, no quiero perderlo —dijo, mirando a su hermana con la desesperación en la cara—. ¿Qué harías tú?

—¿En serio quieres saberlo? Pero si te lo digo, prométeme que lo harás.

—Pero ¿cómo te voy a prometer algo que no sé qué es?

—Decídate, ¿quieres estar con él?

—Más que nada en el mundo.

—Está bien —contestó Francisca, suspirando—. Entonces, esto es lo que vas a hacer, y sin ningún pero, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —afirmó ella con decisión.



Durante veinte minutos, Francisca le explicó a su hermana el plan que se le había ocurrido para que se encontrara con José Ignacio y así comprobar si en realidad le importaba.

Antonia escuchaba atentamente cómo Fran, desde la nada, podía imaginar tantas cosas y elaborar un plan que en sí era bastante sencillo; lo complicado sería hablar con María y decirle que ese año no iba a quedarse con ella. Aunque ése era el menor de los problemas para Francisca, pues sabía que su abuela jamás se interpondría en la felicidad de Antonia y aquélla era su felicidad en ese momento.

Cuando terminaron de discutirlo todo, se fueron cada una a su habitación a dormir.

Antonia estaba inquieta y al mismo tiempo ansiosa, quería correr a los brazos de aquel hombre que tanto le gustaba, pero tenía que ser paciente, esperar hasta el día siguiente.

En cambio, Francisca estaba contenta. La idea que se le había ocurrido le parecía fantástica, y como ella no daba puntada sin hilo, también sabía que su Carlitos estaría en la misma fiesta que José Ignacio, y quién mejor que su propia hermana para tenerlo vigilado. Sobre todo ahora que ya estaba cerca la fecha de la boda, no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

Hizo un par de llamadas para asegurarse de que todo estuviera como ella pensaba y, con una radiante sonrisa, se durmió.

—¿No te dije que tenías que descansar? —gritó Francisca cuando vio entrar a Antonia en el comedor para desayunar—. ¡Mírate! Tienes unas ojeras gigantes. ¿No has dormido en toda la noche o qué?

—Bueno, casi —respondió su hermana.

—No tengo tanto tiempo para dejarte asombrosa y tú podrías haber pensado en eso un poquito, ¿no crees? —le siguió reprochando, bajo la atenta mirada de María, que por supuesto no entendía nada.

Ella veía a su nieta más bonita que un sol, igual que todos los días. Dejó que Antonia se sentara y entonces preguntó:

—¿A qué viene tanto alboroto?

—Abuela —contestó Francisca, facilitándole la explicación a su hermana—, lo que pasa es que esta noche estaremos sólo tú y yo celebrando la Nochevieja, porque Antonia va a ir con Pepito, que está muy triste porque lo tendrá que pasar solito. ¡Oh, me ha salido en verso! —rio, mientras su hermana la fulminaba con la mirada.

Aquella no era la manera. Antonia quería preguntar primero, pero como siempre, Francisca lo hacía a su modo.

—Abuela, ¿te complica mucho si no estoy esta noche contigo?

María, cogiéndole las manos, la miró dulcemente a los ojos y contestó:

—Mi niña, si es lo que tú quieres hacer, por mí está bien. Además, no será el último año que pasemos juntas. ¡No me voy a morir, por Dios! Pero en este caso, prepararemos un buen almuerzo para despedir el año, ¿os parece?

—¡No, abuela, no hay tiempo! —exclamó Francisca.

—Ah, no, sí que hay tiempo —intervino Antonia—, eso sí lo podemos hacer. Total, la cena es por la noche. Si a las cuatro me voy de aquí, estoy en la puerta de su piso a las ocho sin ningún problema.

—Abuela —dijo Fran, mirando a su hermana con cara de pocos amigos—, en ese caso, almorzamos a la una, una y media lo más tarde.

—¿¡Tan temprano!?! —preguntó Antonia.

—Por supuesto. Yo no hago milagros y, con tus ojeras, créeme que tendré que hacerlo. —Rio.

Después del desayuno, María se fue rauda a la cocina para empezar a preparar el almuerzo. Entretanto, Francisca cortó un pepino y le puso unas rodajas a su hermana para las ojeras. Por supuesto, Antonia porfió; no le gustaba estar sin hacer nada mientras su abuela trabajaba.

—¿Tienes algún pantalón negro? —le preguntó Fran—. Uno bonito, no uno que te pongas para ir a trabajar.

—A ver, define «bonito», porque seguro que lo que bonito es para ti no lo es para mí. Si con bonito quieres decir tipo fiesta, no tengo —respondió, frunciendo el cejo.

—No arrugues la frente, que cuando seas vieja serás una pasa —dijo su hermana, dándole unos golpecitos con los dedos para que dejara de hacerlo—. Ya me imaginaba que no tendrías ropa en condiciones, menos mal que yo sí tengo. Le diré a Clara que se la deje al conserje de tu edificio.

—¿Quién es Clara y cómo va a sacar la ropa de tu casa? —preguntó Antonia, intentando levantarse, y siendo obligada a sentarse de nuevo bruscamente.

—¡Quédate quieta, por Dios! Clara es una amiga. Anoche hablé con ella, pasará por mi piso y mi asistenta se la dará. No opines, que te conozco, y sí, la asistenta trabaja hoy hasta las seis y cuando salga irá a tu casa.

A la una y media exacta, la comida estaba servida. Brindaron por el año que venía, se despidieron del que estaba a punto de acabar y compartieron sus sueños y alegrías, mientras María las escuchaba y apoyaba sus deseos.

Al terminar el almuerzo, Francisca se puso manos a la obra y le pidió a su hermana que se duchase rápido, así ella podría empezar a prepararla.

Antonia así lo hizo, y luego se puso un pantalón gris y un chaleco con botones, a la espera de ponerse después el atuendo que la estaría esperando en su casa.

Comenzaron con el peinado, que consistía en un par de trenzas a los costados, recogidas en un moño suelto que dejaba el cuello al descubierto, para que pudiese ponerse unos bonitos aros.

El maquillaje era de película. Si algo sabía hacer bien Francisca era maquillar, tanto la cara como la vida misma, y le quedaba perfecto.

Resaltó los pómulos de su hermana, dándole un tono de elegancia y sencillez, le delineó los ojos con un lápiz negro para difuminarlo luego hacia las cejas, aplicando un toque de luz que hacía que se le viera una mirada cándida y brillante. Aunque quería pintarle los labios de rojo, Antonia no se lo permitió y utilizó un tono más natural, perfilándolos en un color un poco más oscuro para que se vieran más apetecibles.

Al terminar, se miró al espejo y tuvo la misma sensación que había tenido en el hotel: no se reconocía. Se sentía una mujer sexy y eso le encantaba. Hasta la abuela se quedó sorprendida por el cambio y le aconsejó humildemente que no tratara de ser otra. Pepito la debía querer por cómo era de verdad.

Pero sabía que aquélla era una ocasión especial, no podía ir con vaqueros y zapatillas, y al explicárselo a su abuela, ésta lo entendió, aunque, por supuesto, mientras Francisca argumentaba que una ayudita le venía bien a cualquiera.

Salió de la casa justo a la hora, nerviosa. Dejó a su hermana encargada de la tortuga y prometió volver pronto. Al partir en el coche y dar la vuelta para salir del pueblo, no pudo evitar pensar en Pepa, que estaría sola ese día tan especial. Decidió retroceder e invitarla a casa de su abuela, sabía que ésta no tendría ningún problema en recibirla, además, se conocían desde siempre. Cuando llamó y entró, la mujer se sorprendió gratamente con su visita.

—Antonia, estás preciosa, pero la ropa que llevas no queda muy bien con tu carita.

—Lo sé, señora Pepa, voy de vuelta a la ciudad, me vestiré allí. Sólo venía a decirle que usted podría ir a cenar esta noche a casa de mi abuela, con ella y mi hermana, así les hace compañía y calma los ánimos mientras yo no estoy.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Esta noche tengo que hacer algunas cositas que sólo se hacen este día, hija, pero haré lo posible. ¿Y tú vas a ver a alguien, que te has puesto tan guapa?

—Sí, voy a ver a un amigo muy especial, así que deséeme suerte para que todo salga como lo ha planeado mi hermana.

Pepa la miró pensativa y le dijo:

—¿Tú lo harías de la misma manera, Antonia?

—Sí, claro, sólo que me hubiera gustado avisarle, no que fuera una sorpresa. Me siento un poco extraña haciendo estas cosas, pero también pienso que es una buena manera de aclarar las cosas.

—Entonces te irá muy bien. ¿Me dejas darte algo para que te proteja esta noche?

—Pero ¿de qué? Por favor, si sólo voy a una cena...

—Hazme caso, hija, ¿me dejas?

—Bueno, aunque creo que es exagerado.

Pepa le ató alrededor de la muñeca una cinta de color rojo con una medallita. Antonia aceptó llevarla, aunque pensó que si su hermana la viese, se moriría, porque seguro que no pegaba con la ropa que le había dejado.

Se le había pasado la hora charlando con Pepa y se le había hecho un poco tarde. Confiaba en poder llegar a tiempo a casa de José Ignacio.

A las siete y cuarto, más que atrasada, llegó a su piso. En la ciudad había atascos por todos lados. Recogió una bolsa negra con percha que le guardaban en conserjería y subió. En casa, comprobó que el maquillaje y el peinado estuvieran bien, para así poder vestirse. Suplicó mentalmente que la ropa no fuera muy estilo Francisca, sino más bien del de ella. Se alegró al ver lo que era y rápidamente se vistió. Luego buscó unos pendientes para complementar su atuendo, cogió el teléfono y llamó un taxi.

Llevaba unos pantalones anchos negros, que llegaban hasta el suelo, dejando ver sólo la punta del zapato, también negro. La parte de arriba era una blusa asimétrica color marfil, ceñida al cuerpo, con una manga larga y el otro hombro al descubierto. Un bonito cinturón dorado bajo combinaba perfectamente con el pequeño bolso de pedrería que también le había dejado Francisca.

Salió de su edificio dejando boquiabierto al conserje y al joven que entraba en ese momento; eran vecinos desde hacía mucho, pero nunca se había fijado en ella. Antonia subió al taxi y le dio la dirección.

Cuando llegó, corría un poco de viento, lo que le sirvió para refrescarse un poco, pues estaba muy acalorada por todo lo que había tenido que correr. Aun así, llegaba con veinte minutos de retraso respecto a lo que tenía previsto.

Entró en el edificio y dijo amablemente:

—Buenas noches, vengo a ver a José Ignacio Zúñiga.

—Lo siento, señorita, pero se acaba de marchar. Si hubiera llegado cinco minutos antes, aún lo habría encontrado.

Antonia se quedó estupefacta. Tanto esfuerzo, tanto aplomo, ¿para qué? No le salían las palabras.

—¿Está bien, señorita? ¿Avisó usted al señor Zúñiga?

—No, no se preocupe, estoy bien. Y no, no le he avisado, quería sorprenderlo. —No sabía por qué le estaba contando todo eso, pero lo estaba haciendo.

—¿Quiere que le llame un taxi?

—No, gracias, caminaré. —Se dio la vuelta y lentamente se dirigió hacia la puerta.

—¡Señorita! Deme su nombre para poder decirle que ha venido.

Antonia no contestó y siguió caminando. Salió de su ensoñación en el mismo momento en que atravesó la puerta. Se notaba que algo había sucedido, porque la fila de coches era larguísima y el ruido de las bocinas estruendoso.

Antonia, al darse cuenta de lo que ocurría, se marchó en dirección contraria, pues supuso que allí no podría encontrar ningún taxi.

Siguió caminando mientras los coches avanzaban lentamente y se distrajo mirando el elegante edificio donde vivía José Ignacio. Recordó que ya había estado allí una vez. ¡Claro! Era el mismo señor Zúñiga al que le había llevado unos papeles del bufete. Por eso su madre y él estaban tan bien informados sobre ella.

Recordó que, en aquella ocasión, el conserje le había dicho algo de una novia, seguro que debía de ser Marcela. Maldijo su mala suerte y, al darse la vuelta, chocó con un ciclista que, por esquivar el atasco, se había subido a la acera. Menos mal que él se percató de que estaba distraída y alcanzó a frenar.

En ese atasco estaba metido José Ignacio, que había esperado hasta el último momento por si Antonia lo llamaba. Si ésta quería, él estaba dispuesto a volver al pueblo y esperar que dieran las doce junto a ella y su familia. Ahora, además de lo molesto que estaba porque no lo había llamado, se había quedado atrapado en el tráfico.

Pensó que su suerte no podía empeorar, hasta que vio cómo un ciclista se subía a la acera y casi chocaba con una mujer que estaba mirando al cielo. Cuando ella reparó en que tenía al ciclista encima, reaccionó levantando las manos para protegerse. En ese preciso instante, José Ignacio se dio cuenta de que aquella distraída era ni más ni menos que su Antonia.

Salió del coche y, sin importarle que los demás estuvieran empezando a avanzar, corrió hasta llegar a ella. Antonia seguía sin darse cuenta de nada, discutiendo acaloradamente con el ciclista por haberse subido a la acera. La gente de los alrededores se fue acercando, unos para mirar y otros por si necesitaba ayuda. La joven no escuchaba ni veía nada, solamente al ciclista, que, por su parte, se defendía culpándola a ella.

Todo el mundo se calló cuando oyeron una voz ronca que decía:

—Seguro que la señora ha tenido la culpa, nunca sabe por dónde camina.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? Da la cara como un hombre, ¿o te vas a quedar ahí escondido? Sé valiente y muéstrate —gritó Antonia.

Igual que en una escena de película, el hombre misterioso apareció entre la gente, detrás de Antonia.

—Has tenido tú la culpa —oyó ella y, con la rabia que ya tenía en el cuerpo, se dio la vuelta como un torbellino para responder y en ese momento

lo vio.

Con aquella barba incipiente y traje gris oscuro con chaleco, José Ignacio estaba para comérselo. No supo cómo reaccionar, hasta que sintió sus fuertes brazos que la rodeaban y la acercaban más a él. La besó con ternura, con adoración, olvidándose de la gente, del sitio donde estaban, del momento y la razón... pensaba sólo que ella estaba allí, que había ido por él, que sí, que le importaba tanto como ella a él.

José Ignacio comenzó el beso, pero Antonia tuvo que terminarlo. Se habían empezado a oír risas a su alrededor y pensó que eso a él le molestaría, por lo que le tocó la cara y lentamente lo separó de ella. Lo miró intensamente unos segundos y vio que sonreía divertido.

La gente se puso a aplaudir y lanzar vítores, y José Ignacio cogió a Antonia por la cintura para ponerse frente a ellos y decir:

—Gracias, pero se acabó la función.

—¿Y eso de que no somos adolescentes y que tenemos que controlarnos, no cuenta en esta ocasión?

Acercándose más a ella para que nadie pudiera oírlo, le contestó al oído:

—Cariño, contigo digo una cosa y hago otra.

Antonia sintió cómo le subía la adrenalina en ese instante, el corazón se le aceleró y comenzó a sentir lo que siempre sentía por él.

Los automovilistas tocaban el claxon para que José Ignacio apartase el coche y alguno que otro empezó a gritarle improperios. Para no seguir dando espectáculo, él cogió rápidamente a Antonia de la mano, fue con ella hasta allí y se sentó al volante.

—Tenía una reserva para cenar, pero viéndote así, prefiero que vayamos directamente a casa —murmuró, con una ardiente mirada.

—¡Ah, no! —contestó ella, divertida—. ¿Tú crees que me he vestido así para quitarme la ropa sin siquiera disfrutarla? Olvídalo, cariño, como dices tú, no somos adolescentes. —Y acercándose a su oreja, añadió, respirando en ella—: Yo también quiero quitarte la ropa y besarte por todas partes. Sobre todo, quiero volver a sentir tus manos en mí...

—Una palabra más y no respondo —amenazó él, poniéndose bien el pantalón, que le estaba apretando en la entrepierna.

—Quiero que sepas que sí me importas, y mucho —dijo Antonia, ahora en serio, mientras se ponía el cinturón.

—Ahora lo sé, cariño, es que a veces soy un poco imbécil.

José Ignacio tenía la reserva para las nueve en uno de los salones de un gran hotel de Santiago. El lugar estaba decorado representando un mundo mágico, con gente disfrazada en consonancia. En medio del vestíbulo había un enorme árbol de Navidad.

Entraron en el salón guiados por un hombre vestido de bufón. Al llegar a la mesa, se encontraron con amigos de José Ignacio y también con Carlos, el futuro cuñado de ella; estaba asimismo Tomás, acompañado por Marcela, cosa que a Antonia no le gustó.

José Ignacio la presentó como su pareja, dejándolos a todos atónitos. Él nunca presentaba a nadie como su pareja, sino sólo como una amiga o acompañante. La cara de Marcela lo decía todo.

Tomás, en cambio, fue muy agradable. Era un hombre moreno, más bien bajito, pero todo lo que le faltaba en altura lo compensaba con la simpatía que irradiaba. De inmediato, integró a Antonia en el grupo, haciéndola partícipe de todas las bromas.

Durante la cena, lo pasaron de maravilla. José Ignacio y Antonia hacían una excelente pareja, muy compenetrados entre sí, sin dejar de mirarse y, a cada ocasión que él tenía, la besaba.

A las doce menos un minuto, se apagaron las luces y todos empezaron la cuenta atrás. Antonia cogió la mano de José Ignacio, y se abrazaron y besaron emocionados, deseándose un feliz Año Nuevo.

Después de felicitarse, todos volvieron a la mesa y siguieron hablando, ahora más animados, por las varias copas de más que llevaban encima.

Parecía como si todos los presentes se conociesen y varias personas se acercaban a la mesa, saludaban y charlaban un rato. La música empezó a sonar y Antonia lo único que quería era bailar, pero no se lo quería pedir a José Ignacio, sabía que para él lo del beso en la calle ya había sido suficiente espectáculo, como para agregar ninguno más a aquella hermosa noche.

Comenzaron a hablar de los negocios que tenían en común, lo que aburrió profundamente a Antonia, dándole sueño. Se disculpó y se fue al aseo. Todos los hombres de su mesa se levantaron cuando ella lo hizo, provocándole una risita sonora.

Hasta en aquel sitio tan exclusivo había cola para entrar al baño y tuvo que esperar. De vuelta a la mesa, sintió que alguien la cogía del brazo y le daba un cariñoso abrazo. Era un antiguo cliente del bufete y, afectuosamente Antonia se lo devolvió.

Comenzaron a hablar. El hombre tendría unos cuarenta y cinco años, fornido, con un porte que llamaba la atención. La invitó a bailar, pero Antonia le dijo que no cortésmente, aunque ganas no le faltaban. No quería problemas, aunque ella no viera inconveniente, sabía que José Ignacio sí los vería.

Llegó hasta la mesa y, antes de que pudiese sentarse, Tomás le dijo:

—Antonia, ¿te gustaría bailar? —Y luego, mirando a su amigo, añadió—: José Ignacio, ¿te molesta?

—No me molesta, pero se lo iba a pedir yo, así que en otra ocasión será.

Dicho esto, le ofreció la mano y la sacó a la pista a bailar, dejándolos a todos de nuevo sorprendidos: no estaban acostumbrados a verle tales muestras de afecto y menos aún a verlo bailar.

Se conocían desde siempre, habían sido compañeros de colegio, y sabían que su amigo no demostraba nada en público, pero ahora algo estaba cambiando.

—¿En serio quieres bailar o es para que no lo haga con Tomás?

—No soy un ogro y sí, tengo ganas de bailar porque sé que a ti te encanta, ¿o me equivoco?

Se unieron al gentío de la pista y, aunque lo que estaban tocando en ese momento era música electrónica, no les importó, porque, de todos modos, ellos bailaban abrazados. José Ignacio bajó las manos por su cintura hasta llegar a su trasero, pero Antonia se las retiró rápidamente. Estaban en público y pensaba que se tenía que haber pasado un poco con las copas para estar haciendo aquello.

José Ignacio la miró con una sonrisa lasciva, sin ocultar las ganas que tenía de ella en ese momento, pero Antonia lo estaba frenando sutilmente.

—¡Estás, loco! —exclamó en voz alta, para que la oyera, pues la música estaba muy alta.

—¡Sí! Por ti. Y quiero que todos lo sepan. ¿Está mal?

—¿Estás borracho?

—No, si no he bebido casi nada. Pero es tarde, nos vamos ya. —Y, cogiéndola de la mano, la sacó de la pista de baile, se acercó hasta donde estaban sus amigos y se despidieron de ellos con la excusa de la hora que era.

Llegaron al aparcamiento, que estaba desierto, pues todo el mundo seguía en la fiesta. Subieron al coche y, antes de que ella pudiese ponerse el cinturón, José Ignacio la miró intensamente.

—Bésame —le pidió, respirando fuerte e inclinándose hacia ella para

abrazarla, mientras ella se enderezaba para responder a su beso.

En ese momento, él la tomó por el trasero y se la puso encima, aprisionándola suavemente contra el volante. Su boca invadió la de ella, que la aceptó gustosa. La adrenalina del momento se transformó en lujuria, el beso que había comenzado como un juego se estaba convirtiendo en algo más.

José Ignacio le acarició el rostro, bajando la mano por su cuello, mientras Antonia sentía cómo su vientre se contraía y ardía de deseo. Él siguió bajando hasta llegar a los senos de ella, que, en respuesta, comenzó a moverse, haciendo que soltara un gruñido animal al tiempo que disfrutaba de aquel vaivén que tanto le estaba gustando. Trató de hundir los dedos en su pelo, pero las horquillas se lo estaban impidiendo.

—¡Ay! —se quejó Antonia, alejándose un poco de sus labios.

—¿Qué? —susurró él, volviendo a acercarla a su boca.

—Me estás tirando del pelo.

—Deshazte el moño, quiero sentir tu pelo en mis manos.

Antonia lo hizo, quedándose sólo con las trencitas, y José Ignacio empezó a jugar de nuevo con su cabello, mientras la seguía besando apasionadamente.

—Por favor, para, estamos en el aparcamiento.

—¿Y? —preguntó él, riendo.

—¿Cómo que «Y»? Esto es un lugar público —replicó ella.

—Antonia, quiero estar contigo ahora, aquí. Tú te estás moviendo así, sobre mí, y no soy de piedra.

—Vámonos entonces —pidió.

José Ignacio empezó a besarla de nuevo, con más intensidad aún, le desabrochó el botón de los pantalones y le deslizó los dedos por encima de las bragas, le quitó la blusa y acarició sus pezones erguidos, apretándoselos cada vez que ella se movía sobre él.

—Daría cualquier cosa por llevar falda ahora —murmuró Antonia.

Con lo excitada que estaba, aquél era el mejor lugar; ninguno de los dos quería seguir esperando. Habían llevado el juego demasiado lejos, hasta un punto de no retorno.

—Ven, vamos atrás —propuso José Ignacio con la voz estrangulada.

—Noooo. ¡Estás loco!

—Silencio —le ordenó él, poniéndole los dedos sobre los labios y, con esas palabras, se bajaron del coche y se sentaron atrás.

José Ignacio la recostó en el asiento trasero y comenzó a besarla por

todas partes. Mientras la besaba, empezó a desabrocharse los pantalones y a quitarse la chaqueta, en tanto Antonia, instintivamente, se bajó los pantalones y se dejó sólo una pierna puesta. En los momentos en que no se estaban besando, se reían, era como si en vez de hacer el amor, estuvieran cometiendo una travesura. José Ignacio la cogió y la sentó sobre él.

—No te muevas, Antonia, espera —le dijo, acariciándole el clítoris con los dedos, mientras respiraba su cálido aliento.

Tenían la frente apoyada en la del otro, Antonia sujetándole la cabeza y él con una mano en la cadera de ella y la otra en su interior.

—Separa las piernas, cariño —le indicó, en tanto él juntaba las suyas—. Estás lista, me encanta cuando estás así —ronroneó.

Cogiéndola con ambas manos por las caderas, la levantó y luego la bajó lentamente sobre su miembro erecto, dejando que ella continuara moviéndose, ayudándola con sus fuertes brazos.

—Pon las manos sobre mis hombros, apóyate —musitó.

Antonia lo hizo. Era como una muñeca, ejecutando lo que su dueño le pedía. Cuanto más sentía, más deprisa se movía. De pronto, paró al ver pasar a una pareja y los dos se quedaron en completo silencio, como si alguien pudiera oírlos.

Cuando la pareja subió a su coche y se marchó, ellos volvieron a lo suyo.

—Vamos, preciosa, quiero escucharte, me excita —pidió un acalorado José Ignacio.

Antonia cerró los ojos, echando el cuello hacia atrás, haciendo que la visión que él tenía de ella lo excitara todavía más. Estaba viendo cómo su mujer estaba disfrutando plenamente y, de pronto, Antonia lo miró y comenzó a decirle las palabras que José Ignacio quería escuchar en ese momento.

—Me excitas, me seduces, me haces sentir una mujer, como una...

Rápidamente, él la cogió, levantándola para apartarla. Esas palabras lo habían llevado al clímax más rápido de lo que esperaba y eyaculó entre su blusa y su camisa. Luego la abrazó con fuerza, en tanto que su corazón se tranquilizaba un poco.

—Oh, Antonia, lo siento, es que con tus palabras...

—Chis —dijo ella, poniéndole un dedo sobre los labios, imitando el gesto de él de hacía un rato—. No importa, aún nos queda noche —añadió mimosa, al tiempo que lo volvía a abrazar.

—De eso no me cabe duda alguna, cariño. Eres maravillosa, me encantas.

—Gracias —susurró ella en su oído.

Y, levantándose de improviso, dijo:

—Otra vez sin preservativo. ¡Ya te dije que no estaba tomando pastillas!

—Ven acá, que yo aún me puedo controlar. Por lo menos salgo justo a tiempo, ¿no crees?

Y como dos niños, volvieron a reírse para luego empezar a vestirse. José Ignacio le dio su chaqueta para que se tapara, porque su blusa no había quedado en muy buenas condiciones. Se sentaron delante y, cogidos de la mano, se dirigieron felices hasta la casa de él a continuar su noche.

Aún le debía una a Antonia y no escatimaría en esfuerzos en pagársela.



Al entrar en el ascensor del edificio de José Ignacio, éste se cargó de energía. Se miraron a los ojos y se abalanzó sobre ella para besarla, pero Antonia, antes de que él comenzara a bajar la mano hacia su trasero, le susurró al oído:

—¡Eh!, que estamos en el ascensor, para.

—Ya lo sé, pero es que... eres tan dulce, cariño, y, además, ésta es mi forma de disculparme.

—¿Disculparte por qué? —le preguntó sorprendida.

—Por lo del coche, y por haberte hecho venir hasta aquí en este día que querías pasar con tu abuela.

—Eso te lo perdono, si me prometes que la próxima Nochevieja la pasamos con ella, y por lo del coche —dijo, acercándose a su oído y bajando la mano hasta sus duros glúteos—, te perdonaré más tarde.

En ese momento se abrió el ascensor y tuvieron que bajar y dejar su juego para más tarde.

El pasillo que llevaba al ático de José Ignacio estaba iluminado con una luz tenue. Al abrir la puerta, por supuesto con cerradura digital, Antonia se sorprendió.

El recibidor era completamente blanco, con suelo de mármol oscuro. A ambos lados había unas esculturas romanas que daban entrada a un espacioso salón, también con suelo de mármol, pero esta vez las paredes estaban pintadas en tonos grises, con muebles de cuero negro. A pesar de ser un espacio tan grande, y de los pocos muebles que tenía, se veía lujosamente decorado, como si fuera una galería de arte.

En la parte de delante había un ventanal que daba a una inmensa terraza con vistas a la cordillera, que parecía casi como si se pudiese tocar con las manos. De noche el espectáculo era maravilloso, con las luces de la ciudad reflejándose en el interior del salón.

—Esto parece un museo.

Entre risas, José Ignacio le contestó:

—¿Por lo viejo o por las esculturas?

—Ya me has entendido —respondió coqueta, poniéndose en jarras y dejando que la chaqueta que llevaba se abriera.

—Cariño, ¿qué tal si abres un poco más los brazos y me dejas ver algo más? —preguntó él, pasándose lentamente la lengua por el labio inferior. Y luego, acercándose peligrosamente a ella para hablarle al oído, dijo—: ¿Qué te parece si nos vamos a duchar?

Antonia subió lentamente las manos por debajo de su camisa, y asintió.

—¿Qué prefieres, una ducha rápida o jacuzzi?

—¿Jacuzzi?! —exclamó.

Sin dejar que respondiera, José Ignacio se dio la vuelta, dirigiéndose directamente al espacioso cuarto de baño para llenar el jacuzzi, en tanto ella lo seguía.

Antonia se quedó mirándose en el espejo, apoyada en el lavabo.

¿Cómo podía tener esa facha y seguir gustándole a José Ignacio?, pensó.

Tenía el pelo revuelto y el lápiz de ojos corrido, parecía un koala. Al pensar eso, recordó un pasaje de un libro que había leído y soltó una carcajada.

José Ignacio se acercó hasta ella, poniéndose detrás.

—¿De qué te ríes, cariño? —le susurró al oído, mientras la miraba a través del espejo.

—De nada —contestó todavía riendo—. Sólo de algo que leí.

—¿Era de risa?

—No, era triste, pero terminaba bien —respondió, ladeando el cuello para que él siguiera besándola.

José Ignacio empezó a quitarle su chaqueta mientras la besaba, dejándola solamente con el sujetador. Comenzó a acariciarla de cara al espejo, que reflejaba cómo sus caras lentamente iban transformándose, llenas de deseo. Cuando él pasó las manos por sus senos, Antonia suspiró y empujó hacia atrás para sentirlo.

—Levanta los brazos y sujétate de mi cuello —ordenó suavemente.

Ella lo hizo, quedando estirada y con la piel sensible. José Ignacio le desabrochó el pantalón y, con maestría, se lo sacó, repitiendo la operación con sus braguitas negras. Estaba totalmente desnuda, excepto por el sujetador, que aún llevaba puesto.

—Antonia, quiero que no dejes de mirarme a través del espejo, ¿de acuerdo? —susurró.

—Es que...

—Sólo estamos tú y yo, lo que pase estará bien. Es nuestro sexo, no tengas pudor ni miedo. Eres preciosa, me gusta cómo eres, ¿entendido?

—Me da vergüenza... nunca me he mirado —confesó nerviosa.

—Cariño, ésta es una de las muchas cosas que quiero hacer. ¿Tú quieres cumplir mis fantasías?

Era una pregunta capciosa. Con lo excitada que estaba, con las ganas que tenía de estar con él, de que la hiciera suya, no podría dar otra respuesta que no fuera un sonoro:

—Sí. Sí quiero.

—Yo después, cumpliré las tuyas.

—Yo no...

Pero no la dejó terminar, la besó apasionadamente, haciéndola vibrar de emoción, comenzó a bajar las manos hasta su vientre y lentamente le volvió la cara para que se pudiera observar. José Ignacio vio cómo cerraba los ojos hasta convertirlos en una pequeña rendija.

—Me encanta cuando pones los ojos así. Pareces chinita, mi chinita —murmuró.

Al cabo de un rato y de muchas caricias, bajó los dedos hasta donde ella tanto deseaba y los hundió lentamente, haciendo que se arqueara.

En ese momento, Antonia cerró los ojos del todo para sentir más su placer y porque, además de estar colorada de lujuria, también lo estaba de vergüenza, que aún no la abandonaba completamente.

Él, en respuesta a su desobediencia, le mordió despacio la oreja, al tiempo que retiraba los dedos.

—¡No, por favor! —pidió ella con un susurro.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad? —le recordó José Ignacio, sin soltarle el lóbulo.

Antonia volvió a mirarse al espejo, ya no le importaba la vergüenza, sólo quería sentir. Si ésa era la forma, no se resistiría.

Él, con la única mano que le quedaba libre, tuvo que hacer malabares para quitarse los pantalones y bajarse los bóxers. Cuando estuvo listo, le pidió que le soltara el cuello y apoyara las manos en el lavabo, sin dejar de mirarse.

En tanto ella obedecía, José Ignacio rasgó el sobre del preservativo con los dientes, y se lo puso.

—No te sueltes cariño y...

—No dejes de mirar —terminó la frase Antonia, con una dulce y lasciva sonrisa.

José Ignacio se inclinó sobre su espalda y, echándole suavemente la cabeza hacia atrás para que se pudiese ver perfectamente, con la voz llena de emoción, dijo:

—Así, cariño, muy bien. Separa las piernas.

Agarrándola de las caderas, se colocó entre sus piernas sin dejar de mirarla, mientras con los dedos le empezaba a tirar de los pezones suavemente, escuchando sus gemidos de placer. Se inclinó aún más, pasándole su incipiente barba por la columna vertebral, haciendo que el cuerpo de ella reaccionara con unos leves temblores de placer.

Estaba lista, deseando que José Ignacio la penetrara. Sentía cómo su cuerpo se lo exigía, pero él, a propósito, la estaba haciendo esperar. Le recorría la espalda con la barba, mientras sus manos trazaban un placentero camino hasta su húmeda y excitada hendidura.

—Estás lista, cariño —le dijo en voz baja, cargada de fascinación.

En ese instante, Antonia se agarró más fuerte. Sabía que por fin su tortura acabaría. Pero al contrario de lo que pensaba, José Ignacio le comenzó a masajear el clítoris, haciendo que se concentrara en aquella maravillosa sensación, mientras él se aferraba con fuerza a sus caderas penetrándola de golpe, haciendo que se fuera hacia delante.

—Sujétate —le recordó entre dientes, sin dejar de mirarla y acomodándola nuevamente donde estaba.

Antonia se afirmó más fuerte, los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza que estaba haciendo. Jadeaba y le temblaban las piernas. No sabía cuánto tiempo podría resistir de puntillas, porque así era como estaba más cómoda.

José Ignacio se movía adelante y atrás con la respiración entrecortada, experimentando un millar de sensaciones, hasta que notó lo tensa que estaba Antonia.

—Vamos, cariño, disfruta, esto es para ti —la regañó cariñosamente—. Vamos, cierra los ojos.

En el momento en que lo hizo, dejó fluir todas las emociones que su

cuerpo estaba conteniendo y, sin importarle nada ni nadie, pudo gritar y dejar ir con total libertad todo el torbellino de sensaciones, liberando su cuerpo en ese mismo instante.

José Ignacio, al verla disfrutar de esa manera, al escucharla, también pudo recorrer el mismo camino, alcanzando por fin juntos el placer, perdiendo el control ambos.

Él la abrazó por la espalda sin salir de ella y fue soltando los dedos lentamente, para al fin abandonar su cuerpo con cuidado. La levantó y la sentó con delicadeza sobre el lavabo, de cara a él, y besó con suavidad aquellos dulces labios que tanto le gustaban.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, cogiéndole la cara con ambas manos.

—Ha sido... maravilloso —respondió ella emocionada, con los ojos brillantes.

—Ven, vamos al jacuzzi —dijo, llevándola hacia la bañera, que estaba a punto de desbordarse.

Aunque había espacio de sobra para los dos, José Ignacio entró primero y sentó a Antonia delante de él, haciendo que se apoyara en su cuerpo y abrazándola inmediatamente cuando se hubo acomodado.

—¿Está bien la temperatura del agua?

Ella echó la cabeza hacia atrás, la apoyó en el hombro de él y contestó:

—Contigo siempre me quemo, así que ¿qué más da?

Ambos rieron y volvieron a besarse. Durante un rato estuvieron callados, acariciándose el uno al otro en un silencio que no les molestaba en absoluto. Lo único que se oía era la respiración de sus cuerpos y el suspiro de sus almas.

José Ignacio no dejaba de besarle el pelo deleitado con su olor.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —habló Antonia, separándose un poco para mirarlo a la cara.

—Todo lo que quieras —contestó él tomando aire.

Por alguna extraña razón, sabía lo que preguntaría, y estaba dispuesto a responder.

—¿Quién es Marcela en tu vida? ¿Y por qué no te ha molestado que estuviera en la fiesta con Tomás?

—Nadie importante. Nos utilizamos mutuamente, eso es todo —aclaró suspirando.

—¿Os utilizáis? ¡Qué mal suena!

—Cariño —dijo con una sonrisa que no le iluminaba el rostro, más bien se lo oscurecía—, no todas las mujeres son como tú.

—No lo entiendo —aseguró, negando con la cabeza.

—Como tú, buenas por dentro y por fuera, como el yogur —explicó en tono de broma, para quitar hierro al asunto.

Había visto en sus ojos el horror que le había producido su respuesta.

Antonia le salpicó agua, molesta, haciendo que José Ignacio se acercara rápidamente, desbordando el agua de la bañera y le cogiera los brazos para acercarla más.

—Eso quiere decir que ni yo le intereso a ella ni ella me interesa a mí, ¿entiendes?

—Sí, entiendo, pero lo encuentro espantoso. Creo que algo así simplemente no se hace, eso es todo —expuso incómoda—. Y si ahora está con Tomás, ¿también es porque se utilizan? —Puso énfasis en la última palabra.

—¿Estás celosa?

—No, no es eso, pero tampoco quiero ir por la vida confraternizando con las mujeres con las que te has acostado, que me imagino que te faltarán dedos de las manos para contarlas —le soltó molesta, cosa que alegró a José Ignacio.

—Y de los pies también, cariño —replicó divertido, bromeando.

Pero Antonia no lo entendió así y salió rápidamente, dejando al hombre en el agua, que no podía parar de reír.

—No sé dónde le ves la gracia. Eres un idiota, ¿lo sabías?

Él, levantándose también, dejando todo su cuerpo descubierto, escaneado por la atenta mirada de Antonia, respondió, acercándose a ella, que trataba en vano de zafarse de sus manos:

—Estamos en paz, cariño. Esto es por lo del otro día en la cocina, era una broma.

—No me gusta tu broma —reconoció con un puchero.

—Está bien, no lo haré nunca más. Quiero que sepas que un caballero no tiene memoria y que para mí sólo existes tú y nadie más que tú.

Eso terminó de derretirla y la hizo olvidar cualquier duda que quisiera aclarar. Se secaron y se fueron al dormitorio, que, al igual que la sala, era enorme y muy bonito, con una decoración minimalista y masculina, todo en los

mismos tonos. No había nada que no fuera de diseño, no habría habido lugar para ello. Allí todo estaba perfectamente estudiado, nada fuera de lugar.

—Veo que te gustan las esculturas, tienes muchas.

—Sí, pero sólo están de paso. Al cabo de un tiempo, me las llevo y las pongo donde deben estar.

—¿Y eso sería...?

—¿Sabes por qué el gerente del restaurante el otro día no me dijo nada y se disculpó?

—¿Dónde me ves el turbante? —respondió ella, mientras se daba la vuelta para quedar de cara a él y trazar círculos sobre su pecho. Él le dio una cariñosa palmada en el trasero—. ¡Ay!

—No provoques, que después te quejas. Bueno, como no eres adivina, te contaré que mi familia tiene restaurantes por toda la costa. ¿Has visto un logo que tiene forma de dado?

—Sí, están por todos lados, hasta hay supermercados con ese logo.

—Exacto, pues todo eso es de mi familia, en realidad de mi madre y mío, mi abuelo me lo legó en vida y a eso me dedico, soy director de las empresas de la familia. ¿Qué creías que era?

—Traficante —soltó coqueta, llevándose esta vez las manos a su trasero para que José Ignacio no la alcanzara.

Pero él, hábil como era, se dio cuenta y le dio la vuelta hasta quedar sobre ella, y empezó a hacerle cosquillas por todo el cuerpo, haciéndola patalear y chillar.

—Para, por favor, no puedo más.

Así estuvieron un rato, jugando y besándose, hasta que por la ventana aparecieron los primeros rayos de sol.

—Tengo que dormir, si no, mañana no me levanta nadie —señaló Antonia mirando a José Ignacio, que estaba mirando hacia el horizonte.

—No seas aburrida. Ven —dijo, sacándola de la cama y echándole una manta encima. Luego fue con ella a la terraza, donde se sentaron en un cómodo sofá para ver amanecer. Cuando el sueño pudo con ellos, tapados hasta el cuello y abrazados, se durmieron profundamente.

Cuando el sol le dio en la cara, José Ignacio se despertó. Cogió a Antonia en brazos para llevarla a la habitación. Ella estaba tan cansada que no se dio cuenta. La dejó con cuidado sobre la cama y se la quedó mirando. Sintió cómo

su corazón se aceleraba y supo que, realmente, era la primera vez en treinta y ocho años que estaba sintiendo algo tan fuerte por una mujer.

Se sintió feliz, Antonia lo había aceptado tal como era. Sabía que a ella no le importaba el dinero y tampoco adquirir una posición social en la vida. Sólo estaba con él, con sus virtudes y defectos.

Se acercó a su oído y, en un acto reflejo, le susurró:

—Te quiero, Antonia.

En su letargo, ella lo abrazó y se acurrucó más contra él, haciéndolo sentir un hombre tremendamente feliz.

Podrían haberse quedado durmiendo mucho más, pero el hambre los despertó. José Ignacio fue el primero en abrir los ojos y se sorprendió al ver lo tarde que era. Ya pasaban de las cuatro y parecía como si se acabaran de acostar.

—Cariño, despierta —susurró, al tiempo que le acariciaba la espalda—, es tarde.

—Mmm, déjame dormir un poquito más —pidió ella, dándose la vuelta.

José Ignacio fue al cuarto de baño, se duchó, se vistió y pidió que le trajeran el almuerzo. Una de las ventajas de tener un piso en un hotel era que le podían traer la comida de cualquiera de los restaurantes del lugar. Cuando se la subieron, se acercó a Antonia, que seguía durmiendo plácidamente, y como no tenía ninguna rosa, con una servilleta de papel confeccionó una y se la llevó junto con un rico vaso de zumo de naranja recién exprimido, besándola para que se despertara.

—¿Qué hora es? —preguntó ella, perezosa.

—Las cinco, cariño. Ven, vamos a almorzar.

—¡Las cinco! —exclamó sobresaltándose—. ¡Qué tarde! ¿Cómo me has dejado dormir tanto? ¡Tú ya estás vestido!

—Calma —le dijo él, divertido—, ¿a qué vienen tantas preguntas? Ven, no pasa nada.

Cuando iba a salir por la puerta, oyó que Antonia decía:

—No puedo salir así, no tengo nada que ponerme.

—Mmm, eso no es malo, pero como sé que así no vendrás, toma, ponte esto —dijo, alcanzándole una camiseta y unos shorts suyos que, por supuesto, le quedaban enormes.

—Qué injusto, tú tan tú y yo tan...

—Tan tú —terminó la frase José Ignacio.

Se sentaron a comer en la bonita terraza y charlaron alegremente.

—¿Sabes?, yo ya había venido aquí, una vez te traje unos papeles. —Y llevándose las manos a la boca, añadió—: Tú eres sobrino de... de mi jefe... ¡Nooo!

—Relájate, tranquila. Primero, no soy su sobrino y sí, tú me trajiste unos papeles. Yo no me di cuenta de que eras tú, sólo vi que se te habían caído al suelo.

—¡Qué caballero! Gracias por ayudarme —contestó riendo.

—Lo siento, y pasando a otro tema más agradable, ¿qué fantasía quieres que te convierta en realidad?

Antonia casi se atragantó con la pregunta y, abriendo los ojos como platos, contestó:

—¡Estamos almorzando, por Dios! Yo qué sé, no tengo ninguna.

—¿Cómo? Eso es imposible. Vamos, dime alguna. No sé, ¿jugar a médicos?

—¡Estás loco! Ni lo había pensado. Cuando se me ocurra una, te la digo, ¿vale? Pero ahora cambiemos de tema, que estoy comiendo.

—Está bien, pero quiero que sepas que yo tengo varias.

—¿Sí, cuáles? —preguntó curiosa.

—Pero ¿cómo? ¿No estábamos comiendo?

Cuando estaban bien y relajados, se mostraban sinceros y espontáneos, y eso hacía que la relación fuera muy fácil de llevar.

Por la noche, como todo un caballero, José Ignacio la llevó hasta su piso porque al día siguiente era laborable, al menos para Antonia. Después de un largo rato besándose y acariciándose, él se marchó. No tenía ninguna intención de hacerlo, pero ella le explicó que tenía que descansar y, a regañadientes, lo entendió. Al menos no discutieron.

Quedaron en verse al día siguiente por la noche, así que, un poco molesto, pero a la vez feliz, José Ignacio se marchó.

Antonia estaba agotada. Nunca había tenido tanto sexo en toda su vida y se estaba volviendo adicta a él. Quería tener a José Ignacio siempre cerca. Arregló sus cosas para el día siguiente y, antes de que se le olvidara, cogió el móvil y le mandó un mensaje.

Ya te echo de menos, sueña conmigo.
Yo lo haré contigo.
Bs

A lo que José Ignacio respondió llamándola.

—¿Sí? —contestó Antonia rápidamente, antes siquiera de que el primer timbrazo dejara de sonar.

—¿Acaso quieres que vuelva ahí, con el mensaje que me acabas de escribir? Porque si es así, dímelo y cumpliré tu deseo.

—No. Mañana nos vemos. Buenas noches.

La conversación terminó al cabo de más de una hora; no les faltaba tema para hablar. Fue Antonia la que se despidió primero, dejando a José Ignacio con ganas de más.

Al día siguiente, cuando sonó el despertador, lo odió. Ni siquiera había llamado a su abuela. Se arregló rápidamente para ir al trabajo y cuando estuvo lista, de camino, llamó a María, con la que habló largo rato. Luego telefoneó también a su hermana, que le exigió detalles y le dijo que tenían que verse durante la semana, porque quería saberlo todo, absolutamente todo.

Llegó al bufete y, como siempre, la mañana se le pasó volando. Cuando se quiso dar cuenta, eran más de las tres y aún le quedaban muchas cosas por hacer. A las cuatro tenía reunión con un cliente para mostrarle el informe de su caso y ya iba atrasada.

Le pidió a Carmen que por favor no le pasara ninguna llamada, ya que casi todas las que había recibido eran para desearle feliz año y eso la estaba retrasando demasiado.

La reunión se alargó hasta pasadas las seis, era un caso complicado, se trataba de un cliente importante y tenía que quedar contento. Así fue, pero la dejó agotada de tanta explicación.

Fue a la cafetería y se compró un café para seguir trabajando y terminar un par de cosas que le faltaban para poder irse. Quería darse prisa, había quedado con José Ignacio y ni siquiera había tenido tiempo de llamarlo. Se regañó a sí misma e intentó terminar lo más rápido posible.

Estaba concentrada, colocando una pila de papeles en un estante alto, cuando se abrió la puerta de su despacho y, sin que Antonia se diera cuenta, entró un hombre vestido con un impecable traje de marca color oscuro con

unas tenues rayas, y se quedó observándola unos instantes.

La visión que ella le estaba proporcionando le parecía irreal. Estaba subida a la silla, con los brazos por encima de la cabeza, intentando guardar algo, lo que hacía que la falda tubo color grafito se le levantara justo hasta donde terminaba la pierna y comenzaba el glúteo.

Carraspeó.

—Un momento —pidió Antonia—, enseguida lo atiendo.

—¿¡Cómo se te puede ocurrir contestar así!? ¡Si ni siquiera sabes quién es! Además, mírate cómo estás, ¡se te ve todo, por Dios! ¡¿Cómo es posible?! —bufó furioso José Ignacio.

A él la visión lo había fascinado, pero no podía tolerar que otro hombre la pudiera ver así.

Al oír su voz, a Antonia se le contrajeron todos los músculos, pero no precisamente de placer. Sorprendida, dejó inmediatamente lo que estaba haciendo para darse la vuelta.

—José Ignacio, pero ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has entrado?

Sin contestarle, él cerró la puerta de golpe y se acercó a ella para cogerla por la cintura y bajarla rápidamente de la silla.

—¿Es que no tenéis escaleras?

—Hola, yo también te he echado de menos. Y estoy bien, muchas gracias —respondió Antonia irónicamente, acercándose a sus labios para besarlos. Pero estaba tan molesto que se echó hacia atrás encaminándose hacia la puerta.

—Vamos, apresúrate.

—¿Qué?

—Lo que has oído —replicó irritado.

Antonia ya estaba contando hasta diez, pero sintió que, aunque contara hasta mil, el enfado no se le pasaría y le espetó:

—Pero ¿quién te crees que eres para venir aquí y tratarme así? Yo no he hecho nada y tú has entrado sin llamar. ¿Acaso crees que eres el dueño del mundo y mío? Pues siento decirte que te has equivocado, ¡ésta es mi oficina y mi territorio! —decía, mientras se acercaba a él, empujándolo hacia la puerta para que saliera.

Sabía que estaba perdiendo el control, pero no permitiría que la tratara de esa manera, y menos si creía que no había cometido ningún error. Y, además, al contrario de lo que cualquiera habría esperado, no le estaba

gritando como una histérica, sólo le estaba hablando algo más fuerte de lo normal.

Mientras escuchaba la sarta de cosas que ella le decía, José Ignacio, en vez de enfadarse más, empezó a reírse, cosa que aún puso de peor humor a Antonia y, apartándole el brazo para que dejara de empujarlo, la atrajo bruscamente hacia él, sujetándole las dos manos con una sola suya, mientras con la otra le acercaba la cabeza y la besaba, haciéndola callar.

Cuando ella abrió la boca para seguir discutiendo, él aprovechó para introducir la lengua y saborear así un delicioso beso. Al cabo de unos segundos, cuando ya estuvo seguro de que Antonia no lo rechazaría, le soltó las manos y se las llevó hasta el cuello. Ella le estaba devolviendo el beso con la misma pasión con que él lo había comenzado.

Jadeando, los dos se separaron lentamente y dijeron a la vez:

—Perdón.

—Disculpa.

Lo que los hizo reír a carcajadas.

Se volvieron a besar, pero esta vez mucho más calmados, como si se estuvieran saludando.

—Hola, cariño, te he echado de menos —confesó José Ignacio.

—Yo también, pero es que hoy he tenido un día un poco complicado —explicó Antonia.

—¿Quieres que te ayude a poner lo que sea en el estante? ¿Por qué no has pedido ayuda? Te podrías haber caído.

—Es que no me gusta deberle nada a nadie y, además, yo puedo, son sólo papeles.

—Sí, pero de todas maneras, no me cuesta nada. —Dicho esto, subió los papeles a su sitio y, volviéndose para mirarla, le dijo—: ¿Lo ves? Y no me debes nada.

Ambos se echaron a reír y en ese momento entró Gabriel Montt.

—Buenas tardes, José Ignacio, Carmen me ha dicho que estabas aquí y justo venía a buscar a Antonia para presentártela. Fue ella quien te llevó los papeles y la que se entenderá contigo para los detalles del acuerdo.

Antonia sentía que las piernas no le respondían, no le permitían moverse. ¿Por qué tenía que encargarse ella? No estaba preparada para una cosa así. Además, no quería contar nada en el bufete y, mirando a José Ignacio con sus ojos de súplica, le pidió que guardara silencio.

—Gabriel, me parece estupendo que lleve el tema la señorita López, sobre todo ahora que...

—Que ya nos conocemos —agregó ella rápidamente, sin dejarlo terminar, lo que a él lo molestó sobremanera.

No estaba dispuesto a esperar, menos ahora, que tenía algo muy importante que decirle.

—Además, Gabriel —comenzó a decir, sin apartar los ojos de Antonia, que a esas alturas ya se imaginaba lo que vendría a continuación—, quiero que seas el primero en saber que creo que no pudiste tomar mejor decisión.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel, sin entender mucho las miradas de aquellas dos personas que él apreciaba tanto.

—Porque la señorita López y yo...

—Ya nos conocíamos —insistió Antonia, interrumpiéndolo de nuevo— y será un placer trabajar juntos. Eso, eso es, señor Montt.

—¿En serio, Antonia? ¿Desde cuándo os conocéis? ¡Qué sorpresa! —exclamó Gabriel.

—Desde hace poco —contestó José Ignacio—, pero presiento que me verás mucho por aquí. El acuerdo tiene que quedar impecable y me voy a ocupar personalmente de ello. Sé que para tu bufete este contrato es muy importante, igual que lo es para mí, y, como dice Antonia, será todo un placer trabajar juntos —concluyó circunspecto, mirándolos a ambos.

Gabriel asintió y luego le pidió amablemente a José Ignacio que lo acompañara a su oficina. Él se dispuso a seguirlo, pero al ir a salir por la puerta, se disculpó un momento con Gabriel y, entrando de nuevo en el despacho de Antonia, le dijo, fulminándola con la mirada:

—Tú me esperas aquí. Tenemos que hablar muy seriamente.

Ella asintió con la cabeza, desconcertada.

Cuando José Ignacio se marchó, soltó el aire que ni siquiera se había dado cuenta de que estuviera conteniendo, apoyó los codos en el escritorio y se sujetó la cabeza.

Ahora sí que le esperaba una buena. Y todo por querer esperar.

Eso era precisamente lo que tendría que hacer ahora, esperar a que José Ignacio volviera a buscarla.

«Esto será peor que la guerra del Golfo, caliente muy caliente», pensó.



Cuarenta y cinco minutos exactos, contados casi de uno en uno, estuvo Antonia caminando por su oficina, hasta que de pronto alguien llamó a la puerta y abrió. Era José Ignacio. Entró andando tan erguido que hasta parecía más alto de lo que realmente era. Tenía el semblante tenso y en sus ojos una mirada gélida que podría haber apagado cualquier fuego al instante.

Antonia sintió que se le helaba la sangre. En ninguna de sus discusiones lo había visto así. Irradiaba una calma ficticia y eso no era buena señal. En el fondo, sabía que había obrado mal, pero no esperaba una reacción como ésta. Ella tenía sus razones para querer ocultar su relación, al menos por el momento.

—Señorita López, ¿me puedo sentar?

—José Ignacio, por favor, no seas ridículo.

—Ridículo —repitió, levantando una ceja.

—¿Por qué estás tan molesto? Déjame explicarte mis razones, por lo menos.

—No, no me interesan. Y ya que vamos a trabajar juntos, mañana estaré aquí a las nueve y media de la mañana para que me des un informe de las desventajas que tiene la compañía que quiere comprar mi empresa.

—De las ventajas, querrás decir —replicó nerviosa.

—¿Me... está... contradiciendo... señorita... López? —preguntó entrecortadamente.

—Ya basta, se acabó. Dime lo que te molesta, no seas...

Antes de que pudiese acabar la frase, él la observó fijamente, traspasándola con la mirada, y, sin dejarla terminar, llevó a cabo un cambio de rumbo radical.

—Cariño, ya es tarde, ¿nos vamos? Tengo planes para esta noche.

Antonia no sabía si abrazarlo o echarlo de la oficina. No optó por ninguna de las dos cosas. Se puso en pie lentamente, cogió su chaqueta y se paró a su lado con toda la coquetería de que fue capaz. También ella podía jugar a ese juego, pero justo en ese momento, llamaron a la puerta.

—¡Pase! —ordenó.

—Disculpa, Antonia, éstos son los informes que ha solicitado José Ignacio, con ellos podrás hacer el informe. Te he marcado algunas cosas para que te sea más fácil. Este niño...

Él estaba sentado al otro lado de la puerta, por lo que Carmen no lo veía, pero como la batalla no era con ella, carraspeó para que la buena mujer supiera que no estaban solas.

—¡José Ignacio! No sabía que aún estabas aquí. Justo le traía los papeles a Antonia.

—No te preocupes, Carmen —le dijo con una de sus encantadoras sonrisas.

—Os dejo entonces, cualquier cosa que necesitéis, me avisáis.

—No será necesario, Carmen, ya me voy. Mañana tengo reunión y hoy una cena a la que no puedo faltar, aunque quisiera.

Antonia, de pie al lado de su escritorio, escuchaba la conversación como si no fuera con ella. La amabilidad que ahora demostraba José Ignacio y su capacidad de cambiar las cosas la tenían desconcertada.

—Bueno, me voy —concluyó Carmen, cerrando la puerta.

—¿Has venido en coche, Antonia?

—No, nunca lo cojo para venir al centro —respondió nerviosa.

—Me lo imaginaba. Supongo que podemos bajar juntos, ¿o tengo que hacer el paripé de bajar solo y esperarte abajo? —preguntó sarcástico.

—Claro que no, ¿cómo se te ocurre? Vamos.

Y salieron de la oficina como si él fuera un cliente más, aunque al llegar a la recepción, y despedirse de Carmen, ésta notó algo extraño en la situación. Veía a José Ignacio en un estado de suficiencia y a Antonia nerviosa, con las mejillas encendidas. Eso por no mencionar que la joven nunca se marchaba con ningún cliente.

Al llegar al ascensor, galantemente, él la dejó pasar primero. Había más gente, pero como ellos iban hasta el último sótano, se pusieron lo más atrás que les permitía el espacio, pegados al espejo trasero. Estaban en la planta 26, así que aún les quedaba un largo recorrido.

Al cerrarse las puertas, José Ignacio la cogió por la cintura y la acercó más a él, dejándola prácticamente pegada a su cuerpo. Antonia no hizo ningún esfuerzo por resistirse, sino que se dejó llevar; necesitaba aquel contacto. Un par de pisos más abajo, subió una madre con un niño pequeño, que aprovechó un descuido y apretó todos los botones del ascensor, lo que significaba que iba a parar en cada piso.

José Ignacio soltó un bufido de molestia, haciendo que todos lo miraran, pero a él no le importó. Al contrario, se acercó al pequeño y, con voz ronca, le dijo:

—¿Sabes que lo que acabas de hacer está mal?

El niño lo miró con una sonrisa pícaro y movió su cabecita afirmando.

—¿Y qué pasaría si por tu travesura nos quedáramos todos encerrados? —preguntó con una parsimonia que puso nerviosos a todos los presentes.

Pensaban lo mismo que él, pero nadie había dicho nada; era un edificio antiguo, de esos que sólo se encuentran en el casco antiguo de la ciudad.

El niño se acercó a su madre y ésta se volvió para increpar al hombre que le había llamado la atención a su pequeño. Pero antes de que pudiera decir nada, José Ignacio la fulminó con la mirada.

—Si usted hubiera estado atenta en vez de hablando por teléfono, nos habría hecho el trayecto mucho más agradable y ahora no tendríamos que parar en todos los pisos, ¿no cree? —terminó, con su típica sonrisa.

—Sí, sí, claro, perdone, es que... —La pobre mujer se deshacía en disculpas.

—No se preocupe, aquí todos sabemos que no volverá a ocurrir. —Dicho esto, José Ignacio se volvió a su sitio junto a Antonia, ante la cautelosa mirada de los que lo rodeaban.

Antonia no daba crédito a lo que había presenciado. Se trataba sólo de un niño inocente, travieso, pero nada más. Y en ese momento comprendió por qué José Ignacio no quería hijos: tenía cero empatía con esos dulces enanitos, como ella los llamaba, y eso le dolió.

—¿No crees que se te ha ido un poco la mano? —preguntó muy bajito, para que sólo él la oyera.

—¿Quieres que te dé la misma explicación que al niño? Estos ascensores no son nuevos y no quisiera quedarme más de una hora aquí encerrado, suspendido sobre la nada. ¿Tú sí?

A eso Antonia no tenía nada que contestarle y, en un acto reflejo

ocasionado por el temor, se acercó más a él, haciéndolo sonreír. Ella tenía miedo y él lo aprovecharía en su beneficio, pero sin maldad.

Aprovechó para ponerla delante de él, abrazarla por detrás y acercar los labios a su oído para susurrarle muy bajito, casi como si ella se lo estuviera imaginando:

—¿Sabes lo que me gustaría hacer aquí si estuviéramos solos y el ascensor se quedara parado en algún piso?

Hablaba muy bajito, mientras Antonia se tensaba y abría mucho los ojos. Con sólo oír aquella voz que le gustaba tanto en su oído, su cuerpo ya estaba empezando a sentir una serie de cosas. Era como si no le importara nada ni nadie más, sólo ellos. Negó con la cabeza lentamente, no quería que él se apartara.

—Me gustaría besarte —mientras José Ignacio le hablaba, comenzó a mover el pulgar por los sitios que le iba indicando con la voz— la frente, las mejillas, las orejas, los labios, el cuello —dijo, deteniéndose justo en su cuello y pasando su cálida lengua por él, haciendo que Antonia respondiera con un escalofrío—. También me gustaría poder besar tus senos y jugar con tus pezones, mientras mis manos recorren el dulce camino hasta tu...

En ese momento, al niño se le cayó un helado que estaba comiendo, y empezó a dar unos gritos que los sacó a ambos de su pequeña burbuja de lujuria, haciendo resoplar nuevamente a José Ignacio. Antonia, en cambio, lo agradeció, porque sentía que sus mejillas la estaban delatando al imaginar todo lo que él le estaba diciendo. Trató de moverse un poco, pero José Ignacio la apretó aún más fuerte contra él.

—Esto me confirma que tengo toda la razón —afirmó, refiriéndose al niño y reafirmando su posición.

Antonia contestó encogiéndose de hombros y por fin llegaron al vestíbulo del edificio, donde toda la gente se bajó rápidamente. Estaban ya cansados de tanto detenerse en cada piso, pero a ellos aún les quedaba llegar hasta el sótano.

Se miraron con complicidad al quedarse solos, pero Antonia comentó:

—Tenemos que hablar de lo que ha ocurrido en la oficina. No quiero que pienses algo equivocado, es sólo que me gustaría esperar, por si, no sé, por si esto no funciona.

—Cariño, no creo que éste sea el mejor sitio para hablar de ello. Somos adultos, y, por lo demás, ya me conoces, todo tiene consecuencias.

Al oír eso, Antonia automáticamente se imaginó un castigo de esos que tanto le gustaban y no pudo evitar sentir ganas de que sucediera. Eso, más las ardientes palabras que él le había dicho hacía unos minutos, estaban haciendo que la sangre fluyera por sus venas más rápido de lo normal.

Llegaron al precioso coche de José Ignacio y, como dos adolescentes, se miraron y recordaron su furtivo encuentro en el aparcamiento. Se echaron a reír, no les hacía falta decir nada, sabían perfectamente lo que estaban pensando.

Subieron al coche y salieron del parking en silencio, con la música clásica que sonaba en la radio que se oía en ese momento como único sonido. Antonia la encontró tan aburrida que simplemente la cambió. Le gustaba más la música latina y justo estaban tocando una que le encantaba y la empezó a tararear.

—¿Y esa canción? Es como del siglo pasado —comentó riendo José Ignacio al escucharla.

—No, estás equivocado —respondió Antonia seriamente, no se había dado cuenta de que él sólo le estaba tomando el pelo.

Él había intentado bromear porque, por lo poco que había oído de la canción, se había dado cuenta de que éstos eran los sentimientos que empezaba a sentir por ella. Pero Antonia aún no se había manifestado en absoluto al respecto.

Lo que José Ignacio no sabía era que Antonia también sentía lo mismo, pero no quería ser la primera en expresarlo, porque creía que hacía muy poco tiempo que se conocían, y además no quería que él se riera de ella.

—¿De quién es la canción, cariño?

—De Fernando Ubierno y me encanta.

—No tanto como tú a mí —repuso él con un sonoro suspiro, alargando la mano para coger la de ella.

Hasta que la canción terminó, Antonia siguió cantando y él escuchando la letra atentamente.

—¿Qué es eso que le has dicho a Carmen de una cena ineludible?

—Es cierto, ahí vamos, cariño.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —inquirió extrañada.

—A casa de mi madre —contestó en tono neutro.

—¿Qué?! Es una broma, dime que es una broma —comenzó a decir, nerviosa.

—No. Y relájate, no le veo el problema. Yo conozco a María y no fue nada fácil para mí ir hasta allí.

Tenía razón, pero aquello era completamente distinto. La estaba llevando con su madre, una mujer a la que Antonia había conocido y que no había sido muy amable con ella. No quería ir, pero tampoco quería volver a cometer un error con José Ignacio, sabía que en el bufete había herido sus sentimientos, pero aquello era demasiado.

—¿No crees que vamos muy rápido con esto de las presentaciones? —preguntó con cautela.

—Antonia, no somos niños y, además, este encuentro no tiene nada que ver con eso. Tengo una cena con ella y su marido, y tú eres mi pareja... mi mujer, ¿por qué no debería ir contigo? Yo jamás le he ocultado nada a nadie, no veo por qué tendría que hacerlo ahora.

—Bueno, mirándolo así, tienes razón.

—¿Cómo así? Cariño, no le des tantas vueltas a las cosas. Ésta es la vida que estamos viviendo, recuerda, nuestra historia, y lo que piense el resto da igual, sólo importa lo que pensemos tú y yo ahora. Pero sí tengo una duda.

—¿Cuál? —habló ella automáticamente, sin escuchar lo que en realidad le había dicho.

—¿Cómo vas a explicarlo en el bufete? Ahora es tu problema, porque tú solita te has complicado las cosas. Aunque mi madre no va por la vida cotilleando, esto se sabrá —explicó riendo.

De todo lo que él le había dicho, Antonia se había quedado con algo que le había encantado, que había ensanchado su corazón: que era su mujer. Eso la había hechizado. No eran pareja, ni novios, ni nada parecido, era más que eso, ella era su mujer.

—¿Por qué estás tan callada?

—Me ha gustado lo que has dicho —respondió casi en un susurro.

—¿Qué he dicho? —preguntó extrañado.

—Lo de que soy tu mujer —murmuró nerviosa, retorciéndose las manos.

Al escucharla, José Ignacio pensó que había llegado el momento de ser sincero. Antonia era una mujer más frágil de lo que parecía y por alguna extraña razón, necesitaba que le confirmaran las cosas. Era tan inocente a veces, tan noble, que resultaba difícil no sentir lo que sentía por ella. Avanzó un poco más y se acercó a la acera para poder parar el coche.

—Baja.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ven, vamos, baja, antes de que molestemos más a los otros.

Antonia abrió la puerta e hizo lo que le pedía. Cogiéndola de la mano, José Ignacio la puso frente a él.

—Escúchame y no me interrumpas, por favor.

—De acuerdo, pero para ser un hombre al que no le gusta dar espectáculos, déjame decirte que tu comportamiento dista mucho de ser discreto —comentó Antonia para aliviar la tensión y calmar su nerviosismo.

Al mirar sus ojos, José Ignacio vio en ellos el temor a lo desconocido que ella sentía y, para tranquilizarla, la besó suavemente, dando paso luego a otro beso más apasionado. Ambos lo necesitaban, era su código personal, el que les indicaba que todo estaba bien entre los dos.

Al cabo de unos segundos, él dijo:

—Antonia, sé que llevamos poco tiempo, que soy un hombre complicado y que no me conoces, aunque yo creo que me conoces más de lo que crees. Éste no es el momento ni el lugar, pero sé que lo necesitas y yo no deseo ocultarlo.

»Te quiero, deseo estar contigo el máximo tiempo que pueda. Me gustas así, dulce, tranquila, arrebatada, sexy, apasionada, comprensiva.

Eso sí que no se lo esperaba. Era la declaración de amor más bonita que había oído nunca. Sencilla y a la vez verdadera, de ellos. No importaba el tiempo ni el lugar, José Ignacio la quería y se lo estaba diciendo tal como ella necesitaba escucharlo, reafirmando sus propios sentimientos, que no le había manifestado antes por cobardía, para no quedar expuesta.

Sintió un nudo en la garganta y que se le nublaba la vista, los ojos se le empezaron a humedecer y dos lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras su corazón latía desbocado dentro de su pecho.

—José Ignacio, yo... también te quiero —comenzó a decir, mientras se sorbía las lágrimas—. Desde el primer día que apareciste en mi vida. Sé que es una locura, pero estás bajo mi piel desde hace mucho. Cuando te veo, se me encoge el estómago y siento que formas parte de mí.

»Me siento tu mujer, soy feliz y quiero que esto funcione más que nada en el mundo, pero creo que no debemos apresurarnos tanto. Yo no soy más de lo que tú has visto, mi mundo es distinto al tuyo, no vivo nada de lo que tú vives y no quiero que eso nos separe.

—Eh, cariño —murmuró él, pasando los pulgares por las lágrimas que

corrían por sus mejillas—, yo te quiero así, tal como eres. No quiero otra Antonia, te quiero a ti. Te mostraré todo lo que tú quieras, déjame ponerme a tus pies. El mundo es nuestro, Antonia, ésta es nuestra historia.

»Créeme, por favor, yo jamás había necesitado tanto nada como te necesito a ti. Sé que soy egoísta en algunas cosas, pero tú las has aceptado. ¿Por qué tenemos que esperar más? No hay nada que explicar, sólo tú y yo cariño —concluyó con voz temblorosa y cargada de emoción.

Y con esas dulces y comprometedoras palabras, la volvió a besar, pero esta vez sus almas ya estaban desnudas, no escondían nada. Antonia, poco a poco se fue entregando a él en aquel beso que era un comienzo desconocido para ellos, con el que José Ignacio se estaba entregando tal cual era, con sus pros y sus contras. Y Antonia lo estaba aceptando de todo corazón.

Deseaba ser feliz y, aunque sabía que para ella sería más difícil, pensaba que de alguna u otra manera lo lograría, era él y solamente él quien le importaba.

Al terminar su beso lleno de emociones, ambos se miraron y se dijeron lo mucho que se querían, absolutamente felices.

Volvieron a subir al coche, pero esta vez más contentos. José Ignacio estaba radiante. Por primera vez en su vida sabía lo que era el amor y la sensación lo abrumaba. Él nunca había tenido problemas serios, había batallado con la soledad cuando era pequeño, por no tener a su madre presente, pero esa ausencia la había suplido su abuelo.

Su madre, a la que verían ahora, era importante en su vida, pero con los años, José Ignacio había aprendido a no exigirle más de lo que ella podía dar, y eso era bastante poco, porque lo material no lo es todo en la vida.

Por su parte, Antonia, que perdió a sus padres cuando era muy pequeña, había suplido su pérdida con el afecto y el amor que sus abuelos le entregaron. Creció feliz, rodeada de cariño y de detalles. Había aprendido a disfrutar de las cosas sencillas de la vida y se conformaba con sus propios logros. Éstos la hacían sentirse orgullosa de sí misma y así se enfrentaba a la vida, con sus propias armas.

La casa de los padres de José Ignacio era impresionante, muy parecida a la de la madre de Carlos, el mismo estilo inglés, pero mucho más grande. El jardín estaba lleno de rosales que flanqueaban el camino hasta la entrada. La fuente que había frente a la misma era inmensa y dentro de ella nadaban peces de colores.

—Vamos, cariño —dijo José Ignacio, ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar del coche.

—Esto no es una casa, es una mansión. ¿Aquí sólo viven tus padres?

—Mi madre, su esposo y Martina.

—¿Quién es Martina?

—Mi hermana pequeña, no tan pequeña y no tan hermana.

—Ahora sí que no lo entiendo. Explícamelo antes de entrar, por favor.

—Es sólo mi media hermana, hija de mi madre y de su marido, y no tan pequeña, porque tiene treinta años. Se separó hace poco del imbécil de su marido y volvió a casa, eso es todo. Te caerá bien, aunque es un poco diferente a nosotros.

—¿Diferente en qué sentido?

—Ya lo verás. Que empiece el show —añadió, besándola en la frente y apretándole la mano para darle seguridad. Antonia estaba temblando, pero agradeció el gesto con una cándida sonrisa—. Es la primera vez que traigo a alguien que realmente me interese, así que prepárate para todas las preguntas que te van a hacer.

Al entrar en la casa, los recibió una afectuosa mujer, que le dio dos besos a José Ignacio y un cariñoso abrazo, y saludó a Antonia muy amablemente.

Ésta se extrañó al ver que él le devolvía el abrazo con igual intensidad y le daba un beso en la frente.

—Ella es Irene, ha estado en esta casa desde que nací. Creo que sabe más cosas de mí que mi propia madre —le explicó José Ignacio al ver la extrañeza en su mirada.

La madre de él iba impecablemente vestida, con un traje de dos piezas color azul cielo que hacía resaltar el de sus ojos; a su lado había un hombre alto, casi tanto como José Ignacio, moreno y con aspecto afable.

—Madre, Roberto, ella es Antonia —dijo José Ignacio presentándosela—. Cariño, ella es Elizabeth, mi madre, bueno creo que ya os habíais visto en casa de María Gracia.

Roberto, encantador, fue el primero en hablar y acercarse para darle la bienvenida.

—Querida, es un gusto conocerte. Yo no he tenido el placer de verte antes, soy el padre de este joven —concluyó, dándole un beso en la mejilla.

—Es un placer conocerlo, señor —contestó Antonia.

—No me llames señor, por favor, sólo Roberto, aquí todos me llaman así.

El placer es mío.

—Buenas noches, Antonia —la saludó Elizabeth en tono hosco, acercándose también—. A mí sí puedes llamarme señora.

—Buenas noches, señora.

—Ahora que ya están hechas las presentaciones, por favor, ¿podríamos cenar? Tenemos poco tiempo y cosas que hacer —espetó José Ignacio, sorprendiendo a Antonia con su tono de voz.

—Por supuesto —respondió su madre—, pero déjame preguntarle un par de cosas a Antonia mientras lo disponen todo en el comedor.

—Dígame, señora —accedió ella un poco nerviosa por cómo la estaba mirando la mujer.

—Me contó Mary Grace, perdón, María Gracia, que Francisca y tú os habíais criado con unos tíos españoles.

Antonia tragó saliva y suspiró. No podía desenmascarar a su hermana, pero ella no iba a negar sus raíces bajo ninguna circunstancia y, con toda la educación de que fue capaz, aclaró:

—No, señora, yo me crie en el campo, con mis abuelos, mi hermana con mis tíos.

—¡Mamá, no empieces con el interrogatorio, que no estamos aquí para eso! Y, por favor, vamos al comedor de una vez por todas —intervino José Ignacio, para sacar a Antonia de la incómoda situación en la que su madre la había metido.

—Sí, claro, vamos, solamente estaba preguntando, querido. No veo el motivo para que reacciones así.

Y luego los precedió por un pasillo hasta un fastuoso comedor estilo Luis XV, y antes de tomar asiento, se dirigió a Antonia nuevamente, mirándola con sus gélidos ojos azules.

—Antonia, querida, puedes sentarte junto a José Ignacio, claro, si a mi hijo no le molesta.

La reacción de él fue una dura mirada que habría hecho temblar a cualquiera, pero a su madre no parecía afectarle lo más mínimo.

La mesa estaba elegantemente dispuesta, cada comensal poseía varios cubiertos y tres copas, todo ello iluminado por una lámpara de araña.

Roberto ocupó la cabecera de la mesa, a su derecha se sentó Elizabeth y al otro extremo José Ignacio. Antonia se colocó a la izquierda de él, frente a su madre, y quedó sólo un asiento libre.

Cuando todos estuvieron sentados, Elizabeth tocó una campanilla, sorprendiendo a Antonia, que pensaba que estaban en el siglo veintiuno, no en la Edad Media, pero por supuesto, no dijo nada.

En el mismo instante en que sonó la campanilla, entró una sirvienta, vestida impecablemente con un uniforme azul y un delantal blanco y, tras ella, como un torbellino, una muchacha de pelo rubio muy largo, con pecas en la cara, que llevaba un vestido largo en tonos tierra claro y los brazos llenos de pulseras multicolor.

—Hola, ya que nadie se ha molestado en presentarme, lo haré yo: soy Brisa Marina, la hermana de José Ignacio, ¿y tú eres?

—Antonia —contestó ella cariñosamente.

—¡Anto, es un gusto conocerte! Espero que te sientas lo mejor posible en esta casa, aunque, como verás, eso no es muy fácil —comentó Martina, ganándose la mirada inquisidora de su madre y su hermano—. No me miréis así, que no estoy diciendo nada que no sea verdad. Sólo hay que veros las caras para darse cuenta. ¿Y tú, hermanito, no me vas a saludar?

—Claro que sí, Martina. ¿Cómo estás?

—¿Cuándo vais a entender que me llamo Brisa Marina?! —se quejó en un tono más elevado, para continuar luego más bajo—. Brisa para que os sea más fácil.

—Encantada de conocerte, Brisa —saludó Antonia, que no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Cómo era posible que aquella muchacha tan diferente pudiese pertenecer a aquella familia?

—Tienes un aura muy positiva, Anto, eres un ser de luz y fuego. Creo que mi hermano y tú os llevaréis bien, pero tendrás que batallar mucho para ser feliz.

«Ésta es la segunda vez que alguien me lo dice, ¡qué raro!», pensó ésta.

—Basta, por favor, ¿qué es esto, podemos cenar en paz? —saltó molesto José Ignacio—. Mamá, haz algo, ¿quieres? Esto no parece una cena.

—Hijo, por favor disfrutemos del momento, aprovechemos la visita de tu hermana y de Antonia, cenemos en paz —intervino un calmado Roberto.

Cuando trajeron la cena, a Brisa le sirvieron un plato diferente, solamente de ensalada. No porque estuviera a dieta, sino porque ella sólo comía alimentos de la tierra o que hubiera cazado por sí misma. Nada que viniera envasado, porque, según su creencia, antes de matar a un animal había que purificarlo y darle las gracias porque iba a ser su alimento.

La comida consistía en un pavo con manzanas verdes y puré de la misma fruta y olía la mar de bien. Cuando ya todos los platos estuvieron servidos, Martina dijo:

—Por favor, demos gracias a nuestra madre tierra por esta maravillosa comida.

—Gracias —dijo Antonia, y fue la única que habló.

Se sintió morir, pero para que no quedara en ridículo, José Ignacio los sorprendió a todos dando las gracias también.

—¡Vaya! ¡Qué benéfica estás siendo para mi hermanito! Anto, aunque lo veas así, un poco estirado, es bueno de verdad. Tiene algunas ideas un tanto erróneas, pero no te preocupes, que la vida se encargará de enseñarle.

—Por favor, Martina, cenemos —pidió José Ignacio en su tono arrogante de siempre.

—Martina, por favor —la regañó Elizabeth cariñosamente.

La cena fue bastante amena, al contrario de lo que cabía pensar. Charlaron de cosas sin importancia, Roberto era muy agradable y dirigía perfectamente la conversación para que no ocurriera ningún contratiempo. Al terminar, se dirigieron todos al salón para tomar café y seguir hablando.

José Ignacio y ella fueron los últimos en salir del comedor, cosa que él aprovechó para decirle:

—No ha sido tan terrible, ¿verdad? Disculpa a Martina, está un poco loca, pero ella es así.

—No me molesta y no me parece en absoluto que esté loca, sólo tiene distintas creencias. A Elizabeth creo que no le caigo muy bien, pero Roberto es encantador.

—No te preocupes, cariño, después de esta cena ya no los veremos hasta dentro seis meses.

—¿Por qué? ¿Hasta dentro de seis meses no os vais a ver?

—Así somos nosotros. Nos volveremos a reunir para mi cumpleaños. ¡Ah no!, lo siento, antes nos veremos en la boda de tu hermana. ¡Lástima!

—No digas eso —replicó ella, divertida por cómo se había expresado—. Yo me muero si no veo a mi abuela en seis meses. Incluso cuando pasan muchos días echo de menos a Francisca, eso sí que es raro, ¿no?

Ambos se echaron a reír, felices, y como tardaban tanto, Elizabeth fue a buscarlos, interrumpiendo su conversación.

Estaban en el enorme salón cuando la sirvienta llegó con las tazas y la

cafetera, y al ver que nadie la ayudaba, Antonia se ofreció a hacerlo, dejando al resto extrañados; nadie hacía ese tipo de cosas, al menos no la gente que ellos conocían.

Martina la ayudó también, entregando las tazas con el café, que, por supuesto, estaba maravilloso. El de José Ignacio se lo trajo Irene, aparte.

—Aquí está su café, mi niño, tal como le gusta —dijo la encantadora viejecita.

—Gracias, Irene.

—Anto, ¿quieres azúcar blanco o moreno? —preguntó Brisa.

—Nunca he probado el moreno, pero si crees que es mejor, no tengo problema.

—¡Bravo! Gracias, Anto, es azúcar igual, sólo que no está procesado. Antes de que te marches, te daré un trozo. En esta casa sólo nos lo echamos Irene y yo y he fabricado muchísimos panes de azúcar.

—¿Los fabricas tú?

—Sí, igual que muchas de las cosas que consumo. Ven, acompáñame.

José Ignacio estaba charlando con Roberto y su madre de negocios, era el único tema que les gustaba y a la vez los unía, así que no se enteraba de lo que pasaba en la otra esquina del salón.

Antonia se acercó para decirle que se iba un momento con su hermana. A él le gustó que hubieran congeniado, quería que se sintiera cómoda en aquella casa y nadie mejor que Martina para eso, que era todo lo contrario de él.

Martina, o Brisa, la llevó hasta la parte trasera del patio, donde tenía una bodega llena con sus cosas. En poco tiempo, le contó gran parte de su vida, de su forma de ser, y le dijo que se había separado, pero que estaba contenta, porque estaba conociendo a alguien a través de unos cuadernos que esa persona había escrito y se había dejado en una casa donde ella se estaba instalando.

Martina pintaba la casa y a cambio le daban alojamiento. Su vida se basaba en el trueque y la confianza, nada de dinero ni de cosas materiales.

No conocía al autor de los cuadernos en persona, pero se encontrarían pronto en una ceremonia donde ayunarían para dar las gracias a la madre tierra.

A Antonia le parecía tan interesante la historia que le estaba contando, que le habló de su abuela y de la huerta que tenía en el campo, donde cosechaban algunas verduras, y le dijo que cuando quisiera la llevaría a

conocerla.

Se les pasó el tiempo volando sin darse cuenta, y de repente, Antonia sintió los fuertes brazos de su amor que le rodeaban la cintura. La había ido a buscar, ya la echaba de menos.

—Si no vengo, te quedas aquí para siempre —le ronroneó al oído.

—No seas niño, estaba con tu hermana, que me estaba hablando de su vida.

—¿Y no te ha aburrido? Porque lo que es a mí...

—Eh, todavía estoy aquí —intervino Martina—, pero aprovecho para despedirme; voy a meditar. Mirad qué luna tenemos esta noche, aprovechad para amaros bajo su luz, eso os cargará de energía. —Y dicho esto, se despidió de los dos y se marchó, yéndose al centro del patio, donde se sentó en la postura de loto.

Ellos se miraron y José Ignacio musitó:

—Ya sabes, cariño, esta noche te haré el amor a la luz de la luna.

Antonia sintió que sus músculos se contraían y el corazón se le aceleraba. Le ansiaba tanto, que perdía la razón cuando escuchaba sus palabras cargadas de deseo.

—Esperaré impaciente —contestó, besándolo en los labios.



Tras unos minutos contemplando la hermosa luna, entraron en la casa y se despidieron de los padres de José Ignacio. Tenían cosas importantes que hacer fuera de allí.

Cuando subieron al coche, él la miró con complicidad y ella, sabiendo exactamente lo que estaba pensando, exclamó:

—¡Ni se te ocurra! Sé lo que estás pensando. Vámonos a mi piso, aquí olvídalos. Además ésta no es tu casa —lo reprendió coqueta.

—En sentido literal sí lo es, pero esta vez te obedeceré. Prefiero la mía.

—No, vamos a mi piso, que mañana trabajo y después no me voy a querer volver —pidió melosa.

—Muy fácil, te quedas. No le veo el problema, yo no me opongo —contestó con picardía.

Ésa fue la simpática discusión en la que se enfrascaron, y que finalmente ganó Antonia. Ella siempre era más clara para exponer sus puntos y esta vez tenía razones de sobra. Llegaron al edificio y, al entrar en él, el vigilante nocturno la llamó.

—Señorita López, un inquilino ha dejado esto para usted —explicó, entregándole una tarjeta de visita—. Ha dicho que para cualquier cosa no dude en llamarlo.

José Ignacio cogió rápidamente la tarjeta y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Desde cuándo eres la señorita López? —preguntó ella, divertida por su reacción; pero él no estaba para juegos. Se sentía molesto y no le contestó, sino que siguió directo hasta el ascensor.

Al entrar en el piso, preguntó:

—¿Cuándo vas a sacar estos adornos? Ya han pasado las fiestas.

—En febrero, me encanta ver el piso lleno de colores y luces, ¿a ti, no?

—¡En febrero! Qué espanto, Antonia, no seas niña.

—¡Eh!... si estás molesto yo no tengo la culpa. Ni siquiera sé lo que dice esa tarjeta, así que no me culpes por algo que no he hecho —respondió, fastidiada por la situación.

—¿Cómo no voy a estar molesto si lo primero que hago al entrar es ver que te entregan una tarjeta de otro hombre? Qué bonito, ¿no?

Antonia veía su irritación en sus ojos y, para quitarle importancia, se acercó coqueta y le pidió con todo el descaro del mundo que le hiciera el amor a la luz de la luna, como se lo había prometido.

Prácticamente se estremeció de vergüenza, pero no controlaba sus actos cuando se trataba de él.

José Ignacio comenzó a acercarse a ella con lentitud y con una mirada abrasadora que la hizo retroceder cada paso que él daba hacia delante, hasta que su espalda chocó contra la pared. Cuando la alcanzó, le sujetó ambas manos por encima de la cabeza, dejándola atrapada y absolutamente indefensa. Se inclinó y se dirigió a aquellos labios que tanto le gustaban.

—Si quieres hacer el amor, sólo tienes que pedirlo, pero sé que ahora me lo estás diciendo porque estoy molesto.

Antonia sintió que su sangre corría más deprisa por sus venas, que la quemaba por dentro, y también que sus senos se apretaban contra su blusa, de lo acelerada que tenía la respiración.

José Ignacio no pudo evitar las ganas de liberarlos de la jaula de encaje en que se encontraban, le soltó las manos y comenzó a aflojarse el nudo de la corbata. Tenía la respiración entrecortada, las aletas de su nariz dilatadas y la mirada oscurecida cuando dijo con voz cargada de lujuria:

—Pruébalo, Antonia.

—¿Qué quieres que pruebe? —preguntó con un hilo de voz, que apenas se oía.

José Ignacio estampó su boca rápidamente contra la de ella, sin darle tiempo para pensar o reaccionar, le introdujo la lengua y comenzó a devorarle los labios sin compasión alguna, haciéndola estremecer de deseo. Antonia se sujetó a su cuello con un gemido de placer y explotó con la misma pasión. Se puso de puntillas y apretó su pelvis contra la de él para poder sentirlo un poco más, ansiando aquel contacto.

Sin ningún esfuerzo, José Ignacio la cogió en brazos y la llevó a la habitación, depositándola suavemente sobre la cama, para luego comenzar a quitarse la ropa lentamente. Se desbrochó los botones de la camisa de uno en

uno, se abrió el cinturón y se bajó la cremallera del pantalón, todo bajo la atenta mirada de Antonia, que se regocijaba con el maravilloso espectáculo que le estaba proporcionando. Miraba complacida cada detalle de su cuerpo, aquellos brazos fuertes que la aprisionaban con tanta osadía, aquel torso fibroso que poseía y la abultada erección que tenía entre las piernas, luchando por salir de los bóxers blancos que llevaba.

José Ignacio se agachó y le pasó la nariz entre los senos, subiendo luego hasta llegar a su oreja y susurrar:

—Ahora tú, cariño.

Deslizó una mano hasta su trasero para bajarle la cremallera de la falda y desabrocharle la blusa, para pasar después la yema de los dedos por su estómago y acariciar los erguidos pezones, haciéndola estremecer.

—Quiero verte —terminó diciendo, mientras la levantaba para que se pusiera de pie.

—José Igna...

—No digas nada. Vamos, puedes hacerlo. Imagina que soy yo el que te desnuda. Cierra los ojos, Antonia. —Ella obedeció y siguió escuchando—. Bájate la falda lentamente, eso es, amor, saca un pie, ahora el otro, lento, cariño, son mis manos las que te están tocando. Eso es, vas muy bien, ahora pasa las manos por tus senos y deténlas ahí, así, preciosa, eso es lo que mis manos están sintiendo ahora. Sigue bajándolas hasta tus braguitas y haz lo mismo que yo haría, exacto, eso es. ¿Sientes cómo estás? ¿Estás lista?

Sin abrir los ojos, ella asintió con la cabeza.

—Bien, ahora empieza a subir. Te vas a quitar la blusa ahora, primero un hombro y luego el otro, ¿notas cómo se desliza por tu cuerpo?

Antonia afirmó de nuevo, estaba tan lista, tan dispuesta a todo, que sentía que estaba perdiendo la cordura. Su corazón latía libre, desbocado, le costaba respirar, estaba siendo receptiva con todos sus sentidos.

—Bien, cariño, ahora date la vuelta lentamente y desabróchate el sujetador.

En ese instante, él se levantó con rapidez de la cama y se acercó a ella, rodeándola con sus brazos y recorriendo su cuerpo, repitiendo el mismo trayecto que ella había trazado.

Poco a poco, Antonia se dio la vuelta y abrió los ojos, y vio lo que más quería en ese momento.

—Te quiero, José Ignacio.

—Yo también, preciosa, yo también.

Se dieron un ardiente beso, desatando toda la pasión que habían acumulado, desde el ascensor del bufete hasta su pequeño striptease.

Él miraba cada gesto de satisfacción de ella, y la contemplaba como si fuera suya, para cuidarla en cuerpo y alma. Él ordenaba y ella recibía complacida cada orden, como si fuera el dueño de su cuerpo. Ella se perdía en el abismo de sus ojos y era rescatada en cada placentera embestida de José Ignacio.

Gritó de emoción cuando llegó al clímax y él la abrazó con más fuerza y la besó, acompañándola en la culminación del placer que ambos habían desatado.

Al cabo de unos minutos, José Ignacio comenzó a retirarse, para colocarla sobre su pecho y así poder mirarla con dulzura.

—¿Estás bien, chinita?

—Más que bien, mi amor, gracias.

—Antonia, no me debes nada, no me des las gracias.

—José Ignacio, te debo muchas cosas, te debo todo lo que me haces sentir, te de...

—Chis, cariño, es mutuo. Yo siento lo mismo que tú, así que las gracias te las tendría que dar yo —contestó, besándola de nuevo y trazando círculos en su espalda, hasta que ella se quedó profundamente dormida sobre él, con un suspiro desde lo más íntimo de su ser.

No podía dejar de acariciarla y protegerla con sus brazos, hasta que, con cuidado, la dejó en su espacio de la cama y se levantó, despertándola.

—¿Adónde vas? ¿Qué pasa? —preguntó Antonia, viendo que José Ignacio se estaba vistiendo.

—Me voy, cariño, mañana tengo una reunión muy importante en tu bufete a las nueve y media y quiero mirar unas cosas primero —explicó con una sonrisa.

—Es broma, ¿verdad? —replicó desconcertada, apenas incorporándose en la cama, sus músculos no se lo permitían, le pesaban enormemente.

—No, no es broma, es trabajo. Es una reunión que no me perdería por nada en el mundo, además, estoy muy interesado en la mujer con quien la tendré —comentó, besándola en los labios y encaminándose hacia la puerta para marcharse.

Antonia estaba agotada, ni siquiera podía pensar. Miró el reloj: eran las

tres de la madrugada, quedaban poco más de seis horas para la reunión y ni siquiera había abierto la carpeta. Se quería morir, pero en asuntos de trabajo se sentía segura y muy capaz, de manera que se dio la vuelta y programó el despertador para las cinco de la mañana. Estudiaría el informe y haría su mejor presentación. Le demostraría a José Ignacio que no sólo él podía jugar sucio, sino que ella también sabía usar sus mismas armas.

A las cinco en punto sonó el despertador, haciéndola saltar de la cama. Aquel pitido le estaba taladrando la cabeza. Se levantó rápidamente, pero al poner un pie en suelo, sintió como si su cuerpo pesara toneladas. Estaba realmente cansada, su actividad con José Ignacio le estaba pasando factura, y con intereses.

Ella nunca había ido al gimnasio, así que su estado físico era el de una mujer normal, igual que su resistencia, cosa que para él era totalmente distinta: José Ignacio tenía un control y una resistencia increíbles.

Caminando despacio fue hacia la cocina, se preparó un café, se tomó un par de aspirinas y se fue directa a la ducha. Estuvo un buen rato disfrutando de la agradable sensación del agua caliente rozándole la piel y despertando sus sentidos. Terminó con un revitalizante chorro de agua fría, se puso la bata, se sentó en el comedor y comenzó a leer los documentos que le había entregado Carmen; gracias a las anotaciones que ella había hecho, le fue muy fácil enterarse y finalmente redactar el informe.

Esperó hasta una hora prudente y entonces llamó a un cliente que sabía que estaría levantado y le pidió su valoración financiera de la empresa que quería comprar la de José Ignacio. Trabajaba en la Bolsa y no tuvo ningún problema en redactar un breve escrito y mandárselo por mail. Aquél era el último documento que Antonia necesitaba para terminar de redactar su informe.

«Paso uno completo», pensó.

Ahora se dedicaría al segundo. Fue hasta el armario y sacó un bonito vestido rojo que hacía tiempo se compró para ir a trabajar, pero lo había dejado de usar porque había notado que la miraban más de lo que podía soportar. El vestido era corto y ceñido al cuerpo, con un escote cuadrado que resaltaba demasiado su busto, justo eso era lo que no le gustaba, pero esta vez lo aprovecharía en su beneficio.

Junto con el vestido, se puso también unas medias con ligas negras, que esperaba en algún momento poder enseñarle, para terminar calzándose unos zapatos de altísimo tacón de aguja, que le encantaban, pero que siempre terminaban por causarle un gran dolor de pies.

Se hizo un moño tirante que le despejaba la cara y resaltaba sus facciones y, por último, se maquilló lo mejor posible, perfilándose los labios un tono más oscuro que su piel y poniéndose luego una capa de brillo, haciendo que se vieran realmente tentadores, sobre todo para José Ignacio. Ella sabía que le gustaban mucho.

Una vez lista, bajó hasta el parking para ir a buscar su coche, porque si algo tenía claro era que no se iría vestida así en transporte público, su desfachatez no daba para tanto.

Llegó al bufete más temprano de lo habitual, tenía que acabar de imprimir unos documentos para entregarle una impecable carpeta a José Ignacio. Se fue directamente a la fotocopidora, lo hizo y, cuando terminó, le dijo a Carmen que por favor le avisara cuando llegara el señor Zúñiga. Que lo atendería en la sala de reuniones y que le diera cinco minutos antes de hacerlo pasar.

Carmen, que era muy lista, intuía que algo estaba tramando Antonia, sobre todo cuando la vio llegar tan arreglada, y estaba decidida a ayudarla sin que ella lo supiera, así que se dispuso a hacer todo lo que le había pedido.

A las nueve y media exactas llegó José Ignacio, como siempre con un traje oscuro, pero esta vez la camisa era del mismo tono; la única nota de color era la corbata.

Se lo veía ojeroso por el cansancio que llevaba arrastrando del día anterior. Cuando había llegado a su piso, pasadas las tres de la madrugada, no pudo conciliar el sueño. Necesitaba a su lado el cuerpo cálido de Antonia, a la que él mismo había dejado, pero después de ver tanta entrega a su encuentro sexual, tanta sumisión a sus palabras, no podía dejar de pensar en ella.

El informe le daba exactamente igual, tenía asesores para estudiar ese tema y, por otra parte, lo único que le faltaba era el informe financiero de la empresa en cuestión, que su gente estaba tardando demasiado en conseguir.

Por educación, esperó, tal como Carmen le había pedido, pero lo que en realidad quería hacer era entrar en el despacho de Antonia y besarla. Se sorprendió al ver que Carmen lo guiaba por otro pasillo, pasando delante de la

oficina de ella sin detenerse. Cuando llegaron a la puerta del final, le dijo que la señorita López lo estaba esperando y, alegrándose visiblemente, llamó a la puerta.

—Pase, adelante —se oyó decir desde dentro.

Al ver a Antonia vestida con aquel ajustado traje rojo, José Ignacio tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no correr a besarla. Sus miradas se cruzaron, no podían dejar de mirarse, y por un momento estalló una lujuriosa química entre ellos.

El silencio inundó la habitación y Antonia se removió incómoda, mientras él no hacía nada para disimular el escaneo a que estaba sometiendo su cuerpo, hasta que ella finalmente dijo parsimoniosa:

—Señor Zúñiga, pase, por favor, tome asiento.

José Ignacio fue directo a besarla, pero al verlo, ella rápidamente le tendió la mano.

—Antonia —bufó él—. No te pases.

—Señor Zúñiga, permítame recordarle que fue usted quien pidió esta reunión. Por favor, siéntese —añadió luego, mientras se sentaba y cruzaba las piernas, dejando ver sutilmente la parte superior de la media con su liga, a través del vidrio de la cubierta de la mesa.

Los ojos de José Ignacio fueron directamente hacia donde ella quería que fueran.

—Señor —continuó diciendo, bajo aquella mirada ardiente—, éstos son los informes que usted solicitó. Podrá encontrar aquí, debidamente señaladas, todas las desventajas —pronunció lentamente la última palabra— de la empresa que desea comprar la suya.

José Ignacio se removió en la silla; ella estaba haciendo su trabajo con toda profesionalidad, aunque él no podía concentrarse en nada de lo que le decía. Sólo verla con aquellas medias con ligas lo estaba desequilibrando, ya se la estaba imaginando vestida únicamente así.

—Señor, ¿me está escuchando?

—Sí, claro —contestó, aclarándose la voz—, pero me parece que todo lo que me está diciendo ya lo sabía. No es eso lo que necesito ahora —añadió con descaro.

—Con todo respeto, señor, creo que usted no está mirando donde debe; si no, se habría dado cuenta de lo que está buscando.

—¿Perdón? —dijo molesto—. Me estoy enterando de todo, señorita

López.

—Lo dudo, si fuera así y no me estuviera mirando las piernas, se daría cuenta de lo relevante del informe —aclaró ella, cogiendo la carpeta y pasando las hojas para que pudiese ver lo que le estaba indicando.

Al ver la hoja que le señalaba, estirándose sobre la mesa para señalarle lo que le decía, tuvo una visión maravillosa de sus senos presionados por aquel vestido rojo, y toda la sangre de su cuerpo recorrió un veloz camino hasta su entrepierna, poniéndolo incómodo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruñó.

—¿Yo? Nada, simplemente trabajando. Anda, mira el informe, no me mires a mí.

José Ignacio hizo lo que le pedía y se asombró al ver lo que había en la carpeta, era el informe financiero que tanto necesitaba.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Hago mi trabajo, señor, lástima que, por hacerlo, tenga que privar a mi pareja de mi compañía esta noche —respondió coqueta.

No quería seguir jugando, quería besarlo ya.

—¿Por qué lo vas a privar de tu compañía, cari...? Perdón, Antonia —preguntó, acomodándose nuevamente.

—Porque ya que ayer no dormí nada trabajando para usted, hoy lo único que quiero es llegar a mi casa, quitarme este ajustado vestido, quedarme sólo con las medias —hizo un gesto para mostrárselas— y dormir.

—Me equivoqué. ¿Estás contenta? —reconoció él, poniéndose de pie.

Caminó hasta ella y puso las dos manos en el respaldo de la silla, manteniéndola atrapada.

—¡Sí! —afirmó, levantándose despacio y aferrándose a su cuello para besarlo como tanto necesitaba hacer.

José Ignacio le devolvió el beso de inmediato, con toda la pasión que la ocasión merecía.

—Te eché mucho de menos anoche y te aseguro que este hombre hoy te meterá en tu cama, pero no precisamente para dormir.

—¡Para! Estamos en la oficina —contestó melosa—. Anda, dime, ¿qué te ha parecido el informe?

—Estupendo, pero creo que deberías trabajar para mí. Mis empleados aún no han conseguido el informe financiero. ¿Cómo lo has hecho?

—Bueno, ante todo, creo que tus empleados son hombres y, como ves, yo

soy una mujer y tengo un par de armas irresistibles, ¿no crees? —bromeó, levantando el pecho hacia él.

—No empieces, que después no te gusta cómo terminan las cosas, no tientes a la suerte.

—¡Era una broma! —Rio Antonia.

Estuvieron así durante cuarenta y cinco minutos, hasta que sonó el teléfono, avisando a Antonia de que tenía otra reunión, lo que molestó a José Ignacio.

Carmen, por su parte, la había demorado lo más posible. Sabía que algo ocurría entre ellos y no le importaba hacer de Cupido.

—¿Has traído algo para ponerte encima? Porque, créeme, así no vas a atender a nadie en esta oficina —sentenció José Ignacio, mirándola a los ojos.

—No hablas en serio, ¿verdad? ¿Qué quieres que haga? ¡Además, estoy vestida! ¡¿Qué te pasa, por Dios?!

Él no dijo nada, sólo se dio la vuelta y salió, dejándola sola.

Tras unos minutos esperando en vano que volviera, Antonia se fue a su despacho. A veces José Ignacio la exasperaba. Pasados unos minutos, al ver que el cliente no llegaba, llamó a Carmen y se enfadó mucho al oírla decir que el señor Zúñiga le había comunicado que estaba muy ocupada para tener más reuniones ese día, que tenía que terminar un informe para él muy importante, así que Gabriel había tenido que atender al cliente.

«Pero ¿quién se ha creído que soy?», pensó.

Justo en el momento en que iba a coger el teléfono para decirle unas cuantas cosas, éste sonó y vio que era su hermana. Mientras hablaban, la rabia se le fue pasando, y se alegró al saber que por la tarde pasaría por su casa para devolverle a *Matías*. Por fin su hogar estaría completo.

Después de un día bastante raro, en el que no recibió ni una sola visita, llegó la hora de irse. Bajó al aparcamiento a buscar su coche y vio dos hermosas rosas rojas de tallo largo en el parabrisas con una nota:

Sé que me odias, pero sólo estoy cuidando lo que es mío.
Te quiere,

José Ignacio

Eso era lo único que le faltaba para que el enfado del día se esfumara por completo. Qué detalle tan bonito. Salió rápido del parking y lo llamó. Estaba en una reunión y fue poco lo que pudieron hablar. Le explicó que había quedado con su hermana, así que, como él también estaba cansado, quedaron en verse al día siguiente.

Francisca llegó a su casa dispuesta a sacarle información. Le preguntó y la hostigó hasta que prácticamente se lo contó todo, con pelos y señales, menos, por supuesto, las escenas de sexo, ésas se las guardaba para ella. Cuando Francisca se fue, de inmediato llamó a José Ignacio, quería oír su voz. Estuvieron más de dos horas al teléfono y, cuando colgaron, ella se durmió profundamente.

Llevaban más de un mes juntos, pasaban los días y la magia existente entre los dos siguió fluyendo de manera verdadera y pura, con toda la fuerza y la entrega que se profesaban. Cada día, su amor crecía un poco más; se necesitaban como la luna necesita al sol.

Pasaban muchas noches juntos, fundiéndose en un solo ser y las ganas que tenían de triunfar en el amor los ayudaban a seguir adelante. Casi todas las tardes, él la iba a buscar al trabajo y ella se dejaba mimar. José Ignacio seguía igual de protector que siempre, queriéndola sólo para él, y Antonia siempre estaba ahí para entregarse por completo, como amiga, como mujer y como amante.

El último jueves de enero, Antonia salió del bufete un poco más tarde, pues se había quedado con José Ignacio trabajando en el contrato. Al día siguiente, él la miraba vestirse. Estaba elegante, como siempre, y nada provocadora, tal como le gustaba. Luego se despidieron con un cálido beso y acordaron verse por la tarde, para ir juntos al pueblo a visitar a María, lo que hacía muy feliz a Antonia.

La mañana transcurrió con normalidad, hasta que hacia la hora del almuerzo, sonó su móvil y Antonia se extrañó al ver un número desconocido.

—¿Sí? —contestó.

—Antonia, por favor, no cuelgues, necesito hablar contigo.

Se quedó muda, sin poder articular palabra. Aquel hombre al que hacía tanto tiempo que no oía y que tanto había añorado en alguna ocasión, la estaba llamando justo entonces, en el mejor momento de su vida.

—¿Javier? —preguntó extrañada, con un hilo de voz.

—Sí, Anto, soy yo. Sé que te resultará raro que te llame, pero tengo que hablar contigo. Es urgente, por favor, te necesito.

—No puedo, estoy trabajando —contestó, temblando de nervios.

—No te preocupes, te espero. ¿A qué hora sales?

—A las seis —le respondió sin pensar.

—Dame la dirección y te paso a buscar a esa hora, ¿te parece?

Le dio la dirección y colgó. No sabía qué quería. Hacía mucho que no hablaban, pero Javier la necesitaba y ella no podía negarse.



La tarde transcurrió lentamente, Antonia no lograba concentrarse en nada, sentía que cada minuto se le hacía eterno. Su cabeza iba a mil por hora, muchas ideas pasaban por su mente. Si algo tenía claro era que Javier debía de estar metido en algún lío. Lo conocía bastante y si no fuera realmente necesario no la llamaría.

Dudaba si hablar o no con José Ignacio y explicárselo todo. No quería que hubiera mentiras en su relación, pero en el último minuto decidió callar. Él no la entendería y todo serían problemas. Tenía que pensar qué explicarle para justificar su retraso y decidió decirle que trabajaría hasta tarde y que lo mejor sería que se vieran directamente al día siguiente.

Lo llamó y se lo dijo. No supo muy bien cómo, pero él creyó absolutamente todo y la entendió sin poner ninguna objeción; no tenía por qué dudar de la veracidad de sus palabras.

A las seis en punto, Antonia pasó rauda por recepción, sin ni siquiera despedirse de Carmen, cosa que extrañó a la prima del jefe, porque Antonia era siempre muy amable.

Al abrirse las puertas del ascensor en la planta baja, lo vio; Javier caminaba de un lado a otro, como si hiciera mucho rato que la estuviera esperando. Era algo mayor que Antonia, moreno, de pelo crespo que siempre llevaba engominado. Ahora se lo vio alborotado, como si se hubiera pasado varias veces las manos por él: era evidente que estaba preocupado. Se acercó sigilosamente.

—Javier —le dijo llegando por detrás, sorprendiéndolo.

Al oír aquella dulce voz que tanto recordaba, él se dio la vuelta rápidamente. Su primera reacción fue abrazarla fuerte, dejándola sorprendida. Javier no era un hombre robusto, pero a Antonia le pareció que estaba demasiado delgado y eso la preocupó aún más.

—Javier, cuánto tiempo, ¿qué pasa?, me has dejado preocupada.

—Antonia, gracias, gracias. No sabía a quién recurrir, sólo se me ha ocurrido pensar en ti. Sé que me porté como un imbécil, pero, por favor, ayúdame —imploró.

—Javier, tranquilo, vamos, ¿qué pasa? Dímelo, por favor, me estás preocupando —le pidió nerviosa, al ver el temor en sus ojos.

—Aquí no puedo hablar, ¿podemos ir a tu casa? Antonia, en serio, estoy en problemas.

—¿A mi casa?! ¿No podemos ir a una cafetería?

En ese momento, Javier se dio cuenta de que no sabía nada de Antonia desde hacía mucho tiempo, no sabía si estaba casada o vivía con alguien y eso lo desanimó.

—¿Vives con alguien? ¿Por eso no podemos ir a tu casa? —preguntó.

—No, no es eso, es que había pensado que podríamos ir por aquí cerca, eso es todo —respondió inquieta.

—Antonia, tengo problemas graves, me están buscando.

—¿Qué? ¿Cómo! ¿Quién?

—Aquí no te lo puedo explicar, vamos, por favor.

—Sí, sí, claro, vamos. Cuéntamelo, hace tanto que no te veo, y estás tan delgado —dijo ella, mientras salían hacia la calle para parar un taxi.

—Estoy metido en drogas, Antonia —susurró Javier muy bajito, para que sólo ella pudiera oírlo.

Antonia se quedó quieta, paralizada en el sitio, sintiendo como si una pared de piedra se interpusiera en su camino.

—¿¡Qué!?! Pero ¿tú eres imbécil? ¿¿Cómo se te ha podido ocurrir?!?

—Por favor, estamos en la calle, cálmate. Te lo explicaré todo —le aseguró, cogiéndole ambos brazos para que se tranquilizara.

Hicieron el camino en completo silencio. Ninguno de los dos dijo nada hasta que entraron en el piso.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

—No —contestó Javier—. Pero ¿me puedes dar un café, por favor?

—Claro, siéntate, enseguida te lo traigo.

Se dirigió a la cocina y unos minutos más tarde, cuando volvió al salón, vio a Javier hablando con *Matías* y eso le trajo muchos recuerdos bonitos. Siempre hablaba con la tortuga como si fuera una persona, decía que los

animales eran la reencarnación de alguien importante en la vida y, para él, *Matías* era la reencarnación de su hermano, que había muerto al nacer y que, curiosamente, también se llamaba *Matías*.

—Anto, *Matías* está enorme. Ha crecido mucho, deberías comprarle una compañera.

—Noo, ¿estás loco? Con una me basta y me sobra —respondió divertida, dándole el café, que, por supuesto, Javier encontró maravilloso.

—Cuéntame qué te pasa. Por qué necesitas que te ayude y, por favor, dime que lo de las drogas es mentira.

—Antonia —empezó, cogiéndole las manos y mirándola a los ojos—, por favor, no me interrumpas hasta que acabe, que te conozco. Después, si quieres, me puedes echar de este piso y de tu vida para siempre.

»Cuando nos separamos definitivamente, don Hugo, tu abuelo, me prohibió que me acercara a ti.

—¿¡Qué!?! —gritó Antonia.

—Has dicho que me ibas a escuchar, hazlo, por favor —suplicó, mirándola con dulzura—. Yo te dije que cuando no volvía a casa por las noches, lo hacía porque tenía otras mujeres, con las que conseguía cosas que no tenía contigo.

Ella asintió con la cabeza y, al recordar sus duras palabras, notó que una lágrima rodaba por su mejilla.

—Antonia, no llores, por favor, era mentira —confesó, haciendo que ella abriera mucho los ojos—. Yo no tenía ninguna otra mujer. Siempre te amé, y creo que todavía te amo, lo que pasaba era que me lo gastaba todo en drogas, consumía cada día. Cuando descubriste lo del dinero, yo empecé a vender droga para tratar de ayudarte a pagar la deuda y en una de las transacciones, don Hugo me pilló. No quería que tú te vieras involucrada y la única alternativa que vio fue decirme que si no me alejaba de ti para siempre, se lo contaría todo a la policía. Y yo, como cobarde que soy, acepté.

Cuando terminó de decir esas palabras, él también notó que estaba llorando. Después de mucho tiempo, estaba contando la verdad, esa que le había dolido tanto. Javier había sufrido tanto o más que ella. Él siempre la quiso, Antonia era quien lo ataba a la tierra, la mujer de su vida, y la había perdido por su adicción a las drogas. Y cuando trató de arreglar la situación, lo empeoró todo aún más.

Antonia estaba impresionada, no podía creer lo que Javier le contaba. No

era posible que su abuelo, que la había visto sufrir tanto, no le hubiese contado la verdad.

Había odiado tanto a Javier..., se había sentido tan desgraciada como mujer durante tanto tiempo... Y todo porque le habían ocultado la verdad. Y ahora él estaba sentado en su hogar, abriéndole su corazón y explicándole cómo habían sucedido las cosas.

—Antonia, háblame, por favor. ¿Qué estás pensando? —la apremió Javier.

—¿Cómo fue mi abuelo capaz de hacerme algo así? No lo entiendo —contestó ella, llorando amargamente, casi sin que se entendiera lo que decía.

—Antonia, compréndelo, por favor. Tú eras la niña de sus ojos, él jamás permitiría que te vieras involucrada en algo así. Yo estaba traficando, sólo lo hizo para protegerte. En ese momento, yo estaba fuera de control, no me interesaba nada más que la droga. Robé, le robé también a él y nunca te dije nada. —Suspiró profundamente—. Cuando me fui, don Hugo me ayudó. Pese a todo lo que yo había hecho, durante mucho tiempo me dio dinero para mi rehabilitación, dinero que usaba para comprar más drogas. Al cabo de un tiempo, la cosa empeoró para mí y estuve encarcelado un año.

»Salí antes por buena conducta y en la cárcel, aunque parezca mentira, me acerqué a Dios, comencé a rehabilitarme y, cuando supe que don Hugo había fallecido, me dolió mucho. Él había hecho tanto por mí y yo no pude agradecerse. Y lo peor, Anto, fue imaginarme tu sufrimiento. —Hablaba retorciéndose las manos por la pena de evocar esos recuerdos tan dolorosos—. Yo no podía estar contigo, Antonia, sentí que me volvía loco, de modo que tomé la decisión de ayudar a la policía. Lo hice por él, por ti...

Ahora Antonia entendía muchas cosas. Su abuelo siempre la protegía, quería lo mejor para ella; por eso actuó de esa forma y en ningún momento dejó de ayudar a Javier. Quería que estuviera bien para ella, por eso le decía que algún día lo entendería, que Javier no era un mal hombre, sólo que había equivocado su camino y que las cosas volverían a ser como antes. Pero lo que su abuelo no imaginó fue que el corazón de Antonia encontraría otro dueño y que Javier regresaría demasiado tarde a su vida.

—Javier —dijo, abrazándolo—, lo siento, lo siento tanto, de verdad. ¿Cómo pudiste pasar por eso solo? Dime, ¿por qué no viniste a buscarme? Sufrí tanto por tu causa, me rompiste el corazón. Creía que no era lo bastante buena para ti —decía, llorando sin control.

—Anto, calma, ya estoy aquí, ya ha pasado —susurraba él, secándole las lágrimas—. Pero necesito pedirte un favor, no sé a quién más recurrir.

—Dime. Lo que sea, dime, por favor.

—Cuando salí de la cárcel, denuncié a unos hombres que trabajaban conmigo. La policía ya lo sabe todo, sus nombres y dónde encontrarlos, lo que quiero pedirte es que, mientras dure la investigación, me ayudes a esconderme. Créeme, por favor, que si tuviera otra salida jamás te lo pediría, pero tú sabes que no tengo a nadie. Sólo os tenía a vosotros y desperdicié la oportunidad. Por favor, ayúdame.

Antonia no podía negarse a esa petición de auxilio, tenía que ayudarlo. Dentro de todo, él nunca la había involucrado y había aceptado las condiciones impuestas por su abuelo en silencio, sin desobedecerle. Se había ido, perdiéndolo así todo y a todos los que tenía en la vida y, sobre todo, había renunciado a ella. Había pagado un alto precio por su error.

—Javier, escucha, te voy a ayudar, pero no quiero mentirte. Tengo una pareja y no creo que a él le guste que te quedes aquí... conmigo.

—Pero yo puedo explicárselo, Anto.

—¡No! Él no lo entendería. Pero no te preocupes, hablaré con mi abuela mañana. Sé que ella no va a tener ningún inconveniente en que te quedes en el pueblo con ella, pero tienes que prometerme que nunca vas a consumir de nuevo. Te voy a ayudar, voy a confiar en ti, pero sintiéndolo mucho, más no te puedo dar. Para mí eres más que un amigo y siempre te voy a querer, pero entre nosotros nunca volverá a suceder nada. No puedo. Como te digo, estoy con alguien y creo que me estoy enamorando otra vez. Perdóname, por favor, no pensaba que volverías —explicó, abrazándolo nuevamente.

Todo lo que necesitaba Javier en ese momento era ayuda, lo que pasara con el tiempo sería un regalo de la vida y él estaba dispuesto a esperar. Por primera vez en su vida quería hacer las cosas bien y bajo ningún concepto defraudaría a Antonia.

—Gracias, Anto, te prometo que no te voy a fallar —dijo, arrodillándose frente a ella.

—Levántate, Javier, por favor. No me hagas esto, te creo —le pidió, mirándolo a los ojos.

Antonia estaba destrozada y lloraba desconsolada, abrazada al que había sido su primer amor.

Cómo las cosas se le podían haber complicado tanto en un minuto. Se

había levantado contenta y estaba terminando el día de la peor manera que cabía imaginar. Estaba traicionando a José Ignacio al no contarle nada de aquello, pero no podía dejar a Javier, debía ayudarlo pese a todo lo que eso pudiese significar.

De nuevo se veía capaz de dejarlo todo por alguien, de sacrificar sus propios sueños si era necesario, pero esta vez trataría de hacer las cosas lo mejor posible. Sin embargo, sabía que si realmente quería que su vida siguiera como estaba, tenía que mentirle a la persona que más amaba en ese momento. Tenía sentimientos encontrados. Quería mucho a Javier, el único motivo al que ella se había aferrado para olvidarlo era una mentira. Él siempre la había querido, no había existido otra mujer. ¿Cómo podía la vida ser tan cruel?

Si ella pensaba que había sufrido, Javier había pagado muy caros sus errores, los había pagado con su libertad, y para ser mejor persona, ahora estaba sacrificando su vida sólo para enmendar sus fallos. Lo había perdido todo e incluso así estaba luchando de nuevo sin esperar nada a cambio, sólo por recuperar su honor estaba dispuesto a cambiar. Era un hombre valiente.

Ninguno de los dos comió nada, pero bebieron café gran parte de la noche. Hablaron de todo, Javier no se guardó nada y Antonia lo sabía, lo conocía, sabía qué gestos hacía cuando se explicaba y ahora le estaba diciendo toda la verdad, le estaba desnudando su alma. Se lo contó todo y respondió a todas sus preguntas.

De madrugada, Antonia le dijo que durmiese en la habitación de Francisca y él no puso ninguna objeción. Ella fue a su habitación. Estaba tan cansada que se acostó vestida y se durmió llorando.

Al día siguiente, aún estaba dormida cuando la llamó José Ignacio y le dijo que en media hora pasaba a buscarla.

Salió como una flecha hasta el cuarto de baño y se duchó lo más rápido posible. No podía permitir que José Ignacio subiera, si lo hacía se encontraría con Javier y eso sí que no podía suceder.

Metió algunas cosas en una bolsa, sólo estaría fuera dos días, así que no era mucho lo que tenía que preparar. Avisó a Javier de que se iba, que la estaban esperando, y que cuando volviera traería la respuesta de su abuela, pero que no se preocupara, que seguro que la respuesta sería positiva. En el

piso había de todo, no tendría que salir y le pidió que por favor se ocupara de *Matías*. Él aceptó encantado y le dijo que se fuera tranquila y que si veía que las cosas se le complicaban, que contara la verdad, que lo entendería.

Cuando Antonia estaba cerrando la puerta de casa, José Ignacio apareció a su espalda.

—¿De qué huyes, cariño? —susurró en su oído, mientras la rodeaba con los brazos.

Ella se sobresaltó como si la hubieran pillado haciendo algo malo, y en parte era cierto. Pero lo había pensado mucho y había decidido que actuaría y lo arreglaría de la mejor manera posible.

Dándose la vuelta, abrazó a José Ignacio y le tocó la mejilla para poder sentir su contacto, lo necesitaba.

—De... de nada, es que no quería hacerte esperar más.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó él, preocupado.

—Sí, ¿por qué? —dijo nerviosa.

—Cariño, tienes unas ojeras increíbles. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, José Ignacio, estoy bien, no he dormido mucho, eso es todo.

Pero él notó algo extraño, tenía la cara hinchada, los ojos colorados. Sin embargo, no la quería agobiar. Sabía que a veces lo hacía y quería que aquél fuera un fin de semana relajado. Además, tenía cosas serias que contarle.

Bajaron en el ascensor cogidos de la mano y él esperó en vano que ella se le acercara, como hacía siempre; de hecho, la encontraba un poco distante.

—Cariño, ¿dónde has dejado el bicho ese que tienes?

—Mira, José Ignacio, ante todo, no es un bicho, es un reptil, y tú que estudiaste en colegio privado deberías saberlo, y segundo, su nombre es *Matías* —respondió molesta.

—¡Vaya! Estás de mal humor. Ven aquí, cariño, era una broma. Sólo te lo he preguntado para saberlo, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo, pero podrías llamarlo *Matías*, si no es mucha molestia, porque yo no te llamo a ti Pepe.

José Ignacio decidió callar, la conocía y sabía que por ese camino las cosas irían a peor. Pensó que tal vez se trataba de algún problema típico asociado a su condición de mujer, así que no le dio mayor importancia. Subieron al todoterreno y también le extrañó que Antonia no se diera cuenta de que aquél no era el vehículo de siempre. Había tenido que dejarlo en revisión y había alquilado uno que nada tenía nada que ver con el otro.

Ella no podía dejar de pensar en lo miserable que se sentía ocultándole las cosas, tampoco se quitaba a Javier de la cabeza. Se quedó mirando por la ventana, mientras pensaba en lo que le había contado.

—¡Basta! Quiero saber qué te ocurre. Dímelo ahora mismo —estalló José Ignacio finalmente.

—Nada, ¿por qué me tiene que pasar algo?

—Porque tú no eres la mujer más silenciosa del mundo. ¿Qué sucede? ¿Estás indispuesta?

—¡No puedo creer lo que estás diciendo! ¡¿Cómo puedes ser tan elemental?! ¿Acaso crees que todos los males de las mujeres radican en eso? No —contestó, fulminándolo con la mirada.

José Ignacio echó la cabeza hacia atrás e inspiró hondo para calmarse. De verdad no la entendía. Ya estaba enfadado, pero se calló.

Antonia durmió las dos horas de camino; mientras, él le acariciaba los dedos de la mano con el pulgar. No le importaba lo enfadada que ella estuviera, tenía que sentirla y si sólo era con los dedos, se conformaba.

—Cariño —susurró.

Antonia se despertó de su dulce siesta y al verlo tan cerca lo abrazó y lo besó vorazmente en los labios, sorprendiéndolo gratamente y haciendo que le devolviera el beso con igual intensidad.

—Te quiero, José Ignacio, no lo olvides.

—Yo también, cariño. Discúlpame, a veces soy un imbécil y digo cosas sin pensar.

—No, discúlpame tú a mí. Es que ayer tuve un mal día —respondió. Como mínimo eso sí era cierto.

El resto del trayecto lo hicieron un poco más animados. Aunque sólo hablaba José Ignacio, por lo menos ahora Antonia contestaba y preguntaba. A la hora de almuerzo llegaron a casa de María, que, por supuesto, se alegró al verlos y los recibió divinamente.

Pero al ver a su nieta, supo de inmediato que algo serio le sucedía, pero mientras pasaban los minutos, sabía que lo que fuera no tenía que ver con Pepito, porque éste se deshacía en atenciones hacia ella.

Tomaron un delicioso almuerzo al aire libre preparado por María y estuvieron hablando con ella de las mejoras de la casa. La anciana les contó los avances de su huerta y lo bien que le iba tener la cocina de leña.

Al cabo de un rato, les dijo que podían irse a descansar, que ella lo

recogería todo, pero Antonia, como siempre, se negó. Acompañó a José Ignacio a su cuarto para que descansara. El viaje había sido largo y, como no quería poner objeción a nada, él aceptó encantado, mientras sentía que poco a poco su Antonia estaba volviendo.

Cuando llegaron a la habitación, tiró de ella para que se acostara a su lado y, aunque al principio se resistió, terminó en sus brazos, durmiendo profundamente protegida por él, tal como necesitaba y ansiaba.

María no los molestó.

Al despertarse, Antonia vio que estaba en su casa y abrazada por el hombre que quería, y se tranquilizó por primera vez desde el día anterior. Se levantó sin hacer ruido —José Ignacio dormía profundamente y no quería despertarlo—, fue hasta el patio y vio a su abuela sentada, meciéndose en el balancín.

Se sentó a su lado y la abrazó muy fuerte, y, como si hubieran abierto unas compuertas, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

—Hija, ¿qué te pasa? —preguntó María, preocupada.

—Abuela, tenemos que hablar, pero ahora no puedo, sólo abrázame.

Ella lo hizo y empezó a acariciarle el pelo, los brazos, entregándole todo su cariño incondicional.

José Ignacio acababa de levantarse y se quedó fascinado al ver el amor que se profesaban aquellas dos mujeres. Era tan verdadero, tan puro, que sintió que en ese momento estaba de sobra. Quería respetar su espacio, así que esperó largo rato antes de acercarse.

Les dijo que se iba a comprar algo para la noche y, aunque María al principio se negó, terminó por entender el gesto que él le hizo refiriéndose a Antonia, y no puso ninguna objeción cuando se marchó.

Al llegar al coche, se dio cuenta de que no conocía nada de aquel pueblo y que tampoco sabía adónde ir, así que decidió dar una vuelta. No le entusiasmaba la idea, pero sabía que no tenía muchas más alternativas. Además, se sentía encerrado en aquella casa sin espacio ni comodidades, pero, por supuesto, su educación no le permitía decir nada.

Mientras conducía, se le ocurrió una idea genial. Sólo tenía que buscar una ferretería, que indudablemente encontraría, ya que en todos los pueblos había una, y aquél no sería la excepción.

En cuanto José Ignacio se fue, Antonia empezó a contárselo todo a su abuela y, mientras lo hacía, vio que a ella no le extrañaba lo que le decía.

—Abuela, ¿tú sabías lo de Javier?

—Sí, hija, Hugo me lo contó todo y me hizo prometerle que no te lo diría. Tienes que entender que todo lo hicimos para protegerte, mi amor, no era justo que tú también cargaras con ese problema. Javier estaba enfermo y tu abuelo lo estaba ayudando a curarse, pero de repente ya no supimos más de él —le explicó María, con tanta dulzura que Antonia no se atrevió a juzgarla, ni siquiera en su pensamiento.

—Abuela, Javier está ahora en mi casa y necesita empezar de nuevo. Tenemos que ayudarlo, se lo debemos. Nosotros lo sacamos de este pueblo, ahora no está consumiendo y necesita que lo ayudemos, por favor, abuela.

María la escuchó atentamente mientras le contaba toda la historia de Javier desde que le habían perdido la pista. La cárcel, lo de la colaboración con la policía, y no tuvo ningún inconveniente en aceptarlo en su casa. Además, podría ayudarla a arreglar las cosas de la casa y también con su huerta, puesto que se acercaba la época de la cosecha. De todas formas, tendría que contratar a alguien y quién mejor que Javiercito para tal menester.

Antonia suspiró aliviada, tenía gran parte del problema solucionado. Ahora sólo tenía clavada una pequeña espinita llamada «mentira» en su corazón.

Cuando había visto a José Ignacio en su piso por la mañana, confirmó todos sus sentimientos hacia él, lo amaba con toda su alma, y a Javier lo quería como a un gran amigo, no tenía confusión alguna con las dos clases distintas de amor que sentía.

Una hora y media después, volvió José Ignacio y antes de entrar le dijo a María que por favor lo esperara en el patio. Quería darle una sorpresa por tanta generosidad como ella siempre había demostrado con él.

La anciana no entendió nada, pero obedeció y, junto con Antonia, lo esperaron en el patio de atrás, sorprendiéndose al verlo entrar con un joven cargado de tubos.

—¿Qué es eso, Pepito? Por Dios, hijo, ¿te has vuelto loco?

—No, María, pero según lo que nos ha contado hoy de su huerta, creo que no es muy bueno para su salud ir a abrir a cada momento el canal para regar las plantas. Para eso he comprado estos tubos. El lunes vendrán a instalárselos y pondrán una bomba para que el agua circule a través de ellos, así usted sólo tendrá que apretar un botón y el agua saldrá.

Sin importarle que su abuela estuviera presente, Antonia corrió a los

brazos de él y lo besó.

María esperó a que se separaran y se acercó a ellos. Cogió las manos de José Ignacio y se las besó, agradeciéndole todo lo que había hecho por ella.

—No me lo agradezca, usted me ha dado lo más bonito que tengo, me dio a Antonia, y eso es para mí es lo más importante.

Cada segundo que pasaba, José Ignacio más se ganaba el corazón de aquellas dos mujeres sencillas. Sentía que nunca antes había recibido tanto cariño y gratitud. A pesar de su edad y su conocimiento de la vida, esas cosas le resultaban desconocidas y lo llenaban de emoción. Era la primera vez que conocía gente como ellas, tan buenas y desinteresadas, y estaba dispuesto a protegerlas, como hacía siempre con las cosas que consideraba suyas.

—Pepito, siéntete como en tu casa. Desde hoy ésta también es tuya, y no por lo que acabas de traer, sino por el amor que le das a mi niña. Cuídala, Pepito.

Por la noche, después de la cena, María se fue a su cuarto; estaba agotada de tanta emoción. Lo que Antonia le había contado por la tarde le causaba tristeza. Por primera vez pensó que se había equivocado al tomar una decisión tan drástica con Javier. Y por otro lado ahora su nieta tenía a su Pepito, que era bueno, pero en lo más profundo de su alma sabía que su niña sufriría. Antonia siempre había querido ser madre y con él no podría. Sólo esperaba que fuera feliz y que su abuelo la ayudara desde el cielo.

Ella recibiría a Javier en su casa y no lo dejaría solo, ahora menos que nunca.

Mientras en la casa todo estaba en completo silencio, Antonia fue a su habitación para buscar una colcha, pues quería mostrarle a José Ignacio su sitio favorito.

—Ven, quiero enseñarte algo —le dijo, entrelazando los dedos con los suyos, guiándolo por en medio del huerto.

Estaba todo muy oscuro, sólo los iluminaba la luz de la luna, y cuando llegaron al sauce, Antonia se lo quedó mirando un momento. Estaba como ella lo recordaba, nada había cambiado, la única diferencia era que la hierba había crecido y las flores amarillas les llegaban a la cintura. Antes, cuando ella iba más a menudo, todo ese espacio estaba muy bien cuidado, en cambio ahora estaba absolutamente silvestre, pero igual de hermoso.

Antonia tendió la colcha bajo el sauce y lo invitó a sentarse.

José Ignacio lo hizo, apoyando la espalda en el tronco, y ella se acomodó delante de él.

—Cariño, ¿estás cómoda? —preguntó sonriente.

—Sí, en tus brazos siempre lo estoy.

—¿Tienes frío?

Antonia se dio la vuelta para acurrucarse junto a él, con una sonrisa en los labios.

—Te aseguro que si tú me abrazas es difícil tener frío.

A pesar de la oscuridad reinante, podía ver el deseo en los ojos de José Ignacio.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó él, tocándole la espalda y haciéndola temblar de emoción.

—Éste es mi lugar favorito en todo el mundo y quería enseñártelo. Desde niña, siempre he venido aquí. Cuando murieron mis padres fue al primer lugar al que corrí, quería escapar de todo y cuando llegué me quedé fascinada. Sentía como si ellos estuviesen aquí.

»Después, con el tiempo, empecé a venir más a menudo. Si estaba contenta o triste, éste era mi lugar. Eres la primera persona que viene conmigo, ni siquiera a Francisca la he traído.

»Yo nunca pido nada, pero una vez, cuando era pequeña, les pedí a todos que jamás vinieran. Éste era mi sitio, sólo mío, el único que tengo. Éste es mi árbol y ahora quiero compartirlo contigo —concluyó suspirando.

Después de esa sincera declaración, se quedaron en silencio durante un buen rato, contemplándose mutuamente.

—Antonia, quiero contarte una cosa. Es realmente importante para mí, pero creo que no te va a gustar —aseveró, poniéndose en tensión.

—Entonces no me lo digas —respondió ella, acariciándole la cara para tranquilizarlo.

—No puedo, uno de los pilares fundamentales de nuestra relación es la verdad. Nunca te he mentado y no quiero hacerlo, no quiero ocultarte nada.

Antonia se tensó, ella sí le estaba ocultando cosas y también le había mentado. En cambio él era transparente, honesto.

—José Ignacio, ¿por qué me estás diciendo esto? ¿Qué pasa?

—Tú sabes que yo no quiero tener hijos, ¿verdad?

En cierto modo se sintió aliviada, eso ya lo sabía, no era nuevo. Pero por

su mirada intuía que había algo más.

—Lo sé y lo acepto, no puedo hacer nada para que cambies de opinión. Fui sincero contigo desde el principio y yo me enamoré de ti sabiendo eso. ¿Por qué te preocupa ahora ese asunto?

—¿Te enamoraste? —preguntó él, abrazándola más fuerte—. Yo también me enamoré de ti, Antonia, desde el día en que te abalanzaste sobre mí y me quitaste el periódico. Nunca logré apartarte de mi mente. La primera vez que estuve contigo terminé de enamorarme y cada día que pasa siento que te quiero más. No sé qué haría sin ti, por eso es tan importante lo que te voy a contar.

Ella ya no quería escuchar más confesiones. Las últimas horas había oído cosas terribles y tenía miedo de escuchar una más. Pero aunque se sentía desfallecer, lo abrazó también con todas sus fuerzas.

—Dime todo lo que quieras —dijo temblando.

—Cuando nací, mi padre abandonó a mi madre y, aunque ella nunca me lo ha dicho, me culpa de ello. Yo crecí feliz, nunca me faltó de nada. Todo el cariño que me faltaba por una parte, me lo daban mi abuelo e Irene. Soy un hombre egoísta, no puedo ser diferente, no sé ser diferente, te quiero sólo para mí, no quiero compartirte con nadie, no quiero amar a nadie más, no puedo.

»Yo soy la causa de que mi madre no volviera a ser feliz. No me gustan los niños y no quiero ser padre, me siento mayor para eso y hace mucho que tomé la decisión de no tenerlos. A partir de ahora, esa decisión será irreversible. No quiero depender de un preservativo para estar contigo, no quiero tener que estar siempre preparado. Quiero poder estar contigo en cualquier momento y en cualquier lugar. He decidido hacerme una vasectomía y, por alguna razón, necesito que tú lo apruebes.

»No quiero hacerte daño, pero tampoco quiero que conserves alguna esperanza. Yo no voy a cambiar, lo siento, no puedo —concluyó, poniéndose tenso y preparándose para escuchar lo que fuera.

Aquello era una batalla y por primera vez la estaba librando con sus sentimientos. Sabía lo que tenía que hacer, pero necesitaba el consentimiento de Antonia más que nada en el mundo.

—José Ignacio, por favor, dame un minuto —pidió ella, mirándolo mientras procesaba aquella confesión.

La entristeció pensar que él lo había tenido todo menos el amor de su propia madre. Ése era su gran problema, ese cariño que no había sentido era el que no sabía cómo entregar y cerraba toda posibilidad a explorarlo. Era

más fácil enterrarlo que pedir explicaciones. Ella creía que había algo más, pero realmente no importaba: José Ignacio ya había tomado su decisión y lo amaba tal como era.

Ella había renunciado a sus sueños de ser madre hacía tiempo, quería estar con él y estaba dispuesta a hacer ese sacrificio. Su amor era inmenso, la sobrepasaba, sus sentimientos habían decidido por ella y Antonia ya lo había aceptado.

—Lo siento, siento todo lo que en realidad te pasa. Sé que no es el momento ni el lugar para que tú realmente lo sepas, quizás hablemos algún día y realmente afloren tus verdaderos miedos. Yo te acepté así desde que te conocí, es tu decisión, yo siempre voy a estar a tu lado, no puedo vivir sin ti. Y si crees que es lo que debes hacer..., yo te apoyaré.

Los minutos de espera se le hicieron horas y cuando la oyó decir eso, sintió que no tenía palabras para responderle. Después de esa declaración, haría cualquier cosa por esa mujer, le sería incondicional para siempre.

—Antonia —la sujetó entre sus brazos y la besó suavemente—, tú eres la mujer con la que quiero estar. Quiero envejecer junto a ti, quiero pertenecerte, como tú me perteneces a mí.

—Sí, soy tuya y tú eres mío desde el primer momento en que nos vimos. Pero debes confiar en mí..., siempre, por favor.

José Ignacio estaba sorprendido por sus palabras, por su entrega. La volvió a besar con toda el alma. Tenía la total certeza de que forjarían un futuro juntos.

—Dime qué piensas, Antonia, necesito saberlo.

—Nunca había volado. Cuando fui a Buenos Aires era mi primera vez y tenía miedo. Estaba rezando, pero no quería que pensaras que era...

—Cariño, eso ya lo sabía, lo vi en tu mirada. Y fue en ese minuto, cuando te vi con los ojos cerrados, cuando me di cuenta de que jamás saldrías de mi corazón.

—José Ignacio..., quiero ser tuya más que nada en este momento. Quiero que me quites la ropa y me hagas el amor como si fuera la primera vez en tu vida —pidió, mirándolo con seriedad—. No quiero nada material, sólo a ti, y que por favor no me dejes nunca. No quiero volver a sufrir.

—Antonia, si tú me dejaras...

No hicieron falta más palabras, la excitación se apoderó de ellos. Ver cómo Antonia se desinhibía cuando lo besaba y se acoplaba a su cuerpo lo

llevaba a la locura. Y entonces ya no era capaz de parar, cuando ella lo abordaba, perdía el sentido.

—Cariño, ¿estás segura?

—¿Y tú? —Sonrió, sin dejar de mirarlo.

—Yo siempre estoy seguro. Pero éste es tu sitio exclusivo, me lo has dicho.

—Ahora es nuestro, te lo entrego como lo más preciado que tengo en la vida.

—Mi amor, eres preciosa.

—Y tú un zalamero —replicó, volviéndolo a besar.

El calor que emanaba de sus cuerpos podría derretir los polos en ese instante. Sin hacerla esperar más, empezó a quitarle la ropa para luego quitársela él; después la tumbó sobre la colcha y le sujetó las manos por encima de la cabeza. Quería disfrutarla tanto como pudiera, saborearla lentamente y sabía que si le soltaba las manos ella se abalanzaría sobre él.

—Por favor, suéltame las manos, quiero tocarte. No es justo.

—Sí lo es, cariño. Si te suelto, ¿prometes no moverte?

—Sí.

—¿Estás segura? —preguntó, mirándola con sus ardientes ojos, mientras sus dedos bajaban lentamente por su cuerpo.

—Sí y no —contestó, haciéndolo sonreír—. Sí, porque de verdad quiero poder, y no, porque no sé si voy a saber quedarme quieta mientras me tocas...

Antes de que pudiera terminar, ya estaba sintiendo cómo él separaba los pliegues de su sexo y comenzaba a introducir lentamente un dedo, lo que la hizo susurrar con dificultad:

—¡No me estás escuchando!

—Sí, cariño, te estoy escuchando, pero no quiero obedecerte. ¿Quieres que te diga lo que estoy sintiendo?

—¡No!

—Pues te lo voy a decir igual. Siento cómo atrapas mi dedo, que te hace gozar, siento tu humedad, que me indica que estás lista, que me estás esperando. Veo tus pezones que se yerguen y me ruegan que los bese, siento cómo tu corazón se acelera y veo en tus ojos cuánto me deseas. ¿Quieres que siga?

—¿Me vas a escuchar? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí —dijo, mirándola con ternura y pasión al mismo tiempo.

—Sí, sí, quiero que me lo digas, dime más, por favor.

—Ésta es mi Antonia, buena chica. Ahora, cariño, quiero hacerte disfrutar muchísimo, hasta que ya no lo puedas soportar —susurró, notando cómo se estremecía con cada una de sus palabras y cómo los músculos de aquella zona que tanto le gustaba acariciar trataban de retener sus dedos.

—¡No pares! ¡Por favor, no pares! —suplicó, mientras él acercaba su boca y la sujetaba con una sola mano, para con la otra acercarla más a su cara, en tanto Antonia soltaba un gemido de satisfacción.

—Calma, cariño, no te impacientes, tengo toda la noche por delante y créeme cuando te digo que la disfrutaré.

José Ignacio comenzó a besarle el cuello y ronronear palabras en su oído, esas que tanto le gustaba escuchar. Comenzó a trazar un suave camino sobre su piel, hasta que cuando llegó a aquellos pezones que tanto le gustaban, Antonia gritó y su ardiente sonido fue acallado por los labios que comenzaron a besarla con una fuerza que la capturaba en su totalidad.

Le soltó las manos suavemente y la miró a los ojos diciéndole lo mucho que la amaba y lo mucho que le hacía sentir.

—Ponte sobre mí ahora, quiero verte —le pidió con lujuria.

Antonia respiraba acelerada, sintiendo que su cuerpo ya no tenía espacio para su corazón, y, poniéndose a horcajadas sobre él, bajó lentamente sin dejar de mirarlo en ningún momento. Al sentir aquel primer contacto que tanto ansiaba, se volvió a estremecer y jadear de placer, hasta que llegó hasta abajo, quedándose absolutamente absorta en José Ignacio.

Se inclinó para besarle por última vez para luego comenzar a galopar sobre él, hasta que no pudo más y, con un sonido que surgió desde lo más profundo de sus entrañas, alcanzaba el orgasmo. José Ignacio apretaba la mandíbula para aguantar mientras ella llegaba al clímax, y luego salió rápidamente y la apretó contra su pecho con todas sus fuerzas, mientras, con un sonido gutural, culminaba su maravilloso encuentro.

Se quedaron abrazados largo rato, jadeando, sintiendo cómo sus corazones brincaban intentando salir de ellos, hasta que Antonia se enderezó y, con una sonrisa en los labios, le dijo:

—Deberías llevar un preservativo siempre encima. No podemos seguir así, no es justo para ti.

—Lo sé, cariño, pero esta semana te prometo que lo voy a solucionar —contestó él con una maravillosa sonrisa de satisfacción.

Se quedaron un rato mirando las estrellas, hasta que Antonia tiritó de frío y José Ignacio, sin siquiera pedirle permiso, la levantó y le ordenó cariñosamente que se vistiera. Regresaron a la casa en completo silencio, hasta que llegaron a la puerta de la habitación de Antonia, donde se detuvieron antes de entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó José Ignacio, al ver que ella no entraba con él.

—Nada —le dijo muy bajito, para que no los oyera nadie—. Yo no voy a dormir contigo. ¿Estás loco? ¡Es la casa de mi abuela! No puedo.

Él la miró divertido por su cara y su reacción.

—¿Y el sauce qué era? ¿La casa del vecino?

—Noooo, pero eso es otra cosa. —Y dejándolo en la puerta, le guiñó un ojo y se marchó a la habitación de su hermana.

Al día siguiente se levantaron contentos y compartieron un día estupendo junto a María. Cuando llegó la hora de irse, Antonia se entristeció, como siempre, pero esta vez estaba José Ignacio para consolarla y eso fue exactamente lo que él hizo.

Cuando llegaron a la ciudad, Antonia volvió a la realidad y supo que tenía que inventar algo para que José Ignacio no subiera a su casa. Pensó decirle que estaba muy cansada y que, por favor, la dejara abajo, que ya se verían al día siguiente.

Así lo hizo y él, a regañadientes, al final aceptó.

A esas alturas, accedería a todo lo que ella le pidiera.



Antonia estaba agotada y, cuando entró en su casa, lo primero que vio fue a Javier esperándola. Estaba siendo muy deshonesto con el hombre a quien amaba.

Le contó a Javier lo que había hablado con su abuela y le dijo que ésta no tenía ningún problema en recibirlo en su casa y ayudarlo a rehacer su vida. Además, hasta tenía un trabajo, ayudando en el huerto. Javier se alegró mucho y preparó sus pocas pertenencias para partir al día siguiente hacia el pueblo que tanto había añorado.

Por la mañana, Antonia se sentía fatal. Además de estar agotada físicamente, lo estaba también mentalmente, y para acabarlo de arreglar, la había visitado la peor amiga de todas las mujeres. Ese día empezaría a tomar las píldoras anticonceptivas, al menos por un tiempo, hasta que José Ignacio se hubiera operado y ya no corriera ningún riesgo. Sintió una pequeña decepción, pero ya lo había aceptado y no había vuelta atrás.

Se despidió de Javier con un cariñoso abrazo y quedaron en comunicarse a menudo. Él tendría que regresar a la ciudad cuando el fiscal lo solicitara y, en ese momento, Antonia tendría que volver a ingeniárselas para alojarlo de nuevo en su casa.

El día en el bufete estaba transcurriendo con normalidad, hasta que recibió la grata visita de José Ignacio, que había decidido ir a buscarla para llevarla directamente a su casa. Ella aceptó encantada como siempre, pero esta vez le pidió que fueran a la de ella, pues se sentía más cómoda en su terreno, sobre todo estando en esos días.

Él la comprendió perfectamente, aunque no se alegró de la situación.

Después de cenar, se sentaron en el sofá a ver la televisión, pero pronto José Ignacio no pudo controlarse y comenzó a besarla, pasando de la dulzura al arrebatado pasional. Aunque Antonia deseaba con todas sus fuerzas algo más, dijo:

—No puedo, lo siento, para.

—Pero ¿por qué? Si estás con cara de chinita y todo —dijo, con una hermosa sonrisa en los labios.

—¿Cómo que «por qué»?! Ya lo sabes.

—¿Y crees que eso me molesta?

—Ah, no, eso sí que no, olvídalo. Ni que estuviera loca.

Esas reacciones de Antonia le causaban una gran ternura. La pasión que ponía en algunas cosas lo cautivaba, y aquélla no era una excepción.

—Está bien, por esta vez te salvas, pero al menos podríamos seguir besándonos.

—Por favor, quédate quieto, me duele todo. ¿Podemos sólo acurrucarnos? —pidió como si fuera una niña pequeña—. ¿Sabes?, también existen los cariños de monjita.

—¿¡Qué!?

—Cariños de monjita, esos que no llegan a nada, ya sabes, me entiendes, ¿verdad?

—Ven acá, sor Antonia, déjame hacerte unos cariños de monjita —respondió divertido.

A mitad de semana, José Ignacio le contó que al día siguiente por la mañana se sometería a la vasectomía y Antonia insistió en acompañarlo. Pidió permiso en el trabajo y, obstinada como era, llegó a la clínica antes que él, dejándolo sin palabras al verla.

A José Ignacio no le gustaba sentirse en inferioridad, era el macho alfa y eso no se lo sacaba nadie de la cabeza. Pero con Antonia esas cosas no contaban. Para ella eso se llamaba protección y estaba ahí para cuidarlo. Lo acompañó mientras lo preparaban. Se lo veía tan angelical con su bata blanca abierta por detrás, que Antonia no pudo evitar bromear.

Cuando llegó la enfermera para rasurarlo, José Ignacio puso el grito en el cielo, no estaba dispuesto a permitir una cosa así.

Llamaron al médico, que tuvo que explicarle, igual que si fuera un niño, que aquello era esencial y que si no lo permitía, simplemente no lo operaba. Al fin logró convencerlo, pero sólo aceptaría si era él mismo quien lo hacía.

El médico, que ya conocía el temperamento de su paciente, accedió, dejándolo solo para que procediera.

—En realidad, a veces te comportas como un crío, José Ignacio —lo regañó Antonia.

—Ya quisiera verte yo así. —Y después de pensarlo un momento, añadió —: Sí, en realidad sí me gustaría. ¿No querrías darme esa sorpresita? —preguntó coqueto.

—No sé, tal vez, depende —contestó Antonia juguetona. Si no se tomaba la situación con humor, sentía que los nervios del momento acabarían con ella.

—¿De qué depende? —repuso interesado José Ignacio.

—De que tú me dejes rasurarte ahora.

—Cariño, faltaría más. —Y con un rápido movimiento, se destapó, ofreciéndose a su lasciva mirada—. No te pases, Antonia, que conozco esos ojitos tuyos cuando se ponen chinitos. Esto es con fines meramente clínicos. —Rio.

—Yo podría decir lo mismo. Creo que tú..., eh..., bueno, ya sabes, no te estás comportando como si sólo fuera meramente clínico —respondió un tanto nerviosa, parecía más fácil de lo que realmente era.

Con mucho cuidado y profesionalidad, como si fuera una enfermera-peluquera, comenzó a extender la espuma, haciendo que al primer contacto frío José Ignacio se moviera, levantando las caderas.

—No te muevas —le dijo ella, volviendo a esparcir la espuma—. Si te hago daño, éste no me lo va a perdonar nunca.

—¿Quién no te lo va a perdonar? —preguntó José Ignacio, extrañado.

—Él —reveló Antonia, dirigiendo su vista hacia su miembro, ya completamente erecto—, mi nuevo mejor amigo.

Ambos se echaron a reír, aliviando visiblemente la tensión del momento. Antonia retomó su tarea y pasó con mucho cuidado la maquinilla de afeitar por todos los lugares que le habían indicado. Mientras llevaba a cabo su cometido, no pudo reprimir un suspiro de alegría. Estaba disfrutando tanto como José Ignacio al mirarla.

Concluyó dándole un casto beso en la punta, haciendo, por supuesto, que se irguiese un poco más en agradecimiento.

—¿Contento? —preguntó ella con voz ronca.

—Mucho, pero más lo voy a estar cuando me toque a mí —contestó con una perversa sonrisa y su típica arrogancia.

Unos minutos más tarde, fueron a buscarlo, se despidieron y, tras cerrarse la puerta, Antonia se quedó en la más completa soledad, sumida en sus propios pensamientos.

Aunque no era practicante, sí creía en Dios, y sintió la necesidad de ir a una capilla. Seguro que en aquella elegante clínica, que más parecía un hotel, debía de haber una. Preguntó al salir de la habitación y dio con ella enseguida.

Al entrar, agradeció que estuviera vacía, se inclinó por respeto al lugar y, arrodillándose, empezó a rezar:

«Dios, por favor, ayúdame a aceptar sin rencor esta decisión. Yo nunca te he pedido nada, pero esta vez te suplico ayuda. A ti no puedo mentirte, quiero tener hijos más que nada en el mundo, quiero una familia llena de críos, gatos y tortugas, pero amo a este hombre que, si no fuiste tú, no sé quién lo puso en mi camino, y él no tiene los mismos sueños que yo. Pero como lo amo más que a mi vida, lo acepto. Ayúdame, por favor, déjame ser feliz sólo con lo que tengo y no con lo que anhelo y, si puedes, sólo si puedes y alguna vez José Ignacio cambia de opinión, permíteme adoptar a un niño, ésa es mi esperanza. Dios, desde este momento, sé que no podré tener hijos, pero por lo menos dame la esperanza de que podré criar a uno.»

Cuando acabó su petición, tenía la cara bañada en llanto y en sudor, escalofríos le recorrían el cuerpo y la hacían temblar. Los nervios le estaban jugando una mala pasada. Sentía cómo la sangre la abandonaba y empezó a marearse.

Se levantó despacio para sentarse en el banco, y respiró hondo varias veces hasta que el pulso se le normalizó. Salió de la capilla y decidió que debía comer algo. No había desayunado y culpó a la falta de comida de todos los males que la aquejaban.

Al cabo de un rato, mientras no dejaba de pensar en su amor y en su decisión, oyó que le sonaba el móvil. La avisaban de que la operación había sido un éxito.

«Lamentablemente», pensó.

Pero se alegró de que José Ignacio estuviera bien y volvió a la habitación para esperarlo. Comenzó a caminar arriba y abajo, cuando vio llegar la camilla en la que traían al gigante sedado, acostado en todo su esplendor, más

dormido que despierto, pero ahí estaba listo para ella.

Se acercó rápidamente para ver cómo se encontraba, y al acercarse para darle un beso en la frente, él le cogió la mano y levantó la cara para besarla en los labios.

—¿Estás bien, cariño? —la sorprendió José Ignacio preguntándole.

—Pero si yo no me he operado, ¿no debería preguntar eso yo, mi amor?

—Antonia, sabes a lo que me refiero. Ahora ya no hay vuelta atrás —dijo emocionado.

Tenía que escuchar las palabras mágicas de boca de ella para confirmar que todo estaba bien. Eso era lo más importante para él, no su salud.

—Sí, tontito, estoy bien. Esto lo estamos haciendo juntos, recuérdalo, solos tú y yo, para siempre —respondió, besándolo en los labios y haciendo que le volviera el alma al cuerpo.

A continuación, se quedó profundamente dormido por el efecto de la anestesia.

Por la tarde, y contra todo pronóstico, apareció Brisa.

—Hola, hermanito —saludó abriendo la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le espetó él molesto, con voz ronca, despertando a Antonia, que estaba dormida en el sillón—. ¿Quién te ha avisado? ¿Has sido tú, Antonia? —inquirió exaltado.

—Yo también te he echado de menos, y no, Antonia no tiene nada que ver. Pero déjame decirte que, al contrario de lo que todos piensan, eres un hombre muy predecible o yo muy inteligente.

»He llamado a Antonia, porque aunque para ti sea difícil de entender, nos hemos visto un par de veces en su trabajo, porque tú, hermanito, no eres el único que visita el bufete Correa & Montt. No, lamentablemente, yo también he tenido que ir a firmar algunos documentos y ha sido la gentil Antonia la única que me ha tratado como una persona, no como un número o como si fuera unos ceros caminando, y me ha explicado con todo lujo de detalles el tema del divorcio legal.

»Aunque para mí no tiene ninguna importancia, para mamá es vital, bueno, sabes mejor que nadie cómo es —concluyó parsimoniosamente acercándose a Antonia para darle un caluroso abrazo.

—¿Y qué tiene que ver eso con que estés aquí? —gruñó aún más molesto, porque Antonia no le había contado nada de esos encuentros.

—Bueno, cuando la he llamado esta mañana me han dicho que no había

ido a trabajar. Me he preocupado y te he llamado a ti a la oficina, donde me han dicho que te habías ausentado por un asunto médico. Y como dos más dos suman cuatro, aquí estoy, viendo cómo tú solo y sin ayuda de nadie te cargas tu vida —terminó diciendo, mirándolo fijamente.

—Voy a despedir a Manuela en cuanto regrese. No tiene por qué ir contándole mi vida privada a todo el mundo —afirmó irritado.

La única que se atrevía a juzgarlo por su decisión era Brisa, que no le tenía ningún miedo. A pesar de ser él mayor, José Ignacio se sentía vulnerable con ella. Desde pequeños, Martina siempre sabía lo que le pasaba y cuando a los diecisiete años, ella se marchó para vivir su vida y recorrer mundo, le había dolido mucho. Se sintió más solo que nunca, abandonado por su pecosa hermana.

—Te recuerdo que yo no soy todo el mundo y, aunque te duela, soy de tu misma sangre y deducir que estabas aquí ha sido aun más fácil. ¿Adónde iría el excéntrico millonario de mi hermano si no a la mejor clínica de la ciudad?

Antonia, desde el rincón, no podía creer que aquella pequeña figura se estuviese enfrentando a tamaña envergadura. Eran exactamente como David y Goliat. Con sólo unas simples palabras, Brisa lo había derribado. Era impresionante.

—Antonia, ¿por qué no me contaste nada de ella? —preguntó, redirigiendo el ataque.

—Ah, no, conmigo no te enfades, Martina Zúñiga Risopatrón, alias Brisa Marina, es clienta del bufete y yo les debo fidelidad a nuestros clientes. No puedo ir por la vida comentando sus nombres, no sería ético —replicó Antonia, lanzándole toda la artillería pesada y dejándolo en completo silencio.

—Bueno, ahora que ya me has visto, te vas...

—No, hermanito equivocado, no he tardado horas en venir a ver cómo te autodestruyes para que ahora me eches. Te aguantas, o si no te levantas y me sacas de aquí —lo retó Brisa.

—¿Qué tal si nos calmamos todos? —pidió Antonia, acercándose a José Ignacio. Sabía que él necesitaba su contacto y ella se lo proporcionaría de muy buena gana.

Lo besó en los labios tranquilizándole. Brisa, que ahora estaba sentada en el sillón, comenzó a sacar unas hierbas de colores.

—¿Qué es eso? —preguntó Antonia amablemente.

—Son unas hierbas purificadoras. No obran milagros, pero por lo menos

tendrán algún efecto positivo —expuso mientras las ordenaba y mezclaba en una copa de cobre.

—Ni lo sueñes que me voy a tomar eso, Bri... Martina.

—No se toman, sólo las voy a encender, y me da lo mismo lo que me digas, lo haré de todos modos.

Sólo se oyó el gruñido de José Ignacio, al que, para calmarlo un poco, Antonia, la dulce Antonia, le apretaba la mano. Aunque ya casi no se la notaba, porque él se la estaba casi aplastando desde que se había puesto a su lado.

—Anto, ¿sabes cómo llamaba a José Ignacio cuando éramos pequeños?

—Ni se te ocurra —dijo él.

—Nacho, Nachín, ponte el calcetín —cantó Brisa.

Antonia no pudo contener la risa y soltó unas sonoras carcajadas que a ella misma le estaban sirviendo como medicina, alegrándole el alma, que tan apagada había tenido desde la mañana.

José Ignacio, aun fulminándolas con la mirada, para sorpresa de ellas, también terminó riéndose.

—¿Ves?, de algo han servido mis hierbas —dijo Brisa.

Al cabo de un rato sonó el teléfono de Antonia y ella aprovechó para salir y dejar solos a los hermanos. Sentía que entre ellos había mucho amor fraternal perdido y se sentiría feliz si podía contribuir a unirlos aunque fuera un poco.

Era Francisca, histérica por la boda. Quería saber si ya tenía el vestido y todo listo. Para ella, ésas eran las cosas importantes. No saber cómo estaba o dónde estaba, eso era trivial, lo primordial era controlar qué se pondría. Se alarmó cuando Antonia le dijo que aún no tenía nada listo. Había visto algunos vestidos, pero la verdad era que aún no había decidido nada.

Tras soltarle un largo sermón, quedaron en verse al día siguiente. Antonia aceptó obligada y entró molesta por ello en la habitación.

José Ignacio, que la conocía muy bien, le preguntó:

—¿Quién era, cariño? ¿Qué pasa?

—Nada, amor, era Francisca, que me ha gritado hasta cansarse —contestó desganada.

—¿Y eso por qué? —preguntó Brisa, adelantándose a su hermano.

—Porque se casa dentro de siete días y yo aún no tengo el vestido —contestó tan tranquila.

—¿Qué?! ¿Cómo que no tienes el vestido? —exclamó José Ignacio horrorizado—. Dime que es broma, Antonia, por favor.

—Qué exagerado, eres igual que mi hermana. No, no tengo el vestido, ya lo compraré el fin de semana —respondió.

—Dame el móvil, pásamelo —ordenó él, molesto.

—¿Para qué? —quiso saber Antonia.

—Tendrás que perdonarlo, cuñadita —dijo Brisa, que sabía perfectamente lo que su hermano iba a hacer. Pero esta vez deseaba ver la reacción de su nueva amiga.

Antonia le entregó el teléfono y bromeó:

—Tome, amo, ¿necesita algo más?

—¡Vaya! Veo que jugáis a señor y señora Grey. ¿Por qué creo que el papel de amo te queda perfecto, hermanito? Aunque viéndote así postrado y con esos ojos furiosos, te pareces más al señor Zimmerman, pero no te veo en plan de compartir. —Se rio Brisa.

—¿De qué estás hablando? ¡Estás loca! Ahora también desvarías —preguntó molesto al ver que lo que decía su hermana no le era ajeno a Antonia, pero sí a él.

—Mi cuñadita me entiende, ¿verdad, Anto? —dijo Brisa, riendo.

—Absolutamente, pero déjame decirte que de José Ignacio se puede hacer un libro sólo para él. No necesita del sado ni del voyeurismo para entretener, tiene suficiente morbo por él solito —contestó divertida, haciendo reír aún más a Brisa.

—¿Ahora le vas a contar nuestras intimidades? ¿Por qué no salís y me dejáis descansar? ¡Fuera, ya! —añadió enfadado.

Ambas se miraron y decidieron que era mejor dejarlo solo. Cuando se ponía así, no lo aguantaba nadie. Pero antes de irse, se miraron y dijeron al unísono:

—¡Adiós, amo!

Salieron de la habitación riendo como si fueran dos grandes amigas de toda la vida. Fueron a la cafetería, donde se tomaron unos zumos naturales. Aunque Antonia se moría por un café, quería respetar a Brisa y pidió lo mismo que ella.

—Anto, a mí me puedes decir la verdad, ¿estás bien? Puedes confiar en mí.

—La verdad es que adoro a tu hermano y por otra parte siempre he

querido tener hijos, pero ahora lo estoy eligiendo a él. Espero no equivocarme. En este momento creo que aún lo estoy asimilando —respondió sinceramente.

—Sólo confía en ti, Anto, en tu corazón. El mundo es redondo, muy redondo y, aun así, la madre tierra es caprichosa; si no, míranos a José Ignacio y a mí. Sé que me quiere y yo lo adoro, pero tiene la espina del abandono clavada en su corazón. Cree que mi madre lo abandonó, pero ella no lo abandonó, es sólo que no estaba preparada para tenerlo. Por él perdió al amor de su vida, mi padre es sólo un consorte con nombre y apellido.

»Luego está mi abuelo, que después de muchos años cayó enfermo de alzhéimer cuando José Ignacio aún era un adolescente y para blindarlo le legó todos sus bienes. O sea, mi hermano cree que el amor se mide por cosas materiales.

»Y después estoy yo, que me fui de casa a los diecisiete años. Necesitaba salir de ese sitio. Si no hubiera sido por Irene, qué habría sido de nosotros. Pero José Ignacio nunca entendió que yo no lo estaba abandonando, sólo estaba emprendiendo mi propio camino, buscando mi rumbo, mi norte.

»Y también está la pobre de Irene, que es incondicional de mi padre, yo creo que lo ama en silencio. Cuando José Ignacio se fue de casa, muy joven, le pidió que se fuera con él, pero ella se negó. Yo sé que no quiso dejar a mi padre solo, no es fácil vivir con Elizabeth y alguien tenía que ser su apoyo; eso es Irene para mi padre, su apoyo, aunque en su corazón albergue otras intenciones. Eso tampoco lo entendió José Ignacio, también se sintió abandonado.

»Y lo más importante, Antonia, su padre biológico. Ésa es su mayor espina. Él fue el primero en abandonarlo. El miedo de José Ignacio, su verdadero temor, es engendrar un hijo con toda esta carga emocional y transmitírsela genéticamente. O sea, se está privando de lo más hermoso que puede hacer un ser humano para salvar un alma inocente que ni siquiera ha nacido, y lo peor es que no se da cuenta. Aunque ahora ya es tarde.

Antonia veía sentada delante de ella a Brisa Marina, pero en realidad era como estar hablando con Sigmund Freud. Había hecho un análisis perfecto de la situación. Había dado en el clavo con José Ignacio y él no se había enterado. En cierta forma se estaba inmолando y no lo sabía. Al comprenderlo, sintió cómo las mejillas se le humedecían.

Brisa, al verlo, la abrazó y la acercó a ella, acariciándole el pelo.

—Llora, Antonia, llora, libérate, libera tu alma, tu espíritu. Vuela, sé la paloma de la paz, ésa es tu misión, traerle paz a mi hermano. Eso eres. Desde hoy, para mí serás Paz —dijo, abrazándola más fuerte, para que soltara todas las energías y se liberara.

Tras un silencio cargado de emociones, se levantaron y se fueron. Brisa acompañó a Antonia hasta la habitación para despedirse de su hermano, que iba a pasar la noche en la clínica.

Al día siguiente regresaría a su torre de marfil, donde se protegía de todo y de todos; él era su propio guardián.

Al entrar, José Ignacio se alegró, llevaba mucho rato solo. Ya echaba de menos a Antonia y, aunque no quisiera reconocerlo, también a Brisa.

—Cariño, todo listo. Mañana por la tarde te llevarán unos vestidos a mi casa. Como no sé qué te gusta, te llevarán de Armani, Tommy Hilfiger, Jimmy Choo, Alexander McQueen... y así podrás elegir el que más te guste. Y claro, el que más me guste a mí también.

—¡No! Yo no soy una muñeca para que me tengas que vestir. ¿Qué te has creído, que puedes hacer conmigo lo que te dé la gana? No, querido, estás muy equivocado. Yo elegiré el vestido que quiera y el que yo me pueda costear, no el que tú me quieras comprar. Seguro que uno de esos que dices valdrá mi sueldo de varios meses. Y ten claro que con eso no voy a transigir, te lo advierto —concluyó, mirándolo desafiante y resuelta.

José Ignacio nunca la había visto tan decidida. Comprendió que, aunque su intención era buena, Antonia nunca lo aceptaría, y para arreglarlo, pues sabía que se había equivocado al ningunear sin querer a la mujer más importante de su vida, miró a su hermana suplicándole ayuda con la mirada.

—Anto, te doy toda la razón en que quieras elegir tu vestido —expuso, mirando a su hermano, que no entendía nada. Le había pedido ayuda, no que lo hundiera aún más—. Pero creo y sé que la intención de José Ignacio es verdaderamente de todo corazón. Si no quieres que te regale el vestido, cosa que de verdad entiendo y con la que estoy absolutamente de acuerdo, por lo menos deja que pague sus pecados regalándote los zapatos y el bolso, ¿no crees que es justo? Así te cobras el mal rato que te ha hecho pasar.

—Viéndolo desde ese punto de vista, claro que sí, Freud —accedió ella más contenta.

Horas más tarde Antonia se despidió de José Ignacio. No lo quería dejar, pero ya era tarde. Después de muchos besos y muchos «te quiero», se marchó a su casa. Al día siguiente, con todo el dolor de su corazón, tenía que volver al trabajo. Pero era viernes y tendría todo un fin de semana para estar con él. Ése era su premio de consolación y lo aceptaron gustosos.

Al día siguiente, muy temprano, Antonia lo llamó para saber cómo estaba. Él le dijo que bien y que después de hablar con el médico recibiría el alta. Pero lo más agradable que le dijo fue que su hermana lo llevaría a casa y esa noche cenarían los tres juntos.

Al haber faltado el día anterior al trabajo, Antonia tenía muchas cosas pendientes. En el primer momento libre que tuvo llamó a su abuela y quiso hablar con Javier; aunque estaba a salvo, se preocupaba por él. Quería que realmente estuviera bien y que su vida comenzara a normalizarse.

Javier le contó que estaba avanzando mucho en el huerto con el sistema de riego y que María lo trataba como si fuera su nieto. También le contó que se había comunicado con el fiscal y que la investigación marchaba correctamente, que sólo le quedaba que lo llamaran para declarar, pero que todo iba bien.

Antonia, después de comerse un sándwich para almorzar, fue a buscar a Carmen; quería hablar con ella y contarle lo que en realidad sucedía con el señor Zúñiga.

La mujer dijo que la invitaba a un café y salieron del bufete para ir a una cafetería cercana.

Antonia se desahogó contándole toda la verdad y Carmen reconoció que ya lo sabía todo, y le dijo que la apoyaría en lo que fuera necesario, pero que se cuidara de Elizabeth, que era una verdadera arpía, sólo pensaba en ella y nada más que en ella y sólo si le sobraba espacio para pensar, lo hacía en sus hijos. En cambio Roberto era muy bueno y de él sí se podía fiar. También le habló de Martina, y lo hizo con mucho cariño. Le explicó que la niña había crecido prácticamente sola y que cuando su abuelo se puso enfermo, prefirió marcharse de casa.

En realidad, no le dijo nada que Antonia no supiera, pero no entendía muy bien por qué Carmen sabía tanto de la familia.

—Carmen, ¿te molesta si te hago una pregunta?

—Claro que no, Antonia, dime, aunque creo que sé lo que quieres saber
—respondió la sabia de Carmen.

—¿Cómo es que sabes tanto de José Ignacio? ¿Y por qué Gabriel dice

que es su sobrino? Cuando le pregunté a José Ignacio, me dijo que no lo era. No entiendo.

—Todas las familias tienen secretos y éste es uno de esos que se debe guardar. No es mi secreto y no puedo contártelo, yo sólo lo conozco, y por eso mismo te advierto sobre Elizabeth. Y si José Ramón, el abuelo de tu amor, estuviera bien, también te advertiría respecto a él, pero como está enfermo ya no es un peligro para nadie —concluyó con convicción.

—Pero, Carmen, ahora sí que no comprendo nada. Según lo que me ha contado José Ignacio, su abuelo es una buena persona.

—Y así es, Antonia, con los suyos fue la mejor persona, pero por proteger a su única hija acabó arruinándole la vida, y bueno... —suspiró—, ya sabemos cómo terminó la historia: con un matrimonio arreglado en pleno siglo veinte.

Las dos se volvieron al bufete, aunque ahora Antonia estaba aún más confusa. Lo que sí sabía era que en aquella familia existía un gran secreto que los había marcado a todos de una u otra manera, y de lo que sí estaba segura, por lo poco que los conocía, era de que todo, absolutamente todo, lo arreglaban con dinero. Pensó que en un futuro próximo se lo preguntaría a José Ignacio o, tal vez, más adelante, se atreviera a preguntárselo al señor Montt, pero aún no era el momento adecuado.

A las seis en punto de la tarde llegó Francisca a buscar a Antonia, y, con todas sus ínfulas y la antipatía que la caracterizaba, le pidió a Carmen que la avisara, sin siquiera saludarla, aunque ya la había visto varias veces.

Antonia abrazó a su hermana cuando ésta entró en su despacho. Después de tanto llorar el día anterior, tenía la cara bastante hinchada y los ojos un poco rojos, y Francisca, con su habitual falta de tacto, le soltó:

—Antonia, ¿no sabes que existen cremas para esa cara, o gotitas para los ojos? Siempre digna, hermana, ése es el lema. Además, ahora debes empezar a preocuparte más por tu persona; si quieres tener a un hombre como el que tienes, no debes descuidarlo —concluyó, como recitando un decálogo de instrucciones para retener cautivos a los hombres, cosa que molestó mucho a Antonia. Pero no quería terminar el día con discusiones, así que, como siempre, se limitó a escucharla.

—Hablemos de otra cosa, cuéntame, ¿ya lo tienes todo listo para el sábado? —preguntó Antonia; sabía que sacando ese tema lograría distraerla.

—Sí, Anto, estoy muy contenta, todo está ya listo. El sitio, la cena, la iglesia, las flores, los invitados, todo debidamente confirmado, serán trescientos cincuenta y dos en total.

—¡Tantos! —exclamó Antonia horrorizada, aquello no era una boda, era un evento—. Pero ¿de dónde ha salido tanta gente, a tantas personas conoces?

—Qué dices, no conozco ni a la mitad, casi todos son compromisos, otra parte familia de Carlos y amigos suyos, unos pocos amigos míos y el resto invitados de María Gracia. Pero la verdad es que estaría más tranquila si tú también lo tuvieras todo listo —respondió con sarcasmo.

—Francisca López, ¿alguna vez te he fallado?

—No, Anto, nunca —reconoció.

—Entonces, hermanita, no me jodas y dime de una vez por todas qué era eso tan urgente que me querías enseñar.

—Sí, claro, lo que quiero es llevarte a conocer mi casa nueva. ¿Vamos?

—Si para eso has venido, ¿para qué preguntas, Fran? —replicó ella cariñosamente.

Subieron al moderno coche de Francisca y siguieron hablando de la boda, aunque Antonia ya no quería saber más del asunto. Contaba las horas que faltaban hasta que se acabara todo el show.

Cuando llegaron a la fastuosa nueva vivienda de su hermana y Carlos, Antonia se quedó maravillada. Era grande, de estilo colonial, con un jardín delantero repleto de flores y un camino de piedra que llevaba a la entrada.

Al llegar, Francisca se extrañó al ver allí el coche de Carlos, no tenía la menor idea de que estaría ahí y decidió darle una sorpresa.



Antonia preguntó por qué dejaban el coche fuera de la verja y no entraban directamente con él hasta la puerta, a lo que Francisca le respondió que para sorprender a Carlos.

Ella no se había dado cuenta de que el coche de éste estuviese allí y no le gustó la idea. Prefería relacionarse con él lo menos posible, pero ya no había nada que hacer.

Entraron sigilosamente por la parte de atrás, al interior de la silenciosa casa. Antonia vio lo bonita que era y lo bien decorada que estaba, no se podía negar el buen gusto de Francisca. Era todo muy fastuoso, grandes jarrones en los salones, una mesa de vidrio cuadrada en el comedor, muebles de maderas nobles, tapices a juego con el tono de las paredes y cortinas semitransparentes, a través de las cuales se podía ver aunque estuvieran corridas y no dejaran pasar la luz del sol. En las paredes había litografías auténticas de algunos artistas muy conocidos y Antonia también vio una escultura parecida a una que poseía José Ignacio.

Al verla, pensó que seguro que había sido regalo suyo, no era tan grande como la que él tenía en su casa, pero sí de un tamaño considerable. Eso la hizo sonreír, nadie más regalaría algo así.

Subieron la escalera en dirección al dormitorio; no habían visto a Carlos, por lo que suponían que debía de estar arriba.

—¿No crees que te has pasado al poner tantas fotos tuyas, Fran? — preguntó Antonia, al ver que la pared de la escalera estaba llena de ellas. Francisca en la playa, Francisca en la nieve, Francisca en la piscina, Francisca en el desierto de Atacama, Francisca de frente, Francisca de espaldas... todas en blanco y negro.

—Tú no sabes nada de arte, Antonia, son fotos de contraste, ¿no te has dado cuenta? —dijo, como si fuera una importante galerista.

—Oh, sí, claro, disculpa. Es que para mí, que soy tan simple, eso se llama sólo narcisismo.

Después de ver su pequeña exposición de arte, siguieron subiendo hasta llegar a la habitación de matrimonio.

Francisca abrió la puerta para enseñársela a Antonia y de repente se quedó muda, paralizada, y notó que empezaba a marearse. Se tuvo que apoyar en la puerta para no caerse, mirando con los ojos muy abiertos.

La imagen que tenía delante era devastadora, por un momento pensó que se trataba de una pesadilla, pero el leve roce de Antonia la hizo volver a la realidad.

No era una pesadilla, aquello estaba pasando realmente. Ante sus desorbitados ojos, Carlos, su Carlos, estaba de rodillas, con el miembro de su amigo Tomás en la boca. Ambos estaban completamente desnudos.

Tomás, al notar la leve ráfaga de viento al abrirse la puerta, apartó los ojos de Carlos, que, con toda pasión, lo miraba también. Se quedó quieto, desconcertado.

—¡¡Carlos!! —gritó Francisca—. Pero ¿¡qué mierda estás haciendo!?

—Fran, cálmate —pidió Antonia, al verla así.

—Princesa... —susurró él, dándose la vuelta y quedándose también paralizado al verse descubierto por ella, además, acompañada de Antonia—. Te lo puedo explicar.

Tomás, mientras tanto, se tapaba como podía, acercándose a la cama en silencio para recoger su ropa.

—¡Por Dios! —gritó entonces Antonia—. Cállate si tienes algo de dignidad, Carlos. ¿Crees que somos imbéciles?

—Tú cállate, no tienes nada que hacer aquí —vociferó él, furioso por la situación, mientras también se vestía. Sabía que podía arreglarlo, pero no si Antonia seguía allí—. ¡Fuera de mi casa!

—Carlos... —empezó a decir Francisca, pero no pudo seguir hablando.

—¡Esto no puede salir de aquí! —exclamó entonces un nervioso Tomás—. Nadie puede enterarse, arréglalo, Carlos —ordenó mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¡Eres un cobarde! ¡Sois un par de cobardes! —gritó histérica Antonia, mirándolos alternativamente, mientras sostenía a su hermana, que se estaba desvaneciendo.

—¡Cállate te he dicho! ¡Y vete de aquí!, no empeores más las cosas —

dijo Carlos más calmado, pero con la misma intensidad de antes.

—No tienes vergüenza, ni siquiera ahora eres capaz de admitir tus errores, eres un cobarde —repetía Antonia, fulminándolo con la mirada—. ¡Acepta de una vez lo que has hecho! Sé hombre por una vez en tu vida y reconoce tu condición. ¿O acaso también vas a negar a Tomás? Y tú, Tomás, te creía una persona sensata, pero ahora estás huyendo también. ¡Eso es lo que sois los dos, un par de cobardes de mierda!

Tomás la miraba paralizado, mientras ella movía la cara de su hermana para que volviera en sí.

—Fran, Frani, por favor, mírame, Frani —decía, mientras la seguía moviendo.

Francisca abrió los ojos lentamente, mientras Carlos se movía por toda la habitación, pasándose las manos por el pelo.

—¿Estás bien, Fran? —le preguntó Antonia, bajito.

—Princesa, escúchame, tienes todo lo que querías en el mundo, escúchame —suplicó Carlos acercándose a ella bajo la mirada asesina de Antonia y la entristecida de Tomás, que aún seguía en la puerta.

—Eres un... —volvió a gritar Antonia.

Mientras, Francisca, en una fracción de segundo, se dio cuenta de lo que sucedía. Su cuento de hadas se estaba desmoronando de golpe, su dignidad estaba siendo pisoteada, tendría que volver a ser la de antes.

No, eso sí que no, no lo permitiría.

Sería ella quien dominaría la situación y, con la mente fría, se incorporó un poco e intervino sin dejar que su hermana terminara la frase.

—Antonia, déjanos solos, por favor, voy a hablar con Carlos. Hazme caso, voy a estar bien, por favor —le pidió con los ojos sin vida.

—¡Francisca! Por favor, no puedes... —Antonia se percató de lo que su hermana iba a hacer y se horrorizó más por eso que por lo que acababa de presenciar.

—Te lo acabo de decir, Antonia. Sal de mi casa ahora —siseó Carlos, mirándola con desprecio y una sonrisa triunfal en los labios.

—Cállate, Carlos —bufó Francisca.

Antonia se levantó lentamente y ayudó a su hermana a incorporarse. Luego se dirigió a la escalera, pero antes de marcharse, oyó que Francisca le decía:

—Antonia, si no quieres que José Ignacio se entere de que Javier está en

casa de la abuela, no digas nada, olvida todo lo que has visto, ¿me oyes?

Antonia sintió como si el cielo se derrumbara sobre ella: su propia hermana la estaba amenazando. No daba crédito, no podía entenderlo. Definitivamente, Francisca pertenecía a ese mundo de engaños y secretos. Lamentó su suerte, pero ella no podía hacer nada, su hermana forjaría su propio destino.

—No necesitas amenazarme, de todos modos, no me corresponde a mí divulgar vuestro secreto. Y en cuanto a ti, Carlos, ser gay no es ninguna vergüenza, pero tú eres peor que una rata, eres un cobarde, y mi hermana y tú os merecéis el uno al otro. Sois tal para cual. Adiós, Francisca —concluyó, con lágrimas en los ojos.

—Antonia, espera, por favor —le rogó Tomás, siguiéndola—. Déjame explicarte, por favor, dame la oportunidad. No me juzgues sin saber, te lo ruego —le pidió de corazón.

—No tienes nada que explicarme, Tomás, y descuida, yo no diré nada. ¿O también vas a amenazarme? —preguntó, deteniéndose en mitad de la escalera.

—Antonia, yo amo a Carlos desde siempre, pero él nunca va a aceptar su condición. Yo hago lo que él me pide, no quiero perderlo, Antonia, por favor, entiéndeme —suplicó Tomás, cogiéndole las manos. Estaba a punto de llorar.

—Tomás —comenzó a decir ella, mientras le apretaba las manos—, yo no soy quién para juzgarte, pero creo que el que va a salir más perjudicado eres tú. Ellos van a arreglar su situación, te lo aseguro. Me duele en el alma reconocerlo, pero mi hermana seguro que algo pedirá, Carlos se lo dará y luego te buscará de nuevo. Si tú estás dispuesto a vivir así, yo no tengo nada que decirte. —Y luego añadió, acariciándole la cara para que se relajara un poco—: Y no te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. No le voy a decir nada a nadie, ni siquiera a José Ignacio, te lo prometo.

—Gracias, Antonia, gracias, de verdad —repetía Tomás, sin soltarle las manos.

Una vez fuera de la casa, Antonia no sabía qué hacer, adónde ir. No podía llamar a José Ignacio, que estaba convaleciente y, por otra parte, había prometido guardar el secreto. Un nuevo secreto. En muy poco tiempo le estaba ocultando demasiadas cosas. No era justo para él y en su interior sabía que las cosas no acabarían bien.

Mientras tanto, Francisca, en el interior de la vivienda, se disponía a hablar con Carlos.

—Princesa, escúchame... —empezó él.

—No, Carlos, escúchame tú a mí —lo cortó ella, mientras una lágrima rodaba por su mejilla, que bruscamente se secó—. Tienes razón, me lo has dado todo. Ahora entiendo muchas cosas de nosotros, de tus actitudes. Yo no te intereso lo más mínimo. Pero tú quieres mantener las apariencias y yo quiero ser alguien en la vida.

»A partir de ahora, esto nuestro es una sociedad a partes iguales. Yo te proporciono la fachada de hombre perfecto, intachable, y tú me das todo lo que siempre he soñado. Si no aceptas, te juro por Dios que mañana se lo contaré todo a la prensa y, aunque será tu palabra contra la mía, que no soy nadie, sembrará la duda sobre tu honor y tu hombría. Y tanto tú, como yo, como tu familia, vivimos de eso, ¿estás de acuerdo?

—Sí, princesa —contestó él, aclarándose la voz. Estaba asombrado, tenía delante un monstruo, pero sabía perfectamente cómo controlarlo—. Estoy de acuerdo.

—Desde hoy, ya no soy más «princesa». Cuando estemos juntos, sólo nos llamaremos por nuestros nombres, cuando estemos con más gente, seremos la parejita feliz. Puedes vivir tu vida como mejor te plazca, puedes estar con cuantos hombres quieras, yo haré lo mismo por mi lado.

»Ah, antes de que me olvide, el lunes a primera hora iremos al Registro Civil con un abogado de mi confianza y nos casaremos en régimen de bienes compartidos, y, por supuesto, olvida el acuerdo prenupcial que ya está firmado. Lo anularemos el mismo lunes. El sábado celebraremos la boda en la iglesia, como ya está programado. Tú verás qué le dices a tu madre. ¿Estás de acuerdo?

—No me dejas alternativas. Eres una...

—No, mi príncipe, no tienes a tu suerte. Ya sabes que las mujeres somos muy volubles y aún faltan días para la boda.

Carlos salió de la habitación furioso, dando un portazo que hizo que todas las ventanas temblaran.

Al oír cómo arrancaba el coche y se marchaba, Francisca se desplomó en la cama y lloró. Sacó todo lo que tenía dentro, gritó, pataleó, arrasó con todo a su paso. Había conseguido lo que ansiaba en la vida, pero a un precio muy muy alto. A partir de ahora estaría sola en su bonito palacio, sin príncipe, y ella ya no era ninguna princesa, se había convertido en la mismísima bruja de su propio cuento.

Aunque no estaba enamorada de Carlos, sí lo quería y lo deseaba por las noches. Ahora sólo obtendría su dinero y apagaría su incendio interior aprovechándose de eso. Podía enamorarse de cualquiera, ya no importaba nada ni necesitaba nada material, pues había asegurado su futuro. De la peor forma posible, pero lo había hecho, y de eso sacaría el mejor partido.

José Ignacio estaba preocupado, había llamado a Antonia muchas veces, pero no le cogía el teléfono. No sabía nada de ella y ya eran pasadas las doce de la noche. En contra de la opinión de Martina y con todos los dolores que sentía, fue a buscarla a su casa.

Como tenía llave, abrió y entró y la encontró en el suelo del salón, con una botella de whisky en las manos y en un estado absolutamente deplorable. Estaba ebria y, por lo que él sabía de ella, era la primera vez en su vida.

—¡¡Antonia!! —exclamó preocupado.

—Nacho, Nachín, que se le perdió, hip, un calcetín, ¿qué haces aquí?

—Antonia, cariño, estás bebida. Dame eso —le ordenó, agachándose a su lado para quitarle la botella de las manos; ya no quedaba prácticamente nada—. ¿Qué pasa? Dime, ¿estás bien? ¿Por qué estás bebiendo?

—La vida es una mierrrda, mi hermana es una mierrrda, yo soy... —contestó riendo, casi sin que se le entendiera lo que decía.

—Chis, calla, cariño, ¿qué sucede? Ven, siéntate aquí conmigo —le pidió, cogiéndola por la cintura para levantarla y apartándole el pelo que se le había pegado a la cara.

—El que dijo que había que beberr para olvidar mintió, no sabía nada... —decía hipando y arrastrando las palabras—. No me muevas, que todo me da vueltassss...

—¿Estas así por Francisca? —preguntó nervioso, esperando que ésa fuera la respuesta.

Si fuera así lo entendía, pero, si no, se volvería loco tratando de averiguar qué le pasaba. La situación lo descolocaba. Ella siempre tan compuesta, ahora estaba en aquel estado.

—Chis, no me grites. Sí, por esa... esa desagradecida, por el ma... no te puedo decir... por Carlos, por mí, por ti, por todo, estoy a... go... ta... da, déjame dormirrr.

—No, cariño, ven, vamos al cuarto de baño, te voy a bañar —dijo divertido, ahora que ya le había dicho el motivo, se había relajado.

—Mmm, te quieres aprovechar de mí, lo sabía. ¿Qué quieres, dime? ¿Quieres que me quite la ropaaaa? ¿O que te baile? Pide, aprovechaaa —decía, mientras se acercaba más a él y bajaba la mano para tocarlo.

—No, cariño, ven. Nunca me aprovecharía de ti y menos en este estado —contestó serio.

No le gustaba que ni en broma ella pensara una cosa así de él.

—Yo sí me podría aprovechar de ti, ¿y sabessss qué?, me gusta mirarte. Me gusta tu culo, tu...

—Silencio, no digas nada de lo que te puedas arrepentir mañana —le dijo, mientras la cogía de la mano para llevarla hasta el cuarto de baño.

Una vez allí, empezó a llenar la bañera y, mientras dejaba a Antonia sentada en la taza del váter, fue a buscar un café bien cargado. Cuando se lo llevó, le ordenó cariñosamente:

—Toma, bébelo entero. Con esto se te pasará un poco la borrachera.

—¿Y para qué quieres que se me quite la borrachera?! Con lo que me ha costado la botella, déjame por lo menos disfrutarla —pidió ella muy seri a.

José Ignacio se echó a reír y empezó a quitarle la ropa sin morbo alguno, sólo quería que se metiera en el agua calentita y que así desapareciera aquel nefasto olor. Aunque en realidad a él eso le daba lo mismo, le gustaba su Antonia en cualquier estado, incluso así era divertida.

Con un brusco movimiento, Antonia terminó de quitarse la blusa, volviendo la cabeza demasiado rápido, lo que hizo que el estómago se le revoliera y comenzara a sentir arcadas subiéndole por la garganta.

Al verlo, José Ignacio la levantó rápidamente y abrió la tapa del inodoro poniéndola frente a éste, sujetándole la frente para que no se cayera sobre la taza.

—Pero ¿qué crees que...? —No alcanzó a terminar la frase cuando ya estaba vomitando, sacando todo el whisky que se había tomado.

Las arcadas la hacían temblar. Ya no tenía nada que expulsar, pero seguía convulsionándose, era como si su cuerpo quisiera expulsar todos los males que la aquejaban desde lo más profundo de su ser.

José Ignacio la sujetaba firmemente, apartándole el pelo con la otra mano.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, cuando notó que dejaba de moverse.

—No. Por favor, sal de aquí, qué vergüenza —respondió Antonia, llevándose las manos a la cara para no verlo.

—No pasa nada, no me voy a ir aunque me lo ruegues —replicó serio y, ayudándola a levantarse, la llevó hasta el lavabo y le dio el cepillo de dientes.

Antonia se los lavó y luego volvió a sentarse. Aún estaba mareada. Él terminó de quitarle los pantalones, la cogió en brazos y, lentamente, la metió en el agua caliente, haciéndola suspirar.

Comenzó a enjabonarle la espalda con delicadeza, para luego seguir por el cuello, el estómago; pasó la esponja por sus senos como si éstos fueran simplemente una parte más del cuerpo. Aunque sintió unas ganas casi irrefrenables de acariciarlos, sabía que aquél no era el momento. Antonia se relajó visiblemente y se recostó en la bañera cerrando los ojos y suspirando hondo de vez en cuando.

José Ignacio estaba embelesado mirándola, no con lujuria, como había hecho ya tantas veces, sino con verdadera idolatría, con devoción.

—¿Sabes?, creo que habrías sido un excelente padre y nunca hubieras abandonado a tu hijo —murmuró ella, sacándolo de su ensoñación.

—¿Qué dices, cariño? No digas tonterías —respondió suave pero molesto.

—No son tonterías. Creo que debe de haber alguna razón poderosa para que tu padre te abandonara —continuó diciendo ella, mientras, sin entender por qué, José Ignacio la seguía escuchando—. ¿Se lo has preguntado alguna vez a tu madre o a tu abuelo?

—No, Antonia, y no creo que éste sea el mejor momento para hablar de ello. No quiero tocar este tema y menos contigo en este estado —replicó, decidido a dar por finalizada la conversación, aunque una pequeña espina se le quedó clavada en el corazón. Era verdad, nunca lo había preguntado.

Pero Antonia nuevamente lo sacó de sus pensamientos.

—Ya que no vamos a poder tener hijos, por lo menos podrías regalarme un gato.

José Ignacio volvió a reír a carcajadas, encontraba muy divertida la situación.

—No, cariño, gatos no, esas bolas de pelo no me gustan.

Antonia bufó, moviendo las manos para salpicarlo de agua.

—No puedo tener nada, eres un egoísta.

José Ignacio estaba absolutamente empapado y, sin importarle, la

estrechó contra su pecho, quedándose aún más mojado de lo que estaba.

—Perdóname, cariño, lo sé, soy un egoísta y un insensible, por eso necesito siempre tu amor y tu perdón —suplicó con vehemencia.

Antonia, sin darse cuenta de sus súplicas, contestó:

—Te perdono si me compras un gato.

Después del baño, José Ignacio la llevó hasta la cama, la metió dentro y se acostó también acurrucándose detrás de ella. Necesitaba su calor para sentirse un poco mejor.

Al día siguiente, Antonia sintió como si algo la estuviera quemando. Era un rayito de sol que se colaba entre las cortinas, pero le daba directo en la cara. Le parecía como si miles de agujas se le clavaran en la cabeza, además de sentir como si su cerebro quisiera salir de ella.

Abrió un poco los ojos, arrugando la nariz y luego se levantó lentamente. En la mesilla vio un vaso de agua y un par de aspirinas junto con una nota.

Tómatelas cuando te despiertes. Nos vemos más tarde.

Te quiere,

José Ignacio

—¡No! Oh, Dios, no —dijo Antonia, acordándose del espectáculo que había dado la noche anterior.

Los vómitos, lo que le había dicho de su padre. Se quería morir. Se tumbó otra vez en la cama sintiendo nuevamente que la cabeza le pesaba toneladas. Qué vergüenza. ¿Qué más le había dicho o preguntado? No se acordaba de muchas más cosas.

Notó un sabor metálico en la boca, y otra vez tuvo arcadas. Corrió al baño y luego se lavó los dientes. Volvió a la mesilla y se tragó las dos aspirinas, esperaba que la ayudaran a sentirse mejor.

Se puso un vestido muy suelto, porque todo roce la molestaba, y sintió que la luz la estaba volviendo loca. Se rio pensando en cómo se sentirían los vampiros con la luz del sol. Buscó a *Matías* para alimentarlo y lo envidió al verlo tan tranquilo, tomando el sol sobre su roca.

La casa estaba ordenada, como si nada hubiera sucedido. Eran pasadas las dos de la tarde y no quería llamar a José Ignacio, se moría de vergüenza. Trataba de recordar qué más le había dicho, pero sólo tenía vagos recuerdos

de algunos fragmentos.

Fue a la cocina para prepararse una ensalada, se sentó en el suelo del salón con las piernas cruzadas y empezó a pensar en su hermana, en lo dura que sería su vida a partir de entonces. Pero ella ya no la apoyaría más, la última concesión que haría sería ir a su boda, pero lo haría por José Ignacio. Sabía que no habría ninguna excusa que él creyera para no ir, a no ser que estuviera bajo tierra, y eso no sucedería.

Necesitaba hablar con alguien, desahogarse, pero no sabía con quién, hasta que notó una brisa de aire fresco entrar por la ventana y se acordó de su nueva mejor amiga, Brisa Freud.

Buscó su teléfono y se dio cuenta de que no lo tenía, así que tendría que esperar hasta el día siguiente y buscarlo en el bufete. Estaba pensando en todo eso, cuando se abrió la puerta y entró José Ignacio, con una camiseta blanca con cuello de pico y unos vaqueros claros que lo hacían parecer un modelo de anuncio de perfume. Iba muy cargado, con una gran caja en cada brazo.

—Buenos días, bella durmiente, ¿cómo estás? —preguntó, acercándose a ella para besarla.

—Me duele la cabeza, se me parte, para ser más exacta. Disculpa por no haberte cogido las llamadas. No sé qué me pasó ayer, discutí con Francisca y esta vez es en serio, creo que ya no habrá vuelta atrás —explicó, acercándose a él—. ¿Qué traes?

—Dos regalos, cariño, uno para ti y otro para mí —dijo, dejando una de las cajas en el suelo y la otra apoyada en la mesa—. Éste es para mí —señaló, comenzando a abrir el paquete y sacando de él una moderna cafetera—. Ya que me voy a despertar contigo, por lo menos quiero beber un buen café —añadió riendo.

—¿Por lo menos? —repitió risueña—. ¿Tan malo es dormir aquí?

—Hasta hoy era un gusto, pero ahora... no sé —respondió, mirando la caja del suelo.

—Gracias por la parte que me toca —contestó ella.

—Ábrela —dijo él, señalando la caja.

Antonia se agachó y, al acercarse a la caja, notó como un rasguño contra el cartón. Miró a José Ignacio, que se encogió de hombros divertido, y rápidamente la abrió. Dentro había una pequeña bola de pelo color crema y unos intensos ojos azules que la miraban asustados.

—¡Un gato! —gritó eufórica—. ¡Un gato! Mi gato, me has comprado un

gato —repetía, sacando al animalito de la caja para acunarlo contra su pecho y besarle la cabecita.

—Bueno, ya que no tendremos hijos, por lo menos tendrás gato —expuso él, haciendo alusión a lo que le había dicho ella—. Anoche me lo pediste, ¿recuerdas?

—Sí, pero tú dijiste...

—Sé lo que dije. Tienes razón, a veces soy muy egoísta y no quiero ser así contigo —confesó, besándola y rodeándola con los brazos, hasta que se oyó un maullido y se apartó instantáneamente—. ¿Ves?, ya empezamos con los problemas. Ahora no te puedo besar —se quejó risueño.

—Gracias, en serio, me encanta. Es muy bonito, ¿o bonita?

—Tú eres la única hembra en mi vida, así que es gato. Es un siamés, según me ha dicho el tipo de la tienda de animales, son los más fieles que existen y esta raza en especial; es como un perro pero en gato. ¿Cómo lo vas a llamar?

—Mmm —meditó mirando a su gato, mientras lo seguía besando—. Te vas a llamar *Siam*.

—¿*Siam*? —repitió José Ignacio, horrorizado por ese nombre tan raro.

—Sí, de siamés. ¿Te gusta?

—No —respondió carcajeándose—. Pero no me tiene que gustar a mí, es tuyo.

Antonia se lanzó a sus brazos y lo besó en agradecimiento, lo besó con tanta intensidad y alegría que en vez de un gato parecía como si le hubiese regalado una carísima joya.

Pasaron la tarde juntos y ella estuvo muy pendiente de su nueva mascota. Eso encoló a José Ignacio, que sabía que sucedería, pero decidió tranquilizarse y no decir nada. Un gato no era competencia en absoluto para él.

En un momento dado, cuando Antonia se levantó de la cama para ir a buscar algo, *Siam* se acercó hasta él y se acostó sobre su pecho. Justo cuando José Ignacio lo iba a quitar, llegó Antonia, prohibiéndoselo con la mirada y él no pudo hacer nada. En agradecimiento, ella se aproximó y le murmuró unas palabras al oído que lo excitaron sobremanera.

—Cariño, estás siendo cruel, lo sabes, ¿verdad? Cuando esté bien del todo me las vas a pagar y con intereses.

—Lo sé y me encanta. Ahora te debo a *Siam*, así que te lo pagaré como a ti te gusta.

—Algo se me ocurrirá. Además, no tendrás que esperar mucho, el médico dijo que cuando yo me sintiera listo ya podía retomar mi vida sexual, y ya estoy muy listo —contestó, atrayéndola hacia su cuerpo.

—¡Cuidado! Vas a aplastarlo. Por cierto, ¿cuánto tiempo tengo que tomar la píldora?

—Dos meses, después no será necesario, pero ése es el promedio de riesgo. No es tan terrible, ¿verdad?

—Contigo nada lo parece —respondió, acostándose a su lado con cuidado para no despertar a *Siam*.

—¿Sabes que me gustaría que fueras tú en vez de *Siam* la que estuviera sobre mí?

—Por supuesto que lo sé, pero estoy aquí, a tu lado —dijo suspirando.

—¿Me contarás qué pasó ayer? —preguntó, mientras le acariciaba el pelo.

—Sí, pero no ahora —respondió ella, poniéndose tensa y haciendo que José Ignacio también lo notara.

—Tienes que comprar el vestido, ¿qué has pensado?

—La verdad, nada, no he visto nada. Pero me da lo mismo, cualquiera estará bien.

—Ah, no, eso sí que no. Yo quiero que seas la más hermosa de la fiesta, así que o lo eliges tú o lo elijo yo, y no me importa lo que digas, ¿de acuerdo? —replicó él.

—Está bien, el lunes lo iré a mirar, te lo prometo. Lo único que sé es que, según mi hermana, su boda será apoteósica, ésas fueron sus palabras. Debería ir de negro, porque para mí es como ir a un funeral —soltó de pronto.

—¿Por qué dices eso? ¿No estás contenta de que se casen?

—No, en absoluto. Estoy segura de que no se aman, y sí, ése es el color del vestido que llevaré, negro. Te aseguro que será bonito y elegante, pero negro, y por favor, no me contradigas.

—Está bien, cariño, pero no me gusta verte así, tan melancólica.

«Si tú supieras...», pensó.

—Ya se me pasará, sólo necesito tiempo —dijo Antonia, apretándose más a él.

—¿Puedo pedir una compensación por haberte traído a *Siam*? —preguntó

él, levantándole la cara para besarla.

—Todo lo que quieras, te lo has ganado —respondió Antonia, poniendo los ojos chinitos, esperando que le pidiera algún favor que tuviera que ver con el sexo. Notó cómo los músculos de su bajo vientre comenzaban a celebrarlo con anticipación...



El domingo por la tarde, Antonia se encontraba en el salón del ático de José Ignacio, con un vaso de zumo de naranja en la mano y caminando de un lado a otro, mientras pensaba en lo ingenua que había sido al decir que sí a su propuesta.

—Si sigues así, terminarás por hacer un agujero en el suelo —dijo José Ignacio, divertido.

—Sabes que jugaste sucio, ¿verdad? Te aprovechaste de mí —replicó Antonia, mientras bebía su zumo—. No quiero que me des nada. ¿Cuándo lo vas a entender?

—Entonces devuélveme a *Siam* —repuso, aún más divertido.

—No.

—Ven aquí, deja de regañarme y ámame —pidió como si fuera un niño.

Antonia no se pudo resistir y llegó hasta su lado, poniéndose sobre él, comenzando a acariciarle el pelo, la cara y dibujando sus labios lentamente con su dedo pulgar, recibiendo de repente un mordisco.

—Bésame —ordenó él con su dedo entre los dientes, apenas entendiéndose lo que decía.

Estuvieron besándose sólo un momento, porque llamaron al timbre y, de mala gana, José Ignacio fue a abrir.

—Llegan tarde —le espetó molesto a su asistente, quien venía con sólo diez minutos de retraso.

—Señor, lo que pasa es que como ha llamado a última hora, he tenido que pedir que me abrieran las tiendas para usted.

—La justificación sólo agrava la falta, Manuela, si no puedes hacer tu trabajo...

—No te preocupes, Manuela, está bien, no tenemos ninguna prisa — interrumpió Antonia, pasando por delante de José Ignacio para que la pobre mujer no se sintiera tan mal.

Manuela conocía el carácter de su jefe y aun así estaba asustada, la pobre chica de la exclusiva boutique que la acompañaba estaba aterrorizada, se le veía en los ojos.

José Ignacio desafió a Antonia con la mirada, pero en esta ocasión, sobre todo tratándose de defender a alguien, ella no se amilanó ni un poquito.

—Supongo que todos los vestidos son de color negro —apostilló molesto, no le gustaba que lo contradijeran y menos en público.

—Sí, señor Zúñiga —asintió con seguridad su asistente—. ¿Dónde desea que los pongan?

Cuando José Ignacio señaló el lugar, Antonia se sorprendió al ver entrar a otra joven empujando un carrito lleno de perchas.

—¡Todo esto! —exclamó Antonia.

—Sí, cariño, te espero en el estudio. Manuela me avisará cuando estés lista y decidida —respondió José Ignacio, dándose la vuelta y dejándola sola, con tres mujeres y un colgador enorme.

Antes de empezar, Antonia les ofreció algo de beber; aunque en el piso se estaba fresco por el aire acondicionado, se las veía acaloradas, y no por el calor precisamente.

Antonia les pidió que la llamaran por su nombre.

Las chicas de la boutique comenzaron a sacar todos los vestidos, mientras Antonia se acercaba al perchero. Le había llamado la atención uno que estaba colgado al final.

—¿Puedo sacar éste? —preguntó.

—Seño..., perdón, Antonia, es que ese vestido el señor Zúñiga nos ordenó mostrárselo al final, dijo que primero viera éstos.

—Sí, pero el señor Zúñiga no está aquí con nosotras y les aseguro que yo no se lo voy a contar —concluyó, acercándose al perchero, decidida a coger aquel vestido.

Cuando lo vio, se dio cuenta de inmediato del motivo de José Ignacio. Aunque todos los vestidos que le habían traído eran realmente hermosos, algunos con brillo, otros con piedras Swarovski o distintas texturas, aquél era muy sencillo, de gasa, con escote en V abrochado en la nuca y alrededor del escote miles de piedrecitas del mismo color del vestido. En comparación con el resto parecía el hermano pobre, no, el hermano indigente.

—Es precioso —suspiró Antonia, contemplándolo—. Me lo probaré.

—Pero los demás ni siquiera los ha visto bien —intervino Manuela,

preocupada. Estaba haciendo justo lo contrario de lo que su jefe le había ordenado.

—No te preocupes, Manuela, sé amansar a las fieras —contestó Antonia, riendo, y haciendo que las otras dos chicas, por primera vez en la tarde, también lo hicieran.

Al cabo de un buen rato, viendo que Antonia no se acercaba para mostrarle los vestidos, José Ignacio se dirigió al salón y le extrañó ver que justo en ese momento se estaba despidiendo de las tres mujeres.

—Pero ¿qué estás haciendo? ¿No eres capaz de seguir una simple orden? Te he dicho que quería verlos, Antonia, creo que he sido lo bastante claro —bufó molesto.

—¡Eh!, a mí no me trates así. Además, el trato consistía en que me regalabas el vestido. ¡No incluía también el desfile por la pasarela! Así que la próxima vez que trates de engañarme con esa linda carita tuya, piénsalo bien antes de hacerlo y deja bien estipuladas tus peticiones; si no, ya ves lo que pasa —dijo riendo.

Le había dado la vuelta a las reglas de su propio juego y, por primera vez, José Ignacio no tenía nada que decir.

—Aprendes rápido, ¿eh?

—Tengo al mejor de los maestros —respondió ella, acercándose para besarlo.

Pasaron el resto de la tarde acariciándose y besándose, que era lo que mejor sabían hacer y en lo que siempre estaban de acuerdo. Cuando llegó la noche, Antonia le pidió que la acompañara a casa, cosa que, por supuesto, a él lo irritó. No quería separarse de ella, quería tenerla todo el día a su lado, pero tenía claro que aún no era el momento. A pesar de lo bien que estaban juntos, quería esperar a estar realmente seguro para pedírselo.

Los días pasaron y, generalmente, era José Ignacio el que siempre se quedaba en el piso de Antonia. Ella siempre tenía alguna excusa para irse del de él, no porque no quisiera quedarse, pero no le gustaba tener que dejar a su tortuga o a su bola de pelo, que cada día estaba más grande y más cariñoso. Ya no dormía en el suelo, en su cama, sino que lo hacía encima de la de Antonia.

Cuando se quedaba José Ignacio, éste lo sacaba de la habitación, pero en cuanto se dormía, Antonia lo llevaba de vuelta; no podía dejarlo solo, era tan pequeñito que se entristecía sólo de pensarlo.

Durante toda la semana no había cruzado una palabra con Francisca. Ésta la había llamado un par de veces, pero Antonia se había negado a contestar. Cuando la llamaba al bufete, le decía a la recepcionista que le dijera que estaba ocupada, hasta que finalmente terminó por pedir que no le pasaran las llamadas de su hermana.

El viernes llegó inevitablemente, el último día de soltera de su hermana, al menos eso creía Antonia; no sabía lo equivocada que estaba.

La noche anterior, José Ignacio no se había quedado en su piso, pues había tenido una cena con Carlos, a la que, por supuesto, Antonia se excusó de ir.

Por la mañana, cuando salía para ir al trabajo, el conserje le dijo que había llegado un paquete para ella. Pensó que sería de José Ignacio y, como iba justa de hora, lo dejó para recogerlo por la tarde. Estaba segura de que se trataba de algún accesorio para la boda, y como la idea de que le hiciera regalos no le gustaba mucho, tampoco tenía demasiada curiosidad.

Al mediodía quedó para comer con Brisa. Sentía que en ella podía confiar y quería contarle lo sucedido con su hermana. Necesitaba desahogarse con alguien. A la hora fijada, se encontraron en un restaurante vegetariano y Antonia comenzó a relatarle la historia que se estaba guardando desde hacía una semana. Se sentía fatal por estar ocultándoselo a José Ignacio.

—¿Sabes? —empezó a decir Brisa, cuando ella acabó, mientras jugaba con el tenedor—, creo que siempre he sabido que Carlos es homosexual.

—¡Qué! ¡¿Cómo?! Yo ni siquiera lo había imaginado y dudo que tu hermano sospeche nada —respondió Antonia, sorprendida.

—Es que para eso hay que observar. Carlos mira a los hombres de otra forma. Cuando eran más jóvenes y hacían fiestas en mi casa, yo era pequeña, pero me entretenía mirando. Todos, incluido José Ignacio, estaban con alguien y él siempre solo. Se limitaba a mirar a los demás, pero nunca, escucha bien, nunca se acercó a una chica a coquetear. Aunque ellas se acercaban, él siempre las rehuía.

»Luego, con los años, siempre iba con mujeres muy fáciles de deslumbrar, o sea, les daba todo lo que ellas querían y de ese modo lo adoraban y hablaban maravillas de su relación, pero en realidad no sabemos

qué pasaba entre ellos. De hecho, durante un tiempo pensé que podía sentirse atraído por José Ignacio. Siempre lo ha apoyado en todo y nunca le ha gustado ninguna de las mujeres que iban con mi hermano, y créeme que algunas eran realmente hermosas.

—¡Gracias por la parte que me toca! —rio Antonia—, pero, por favor, omite esos detalles.

—Bueno y por lo que tú me has contado de Francisca, ella es un poco así, fácil de deslumbrar, por decirlo de alguna manera.

—¿Y tú crees que José Ignacio sabe o intuye algo?

—¡Estás loca! Mi hermano es un ser absolutamente cuadrado, en su mundo esas cosas no suceden. Si ni siquiera sabe lo que siente por ti.

—No seas mala —replicó Antonia con una sonrisa—. Él sabe lo que siente, lo que pasa es que las cosas han ido demasiado rápido. Y volviendo a lo de Carlos, creo que tienes razón: Francisca encaja perfectamente con su prototipo de mujer y lo peor es que sé que ella se va a aprovechar.

—Anto, no es tu problema, no es tu vida. Deja que ellos lo solucionen como mejor les plazca. Tú sólo la tienes que querer. ¡Sois hermanas, por Dios! Y sólo os tenéis la una a la otra en esta vida.

»De acuerdo, enfádate, patalea, pero no la dejes sola, ahora te necesitará más que nunca. ¿O crees que es fácil lo que se le viene encima? Por mucho dinero que tenga, está sola y por las noches le remorderá la conciencia por lo del chantaje. No sigas enfadada mucho tiempo. La perspectiva de la boda será lo que en este momento le dé fuerzas para seguir, pero después, ¿lo has pensado?

—Gracias, Brisa —dijo Antonia, abrazándola con cariño—, gracias por decirme estas cosas. A mí no se me hubiesen ocurrido nunca, y tienes razón, después de la boda hablaré con ella.

Tras la conversación, estaba más tranquila.

Se acercaba el día de los Enamorados, no sólo era la fecha del enlace de su hermana, sino que también era importante para ella, su primer día de San Valentín con José Ignacio.

Decidió hacerle un pequeño regalo. Era un hombre que lo tenía todo, así que le sería difícil encontrar algo, pero después de pensarlo un poco, se le ocurrió una idea genial; sabía exactamente cómo demostrarle su amor de la manera que a ella más le gustaba.

Volvió contenta a la oficina, con el regalo para José Ignacio bajo el

brazo.

Él la fue a buscar a la salida, como todos los días, y se fueron a su casa. Esa noche sí la pasarían juntos allí. José Ignacio anhelaba tenerla en su cama, en su terreno, sólo para él, ni *Siam* podría interponerse esa noche entre ellos.

—Por fin te tengo sólo para mí, cariño —le ronroneó al oído al entrar por la puerta, haciéndola temblar.

—¿No crees que estás exagerando? Esta semana hemos estado todos los días juntos —respondió mimosa, aunque sabía a lo que él se refería.

—Sí, lo sé, pero hoy no tengo ninguna restricción. Tu mejor amigo, como tú dices, está listo para la acción —explicó, riendo por la estupidez que había dicho—. Y como no me gusta quedar como un idiota ante nadie, y menos ante ti o Brisa, ya sé quiénes son ese tal Grey y Eric Zimmerman y sé perfectamente lo que hacían. Tendrías que haber visto la cara de Manuela mientras me lo contaba. Estaba exactamente igual de colorada que tú en este momento —apostilló con arrogancia y una media sonrisa.

En efecto, Antonia había sentido cómo la sangre se le acumulaba en las mejillas.

—Sólo era una broma, un comentario, no creas que...

—No creo nada, cariño, pero como tuve que soportar tus bromas y las de Brisa, tú pagarás por ambas, así que elige qué quieres hacer. ¿No te gustan tanto esos libros? Pues yo no tengo ningún problema en cumplir tus fantasías literarias. Eso sí, que sólo quede entre los dos, porque, como dijo mi hermana, a mí no me gusta lo de compartir —terminó diciendo muy decidido.

Antonia no lo podía creer. Nunca, ni en sus mejores sueños, había imaginado algo así con él. Con lo que experimentaba ya con José Ignacio le bastaba y le sobra, pero algo así, no, jamás de los jamases...

—Antonia, eliges tú o elijo yo, y no es broma —repitió con lujuria, acercándose rápidamente a ella.

Sabía que así dispondría de menos tiempo de pensar y desde la tarde tenía claro lo que quería hacer. Desde que Manuela le había contado algunas cosas, estaba impaciente por estar con ella y hacer lo que tenía planeado. Se había sentido como un niño esperando que dieran las doce para recibir su regalo de Navidad, y, como siempre, su regalo sería Antonia.

—Es que no sé, José Ignacio, son sólo libros, nunca he pensado en eso. No... no me imagino siendo azotada o compartida, ¡por Dios!

—Ah, ¿ves? Sabía que conocías bien el argumento. Todas las mujeres

sois iguales, les ponen delante un hombre guapo y millonario y corren hacia él haciendo lo que éste les pide.

—Ah, disculpa, es verdad que tú eres horriblemente feo y vives debajo de un puente —contestó Antonia, riendo.

Atrapándola entre sus fuertes brazos, le dijo al oído:

—No, cariño, no lo soy, pero tú tampoco haces lo que yo te pido. Aunque ahora, como has tardado tanto en elegir, ya te he dicho que yo lo haré por los dos. ¿Confías en mí?

Antonia asintió con la cabeza. No podía contestarle, pues su cuerpo ya había contestado por ella. Sentía la sangre corriendo rápidamente por sus venas, quemándola en su dulce travesía, mientras su corazón comenzaba un veloz galope hacia el placer.

—Quiero atarte. ¿Me dejas? Es sólo un juego —aclaró, viendo cómo ella abría mucho los ojos ante la proposición.

Antonia seguía sin poder contestar. ¿Qué le podía decir, que sí, que lo deseaba, que quería cualquier cosa de él? No, ella no era así, pero lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Si no estás de acuerdo, no lo haré —murmuró José Ignacio suavemente.

—Sí quiero, átame —reconoció con un hilo de voz, apretándose más hacia su pecho. No quería dejar de sentirlo, menos en ese momento; si no, toda su valentía caería desplomada en una fracción de segundo.

Él, que ya la conocía muy bien y más aún sabía leer perfectamente su cuerpo, se apresuró en llegar a la habitación. Lo que había soñado toda la tarde se haría realidad, la tendría a ella desnuda y atada a su cama.

Cuando llegaron, José Ignacio corrió las cortinas, sólo una tenue luz entraba por en medio de ellas. Sabía que para Antonia aquello sería complicado, así que quería que fuera lo más relajado posible. Se dirigió hasta el equipo de música, metió un CD y lo dejó listo para que funcionara cuando le diera al Play.

Sin dejar de mirarla, comenzó a desabrocharle los botones de la blusa y, cuando terminó, lentamente y besándole cada uno de los hombros, se la quitó, dejándola sólo con el sujetador de encaje blanco que a él tanto le gustaba.

Antonia se dio la vuelta para que le bajara la cremallera de la falda y José Ignacio lo hizo, mientras lentamente iniciaba un recorrido de besos por su columna vertebral, al tiempo que le deslizaba la falda hacia abajo por los

muslos.

Cuando la tuvo frente a él sólo con ropa interior, la besó dulcemente en la boca, haciendo que Antonia suspirara y abriera los labios para que él introdujera su cálida lengua, haciéndola vibrar. Ella le devoró la boca con pasión y José Ignacio la acercó aún más a su cuerpo. Con una mano le acariciaba el pelo y la otra la bajaba por la espalda hasta llegar hasta la curva de su trasero, que apretó suavemente, haciéndola gemir de nuevo.

José Ignacio la llevó entonces hasta la cama y la sentó frente a él.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Quieres continuar?

—Sí —afirmó en un susurro.

Estaba sintiendo cómo su cuerpo le exigía más, tenía los músculos tan tensos que hasta le dolían. Lo ansiaba ya, deseaba estar con él.

José Ignacio fue rápidamente en busca de algo que le sirviera para su cometido y no se le ocurrió nada más que un par de corbatas. Las cogió y, con más ternura que pasión, le ató una en cada muñeca y, guiándola luego hasta el centro de la cama, ató los extremos en el cabecero. No quedaban perfectas, pero para el juego eran maravillosas. Cuando terminó, comenzó a recorrer un camino de besos por los brazos de Antonia.

—Listo, preciosa, ahora comienza la función.

Ella cerró los ojos, preparándose para toda clase de sensaciones. Su corazón ya no podía latir más fuerte. José Ignacio se quedó mirándola embobado: aquella entrega tan pura lo tenía hechizado. Comenzó besándola con suavidad en los labios, para luego seguir más fuerte. Sentía que le era difícil controlarse al verla tan indefensa ante él. Entonces recordó lo de la música y apretó el Play, haciendo que Antonia abriera los ojos sorprendida.

—¿Es Fernando Ubierno?

—Sí, cariño, lo compré para ti, dijiste que te gustaba y hoy quiero escucharlo mientras te hago el amor —respondió José Ignacio, mirándola con ternura.

Antonia sentía que cada vez amaba más a ese hombre. Movié las manos para abrazarlo y al hacerlo recordó con el tirón que estaba amarrada y sonrió.

—No puedo abrazarte —protestó con un puchero.

—Lo sé —admitió él, riendo—. Sólo yo puedo disfrutar de ti. Relájate, cierra los ojos y escucha la música.

Desde ese momento, lo único que se oyó fue la voz de Ubierno cantando *Un café para Platón*,* mientras Antonia comenzaba a relajarse nuevamente.

José Ignacio seguía besándole despacio el cuello, bajando hasta sus senos, para atraparlos entre los dedos y empezar a jugar con ellos, haciendo que Antonia gimiera muy despacio, casi imperceptiblemente. Él sabía que se estaba conteniendo, pero quería escucharla y sabía bien cómo hacerlo. Acercó su boca hasta un pezón y comenzó a chupar, primero con devoción, luego con fogsidad, en tanto le bajaba una mano entre las piernas. Ante ese contacto inesperado, Antonia las levantó para cerrarle el paso.

—Si lo vuelves a hacer, te prometo que te las ato también —aseguró, mirándola seriamente.

—¡Esto es un juego! No puedes ser así —replicó ella.

—No, cariño, ha empezado como un juego, pero ya no lo es. Así que no hagas que vuelva al armario, tengo muchas corbatas y si sigues hablando, también puedo hacer que pruebes una —sentenció, con una mirada abrasadora.

Antonia bufó, pero antes de que pudiese enfadarse, ya estaba sintiendo aquella placentera sensación de nuevo haciendo que bajara las piernas. La vulnerabilidad también la estaba excitando. Confiaba tanto en él, que todo lo que hiciera le parecía bien. Respiraba cada vez más acelerada por todo lo que estaba sintiendo.

José Ignacio separó los pliegues de su sexo con sólo un par de dedos, ya conocía ese cuerpo a la perfección y sabía exactamente qué hacer para escucharla gemir más fuerte, sin pudor. Y, sin más preámbulos, introdujo de pronto sus dedos y con el pulgar le masajeó lentamente el clítoris, haciéndola arquear la espalda pidiendo más.

—Eso es, cariño, dámelo todo, no te guardes nada —pidió, mirándola con la lujuria instalada en el alma.

Antonia se movía alrededor de aquellos dedos, mientras José Ignacio seguía disfrutándola, moviéndolos más hacia dentro. Sin que ella se diera cuenta, bajó hasta colocarse entre sus piernas y le empezó a hacer el amor con la lengua. Esta vez ella no acalló el gemido, le nació del alma y cada vez sentía con más intensidad. Pidió clemencia, ya no podría aguantar mucho más a ese ritmo, pero eso era justamente lo que él quería conseguir, que se perdiera mientras la penetraba con la boca.

Unos segundos después ya no había vuelta atrás, Antonia comenzaba a sentir los primeros temblores incontrolables y se entregó abiertamente al placer. Llegó al éxtasis gritando de emoción, perdiendo cualquier clase de conciencia, sólo estaba su placer y nada más.

José Ignacio sentía cómo la punta de su pene comenzaba a humedecerse cada vez más y a cada movimiento con la lengua, sentía cómo su miembro protestaba para ser liberado. Se bajó los pantalones y se puso sobre Antonia.

—Levanta las piernas y rodéame la cintura con ellas —le ordenó suavemente al oído.

Antonia apenas tenía fuerza, sentía que su cuerpo ya no le respondía, se notaba las piernas como gelatina y, a la vez, le pesaban toneladas, pero hizo lo que le decía.

José Ignacio le pasó las manos por la espalda, sujetándola con fuerza y, con una enérgica embestida, la penetró, haciéndola gemir de nuevo.

Antonia notó cómo los temblores volvían a su cuerpo, cada vez más seguidos. José Ignacio por momentos se movía más deprisa dentro de ella, penetrándola más a fondo. Ambos llegaron al clímax, José Ignacio con un orgasmo abrasador que lo hizo gritar con los dientes apretados, originando un sinfín de sonidos que provenían de su garganta.

Se quedaron así unos segundos, respirando agitadamente, mientras él no dejaba de besar el cuello de Antonia.

La postura no era de las más cómodas, pero ninguno de los dos quería moverse. Les gustaba aprovechar esos minutos posteriores al orgasmo y dejar que sus corazones se tranquilizaran al unísono.

Pero esta vez fue Antonia la primera en hablar:

—Amor, no siento las manos —susurró despacio.

José Ignacio se levantó rápidamente y le desató los nudos de las muñecas, en tanto le pedía disculpas por el olvido.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —preguntó, sintiéndose culpable.

Sabía que en algún momento todo control lo había abandonado y que había actuado sólo su instinto animal.

—Bien y feliz, pero creo que no me voy a poder levantar en un mes —respondió risueña, besándolo en los labios para que se tranquilizara y frotándose las muñecas, que, después de tanta presión, tenían una delgada pero evidente línea colorada.

—¿Has cumplido tu fantasía, Antonia? —preguntó coqueto, besándole las

muñecas.

—¿¡Mi fantasía!?! Eres un fresco, yo no tenía esta fantasía, era tuya.

—¿Ah, no? —dijo, levantando una mano y pasándosela por el pelo—. ¿Y cuál sería la tuya, cariño?

—Mi fantasía —comenzó a decir ella, poniéndose a horcajadas sobre él—, se cumplió en el sauce.

Después de esa hermosa confesión y de otro placentero encuentro sexual, se quedaron abrazados durante largo rato, hasta que Antonia le dijo que tenía un regalo para él por el día de San Valentín.

Como un niño pequeño, José Ignacio comenzó a pedirselo de inmediato.

—No, aún no, a las doce te lo daré. Aún es 13 de febrero —respondió divertida. Y de pronto comenzó a sonar su canción.

—Cariño, levántate.

—No, te he dicho que te lo daré más tarde —replicó agotada.

—Ya lo sé, pero ésta es nuestra canción. ¿Bailamos?

Antonia saltó de la cama a sus brazos, besándolo apasionadamente. La canción que a ella tanto le gustaba, él la había adoptado como propia, no podía ser más romántico.

Bailaron desnudos, besándose. La noche ya había caído y todo estaba oscuro, excepto las lucecitas del equipo de música.

Cuando terminó la canción, Antonia caminó hasta el salón. José Ignacio estaba encantado al verla moverse desnuda, iluminada por las luces de la ciudad, algunos de cuyos colores se reflejaban en su tersa piel.

Sacó un paquetito de su bolso y, tímidamente, tendió la mano y se lo entregó.

—Esto es lo más bonito que he encontrado para decirte cuán importante eres para mí.

José Ignacio cogió el paquete rápidamente y comenzó a romper el papel sin dejar de mirarla. Sacó un libro, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

—Antonia, esto es...

—¿No te gusta? —preguntó ella con temor, al no ver ninguna reacción en él.

—Cariño, es lo más hermoso que me ha pasado. Gracias —respondió, acercándose a ella para besarla.

—¿En serio te gusta?

—Ven —dijo, cogiéndola de la mano para llevarla a su despacho.

—¿No podemos vestarnos antes, por lo menos? —pidió. Eso de andar desnuda por la vida no le gustaba mucho.

—No, para qué, si me encanta verte así, como Dios te trajo al mundo. Además, estamos solos.

Al entrar en el estudio de José Ignacio, Antonia vio que en la pared de enfrente había una estantería repleta de libros. Si bien gran parte eran libros de arte, un pequeño espacio estaba separado del resto, cubierto por una pequeña tapa transparente.

José Ignacio abrió la pequeña puerta y sacó algunos papeles, entregándoselos a Antonia.

—Dime que esto no es lo que yo creo que es.

—Entonces te estaría mintiendo —replicó feliz.

—Pero ¡¿cómo es posible?! Esto debería estar en un museo —exclamó, mientras observaba minuciosamente los papeles escritos en tinta verde que sostenía en las manos.

—Me los regaló mi abuelo. No preguntes más, porque yo tampoco sé su procedencia, sólo sé que son originales y tengo la leve sospecha de que me metería en un buen lío si la fundación se enterara de que los tengo yo. Son poemas inéditos, ni siquiera están registrados. Neruda es uno de los poetas que más me gustan.

—¿Te gusta la poesía? —dijo asombrada por aquel descubrimiento. Él no tenía en absoluto pinta de leer poemas.

—Alberti, Becket, Benedetti, Bukowski, Hesse, Víctor Hugo, Huidobro, Tomás, Unamuno puedo seguir, la lista es infinita —contestó, con su típica arrogancia—. Desde siempre me ha gustado la poesía, no soy sólo una cara bonita. —Rio.

—Lo sé, por eso cada día me gustas más —afirmó coqueta.

—¿Sólo te gusto?

—No. Te quiero cada día más, por eso te he comprado el libro. Representa el amor y yo quiero leerte todos los poemas, uno cada día, como en *Las mil y una noches*, ¿te parece?

—Me encanta la idea. ¿Empezamos ahora? —preguntó ansioso.

—Sí, pero voy a leer primero el que más me gusta, el que te quiero dedicar, ¿estás de acuerdo?

—Como tú quieras, cariño —respondió, atrayéndola hacia él y

sentándola sobre sus piernas.

Antonia se movió para ponerse cómoda, cosa que José Ignacio no entendió así.

—Cariño, si quieres que te deje leer, debes quedarte tranquila; si no, te prometo que terminarás aquí, sobre mi escritorio.

Ella volvió a moverse sobre él, haciendo que José Ignacio entendiera el mensaje. Despejó todo lo que tenía sobre su mesa y la tumbó encima para volver a hacer el amor, tal como le había advertido.



Sólo con una camisa puesta, Antonia y José Ignacio se acomodaron en el sofá del salón y ella comenzó a leer:

*He ido marcando con cruces de fuego
El atlas blanco de tu cuerpo.
Mi boca era una araña que cruzaba escondiéndose.
En ti, detrás de ti, temerosa, sedienta...*

Al terminar, José Ignacio la besó en la frente, diciéndole lo maravilloso que era ese poema y que en sus labios sonaba aún mejor.

—Gracias, me encanta, es uno de mis favoritos, pero, claro, yo no he leído tantos como tú —dijo Antonia, mientras le acariciaba la cara.

Al día siguiente, despertarse con el olorcito del café fue reparador. Había llegado el día de la boda. Lamentablemente para Antonia, José Ignacio parecía mucho más ilusionado que ella. Sería también la ocasión de hacer público su amor, de que todos supieran que ya no estaba solo.

—Cariño, te vestirás aquí, supongo.

—Eh..., no, había pensado hacerlo en mi casa. Lo tengo todo allí. Si te parece, tú pasas a buscarme y nos vamos juntos a la iglesia —le propuso.

—Está bien —bufó él.

La ceremonia era a las seis de la tarde y Antonia debía ser puntual pues era la madrina. Así que se fue a su piso muy temprano. José Ignacio no quiso subir, sabía que si lo hacía se quedaría con ella y acabarían llegando tarde.

Al pasar por la conserjería de su edificio, Antonia cogió el paquete que había dejado allí el día anterior. Tras entrar en casa, jugar un poco con *Siam* e ir a ver a *Matías*, abrió el paquete de José Ignacio. Pero al hacerlo se dio

cuenta con desagrado de que no era de él, sino un vestido que su hermana le había dejado, junto con una nota.

Sé que no me comprendes, no tengo ninguna razón que sea importante para ti, sólo tengo las que son importantes para mí y que tú jamás entenderás. Lo respeto, pero no lo entiendo. Sí creo que debo pedirte disculpas por decir lo de Javier, me pasé, el suceso me sobrepasó, no fue mi intención. Creo que llegará el momento de hablar, pero sé que nada de lo que te diga te hará cambiar de opinión.

Como último favor, te ruego que te pongas este vestido, está hecho especialmente para ti. Recuerda que eres mi madrina y como tal debes estar lo mejor posible.

Sólo te pido que no me odies.

Francisca

«Nunca vas a cambiar, Francisca», pensó Antonia, dejando caer la última lágrima que derramaría por ella.

Sacó el vestido, que realmente era una preciosidad, negarlo sería un sacrilegio. Era de seda azul cielo con un corpiño de cristales, que hacía que la luz se reflejara en ellos, lanzando diminutos destellos. Era hermosísimo, pero Antonia ya había tomado su decisión e iría de negro.

Para ella era como asistir al funeral de su hermana y eso nadie lo cambiaría.

Fue a la peluquería, donde le hicieron un peinado muy bonito, el pelo recogido en un moño alto y alrededor del mismo unos pequeños cristales negros que hacían juego con el vestido y contrastaban con la tonalidad de su cabello. El maquillaje que llevaría esa vez no era nada sutil, le habían delineado los ojos de negro y sólo se había aplicado sombra luminosa en ellos, logrando que se vieran más grandes e intensos, los labios de color rojo, igual que las uñas.

Realmente esta vez sí se veía distinta, parecía una mujer decidida y muy muy sexy, aparentaba exactamente lo que no era. Cuando concluyó, poniéndose el vestido, la transformación estaba completa. Aquella *femme fatale* medía quince centímetros más que la verdadera Antonia, el escote del vestido realizaba su busto, ya que le juntaba los pechos, al ir abrochado en la parte de atrás.

Si José Ignacio lo había elegido por sencillo, se había equivocado, porque el atractivo del vestido era justamente la parte superior, adornada con bellos cristales alrededor del cuello, y con la espalda descubierta, que llegaba

hasta la cintura. Poseía una sutil cola que ondeaba con el movimiento. Era realmente provocativo.

Justo a las cinco y media en punto abrió la puerta un impresionante José Ignacio, con camisa blanca y pajarita negra, igual que el impecable traje que llevaba y unos zapatos que brillaban como dos espejos. Se quedó mirando atentamente a Antonia al entrar.

Ella, al notarlo, se tensó inmediatamente. Conocía aquella mirada, estaba llena de sensualidad y de deseo.

—¿Te vas a quedar ahí parado en la puerta o vas a entrar? —preguntó con mirada displicente.

—Estoy disfrutando de la vista, señorita López —comentó, acercándose tentador hasta ella.

—Ahora sí que estás igualito que James Bond —afirmó ella, para rebajar la tensión. Sentía que él la devoraba con la vista.

Cuando llegó a su lado, la abrazó por la cintura con posesión y la acercó bruscamente a él, haciendo que Antonia no tardara en sentir su erección. Y mirándola fijamente a los ojos, susurró:

—Creo que cuando volvamos te voy a hacer el amor con este vestido puesto, o, pensándolo mejor... no sé si podré esperar. Estás muy sexy. —Y, mirándola a los ojos, besó aquellos rojos labios que lo estaban trastornando.

Miau, miau... *Siam* llegó de inmediato junto a José Ignacio, parecía que la bolita de pelo tenía fijación con él, pues cada vez que los veía, se le acercaba rápidamente y se paseaba entre sus piernas.

—Olvídalo si piensas que lo voy a coger, me va a dejar cubierto de pelos. No me mires así, Antonia, que te conozco —dijo José Ignacio, moviendo los pies para que *Siam* se alejara de él.

La iglesia estaba relativamente cerca, por lo que llegaron con total puntualidad, incluso un poco antes de la hora. Antonia se sentía muy segura al lado de aquel maravilloso hombre, que sólo se deshacía en halagos hacia ella. En su universo no existía nadie más. Todos los saludaban, a José Ignacio lo conocía todo el mundo y las mujeres no disimulaban sus miradas.

La gente ya estaba entrando en la iglesia, sólo unos pocos permanecían fuera. Antonia debía aguardar que llegara su hermana, para entrar juntas, y todo el tiempo que estuvo esperando lo hizo junto a su amor.

De pronto, vieron acercarse a Elizabeth y Roberto, ella con un impecable vestido de satén gris, que hacía que sus ojos azules se vieran aún más gélidos;

en cambio Roberto parecía tan contento, siempre con una sonrisa en los labios y una palabra amable para saludarlos. José Ignacio respondió formalmente y les dio un beso a cada uno.

—Buenas tardes, Antonia, estás muy guapa —dijo Roberto.

—Querida, esto es una boda, deberías estar contenta, sobre todo por lo que ha conseguido tu hermana.

Esa última frase sonó como lo que era, le estaba diciendo sutilmente que su hermana era una aprovechada.

—No lo crea, señora, dudo que esto sea lo mejor para ella. Pero para casarse se necesitan dos, así que, con todo el respeto, permítame decirle que a Carlitos nadie lo ha traído obligado.

Elizabeth no le contestó nada, sólo la fulminó con su glacial mirada y, cuando fue a decir algo, José Ignacio lo impidió.

—Madre, ¿por qué no entras? Roberto, adelante, pasad, por favor —dijo con respeto, sin apartar en ningún momento los ojos de su madre.

En ese mismo instante llegó el flamante novio. Desde lejos había visto a su amigo, pero no había reconocido a Antonia. Es más, pensó que estaba acompañado por otra mujer. Su sorpresa fue grande cuando al llegar vio que sí era ella, pero ya no podía dar marcha atrás.

—¡Carlos! —exclamó José Ignacio—. ¿Qué tal, hombre? ¿Nervioso?

—En absoluto. Antonia, ¿cómo estás? Se te ve... distinta —comentó con pedantería y, dirigiéndose nuevamente a su amigo, añadió—: Creo que estás haciendo un buen trabajo con esta... mujer.

Antonia no llegó ni a contar hasta tres cuando, con toda la suficiencia que podía aprender de forma acelerada, respondió:

—No te imaginas todo lo que puede comprar el dinero, Carlos. Es cierto, a mí me puede comprar ropa, pero a otros les puede salvar el pellejo. —Y puso énfasis en la última palabra.

Carlos rápidamente se dio cuenta de que con ella no podría jugar, era incorruptible, pero seguro que tenía un talón de Aquiles y él lo encontraría para usarlo en su contra.

Se excusó y entró en la iglesia. José Ignacio sabía que la antipatía que Antonia y Carlos se tenían era mutua, pero no aguantaría que nadie, ni siquiera su amigo, tratara mal o insinuara cosas sobre ella.

—Cariño, dame un segundo, por favor —pidió, apurando el paso para alcanzar a Carlos.

—Carlos —lo llamó irritado.

—Dime —respondió éste, sorprendido por su tono de voz.

—Ésta es la última vez que te permito que le faltes al respeto, ¿me has oído? Por nuestra amistad de años y por los nervios que seguramente sientes en este momento, por esta vez lo dejaré pasar, pero no vuelvas a dirigirte a Antonia en ese tono —concluyó con altivez.

—Cálmate, José Ignacio. Sí, puede que tengas razón, me he pasado, pero creo que tú deberías saber bien quién es realmente esa mujer. A mí no me gusta, creo que esconde algo, llámalo intuición si quieres —contestó Carlos, encizajando.

José Ignacio no armaría un escándalo en público ni seguiría tratando ese tema en medio del pasillo de la iglesia, así que se dio la vuelta y se fue molesto. Se tranquilizó al ver a Antonia charlando con un matrimonio amigo que él conocía desde hacía mucho, Cristina y Marcos.

—Hola, José Ignacio —lo saludó Marcos, dándole la mano—. Cuánto tiempo. Creo que tenemos que vernos más fuera de la oficina. No sabía que estuvieses saliendo con alguien, y, por cierto, colega, además de ser muy agradable es muy guapa, te lo digo con absoluto respeto —aclaró Marcos.

—Lo sé, no te preocupes. Sí, es maravillosa, es hermana de Francisca, la novia de Carlos.

—¡No! —exclamó Marcos—. Pero ¡qué dos mujeres tan distintas!

Riéndose y entendiendo perfectamente a lo que se refería su amigo, contestó con un simple encogimiento de hombros. Marcos y él eran amigos desde la infancia, no tenían nada que ocultarse, así que entre ellos ese tipo de conversación era de lo más normal. Y, además, José Ignacio sabía que le preguntarían por su acompañante, sobre todo en esa ocasión. Nunca iba acompañado a ese tipo de celebraciones, era la primera vez y quería hacerlo notar. Cristina, que era una mujer un poco rellenita y muy simpática, se acercó a ellos.

—Bueno, ¿ya habéis acabado con el cotilleo? Sois peor que mujeres —dijo riendo.

—Así es, mi amor, pero no te pongas celosa, José Ignacio te va a contar una noticia que seguro que te va a gustar.

—¿Qué es? —preguntó la curiosa mujer.

—Nada. Realmente, Marcos, te has vuelto un cotilla, sólo le estaba comentando que Antonia —explicó, cogiéndole la mano para integrarla en la

conversación— es hermana de Francisca.

—¡Noo! ¿En serio?

—¿Por qué es tan difícil de creer? ¿Tan distintas somos? —preguntó ella, confusa.

—No, bonita, no es eso, si en realidad hasta os parecéis —respondió Cristina—. Son tonterías nuestras y, si nos disculpáis, entraremos, estos tacones me están matando. Es la primera vez que salimos desde el nacimiento de Benjita y, bueno, como verás, aún me sobran algunos kilitos, así que necesito sentarme —concluyó la joven.

—Felicidades —dijo Antonia—. ¿Qué tiempo tiene?

—Seis meses —contestó el orgulloso padre— y ha salido pelirrojo, igual que Cristina, así que llevará también el estigma del zanahoria. —Rio.

—No empieces, Marcos, que después te quejas —lo regañó Cristina, entrando hacia la iglesia, mientras ambos los miraban divertidos.

En una maravillosa limusina blanca, llegó Francisca, mientras en la iglesia una soprano comenzaba a cantar el *Ave María*. Al bajar del coche, se puso bien el vestido y se quedó observando a su hermana con una mirada inexpresiva que luego dio paso a la furia.

Al acercarse, Antonia vio que el vestido que llevaba era precioso, igual que el de una princesa, color marfil, con un corpiño ajustado y muchas capas de gasa que constituían la falda, que, por supuesto, tenía una larga cola. Todo el vestido tenía unas sutiles pintitas que se suponía que hacían juego con el vestido que Antonia llevaría.

—¡No viste el vestido que te envié! —bufó molesta Francisca—. ¿Tanto te costaba ponértelo? ¿Por qué tienes que estropearlo siempre todo?

—Cállate, Francisca, o te juro que te dejo y llegas al altar solita. Ya bastante estoy haciendo con estar aquí, y si realmente quieres saber por qué voy de negro, usa un poquito la cabeza, que no sólo sirve para sujetar el pelo, también sirve para pensar, así que dedúcelo sola. ¿O te lo dibujo? —le espetó fastidiada, haciendo que su hermana hiciera exactamente lo que hacía cuando era pequeña, dar unas pataditas en el suelo.

Pero luego, pillando por sorpresa a su hermana, se calló y echó a andar hacia la entrada. José Ignacio no se había dado cuenta de nada, pero sí notó la tristeza en los ojos de Antonia. Se acercó rápidamente a ellas, saludó a Francisca y le dio un casto beso en los labios a Antonia para tranquilizarla.

La iglesia estaba decorada completamente con rosas blancas, una cinta

adornaba todos los asientos y la alfombra que la llevaría hasta el altar estaba cubierta de pétalos blancos. Delante de ellas caminaban dos niñas vestidas exactamente igual que la novia, lanzando pétalos rojos mientras ellas avanzaban.

A Antonia el pasillo se le hizo eterno; mientras caminaba, divisó en un rincón a Tomás, cuya cara lo decía todo. Lo sintió por él, que era uno más en aquella farsa, pero parecía estar realmente afectado.

La ceremonia en sí fue muy conmovedora, el sacerdote habló de los novios como si los conociera de toda la vida y cuando mencionó a los padres de ellas, haciendo alusión a que también se encontraban en el lugar, en espíritu, Antonia sintió cómo las lágrimas comenzaban a caer por sus mejillas, sin poder detenerlas.

José Ignacio, sin importarle nada ni nadie, fue enseguida a su lado para darle un pañuelo y apretarle dulcemente la mano, cosa que Antonia agradeció y que molestó a muchos. Cuando ya estuvo más calmada, vio de soslayo que a Francisca también se le había humedecido la cara, aunque el velo lo disimulaba.

Eso, más el hecho de que no dejaba de mover los dedos, denotaba que estaba nerviosa, y por primera vez desde que habían llegado, Antonia quiso acercarse y abrazarla. No le importaba nada de lo sucedido, estaba de pie al lado de su hermana y sentía que ella sufría, y, lo peor, estaba sola. En ningún momento, Carlos la miró o le cogió la mano. Y, sin importarle nada, en un acto reflejo, se acercó y le apretó la mano un segundo, haciéndole sentir que ella sí estaba allí. Su hermana esbozó una hermosa sonrisa que no llegó a sus ojos, pero sí le transmitió seguridad.

Al terminar la ceremonia, el beso que se dieron no fue en absoluto frío, todo lo contrario. En ese beso, los novios se estaban transmitiendo todo lo que sentían el uno por el otro, nada. No obstante, Fran aún tenía sentimientos.

Pero Carlos no tenía ninguna necesidad de fingir, sabía que así le haría daño, tanto como ella se lo estaba haciendo a él en asuntos financieros.

Toda la gente empezó a aplaudir y a abrazar a los novios, todos en la iglesia querían felicitarlos. Antonia, sin embargo, no podía felicitar a Francisca, sentía que tenía que ser honesta consigo misma, por lo que decidió salir junto a José Ignacio.

En la puerta de la iglesia la aglomeración aún no era excesiva, pero luego, cuando los novios salieron, ya era imposible quedarse allí. José Ignacio

la cogió de la mano para sacarla del tumulto justo cuando Francisca se acercaba hacia ellos. Pero no tuvo suerte, ellos ya se estaban alejando y no iba a gritarles en público.

El lugar elegido para la recepción no podía ser otro que un palacio, ya que aquello al fin y al cabo era casi como una boda real.

José Ignacio notó a Antonia rara, ya no estaba tan seguro de que sólo fueran nervios, tenía que haber algo más.

—Cariño, ¿me dirás qué te sucede?

—Nada, es sólo que esto me entristece, nada más. Quisiera poder marcharme de aquí, nada de esto me gusta. Aunque, bueno —dijo suspirando—, ya nada se puede hacer.

—Antonia, cariño, ellos han tomado esta decisión. Además, creo que están enamorados. Si no, ¿por qué se casarían?

«Porque Carlos es gay y mi hermana una aprovechada», pensó.

—No lo sé. En realidad tienes razón, son tonterías mías.

—Ven aquí —le pidió acercándola más a él—. Cenamos y nos vamos, te prometo que te voy a distraer —añadió con los ojos entornados, diciéndole así más que mil palabras.

Las luces del jardín del palacio alumbraban todo el lugar, creando un camino perfectamente delineado hasta el salón. En el vestíbulo de entrada había óleos que representaban las estaciones del año y en el fondo del salón un par de jarrones de bronce centenarios. Constantemente sonaba música clásica, que estaban tocando en directo en un salón con un gran piano de cola, que acompañaba a los demás instrumentos.

José Ignacio estaba disfrutando, estaba en su mundo, conocía a casi todos los invitados, se sentía como en casa. Antonia, en cambio, estaba incómoda, no por la recepción en sí, sino porque era de las pocas personas que sabía la verdad. En todo momento él la tenía cogida de la mano, sin soltarla, y de pronto apareció Tomás, que se acercó a ellos. Antonia trató de esquivarlo, pero José Ignacio no se lo permitió.

—Antonia, José Ignacio, hola, ¿cómo estáis? —preguntó serio Tomás, observando atentamente a Antonia.

—Bien, gracias —contestó José Ignacio—, me acabo de encontrar con Marcos y hemos quedado en vernos. Ahora que hemos perdido a Carlos, tendremos que reunirnos para seguir las partidas de los jueves.

—Pero si tú hace más de un mes que no apareces —respondió Tomás más

tranquilo, al ver que la situación estaba controlada.

—Pero, bueno, eso no quiere decir que no las sigamos teniendo. Es más, este jueves quedamos en mi casa, ¿te parece? —Y dirigiéndose a Antonia, preguntó—: No te molesta, ¿verdad, amor?

—No, claro que no, por mí no te preocupes —contestó ella, distraída, su pensamiento estaba muy lejos de allí—. Además, esta semana no estaré, el miércoles viajo al sur.

José Ignacio se quedó quieto, parpadeando, y detuvo de golpe la copa que se estaba llevando a los labios. Con expresión sombría dijo con rabia:

—No me habías dicho nada. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Bueno, chicos, creo que sobro —se disculpó Tomás y, sin más preámbulos, se marchó, él ya era experto en eso.

—Bueno, eh..., se me olvidó. Es que no estaba programado, ha habido un problema con un cliente que no quiere venir al bufete, por eso tengo que ir yo —explicó ella como disculpándose.

—¿Y no hay nadie más que pueda hacer ese trabajo? Tú no tienes que hacerle recados a nadie, Antonia, creo que hablaré con Gabriel, lo he visto en la iglesia —comunicó decidido.

—¡No! Estás loco. Ni se te ocurra, es mi trabajo. Por favor, José Ignacio, tú no tienes nada que ver en esto —rogó, al mismo tiempo que sin querer lo estaba desafiando.

—¿Ah, no? —repuso él muy bajito—. Yo te demostraré que sí es cosa mía. —Y comenzó a aproximarse hacia donde estaba la gente, para buscar a Gabriel.

—Por favor, no seas ridículo, ya está bien. Me he equivocado, pero por favor, es mi trabajo, ¡me gusta y quiero hacerlo! —le suplicaba, mientras caminaba detrás de él. Con el vestido largo y los tacones, le era casi imposible seguirle el paso.

En un grupo reducido de gente estaban Roberto, Eugenio, Gabriel, el padre del flamante novio y dos hombres mayores. Todos charlaban apaciblemente, hasta que José Ignacio llegó hecho una furia.

—Caballeros —interrumpió cortante, para luego dirigir su mirada hacia Gabriel—. ¿Podríamos hablar un momento? Ahora —insistió educadamente.

Roberto, que lo conocía bien, lo estaba mirando con atención, intuyendo que algo le pasaba.

—Hijo, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? —preguntó.

—Sí, hablar con Gabriel —respondió él, tajante.

—José Ignacio, si es de trabajo lo podemos dejar para el lunes. A veces es mejor descansar y créeme que ésta ha sido una semana muy complicada para nosotros —afirmó Gabriel amablemente, dándole unas palmaditas en el hombro—. ¡Antonia! —exclamó de pronto, al verla llegar también agitada—. Hija, qué gusto verte.

—Buenas noches —saludó Antonia a todos los caballeros presentes.

Roberto, como siempre tan amable, fue el primero en hablar con ella, dejando a Gabriel sorprendido.

—¿Os conocéis? —preguntó.

—Pero ¿no lo sabes? —contestó Roberto—. Antonia es la pareja de José Ignacio.

José Ignacio estaba hablando un momento con el padre de Carlos y no se enteró de lo que sucedía, en realidad, ni siquiera estaba escuchando al hombre, sólo pensaba por qué Antonia no le había dicho que se iba de viaje. No quería que se marchara, eso no entraba en sus planes. A él le gustaba tenerlo todo controlado y eso escapaba de sus manos.

Mientras tanto, Antonia se iba poniendo cada vez más nerviosa.

—No sabía nada, en este mismo instante tengo el placer de enterarme y, claro, ya sé de lo que quiere hablar conmigo José Ignacio —dijo Gabriel.

El aludido, al oír su nombre, se volvió para ver qué sucedía.

—¿Me llamabas, Gabriel?

—Sí, ya me imagino de qué quieres hablar. Pero antes déjame decirte que me parece genial que estéis juntos. Antonia es una muchacha encantadora, además de lo guapa que es, pero eso salta a la vista —comentó, dirigiéndose a ambos.

José Ignacio no supo por qué, pero el comentario le molestó.

—Señor Montt, yo estaba esperando la ocasión adecuada para decírselo, por favor, no se lo tome a mal.

—¿Por qué se lo iba a tomar mal? —intervino José Ignacio—. Esto forma parte de tu vida privada —señaló enfadado.

—Por supuesto, querida —continuó Gabriel—, sólo que me hubiera gustado enterarme en otro momento. —Y dirigiéndose a José Ignacio, continuó —: Querías hablar de lo del viaje de Antonia al sur, ¿verdad?

—Exactamente —contestó serio, mientras ella lo fulminaba con la mirada sin decir nada.

—Lo siento, pero no hay nada que yo pueda hacer, ese cliente en particular sólo despacha con nuestra querida Antonia y si Mahoma no va a la montaña, ya sabes cómo termina el refrán, ¿verdad?

—Por supuesto, pero no me parece que Antonia deba viajar a explicarle nada, podría ir alguien más —soltó contra todo pronóstico. Él no era su jefe, ni el dueño del bufete.

Ella, para calmar un poco los ánimos, pidió disculpas y, frente a la mirada de todos, se llevó de allí a José Ignacio, saliendo por unas puertas que conducían al invernadero.

Sabía que si comenzaba a gritarle no llegaría a nada; en cambio, si lo trataba como a un niño, podría conseguir más.

—Escúchame, por favor —dijo, mientras le tocaba la cara y lo miraba con aquellos dulces ojitos suyos—. Sólo serán un par de días. Me iré el miércoles por la noche y volveré el sábado, podemos estar toda la semana siguiente juntos. ¿Qué te parece si me quedo en tu casa la próxima semana? —propuso, acercándose más a él y poniéndose de puntillas para besar sus labios. José Ignacio estaba tan tieso, que incluso con tacones ella tenía que hacer esfuerzos.

—No sé si puedo —contestó, añadiendo—: Llevo aplazando un viaje a São Paulo desde hace un par de semanas, no sé cuánto tiempo lo podré seguir haciendo.

—Pero ¿por qué lo estás aplazando? —preguntó extrañada.

—Por ti, Antonia, porque quiero estar a tu lado. ¿Tan difícil es entender eso? —respondió furioso.

Pero al oír aquella respuesta suya tan sincera, tan bonita, saltó al cuello de José Ignacio, y se sujetó con fuerza para besarlo, introduciendo la lengua entre sus labios hasta que él se rindió ante tal embestida, la apretó contra su cuerpo, casi aplastándola y le devolvió el beso aún más fuerte y posesivo.

Al cabo de unos segundos se separó y, mirándola a los ojos, dijo:

—Ya lo sé, soy un imbécil.

—Yo iba a decir adolescente, pero creo que no soy nadie para contradecirte —comentó Antonia riendo.

—¿Adolescente? ¿Sabes qué haría un adolescente ahora, aquí? —respondió lujurioso.

—¡Ah, no!, olvídalo. Ni en tus mejores sueños. Vámonos, antes de que...

—¿Que me digas que sí, chinita? —la interrumpió, ahora juguetón.

Riendo y tirándole de la mano, Antonia lo llevaba de vuelta a la fiesta.

Los novios ya habían llegado y la recepción tenía lugar en el salón principal, que era una preciosidad. Los muebles del castillo en su mayoría eran de estilo Luis XVI y las paredes estaban recubiertas de pan de oro. Todo era majestuoso, el salón estaba abarrotado de mesas y enfrente de todos, la gran mesa real, con sus príncipes y doncellas.

Por desgracia, a José Ignacio y Antonia les tocó sentarse a aquella mesa, después de todo, ella era la hermana de la novia y no tuvo posibilidad de escapar. Como la cena ya había empezado cuando ellos llegaron, fueron observados por todos los presentes, pero nadie preguntó nada. No conocían a Antonia, pero sí sabían del carácter de José Ignacio.

Al cabo de un buen rato comenzaron los brindis. Todos querían dedicarles palabras a los novios. Antonia sentía que no podía escuchar más aquella farsa; además, los novios se decían palabras cada vez más bonitas, que por supuesto no eran verdad.

Se disculpó, quedando como una maleducada y se fue al aseo. Por lo menos allí podría relajarse. Necesitaba respirar y descansar también un poco de José Ignacio. Llevaba fingiendo toda la noche, al mismo tiempo que sentía que muchas de las miradas se dirigían a ella. La verdad era que las de las mujeres que la miraban con envidia por estar con José Ignacio no la incomodaban, pero sí las que recibía de la madre de él, de Carlos, Marcela y María Gracia.

En el aseo se relajó. Por casualidad estaba completamente vacío, bebió agua y se refrescó. En ese instante, alguien entró y, cuando se puso junto a ella, Antonia reconoció en la mujer que vestía de verde petróleo, con un escote que no dejaba nada a la imaginación, nada más y nada menos que a Marcela, que la escudriñaba con desprecio.

—¿Tú crees que vas a estar mucho tiempo con José Ignacio? —preguntó con desdén.

Era lo que le faltaba.

—Marcela, ¿verdad? Mira, lo que esté o no con él no es asunto tuyo y, por favor, compórtate como una mujer madura y no como una niña de párvulos.

—¿Quién te crees que eres para tratarme así? ¿Qué crees que ve José Ignacio en ti?

—No lo sé. ¿Te parece si se lo preguntamos? Pero claramente ve más cosas en mí que en ti —contestó con chulería, mientras se pasaba las manos

por el cuerpo, haciendo referencia claramente a lo que Marcela quería escuchar.

—Eres una zorra. ¿Con cuántos más te has acostado para llegar hasta aquí? Eres peor que tu hermana. Con esa cara de mosquita muerta, vas por la vida moviendo el culo delante de los hombres. ¿No te bastó con Gabriel Montt? ¿No te daba todo lo que necesitabas?

Antonia sintió que las manos le empezaban a picar y las cerró para no cometer un gran error. La sangre que corría por sus venas se estancó y, tomando todo el aire que pudo, gritó:

—¡Cállate o no respondo! Cierra la boca. ¿De dónde sacas una cosa así!?

—¿Por qué? ¿Te escuece la verdad? —repuso Marcela engreída, obligándola a seguir hablando.

—¡Si me acuesto con Gabriel o con quien sea no es asunto tuyo! ¿Has oído?

—Te vi, Antonia —dijo Marcela con mirada inquisidora—. Te vi en Nochevieja con un tipo que era tu cliente también. Porque así se los llama, ¿no?

En ese momento, Antonia perdió el control, levantó su mano y le dio una sonora bofetada, gritándole:

—¡Sí! ¡Me acuesto con Gabriel y con muchos más! Pero mientras José Ignacio no lo sepa, no hay problema, ¿estás contenta? ¿Eso querías oír? Y la próxima vez que se te ocurra insultarme, voy a sacar todo lo ordinaria que puedo ser y entonces sí vas a saber quién soy yo. —Y salió de los aseos velozmente, chocando con alguien mientras trataba de huir.

—Antonia, ¿estás bien? ¡Estás temblando! ¿Qué pasa?

Antonia no se lo podía creer, había chocado con el hombre con el que acababa de decir que se acostaba.

—Sí, sí, señor Montt, pero, por favor, vámonos —pidió rápidamente, antes de que Marcela saliera también y los viera.

Gabriel le pasó un brazo por el hombro paternalmente.

José Ignacio, preocupado por su chica, decidió ir a buscarla, sorprendiéndose al verla con Gabriel. No entendía nada, instantes atrás su relación era distante y formal y ahora estaban abrazados.

—¿Sucede algo? —preguntó confuso.

Antonia se adelantó a su jefe.

—No, no pasa nada, sólo estábamos hablando —dijo, nerviosa por la situación. Ya se imaginaba a Marcela montando un escándalo.

A pesar de que José Ignacio no se quedó muy convencido, volvió con ella de vuelta a la mesa.

Minutos antes de que regresaran al salón, Marcela salía feliz del aseo, con una sonrisa que no le cabía en la cara, y rápidamente se dirigió hacia donde estaban todos sus amigos, en especial uno.

Cuando la orquesta empezó a tocar, Antonia le pidió a José Ignacio que se retiraran. Pero él aún tenía una sorpresa para ella. Tras el vals, que abrieron su hermana y su cuñado, toda la gente se acercó a la pista y José Ignacio la tomó por la cintura.

—Cariño, ¿bailamos?

Ella no tenía ganas de bailar, pero al ver la súplica en los ojos de José Ignacio, no pudo hacer otra cosa que acceder.

Desde un rincón, Marcela observaba cada movimiento de la pareja, mientras charlaba alegremente con sus amigos. Todo le había salido mejor de lo planeado.

Cuando estaban bailando, José Ignacio miró a Antonia y le indicó:

—Ahora cierra los ojos y escucha.

En ese momento, comenzó a sonar la primera canción que habían bailado juntos en Argentina, un tango, su tango, y, como dos expertos bailarines, comenzaron, igual que la primera vez, a danzar, convirtiéndose en un solo ser, dejando sorprendidos a muchos de los ojos que los observaban. Al terminar, el público estalló en calurosos aplausos y por primera vez desde hacía horas, Antonia sonrió con alegría, de corazón. Su hombre la hacía feliz.



Al llegar al piso de Antonia, ella se fue directa a la habitación, sólo quería descansar y José Ignacio, desde que entraron en el ascensor, había cambiado su dulce mirada por una lujuriosa y tentadora. Ella necesitaba perderse entre sus brazos y nada más, pero él, al entrar en el cuarto y verla de espaldas, quitándose los zapatos de tacón, se acercó a ella como una pantera.

—No te los quites —le susurró al oído—. Quiero verte sólo con ellos —ronroneó.

Antonia se tensó, sabía lo que esas dulces palabras significaban, pero en ese momento su cuerpo no recibía ninguna señal. No podía mentir y su cuerpo tampoco.

—Estoy cansada, ¿podemos... sólo dormir? —pidió, dándose la vuelta para quedar frente a él.

José Ignacio bufó. Tenía otros planes, pero bajo ningún concepto la obligaría. Jamás lo había rechazado ninguna mujer, ésa era la primera vez en su vida y la sensación, además de extrañarle, le molestó.

—Está bien, acuéstate, voy por un café —murmuró, saliendo presuroso y chocando con *Siam*, que venía directo hacia sus pies.

Antonia ni siquiera se enteró de su molestia, se metió rápidamente en el cuarto de baño, se puso una camiseta y se acostó, haciéndose un ovillo como siempre que estaba triste. En el mismo día había perdido a su hermana y la habían insultado, y lo peor era que ella había aceptado haber hecho algo que jamás había ocurrido.

«Nada podría ser peor», pensó.

Se durmió profundamente y, al cabo de un par de horas, al estirar la mano para tocar a José Ignacio, notó que no estaba en la cama. Salió sigilosamente del cuarto y fue en su búsqueda. Le bastó el sonido de la música para localizarlo. Estaba recostado en el sofá, mirando un vaso que ya no contenía líquido y al verlo se sintió fatal. Sabía exactamente lo que le pasaba, era más

que sentirse rechazado sólo por sexo, era la soledad a la que tanto temía la que lo estaba invadiendo. Fue a buscar una cosa que creía que lo alegraría. Conectó el ordenador, buscó un poema, que anotó en un papel y salió recitando:

*Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
Y parece que un beso te cerrara la boca.*

—¿Qué haces? —preguntó él, volviéndose para mirarla.

—Cumpló lo prometido. Te dije que te leería uno cada noche, ¿recuerdas? —contestó, acercándose melosa hasta sentarse a su lado.

—No parecías acordarte de nada cuando hemos llegado. Te has ido directa a la cama —replicó él en tono de reproche.

—José Ignacio, por favor, escúchame. Toda la situación me ha superado. Sólo quería llegar a mi cama, cerrar los ojos y no pensar, sólo eso —respondió con una sonrisa en los labios. Su actitud le parecía graciosa—. Además, creo que te estás portando como un adolescente que se ha quedado con las ganas —concluyó, encogiéndose de hombros.

José Ignacio levantó una ceja y rápidamente la cogió y la colocó debajo de su cuerpo.

—No soy un adolescente —repuso, y la besó castamente en los labios, dejándola con ganas de más.

—¿Y eso es todo? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Sí, cariño, eso es un beso de curita. Tú tienes tus cariñitos de monja y yo, el beso de cura.

Ambos se quedaron mirándose fijamente, hasta que, al unísono, dijeron «te quiero», desechando cualquier tipo de malentendido.

Se quedaron allí tranquilos, hasta que *Siam* saltó sobre ellos exigiendo sitio, haciendo bufar a José Ignacio.

El domingo pasó con absoluta tranquilidad, sin contratiempos. Pasearon por la ciudad y se acercaron a una heladería. Antonia era muy tradicional, pidió un helado de vainilla y chocolate, mientras que José Ignacio saboreó uno

de jengibre y piña *thai*. Por la noche toda su pasión se desbordó en el lugar que más le gustaba a Antonia, su piso, su cama. No era que en la casa de José Ignacio se sintiera incómoda, sólo que no era la suya, además de que allí todo era estilo «piso piloto». Nada fuera de sitio. En cambio, en la suya todo tenía un significado especial, era como su propio museo de la vida.

El lunes muy temprano, al llegar al bufete, Gabriel la llamó y, aunque un poco nerviosa, Antonia puso su mejor cara al entrar.

—¿Me necesitaba, señor? —preguntó con timidez.

—Sí, quería hablar contigo. No es un asunto de la oficina. ¿Te parece si almorzamos?

—Sí, claro, señor, no hay problema. ¿Necesita algo más?

—Sí, por favor, ya que tienes una relación tan estrecha con el señor Zúñiga —dijo riendo—, llámalo para decirle que los contratos están listos, que puede venir a firmarlos cuando quiera.

—Señor, espero no se moleste por lo de José Ignacio y yo.

—No te preocupes, no estoy molesto. Si tú estás bien, yo no tengo nada que objetar, pero eso ya lo hablaremos a la hora de almuerzo, ¿de acuerdo?

Antonia se quedó extrañada, pero todo se aclararía un par de horas más tarde. Al volver a su despacho y antes incluso de que se sentara, sonó el teléfono. Era su hermana.

—Antonia, no me cuelgues, sólo quería avisarte de que voy a casa de la abuela por si quieres enviarle algo.

Francisca sabía que interponiendo a su abuela ella se blindaba y siempre jugaba sus cartas muy bien.

—No, no tengo nada que enviarle, gracias. Pero quería decirte que...

—No te preocupes, sé que me encontraré con el drogadicto de Javier.

—¡No es drogadicto, Francisca! —replicó, molesta por el comentario—. Se está rehabilitando y, por favor, ten cuidado con lo que digas, no quiero tener problemas y contigo no sé cómo actuar últimamente.

—Anto, ya te pedí perdón. ¿¡Qué más quieres que haga!?! —exclamó Francisca un poco desesperada. No quería estar peleada con su hermana, ella era la única persona en el mundo que tenía y que además sabía todos sus secretos.

—No quiero que la abuela sepa lo de Carlos —soltó Antonia de improviso—, prefiero que crea que estás enamorada, así no le romperás el corazón —concluyó con voz trémula.

—¡¡Qué!! Antonia López, ¿quieres que mienta?

—No es mentir —contestó tranquilamente—, es omitir —apostilló molesta.

—¿Sabes qué, Antonia? A ti no hay quien te entienda. Primero prácticamente me obligas a contarle la verdad y ahora que la sabe y quiero seguir por esa línea, me lo prohíbes. Háztelo mirar, porque estás cada día más loca.

—¿¡Yo!? ¿Sabes qué, Francisca?, no quiero seguir hablando contigo. Dale besos de mi parte a la abuela, pero no digas nada, porque si se lo cuentas, te juro que te acordarás de mí.

...Piiiiiiiiii...

Francisca había colgado el teléfono, dejando a Antonia con toda la rabia acumulada, olvidando completamente el recado tan importante que tenía que darle a José Ignacio de parte de su jefe.

A la una de la tarde en punto, don Gabriel Montt entró a buscarla; fueron a un bonito restaurante en el centro de la ciudad. El lugar estaba muy concurrido, pero como él era cliente asiduo, los acomodaron en un sitio muy tranquilo.

—Antonia, sé que te parecerá extraño que te haya invitado a almorzar, pero quiero contarte algunas cosas que creo que es necesario que sepas —dijo, cogiendo la servilleta y poniéndosela sobre las piernas.

—Sí, en realidad sí me parece extraño, señor, pero me imagino que es por el tema de José Ignacio. Yo sé que usted lo considera como su sobrino. Es por eso, ¿verdad?

—Sí, hija, pero lo que te voy a contar debe quedar exclusivamente entre nosotros, debes prometérmelo. No quiero que pienses que soy un chismoso, pero hay cosas que creo que deberías saber.

—Sí, claro, dígame, por favor —pidió ansiosa—. Carmen me comentó algo, pero me dijo que no era ella la que tenía que contármelo y... yo pensé en algún momento preguntárselo a usted, pero pensaba que sería más adelante.

—Lo sé, Carmen me lo comentó y después de verte con él en la boda, supe que tenía que advertirte.

—¿Advertirme?! —repitió confusa.

—Te prometo que contestaré todo lo que quieras saber, pero primero déjame terminar. Esto no es muy fácil para mí. —Se removió nervioso en su asiento—. Hace cuarenta años, Marcel Boufard llegó a nuestro país para estudiar, era un hombre común y corriente, no tenía ninguna ambición más que la poesía.

Antonia abrió mucho los ojos, pero no dijo nada y siguió escuchando.

—Era un hombre muy fácil de querer, cuando lo oías hablar, te transportabas con sus poemas a un mundo que no existía y menos en la época en que estábamos. El país estaba revolucionado, pero Marcel era un alma libre, no creía en fronteras ni clases sociales. Tenía un sueño: escribir. Cuando conoció a una hermosa mujer en la universidad, se enamoró de sus ojos, de su pelo, de toda ella. Un día se fugaron y te digo «se fugaron» porque en la familia de ella Marcel no era bienvenido. Era un poeta, es decir, un don nadie, y era verdad, no tenía nada, sólo un par de libros. —Hizo una pausa para tomar un largo sorbo de agua para aclararse la garganta—. Bueno, como te iba diciendo, se fueron al litoral central.

»Marcel deseaba conocer a Pablo Neruda, es más, lo anhelaba, pero el poeta se dedicaba a la carrera diplomática y ya no tenía pupilos, pero eso a Marcel no le importaba. Estuvo intentándolo durante un tiempo, sin separarse de ella. Pero esa mujer necesitaba más para ser feliz. Marcel dejó sus sueños por ella y volvieron a la ciudad, pero mi pobre amigo ya no podía volver a estudiar en la universidad, su familia no era acomodada y él había perdido su dinero por perseguir su sueño.

»En ese tiempo pasaron muchas cosas, pero eso no viene ahora al caso. Marcel se quedó en mi casa durante unos meses, éramos como hermanos, hasta que un día su mujer le dijo que estaba embarazada. Nunca había visto a un hombre tan contento, no tenía ni un solo peso, pero era feliz, iba a tener un hijo y lo llamaría Pablo. Especialmente en ese momento en que el poeta estaba enfermo.

»Llegó el golpe de Estado, dejándonos a todos con muy pocas posibilidades. La vida era difícil, pero juntos tratábamos de salir adelante. Un día, su amada compañera le pidió ayuda a su progenitor y éste, al enterarse de

que estaba embarazada de Marcel, cometió el más grande de los pecados. Además de dinero, este hombre poseía muchas influencias políticas y sociales, e hizo que lo deportaran por comunista.

»No sé bien qué le contó a su hija, pero ella aborreció a Marcel desde ese mismo instante. Se alejó inmediatamente de todos nosotros y se enclaustró en casa de su padre; no quería que nadie supiera que estaba embarazada. Sólo el círculo más cercano a Marcel y ella lo sabíamos.

»Un día, tiempo después, ella reapareció en nuestras vidas casada con el bueno de Roberto Zúñiga.

Antonia no creía lo que estaba oyendo. José Ignacio tenía un padre que no lo había abandonado, por lo menos no por voluntad propia. El puzle empezaba a encajar en su cabeza.

—¿Y por qué José Ignacio nunca supo nada? ¿Por qué usted no se lo contó? —exclamó, exasperada al ver aquella injusticia.

—Cálmate, Antonia, créeme que te entiendo —dijo, cogiéndole las manos—. José Ramón, el abuelo de José Ignacio, fundó secretamente el bufete de abogados Carrera & Montt, me lo entregó y compró mi silencio. Yo era joven y los tiempos que corrían no eran de los mejores. Sin su ayuda no habría podido salir adelante —concluyó, bajando la cabeza avergonzado.

—¿Se vendió? —afirmó ella casi en un murmullo, arrepintiéndose en el acto.

—Sí, hija, me vendí. En cierta forma tienes razón, pero creo que Roberto es un hombre fabuloso y que ha sido un buen padre para José Ignacio.

—¡Sí, pero no es su padre! —le espetó irritada.

—Y José Ignacio lo sabe. Te estoy contando esto, no para que se lo digas a él, de todo ello no hay ninguna prueba y Elizabeth jamás permitiría que se supiera. Te lo estoy contando para que te cuides de ella. Ahora es una mujer distinta, nunca volvió a ser la misma y creo que en ti ve un peligro.

—¿En mí?! —exclamó asustada.

—Sí, Antonia, tú eres como Marcel y para ella eso significa sufrimiento. Elizabeth sacrificó su vida por su hijo, por eso te lo estoy contando. Ví cómo te observaba en la fiesta. Por favor, cuídate.

—Yo no puedo... no sé cómo guardar este secreto. José Ignacio tiene que saber que su padre no lo abandonó, tiene que saber quién es. Él es como Marcel, le gusta Neruda, la poesía —hablaba sin ton ni son, diciendo muchas cosas. No quería guardar más secretos, y menos uno como ése.

—Cálmate, Antonia, y escúchame. Elizabeth jamás te lo va a permitir, te destruiría antes y me destruiría a mí por contártelo. Lo siento, hija, de verdad lo siento, pero no puedes hablar —repuso, cogiéndole las manos con fuerza.

Antonia veía la desesperación en sus ojos, era más que eso, el terror a perderlo todo. No sólo lo material, también la credibilidad. Ya era un hombre mayor, no le quedaba mucho más tiempo en este mundo para poder empezar de nuevo.

—Señor Montt, le prometo por lo más sagrado que no se lo voy a contar, pero de alguna forma tenemos que hacérselo saber. No es justo, no es correcto —dijo más calmada, con los ojos vidriosos.

—Lo sé, créeme que lo he pensado. Sólo te pido un poco de tiempo, ya soy viejo, pronto me jubilaré y entonces no tendré nada que perder. Tal vez ése sea el momento.

»En una ocasión traté de hablar con él y Elizabeth se enteró. Me amenazó y, por primera vez en mi vida, tuve miedo. Dame tiempo, habértelo contado libera un poco mi alma.

Gabriel le estaba suplicando a alguien por primera vez en su vida. Lo había dejado todo de lado y se estaba sincerando con ella. La apreciaba tanto que estaba confiando ciegamente en Antonia, contándole su verdad.

Ella no podía negarse, él estaba implorándole, arriesgándose incluso a que saliera disparada a contárselo a todo el mundo y quedar como la heroína de la historia. Pero ella no era así.

—Don Gabriel, yo no diré nada, se lo prometo. Juntos veremos la forma de decir la verdad, puede confiar en mí. Pero debo pedirle un gran favor —dijo, cogiéndole ahora ella la mano.

—Lo que quieras, hija. Dime.

—No quiero que José Ignacio sepa que yo sé la verdad. Eso sí que no me lo perdonaría nunca, sería traición.

—Por supuesto, Antonia, no te preocupes. —Y, con un cálido abrazo, sellaron su pacto.

Desde ese mismo instante, la relación entre ellos cambió, estaban un poco más unidos, ya no sería nunca más la relación entre empleada y jefe, sino una de respeto y amistad, de mucha confianza.

Antonia casi no tocó su plato, no podía comer nada. Se sumaba otro gran secreto a su vida.

Gabriel Montt se sentía liberado, haber advertido a Antonia lo dejaba en

paz y expiaba un poco su gran pecado. La vuelta al bufete no fue alegre, él trataba de animar a Antonia sin éxito, hasta que comenzó a hablarle de su hija actriz y contarle las locuras que había cometido, haciéndola reír un poco por fin.

Así, entraron riendo en la oficina, pero la alegría le duró poco o casi nada a Antonia, al ver a un circunspecto José Ignacio de pie en la entrada, con expresión rígida y el cuerpo tieso, lo que sólo denotaba rabia.

Sin importarle nada, le espetó nada más verla:

—¿Para qué tienes teléfono si no eres capaz de contestar? —Lo preguntó demasiado alto, atrayendo la atención de todos los presentes.

—José Ignacio —dijo Gabriel—, ha sido culpa mía. He invitado a Antonia a almorzar y se le ha olvidado el teléfono. Vamos, hombre, que no es tan trágico —añadió con una sonrisa de alivio. Eso era lo que sentía y no podía disimularlo.

—José Ignacio, cálmate —intervino Antonia—. Ven, vamos a mi despacho. Precisamente te iba a llamar para decirte que tus contratos están listos. ¿Qué te parece si los revisamos? —Le habló muy suave, cogiéndolo de la mano y llevándolo con ella.

—No me trates como a un idiota, Antonia, que no lo soy —respondió él entre dientes.

Su enfado, en vez de disminuir, aumentaba a cada instante. No entendía por qué Antonia estaba con Gabriel y además volvían tan contentos.

—Lo sé, pero es que a veces te comportas como tal —reconoció calmada.

—¡¿Y qué quieres?! Te llamo y no me contestas. Vengo a buscarte para almorzar ¿y con quién te encuentro?

—Ni se te ocurra ir por ese camino. Si estás enfadado, te marchas y vuelves cuando estés más calmado. No sé, ve al gimnasio o a donde quieras, pero no la pagues conmigo —le espetó molesta ahora ella. No había hecho nada malo.

José Ignacio se levantó rápidamente de la silla y se fue, dando un sonoro portazo que hizo que se cayera el cuadro del lado de la puerta.

Antonia resopló. Realmente, a veces José Ignacio era intolerable.

Por la tarde, después de salir del trabajo, fue a recoger unas cosas a su piso y decidió irse a casa de él, aunque tras la discusión de la mañana, no sabía cómo la recibiría.

Al abrir la puerta, no oyó nada, se relajó, no había nadie. Cerró y se fue a la habitación a cambiarse de ropa, aún hacía mucho calor. Se puso unos shorts y una camiseta de tirantes, se soltó el cabello y fue hasta la cocina.

Después de prepararse un zumo de naranja, se acomodó en la terraza y encendió el equipo de música. Lo que había puesto no era de su estilo, pero no le desagradó, era música clásica y sonaba bien. Cerró los ojos y empezó a mover las manos como si dirigiera la orquesta. De pronto, al abrirlos, se encontró con la abrasadora mirada de José Ignacio, mojado, recién salido de la ducha, aún caían pequeñas gotas de su cabello.

—¿Qué haces? —inquirió sorprendida. No esperaba encontrarlo allí y menos con aquella mirada.

—Te miro. ¿No puedo? —respondió, con la boca seca de deseo y una sonrisa de chico rebelde.

—¿Y te gusta lo que ves? —preguntó mimosa, dejándolo embobado.

—Sí. Aunque me gustaría más quitarte el pantaloncillo ese y dejarte sólo con las braguitas blancas —reconoció, aún más excitado que al principio, respirando aceleradamente.

—¿Cómo sabes que son blancas? —dijo asombrada.

—Porque casi todas las tienes blancas, cariño, y créeme que te he visto varias —concluyó, agachándose para seguir hablando sobre sus labios—. Así que déjame verlas una vez más.

—Bueno, aquí estoy, señor observador. ¡Quítamelo tú!

José Ignacio, excitado por lo que ella le estaba diciendo, la levantó como si fuera una pluma y se dirigió con ella hasta su dormitorio. Antonia era una dama y él todo un caballero que no la haría esperar.

—Toda la tarde, cuando debería haber estado concentrado en mi trabajo, he estado pensando en ti. Me he quedado molesto, pensando en qué decirte. Me has echado de tu oficina y ahora que te veo no sé cómo disculparme —dijo, mientras la dejaba sobre la cama.

Se quedó mirándola mientras ella sensualmente se desabrochaba el botón de los shorts y se bajaba la cremallera, mordién dose el labio para que no se le notara lo nerviosa que estaba.

Se quedó sólo con las braguitas blancas y, consciente de cómo la miraba,

le espetó:

—En vez de mirarme así, ¿por qué no me las quitas y me haces feliz? — lo retó, dejándolo aún más perplejo de lo que estaba.

Mientras practicaban sexo, Antonia podía ser muy audaz, pero era la primera vez que la oía hablar así fuera de él.

—¿Dónde está Antonia? ¿Y quién eres tú? —preguntó él, aclarándose la voz.

Ella se sentó sobre los talones, ante su mirada de desconcierto, y comenzó a desenrollarle la toalla que llevaba alrededor de la cintura.

José Ignacio, al sentir aquellas delicadas manos rozándolo, perdió todo su control. Ansioso porque terminara de quitarle la toalla, la echó sobre la cama con rapidez y, como un animal enjaulado recién liberado, se abalanzó sobre ella, arrancándole de golpe las braguitas y tirándolas lejos.

Ahora era Antonia la sorprendida. Al retirar la toalla, lo primero que vio fue su gloriosa erección lista para ella. Al notar su mirada, José Ignacio se sintió absolutamente satisfecho. Le dio la vuelta poniéndola boca abajo, pasando un brazo por debajo de su vientre para levantarla y dejarla justo a su merced. Con sus piernas separó las de ella y, de una certera estocada y sin más preámbulos, la penetró, haciéndola gemir muy fuerte desde el comienzo.

Una sensación nueva recorrió el cuerpo de Antonia; se apoderó de ella salvajemente mientras levantaba un poco más las caderas para quedar en la posición adecuada. Aferraba el cobertor, sujetándose con fuerza; con cada embestida de José Ignacio, sentía que los codos se le doblaban un poco más.

Él la tenía sujeta por la cintura y podía maniobrar muy bien con cada eficaz estocada. Cuando sintió que Antonia comenzaba a temblar bajo su cuerpo, con un gemido de placer, relajó la mandíbula que tenía apretada y se dejó llevar junto con ella, siguiéndola en el mismo placer, con un intenso gruñido masculino.

Ella cayó desplomada sobre la cama y José Ignacio la siguió, quedando pegado a su espalda, respirando irregularmente sobre su oído, excitándola todavía más.

Cuando las respiraciones de los dos amantes se relajaron un poco, él se puso a su lado para no seguir aplastándola.

Antonia no fue capaz de moverse. Aún sentía una placentera corriente viajando por su cuerpo, prolongada por el pulgar de José Ignacio que le recorría la columna vertebral, trazando un mapa que lo conducía hacia las

colinas inferiores de su espalda.

—¡Ni lo pienses! —cortó Antonia, contrayendo todo lo que pudo los glúteos.

—Sí lo pienso —ronroneó él en su oreja, lamiéndole suavemente el lóbulo y tirándole del pendiente—. Sé que ahora no, pero quiero explorar cada parte de tu cuerpo donde yo pueda entrar y tu culito me parece demasiado tentador —dijo para terminar, dándole una tierna palmada en él.

Antonia, únicamente con imaginarlo, ya sufría, pero al mismo tiempo le atraía la idea: dentro de su romanticismo pensaba que sería la primera vez, y lo que más le alegraba era que sería con él. Dándose la vuelta para quedar frente a José Ignacio, le contestó, lo más coqueta que podía y le permitía la situación:

—No sé, puede ser. —Y se echó a reír tapándose la cara con el brazo.

—Ésta es mi Antonia, no la desvergonzada del «¡Quítamelo!» —comentó José Ignacio imitándola.

—¿No te gusta? —preguntó cautelosa.

—No me gusta, ¡me encanta! —respondió, cogiéndola entre sus brazos para besarla.

Se quedaron un buen rato en silencio, él dormitaba en la cama y Antonia pensaba en Marcel. Hasta que una corriente de aire entró en la habitación, haciéndola estornudar.

—Vamos, cariño, vístete que te vas a resfriar —le ordenó cariñosamente José Ignacio, levantándose de la cama para ir a buscarle la ropa.

—¿Y tú no quieres ser mi médico personal si me resfrío? —preguntó, cogiendo su ropa para ponérsela.

—Puedo ser tu médico personal todo el tiempo que quieras, pero si te pones enferma, no te podré tocar ni un pelo, así que mejor vístete.

Antonia resopló. Tanta protección la agobiaba un poco, ella siempre había sido muy independiente, pero él tenía razón. Notaba el frío, pero estaba tan cómoda que no se había querido mover.

Cenaron en la casa y, siguiendo su nueva rutina, se acomodaron en el estudio de José Ignacio y Antonia leyó el *Poema 6* de su nuevo libro.

—¿Puedo preguntarte una cosa sin que te enfades? —dijo con cautela, pero antes de terminar ya se estaba arrepintiéndose.

—Claro, cariño, ¿qué quieres saber? —respondió él, acercándose más para sentársela encima.

—¿Qué sabes de tu padre? —soltó de pronto.

José Ignacio cambió rápidamente de actitud. Si hubiese sido cualquier otra persona, no le habría contestado, pero a aquella dulce carita no le podía negar nada. Y, extrañamente, se sentía cómodo hablando con ella, incluso de aquel tema.

—No mucho, sé que abandonó a mi madre cuando supo que ésta estaba embarazada y que se volvió a su país.

Antonia no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Cómo! ¿Sabes que es de otro país?

—Era francés, se vino por la revolución, cuando supo de su estado, la abandonó y se volvió a su país. No me interesa saber nada más de un cobarde, eso es todo lo que sé y no quiero saber más —concluyó tajante.

Pero Antonia no quería que terminara ahí la conversación, menos ahora que ella sabía la verdad y que él estaba tan equivocado.

—¿Y tú cómo sabes que las cosas fueron así?

José Ignacio blasfemó, pero igualmente contestó:

—Mi abuelo me lo contó, es todo lo que sé. Él se hizo cargo de la situación y Roberto, que siempre estuvo enamorado de mi madre, se casó con ella y me adoptó, ésa es la novela de mi vida, cariño. —Y, haciendo un divertido puchero, añadió—: Me abandonó antes de nacer.

—Qué melodramático, por Dios —comentó ella entre risas para aliviar la tensión de su próxima pregunta—: ¿Y si no hubiese sido así?

—Cariño, estamos en el siglo XXI, el muy cobarde se fue, eso es todo. Seguro que pensaría que éramos indios con plumas y cuando vio a la rubita se dio un gusto, sólo eso.

—¡No!

—¿No? —preguntó, extrañado por su reacción.

—No, bueno, es que no puedes pensar así. Por favor, José Ignacio, tú eres una persona inteligente, la historia es...

—Es nada, Antonia, ése es un tema cerrado en mi vida y no quiero abrirlo ni siquiera contigo, con nadie. Disney es una fantasía y ésta es la vida real... Ya no quiero seguir hablando del asunto.

—Pero...

—Pero nada, se acabó —le espetó molesto, se levantó y se fue hasta el mueble bar para servirse un whisky.

Jamás se había cuestionado nada y ahora, con aquella simple

conversación, se lo estaba preguntando.

Antonia, que sabía que había echado a perder un bonito momento y que estaba traicionando la confianza de alguien más, se acercó a él.

—José Ignacio —dijo casi en un susurro—, disculpa. Es que yo daría mi vida por estar con mis padres, es sólo eso. No soy quién para meterme en tu vida, perdona. ¡Achís!

José Ignacio la estaba escuchando, pero no la estaba mirando, hasta que estornudó y entonces se volvió rápidamente hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó. Ella asintió con la cabeza y él continuó—: Yo tampoco he debido reaccionar así, perdona, pero no quiero que vuelvas a...

—Preguntar por tu padre, ya lo sé —se adelantó ella, volviendo a estornudar.

—No. A decir que no eres nadie en mi vida. Eres lo más importante que tengo y por eso mismo, señorita López, ahora te vas a acostar, porque...

—Ya sé, ya sé —repitió Antonia, abrazándolo con fuerza para sentirse segura entre sus brazos.

El martes Antonia fue a trabajar, pero se sentía fatal. La noche había sido muy larga, no podía dormir, pero no por falta de sueño, sino porque sentía que la cabeza le iba a estallar y le dolía hasta el último hueso del cuerpo.

Como pudo y sin decir nada, se fue a trabajar, sabía que si se quejaba José Ignacio no la dejaría salir de la cama y, menos, viajar.



Al llegar al bufete, lo primero que hizo Antonia fue tomarse un par de pastillas de paracetamol que le aliviaron un poco el malestar. Por la tarde se excusó con José Ignacio y le prometió que al día siguiente temprano se verían; además, tenía que pedirle un gran favor. Pero él no estaba dispuesto a pasar la noche solo, así que cogió sus cosas y se fue hasta su piso, sorprendiéndola al aparecer en la puerta de su habitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, escondiendo rápidamente los pañuelos desechables que tenía sobre la cama y tirándolos al suelo.

—No quería dormir solo y como tú mañana me abandonas... —recordó, haciendo un ligero movimiento de hombros.

—¡No te abandono! Tengo que viajar por trabajo. Por favor, ya lo hablamos.

—Lo sé, simplemente quería ver si así te apiadabas de mí y te quedabas —respondió mirándola de una manera que le rompió el corazón.

—Ven, acuéstate aquí, me abrazas y dormimos juntitos abrazados toda la noche. ¿Te parece?

—No, no me parece. No he venido aquí para dormir, Antonia —reconoció resoplando.

Ella, que se sentía muy mal, no quería oír ninguna queja y le pareció fatal oír precisamente una sobre sexo. ¿Por qué todo tenía que terminar en eso? No es que se quejara, pero creía que también podían simplemente dormir abrazados. Y al oírlo bufar, le dijo enfadada:

—Pero ¿por qué todo tiene que ser sexo? No lo puedo creer, pero ¡qué elementales sois los hombres! No te estoy echando, sólo te he pedido que durmamos, José Ignacio. Desde que estamos juntos, todos los días he... hemos tenido sexo, excepto los que he estado indispueta. ¿Sólo te intereso por eso?

La conversación se estaba convirtiendo rápidamente en una discusión. José Ignacio estaba molesto por su viaje y ella estaba enferma. No era ni el momento ni el lugar para discutir, pero ahí estaban los dos, sin expresar sus verdaderos sentimientos.

—¿Así que crees que soy elemental? —preguntó, arrastrando esa última palabra—. Pues bueno, ¡lo soy! ¿Qué quieres que haga si te veo y quiero estar contigo? Cualquiera mujer se sentiría halagada, pero tú... tú no, claro, tú eres diferente, evolucionada. Pues yo no, Antonia, yo quiero sexo siempre y no me avergüenzo de ello. Pero no estoy a tu disposición, sólo para cuando la... evolucionada Antonia sienta deseo. ¡Ah!, perdón, no sé si puedo utilizar esa palabra, pero me da lo mismo. Cuando quieras algo más que dormir, me avisas.

Ella lo miraba con la boca abierta, no podía creer lo que estaba oyendo. La situación era realmente extraña, pero al oírle decir esa última frase, la rabia se acumuló en su interior y, como si fuera un volcán a punto de explotar, se levantó rápidamente de la cama para alcanzarlo, porque él, como siempre, ya se había dado la vuelta para irse y gritó:

—¡Pues tendrás que esperar sentado para no cansarte, porque yo no pienso caer en tu juego! Es la segunda vez que te enfadas por esto. ¿¡Acaso yo tengo que estar siempre dispuesta para ti!?

—Sí.

—¿¡Sí!?! —Eso realmente no se lo esperaba y la dejó completamente desconcertada. Era más de lo que podía soportar y, fuera de sí, chilló—: ¡Yo no soy de tu propiedad! ¿Qué te has creído? ¿Que puedes venir aquí y yo tengo que estar con los brazos abiertos, por no decir otra cosa, y satisfacer todos tus deseos cuando quieras y a la hora que quieras? ¡Pues déjame decirte que estás muy equivocado!

La furia que inundaba los ojos de José Ignacio era realmente abrasadora. Podría haberla quemado sólo con su mirada, pero, al mismo tiempo, verla ahí gritando, defendiendo sus derechos vulnerados, lo enterneció de la misma forma que le había pasado en el aeropuerto. Sólo que esta vez, igual que en la anterior, se estaba equivocando. Pero ahora él podía cambiar las cosas sin tener que esperar y, como una pantera dispuesta a cazar a su presa, se le acercó sigilosamente.

Antonia, al verlo con aquella mirada, comenzó a retroceder, pero José Ignacio la alcanzó con su brazo y la atrajo hacia él para susurrar contra sus

labios:

—Sí eres de mi propiedad, eres mía, pero no espero que estés siempre lista para mí. La verdad es que no quiero que te vayas mañana, por eso estoy molesto. —Y, mirándola tiernamente, prosiguió—: Ya lo sé, cariño, no me mires así, soy un poco impulsivo a veces, soy un...

Antes de que pudiera terminar la frase, Antonia lo besó en los labios con verdadera pasión. Ella también necesitaba sentir que estaban bien. Oírlo hablar así la afectó, a veces José Ignacio podía ser verdaderamente como un niño mimado.

—Ven, vamos a la cama.

Eso bastó para que él sucumbiera a sus encantos y, como un perrito faldero, la siguiera, acostándose a su lado.

—¿Te puedo pedir un favor? —dijo Antonia, al tiempo que se sentaba sobre él.

—Así, me puedes pedir lo que quieras y te lo daré. Hasta la luna si quieres te bajo —contestó riendo.

—Es que de verdad necesito pedirte una cosa. Se lo pediría a David o a Francisca, pero no están.

—¿David? —preguntó él, levantando una ceja.

—El conserje —contestó risueña. Aquellos celos ridículos a veces le parecían cómicos.

—¿Qué quieres? Dímelo antes de que me arrepienta, porque tengo la leve intuición de que lo haré.

Acercándose hasta su boca, Antonia murmuró:

—Cúidame a *Matías* hasta el domingo, por favor. —Y al terminar, lo besó apasionadamente.

—Esto es lo más bajo que he visto, es peor que lo que hice yo con los vestidos —se quejó entre carcajadas y, cogiéndole la cara con ambas manos, añadió—: Después de este beso no te puedo decir que no, pero ¿y *Siam*?

—Para pedirte eso te iba a dar otro beso, pero te has adelantado. —Y antes de que pudiera contestar, ella ya lo estaba besando de nuevo.

—Por *Siam*, cariño, quiero otra cosa —admitió él—, algo más que un beso. Así que el domingo me lo pagas todo y con intereses —afirmó, besándola de nuevo.

Antonia le empezó a acariciar cariñosamente el pelo y, al igual que un niño, eso hizo que se durmiera profundamente. Estaba claro que sabía amansar

a las fieras y él era su fiera personal.

Cuando, después de un buen rato, vio que estaba completamente dormido, se levantó y comenzó lentamente a quitarle los zapatos y desabrocharle el cinturón para quitarle también el pantalón.

—Cariño, ¿no querías sólo dormir? —susurró José Ignacio, agarrándole la mano y arrastrándola encima de él, para luego ponerse sobre ella.

—Te estoy quitando la ropa para que te acuestes. Sé lo que he dicho y tengo una explicación, pero es que tú no me has dejado hablar. —Y al terminar la frase estornudó, haciendo reaccionar rápidamente a José Ignacio.

—Ya no importa, ven aquí.

Ésas fueron las últimas palabras que se dijeron antes de dormirse estrechamente abrazados. Él, como siempre, pasó un brazo por encima del cuerpo de ella, atrapándola.

Al día siguiente, Antonia se despertó en el momento en que José Ignacio le traía un aromático café para despertarla. Le explicó los cuidados básicos de *Matías*, que consistían sólo en alimentarlo por la noche y conectarle el filtro del agua. Para cuando viajaba a casa de su abuela, tenía un recipiente especial, era más pequeño que el habitual, pero para unos pocos días sería perfecto. En cuanto a *Siam*, José Ignacio ya sabía lo que tenía que hacer. Se lo habían explicado cuando lo compró.

Y así, en contra de su voluntad y de no muy buena gana, terminó por llevárselos, haciéndola a ella completamente feliz.

Se dirigieron juntos a casa de él. Antonia quería dejar instaladas a sus dos mascotas. En el fondo quería que José Ignacio se sintiera lo menos invadido posible. Por *Matías* no se preocupaba, no molestaba, pero *Siam* era distinto. En cuanto comenzó a sacar las cosas de su bolita de pelo, José Ignacio empezó a blasfemar y más aún cuando vio la caja de arena.

La asistenta, al verlo, se acercó y le dijo amablemente que no se preocupara, que ella se encargaría de todo. Llevaba años con él y lo conocía perfectamente, por lo que de algún modo sabía manejarlo.

—Don José Ignacio, no se preocupe, usted ni se va a enterar de que existen.

—Eso espero, Domitila, no quiero que el gato lo deje todo lleno de pelos.

—¡José Ignacio! —exclamó Antonia—. Por Dios, si en mi piso jamás te has quejado.

—Lo sé, cariño, pero es que allá es diferente.

—¿Por qué? —preguntó curiosa, aun sabiendo la respuesta.

Él sabía que había cometido un error y tenía que rectificar antes de que fuera demasiado tarde. No quería que Antonia se fuera enfadada.

—Porque está acostumbrado, sólo por eso. Vamos, que es tarde —dijo, para salir del paso.

Antonia reprimió el impulso de contestarle, porque sabía perfectamente a lo que se refería, y una vez más ratificaba lo diferentes que eran. Su casa era un hogar, la de él era un museo, y ni ella ni sus animales pertenecían a ese mundo. *Matías* quedó confinado en un rincón de la cocina, donde apenas le llegaba la luz, y *Siam*, bueno, estaba segura de que Domitila lo dejaría salir del cuarto en cuanto ellos se fueran.

—Domi, le dejo a cargo a *Matías*, es como un hijo para mí. Muchas gracias por cuidarlos y, bueno, *Siam*, sólo pide cariño —dijo Antonia cariñosamente, cogiéndole las manos.

—No se preocupe, señorita, en mi casa también tengo un gato. No tan finolis como éste, pero es un gato igual.

Salieron de la casa de José Ignacio en dirección al bufete y en todo momento él la llevó cogida con fuerza de la mano, como si fuera una niña pequeña que va por primera vez al colegio. La dejó en su despacho, donde se despidieron con un fogoso beso, interrumpido por el sonido del teléfono, lo que hizo que él resoplara y terminara por irse.

Antonia estuvo nerviosa durante todo el vuelo y lo peor fue el dolor de oído que sintió cuando estaba en el aire. El zumbido no se le pasó ni después de haber aterrizado. Su malestar volvió más fuerte, el paracetamol no le estaba haciendo efecto y la primera reunión con su cliente sería a las siete de la tarde. Tenía que estar medianamente bien para poder convencerlo y hacer que volviera a confiar en el bufete.

Al llegar al hotel y ver la cama, se tiró encima de ella, cogió el teléfono y confirmó la reunión.

Durante la tarde se sintió peor, así que decidió hacer algo sensato: se dirigió a un centro médico para que le recetaran algo, pero su sorpresa fue mayúscula cuando no le diagnosticaron un simple resfriado, sino una neumonía. Salió de la consulta con una receta de antibióticos y con una enfermedad a cuestas.

El resto de la tarde lo pasó acostada y sólo se levantó para la reunión. Ésta fue bastante tirante, el cliente estaba vendiendo la empresa familiar, que había sido fundada por sus abuelos hacía ya mucho tiempo, y sentía que el bufete no lo había favorecido ni valorado como él esperaba.

—Lorenzo, esto es lo mejor para su fábrica, los nuevos dueños no la cerrarán y no conseguirá más de lo que ellos están dispuestos a pagar. Pero si a usted no le parece bien, déjeme ver qué más puedo hacer —comentó Antonia profesional y a la vez amable.

—Lo sé, pero creo que ustedes deberían ponerse en mi lugar y también pienso que, como mínimo, con usted debería haber venido Gabriel o Eugenio. No me parece bien firmar así los papeles, así que por favor llámelos y dígalos que quiero verlos mañana a cualquiera de los dos. Y, en cuanto a usted, mañana la espero en la fábrica para poder mostrarle por qué me duele tanto la oferta que me están transmitiendo.

—No se preocupe, voy a ver qué puedo hacer, pero le aseguro que mañana a mediodía estaré en su fábrica.

El resto de la velada fue cordial, no se habló más del tema de la empresa. Las cosas ya habían quedado claras entre ellos y, amablemente, el hombre se ofreció a llevarla hasta el hotel. Ella aceptó encantada, Lorenzo era un hombre mayor muy amable y bonachón.

Una vez en la habitación, se tomó los medicamentos y llamó a Carmen para explicarle lo sucedido. Eugenio estaba fuera de Santiago, así que le dijo que hablaría con Gabriel y él más tarde se comunicaría con ella.

Después de colgar y esperar a que se le pasara el ataque de tos, llamó a José Ignacio, quien de inmediato supo que algo sucedía. Pero Antonia no quería preocuparlo y cambió de tema.

Hablaron aproximadamente una hora, hasta que Antonia se despidió, dejándolo con ganas de más en el mismo instante en que colgó el teléfono. Volvió a sonar. Esta vez era Gabriel, quien la llamaba para decirle que al día siguiente a mediodía estaría en Temuco y juntos irían a visitar a Lorenzo.

Los medicamentos no obraban milagros, pero por lo menos la hicieron

sentir un poco mejor y pasar una buena noche. Decidió quedarse en cama toda la mañana, hasta la hora en que se reuniría con Gabriel y juntos irían a la fábrica.

En Santiago, José Ignacio no lograba dejar de pensar en Antonia. No había pasado ni la primera noche y ya la echaba de menos. Cuando llegó a su casa, instintivamente lo primero que hizo fue ir a ver a la tortuga y, al abrir la puerta, *Siam* saltó hacia sus pies. Incapaz de dejarlo encerrado, terminó encerrándose él en su habitación, dejando maullar al gato fuera.

Al colgar después de hablar con Antonia, se durmió profundamente. Ya no se oía ningún ruido. *Siam* se cansó y se fue al cómodo sofá de cuero, dejando sus diminutas garras marcadas en él. Por la mañana, José Ignacio ni se dio cuenta de la marca del pobre animal y le pidió a Domitila que se encargara de todo, porque por la noche tendría visitas.

Como siempre, la mujer se esmeró en dejar preparados ricos manjares y el lugar aún más impecable de lo que lo estaba siempre. Al ver la marquita en el sofá, suspiró y luego se rio al imaginar la reacción de su jefe.

El jueves al mediodía, Antonia y Gabriel se encontraron en Temuco y, tras un agradable almuerzo, se dirigieron a la fábrica. Justo en ese momento sonó el teléfono de ella: era José Ignacio, que la llamaba para saludar. Al ver el nombre, Antonia se puso nerviosa. Sabía que si le decía que estaba con su jefe él no lo entendería, sus celos a veces eran agobiantes y ésa era una de esas veces.

—¿Sí? —contestó.

—¿Tú no sabes que desde tu teléfono también puedes marcar mi número? —le espetó molesto. Había esperado su llamada toda la mañana.

—Sí, lo sé, es que he estado durmiendo y me he levantado hace poco, cuando ha llegado... eh... la hora de la reunión —dijo, terminando de arreglar la frase.

—Está bien, pero quisiera que también tú me llamas —contestó más tranquilo.

—Lo haré, es que estoy un poco resfriada. Tenías razón, pasé frío y ahora estoy pagando las consecuencias —explicó Antonia al tiempo que oía bufar a José Ignacio al otro lado de la línea.

—Lo sabía, es que tú nunca me haces caso. ¿Tanto te cuesta seguir unas simples indicaciones? Cuando vuelvas, te llevaré al médico y antes de que protestes, te digo ya que no acepto un no por respuesta.

Antonia miró al cielo como pidiendo paciencia y, suspirando, contestó:

—De acuerdo, te llamo dentro de un rato, que estoy llegando a la reunión. Te quiero —dijo, mientras Gabriel le hacía señas para que se diera prisa.

A José Ignacio le pareció oír la voz de éste, pero lo dejó pasar. Se despidió de Antonia devolviéndole su «te quiero» y confiando en que más tarde ella lo llamaría.

La visita a la fábrica fue una grata sorpresa, era una lechería importante en la ciudad, que había comenzado como una pequeña fábrica y ahora estaba absolutamente mecanizada. A pesar de eso, los animales estaban muy bien cuidados, no sólo formaban parte de la planta, sino también de la vida de los dueños del lugar.

Lorenzo contó con devoción cómo había crecido el negocio y a cuánta gente daba trabajo, pero lamentaba no haber tenido hijos a quienes dejar tan significativa herencia. Por eso prefería venderla, él ya estaba cansado y se quería jubilar.

Gabriel lo entendió perfectamente y prometió volver a revisar los contratos y hablar con los posibles compradores, para el viernes por la tarde pasarle una nueva oferta. Antonia y él volvieron al hotel a trabajar en la nueva propuesta, con lo que la tarde se les pasó volando, sin darse cuenta de la hora.

Gabriel vio a Antonia un poco pálida y le dijo que se fuera a su habitación a descansar. Que él seguiría y al día siguiente, temprano, se reunirían para pulir los últimos detalles. La empresa compradora tenía que enviarles una nueva oferta, así que tenían tiempo.

Antonia se lo agradeció y le contó que tenía neumonía, de ahí su estado y su cansancio. El hombre, como padre que era, la mandó de inmediato a la cama y le dijo que luego pasaría a verla y que si necesitaba cualquier cosa no dudara en llamarlo.

Ella se fue a su habitación, se acostó y se durmió profundamente. Después de tomarse los medicamentos había llamado a José Ignacio, pero él no le había contestado, así que decidió volver a intentarlo más tarde.

José Ignacio estaba en su casa, esperando a sus amigos, y había olvidado el teléfono en la habitación. Había llegado del gimnasio y se había metido en la ducha. Había quemado con ejercicio toda la pasión acumulada.

Puntualmente, a las nueve de la noche, comenzaron a llegar sus invitados. Los primeros fueron Marcos y Gustavo, este último siempre estaba fuera de Chile, así que se alegró al verlo, era la primera vez que se reunirían todos los que participaban en las partidas de cartas desde el principio. No tardó en aparecer Tomás e incorporarse rápidamente a la conversación.

José Ignacio les habló de lo maravillosa que era Antonia y Marcos, que ya la conocía, se deshizo en halagos sobre ella, sobre todo porque en el momento de conocerla le pareció una mujer fatal, aunque en realidad no lo era, como José Ignacio sabía muy bien.

Tomás comentó además lo buena persona que era y la suerte que su amigo había tenido al encontrarla. El último en llegar fue Carlos, que venía acompañado por una provocativa Marcela y una amiga de ésta. Los hombres, que no esperaban a ninguna mujer, las recibieron encantados y ellas se unieron rápidamente a la conversación.

José Ignacio no estaba muy contento, pensaba que sería una reunión de hombres, pero conocía desde hacía mucho tiempo a Marcela y a su amiga Josefina.

Lo que comenzó como una reunión de amigos para jugar a las cartas, se transformó con rapidez en una pequeña fiesta, ya que después de los últimos invitados, llegaron un par más con sus respectivas parejas. En total había más de doce personas en la casa, pero el lugar era tan inmenso que seguía viéndose vacío.

La noche pasó con gratas conversaciones y risas y Marcela no se despegó en ningún momento de José Ignacio. Ella había sido anfitriona de muchas de esas reuniones y esta vez no quería conformarse con ser sólo una invitada más. Estaba dispuesta a luchar por ese hombre, siempre lo había deseado y no lo perdería tan fácilmente.

Bien avanzada la noche, José Ignacio, inquieto, fue en busca de su móvil y al ver que tenía llamadas perdidas de Antonia, marcó su número sin importar la hora. Eran más de las dos de la madrugada cuando, al tercer timbrado, ella cogió el teléfono y, con una voz de ultratumba, contestó:

—¿Sí?

—Cariño, perdona, no he oído el teléfono. Creía que te habías olvidado de mí.

Estaba contento, no sólo por tener más de cuatro llamadas perdidas de ella ni por las copas de más que llevaba en el cuerpo, sino porque les había caído bien a sus amigos y eso lo llenaba de alegría.

Realmente la echaba de menos y deseaba tenerla junto a él.

Antonia comenzó a toser sin poder parar y, cuando terminó, por fin pudo responder:

—Cómo me voy a olvidar de ti, si te echo de menos más que a nada en el mundo. Después de revisar unos papeles con Gabriel, me he venido directa a la cama y te he llamado —explicó aún medio dormida, sin darse cuenta de lo que realmente había dicho.

José Ignacio, que estaba achispado pero no borracho, recordó la voz de la tarde y lo terminó de confirmar.

—¿Qué hace ahí Gabriel contigo? —bufó molesto, despertando del todo a Antonia.

—Eh... ¿Cómo que qué hace? Es mi jefe y al final Lorenzo lo quería ver a él y no a mí —comenzó a explicar, sintiendo como si hubiera cometido un tremendo pecado, que en realidad no había cometido.

—Pero tú debiste avisarme, Antonia, no sé, creo que es lo mínimo. Pero, claro, tú no piensas en esas cosas, ¿verdad? —exclamó demasiado fuerte, haciendo que Antonia tuviera que alejarse un poco el teléfono.

—Mi amor, por favor, no conviertas esto en una discusión. Me encuentro fatal y de verdad que no quiero que me grites —dijo ella, tratando de calmarlo. Sabía que con suavidad podría.

—¡No te estoy gritando! Además, si te sentías mal, ni siquiera debiste ir. Eres muy irresponsable, Antonia, ni siquiera sabes qué tienes y te vas al sur, donde seguro que estará lloviendo.

Hablaba sin sentido. Le molestaba sobremanera que ella estuviera a miles de kilómetros y con Gabriel Montt. No podía explicárselo, pero desde que los había visto abrazados en la boda, Gabriel se le había cruzado.

—Cálmate, por favor, y ya sé qué tengo. Ayer fui al médico cuando llegué y me dijo que es neumonía. Estoy tomando antibióticos y, ¡por favor, que no soy una niña ni estoy en una isla desierta! Estoy en Temuco, que es una ciudad grande, ¿sabes? No son indios —respondió molesta ella ahora.

Siempre había sido independiente y responsable y, además, sabía que había tomado a tiempo todas las precauciones.

—¡Neumonía! —gritó José Ignacio, casi reventándole el tímpano, pero al mismo tiempo, y sin ser un experto, comprendió que eso era bastante común y bajó de inmediato el tono de voz—. Cariño, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? Dime, por favor, ¿qué puedo hacer por ti?

—Primero, no me grites que hasta ahora no me habían dolido los oídos, pero ahora ya sí, bueno, un poco. Y segundo, nada, sólo quererme y echarme de menos. Estoy bien y, por favor, no veas cosas donde no las hay. Gabriel podría ser mi padre.

—Pero no lo es —replicó José Ignacio—. Vale, está bien, disculpa, se me ha escapado. Pero es que me siento impotente estando aquí y tú allá.

—No te preocupes, en serio, cualquier cosa que necesite tengo a Gabriel. —Al terminar la frase, supo de inmediato que había metido la pata al cien por cien y el silencio se le hizo eterno. Oyó cómo José Ignacio respiraba aceleradamente hasta que al final habló, y ella, tranquilizándose, dejó de morderse el labio, algo que ni siquiera se había dado cuenta de que estuviese haciendo.

—Está bien, cariño, cuídate. Nos vemos. —Y sin decir nada más, colgó. La furia lo estaba carcomiendo por dentro y sabía que sin razón, pero no podía evitarlo. Si no dejaba la conversación, sería peor y no quería hierirla.

Cuando colgó el teléfono, lo lanzó sobre la cama, sobresaltando al pobre *Siam*, que dormía tranquilamente en ella. Maldijo en voz alta y se desquitó con la pared, sintiéndose un idiota. Sabía que se estaba comportando peor que un adolescente, pero no lo podía remediar. Justo en ese momento, apareció ante él una radiante Marcela, que había escuchado toda la conversación.

—José Ignacio, ¿te encuentras bien? —preguntó melosa, acercándose contoneando las caderas a cada paso que daba, hasta tomar su mano enrojecida y acercársela a los labios para besarla.

—Sí, estoy bien, ¿qué quieres? —contestó de mala manera, apartando la mano.

—Nada, sólo que no hay hielo y venía a avisarte, pero cuando te he visto... tan preocupado, me he asustado —mintió para salvar la situación y tomar ventaja.

—El hielo está en la cocina, deberías saberlo —respondió, dándose la vuelta para salir de la habitación. No quería estar allí con ella.

—¿Y esa cosa qué es?! —exclamó Marcela al ver a *Siam* saltar a la cama para volver a acomodarse.

—No creo que sea un puma, ¿tú qué crees que es?

—Ya lo sé, pero es que a ti no te gustan los animales. Yo te conozco muy bien, José Ignacio, tú lo sabes —aseveró en tono lascivo, acercándose más aún, hasta quedar muy pegada a él.

—Es de Antonia y por favor, Marcela, no hagas comentarios ridículos. Vamos.

Al llegar a la cocina, Marcela se desenvolvió muy bien, sacó un recipiente de cristal y se lo entregó a José Ignacio sin dejar de mirarlo con aquella mirada ardiente suya, y que tantas otras veces le había dado buen resultado.

Pero él no dejaba de pensar en su Antonia... y en Gabriel.

—¿Qué es eso?! —chilló, al ver a *Matías*, que saltó de su roca en el momento de encender la luz—. Ya sé que es una tortuga, pero ¿qué hace aquí?

—Antonia está de viaje y me pidió que se la cuidara. No podía decirle que no, además, esa cosa es como un hijo para ella. Las mujeres sois realmente extrañas en algunos temas —comentó, riendo con la última frase.

Admiraba la capacidad de Antonia de amar a los animales, sobre todo a aquella cosa verde que cuidaba como a las joyas de la Corona. A Marcela, ver que cuando hablaba de su rival se le iluminaban los ojos y le brotaba una sonrisa que le salía del alma, le sentó fatal. Con ella nunca le había visto ese brillo. Y de repente lo miró y, pillándolo desprevenido, se lanzó a sus brazos, sujetándole la cara con fuerza hasta que lo besó, dejándolo paralizado.

—Suéltame, Marcela. ¿Qué haces? ¿Estás loca?

—¡Sí, estoy loca! ¿Qué tiene ella que no tenga yo? ¿Qué te da que yo no te pueda dar? ¡Dime! ¿Por qué la prefieres? Por Dios, mírame a mí, tengo todo lo que a ti te gusta, y lo sabes. Dime, ¿qué le ves? Ella ni siquiera es como nosotros, lo único que quiere es aprovecharse de ti. Lo sé, soy mujer, créeme por favor —dijo, desesperada al ver que estaba perdiendo la batalla—. ¿O qué crees que está haciendo ahora? Dime, ¿por qué no ha ido Eugenio con ella? ¿Por qué ha ido Gabriel? Yo los vi en la boda, créeme, por favor.

—¡Se acabó! Cállate, Marcela, no quiero escucharte más. Tú y yo no tenemos nada, lo nuestro siempre fue sólo sexo y tú lo sabías. Jamás te prometí nada. Por respeto a los años que hace que nos conocemos, no te saco de aquí a empujones, pero no podemos ser amigos. Y no vuelvas a hablar mal de

Antonia delante de mí, ¿me oyes? —le gritó con furia—. Voy a salir de aquí y, cuando te calmes, te vas. Yo le diré a todos que te encontrabas mal y, por tu bien, no vuelvas a aparecer en el salón.

—José Ignacio...

Él simplemente se dio la vuelta, cogió el hielo y se marchó, dejándola temblorosa en la cocina. En los años que hacía que lo conocía nunca lo había visto de ese modo. Se volvió para buscar algo con que limpiarse y de inmediato supo lo que tenía que hacer. Se secó con furia las lágrimas que corrían por sus mejillas y juró vengarse.

Desde ese mismo instante, la noche, que hasta entonces había sido agradable para José Ignacio, se transformó en todo lo contrario. Nadie se dio cuenta, porque todos estaban a lo suyo, pero él no dejaba de pensar en Antonia y en su mente retumbaban sin cesar las palabras de Marcela: «Los vi».



Al día siguiente, José Ignacio llamó muy temprano a Manuela, su asistente personal, y le dijo que le comprara un billete para Temuco lo más rápido posible. Menos mal que la pobre de Manuela había podido conseguir uno para ese mismo día, porque su jefe recibía un trato privilegiado por parte de la línea aérea. Era un asiduo cliente y desde hacía muchos años recorría Chile constantemente y gran parte de América para supervisar sus negocios.

De hecho, Manuela estaba un poco asombrada al ver que no había viajado nada últimamente y que se le estaban acumulando visitas pendientes.

Cuando José Ignacio llegó al aeropuerto, no pudo evitar recordar la primera vez que vio a Antonia, cosa que lo hizo suspirar de emoción. En un par de horas disiparía todas sus dudas y la vería. No habían estado mucho tiempo separados, pero había sido fatal para él.

Antonia se encontraba bastante bien. En el desayuno terminaron de finiquitar los últimos asuntos pendientes de la nueva propuesta, que estaba mucho mejor, y esperaban cenar con Lorenzo esa noche para celebrarlo.

Durante el día, Gabriel quería recorrer la zona, le encantaba el sur, y le dijo a Antonia que si quería se quedara todo el día en la habitación, descansando, que él la pasaría a buscar por la noche, para ir a reunirse con Lorenzo.

Ella aceptó encantada. Aunque tenía ganas de conocer aquella parte del país, a pesar del día soleado tenía un poco de frío y le apetecía quedarse en la cama, viendo películas.

Se despidió de él y subió a su habitación, donde se desnudó, quedándose sólo en camiseta y braguitas y se metió de nuevo en la cama. No tenía sueño y le pareció extraño que, al llamar a José Ignacio, le saltara el buzón de voz. Pensó que estaría en una reunión y no le dio mayor importancia.

Encendió la televisión y se quedó viendo la película *Cuando Harry encontró a Sally*. Le encantaba Meg Ryan, aunque la prefería en otro tipo de papeles, como en *City of Angels*, pero a esa hora no había mucho más que ver; la puso un poco más alto de lo normal, porque tenía los oídos tapados, ésa era su mayor molestia.

La película era realmente divertida y se estuvo riendo muchísimo, hasta que llegó a una escena en un café, donde Sally finge un orgasmo. Antonia se quedó en completo silencio mirándola, en ese momento sólo se oían los gemidos de la actriz. De pronto, sonaron unos fuertes golpes en la puerta como si la fueran a derribar y Antonia pensó que alguien venía a protestar por el ruido, sobre todo por el que se estaba oyendo en aquel preciso instante.

Buscó sus pantalones, pero los golpes de la puerta no la dejaban concentrarse, ni encontrarlos. Sacó el cubrecama con rapidez y silenció el televisor, dirigiéndose rápidamente a abrir.

—Voy, voy, un minuto —pedía, mientras trataba de cubrirse lo mejor posible.

Al abrir, José Ignacio entró como una ráfaga, empujándola al pasar por su lado. Fue directamente hasta la cama, dejándola completamente confusa y sin entender nada.

Se volvió de golpe hacia ella y, echando chispas por los ojos y con la respiración entrecortada, vociferó:

—¿Con quién estás, Antonia?! ¡Dime! —exigió saber, descompuesto.

Ella no daba crédito a lo que estaba oyendo. Se quedó de piedra y los nervios la hicieron reaccionar de la peor manera posible: se empezó a reír a carcajadas, como una histérica, ante la mirada imperturbable de José Ignacio.

—Dime, ¿con quién estás? No te rías —insistió sin gritar, pero más furioso aún, mientras daba vueltas por la habitación.

En un momento de lucidez, Antonia dejó de reír y lo más calmada que pudo, dijo:

—Dime, por favor, que es mentira lo que estoy oyendo, que, como estoy sorda, te he entendido mal. Por favor, dime que es así —le pidió, casi sin poder respirar de los nervios que tenía.

—No, Antonia, no estás sorda, no te hagas la inocente. ¡¡Exijo que me digas ahora mismo con quién estás!! —insistía José Ignacio, interrogándola con una ferocidad pasmosa.

—Sal de aquí ahora mismo o te juro por mis padres que llamo a

seguridad —le contestó, sintiendo cómo los ojos se le empezaban a nublar—. ¿Quién te has creído que eres, para venir a insultarme? —añadió, con toda la calma de que fue capaz.

Sabía de qué la estaba acusando y también sabía que no podría aguantar mucho más así de calmada. Pero al verle aquella mirada acusatoria y de desprecio, abrió la puerta y gritó, sin poder contenerse más, con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡¡¡Sal de mi habitación!!! ¡¡¡Ahora!!!

—No te estoy insultando, no me faltes al respeto. Te he oído, Antonia, ¡no me vuelvas a mentir! ¡Contéstame! —repitió furioso, pasándose las manos por el pelo. Porque lo que en realidad quería era encontrar al supuesto hombre y abalanzarse sobre él.

En ese momento se acabó la paz y el volcán terminó de estallar, arrasando con todo a su paso.

—¡Eres imbécil! ¡¿Quién te crees que soy?! Era la televisión, idiota. ¡Fuera de aquí! No quiero verte. Si no puedes confiar en mí, no tenemos nada que hacer. ¡Vete!

Antonia había perdido toda la compostura, la furia se había apoderado de ella y no la podía controlar. No dejaba que José Ignacio dijera ni una sola palabra, y él no se atrevía, porque estaba realmente fuera de sí.

Al oír aquellos gritos, Gabriel, que había vuelto al hotel para almorzar, se asustó y fue rápidamente a la habitación, sorprendiendo a José Ignacio y haciéndole entender de golpe su terrible error.

—¿Qué haces aquí, José Ignacio? —preguntó el hombre. Y, volviéndose hacia Antonia, la abrazó y dijo—: Hija, ¿qué te pasa, dime qué tienes?

—Antonia, yo...

—¡Cállate, y vete de aquí! ¡No quiero verte! —contestó ella, más calmada, en brazos de Gabriel.

—Calma, pequeña. José Ignacio, creo que no es un buen momento. Vete. Yo voy a hablar con Antonia, espérame abajo —dijo muy serio, haciendo que por primera vez José Ignacio agachara la cabeza—. ¿Estás mejor, hija? ¡Estás ardiendo! Ven, acuéstate.

José Ignacio estaba parado, sin saber qué hacer, y fue Gabriel el que lo llevó hasta la puerta y le repitió que lo esperara, y él, como un niño, obedeció y salió disparado hacia el vestíbulo del hotel. Sabía que esta vez había cometido un gravísimo error.

Se sintió desesperado, necesitaba volver a la habitación, pero no podía. Parecía un animal enjaulado, y cuando la recepcionista se acercó para preguntarle amablemente si necesitaba algo, la fulminó con la mirada.

Antonia se echó a llorar en brazos de Gabriel y éste, sin entender mucho lo que pasaba, le pedía que se calmara, diciéndole que todo se arreglaría. Le dio un vaso de agua y le pidió que le contara lo sucedido.

—José Ignacio ha creído que yo estaba con alguien, eso es lo que pasa. Me ha dicho... —contaba Antonia, hipando de tanto llorar— que sabía que estaba aquí con alguien.

Gabriel tenía tres hijas, así que sabía perfectamente cómo tratarla y además era hombre, de modo que se podía poner perfectamente en ambos lugares.

—Ya, Antonia, cálmate ya ha pasado. Te aseguro que en este momento el que está sufriendo más es José Ignacio. Se debe de sentir fatal.

—¿Y yo? —preguntó Antonia, secándose los ojos y la nariz con la mano—. ¿Qué cree que soy? Me ha ofendido, nadie me había ofendido así nunca.

—Calma, calma, ya lo sé. Creo que José Ignacio está mal, no parece un hombre inseguro, pero lo es, hija. Esto es nuevo para él, es su primera vez en una relación seria y todo lo que siente es nuevo.

—No, Gabriel, no es un niño, es un hombre, tiene treinta y ocho años, ésa no es una justificación —replicó Antonia convencida, secándose las últimas lágrimas que caían por sus mejillas.

—No, claro que no lo es, pero créeme que la edad no tiene nada que ver en esto, hija. En este tema, es un adolescente. Eso quiere decir que como nunca había sentido algo parecido, no sabe cómo reaccionar. Dale tiempo, Antonia, eso es lo que necesita, tiempo para entender lo que le pasa y asimilarlo lo mejor posible.

—¿Y yo? ¿No importa lo que yo necesite? —preguntó, acomodándose en la cama.

—Tú eres una mujer hecha y derecha, sabes lo que quieres y lo que sientes, eres mujer y eso, aunque a nosotros no nos guste reconocerlo, te hace más madura. Has sabido enfrentar los problemas de la vida con la mejor actitud desde siempre, has luchado por ti desde hace mucho, yo lo noto y lo sé. No dejes que esto te afecte, tú sabes lo que eres y lo que vales. Ahora voy a bajar a ver a José Ignacio, lo voy a tranquilizar, y nosotros dos nos vemos por la noche, ¿crees que estarás bien?

—Gabriel, no quiero que José Ignacio suba —pidió Antonia, cogiéndole la mano—. No puede venir aquí e insultarme, no es justo.

—Lo sé, hija, pero dale el beneficio de la duda. Deja que te explique lo que ha sentido y por qué lo ha pensado.

—Yo sé por qué lo ha pensado y no tiene razón, está equivocado —contestó más tranquila.

—Entonces con mayor motivo, deja que te lo explique y te pida perdón. No lo tortures demasiado, él por sí solo ya lo está haciendo.

Después de estas sabias palabras, Antonia se quedó más tranquila. Era como si aquella breve conversación la hubiese tenido con su padre. Gabriel estaba en lo cierto, pero igualmente se sentía ofendida.

Al marcharse Gabriel, Antonia se tomó un vaso de agua y dos ibuprofenos. Sentía que la cabeza le iba a estallar y la tos no la quería abandonar. Estaba más cansada por toser que por la discusión. Se recostó y cerró las cortinas, hasta la luz la molestaba.

En el vestíbulo, José Ignacio seguía caminando nervioso, y cuando vio aparecer a Gabriel, se abalanzó hacia él.

—¿Cómo está, Gabriel? Yo no sé...

—Calma, está bien, pero creo que deberíamos hablar. ¿Qué te parece si me acompañas a tomar algo?

—No, prefiero ir a ver a Antonia y pedirle disculpas.

—No, hijo —repuso el hombre riendo—, eso ni se te ocurra en este momento. Déjala descansar y ve más tarde, hazme caso. Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Ven, vamos.

José Ignacio lo siguió no muy convencido, pero igualmente lo hizo.

Pidieron un par de cervezas y José Ignacio, sin saber cómo, comenzó a explicarle lo sucedido, lo que había pensado e imaginado, dejando atónito a Gabriel.

—Pero ¡hombre, por Dios! No conoces a Antonia. Esa mujer es buena como el pan, hijo, jamás te haría daño, incluso te puedo asegurar que antes de hacérselo a alguien, se lo infligiría a ella misma.

»Desde que llegamos sólo ha salido para reunirse con Lorenzo. Yo prefería que se quedara, pero la conozco, y cuanto más le prohíbes algo a las mujeres, éstas más te llevan la contraria. Y Antonia, dulce como la ves, tiene un genio de mil demonios y sobre todo en su trabajo.

»Con cada cosa que hace, se demuestra a sí misma que no necesita a

nadie para salir adelante. Es su forma de demostrarle al mundo que salió adelante sola desde muy pequeña. Es así y tú no las vas a cambiar, y si no la dejas ser como es, créeme que la perderás. No a ella, porque esa mujer de verdad te ama, pero apagarás su vitalidad. Cuando Antonia habla, lo hace con el corazón. ¿Sabes por qué está en el puesto que está?

José Ignacio negó con la cabeza sin mirarlo, se sentía avergonzado y, lo peor, un imbécil.

—Es porque cada caso para ella es especial, cada vez que analiza algo, lo hace a conciencia, y es la mujer más justa que he conocido. Sin ir más lejos, Lorenzo, nuestro cliente de aquí, estaba decidido a no firmar, pero Antonia demostró que su lechería sí es importante, porque realmente lo es, y así se lo hizo saber a los compradores, y entonces ellos subieron la oferta un veinte por ciento. Eso ni yo lo habría conseguido. Ella te muestra lo malo y lo bueno sin anteponer sus intereses.

José Ignacio se sintió desgraciado por primera vez en la vida. Sabía que Antonia era exactamente así, pero la amaba demasiado y sabía que lo estaba haciendo mal. Aquella pequeña mujercita le estaba dando la lección de su vida y él no lo sabía. Se deshizo en disculpas con Gabriel, incluso le dijo que había tenido celos de él, haciéndolo escupir la cerveza que estaba bebiendo en ese momento.

—Pero ¡si Antonia podría ser mi hija o mi nieta, hombre! Si mi mujer supiera lo que piensas, me castraría. Además, yo nunca podría hacerte a ti una cosa así. Sé que no es el momento, pero tú sabes que te considero como mi sobrino, porque conocí a tu padre. Algún día podremos hablar de eso. Ahora deja a este viejo zorro terminarse su cerveza y ve a ver a Antonia, que se debe de sentir fatal. Os pasaré a buscar a las nueve, pero si está mal, por favor, ayúdame a convencerla de que se quede en la cama.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos, diciéndose muchas cosas sólo con los silencios y sus miradas. Sabían que llegaría el momento en que tendrían que hablar de otras cosas, pero no ese día.

Nervioso como muy pocas veces lo había estado en toda su vida, José Ignacio subió a la habitación de Antonia y llamó a la puerta muy flojito. Se extrañó al no oír nada, volvió a llamar y nadie le abrió. Fue a buscar una camarera y, con su encantadora sonrisa, hizo que la mujer se derritiera ante él y le abriera la puerta.

Al entrar lo vio todo muy oscuro, el corazón le comenzó a latir muy

deprisa cuando vio a Antonia tapada hasta el cuello y echa un ovillo, exactamente igual que hacía *Siam*. Se enterneció de inmediato y se arrodilló a su lado, apartándole suavemente el pelo de la cara para poder mirarla mejor. Estaba profundamente dormida y él se quedó hipnotizado mirándola, hasta que apoyó la cabeza en la almohada, junto a la de ella.

Al cabo de unos minutos, Antonia sintió que le faltaba el aire, abrió lentamente los ojos y, al ver a José Ignacio arrodillado a su lado, no pudo evitar más que su noble corazón lo disculpara y, acariciándole la cabeza, susurró:

—Yo no soy Dios, para que te arrodilles ante mí.

José Ignacio levantó la cabeza rápidamente y se la quedó mirando.

—Perdóname, Antonia, no sé qué...

Ella le puso los dedos en los labios y no lo dejó terminar. Abrió la cama y lo invitó cariñosamente a acostarse con ella.

José Ignacio sentía la necesidad de explicarse y pedirle perdón, pero Antonia, sin haberlo escuchado ya lo había disculpado, haciendo que se sintiera realmente arrepentido.

—¿Cómo estás? —le preguntó bajito.

—Ahora muy bien, aunque te prometo que hace un rato he sentido que un terremoto arrasaba mi habitación.

—Lo sé, perdón, te prometo que no volverá a suceder y, aunque no pensaba contártelo, te lo voy a decir sólo para alegrarte un poquito.

—Dime.

—¿Sabes dónde durmió *Siam* anoche?

—No.

—En mi cama, en tu lado. No sólo yo te echaba de menos —confesó, besándola en los labios y terminando de tranquilizar su corazón.

Antonia no dejó de acariciarlo en ningún momento, ambos se miraban y con eso se lo decían todo. Al tenerlo allí tan cerca y ya de mejor ánimo, comenzó a besarle, pasando del suave beso a otro más acalorado. Sentía cómo los músculos de José Ignacio se contraían y cómo a cada minuto su erección crecía más.

Separándose, José Ignacio la miró y la abrazó, poniéndose sobre ella sin tocarla, sin ninguna otra intención.

—No quiero que me abrases ni me beses —pidió Antonia.

—¿No? —preguntó sorprendido, mientras su corazón se paralizaba de

golpe.

—No, quiero que me hagas el amor.

José Ignacio respiró. Se quitó los pantalones y los bóxers con rapidez, mientras ella le desabrochaba los botones de la camisa.

Volvió a besarlo, para decirle con aquel gesto que estaba lista para él, introdujo la lengua en su boca y ambas comenzaron a danzar sin importar nada más.

—Antonia, lo eres todo para mí. No sé por qué, pero no puedo estar lejos de ti, me siento como un idiota.

—Te quiero, José Ignacio, más de lo que te puedes imaginar. Juntos, mi amor, vamos a recorrer lo que tengamos que recorrer y si tú eres un idiota, yo también lo soy.

Él la besó, le subió la camiseta y, al ver sus senos libres, comenzó a tocar sus pezones y besar su cuello, mientras Antonia lo incitaba a más con osadas caricias.

Lo empujó hasta que él quedó de espaldas en la cama y ella se sentó encima. José Ignacio se acomodó un poco, quedando semisentado y se introdujo un pezón en su boca, que comenzó a devorar con pasión, mientras bajaba la otra mano lentamente para ver si ella ya estaba preparada para recibirlo. Antonia no quería esperar más, lo necesitaba dentro, lo deseaba más que nada en la vida. Sólo a él y en ese momento.

Soltándole el pezón, él la miró con ternura.

—Cariño, no estás lista.

—No importa, no quiero esperar. Por favor —rogó, verdaderamente excitada.

José Ignacio podía controlarse siempre, pero no cuando ella le exigía con sus ojitos achinados. Antonia se estaba moviendo de una manera sublime y él ya estaba perdiendo toda la cordura antes siquiera de empezar. Finalmente, la penetró despacio y la sintió aún más. Ambos se quedaron mirándose fijamente, su conexión era intensa, no importaba nada más que ellos en ese instante.

Antonia cerró los ojos y, de una sola vez, José Ignacio llegó hasta el fondo, gimiendo con una mezcla de placer y dolor. Abrió los ojos y vio la mirada ardiente, cargada de emoción de él. Sus ojos eran como espejos, ambos reflejaban todos sus sentimientos en sus miradas...

—Te quiero, Antonia.

José Ignacio pegó su frente a la de ella y Antonia aumentó el ritmo. Sus

bocas se juntaron y comenzaron a respirar el mismo aire, jadeando juntos. En cada embestida José Ignacio le acariciaba la cintura. La miró con seguridad y dijo:

—No pares, cariño, confía en mí.

Antonia asintió con su cabeza y siguió el ritmo, proporcionándose aquel maravilloso placer.

Él siguió bajando por sus costillas, su cintura, sus caderas, hasta llegar a la parte baja de la espalda y, sin dejar de mirarla, introdujo un dedo entre sus glúteos, hasta llegar a ese lugar que tanto quería explorar. Antonia intentó contraerse lo más posible, pero José Ignacio, sin decir nada, le atrapó el labio, dándole a entender perfectamente lo que ella tenía que entender, y así fue, Antonia volvió a relajarse y él continuó donde se había quedado.

Antonia cada vez se movía más rápido, así trataba de no sentir más de lo que quería recibir, pero él comenzó a masajear aquel lugar lentamente, haciéndola olvidar todo y disfrutar de una nueva emoción nunca antes vivida. Era absolutamente placentera para ella, no sentía ningún dolor y lentamente se comenzaba a dilatar.

Se sentía la mujer más maravillosa del mundo y querida por aquel hombre que tenía entre sus piernas. Él se entregaba por completo, así como ella también lo hacía. El orgasmo era inminente, él vio en su mirada la proximidad del éxtasis antes incluso de que su propio cuerpo la delatara. Se relajó y soltó un gemido gutural, echó la cabeza hacia atrás y pronunció su nombre, jurándole amor eterno, y se dejó llevar por un torrente de emociones, haciéndola temblar y arrastrándola también a ella por ese mismo camino de sensaciones mágicas.

Una vez que sus corazones se tranquilizaron y pudieron hablar, José Ignacio le preguntó:

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —susurró, mientras acariciaba su espalda.

—No, me muero de calor —respondió ella, riendo, sin separarse de él. No quería dejar de sentirlo.

—No importa —dijo, levantándola para ponerla a su lado y taparla hasta el cuello, con la protesta de Antonia—. Así no te pondrás peor, cariño, ahora yo te voy a cuidar.

Con la agitación del momento, ella comenzó a toser y José Ignacio, con sus fuertes brazos, la pegó aún más a él, casi asfixiándola. Se quedaron así durante un buen rato, hasta que Antonia habló:

—*Cuando Harry encontró a Sally.*

—¿Qué? —preguntó José Ignacio sin entender.

—Eso era lo que estaba viendo en la televisión y lo que tú has creído que... yo estaba haciendo con Gabriel.

Al oír esas palabras tan crudas salidas de su boca, José Ignacio se tensó de inmediato y sintió una merecida puñalada de culpa en el corazón. Y apretándola aún más fuerte, le volvió a pedir disculpas por enésima vez en la tarde.

A las ocho, Antonia comenzó a apartarse de él.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó José Ignacio, escrutándola mientras ella se bajaba la camiseta que aún tenía subida.

—A la ducha, ¿por qué? ¿Me quieres acompañar? —respondió coqueta.

—Estás loca si crees que te vas a duchar y después salir —dijo, muy convencido de sus palabras.

—¿Y tú qué crees? ¿Que voy a salir a la calle con olor a sexo? —respondió riendo—. Olvídalo, ni lo sueñes.

—Pues es fácil, entonces no sales —sentenció aún más serio.

Antonia, al ver su mirada, supo de inmediato que no estaba bromeando, pero ella no saldría así, sin darse una ducha rápida por lo menos. De modo que, con agilidad, se metió en el cuarto de baño, abrió el agua y se metió debajo, en tanto José Ignacio la miraba sin poder creer su descaro. Se levantó apresuradamente y fue hasta allí, cerrándole el agua.

—¡Noo! Ya, en serio, deja que me duche, no tardaré nada.

Hablaba sola, porque José Ignacio, con toda la parsimonia del mundo, se acercó a ella para secarla, a pesar de sus protestas. Cuando terminó, mojó una toalla y comenzó a frotarle en medio de las piernas, donde sabía perfectamente que Antonia quería limpiarse. Cuando terminó, la besó castamente en los labios.

—Lista, cariño, ya no hueles a mí, ni a sexo, vuelves a oler a Antonia, mi olor favorito en la vida —dijo riendo y envolviéndola con la toalla para que no se enfriara.

—No tengo cinco años —protestó ella.

—Lo sé, créeme que lo sé. —Y diciendo esto, abrió la ducha y comenzó a enjabonarse.

Cuando terminó, Antonia lo estaba esperando con la bata puesta. Había estado todo el tiempo embobada, mirándolo, y él se sorprendió.

—Ven —le ordenó acercándose—, déjame secarte a mí ahora, como si fueras mi niño mimado. —Dicho esto, comenzó a secarlo por todas partes, partiendo de sus hombros y terminando con cada uno de los dedos de los pies, con toda la devoción que sentía por él.

—Mi madre nunca me bañó, sólo tengo recuerdos de Irene y de eso ya hace mucho —comentó en tono melancólico.

Antonia, al oírlo hablar así, lo abrazó con fuerza, traspasándole todo su calor y, por alguna razón, ella lo hizo sentirse muy seguro.

Después de unos minutos así, ambos salieron del baño y José Ignacio comentó:

—Cariño, supongo que no te vas a poner el vestido rojo para explicarle el contrato a Lorenzo, ¿verdad?

Antonia rio al escucharlo.

—Nooo, sólo contigo. De hecho aquélla era la segunda vez que me lo ponía. No me gusta cómo me queda.

—Ah, pues a mí sí me gustó. Te prometo que conmigo lo podrás usar siempre que quieras —afirmó, acercándose para cogerla por la cintura y besarla.

Antonia se sentó en la cama y sacó varias pastillas del cajón de la mesilla de noche.

—¿Te vas a tomar todo eso? —le preguntó, sorprendido al ver el arsenal de medicamentos que tenía.

—Sí, antibiótico, analgésico, descongestionante y anticonceptivas. Unas las dejaré de tomar en siete días y las otras supongo que en seis semanas. ¡Por fin! Tuve que ponerme la alarma del móvil para acordarme.

—Muy bien, buena chica, pero no te quejes, ¿o prefieres el preservativo? —inquirió meloso, levantando una ceja con gesto pícaro.

—¿Y de qué serviría si nunca los llevas? —respondió con la misma picardía.

José Ignacio terminó de vestirse y, al coger su móvil, se dio cuenta de que no lo había encendido después de bajar del avión. Ahora, al hacerlo, se extrañó al ver que tenía varias llamadas perdidas, pero las que más le llamaron la atención fueron las catorce de Domitila. La llamó para saber qué era tan importante.

—¡Por fin, don José Ignacio! He estado tratando de localizarlo desde la mañana —dijo desesperada la pobre mujer.

—¿Qué sucede? Dígame, que estoy ocupado.

—Señor, tenemos un gran problema.

Después de colgar, la cara de José Ignacio no era la misma. Tenía realmente un problema grave y desde donde estaba no lo podía solucionar, lo cual lo irritaba aún más.

—¿Qué pasa? —preguntó Antonia, preocupada por verlo así.

—Nada, nada, cosas de la oficina. ¿Qué te parece si te adelantas con Gabriel y yo os alcanzo luego?

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendida, porque la estaba mandando precisamente con la persona con la que horas antes habían tenido un grave problema. Se sintió tranquila, por haber dado ese gran primer paso.

Al salir Antonia, lo primero que hizo José Ignacio fue llamar a Manuela.

—Manuela, consígueme un vuelo a primera hora para mañana, y lo quiero ya.

Su asistente era eficiente, pero no tenía poderes mágicos. No obstante, trataría de hacerlo lo mejor posible.

Terminada la gestión, José Ignacio llegó hasta donde estaban Antonia y Gabriel para ir con ellos a la cena.

El restaurante elegido por Lorenzo era muy acogedor, su especialidad era el cordero, que asaban durante horas para que quedara muy tierno y se pudiera comer sólo con tenedor. La cena fue muy amena, y también se les unió la esposa de Lorenzo, que era tan agradable como su marido.

Al acabar, Antonia empezó a explicarles los nuevos cambios del contrato y lo beneficiosos que éstos serían para Lorenzo y la lechería. José Ignacio estaba impresionado con lo segura que era Antonia en el momento de negociar. Gabriel tenía toda la razón: ponía todo su corazón en su trabajo y eso se notaba. Se sentía orgulloso de ella, pero no podía quitarse el problema de Domitila de la cabeza.



Al concluir la velada, decidieron continuar la celebración en un bar que se hallaba muy cerca, un lugar muy frecuentado por turistas. En cuanto entraron, se encontraron con la grata sorpresa de que un grupo de la zona estaba tocando jazz, lo que amenizó más la velada. Entablaron una alegre conversación y Lorenzo contó la historia de cuando sus abuelos habían llegado al país. Todos parecían muy interesados en la charla, excepto José Ignacio. Antonia notó de inmediato que algo le sucedía, no sabía qué era, pero no quería agobiarlo con preguntas.

En un momento dado, la conversación cambió de rumbo y, sin saber cómo ni por qué, comenzaron hablar de poesía. Resultó que Lorenzo era todo un entendido del género y, por supuesto, José Ignacio reveló sus conocimientos de la materia.

—Creo —comenzó a decir— que la poesía es el género literario donde se manifiesta la belleza de la palabra y uno no entiende el significado hasta que se enamora y encuentra la hermosura en el alma más pura del ser amado —concluyó suspirando.

Al oír esa frase, Gabriel casi se atragantó con la cerveza que estaba bebiendo. Esas palabras lo habían hecho volver al pasado. Fue como si estuviera oyendo a Marcel.

—¡José Ignacio! ¿Desde cuándo te gusta la poesía? —preguntó asombrado, aclarándose la garganta.

—No lo sé, creo que desde siempre. Pero ahora que mi linda Antonia lee para mí por las noches, entiendo aún más el significado de algunas cosas —comentó de corazón.

—¡Vaya, hijo! Sí que estás enamorado —apostilló Lorenzo, haciendo sonreír a Antonia.

—Así es, Lorenzo —admitió un circunspecto José Ignacio—, esta mujercita que ustedes ven aquí ha cambiado mi vida completamente.

Antonia lo miró dulcemente y, acariciándole la cara, dijo:

—Gracias, mi amor, pero yo no te he cambiado, tú solito te has dado cuenta de algunas cosas.

—Y volviendo al tema de la poesía, José Ignacio —intervino Gabriel—, ¿alguna vez le has preguntado a tu madre si a ella le trae algún recuerdo?

Gabriel sabía perfectamente qué estaba haciendo, creyó ver una oportunidad y tenía la excusa perfecta para tocar el tema.

—Tú la conoces. Ella odia todo lo que tenga que ver con las letras, ni poemas para el Día de la Madre me dejaba recitarle —contestó con total naturalidad, dejando a los presentes asombrados—. El único que me ha hablado de poesía ha sido mi abuelo, aunque sé que no le gusta, me dio un regalo muy especial, un auténtico tesoro.

—¿Son unos escritos de Neruda? —preguntó Gabriel como un autómeta, con un hilo de voz.

José Ignacio miró a Antonia, ella era la única que sabía de la existencia de esos papeles.

—A mí no me mires, yo no se lo he contado —replicó en un murmullo. Sabía perfectamente lo que Gabriel estaba haciendo y se sentía aterrorizada.

—¿Cómo lo sabes, Gabriel? —exigió saber José Ignacio.

Lorenzo y su mujer se sentían incómodos y trataron de no interferir.

—Lo único que te puedo decir es que esos escritos no eran de tu abuelo José Ramón, eran de tu madre. Averígualo y, si te quedan dudas, yo estaré aquí para disiparlas —respondió Gabriel con voz trémula.

Antonia, que ya no soportaba más la tensa situación, pues sabía lo incómoda que estaba resultando para José Ignacio, como una verdadera actriz de Hollywood fingió un sonoro ataque de tos, que no tardó en convertirse en uno de verdad, haciendo reaccionar rápidamente a su protector médico personal.

—¿Estás mal, cariño? Creo que ya es tarde, nos vamos —decidió, dando por hecho el término de la conversación. Y mirando inquisitivamente a Gabriel, añadió—: Tú y yo tenemos que hablar.

Se despidieron de Lorenzo y su esposa y quedaron para firmar todos los documentos, revisados por ellos, al día siguiente por la tarde. Así, además, se podrían despedir como corresponde.

Al salir, el viento arreciaba y José Ignacio se quitó la chaqueta para echarla sobre los hombros de Antonia y, a pesar de las pocas manzanas que

faltaban para llegar al hotel, decidió hacerlas en taxi.

Al llegar a la habitación, rápidamente comenzó a quitarse la ropa, en tanto Antonia lo miraba contenta, sin atinar a quitarse ella la suya.

—Esto no es un espectáculo, señorita López, desnúdate, que quiero hacerte entrar en calor. Estás congelada, ven, apresúrate —dijo.

Ella hizo lo que le decía y se metió en la cama únicamente con unos gruesos calcetines tejidos con lana de oveja.

—Qué románticos son tus calcetines, cariño —comentó José Ignacio riendo al verla con ellos.

—Bueno, ¿no has dicho que era con fines terapéuticos esto de desnudarse para entrar en calor? —respondió ella pícara con sus ojitos achinados.

—Exactamente, pero se me ha ocurrido una idea mejor que creo que será igual de eficaz —contestó él con su encantadora sonrisa y la mirada llena de deseo.

Esas pocas palabras bastaron para que se desataran sus pasiones y volvieron a hacer el amor, pero esta vez más calmados.

Al terminar, como siempre, él la rodeó con sus brazos y no la dejó separarse, hasta que Antonia sintió la necesidad de ir al baño.

—Necesito ir al baño —anunció, tratando de darse vuelta.

—Espera que te paso la camisa, así no te enfrías —contestó él, besándole la espalda—. Mañana por la mañana vuelvo a Santiago, tengo un par de cosas urgentes que resolver.

—¡No! ¿En serio? Creía que volveríamos juntos el domingo... Yo no puedo volver mañana, aún no he terminado —planteó un poco nerviosa.

—Lo sé, tranquila. Tú vuelve el domingo, yo te iré a buscar —convino con su sonrisa, pero ésta no le llegó a los ojos.

Al día siguiente, muy temprano, José Ignacio se duchó y se vistió para irse al aeropuerto. Antonia seguía dormida y la despertó para darle un beso, y, aunque no era creyente, rogó para que todo saliera bien.

Al llegar a la ciudad, lo primero que hizo fue ir a ver a Domitila, que estaba realmente compungida por lo sucedido. Pero al explicarle con detalle la situación, José Ignacio supo lo que realmente había pasado. En ese momento no tenía tiempo para ajustar cuentas, primero debía solucionar el problema, y creyó encontrar la mejor alternativa. A grandes males, grandes remedios.

Antonia se despertó feliz, todo era miel sobre hojuelas en su vida. Lo que había comenzado con un tsunami el día anterior, ese día se veía calmado como las aguas cristalinas. Volvió a tomar sus medicamentos. Para ella era un suplicio tragar unos comprimidos tan grandes, pero después de varios sorbos de agua, logró que pasaran por su garganta.

Llamó a su abuela para saber cómo iba todo, en especial con Francisca y Javier juntos, pero se llevó la grata sorpresa de saber que se estaban llevando perfectamente. El sistema de riego de la huerta ya estaba terminado y en un par de semanas terminarían también las obras de la casa, así que María quería celebrarlo.

Antonia, encantada, quedó en ir ese día sin falta. Habló también con Javier, que le explicó que quedaban pocos días para que fuera a declarar. Por fin su pesadilla personal estaba llegando a su fin y eso lo tenía tranquilo; también le contó que cuando terminaran los arreglos de la casa, comenzaría a trabajar en la fábrica exportadora de frutas del pueblo como administrativo, algo que estaba relacionado con lo que él sabía hacer y era más de lo que esperaba.

La tarde pasó con normalidad, Gabriel y Antonia por fin pudieron recorrer la ciudad. Él le mostró algunas maravillas, pero lo que más la impresionó fueron las araucarias y lo verde que era el paisaje. Los colores eran realmente maravillosos. Al terminar el día, tal como habían acordado, fueron a finalizar su cometido firmando por fin con Lorenzo todos los documentos.

Al día siguiente el regreso a Santiago transcurrió con normalidad, ambos estaban contentos, pues volvían con su objetivo logrado y con varios temas aclarados. Antonia por fin podía estar tranquila, suponía que José Ignacio ya no desconfiaba de Gabriel y éste, a su vez, había logrado acercarse un poco más a él. La verdad pronto saldría a la luz liberando su alma de una vez por todas, ya no había marcha atrás.

José Ignacio esperaba a Antonia con un hermoso ramo de rosas blancas y ramitas de lavanda. El vuelo se había retrasado y eso había hecho que varias mujeres lo mirasen con curiosidad. Unas sentían envidia de la destinataria de las flores y otras lo encontraban el hombre más romántico del mundo.

Al verlo, Antonia se sonrojó de inmediato. Aquella muestra de afecto significaba mucho para ella, pues imaginaba el esfuerzo que había tenido que hacer, esperando durante tanto rato.

—¡Es precioso! Gracias —dijo, al mismo tiempo que se lanzaba a sus brazos para besarle delante de todo el mundo.

Si bien en un principio José Ignacio estuvo reticente, no pasaron ni dos segundos y le devolvió el beso con la misma intensidad.

Se despidieron de Gabriel en el aeropuerto y se dirigieron directamente a casa de él. Lo primero que hizo Antonia al entrar fue recibir a *Siam*, quien al verla se puso en dos patas, pidiendo que lo cogiera.

—¿Qué ha pasado, precioso? —decía divertida—. ¿No te han hecho cariñitos?

—Es un gato, no te va a entender, Antonia. ¿No te parece ridículo?

—En absoluto y sé que es un gato, pero no por eso es tonto. Ven, mira, te lo voy a demostrar con *Matías*.

En ese momento, José Ignacio se tensó y apretó su mandíbula sin moverse del sitio, como si lo hubiesen clavado.

—Cariño, ¿qué tal si vamos a tu piso primero, deshaces la maleta y luego volvemos? —propuso.

—Bueno, dame un segundo, que te juro que he echado de menos a *Matías*, pobre..., confinado en la cocina, sin solecito —decía, mientras se dirigía hacia allá para verla.

Cuando le habló, lo primero que hizo la tortuga fue esconderse dentro de su caparazón, sorprendiendo a Antonia. Ella fue a cogerla y al ver que saltaba de su roca para echarse a nadar, le pareció aún más raro.

—Vamos, deja ya a ese animal tranquilo.

Antonia no le hizo caso y metió la mano en el receptáculo para cogerlo, pero al hacerlo se quedó petrificada mirándolo. Al cabo de un par de segundos, pudo balbucear:

—Éste... no... es... *Matías*.

Sintió una sensación de ahogo y que el corazón comenzaba a desbocársele en el pecho. Se pidió calma mentalmente, pero al ver que José Ignacio no le respondía y se quedaba parado sin decir ni hacer nada, perdió los nervios.

—¡Ésta no es mi tortuga! ¡¿Dónde está *Matías*?! —chillaba, visiblemente desesperada.

—La tienes en la mano, Antonia, por Dios. ¿Qué estás diciendo?

—¿Tú te crees que yo soy imbécil?! ¡Esta tortuga es hembra! —vociferó, poniéndole la tortuga prácticamente en las narices—. ¡¿Qué has hecho con *Matías*!? Habla, no te quedes callado.

—Cariño, escucha.

—Ni cariño ni nada, dime dónde está —decía enfadada.

José Ignacio, que era muy práctico y ya no podía sostener la mentira más tiempo, de pronto soltó así sin más:

—Se murió.

Antonia sintió que ahora sí le faltaba el aire, se estaba mareando y, al tratar de hablar, no pudo pronunciar palabra. Su mente funcionaba más rápido que su voz y cuando por fin logró articular algún sonido, éste le salió desde las entrañas.

—¡Lo único que te he pedido en la vida es que me cuidaras a *Matías*! ¿Y tú qué haces? Nada. ¿Crees que todo se puede comprar con dinero? ¿Y que así puedes tener todo lo que quieras? Pero ¿realmente has pensado alguna vez lo que yo quiero? ¿Lo que yo deseo? No, claro, tú sólo piensas en ti y exclusivamente en ti. Eres un engreído, egoísta, arrogante, eres incapaz de ponerte en el lugar del otro. Me has mentido. ¡Has tratado de mentirme! ¿Tan imbécil crees que soy? ¿Tan poca cosa me consideras?

Las lágrimas corrían por sus mejillas como las cataratas del Niágara, las palabras se le atascaban antes de salir, pero como pudo, siguió diciendo:

—¡Yo me he sacrificado por ti! ¡Me he entregado a ti! ¡He dejado mis sueños por ti! Te he aceptado. ¿Y tú qué has hecho por mí? Si ni siquiera puedes cuidar a un animal, ¡gracias a Dios que nunca vas a ser padre! Así no tendrás que preocuparte realmente por nadie, porque la gente como tú no sirve para amar a nadie, sólo a sí mismo.

»¡Mírate, José Ignacio! Mira dónde vives. Esto no es un hogar, es un... un museo. La vida no es así, la vida se vive como viene y tú ni siquiera eres capaz de ver eso. Incluso has llegado a pensar que yo estaba con Gabriel, ¡por Dios, con Gabriel! Y aun así no me importó. Pero ahora... has matado a *Matías* —sentenció con una gélida mirada, dejándolo sin palabras.

En cierta forma, todo lo que le estaba gritando Antonia era cierto.

—Antonia —pronunció su nombre con cautela, acercándose a ella.

—¡Déjame! ¡No me toques! ¿Dónde está *Matías*? Quiero verlo, dámelo.

—¿Cómo te lo voy a dar? Lo tiré —respondió, firmando su sentencia.

—¿¡Qué!? ¡¿Cómo has podido ser tan insensible?! —Antonia sabía que se estaba pasando, pero ya no había vuelta atrás. Le había dicho todo lo que sentía y una rabia nerviosa la invadió y empezó de nuevo—: ¿No cuadraba con tu decoración?

—Cariño, escucha —repitió por segunda vez, pero ahora con furia en la mirada, cosa que a Antonia no le importó.

—¡Te he dicho que no quiero escucharte! ¡Y no me llames cariño! —repuso, dejando a la tortuga en el suelo.

José Ignacio caminaba por el salón, nervioso, hasta que, sin importarle qué pasara, se acercó rápidamente a ella y la rodeó con los brazos, dejándola absolutamente indefensa atrapada por él. Antonia le llegaba al torso y aun levantando la cabeza no lograba llegar hasta su barbilla.

—¡Suéltame! —bufó.

—No. Te he dicho que me vas a escuchar y eso harás. Si vuelves a gritar, juro que te vas arrepentir.

—¿Y tú quién te crees que eres para amenazarme?! —chilló, tratando de moverse para zafarse de sus brazos.

—Te lo he advertido. Ahora no te quejes —dijo, fulminándola con la mirada y tapándole la boca con la mano, sin dejarla hablar.

—Cuando te calmes, apartaré la mano; si no lo haces te vas a quedar así, ¿has entendido?

Antonia no podía pensar en nada, sólo quería salir de ahí, dejarlo, alejarse. Lloraba tanto que casi ya no veía nada, además, con tanta agitación le costaba respirar, tenía las aletas de la nariz completamente dilatadas, pero, aun así, no contestó nada y, en un impulso de supervivencia, parpadeó, tratando de eliminar las lágrimas, abrió la boca y lo mordió, sacándolo completamente de sus casillas.

—Pero ¡serás bruta! —le espetó, reteniéndola aún con la otra mano—. ¡Déjame explicarte!

—¡No quiero que me expliques nada! ¡Déjame, me quiero ir! ¿No puedes entenderlo? ¿Tan difícil es?

—Antonia, te voy a soltar, pero tal como estás no te puedes ir. No estás bien, cariño, por favor. Tengo una explicación, escúchala y después te vas, te prometo que te suelto.

Antonia sabía que no tenía otra salida, conocía a José Ignacio y él no bromeaba, ya se lo había demostrado innumerables veces, actuaba y no le

importaba nada cuando lo hacía, así que intentó calmarse y con la mirada le dijo que sí.

—Bien, ahora te vas a sentar y me vas a escuchar —dijo más sereno, al ver su reacción.

—No, no me quiero sentar, así estoy bien —respondió, respirando con dificultad, cosa que no interesó a José Ignacio.

La cogió de la mano y, con la brutalidad de un animal, la sentó en el sofá, haciéndola rebotar.

—Marcela...

—¿Marcela? —preguntó asombrada y un poco celosa.

—Cállate, ahora estoy hablando yo —la atajó nuevamente, ya no había ni rastro del hombre protector, frente a ella tenía a un dictador—. Estábamos en la cocina y Marcela me besó. Como la rechacé y le dije que se fuera, creo que se desquitó con *Matías*. Domitila me dijo que el agua de la tortuga olía a alcohol y que estaba de un color extraño. No sabía qué hacer, ni dónde dejar el... el cadáver de *Matías*. Le dije que lo tirara. No quería que tú lo supieras y se me ocurrió comprarte otra tortuga.

»No creo que seas tonta, ni que todo lo pueda comprar con dinero, pero tampoco quería verte así como estás ahora. Sé que querías a ese reptil —aseguró, mirándola seriamente, y al ver que no respondía, le espetó—: Antonia, ¿me estás escuchando?

De todo lo que le había dicho, Antonia sólo retuvo una cosa y preguntó:

—¿Te acostaste con Marcela? ¿Por eso creíste que yo hacía lo mismo con Gabriel?

—¡No! Pero ¿me estás escuchando? —repitió, moviéndola por los hombros, demasiado fuerte, haciéndola reaccionar inmediatamente.

Y con la poca tranquilidad que le quedaba, ella afirmó:

—Ya te he escuchado. Ahora me voy.

—¿Qué?! Pero ¿cómo te vas a ir? No, no puedes.

—Me has pedido que te escuchara y lo he hecho. Me has dicho que después me podía ir y eso hago. Déjame, por favor —pidió, dejando a José Ignacio impactado por aquella reacción—. Mañana llamaré a Domitila para decirle que no se preocupe, que no es culpa suya —añadió, levantándose lentamente, frente a la mirada de desconcierto de él.

—Antonia, deja que te acompañe —pidió compungido.

—No, gracias, prefiero caminar —respondió serena.

—Prefiero que me grites a verte así. No puedo, por favor, grítame, insúltame, pero no me dejes.

Ella sabía lo que le acababa de pedir y aunque se le rompió el corazón al escucharlo, le contestó igual que hace una madre con un niño pequeño, se dio la vuelta lentamente y, con una leve sonrisa, le dijo:

—José Ignacio, no te estoy dejando, te sigo queriendo igual que siempre, pero dame tiempo, necesito estar sola. Sé que tú ni nadie me va a entender, pero *Matías* era más que una simple tortuga para mí, era mi compañero. Me lo regaló mi abuelo. Sé que no tuviste la culpa, perdona por todo lo que te he dicho, pero igualmente hay mucho de verdad en mis palabras. Ahora me voy a mi casa, estoy cansada y además me quiero despedir como Dios manda de *Matías*, y prefiero hacerlo sola. No estoy loca y sé lo que estoy diciendo.

Dicho esto, cogió a *Siam*, que miraba tentadoramente a la pobre tortuga que ya tenía acorralada en un rincón y salió del piso con el alma destrozada. No pretendía que la entendiera, pero sí que la dejara libre por un momento. Caminó con su gato en brazos largo rato, hasta que el cansancio pudo con ella y paró un taxi.

José Ignacio no dejaba de observarla desde lo alto de su torre de marfil. Le partía el alma verla así, pero también entendió que él de una forma u otra también le había hecho daño.

Era un hombre íntegro y muy calculador. No actuaba así con Antonia, pero sí esperaría para vengarse de Marcela. Cuando vio que la joven subía a un taxi, descansó y supo perfectamente qué tenía que hacer. Bajó al aparcamiento y se montó en el todoterreno para dirigirse al pueblo. Sabía que María sería la única persona bienvenida por Antonia.

Ella, al entrar en su piso y ver el lugar que ocupaba *Matías*, sintió un nudo en la garganta y comenzó a llorar de nuevo. Su cuerpo se contraía de pena y sentía que esta vez no podía controlarla. Se prometió a sí misma que sería la última vez que se permitiría llorar por su reptil, pero lo haría por el tiempo que ella estimara necesario.

Con el corazón roto y el alma deshecha, empezó a recoger las cosas de *Matías*, tiró el agua del recipiente y lo limpió, lo sacó de casa y lo dejó en el contenedor. La comida la metió en una bolsa y también la tiró. No tendría de nuevo una tortuga y menos la impostora que estaba en el piso de José Ignacio. Sabía que esa pobre criatura no tenía la culpa, pero no la quería.

Conectó el equipo de música y se sentó en el sofá, sacó del estante el

álbum de fotografías y, como si fuera masoquista, empezó a mirar aquellas imágenes que tantas alegrías le habían dado en la vida. Ése era su ritual personal, lo había hecho cuando murieron sus padres, luego con su abuelo y ahora lo estaba haciendo con su amigo *Matías*.

Sabía, porque se conocía, que después de eso ya no habría más lágrimas, seguiría con su vida como siempre. *Siam*, al verla sentada, lo primero que hizo fue acomodarse y ronronear subido a sus piernas todo el tiempo. Al cabo de un rato, mientras hojeaba el álbum, ambos se durmieron profundamente.

Antonia había llegado a su casa a las cuatro de la tarde y no había comido nada, su estómago empezaba a protestar. Cerca de las doce de la noche se levantó, con un dolor de espalda tremendo. Se había dormido sentada, con *Siam* encima.

Fue hasta la cocina y vio que no tenía muchas cosas, pero era una mujer relativamente moderna, así que decidió que no era tan tarde para ir a comprar. Podría haber encargado algo por teléfono, pero no le molestó caminar un par de manzanas y comprar sushi, eso era lo que le apetecía en ese momento. Tardó un poco más de la cuenta, pero no tenía ninguna prisa. Al día siguiente no iría a trabajar, pues Gabriel se lo había dado libre y pensaba quedarse en casa y reorganizar algunas cosas.

Al volver se extrañó al ver desde la calle las luces encendidas. Subió y al entrar lo primero que vio fue a José Ignacio sentado en el sofá, con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, acercándose hasta la mesa para dejar el sushi—. ¿Por qué no me has llamado?

—Si quieres, me voy —respondió compungido.

—No, no hace falta, es que creía que me habías entendido cuando te he dicho que quería estar sola. Y..., además, pensaba que estarías enfadado por todo lo que te he dicho. Pero ya no importa, ya he hecho todo lo que tenía que hacer. ¿Quieres comer? —preguntó.

—Sí, absolutamente. ¿Por qué no traes las cosas de la cocina? —pidió con una malévolamente sonrisa en los labios.

—Sí, amo, como ordene, pero aunque grites y patalees, hoy sí que sólo quiero dormir...

—Antonia —la interrumpió para que no siguiera hablando, por su propio bien, pero ella pareció no escucharlo.

—Antonia nada, te adoro y créeme que el sexo contigo es alucinante,

caliente, morbosos, no hay nada en la vida que quiera más, a veces hasta pienso que me estoy volviendo adicta a ti. Me da igual si es en tu coche o si me...

Oyó a alguien carraspear detrás de ella y sintió cómo su cara cambiaba de color rápidamente, pasando de clara a púrpura. Había dicho una barbaridad de cosas y, dándose la vuelta, gritó:

—¡Abuela! Dios mío, ¿qué haces aquí? ¿Cómo, cuándo has llegado? ¿Qué has oído?

—Calma, hija, calma. Pepito me ha ido a buscar. Me ha dicho lo de *Matías* y, por Dios, no me grites que no estoy sorda.

José Ignacio no podía dejar de reír. La escena era más que cómica. Todo lo que Antonia había dicho lo había oído su abuela con todo lujo de detalles. Él había tratado de advertirle, pero ella no le había escuchado. Así que mientras abrazaba a su abuela, lo miraba con cara de odio, muerta de vergüenza.

—Pero... pero... ¿Y...?

—Nada, hija, yo estaba sola en casa cuando ha llegado Pepito. Tu hermana estaba haciendo unas cosas y el maestro —dijo, guiñando un ojo, porque sabía a lo que su nieta se refería— había salido a dar una vuelta. Y como he visto a este niño tan preocupado y sintiéndose tan culpable, y me ha rogado tanto que lo acompañara, me he tenido que subir en ese mastodonte negro que tiene, he venido a estar contigo.

»Tú sabes, tesoro, que no me gusta la ciudad, pero te conozco y sabía que te alegraría verme. Y como no veo las cosas de *Matías*, me imagino que ya te has deshecho de todas. Ah y también has estado mirando el álbum de los recuerdos.

—¿El qué? —preguntó José Ignacio, intrigado.

—El álbum de los recuerdos, Pepito, ese que está en la mesita. Está lleno de fotos de Antonia, es su vida en imágenes, las hay desde que nació, con sus padres, con su abuelo Hugo, conmigo, en el colegio, de Javiercito, de Francisca, de todo en su vida.

—Ah, no, no, no, déjalo ahí, ni se te ocurra abrirlo —ordenó Antonia. Aquello era muy íntimo y no estaba preparada para compartirlo.

Pero a él le daba lo mismo. Antes de que Antonia se acercara, lo cogió rápidamente y empezó a hojearlo.

María, que era una anciana muy inteligente, sabía perfectamente lo que había dicho. Quería que Pepito lo conociera todo de su nieta para que así

podiera entenderla. Aquel pequeño álbum no escondía ningún secreto, únicamente la vida de Antonia; era como un diario, pero con imágenes.

—Ven, hija, dejemos a Pepito solo y cuéntame cómo estás. ¿Y qué es eso de la adicción? —preguntó riendo María, haciendo enrojecer de nuevo a su nieta.

Ésta se volvió para mirar a José Ignacio, que levantó las manos y se encogió de hombros.

En la habitación, Antonia se sinceró con su abuela, a ella no le escondía nada. Le contó toda la pena que sentía por la pérdida de *Matías* y cómo lo habían asesinado, porque eso era para ella, un asesinato. Era más que un animal, así que el calificativo le quedaba perfecto. María la consoló mucho rato y cuando comenzó a toser y la vio preocuparse, le contó que estaba enferma, pero que estaba tomando antibióticos y que no se inquietara, que ya había pasado todo.

Mientras, José Ignacio, en el salón de Antonia, miraba las fotos que tenía delante. Eran muchísimas, todas de diferentes épocas de su vida, había incluso un mechón de pelo, que supuso que habría sido de la primera vez que se lo cortaron. Sonrió al pensarlo.

En una de las imágenes estaba ella con sus padres. Le pareció impresionante el parecido con su padre, eran iguales, sólo que ella era mujer; en cambio Francisca era igual a su madre, únicamente la nariz las diferenciaba. En muchas fotografías, Antonia estaba con Hugo, el abuelo. Había fotos del colegio, de su graduación y no pudo dejar de observar una de un chico moreno de pelo crespo, que sujetaba a Antonia con posesividad por la cintura y junto a la fotografía, una carta, que por supuesto leyó. En ella Javier le juraba amor eterno y hacía alusión a su desarrollo como mujer. Para José Ignacio fue como un jarro de agua fría, le dieron ganas de arrancar la foto y quemar la carta, pero sabía que no podía hacerlo, aquel álbum no era suyo y eso sí que Antonia no se lo perdonaría.

Más adelante había fotos de su adolescencia y una que le encantó: era ella vestida con el traje típico en una presentación, calculó que en esas fechas debía de tener como máximo dieciocho años. Había otras con ella bailando, pedacitos de papeles pegados y una lista de nombres con el título «Propuestas de nombres para mis hijos». Eso también le dolió.

Siguió mirando hasta que encontró algo que verdaderamente lo alegró, era la nota que él le había dado en el hotel de Buenos Aires, perfectamente

pegada junto con su nombre.

En poco más de una hora, había visto pasar la vida de Antonia ante sus ojos. En la última página había escrito «Adiós, compañero, adiós, amigo, adiós, hijo», junto a la foto de *Matías*.

Justo cuando estaba cerrando el álbum salieron Antonia y María de la habitación.

—¿Qué te ha parecido, Pepito? —preguntó la amorosa anciana.

—Todo me ha gustado, excepto la foto y la carta de Javier —espetó.

Antonia sintió una punzada en el estómago, pero no se amilanó.

—Te he dicho que no lo mirases, pero si te has fijado bien, también estás tú, y cuando quieras me escribes una carta y yo la pego en mi álbum.

—Yo no escribo cartas, pero si algún día lo hago, arrancarás la que está pegada. —Y acercándose a su oído susurró—: No me ha gustado leer que otro fue feliz con lo que es mío. —Y luego bufó irritado, sin asomo de risa.

Algo más tranquilos, los tres se sentaron a comer. Eran más de las dos de la madrugada, pero ellos estaban como si fueran las siete de la tarde. Al acabar, de no muy buena gana, José Ignacio se fue a su torre de marfil. En realidad no entendía por qué tenía que irse, pero Antonia estaba decidida y, por respeto a María, no dormiría con ella. No había posibilidad de objetar nada, su palabra había sido ley.



Al día siguiente, Antonia estaba mucho más tranquila. El anterior había sido trágico, pero como siempre, había salido adelante y lucharía por eso a diario. Llamó al bufete para saber cómo iban las cosas. Carmen le contestó que todo iba estupendamente pero, antes de colgar, le dijo que Gabriel quería hablar con ella.

Para sorpresa de Antonia, su jefe le comunicó que también le daba el martes libre, que ya sabía que estaba con su abuela y que había sufrido un percance. Se lo había contado José Ignacio.

Antonia tenía varios días libres que no había usado, ni siquiera se había cogido todas las vacaciones, Gabriel no sabía por qué, pero ése no era su problema, así que le dio un día más.

Muy contenta, llamó de inmediato a su amor para comunicarle la noticia.

—Adivina qué te voy a decir —planteó en cuanto José Ignacio contestó al teléfono.

—No sé, déjame ver mi bolita de cristal —dijo él.

—¿De cristal? —preguntó coqueta Antonia.

—¡Vaya!, al final sí me voy a creer que te has vuelto adicta al sexo, cariño. Pues según mi bola de cristal, estaré en tu casa dentro de unos minutos, vamos al pueblo, dejamos a María en su casa y nosotros pasamos el día en la residencia de la playa. ¿Qué te parece?

—¿En serio? Me parece genial, esa casa es preciosa, me encanta.

—A mí también, pero más me gusta lo que hacemos en ella. Y como yo soy un hombre elemental, necesito mucho, pero mucho sexo —apostilló, haciendo hincapié en la última palabra, lo que hizo reír a Antonia—. ¿Cómo vas con la neumonía? ¿No tienes que volver al médico?

—No, relájate, estoy bien. Empecé a tomar antibióticos a tiempo y durante diez días debo seguir tomándolos.

—¿No eran siete días? Eso me dijiste.

—¿Ah, sí? No lo sé, no lo recuerdo. Y no me preguntes por la receta, porque no sé dónde está, así que mejor me los tomo diez días, daño no me van a hacer.

—No, claro, pero bien tampoco —repuso un poco molesto por su actitud. En asuntos médicos, él hacía exactamente lo que le decían; ella, claramente, no.

—Tranquilo, papá —respondió melosa.

Siguieron hablando hasta que sonó el timbre y José Ignacio llegó a la casa, con un aspecto impresionante. Llevaba unos vaqueros claros de cintura baja y una camiseta blanca pegada al cuerpo, resaltando aquel firme torso.

—Está muy guapo, señor Zúñiga, quién lo diría. Se acaba de quitar varios años de encima —dijo, guiñándole un ojo e invitándolo a pasar.

—¿Sabe lo que le quiero quitar yo, señorita López? —planteó lujurioso.

—¡No! Está mi abuela, no puedo.

—¿Y si vamos a comprar en coche?

—Nooo, compórtate. Luego, por la noche... eh... bueno, ya sabes lo que quiero, no me hagas hablar.

—Si no me lo dices no me muevo de aquí —aseguró muy serio y decidido.

—Pepito, hijo, ¿qué haces parado ahí en la puerta? Pasa.

—Es que estoy esperando a que su nieta me diga una cosa primero —contestó, llevándose un golpe en el estómago que, aunque no fue fuerte, lo pilló desprevenido—. Espero una respuesta. ¿O le contamos a María por qué estoy en la puerta? ¿Qué quieres por la noche, cariño? Contéstame como la mujer del «Quítamelo», no como niña Antonia... Si no, de verdad no me moveré de aquí.

Antonia lo miró y se acercó a su oído para murmurar:

—Quiero ser tuya.

—Ah, no, así no, sigo esperando —replicó, cogiéndola por la cintura.

Antonia resopló y cerró los ojos para decir:

—Quiero que me penetres con fuerza, que me hagas perder el control y quiero cabalgar sobre ti hasta que ya no pueda más. Y quiero oírte gritar mi nombre cuando... te estés corriendo dentro de mí.

José Ignacio la apretó con fuerza contra él y la besó con fogosidad en la boca, devorando sus labios, sin importarle nada ni nadie. Al soltarla, murmuró con la respiración acelerada:

—Ahora sí que no puedo moverme. Vas a tener que avanzar tú y taparme, si no quieres que a tu abuela le dé un infarto. —Le besó la nariz—. Has causado estragos en mi pantalón.

Antonia rio al ver a lo que se refería e hizo exactamente lo que le dijo, dándole tiempo para que se calmara.

Los tres se subieron al todoterreno de José Ignacio y pusieron rumbo a casa de la abuela. María ya se había encargado de todo y le había pedido a su amiga Pepa que alojara a Javier por un día. Al chico le había dicho la verdad, ella no mentía, pero en esta ocasión estaba ocultando información, nada más, por el bien de su Pepito.

Llegaron pasado el mediodía. Francisca los estaba esperando. La casa estaba realmente bonita. Se había dedicado a arreglarla, ése era su fuerte, la decoración. Había hecho pintar la fachada de blanco, con las ventanas verdes y macetas del mismo color en el alféizar. Las flores eran las de siempre, sólo habían cambiado los recipientes, pero el cambio era impresionante.

Cuando llegaron y Antonia se bajó del coche, Francisca se lanzó a sus brazos y la abrazó con auténtico cariño, sorprendiendo a José Ignacio. Éste no tenía muy buena opinión de ella, pero al verla así con su hermana, cambió un poquito su parecer. Antonia le devolvió el gesto de igual manera, al fin y al cabo, tenían una conexión especial.

Francisca la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Anto, lo siento, lo siento tanto, hagámosle un funeral a *Matías*. ¿Quieres en la huerta o lo llevamos junto al abuelo? ¿Qué prefieres? —preguntó de corazón.

José Ignacio no había entendido la devoción de Antonia por la tortuga, hasta que vio a María y a Francisca hablar del asunto. Él era el raro, no ellas. De inmediato, se imaginó a Brisa allí y la regañina que le llegaría por parte de su hermana cuando se enterara de lo que había pasado, porque seguro que se enteraría.

Bajó las cosas de María y entraron. A pesar de lo pequeña que era aquella casa, se sentía a gusto allí, bienvenido.

Antonia le explicó con pesar a su hermana que no podrían hacerle un funeral, pues al pobre *Matías* lo habían tirado a la basura. Pero ella ya se había despedido de su compañero y eso era lo importante. Agradeció infinitamente su preocupación.

Al cabo de un buen rato, José Ignacio y ella se miraron y supieron que era

hora de marcharse, aún les quedaban un par de horas para llegar a su destino final... la playa.

Se despidieron afectuosamente de María y Francisca y quedaron en volver a verse al cabo de unos días, para la celebración del final de las obras. Esa vez, Antonia quería llevar a Brisa y su abuela aceptó encantada.

Cuando salieron de la casa de María, Antonia, desde el coche, divisó a Javier y no pudo reprimir el impulso de hacerle un gesto de saludo. Él se lo devolvió sonriente, pero se detuvo en seco al ver quién la acompañaba borrándosele la sonrisa de la cara.

José Ignacio al verla saludar tan contenta, le preguntó quién era y Antonia, muy nerviosa, le respondió que nadie importante, alguien a quien conocía. Pero él, que era muy observador, pensó que aquel rostro no le era desconocido; sin embargo, con la velocidad que llevaba no lo pudo mirar con detenimiento. Aunque le pareció extraño, lo dejó correr sin preguntar mucho más.

El camino a la carretera era solitario, sólo se veían los extensos campos con sus árboles frutales. Parecía una postal llena de colores, donde las tonalidades las ponían los frutos que colgaban de los árboles.

Justo antes de llegar al camino pavimentado, oyeron un ruido seco y José Ignacio frenó rápidamente y se arrimó a un lado del camino. Al bajarse, blasfemó, maldijo, gruñó, se lamentó de su mala suerte, mientras Antonia no podía parar de reír al verlo tan ofuscado.

—Si crees que es gracioso pinchar un neumático aquí, en medio de la nada, ven y cámbialo tú —le soltó irritado.

—Si te digo que no sé hacerlo, ¿me creerías? —respondió presumida.

—Claro que no. Si tú solita te la arreglas tan bien en todo, dudo que, teniendo coche, no sepas cambiar una rueda —repuso medio desencajado. El calor era insoportable y ya estaba comenzando a sudar—. Pero como para mí esto es cosa de hombres, sube y espérame dentro.

—¿¡Estás loco?! Dentro me voy a achicharrar como un pollo. Olvídalo, te ayudo si quieres.

—No, métete en el coche, es peligroso.

—¡Qué manera de estropear el día con tu mal humor! ¿Te doy un beso a ver si así se te pasa? —se ofreció con la picardía a flor de piel.

—Esto no es un juego, Antonia, si no quieres subir al coche, sal del camino —bufó.

Ella, que ya lo conocía y aún más su temperamento, hizo lo que le decía, salió del camino y se puso bajo la sombra de un árbol. Al pasar por debajo de la cerca espinosa, una púa de alambre le rozó la espalda y, al tocarse, vio que tenía sangre en la mano. Se limpió rápidamente y no le dio mayor importancia, aunque le dolía un poco. Pero ella era de campo y no era la primera vez que algo así le sucedía.

La furia de José Ignacio era visible incluso desde allí. Antonia observó atentamente cómo abría el maletero del todoterreno para sacar las herramientas, y luego lo cerraba con un golpe tan fuerte que se debía de haber oído a varios kilómetros.

A pesar de estar en la sombra, ella también estaba sudando, se sentía la camiseta pegada al cuerpo y el pelo mojado; aun así, estaba muy relajada. Dedujo que no estaban muy lejos del río que cruzaba el pueblo.

Al cabo de unos minutos que a José Ignacio se le hicieron eternos, y en los que se estropeó su preciosa camiseta de marca manchándola con grasa, se acercó a Antonia. Tenía la linda carita roja y sudada, no por el esfuerzo, sino por el sol.

—¿Quieres refrescarte? —le preguntó ella con una sonrisa.

—Claro que no... —Al ver la cara de Antonia, que lo miraba sorprendida por la irónica respuesta, aclaró—: ¡Por supuesto que quiero refrescarme! Pero para eso tendré que esperar. ¿O ves algún oasis por aquí cerca?

Ella negó con la cabeza y levantó las manos al cielo. Luego se lanzó a sus brazos, dejándolo ahora sorprendido a él, y susurrando contra sus labios, dijo:

—Si yo te doy un oasis, ¿tú qué me das a cambio?

José Ignacio se movió un poco hacia atrás, no quería que Antonia lo besara todo sudado, algo que a ella no le importaba y, sujetándole la cabeza, lo obligó a besarla. Él al principio se resistió, pero la tenacidad de Antonia hizo que acabara besándola con auténtica pasión y, sin importarle nada, empezó a recorrerle el cuerpo con sus manos llenas de grasa.

—Esto no es buena idea —jadeó ella.

—Cariño, tú has empezado, ahora asume las consecuencias —respondió, mordiéndole el labio inferior y haciendo que su vientre se contrajera de deseo.

—Ven —dijo ella, cogiéndole la mano.

Recorrieron varios metros, mientras José Ignacio seguía sin entender nada, esquivando varios matorrales.

—Aquí está tu oasis, *voilà* —señaló Antonia, mostrándole el río.

Se acercó rápidamente al agua y, quitándose los zapatos, metió los pies y cogió agua con las manos para refrescarse el cuello y el pelo, ante un sorprendido José Ignacio.

Además de mirar la locura que estaba haciendo Antonia, metida en aquel río de agua color café, al agacharse frente a él, vio cómo colgaban aquellos senos que tanto le gustaban, lo que hizo que, al instante, la sangre se le agolpara entre las piernas. Salió de su ensoñación cuando ella empezó a reír y a tirarle agua para refrescarlo.

Antonia, al ver su cara, se arrepintió en el acto, sobre todo cuando José Ignacio echó a andar hacia ella con las aletas de la nariz dilatadas.

—Ahora no te quejes —murmuró, acercándose como un felino, cogiéndola de un brazo y tirándole litros y litros de agua, casi sin dejarla respirar. Antonia hizo lo mismo, logró soltarse de su mano y entró más en el río para que no la pudiese alcanzar. Y sin darse cuenta ya estaba mojada hasta la cintura, cosa que a él no le importó, pues la siguió rápidamente hasta volverla a alcanzar.

Parecían dos niños que jugaran a mojarse, sólo que, en este caso, el niño más corpulento llevaba la ventaja.

—¡Para, para, ya no puedo más! —suplicó Antonia, entre risas y gritos.

José Ignacio lo hizo y, acercándose a ella con los ojos oscurecidos por la lujuria, la agarró por la cintura y, como si fuera una pluma, la levantó, mientras ella le enroscaba las piernas a la cintura. Sujetándola con una mano por la espalda, con la mano libre, como un animal en celo, le arrancó de un tirón la camiseta mojada.

—¡José Ignacio! —chilló nerviosa, mirando alrededor por si había alguien.

—Si gritas, te oirán y vendrán, así que cierra tu preciosa boquita, porque todo en la vida, cariño mío, es acción y reacción y ésta es la mía.

Y diciendo estas últimas palabras llenas de pasión, acercó la cara a sus senos y, con los dientes, apartó el sujetador y comenzó a devorar lo que tanto le gustaba. Al sentir sus cálidos labios, ella empezó a olvidarse de dónde estaban y se permitió experimentar aquellas sensaciones que la volvían loca. Se acercó aún más a él y comenzó a lamer su oreja, respirando con fuerza, excitándolo cada vez más.

José Ignacio echó a andar hacia la orilla, donde se tumbaron, sin dejar de besarse. Antonia, enloquecida por el momento, le desabrochó el botón y bajó

la cremallera de su pantalón, en tanto... José Ignacio, con un salvajismo inesperado, agarró las bragas y el pantalón de ella y se los bajó de golpe, para luego ayudarla a terminar de bajarse él el suyo.

—¿Por qué has tardado tanto en llegar, Antonia? —preguntó con devoción.

—¿¡Cómo!?! —respondió sorprendida, no entendía la pregunta.

—A mí, cariño, a mi vida, a mis brazos —aclaró él, volviéndola a besar, expresándole sus sentimientos más puros y oscuros a la vez.

Ella se sintió en el cielo, era lo más bonito que le habían dicho nunca. Aquel hombre la llevaba de la tierra al cielo en cosa de segundos, hacía que desapareciera absolutamente todo a su alrededor. Sólo eran ellos, dos cuerpos amándose en la tierra, pero con sus almas en el cielo.

Hicieron el amor al aire libre con toda la calma, como a ellos les gustaba, disfrutándose en cada momento, al mismo tiempo que se expresaban su amor. Como les solía pasar, llegaron al clímax juntos, diciéndose lo mucho que se querían el uno al otro.

Al cabo de unos minutos, se separaron lentamente, no querían hacerlo, pero aquél no era el mejor lugar para quedarse.

José Ignacio le dio los pantalones y las braguitas y de repente se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Antonia, vistiéndose.

—Cariño, creo que tu camiseta se la ha llevado el río —contestó entre risas, haciendo reír también a Antonia.

—Si quieres, camino así hasta el coche. Yo no tengo problema —replicó ella, dándose la vuelta, ataviada sólo con los pantalones y el sujetador.

—¿¡Qué te ha pasado en la espalda?! —exclamó José Ignacio, al ver el considerable rasguño que tenía.

—Nada, no seas exagerado, es sólo un arañazo. Me lo he hecho al pasar por debajo de los alambres.

—Estás loca si crees que vas a ir así hasta el coche, toma mi camiseta —dijo serio, quitándose la prenda para entregársela—. Y cuando lleguemos a la playa, iremos a que te vean la espalda —sentenció decidido.

Ella, tomando la camiseta ya un poco más seca por el calor, se acercó a él para cogerlo de la mano y contestarle muy calmada para que la entendiera.

—No te preocupes, no es necesario que me vea nadie.

—Me molesta que me hables como si fuera un niño. No te lo estoy

preguntando, te lo estoy ordenando, y no hay discusión.

Antonia bufó, pero sabía que no iba a conseguir nada, de modo que se dio la vuelta y le espetó:

—¡Gracias por arruinar este momento tan bonito y especial!

José Ignacio comprendió lo que Antonia le decía y, como siempre, tenía razón. Apresuró sus pasos y llegó hasta ella.

—Disculpa, cariño, tienes razón —contestó, besándola—, pero ese arañazo me preocupa y preferiría que te viera un médico.

Durante las horas siguientes charlaron felices. La conversación entre ellos era muy fácil, nunca les faltaba tema y, tal como él había dicho, antes de llegar a la casa en la playa, la llevó a un centro médico, donde, con su encantadora sonrisa, consiguió que los atendieran de inmediato. En el mundo no había nada que no pudiese conseguir con dinero o con su sonrisa, esa vez como tantas otras anteriores.

Antonia estaba en lo cierto, no tenía nada grave y se salvó del pinchazo, pero no de tomar antibióticos. A esas alturas, una pastilla más daba lo mismo, con tantas como ya tomaba. Se había prometido a sí misma no tomarse ni una aspirina cuando terminara los tratamientos.

Al llegar a la casa, estaba empezando a ponerse el sol por el mar y se sentaron abrazados a contemplar el espectáculo. La vista desde allí era un verdadero privilegio y ambos lo sabían muy bien. Antonia se acurrucó en los brazos de José Ignacio y él, con devoción, comenzó a acariciarle la cara.

—Antonia —dijo, enderezando la espalda y poniéndose serio—, creo que muchas de las cosas que me dijiste ayer son ciertas.

Ella hizo ademán de levantarse, pero él la retuvo poniéndole una mano en el hombro, dejándola como estaba, con la cabeza apoyada en sus piernas; desde allí aún se lo veía más imponente.

—De todo lo que te dije, creo que algunas cosas son ciertas y otras..., bueno, las dije porque estaba enfadada. Sé cómo eres y, bueno, ya estamos embarcados en esto, yo no te voy a cambiar y espero que tú a mí tampoco, pero sí creo que con el tiempo nos iremos conociendo mejor y nuestra relación será cada vez mejor. Pero lo que sí quiero que te quede claro es que Marcela me las pagará.

—Antonia, no vale la pena, cariño. No puedes ir por la vida planeando venganzas... para eso ya estoy yo.

Dicho esto, los dos se rieron y siguieron haciéndose confesiones. Antonia

intentó ser lo más sutil posible para explicarle, punto por punto, las cosas en las que creía que tenía razón y, para su sorpresa, José Ignacio lo entendió y le prometió intentar cambiar con su ayuda.

Después de comer a la luz de las velas la cena que Giovanni tan amablemente les había preparado en la terraza, se fueron a dormir, desbordando nuevamente toda la pasión que sentían.

Al día siguiente, como pocas veces sucedía, Antonia se despertó primero, preparó el desayuno y lo dispuso todo en la mesa de la terraza. Se sentó de cara al mar y en ese momento sonó su teléfono.

—Hola, Antonia, ¿estás ocupada?

—No, en absoluto, dime, Javier, ¿qué pasa? ¿Le ha pasado algo a mi abuela?

—Nada de eso —respondió riendo—, es que me ha llamado el fiscal y en las próximas semanas tendré que viajar un día a Santiago. Francisca me ha ofrecido su casa para quedarme, pero creo que no es buena idea. Está recién casada y, bueno, ya sabes...

«Si tú supieras...», pensó.

—No te preocupes, te quedas en la mía, no hay problema. ¿Qué día exactamente?

—El jueves, después de la inauguración de las obras de aquí.

—Perfecto, nos ponemos de acuerdo entonces, ¿te parece?

—¿Sobre qué te pondrás de acuerdo en la celebración de María, Antonia? —preguntó José Ignacio con el gesto contrariado.

—Eh... de nada, cosas con Francisca —contestó, tratando de mostrarse lo más relajada posible, pero él había oído bastante más, aunque decidió callar.

—¿Y el café? —preguntó molesto.

—Hola, cariño, ¿qué tal has dormido? Yo bien, ¿y tú? ¿O es muy tonto lo que estoy diciendo?

—Para payasos el circo está bien, Antonia, a ti no te va —repuso él, dándose la vuelta para ir a preparar el café.

Ella suspiró y tomó aire. Qué cambios de humor tenía a veces José Ignacio.

—¿Qué quieres hacer hoy? —quiso saber—. ¿Te parece si bajamos a la playa? Hace un día precioso.

—No sé, tengo trabajo. Si quieres baja tú y yo luego te alcanzo.

El agradable desayuno que Antonia esperaba se había vuelto totalmente sombrío. No entendía la razón, pero decidió bajar a la playa de todos modos. Mientras José Ignacio revisaba unos papeles en su despacho, ella se puso el biquini y un pareo y fue a despedirse de él. Pero lo encontró al teléfono, regañando a alguien. Eso la tranquilizó un poco, su mal humor no era sólo con ella.

La playa estaba muy agradable, no había mucha gente en el agua. A pesar del calor, estaban tomando el sol, excepto unos jóvenes que jugaban a la pelota muy cerca del sitio donde ella había decidido tumbarse.

Se tendió al sol cual lagartija, se puso los auriculares y empezó a escuchar música, cantando cada canción que se sabía, hasta que tocaron una de sus preferidas y, sin darse cuenta, la cantó más fuerte, moviendo las manos, casi bailando sobre la toalla.

Abrió los ojos, porque sintió que alguien la estaba mirando. Se sobresaltó al ver que una niña de unos seis o siete años la observaba.

—¿Puedo escuchar música contigo? Es que no tengo con quien jugar y yo también me sé esa canción, es de un anuncio —soltó como una ametralladora.

—Claro, siéntate —respondió Antonia, dejándole sitio en la toalla y ambas se pusieron los auriculares y empezaron a cantar. La pequeña conocía varias canciones y estuvieron así durante un buen rato.

—¿Dónde está tu mamá?

—En el cielo, con Dios y con mi ángel de la guarda. Me está mirando ahora, ¿sabes?

Antonia sintió una gran pena, se transportó al pasado de inmediato y se imaginó a sí misma hablando con una desconocida. Casi no le salía la voz pero, como pudo, preguntó:

—¿Con quién estás tú, preciosa?

—Con mi papá, que está allá en el agua —contestó la niña, señalando a un hombre que capeaba las olas sobre una tabla de surf.

—¿Cómo te llamas?

—Catalina, pero me gusta que me llamen Catita, así me llamaba mi mamá. Ella se murió el año pasado. ¿Quieres saber lo que le pasó? —preguntó la parlanchina niña.

—Si tú me lo quieres contar... —respondió Antonia con dulzura.

—Estaba enferma de cáncer y cuando se murió, mi papá me dio esto —

explicó, mostrándole una cadenita con una flor de plata.

—Mi mamá también murió. Mira, esto era de ella —expuso a su vez Antonia, enseñándole su cadena, que, desde el día en que su abuela se la regaló, no se había vuelto a quitar.

—¡Chócala! —dijo Catalina, acercando las cadenas, y haciendo que, por instinto, Antonia la abrazara.

—Hace calor, ¿me acompañas al agua? Mi papá no me deja meterme sola.

—Claro, vamos —accedió Antonia, cogiéndole la pequeña manita, hasta llegar al agua.

—No me sueltes, por favor, no me gusta el mar. Es muy grande y a veces las olas me tiran. Yo no sé pasar por debajo, como mi papi, y él no me quiere enseñar.

—No te preocupes, no te voy a soltar —aseguró Antonia con decisión.

Las dos jugaron en el agua, saltando las olas y metiéndose cada vez un poco más. Comenzaron a cantar de nuevo la canción, pero esta vez sin la música. De pronto, un hombre que estaba también en el agua, con un traje de neopreno negro y naranja, comenzó a avanzar hacia ellas.

—¡Cata! ¿Qué haces aquí? ¿No te he dicho que no te podías acercar al agua? —la regañó cariñosamente.

—No, eh, no se ha metido sola, hemos venido juntas. Yo estoy allí arriba, en aquella casa —respondió Antonia, dándole todas las explicaciones para que no culpara a la pequeña.

El surfista le guiñó un ojo y luego se dirigió a su hija.

—Preciosa, no te puedes acercar a cualquier persona desconocida, es peligroso. ¿Cuántas veces lo hemos hablado?

—Ya lo sé, papi. Pero ella estaba cantando mi canción y la de mami, por eso he ido —replicó alegre, cogiendo la mano también de su padre.

Los tres de la mano parecían la postal de una familia feliz, la que un día soñó Antonia.

—Me llamo Sebastián —se presentó acercándose a Antonia para besarla en la mejilla—. Me puedes llamar Seba si quieres, nadie me llama por mi nombre completo, sólo mi padre —apostilló.

—Entonces a mí llámame sólo Anto, aunque me llamo Antonia —contestó ella sonrojándose—. Es impresionante lo que haces sobre la tabla, yo me muero en una cosa de ésas —comentó de lo más natural y distendida.

—¿Quieres probar? Te puedo enseñar, es fácil.

—No, no creo que sea buena idea —contestó apenada.

—¿Por qué? Ah, ya sé, tu marido.

—No, no, bueno, sí, más o menos, pero no estamos casados.

—¡Yo quiero, papi! ¡Yo quiero! —pidió la pequeña, dando saltitos y salpicándolos.

Sebastián la cogió y la montó en la tabla.

—No me sueltes, Anto, me lo has prometido —dijo Catalina asustada.

Antonia no le soltó la mano y los dos jugaron con ella. Mientras la paseaban con la tabla, una ola los mojó por completo, haciendo caer a Antonia y cubriéndola completamente.

—¡Uy! Qué fea es esa herida que tienes en la espalda —señaló Sebastián.

—¡No es nada! —repuso Antonia, poniendo los ojos en blanco.

Se acordó de José Ignacio de inmediato. Ella no se la había visto, pero su amor había tenido la misma reacción. Qué exagerados eran los hombres.

—Espera, que te voy a poner estas algas, son buenas para la cicatrización —dijo Sebastián, poniéndole unas algas verdes en la espalda y apartándole el pelo a un costado.

—¡Antonia! —gritó José Ignacio desde la orilla.

Desde lejos parecía estar normal, pero ella sabía que aquella postura tan erguida denotaba todo lo contrario. Hizo ademán de soltarle la manita a Catalina, pero ésta se la agarró aún más fuerte.

—¿Ése es tu papá? —preguntó la pequeña, haciendo reír a Antonia en el acto.

—No, no es mi papá, es mi amigo. ¿Me dejas ir a buscarlo para que nos acompañe? —le pidió, tratando de salvar la situación.

—Vamos, hija, suelta la mano de Anto, que, si no, la van a regañar —le indicó Sebastián, divertido por la situación, guiñándole un ojo.

—Como dice mi papi, te doy dos minutos y vuelves —contestó pícara la pequeña.

Antonia le dio un beso en su salado pelo, se quitó las algas de la espalda y caminó rápidamente hasta la orilla.

—No te enfades, que te veo y me das miedo.

—¿Ah, sí? —bufó José Ignacio mirándola furioso—. ¿Y qué quieres que haga? ¿Que aplauda?

—No, ven con nosotros, por favor. —Y antes de que pudiera reaccionar,

Antonia lo tenía de la mano y lo estaba llevando hacia Catalina y su padre, que también venían caminando hacia ellos—. La niña no tiene madre, por eso estábamos juntas —explicó rápidamente.

Sentía que se estaba justificando, pero en ese momento le daba lo mismo; no deseaba tener más problemas y menos por tonterías.

—Y yo soy Santa Claus —rezongó él en respuesta.

—Cata, Seba, él es José Ignacio —dijo Antonia, presentándolos y obviando su comentario anterior para no enfadarse con él por antipático.

—Si tú no eres su papá, ¿por qué la estás regañando? —inquirió la niña altivamente, desafiando a José Ignacio y dejándolo descolocado.

—Catalina —la reprendió Sebastián—, no te pases, hija. —Y luego, mirando a José Ignacio, lo saludó—: Hola, José Ignacio, ¿te puedo llamar Nacho?

—No.

—¿Por qué? —quiso saber Catalina—. ¿Así te llamaba tu papá cuando te regañaba?

José Ignacio no entendía nada de lo que la pequeña decía y al ver su cara de desconcierto, Antonia le explicó:

—Lo que pasa es que Sebastián sólo la llama Catalina cuando la regaña, ¿entiendes?

—No, Catalina —contestó José Ignacio, dirigiéndose a la niña—, pero me gusta llamar a la gente por su nombre. Si tú te llamas Catalina, así te llamaré, así como tu papá se llama Sebastián y Antonia se llama Antonia, ¿me entiendes? —Y se agachó un poco más para quedar a su altura, ya que sintió que la estaba intimidando un poco; por lo menos de eso sí se dio cuenta.

—Si a ti no te gusta Cata, me puedes llamar Catita, que es como me llamaba mi mamá, que ahora está en el cielo con Dios —repitió la niña, sin amilanarse ni un ápice.

Antonia se volvió hacia José Ignacio y le clavó las uñas en la mano, para que no se le ocurriera contradecir a la cría.

—De acuerdo, Catita, pero ahora, si nos disculpáis, tenemos que volver a Santiago. ¿Tú vives por aquí?

—No —respondió secamente la niña y, dirigiéndose a Antonia, dijo—: ¡Anto, te doy mi teléfono y nos vemos en Santiago! Yo también vivo allí. ¿Quieres?

—Cata, pero si aquí no tenemos papel. La verás otra vez cuando

volvamos, ¿de acuerdo? —intervino Sebastián, tratando de salvar la situación.

—Pero, papi, qué antiguo eres, para eso están los móviles. Anto lo puede anotar en el suyo —explicó la pequeña, cogiendo a Antonia de la mano, apartándola de José Ignacio y llevándola de vuelta a la toalla, para hacer lo que decía, dejando a Sebastián y a José Ignacio mudos.

Claramente aquella niña podía con ellos y con un batallón. Antonia se alegró mucho de que su amado hubiese probado de su propia medicina.

Se despidieron y Antonia prometió llamarla cuando estuviera en Santiago; si no, sabía que Catalina la llamaría de todas formas. José Ignacio no la soltó durante el regreso a casa y, aunque no habló, tampoco se lo veía tan enfadado. Estaba procesando las cosas.

—Qué simpática es Catalina, ¿verdad?

—¿Simpática? A eso se lo llama ser pesadita, no simpática.

«Qué insensible puede llegar a ser», pensó ella, pero decidió callar y cambiar de tema para no ponerse histérica.

—Uf, estoy agotada, esta escalera me mata.

—¿Ah, sí? No parecías cansada en la playa. Además estás roja. Mejor que te duches y luego te pongas crema; si no, más tarde te dolerá la piel —respondió serio.

—Mmm, estás insoportable esta mañana. ¿Qué te parece si vuelves a ser el de siempre? Nos bañamos juntitos en la piscina, me limpias la sal y yo te pago con mimos.

—No.

—¿No?

—No me pagarás con mimos, me pagarás con sexo.

—Qué fuerte, qué rudo —respondió ella, sintiendo la excitación en aquellas palabras, que contenían una promesa implícita.

—Las cosas se dicen como son, Antonia, no con subterfugios ridículos.

Y dicho esto, le desabrochó hábilmente el nudo de la parte de arriba del bikini y, tomándola en brazos, se lanzó con ella a la piscina.

Antonia le cogió la cabeza, se la inclinó y lo besó profundamente, haciendo que José Ignacio se excitara en segundos.

—Si me vas a besar así siempre que te hable directo —comentó riendo —, te prometo que de hoy en adelante pronunciaré la palabra «sexo» lo más frecuentemente posible.

Durante un rato se devoraron a besos, subiendo de tono a cada minuto,

hasta que se quedaron desnudos. José Ignacio la arrinconó contra la pared de la piscina y le levantó las piernas para ponérselas alrededor de la cintura, y a continuación comenzó a penetrarla despacio, sin dejar de besarla.

En esa postura Antonia lo sentía profundamente. Lo besaba con pasión en los labios hasta que él le cogió la cara para mirarla. Le fascinaba ver cómo achinaba los ojitos de deseo. Pero entonces ella cerró los ojos y José Ignacio se detuvo.

—Si no me miras y me dices lo que sientes, esto se acaba aquí, Antonia —dijo decidido.

—No, no puedo, por favor. Me da vergüenza, ya lo sabes —contestó ella, realmente compungida.

—Error, señorita López, si es capaz de gritarme cosas espantosas, tendrá que ser capaz de decirme también lo que está sintiendo ahora —insistió, penetrándola con fuerza, haciéndola gemir.

—Siento que una corriente recorre mi cuerpo cada vez que... Ya, está bien pero no pares, cada vez que me penetras, siento cómo el calor me invade, mi corazón se acelera y mi... mi cuerpo comienza a tomar vida propia. Te siento tan dentro, tan mío...

A cada palabra que Antonia decía, José Ignacio se excitaba más. Sabía por los espejos de sus ojos que a ella le faltaba poco para llegar al orgasmo, pero él creía que esta vez no la podría acompañar. Y antes de que ella siguiera hablando, la besó, devorando sus labios para silenciarla.

Pero Antonia, que ya lo conocía, sabía bien por qué lo estaba haciendo, levantó la cabeza mirando al cielo y continuó:

—Siento cómo te estás desesperando ahora, te estás conteniendo. Vamos, mi amor, dámelo, yo estoy aquí. Te quiero, José Ignacio, te adoro, quiero que te corras dentro de mí, salvajemente, gritando mi nombre. No pares, más, quiero más.

Ésas fueron las últimas palabras que él logró escuchar antes de abandonarse a merced de Antonia, en un placentero orgasmo, llevándosela a ella con él. Ambos gimieron de gozo y los temblores no los abandonaban. José Ignacio al sentirse las piernas flojas en el agua hizo un último acopio de fuerzas, apretó más a Antonia y la llevó hasta la escalerilla. Y cuando estaba subiendo, no pudo contener las ganas de morder aquel glúteo que tenía delante, haciéndola chillar.

Tumbados los dos sobre la cómoda hamaca, comenzaron a acariciarse

con la yema de los dedos, impidiendo que sus cuerpos dejaran de sentir tan agradable sensación.

Cuando estuvieron más calmados, Antonia le empezó a dar pícaros besos sobre el torso desnudo, hasta que llegó a su pene.

José Ignacio, tumbado en la hamaca, reposaba y disfrutaba de sus dulces caricias, pero no calibró la osadía de ella. Fue recibiendo plazeramente aquellos lametones que tanto le gustaban, para luego, cuando sintió que ya no podría aguantar mucho más, tomarla y, con un hábil movimiento, posarse sobre ella y comenzar a penetrarla lentamente, bajo la ardiente luz del sol.

Esta vez el tiempo parecía estar detenido, él podía controlarse un poco más a pesar del deseo que sentía, y, en una dulce agonía, logró retrasar lo más posible aquel final que ambos tanto necesitaban, para concluir en un torrente de emociones, una vez más, durante aquella tarde en la playa.



Volvieron a Santiago muy tarde. Ninguno de los dos quería dejar aquel lugar que siempre les proporcionaba tanta paz y amor.

Esa noche se quedaron cada cual en sus respectivos hogares, cosa que cada vez incomodaba más a José Ignacio. Él sentía la necesidad de estar siempre con Antonia y no comprendía del todo por qué ella insistía en quedarse en su casa.

Al entrar en su piso, instintivamente ella fue hasta donde estaba *Matías* y sólo al llegar recordó que había muerto. No se permitió llorar, pues se había prometido que no lo haría y ya había derramado todas las lágrimas que tenía para él.

El siguiente día el trabajo fue bastante atareado, pues debían dejar todos los informes de la venta de Lorenzo correctamente archivados. La tarde la pasó en reuniones y entrevistas con algunos clientes. Había hablado un par de veces con José Ignacio y, como siempre, él la iría a buscar a la salida.

De todas las noticias del día, la más importante para ella fue la de que el bufete celebraría el próximo aniversario a lo grande. La recepción sería al cabo de un par de semanas e invitarían a todos los clientes. Y, como siempre, sus jefes habían confiado en ella para el discurso inaugural, noticia que la alegró. Cada logro que conseguía significaba mucho en su vida.

Por fin le parecía que todo estaba marchando sobre ruedas. Tenía las cosas claras con respecto a Javier, ya no se volvería a cuestionar más lo poca cosa que había creído que era, porque claramente no era así. Su vida familiar transcurría sin contratiempos, en el trabajo le iba cada vez mejor, y había encontrado a un hombre al que amar durante toda la vida y se sentía igual de amada por él. Nada podría ir mejor.

A las seis de la tarde en punto, José Ignacio la esperaba inquieto en la recepción. Las esperas no le gustaban, él era dueño de su horario y no necesitaba fichar, como Antonia. Eso lo impacientaba, quería estar con ella a

todas horas y era imposible.

Las noches siguientes fueron, como siempre, fantásticas, cada vez se entendían mejor. Antonia le leía cada día un poema de Pablo Neruda y él se lo agradecía haciéndole el amor con pasión y ternura, ésa se había convertido en su rutina diaria.

Antonia trataba de pasar más tiempo en casa de él, pero José Ignacio no transigía y se enfadaba cada vez que ella tenía que volver a su propio piso.

La única discusión importante que habían tenido fue cuando él se dio cuenta de la marca de *Siam* en el sofá, que, por supuesto, condenó. Pero Antonia defendió a su cachorro con uñas y dientes, ganando la batalla con explicaciones y más explicaciones.

Los días seguían pasando y se acercaba la celebración de María. Antonia le había prometido a Brisa que la llevaría. Se habían hecho grandes amigas, cosa que tenía muy contento a José Ignacio.

Él cada vez acumulaba más viajes pendientes, hasta que hubo un problema urgente y no tuvo más remedio que marcharse. Por más que insistió en que Antonia lo acompañara, ésta se excusó con razones verdaderas, pero que nada importaban para él.

El viaje se alargó un poco más de lo debido. José Ignacio llevaba seis días en São Paulo y estaba insoportable. Nada de lo que le presentaban en las reuniones le parecía adecuado, casi no se le podía hablar. El único momento en que se relajaba era por las noches, cuando se conectaba por Skype con Antonia y pasaban largas horas hablando.

Ella se sentía agotada, además del trabajo en el bufete, estaba haciendo un nuevo curso. Para no quitarle tiempo a José Ignacio, decidió hacerlo con clases a distancia, lo que significaba que debía conectarse todos los días un par de horas a internet. Lo bueno era que podía hacerlo desde cualquier lado, generalmente lo hacía desde el estudio de él mientras José Ignacio trabajaba, pero ahora que él estaba fuera y hablaban por las noches, terminaba acostándose muy tarde. Estaba muy cansada y eso que prácticamente estaba empezando el curso, pero hacía feliz un nuevo sacrificio por él, su hombre, su amor.

El día anterior, acordaron que él iría directamente a casa de María esa noche y ella se marcharía un día antes con Brisa, lo que, por alguna razón, lo dejó más tranquilo. Hubiera preferido que lo esperara, pero lo entendía. Él

había hecho lo imposible por llegar antes, pero no le habían faltado los imprevistos de último minuto.

La mañana del viernes, Antonia estaba muy contenta. Por fin, después de un par de semanas, volvía al pueblo. En el trabajo, como siempre, estuvo de reunión en reunión, hasta que a la hora de almuerzo, cuando estaba lista para salir, oyó una voz que decía:

—Antonia, tenemos que hablar.

Ella se quedó como clavada en el suelo. ¿Qué hacía Elizabeth allí? Se dio la vuelta con cautela y la acompañó a su despacho, adonde, con la mayor cortesía, la hizo pasar y le pidió que se sentara. La mujer permanecía inexpresiva, sólo su mirada parecía decir algo y no era nada bueno.

Antonia se sentó y miró aquellos cristalinos ojos claros que la amenazaban sin ningún disimulo.

—Buenas tardes, señora Elizabeth, dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes, Antonia —contestó ella en tono hosco, mirándola de arriba abajo con desprecio—. Creo que tenemos que hablar sobre José Ignacio.

Antonia suspiró. El momento que le había advertido Gabriel había llegado. Frente a ella tenía a la mujer, decidida a hablarle, lo que no se imaginaba ni en sus peores pesadillas era de qué.

—Dígame, señora, usted dirá.

—Me imagino que sabrás que José Ignacio es sólo hijo mío y, por tanto, estoy para defenderlo.

—¿Defenderlo de qué?!

—De mujeres como tú y tu hermana. Sí, como tú, y no me mires como si te sorprendiera.

Antonia sentía que su cara era de desconcierto, incluso su boca se llegó a abrir sin que lo pudiera evitar. Elizabeth era peor que José Ignacio cuando se quería hacer escuchar, no necesitaba gesticular, con la expresión de sus ojos lo decía todo.

—José Ignacio se ha educado en los mejores colegios de este país, ha estudiado en la mejor universidad, ha hecho posgrados y másteres en el extranjero.

—Algunas cosas me las imaginaba y las que no, gracias por decírmelas —respondió ella, sin saber por qué, arrepintiéndose al instante de su osadía, pero demasiado tarde; la mujer la taladró con la mirada antes de proseguir.

—Nuestra familia es adinerada y con clase, José Ignacio es el heredero de todo el imperio de mi padre, para eso lo hemos educado. Me he pasado la vida cuidándolo para que se convierta en lo que es hoy y no permitiré que una mujer como tú le arruine la existencia mostrándole un mundo de fantasía que sólo existe en los malditos cuentos de hadas.

«Calma», pensó Antonia.

—Perdón, pero ¿a qué se refiere al decir una mujer como yo?

—Antonia, te creía más inteligente, pero si quieres oír las cosas como son, siento decirte que no te gustarán.

—No, por favor, dígame, la escucho —se mofó ella. Su volcán personal ya había comenzado a hacer erupción.

—Mujeres como tú, Antonia, quiere decir que no tienes clase, eres vulgar y una aprovechada como tu hermana, mujeres que lo único que desean en la vida es atrapar a un hombre con dinero y, como una rémora, succionar todo lo que puedan.

»Menos mal que José Ignacio no quiere hijos, porque, si no, ésa sería tu arma más letal para retenerlo. Pero como eres astuta, Antonia, lo estás conquistando de la manera más pedestre, y como él es hombre... Tú ya me entiendes, ¿o también quieres que te lo explique? —preguntó con arrogancia.

Antonia no se pudo controlar más y estalló, diciéndole todo lo que se le ocurrió. Estaba muy roja. Trató de usar los calificativos más apropiados para defenderse, pero cuando no los encontraba, recurría al vocabulario soez.

—Exactamente eso es a lo que me refiero —dijo Elizabeth, señalándola con la mano—, nosotros no estamos acostumbrados a ese tipo de expresiones vulgares ni a ese tipo de lenguaje. Para seguir triunfando en la vida, José Ignacio necesita una mujer con clase, como Marcela o como cualquier otra de nuestro círculo social, no como tú, un lobo con piel de oveja. ¿Cuánto quieres, Antonia? Dime, pon un precio.

—Yo no me vendo —contestó más calmada—, lamentablemente para usted. —Sonrió con suficiencia y, para rematar, soltó lo que creía que sería el tiro de gracia—: Mire, señora, no tenemos nada más que hablar. Lástima que no aprendiese nada del amor mientras estuvo con Marcel.

Por primera vez en su vida, Elizabeth se sintió amenazada y, perdiendo el control, se levantó rápidamente de la mesa y le dio una sonora bofetada.

—¡Te prohíbo que vuelvas a mencionar ese nombre en toda tu vida! ¡Tú no sabes nada! Date por advertida, Antonia. ¡Aléjate de mi hijo! Y si me

entero de que José Ignacio sabe algo de Marcel, te vas a arrepentir.

—Yo no soy quien tiene que hablarle de su padre, señora —dijo, mientras se llevaba la mano a la cara para calmar el dolor—. Pero que le quede claro que ni usted ni nadie me va a separar de él —concluyó.

—Eso lo veremos —repuso Elizabeth, dándose la vuelta y saliendo con un sonoro portazo.

Al quedarse sola en su oficina, Antonia comenzó a blasfemar en voz alta. Cualquiera que la hubiera oído pensaría que estaba loca.

De todo lo que aquella mujer le había dicho, sólo hubo algo que sintió: ella cargaría de por vida el estigma de su hermana, era inevitable. Después de la conversación con Elizabeth, entendió muchas cosas de José Ignacio. Ellos eran de otra especie, no les importaba nada salvo ellos mismos. Esa familia nunca la aceptaría, aunque intentara negarlo, la realidad era la que era.

Decidió guardar el desagradable episodio en secreto, pues sabía que si se lo contaba a José Ignacio, las cosas se pondrían peor. Se quedó un rato encerrada en su despacho, intentando borrar la conversación de la mente.

Cuando salió, la recepcionista le dio un sobre cerrado dirigido a ella. Pensó que eran papeles del bufete y lo metió junto con otros en su bolso, ya los revisaría después.

Al llegar a su casa, lo primero que hizo fue dejar los papeles en la mesita junto a la puerta, incluido aquel sobre, y fue a darse una ducha. Necesitaba limpiarse de aquel día tan horroroso. Llamó a Brisa y quedó en pasar a buscarla a la puerta de su casa. No quería entrar nunca más allí. Sin hacer preguntas, la joven aceptó.

—Hola, cuñada, no es por ser desagradable, pero no tienes muy buena cara —comentó Brisa, abrazándola, tras subir al coche.

—Mmm, puede ser, pero no es nada importante. ¿Tú cómo estás?

—Bien. Te he traído esto, es un pan hecho con harina integral sacada directamente de la espiga, también le llevo otro a tu abuela.

—Qué rico, no he comido nada y ya me duele un poco el estómago, con tantos antibióticos como estoy tomando —comentó, cogiendo el pan negro.

—Pero, ¡Anto!, los antibióticos matan tus propias defensas. Hay remedios naturales para eso.

—Lo sé, pero créeme que tu hermano me hubiera abierto la boca él mismo para que me los tomara —respondió riendo.

Con ella se sentía muy relajada. En el aspecto físico, Brisa era muy

parecida a su madre, pero, a diferencia de ésta, era encantadora.

La chica comenzó a contarle que se quedaría durante el invierno, que se iría a vivir a una comunidad ecológica con unos amigos y allí esperaría que Zeru llegara a Chile para ir a buscarla y juntos recorrer Latinoamérica.

—Zeru. Qué nombre tan bonito. ¿Qué significa?

—Sí, es precioso, significa cielo. Somos el cielo y la brisa, estamos conectados hasta por nuestros nombres, ¿no es sorprendente?

—Lo es —contestó suspirando.

El camino se les hizo muy corto. Juntas, las horas se les pasaban volando.

Al llegar a la casa, la expresión de Brisa fue maravillosa. Encontró el lugar mágico.

María salió a recibir a sus invitadas.

—Mi niña, te he echado tanto de menos... —confesó, besando a Antonia, para luego abrazar a Brisa como si la conociera de toda la vida.

Al entrar y dejar las cosas de ésta en la habitación de Antonia, se dirigieron de inmediato a la huerta, para ver cómo había quedado. En ella estaba trabajando Javier, aún muy afanado, y al percatarse de la llegada de las jóvenes, dejó la pala en el suelo y se apresuró a darle un cálido abrazo lleno de afecto.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás? —la saludó.

—Bien, gracias, te presento a Brisa —respondió Antonia, sintiéndose un poco incómoda por tanto cariño demostrado delante de su amiga y hermana de José Ignacio.

—Hola, ¿qué tal? Soy Javier..., el jardinero —se presentó contento, pues lo estaba, con Antonia en el pueblo.

—No seas mentiroso, no eres el jardinero. Brisa, él es amigo nuestro desde siempre, ayuda a mi abuela y es quien tiene tan bien cuidada esta huerta.

—Gracias, Anto —dijo él, mirándola con dulzura, y dirigiéndose a Brisa, preguntó—: ¿Te gusta el campo?

—Uh, me encanta. De hecho, creo que este lugar es mágico, su olor es tan natural, tan puro... es una bendición de nuestra madre tierra —contestó la joven, agachándose para coger un poco de tierra y olerla, dejando a Javier extrañado por su reacción.

—Me tomaré eso como un sí, a mí también me encanta y éste es un nuevo comienzo en mi vida —reconoció Javier.

Nadie entendía por qué a aquella pequeña mujer se le podía contar todo

tan fácilmente, era como un imán para las verdades.

Los tres se quedaron largo rato conversando en el huerto, hasta que María les pidió que cogieran tomates para la comida. Brisa fue la más entusiasta y de inmediato empezó a hacerlo.

La cena fue muy amena, todos escuchaban atentamente las historias de Brisa, que rápidamente se metió en el corazón de María. Antonia se disculpó un momento para llamar a José Ignacio y, al hacerlo, Brisa notó el dolor en los ojos de Javier. Y como ella era muy directa, esperó a que su amiga se alejara y preguntó:

—¿Desde cuándo te interesa Antonia?

Javier casi saltó de la mesa al oírla.

—No se te escapa nada, ¿verdad? —respondió, bebiendo un poco de agua.

—No, se nota en la forma en que la miras. ¿Ella lo sabe?

—Brisa, no sé si es aconsejable que te lo cuente, tú eres la hermana de...

—Sí, pero no soy él. Créeme, somos completamente distintos. Puedes confiar en mí si quieres.

Sin saber cómo, Javier empezó a contar la historia.

—Antonia fue mi primer y único amor, crecimos juntos en todos los sentidos. Yo cometí un error y lo pagué muy caro, cuando volví..., bueno, ella ya estaba con tu hermano y sé que yo no tengo cabida de nuevo en su corazón. Pero créeme que si él le hace daño, voy a estar ahí para ella, no la he podido olvidar —confesó en tono melancólico.

Brisa, acercándose más a él, lo sorprendió cogiéndole la mano y expuso:

—Antonia es una mujer maravillosa y si mi hermano es un poquito inteligente, no la dejará escapar. Pero me parece bonito que guardes una esperanza en tu corazón, ya sabes que es lo último que se pierde.

—¿Qué es lo último que se pierde? —preguntó Antonia al salir al patio y ver aquella tierna escena.

Por su parte, estaba contenta, José Ignacio le había confirmado que llegaría al día siguiente por la noche.

—La esperanza, amiga —contestó Brisa, guiñándole un ojo a Javier.

—Anto, creo que lo mejor será que yo no esté mañana, no quiero causarte problemas con... tu novio.

—No, Javier, qué dices. Esto es sobre todo obra tuya. Y la huerta no sería lo que es sin tu ayuda. No te preocupes, yo me las arreglo con él —dijo Antonia para tranquilizarlo, aun sabiendo que a José Ignacio la idea no le gustaría.

La conversación se les alargó demasiado, sólo se escuchaba el sonido de la naturaleza y sus voces. Antonia y María fueron las primeras en acostarse, Brisa y Javier lo hicieron casi al amanecer.

Al día siguiente por la mañana, y como siempre sucedía, Francisca llegó como un torbellino, cargada de cosas. Por supuesto, al ver a Brisa ni se molestó en saludarla, creyó que era una amiga de Javier, alguien del pueblo, y para ella eso era lo mismo que nada.

Brisa y Javier se fueron al huerto. Había que coger lechugas y, gustosa, la joven iba a ayudarlo. Mientras tanto, Antonia estaba en la cocina, preparando el almuerzo. No es que fuera a asistir mucha gente, sólo estarían ellos y, del pueblo, Pepa y un par más de amigos de María.

Francisca se ocupó de adornarlo con mucho gusto. Había llevado manteles y cojines, todos del mismo color; puso los más pequeños sobre las sillas y los más grandes, sobre la hierba. Obligó a Javier a construir una pérgola para poner sus enormes cojines, la verdad era que quedaban muy bien y el lugar invitaba a sentarse. También había encargado muchas flores para decorar.

Todo se veía acogedor y a las dos del mediodía comenzaron a llegar los últimos invitados y finalmente se sirvió la primera comida hecha en la ya famosa cocina de leña. Todos los presentes disfrutaban de las cosas simples de la vida.

Tras los ricos manjares preparados por María, llegó el postre, que no duró mucho.

Al cabo de un rato, Pedro, vecino y amigo de María de toda la vida, se puso a tocar la guitarra, haciéndolos cantar a todos. Francisca en un principio estaba reticente, ella creía que ya había pasado esa etapa, pero entre Brisa y Antonia rápidamente la hicieron cambiar de opinión.

Cuando Pedro empezó a tocar los acordes de la siguiente pieza, Antonia saltó del cojín. Esa canción le encantaba y acto seguido también se levantó Javier. Les gustaba mucho a los dos y cuando el cantante había ido a Chile,

hacía muchos años, ellos habían hecho esfuerzos sobrehumanos para conseguir el dinero e ir al concierto.

Ambos se miraron acordándose de todo, y, en honor a ese recuerdo, Javier la cogió por la cintura y, como si fueran unos profesionales, empezaron a cantar.

Mientras ambos se miraban y reían, nadie en el patio trasero se percató de la presencia de José Ignacio, que había llegado hacía un momento. Se quedó paralizado al verlos abrazados, tan compenetrados. Aunque no conocía a Javier más que en foto, eso le había bastado para reconocerlo.

Lo que no entendía era qué hacía allí y con Antonia. Su primera reacción fue cogerla a ella del brazo y sacarla de allí, pero cuando echó a andar hacia ellos, Brisa salió a su encuentro como una flecha.

Conocía a su hermano y además sus ojos lo decían todo. Lo interceptó justo antes de que cometiera alguna locura y, en contra de su voluntad, lo llevó dentro de la casa, en tanto Javier y Antonia seguían cantando tan felices, sin ninguna otra intención que no fuese pasar un buen rato.

—¿Quieres calmarte, por favor? —pidió Brisa.

—No, no me voy a calmar. ¿Has visto lo que estaba haciendo Antonia? —bufó irritado, tratando de soltarse de la mano de su hermana, que lo tenía fuertemente agarrado.

—Nada, José Ignacio, sólo está cantando. Hombre, por favor, qué te pasa.

—Él la estaba tocando... con sus manos... en la cintura... —dijo entre dientes, apretando la mandíbula.

—¡Eres idiota! Están cantando, simplemente —replicó tranquila.

—No, Martina, tú no lo entiendes, ese hombre fue...

—«Fue», José Ignacio, tú mismo lo has dicho. ¿Acaso tú sólo has estado con Antonia? No, querido, y la lista es larga, así que si quieres que te deje salir de aquí, te comportas como un hombre, no como un adolescente celoso. Sales ahí fuera sonriendo y te comportas como es debido, ¿entendido?

—No, no quiero —refunfuñó malhumorado.

—Entonces aquí nos quedamos, porque yo no te voy a soltar, y sabes que hablo en serio —repuso Brisa, ahora enfadándose y cogiéndole ambas manos.

—De acuerdo —accedió él gruñendo—. ¿Quieres que finja? Pues ve sentándote en primera fila, hermanita —anunció, arrastrando la última palabra y entrecerrando los ojos.

Tiró de la mano de ella para que empezara a moverse. Tenía los labios apretados, casi blancos, e iba tan erguido que parecía mucho más alto.

—¡Cariño! —exclamó saliendo al patio, de lo más cariñoso, sorprendiéndolos a todos con su hermosa sonrisa.

Al oírlo, Antonia se le acercó rápidamente. Ya había terminado la canción y estaba charlando.

—¡José Ignacio! —chilló—. ¡Qué bien que hayas llegado antes, mi amor! —Él, haciendo gala de sus dotes representativas recién adquiridas, la rodeó con un brazo y con el otro le sujetó la cara para darle un beso realmente apasionado y también exagerado, faltando poco para que ganara un Oscar.

Antonia se quedó asombrada con tanta muestra de afecto en público y cuando por fin pudo separarse un poco de él, dijo, aclarándose la voz:

—Al parecer me has echado de menos.

—Más de lo que crees, cariño. ¿Por qué no me presentas a tus amigos?

Antonia, que no era tonta, se dio cuenta de inmediato de lo que acababa de suceder y no estaba dispuesta a dejarse pisotear por nadie y menos por José Ignacio... otra vez.

—Si estás tratando de marcar territorio con el numerito que acabas de montar, déjame decirte que sólo estás quedando en ridículo —murmuró, para que sólo él la oyera.

—No, amor —contestó él con una impostada sonrisa—, no estoy quedando en ridículo, sólo nuestro lo que es mío.

Antonia puso los ojos en blanco y suspiró. Con ese gesto estaba diciéndole todo lo que tenía que decirle.

—Para los que no lo conocéis —anunció, dirigiéndose a todos los presentes—, él es José Ignacio...

—Su novio —terminó él la frase con suficiencia.

Javier se había dado cuenta perfectamente del juego de José Ignacio, pues él también era hombre y esa actitud era típica entre los machos alfa. Y, lamentablemente, ellos dos lo eran, y querían poseer la misma presa.

—¿Novio? —preguntó, haciéndose el extrañado—. Antonia, no me lo habías contado —dijo, mirándola a ella ahora.

—Bueno, ahora ya lo sabes —intervino José Ignacio—. ¿Y tú eres?

—Javier —respondió, tendiéndole la mano para saludarlo—. Su ex.

Antonia se sentía incómoda con la situación, y se le notaba en la cara. Miró alrededor buscando a Brisa para que la ayudara, pero ésta estaba

hablando animadamente con Pepa. Pero en ese momento, Francisca salió al paso.

—¿Y al resto de los presentes no nos vas a saludar, José Ignacio? —preguntó con amabilidad, salvando la situación y volviéndola en su contra, pero éste no se amilanó y le respondió:

—¿Dónde está Carlos, que no lo veo?

—Pero ¿cómo? ¿No sabes que tuvo que salir de viaje en el último minuto? Pensaba que sí lo sabías, como sois tan amigos... —respondió con arrogancia. Aquél era un juego que Francisca sabía jugar muy bien.

En ese momento, María cogió a Pepito del brazo y se lo llevó para que saludara a los presentes, robándoselo a Antonia con su dulce forma de ser.

Ésta se relajó un poco y se fue rauda hacia la cocina. Necesitaba salir de aquella situación tan incómoda y no encontró mejor manera que alejarse de allí. José Ignacio, que no le perdía la pista, la siguió constantemente con la mirada y cuando vio que Javier se levantaba, él también lo hizo, pero se relajó al ver que Antonia volvía y Javier seguía su camino.

—Cariño, te he echado mucho de menos, no seas mala conmigo y cambia esa carita seria. Regálame una sonrisa por lo menos —pidió meloso, acercándose a ella para abrazarla.

—Yo también te he echado de menos, pero no me parece bien que sientas celos de todo el mundo.

—Antes que nada, él no es todo el mundo, y dos, tienes razón. ¿Me perdonas? —dijo, haciéndole un puchero que la desarmó por completo.

—Estás jugando sucio, ¿sabes?

Él asintió con la cabeza y nuevamente la besó en los labios, pero esta vez disfrutó del breve beso. Lo necesitaba, lo calmaba, era su bálsamo personal.

—Javier quiere volver a estar contigo, lo sé, lo he visto en su mirada —le dijo luego, serio.

«Otra vez con la tontería», pensó ella.

—Escucha, da lo mismo lo que él quiera, yo te quiero a ti y a nadie más, ¿de acuerdo?

—Está bien, sólo te lo estoy advirtiendo para que estés atenta. Javier quiere lo que es mío —concluyó tajante y cambiando de tema, propuso—: ¿Qué tal si vamos a mi sitio favorito en el mundo? Digo, sólo para ver cómo está... —añadió maliciosamente, con una gran sonrisa en los labios.

—¿Tu sitio favorito?

—Sí, tú me lo regalaste, cariño, ¿recuerdas?

—Eres un fresco, ¿lo sabías? —preguntó y él afirmó con la cabeza—. Ya conoces el camino, y creo que aunque te diga que no, me llevarás igual —respondió mimosa, entrelazando los dedos con los suyos y echando a andar.

Así llegaron hasta el sauce. Una vez allí, José Ignacio la abrazó con fuerza y le dio el beso que tanto deseaba darle desde que había llegado. Éste era con amor, con pasión y, sobre todo, con posesión, pero lo más importante era que no estaba demostrando nada ni marcando su territorio, era de verdad, sólo para ellos dos.

Tras un largo rato en que estuvieron disfrutando de su amor de la manera más pura, Antonia lo obligó a regresar. Él ya estaba tranquilo y lo hizo contento.

El manto negro de la noche se extendía sobre sus cabezas, iluminado con destellos tintineantes; de fondo contaban con el sonido de la naturaleza.

Al llegar sólo quedaban los de la casa, el resto ya se había retirado. Era tarde, pero no tanto como para no seguir charlando bajo la pérgola. Francisca, que ya se había enterado del parentesco de Brisa y José Ignacio, estaba como una seda, Javier se había ido con Pepa, le dolía demasiado ver a Antonia con José Ignacio. Una cosa era que lo aceptara y otra muy distinta que se alegrara.

Esa noche y, para mala suerte de José Ignacio, Antonia dormiría con Francisca en la habitación de su abuela, y él solo en la habitación de ella. Ni siquiera pudo protestar, pues sabía de antemano la respuesta. Molesto como estaba, decidió darse una ducha fría y ni así pudo aplacar las ganas que tenía de estar con su amada chinita.

Por su parte, ya en el silencio de la noche, Antonia no podía cerrar los ojos. La conexión que sentían era tan fuerte, que sabía perfectamente lo que él estaba sintiendo. Ella se sentía igual. Se debatió un buen rato consigo misma y con sus convicciones hasta que, sin importarle sus prejuicios, se levantó y se dirigió a su propia habitación.

La casa estaba a oscuras, sólo la luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba su camino. Abrió lentamente la puerta y luego la cerró sin hacer ruido.

Se acercó a la cama, se desnudó y se acostó junto a él.

—¿Qué haces, cariño? ¿Qué quieres? —preguntó José Ignacio, sorprendido al sentirla a su lado.

—A ti... —susurró, sosteniéndole la cabeza entre las manos y mirándolo

intensamente.

—Sé más específica, a mí ya me tienes —contestó él, sintiendo cómo la excitación recorría su cuerpo.

—Tú sabes lo que quiero —repuso ella en un susurro.

—No, Antonia —dijo, moviendo la cabeza—, no sé lo que quieres —añadió con voz suave y seductora, haciéndola jadear antes incluso de haber empezado.

Ambos se quedaron mirando hipnotizados al otro... el ambiente se estaba cargando rápidamente de emociones y sentimientos.

Antonia no le respondía y al ver su inseguridad, José Ignacio la besó con lujuria y la subió sobre él, sujetándola con fuerza por las caderas, haciendo que, al separarse de sus labios, gimiera pidiendo más.

—Te lo vuelvo a preguntar, cariño, ¿qué quieres? —preguntó serio.

—Hazme el amor —pidió con un susurro casi inaudible.

—¿Cómo? —murmuró, poniéndole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—José Ignacio, por favor —suplicó Antonia, avergonzada por la situación, que claramente ya se le había escapado de las manos.

—No me supliques —respondió él con una pícaro sonrisa y los ojos llenos de emoción—. Yo te he invitado al sauce. Recuerda, cariño, acción y reacción. Ahora tú me dirás exactamente lo que deseas que te haga —concluyó, mirándola de arriba abajo.

Antonia suspiró.

—¿Y bien? Estoy esperando.

Tomando todo el aire que le cabía en los pulmones y cerrando los ojos, respondió:

—Bésame en los labios y acaricia mi cuerpo.

La mirada de José Ignacio lo decía todo. Comenzó a devorar su boca con amor, a respirar entrecortado por la premura que sentía. Ella lo descontrolaba sólo con hablarle, era demasiado el amor y eso le nublaba la razón.

Después de largos besos, Antonia se separó un poco y contra sus labios, susurró:

—Tócame más abajo.

—¿Dónde, cariño?

—Por favor, ya sabes dónde, no me hagas esto —suplicó, tomando su mano y bajándosela hasta donde ella tanto anhelaba. Pero él, antes de llegar, se detuvo.

Avergonzada, Antonia sentía que la cara le ardía, pero llevada por el deseo, lo miró fijamente y comenzó nuevamente a guiar su mano.

—Quiero sentir tus dedos dentro de mí, quiero que recorran mi cuerpo, necesito sentirlos dentro, ahora.

Las sensaciones que recorrían a José Ignacio no lo dejaban pensar en nada, sentía su miembro a punto de explotar, pero disfrutaba demasiado con aquella agradable tortura. El solo hecho de pedir ya era para Antonia un sacrificio, pero estaba dispuesta a hacerlo.

José Ignacio, leyendo en sus ojos, supo que ya no le quedaba nada para perder el control y, maliciosamente, dejó de mover los dedos.

—¿Qué más quieres, cariño? —susurró contra sus labios.

—A ti, dentro, ya —ordenó, sorprendiéndolo y excitándolo aún más.

—Oh, encantado, pero estoy vestido.

Antonia comenzó a tirar de sus bóxers y quitarle la camiseta, para ponerse debajo de aquel cuerpo que tanto le gustaba.

—¿Qué estás esperando ahora? —preguntó, guiñándole un ojo y lamiéndole la oreja.

Sabía que con eso y unas palabras subidas de tono le haría perder el control totalmente, tanto como para que ella se dejara llevar.

—Ahora mando yo, cariño, y tu cuerpo me obedece —sentenció José Ignacio lascivamente, introduciendo su pene despacio, para que ella lo pudiera sentir en toda su extensión.

Besó sus senos y jugó con sus pezones entre sus dedos, haciendo que se retorciera bajo su cuerpo. Sin dejar de mirarla, abandonó sus turgentes senos y pasó las manos por debajo de sus caderas para atraerla aún más hacia él y comenzar por fin a moverse más rápido dentro de su cuerpo.

Antonia jadeaba y se dejó llevar sin poder controlarse. Llegó hasta el clímax, arrastrando también a José Ignacio, pero él no tenía planeado terminar aún aquella dulce agonía y siguió moviéndose dentro de ella. Antonia sentía que ya no podía aguantar más, su cuerpo se había independizado y obedecía únicamente a José Ignacio. El corazón se le iba a salir del pecho.

—No puedo más —murmuró entre dientes, rogando clemencia.

—Sí que puedes, vamos, disfruta, entrégamelo todo. Te quiero, Antonia, necesito sentirte —pidió con pasión.

Él aún podía más, aquella dulce sensación que sentía después del orgasmo hacía que se pudiera seguir moviendo. Ya había pasado aquel minuto

incontrolable y era dueño de su cuerpo.

Antonia cerró nuevamente los ojos, disfrutando de la lentitud de las embestidas, se arqueó y levantó aún más la pelvis para recibirlo más adentro. Gimió de placer y se volvió a entregar a él, pero esta vez se lo había dado todo, estaba exhausta.

Era su tercer orgasmo y el orgullo que sentía José Ignacio no le cabía en el pecho. La había hecho disfrutar como nunca en la vida y casi en completo silencio.

Con mirada triunfante y una sonrisa en los labios, le planteó:

—¿Estás bien?

—¿Tú qué crees? —replicó Antonia con una sonrisa, sin abrir los ojos. Sentía que nada en su cuerpo le respondía.

—Te quiero, cariño —dijo, derrumbándose sobre ella, embebiéndose de su olor, aquel olor que tanto le gustaba.

—Yo también.



Al cabo de un rato, cuando recuperó las fuerzas, Antonia se vistió y volvió a la cama de su abuela, dejando a su hombre con una gran sensación de vacío. Esa sensación que él tenía siempre cuando ella se marchaba de su lado le corroía el alma y aún no era capaz de entender por qué.

El desayuno fue alegre, en nada parecido a los de los hermanos Zúñiga en su lujosa casa. Antonia se sentó junto a José Ignacio.

Se sentía feliz. Estaba en su verdadera casa con el hombre que amaba, no quería que el tiempo pasara. Por ella, se hubiese quedado en el pueblo mucho tiempo.

—Quería deciros —comenzó a decir Brisa— que me gustaría quedarme aquí unos días, si María no tiene inconveniente.

—No, hija, ¿cómo voy a tener inconveniente? Esta casa es tanto tuya como de Pepito —respondió la amorosa abuela.

—¡Pepito! —exclamó Brisa—. Ese apodo sí que me ha gustado, hermanito —comentó riéndose y haciéndole fruncir el cejo.

Inevitablemente las horas pasaron y los invitados tuvieron que regresar a la ciudad. Los abrazos que se daban eran realmente estremecedores. En aquella familia el amor se olía y palpaba. Era un rinconcito del mundo donde todos, de una u otra manera, sin grandes lujos, eran felices.

Esa noche, Antonia accedió a quedarse en el piso de José Ignacio y la única condición que puso fue pasar a buscar a *Siam*, algo que a él, claro, no le gustó. Pero ante eso o dormir solo, aceptó al gato.

Los días pasaban y ellos cada vez eran más felices. Se necesitaban tanto como la luna al sol.

A mitad de semana, José Ignacio recibió la desagradable noticia de que tenía que hacer un viaje absolutamente imprevisto, debía volar lo más rápido posible a Buenos Aires. Desde hacía mucho, esperaba la compra de unos terrenos. Eso entristeció a Antonia, ninguno de los dos quería separarse del otro, pero esa vez, aunque ella hubiese querido acompañarlo, no le sería posible: el viernes de la semana siguiente sería el gran aniversario del bufete y era un compromiso ineludible. Por tanto, esta vez, José Ignacio ni siquiera le preguntó si lo acompañaría.

La última noche que pasaron juntos antes del viaje, desbordaron toda su pasión en la cama, se juraron amor eterno y, antes de irse por la mañana, José Ignacio le dijo que a su regreso quería que hablasen seriamente. Pese a la insistencia de ella, no le dijo de qué se trataba, guardó completo silencio.

Antonia se quedó intrigada, pero tenía la secreta esperanza de que la conversación tratara sobre dar un paso más en su relación, vivir juntos o, mejor aún, quizá le pidiera matrimonio. Sabía que José Ignacio desde un principio le había dicho que él no era hombre de compromisos, pero sentía que con ella se comportaba distinto; además, de muchas formas le entregaba su corazón.

A pesar del poco tiempo que llevaban juntos, Antonia no perdía la esperanza de tan ansiada propuesta. Por otro lado estaba Elizabeth, que jamás permitiría que ella perteneciera a la familia y haría todo lo posible por impedirlo. Pero como no sabía qué era realmente lo que quería hablar con ella, procuraría no sacar conclusiones apresuradas y esperaría a ver qué le decía realmente.

Con esas dudas se fue al bufete. Hacía una mañana preciosa. Aún estaban en otoño, pero las hojas no terminaban de caer. Al entrar, la sorprendió ver a Francisca esperándola, ni siquiera la había llamado para avisarla y era muy temprano para su hermana.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada—. ¿Estás bien?

—Hola, Anto, ¡qué exagerada eres! Tú nunca cambiarás —respondió con arrogancia.

Antonia suspiró, la que nunca cambiaría era su hermana y a ella le costaba acostumbrarse a su actitud, siempre tan altanera.

Se dirigieron al despacho de Antonia y pidieron un café para comenzar la

charla.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Te has caído de la cama?

—No, listilla, he aprovechado el viaje de regreso del aeropuerto para venir a comentarte un par de cosas, porque, aunque tú no te lo creas, me preocupo por ti.

—¡Del aeropuerto! ¿Y por qué vienes de allá? —preguntó, sin entender mucho.

—Porque he ido a dejar a Carlos. Se ha ido con José Ignacio, ¿no lo sabías?

Esa omisión de su amor la asustó, no entendía por qué no se lo había dicho. No es que ella se metiera en sus asuntos, pero se lo podría haber comentado. Al fin y al cabo, Carlos era su cuñado.

—No, la verdad es que no tenía idea. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —dijo como sin darle importancia, no quería que su hermana la juzgara.

—Que además de Carlos, también viaja con ellos Marcela —contestó, dejándole una espina clavada en el corazón.

—¿¡Marcela?! —exclamó demasiado fuerte—. Pero ¿qué tiene que hacer Marcela en ese viaje?

—Cálmate, Anto, me imaginaba que no lo sabías, por eso estoy aquí. Marcela es socia de Carlos en un proyecto inmobiliario que desarrollarán en Buenos Aires. El padre de ella es dueño de la constructora que generalmente utiliza Carlos para sus proyectos, y en éste en especial, tu..., bueno, no sé qué es, José Ignacio es el socio capitalista. ¿Entiendes ahora qué hace Marcela con ellos?

—Pero no me ha dicho nada. No lo entiendo —confesó, desesperándose un poco con la información—. Fran, ella estuvo con José Ignacio cuando yo estaba de viaje, lo besó, se le insinuó y... y mató a *Matías*.

—Anto, relájate, por favor, montándole una escena de celos no vas a conseguir nada. José Ignacio no es de ese tipo de hombres, no le puedes armar un escándalo.

—Pero no entiendo por qué no me ha dicho nada. ¿Qué hago? Ellos están allá lejos y yo...

—Tú nada, Antonia —la interrumpió su hermana con decisión—. Siempre digna. Dentro de un par de horas lo llamas tranquila para saber cómo está y tratas de que te lo cuente. Si lo hace, te relajas, porque quiere decir que

no te oculta nada y, si no, entonces vemos qué hacer, ¿te parece? —preguntó Francisca.

—No. Lo voy a llamar ahora, no puedo esperar —contestó, cogiendo el teléfono y marcando su número.

Repitió la operación un par de veces más sin éxito. Aunque no quisiera aceptarlo, Francisca tenía razón. Todavía no habían llegado y era imposible que tuvieran el teléfono conectado.

Después de un buen rato tratando de tranquilizar a su hermana, Francisca lo logró. Ella no había ido con ninguna mala intención, sólo quería advertirle para que estuviera atenta. Por su parte, le daba lo mismo lo que Carlos hiciera, pues ella ya había comenzado a vivir su vida y estaba empezando a olvidar las caricias de su marido.

En el momento en que Antonia se quedó sola, entró Carmen con una sonrisa, para decirle que Eugenio y Gabriel la esperaban en la sala de reuniones.

Con la mejor cara que pudo poner, Antonia se dirigió hacia allá.

La reunión no fue muy larga, era sólo para ver cómo iba con el discurso y pulir los últimos detalles de la celebración. La parte de hablar con los clientes para invitarlos estaba resultando todo un éxito, había más de cien personas confirmadas y hasta la prensa se había enterado; sería realmente un gran acontecimiento, que, por otra parte, traería muchos beneficios al bufete.

Al volver a su despacho estaba mucho más relajada. Vio que tenía llamadas perdidas de José Ignacio y de inmediato le telefoneó. Al primer timbrazo, oyó:

—Cariño, ¿estás bien? ¿Qué pasa? Tengo varias llamadas perdidas tuyas —dijo preocupado, tranquilizándola de inmediato.

Ése era su hombre, el atento y controlador de siempre.

—Eh..., no, no pasa nada, sólo quería saber qué tal estabas y cómo habías llegado —respondió un tanto nerviosa e indecisa.

No quería fastidiarlo y menos demostrarle los celos que sentía, pero José Ignacio la conocía demasiado bien y notó de inmediato que algo le sucedía. Rápidamente dedujo lo que era. Por la mañana, al ver a Francisca, supo que en algún momento tendría que explicar un par de cosas. Él las había omitido sin ninguna intención, sólo que separaba muy bien el trabajo de todo lo demás y

no era la primera vez que hacía negocios con Marcela. De hecho, la había conocido a través de su padre, que era quien generalmente construía los restaurantes de su familia desde hacía años.

—Cariño, te conozco, puedes hablar claro, o si prefieres lo hago yo. No somos niños, Antonia, no te comportes como tal —añadió serio.

«Es verdad, qué manera de dar vueltas a las cosas», pensó Antonia.

—Bueno, como prefieras. ¿Por qué no me dijiste que ibas con Marcela a Buenos Aires? Me mentiste, José Ignacio —le espetó con fuerza y decisión en sus palabras, haciéndolo reír—. No te rías y dime, que no tengo todo el día y la llamada me saldrá por una barbaridad —dijo para acortar el tema.

—Cariño, si ése es el problema, podemos hablar durante horas, yo pago la cuenta —contestó sin dejar de reír, cosa que estaba poniendo de mal humor a Antonia.

—No —negó ella cortante, ya estaba perdiendo la paciencia.

—Bueno, está bien, no te enfades, que ya me puedo imaginar tu cara. Ante todo, no te conté lo de Marcela porque sabía que la idea no te iba a gustar, igual que tú me ocultaste lo de Javier y exactamente por los mismos motivos.

Un silencio fue lo único que se oyó en la línea. José Ignacio había hecho lo mismo que ella y eso, más que desagradarle, le dolió, aunque sus motivos fueran válidos.

—¿Me estás dando una lección? —preguntó con un hilo de voz.

—No, cariño, pero me parece genial que tú solita te des cuenta. Marcela forma parte de este proyecto y yo no puedo evitar que viaje con nosotros. Porque me imagino que Francisca también te ha contado que voy con su padre y con Carlos —respondió.

—Ah, no, eso no me lo ha contado. Bueno, sí lo de Carlos, pero no lo del padre de...

—¿Estás celosa? —inquirió de pronto.

—Sí, estoy celosa, molesta, ¿qué más quieres que te diga? Me revienta que estés allí, en nuestro hotel, con ella —argumentó, dejándolo sorprendido y muy feliz.

Esa reacción en otro momento lo hubiese sulfurado, pero viniendo de ella le encantaba; tontamente, se sentía aún más querido y no pudo evitar callarla diciéndole cuánto la quería.

—Antonia, cariño, te adoro, y tengo la solución a tu problema. ¿Qué tal si te vienes este fin de semana y recordamos nuestro primer encuentro? Dime que

sí —pidió como un niño, dejándola totalmente confusa.

—No puedo, ya lo sabes, de verdad no puedo —respondió en el mismo tono. No llevaban ni un día separados y ya se necesitaban.

La conversación fue subiendo de tono a cada minuto, hasta que Carlos lo interrumpió y le dijo que se apresurara, ya que estaban a punto de entrar en una reunión. Colgaron con la promesa de comunicarse por la noche.

Antonia estaba agotada, exhausta, y lo primero que hizo al llegar a su casa fue darse un baño de espuma. Sentía la necesidad de relajarse, el estrés de la vida que llevaba poco a poco estaba pudiendo con ella. Cuando estaba de lo más a gusto, oyó el teléfono. Era la hora en que José Ignacio había dicho que la llamaría y salió del baño prácticamente corriendo para contestar.

—¡Amor mío! Estoy en la bañera, desnuda, imaginando que estás junto a mí, haciéndome esas cosas que tanto me gustan...

—Antonia, soy Javier —dijo éste, aclarándose la voz. Esas sensuales palabras lo habían puesto a mil.

Ella sintió que se le iba la sangre del cuerpo y deseó que se la tragase la tierra.

—Anto, ¿estás ahí? —preguntó Javier.

—Sí —murmuró ella—. Disculpa por..., bueno, por lo que he dicho. Estaba esperando otra llamada —reconoció apenada y, sobre todo, avergonzada.

—No te preocupes —respondió él sin ganas—, te llamaba para preguntarte si hay algún problema en que me quede en tu casa la próxima semana. El fiscal me ha llamado y debo estar en Santiago el martes y el jueves; la verdad es que prefiero quedarme allá en vez de ir y venir, así no gasto tanto. ¿Te va bien?

Antonia rápidamente pensó que esos días justo coincidían con el viaje de José Ignacio y le pareció fenomenal, así ninguno de los dos se enteraría, ya que su amor llegaría directo para la celebración del viernes.

—Sí, claro. Te quedas conmigo, bueno, en mi casa. Ya me has entendido, ¿verdad? —aclaró, dándose cuenta de su error.

—Gracias, Anto, espero no causarte problemas.

—No, en absoluto. Además José Ignacio no estará hasta el viernes, así que de verdad que no es ningún problema. Y quiero que sepas que lo hago de corazón. Somos amigos y te quiero, Javier, y eso deberías saberlo. El hecho de

que no estemos juntos no significa que no te quiera, siempre serás importante para mí —le confesó.

—No sabes cuánto me arrepiento de haberte perdido, Antonia, no me lo voy a perdonar nunca.

—Por favor, Javier, no vayas por ese camino —pidió ella, angustiada por lo que le estaba diciendo.

—De acuerdo. Hasta pronto y ojalá José Ignacio sepa valorar lo que yo no supe —dijo, colgando el teléfono con el alma llena de tristeza.

Antonia volvió al cuarto de baño con el corazón encogido. No quería hacer sufrir a nadie, no estaba en su naturaleza, pero sus sentimientos ya tenían dueño y nada podía hacer. Volvió a sonar el teléfono, pero ya no sentía la alegría de antes.

—¿Sí?

—¡Hola, cariño! —exclamó José Ignacio—. ¿Cómo estás? Te echo tanto de menos...

—Hola, José Ignacio —respondió desganada.

—¿José Ignacio? ¿Y el «cariño», «amor» o algo más bonito, se te ha olvidado? —preguntó.

—Bueno, si quieres tener un monólogo, sólo basta con que te mires al espejo —contestó molesta. Por alguna razón, se estaba desquitando con la persona equivocada.

—¿Sabes qué, cariño? No voy a discutir. Creo que estás así por cosas de mujeres, así que no tomaré en cuenta tu comentario.

—¿¡Cosas de mujeres!?! Me revienta que pienses así. Disculpa si no salto de alegría o paro el mundo porque me llamas, pero ¿sabes?, hay más cosas además de ti, José Ignacio, no eres lo único del universo —replicó molesta.

—¿Y de tu universo, cariño? Me basta con ser lo único de tu universo —respondió mimoso, desarmándola completamente, incluso sorprendiéndose a sí mismo, que nunca se había comportado así con nadie.

Antonia se derritió en ese mismo instante y la charla que había comenzado con desagrado se convirtió en una romántica conversación que duró un par de horas. El tiempo les daba igual, el mundo dejaba de girar para ellos.

El fin de semana fue relajado, Antonia decidió haraganear todo el sábado junto a *Siam* y el domingo sólo se levantó para ir a comprar las cosas para la semana. Ella no comía demasiado, pero como estaría Javier, sabía que tendría que cocinar como Dios manda. Lo conocía y sabía perfectamente cuáles eran sus gustos.

Por la tarde, mientras estaba limpiando, encontró el sobre que le habían dado hacía unos días y al abrirlo casi se desmayó de la impresión. Era un cheque a su nombre con un par de decenas y ceros, firmado nada más y nada menos que por Elizabeth Risopatrón.

Cuando pudo recuperarse de la impresión, salió disparada del piso, sin importarle siquiera cómo iba vestida y, maldiciendo para sus adentros, cogió el coche y se dirigió a casa de la mujer. Pondría fin a ese problema de una vez por todas.

Hizo el recorrido en menos de la mitad del tiempo normal y cuando llegó a la gran reja, llamó al timbre, sin apartar el dedo del mismo.

Sabía que esta vez no se estaba controlando ni un poquito.

Cuando abrieron el portón, entró rauda en la casa, y se encontró a Irene en la entrada, que trató de que se calmara. Pero Antonia no se paró ni un segundo ni vio que no estaba sola, sino que siguió como un caballo desbocado hasta donde oía voces.

Sin importarle quiénes estuvieran en la terraza de la casa, salió y le gritó a Elizabeth, sorprendiendo a todos los presentes:

—¡Creo que le dejé bien claro que yo no me vendo!

La mujer, que era una guerrera avezada, se levantó lentamente de su silla y con una parsimonia desesperante, se acercó a Antonia, invitándola a pasar. Al ver que ella no se movía, la sujetó con fuerza del brazo y, frente a sus amigas, la empujó hasta el despacho de su casa, cerrando la puerta sin dar ningún golpe.

—¿Se puede saber a qué has venido? —gruñó, petrificándola con la mirada.

Pero esta vez el fuego que salía de los ojos de Antonia podía derretir hasta los polos.

—¿Quién se ha creído que es para dejarme esto? —dijo, mostrándole el cheque—. Le dije que ni usted ni nadie me separaría de José Ignacio. ¡¿Hasta cuándo va a durar esto?! Déjenos vivir en paz, señora —le espetó más calmada, pero con la misma irritación.

—¿Te parece poco la suma? Pon tú la cantidad, Antonia —replicó Elizabeth con arrogancia y mirándola con desprecio, haciendo que se sintiera intimidada.

Qué poder desprendía aquella mujer, era impresionante.

—No, señora, no me parece poco, pero quiero advertirle que esta vez será la última —anunció, rompiendo el cheque en dos pedazos y tirándoselos a la cara—. La próxima hablaré con José Ignacio y no seré yo quien venga —soltó, dándose la vuelta para salir rápidamente de allí.

—¡Antonia! —gritó Elizabeth, haciéndola parar—. Todas las mujeres como tú tienen un precio. ¿O es poder lo que buscas?

—¿Poder? No, señora, se equivoca, yo no soy como usted, yo no me someto a la sociedad, como hizo usted cuando decidió casarse con Roberto.

—Antonia —dijo en tono sereno. A ella le extrañó su calma, pero en el fondo de su corazón lo agradeció. Se volvió para mirarla—, ¿quieres a José Ignacio?

—Más que nada en la vida —contestó, caminando hacia la puerta, presintiendo que con esa última respuesta había cometido un grave error.

Elizabeth esperaba aquello. Todo sucedía según lo planeado. Nadie torcería su voluntad y menos aquella insignificante muchacha. La última jugada estaba hecha, ahora sólo faltaba la astucia de su compañera de batallas y la guerra estaría ganada. Después de soltar una carcajada, celebrando la victoria de antemano, llamó a su aliada para preparar la ofensiva final. Los heridos serían pérdidas aceptables, nada que el tiempo no pudiese solucionar.

Al otro lado de la cordillera, los negocios estaban dando mejor resultado de lo planeado, la experiencia de Raúl, padre de Marcela, hacía que las cosas fluyeran con facilidad. Los terrenos elegidos en la ciudad de Buenos Aires ya estaban comprados y, según los planos, podrían comenzar a construir en un par de semanas, con lo que todo el negocio se adelantaría más de lo previsto. Eso se traducía básicamente en ganancias exponenciales para todos ellos.

José Ignacio era un hombre de negocios y todo lo que tocaba generalmente lo transformaba en dinero, sus inversiones siempre eran de las más respetadas en el medio y jamás tenía problemas para invertir en un buen proyecto, menos aún si se trataba de uno con su amigo de la infancia, Carlos.

Llamó a Antonia, necesitaba contarle su éxito. Esa sensación era totalmente nueva para él, nunca antes había sentido la necesidad de comentar sus cosas y menos financieras, pero con ella era distinto. Quería escuchar de su boca las felicitaciones, deseaba que lo admirara. Lo que no sabía era que Antonia lo hacía por cómo era, no por los logros económicos que consiguiera.

La llamó al móvil, pero ella no contestaba. Telefoneó entonces a su casa y tampoco le respondió y, en un acto desesperado, habló con Francisca, que le dijo que tampoco sabía nada de Antonia.

Eso lo inquietó, pero empezó a pensar racionalmente y se tranquilizó un poco; la volvería a llamar más tarde.

Cuando estaba en su habitación, descansando, llamaron a su puerta. Era tarde y se levantó sin ganas.

—¿Puedo entrar? —preguntó Marcela, con un generoso escote.

José Ignacio era hombre y no pudo dejar de mirar, cosa que ella agradeció con una peligrosa sonrisa de suficiencia. Aquello denotaba que no le era completamente indiferente.

—¿Qué quieres? No tenemos nada de qué hablar, creía que te había quedado claro —le espetó con desprecio—. Por lo demás, lo que hiciste con *Matías* es, de lejos, lo más estúpido que he visto en mi vida. Si pretendías hacerle daño a Antonia, déjame informarte de que lo conseguiste. —Sin embargo, al ver su malévola sonrisa, inventó—: Pero gracias a eso, ahora está en mi casa y con una nueva mascota que yo le he regalado. La verdad, Marcela, creo que me hiciste un gran favor —concluyó con petulancia.

—¿Ah, sí? —dijo ella, sintiéndose decepcionada. Ésa no era la respuesta que quería escuchar, pero sin importarle nada, continuó con su juego—: Me alegro. Carlos y mi padre están en el bar, esperándote, vamos a celebrarlo y, como no bajabas, me han enviado a buscarte.

—De acuerdo, dame un minuto y os alcanzo —respondió, tratando de cerrar la puerta, pero Marcela no se movió.

—¿Qué pretendes? ¿Que me cambie con la puerta abierta? —preguntó con sarcasmo.

—Querido, no hace falta fingir. Puedes cambiarte delante de mí, no hay nada en tu cuerpo que yo no haya visto, disfrutado o tocado —respondió ella, pedante. Era verdad.

—Eran otros tiempos, Marcela, haz el favor de esperar y utiliza la poca dignidad que te queda comportándote como una dama —le espetó, entrando en

la habitación, y dejándola a ella en el salón de la suite de la misma.

Cuando estaba cambiándose, Marcela entró, cosa que lo molestó, pero hizo como que no le importaba y siguió como si nada.

—¿Ya estás contenta? ¿Has disfrutado con el espectáculo? ¿Has visto todo lo que tenías que ver? —preguntó, levantando una ceja en su tan típico tono presumido.

—No tanto como quisiera, querido, pero sé esperar, no te preocupes.

—Ponte cómoda entonces, porque esperarás sentada —replicó con frialdad.

Ambos se desafiaban con la mirada. Los que un día habían sido amantes se habían vuelto enemigos.

Bajaron a reunirse con el resto del grupo, y celebraron su éxito hasta altas horas de la madrugada. En cada ocasión que tenía, Marcela trataba de insinuársele, y lo hacía con el mayor de los descaros. José Ignacio se sentía incómodo, como si le estuviera faltando al respeto a Antonia, aunque en realidad no estaba haciendo nada.

En un momento dado sonó un tango y no pudo evitar sonreír y pensar en cuando los dos lo bailaron y esos simples recuerdos le hicieron brillar los ojos y le llenaron el alma.

La volvió a llamar, pero nuevamente en vano.

El whisky se le estaba empezando a subir a la cabeza y, como caballero que era, decidió retirarse a su habitación, sin importarle las quejas de sus compañeros, que seguían muy animados. Todos menos Marcela, que observaba atentamente cada uno de sus movimientos.

—Deberías saber lo que hace tu mujercita —le espetó ella en el momento en que él se retiraba de la mesa.

José Ignacio la miró con furia, pero no cayó en su juego y simplemente se marchó, dejándola sola y de pésimo humor.

Al día siguiente, Antonia estaba bastante más tranquila. La noche anterior había decidido tomarse una pastilla para dormir que le había dado Francisca hacía tiempo. Llamó a José Ignacio, necesitaba oír su voz y escuchar palabras bonitas, pero esta vez fue ella quien no logró comunicarse con él. Le extrañó que, a pesar de ser mediodía, él aún no la hubiese llamado.

Hasta ese momento, con el único con el que había hablado había sido con Javier, que le había dicho que la pasaría a buscar a las seis al despacho.

Después de almuerzo, por fin logró comunicarse con José Ignacio, lo que hizo que a ambos les volviera el alma al cuerpo y la sonrisa a la cara. Hablaron durante un rato, Antonia lo felicitó de corazón por lo que había conseguido, sin siquiera imaginarse lo mucho que él deseaba escuchar eso. Le dijo que estaba orgullosa de lo que había logrado en el país vecino y prometió que cuando fuera la inauguración de ese proyecto, ella iría a Buenos Aires con él y recordarían todo lo que habían vivido en el hotel.

La tarde transcurrió con normalidad y, tal como le había dicho, a las seis en punto Javier estaba en la recepción. Iba muy bien vestido, con unos pantalones negros y camiseta del mismo color; su porte y estampa lo hacían ser un hombre muy interesante. Como siempre llevaba el pelo peinado hacia atrás, lo que resaltaba sus ojos negros como la noche.

El trabajo en la huerta lo estaba poniendo en muy buena forma y ya no se lo veía delgado, sino muy fornido. Era un hombre joven y, a pesar de lo que había vivido, eso no lo había avejentado. Además estaba limpio, por su cuerpo no corría ya ningún vestigio de droga.

Llegaron al piso de Antonia y ella lo dejó instalarse en la habitación que había sido de Francisca. Prepararon juntos la cena como si hubieran retrocedido en el tiempo y se entendían de maravilla. Antonia cocinaba y él lavaba y manipulaba los ingredientes. Después de cenar y de charlar de una infinidad de cosas, se sentaron en el sofá, donde siguieron un rato.

Antonia llamó a José Ignacio, pero esta vez hablaron menos, él tenía una cena importante y no se podía retrasar mucho, por lo que básicamente se dijeron que se amaban y que ya quedaba menos para su reencuentro.

Al día siguiente, Antonia y Javier se levantaron muy temprano. Ése era el primero de los días en que él acudiría a la fiscalía a declarar y ella había decidido acompañarlo. Aunque la idea disgustaba a Javier, tenía claro que cuando algo se le metía en la cabeza a Antonia, nadie la hacía cambiar de opinión.

Cuando llegaron junto con el fiscal a los tribunales, un detective acompañó a Javier, que estuvo declarando durante más de dos horas. Antonia caminaba arriba y abajo. Estaba nerviosa, intranquila y se sentía observada,

deseaba de todo corazón que aquella pesadilla acabara pronto para Javier.

Él era un buen hombre que había cometido un error, eso estaba claro, pero se merecía ser feliz y ella haría lo posible porque así fuera.

Al salir, vio que tenía los ojos rojos y se imaginó exactamente el suplicio que habría vivido dentro. Corrió a abrazarlo y él la estrechó con devoción. Era bastante más alto que ella, pero el hombre erguido, seguro, que había entrado a declarar, no tenía nada que ver con el que ahora estaba saliendo: un joven asustado y con miedo en la mirada, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Estás bien, Javier? ¿Quieres irte a casa?

—Sí, por hoy no tengo nada más que hacer aquí, pero no quiero que por mí tengas problemas en el trabajo.

—No te preocupes por eso, tranquilo.

Y dicho esto, Antonia volvió con él a su piso. No se podía quedar allí, aún le quedaban cosas pendientes en la oficina. Esperó a que se tranquilizara un poco y se fue al bufete, donde intentó trabajar lo más rápido posible, pero le fue imposible. A la hora del almuerzo, cuando José Ignacio la había llamado, apenas había tenido tiempo para hablar con él.

Más tranquila, por la tarde fue ella quien lo llamó, pero José Ignacio no contestó, ni siquiera oyó el teléfono, pues estaban en el terreno, cerca de unas máquinas, y el ruido era insoportable, capaz de silenciar cualquier cosa.

Al terminar, José Ignacio se fue al hotel, tenía que estar relajado pues quería pensar. En la habitación todo le recordaba a Antonia, la veía por todas partes. Por primera vez en su vida se sentía enamorado. Ya había llegado el momento de poner las cosas en orden. Desde que le había dicho que a la vuelta hablarían, en lo único que pensaba era en cómo hacerlo. Él siempre era un hombre directo, que llamaba a las cosas por su nombre, pero esta vez no sabía cómo hacerlo.

No tenía a quién pedirle consejo y la única persona que podría haberlo hecho, que le inspiraba confianza, era su abuelo y estaba enfermo. Brisa también era una posibilidad, pero quizá no se aguantaría y terminaría estropeando su sorpresa.

Lo primero que tenía que hacer era ir a una joyería, ansiaba encontrar un anillo que más que ostentoso o caro fuese significativo, y ahí radicaba el verdadero problema. Porque para él era muy fácil llamar a la joyería y pedir el anillo más lujoso, pero eso a Antonia no la impresionaría, muy al contrario, podría pensar que era la alternativa más fácil.

Salió de su habitación dispuesto a recorrer las mejores joyerías de la ciudad. Nada lo convencía totalmente, todo tenía un pero; sin embargo, cuando llevaba más de tres horas buscando, vio lo que realmente buscaba en un escaparate. No era un anillo, sino algo que tenía un gran significado para ellos: una pareja de bailarines de tango hecha de cristal, con el hombre sujetando a la mujer por la cintura, dándole toda la seguridad del mundo para que ella pudiese curvar la espalda hacia atrás.

Eso era lo que él le quería expresar, lo que quería darle, seguridad para toda la vida y con aquella pequeña figura se lo transmitiría.

Además de la figura, le compró un precioso anillo de platino con dos diamantes, que los simbolizaban a ellos y su amor.

Regresó al hotel pletórico, ya tenía casi la mitad de la tarea hecha, el resto debía hacerlo en el pueblo. Le pediría matrimonio bajo el sauce y, para que todo fuera como él lo había planeado, necesitaría la ayuda de María. Ella sería la encargada de sacar a Antonia de la casa, para que él pudiese arreglarlo todo. No era decorador y tampoco podía llevar a uno, como le hubiese gustado. Aquel lugar junto al sauce era sagrado y sólo él en el mundo tenía el privilegio de visitarlo.

Necesitaba relajarse, la ansiedad lo estaba devorando. Fue directo al spa, un masaje le ayudaría a rebajar la tensión. Se sentía como un niño en Navidad, incluso notaba cómo el corazón se le aceleraba cada vez que pensaba en ella sin poderlo evitar, ni tampoco podía borrar aquella sonrisa tonta de su cara.

Al llegar a su casa, Antonia lo encontró todo en silencio. Al ver que Javier dormía plácidamente en la habitación de Francisca, decidió empezar a preparar la cena, pero antes de que terminara, él fue a la cocina, guiado por el delicioso olor que emanaba de allí.

Cenaron en el comedor, charlando animadamente, aunque en los ojos de Javier había un atisbo de preocupación y tristeza. Se lo veía asustado, incluso un poco demacrado. Antonia intentó alegrarlo por todos los medios, pero no tuvo mucho éxito. Después de cenar, él se fue a la habitación y, aunque ella se quedó preocupada, no quería invadir su privacidad.

Trató de comunicarse con José Ignacio, pero al no poder hacerlo, le dejó un cariñoso mensaje. Se fue a su habitación, el calor era insoportable a pesar de la fecha, se puso un vestido corto de algodón con tirantes negros y unos shorts de deporte, así se sentiría más cómoda para poder empezar a estudiar. Ese día en concreto debía entregar un trabajo para el curso que estaba haciendo.

Lo dispuso todo sobre la mesita del salón y desparramó todos los papeles. Dentro de su propio desorden y caos, ella se entendía. Silenció el teléfono y se puso a trabajar como una verdadera posesa. No supo cuánto rato pasó, hasta que oyó unos ruidos extraños que provenían de la habitación de Francisca, parecían gemidos. Cuando entró, encendió la luz de la mesilla y vio que Javier se retorció entre las sábanas. Estaba sudando y decía cosas incoherentes.

Se le acercó, no sabía cómo tocarlo para que ninguno de los dos se hiciera daño y rápidamente tomó la decisión de abalanzarse sobre él.

—¡Javier, despierta! —dijo con firmeza, mientras trataba de sujetarle las manos.

—¡No me toques! ¡Suéltame! —bufó él, tratando de zafarse de ella, que cada vez se aferraba más fuerte.

Y con un rápido y brusco movimiento, él la sujetó con fuerza de los brazos y se colocó sobre ella.

—¡No, Javier, me haces daño! ¡Despierta! —gritó Antonia, tratando de defenderse.

Veía el terror en sus ojos abiertos, pero parecían mirar en otra dimensión, una en la que viven los peores recuerdos. Antonia sintió miedo, no por ella, sino por Javier. ¿Qué cosas tan terribles había tenido que vivir para reaccionar así? Se le partió el alma.

—¡No vuelvas a tocarme, maldito! —gritaba Javier, levantando el puño.

—¡Nooo! ¡Despierta! —chilló Antonia, histérica, cerrando los ojos para no ver el puñetazo, haciéndolo reaccionar de repente y que desviara el golpe hacia la pared.

Javier se quedó paralizado mirándola. Su respiración comenzó a normalizarse y, al cabo de un par de segundos en que vio cómo una lágrima corría por la mejilla de Antonia, rápidamente la tomó entre sus brazos.

—Perdóname, perdóname —repetía, meciéndola y apretándola con fuerza contra su cuerpo.

—¿Estás bien, Javier? —preguntó con cautela, tratando de volver la cara para respirar un poco más de aire.

—Antonia, no sé qué...

—Chis, ya no importa —respondió ella, cogiéndole la cara con ambas manos—. Ya ha pasado, estás aquí conmigo. Tranquilo. ¿Te encuentras bien?

—No sé qué decirte, esto no me pasaba desde hacía mucho —reconoció, haciendo que Antonia lo abrazara.

Era un hombre muy herido psicológicamente.

—No me digas nada, Javier, calma, trata de relajarte, de volver a dormir. Yo estoy aquí contigo.

Podía ver su desesperación, quería saber, preguntar qué soñaba, pero temía escuchar la verdad. Pensaba que debía de ser realmente cruda. Ni siquiera podía imaginar lo mal que lo había tenido que pasar.

Ella trataría de protegerlo, de cuidarlo, como una verdadera amiga.

Javier se acurrucó a su lado y, como si fuera un niño, se durmió entre sus brazos, mientras Antonia le acariciaba el pelo para tranquilizarlo.

Al cabo de un rato, cuando ya no podía luchar más contra el sueño, se acomodó y se durmió profundamente junto a él.



A miles de kilómetros de distancia, José Ignacio ni se imaginaba lo que sucedía en el piso de Antonia. Él se había relajado de lo lindo en el spa y se estaba preparando para salir a cenar con sus amigos. Había decidido que después de la cena les contaría la decisión que había tomado y, por supuesto, les informaría de que se marcharía al día siguiente.

Ya no aguantaba más estar lejos de ella. Manuela, como siempre, había tenido que hacer milagros para conseguirle un pasaje de última hora, pero la eficiente mujer lo logró una vez más.

Al bajar al restaurante, José Ignacio se sentía relajado y feliz. Aunque no le había dicho nada a Antonia, decidió darle la sorpresa al día siguiente a la hora del almuerzo.

Lo estaban esperando, Marcela fue la primera en saludarlo, pero esta vez lo miró de una manera distinta, con satisfacción. No tenía nada que ver con Raúl, su encantador padre. A Carlos, en cambio, se lo veía inquieto, ansioso; José Ignacio no tardó en darse cuenta, pero no dijo nada, lo haría después, cuando encontrara un mejor momento.

La cena transcurrió con normalidad. Al cabo de un rato, Raúl se retiró a su habitación y en ese momento José Ignacio se decidió.

—Quería comunicaros una cosa —anunció nervioso, como si fuera un niño.

—José Ignacio —intervino Marcela—, nosotros también queremos hablar contigo. Es un tema muy delicado y creo que debes escucharnos atentamente —dijo en tono arrogante, saboreando de antemano el sabor de la victoria.

—Escucha —comenzó a decir Carlos—, tú y yo hemos sido amigos toda la vida, por eso quiero que me entiendas y que no me juzgues hasta que haya terminado.

—¡Por Dios!, qué melodramáticos y yo que os quería dar una buena noticia...

—Te voy a enseñar algo, pero por favor no digas nada hasta que termine —pidió Marcela con una diabólica sonrisa, arrastrando una tablet por encima de la mesa, hasta colocarla frente a sus ojos.

La cara de José Ignacio se empezó a desfigurar, comenzó a darle a la pantalla cada vez más fuerte para que las fotografías pasaran, maldiciendo entre dientes. La furia que desprendían sus ojos se podía ver desde kilómetros. La tensión se apoderó de su cuerpo y se irguió tanto en su asiento que hasta daba miedo.

Marcela apenas podía disimular su contento.

—Eso no es todo, escucha —dijo, poniendo el altavoz de su teléfono móvil.

José Ignacio soltó un gruñido animal y le arrebató el aparato de las manos, pero en ese momento sintió que la tierra se abría bajo sus pies al escuchar:

—Sí, me acuesto con Gabriel y con muchos más, pero mientras José Ignacio no lo sepa, no hay problema. Yo me vendo, lamentablemente para usted, lástima que no aprendió nada cuando estuvo con Marcel.

—¿Te parece baja la cantidad?

—Sí.

—¿Es poder lo que buscas?

—Más que nada en la vida.

—Pon tú la cantidad.

—La próxima vez hablaré con José Ignacio y le contaré quién es su padre. Yo me vendo...

José Ignacio se levantó furioso de su asiento. Estaba desquiciado, trastornado, lanzó el teléfono contra la pared, haciendo que se estrellara y que la gente que cenaba junto a ellos se sorprendiera.

Carlos reaccionó rápidamente e intentó calmar a su amigo. Veía la impotencia en sus ojos, en tanto Marcela disfrutaba del espectáculo en primera fila.

—¡Suéltame, Carlos! ¡Déjame! —gritó enardecido, para luego dirigirse a Marcela—. ¿Y tú desde cuándo lo sabías? —le espetó, gruñendo.

—Traté de decírtelo —respondió ella, fingiéndose agobiada—, pero tú no me escuchaste, José Ignacio. Ayer, cuando tu madre me llamó desesperada,

supe que ya no podía ocultártelo más —añadió—. ¡¿Viste la suma que tu madre tuvo que pagar para que se alejara de ti?!

—¡Cállate! No quiero escucharte —vociferó.

—No. No me voy a callar, José Ignacio. Antonia te engañó, nos engañó a todos, es igual que Francisca. Cuéntale, Carlos, dile la verdad de una vez por todas —gritaba histérica.

José Ignacio cada vez lo entendía menos, aquella mujer que había escuchado y visto en las fotos con Gabriel y con Javier no tenía nada que ver con su Antonia, con su dulce e inocente Antonia. Pero ahí estaban las pruebas, hablaban por sí solas. Aparecía abrazada con aquellos hombres y era su voz, eso no lo podía negar y, para más inri, había visto la foto del documento con una exorbitante suma de dinero. Las pruebas eran reales, no tenía cómo defenderla, nada de lo que había visto parecía mentira.

—¿Y tú, Carlos, qué tienes que decir? Habla —le ordenó, fulminando a su amigo con la mirada.

En ese momento, un camarero del hotel se aproximó para calmarlo, pero José Ignacio, al darse la vuelta, lo empujó haciéndolo caer. Luego se sumaron dos hombres más para sujetarlo. Estaba como loco, no quería que nadie lo tocara. Fue Marcela la que, aprovechando la situación, se acercó a él y, melosamente, comenzó a hablarle. En el fondo lo conocía y sabía que aquella era su oportunidad.

—Cálmate, José Ignacio, cálmate, por favor. Vamos, salgamos de aquí. Sé que tú no quieres montar este escándalo —le pidió, soltando las manos de los que lo estaban sujetando, para agarrarlo ella del brazo y, ayudada por Carlos, sacarlo del restaurante.

—¿Qué estás esperando para hablar, Carlos? ¡Di! —volvió a gruñir, clavando sus ojos furiosos en ellos.

—Escúchame, vamos a tu habitación, ahí te cuento —dijo su amigo serio y a la vez nervioso por lo que le iba a contar.

—No —rugió él—. Me lo dices ahora.

—Está bien, tú lo has querido —le espetó angustiado, pasándose las manos por el pelo—. Antonia se me ha insinuado muchas veces y yo, por respeto a Francisca, nunca he querido hacer nada con ella, por eso me odia tanto.

Al oír eso, José Ignacio se lanzó sobre él como una fiera, empujándolo contra la pared y llevándose todo lo que había por delante.

—¿Qué has dicho? —bramó fuera de sí.

—Lo que has oído —contestó frenético Carlos, no esperaba esa reacción—. Pero te juro por nuestra amistad que nunca ha pasado nada. Eso fue antes de que tú estuvieras con ella y la última vez fue en mi casa, unos días antes de la boda. Yo le pregunté si estaba loca y me dijo que me iba a arrepentir de haberla rechazado.

»Se marchó de la casa y ya no la volví a ver hasta el día de la boda. Yo no le dije nada a Francisca, pero algo sucedió entre ellas y discutieron. Te estoy diciendo la verdad, José Ignacio —aseguró Carlos, nervioso por tenerlo encima.

Le vio los ojos oscuros y las pupilas tan dilatadas que cubrían todo el iris. Respiraba agitado y el corazón le latía desbocado en el pecho. Tras un par de segundos, lo soltó y dio un fuerte puñetazo a la pared, lo que hizo que los nudillos le comenzaran a sangrar.

Salió disparado hacia su habitación, blasfemando y gruñendo, chocando con todo lo que se le interponía en su camino.

Mientras tanto, Marcela seguía con su sonrisa triunfal, todo había salido mejor de lo que ella y Elizabeth habían planeado. Estaba segura de que ahora él llamaría a su madre y ésta remataría el cuadro, digna como una estrella.

Carlos, por su parte, aunque contento por deshacerse de Antonia, sintió tristeza por su amigo, nunca lo había visto así.

Al entrar en su habitación, José Ignacio empezó a destrozar todo lo que encontró a su paso. Estaba trastornado, perturbado, no podía quitarse aquellas palabras de la cabeza: «Sí, me acuesto con Gabriel y con muchos más».

Cogió su móvil y llamó a Manuela para que le consiguiera un billete de vuelta inmediata a Santiago.

—Pero, señor, a esta hora es imposible, son más de las diez de la noche —dijo la pobre Manuela, oyendo a su jefe gritar. Nunca lo había oído así antes.

—¡Pues entonces consigue un avión privado! Serás idiota, Manuela... ¿Para qué crees que te pago? ¡Haz lo que te digo y hazlo ya!

Ella, atónita por cómo le había hablado, no pudo reaccionar de inmediato, sino unos minutos después —y aunque su jefe le hubiera dicho lo contrario, ella era una mujer eficiente— y en menos de media hora le había conseguido un avión privado que lo llevaría de vuelta a Santiago.

—Señor, su avión lo está esperando en el aeropuerto y lo traerá de vuelta

en este mismo momento. ¿Se encuentra bien? —preguntó con cautela cuando lo llamó para avisarlo. Estaba realmente preocupada.

—¿Y a ti qué te importa? —bufó, colgando abruptamente el teléfono.

Descolgó de nuevo, pero esta vez marcó el número de casa de su madre.

—Casa de la familia Zúñiga Risopatrón, dígame, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Irene, pásame a mi madre, rápido —pidió cortante.

—José Ignacio, ¡gracias a Dios que llama! La señora Elizabeth está descansando, ha tenido que ir a la clínica, sufrió un ataque de nervios y ahora está en su habitación —explicó la mujer.

—¿Y Roberto? —preguntó preocupado.

—Don Roberto está de viaje. Su madre pidió que no avisáramos a nadie. Yo no sé qué hacer, usted sabe cómo es ella y desde que ha llegado de la clínica no ha salido de su habitación.

—Yo me ocuparé de todo, pero ahora, Irene, escucha, y piensa bien antes de contestar. ¿Ha ido Antonia a verla?

La mujer se quedó en silencio un momento y luego, muy bajito, contestó:

—Sí, José Ignacio, el domingo estuvo aquí y discutió con la señora. No sé qué pasó, pero después ella se fue a la clínica con la señora María Gracia, que estaba aquí de visita.

Ya no había nada más que preguntar, todo estaba más que claro para él. La última cosa que le quedaba por averiguar le había aclarado aún más las cosas.

Se fue de inmediato hacia el aeropuerto, se subió al avión y comenzó a pensar en todo lo que haría al llegar. La rabia le estaba nublando la razón y, para calmarse un poco, comenzó a beber. El tiempo se le hizo eterno, su mente lo torturaba con las imágenes y con la voz de ella. No se permitiría flaquear y haría frente al problema esa misma noche.

Antonia tenía muchas cosas que explicarle. Mientras tanto, comenzó a recordar algunas situaciones y, lamentablemente, cuadraban a la perfección con lo que acababa de descubrir.

Al llegar a Santiago, cogió un taxi y se fue directo a casa de Antonia. Maldijo al llegar al edificio y ver que el ascensor estaba justo en el piso de ella. Ni siquiera fue capaz de esperar, subió raudo por la escalera. Aún tenía la cara descompuesta, el pelo revuelto y los ojos oscurecidos por la ira. Su furia era aterradora.

Llegó hasta la puerta y la abrió silenciosamente. Al verlo entrar, *Siam* corrió de inmediato hacia él, pero como presintiendo algo, el animal retrocedió. José Ignacio caminó hasta la habitación de Antonia, pero antes de llegar se detuvo en la de Francisca, que tenía la luz encendida.

Se quedó paralizado al ver ante sus ojos todos sus temores hechos realidad: Javier estaba dormido, abrazando a Antonia por la cintura y ella descansaba plácidamente sobre su hombro. Se quedó petrificado, acababa de confirmarlo absolutamente todo. No salió ni media palabra de la boca, quería gritar o entrar en aquella habitación, pero su cuerpo no le obedecía.

Ante un ligero movimiento de ella reaccionó, dando un golpe a la puerta y haciendo que Javier y ella saltaran en la cama. El ruido fue ensordecedor e inesperado. José Ignacio se dio la vuelta, pero no sin antes fulminarla con la mirada.

Antonia se levantó rápidamente para alcanzarlo, pero cuando llegó al ascensor, él ya había bajado. Corrió hacia la escalera, desesperada, tenía que sacarlo de su error. Bajó lo más rápido que pudo, pero aun así no lo logró. Salió a la calle y lo vio. Corrió deprisa detrás de él.

—¡José Ignacio! —llamó, con el poco aliento que le quedaba. Estaba agotada.

Él se dio la vuelta hecho una furia y, con brusquedad, le apartó las manos de su brazo, haciendo que Antonia se cayera de culo. Se quedó sin aliento al ver el odio con que él la miraba.

—¡No vuelvas a tocarme! —gruñó descompuesto—. Eres lo peor que me ha pasado en la vida.

—José Ignacio deja que te explique, no es lo que estás pensando.

—No quiero escucharte —gritó—. No creo nada de lo que me digas.

Nerviosa, Antonia trató de levantarse pero las piernas no le respondieron y al verlo allí parado, tan grande, se acobardó quedándose en la misma postura en que había caído.

—¡Eres lo peor que me ha pasado en la vida! —repitió él—. Maldigo el día en que te cruzaste en mi camino. ¡Eres una mentirosa! ¡Una cualquiera! ¡Me mentiste! ¡Me engañaste! ¡Siempre supiste lo de Marcel! ¿Tu amante te lo dijo? ¿No te bastó con él? ¿No te calienta lo suficiente que seguiste buscando?! ¡Dime! —chilló con más fuerza esta vez—. ¿Y qué pensabas hacer? Te arruiné el plan, ¿no? ¿Cuánto dinero más querías sacar? ¡Gracias a Dios que no puedo tener hijos! Seguro que ésa era tu estrategia para sacarme

hasta el último centavo. ¡Ah, no! Es poder lo que tú buscas. Me das asco, Antonia. Dime, ¿qué pretendías!? ¿Hacerme creer que me amabas? ¿Ése era tu juego? Eres una mentirosa sin escrúpulos, eres de lo peor, eres una...

—¡Cállate! —chilló ella, sintiendo cómo las lágrimas corrían por sus mejillas.

No podía creer lo que escuchaba, le costaba respirar y veía la rabia en sus ojos, el dolor, la impotencia... estaba absolutamente descontrolado. No reconocía al energúmeno que tenía enfrente.

—¡No me voy a callar! ¡Eres una cualquiera! ¡Peor que una prostituta! Por lo menos éstas van de frente, no como tú, que vas por la vida inventando historias. —Y, con desdén, continuó—: Siento decirte que conmigo no te ha resultado. No quiero volver a verte y dile al depravado de Gabriel que puede disfrutar de las sobras, que de ti no me interesa nada —dijo más calmado—. Ahora ve y sube a revolcarte con Javier, porque me imagino que a él no le cobras, pero, por si acaso, toma —le espetó, tirándole unos billetes a la cara, antes de darse la vuelta para marcharse y dejarla allí sola en medio de la calle, destrozada y humillada.

Sin darle tiempo a Antonia de decir ni hacer nada, José Ignacio se marchó. Ella estaba en el suelo, dolorida, sentía que el aire no le entraba en los pulmones, se ahogaba al respirar, los latidos de su corazón cada vez eran más débiles, como si literalmente quisiera dejar de funcionar. Sintió que se desvanecía y oyó cómo, desde lejos, Javier gritaba su nombre.

Él se había cuestionado si bajar o no, pero al ver que no subía, decidió ir en su busca. Al verla tirada en el suelo, corrió hacia ella y, cuando la alcanzó, Antonia cerró los ojos y se desmayó.

Javier la cogió en brazos, la subió al piso, la acostó en su cama y comenzó a decirle muy bajito:

—Antonia, Antonia, preciosa.

Ella abrió lentamente los ojos. Por un segundo pensó que era una pesadilla, pero enseguida se dio cuenta de que no. No dijo nada y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos como ríos sin control.

—Anto, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho ese...? —preguntó en un susurro Javier, sin soltarla, tragándose la rabia que sentía contra José Ignacio.

—Se acabó, Javier, se acabó para siempre —decía, mientras hipaba de tanto llorar—. José Ignacio estaba...

—Calma, ya podréis hablar cuando estéis más tranquilos. Si quieres yo

puedo hablar con él y explicárselo.

—¡No! —exclamó ella—. Esto no sólo tiene que ver contigo, duda de Gabriel, mi jefe, de ti, de todo el mundo. No puedo más con esto, me ha insultado —sollozaba, mientras más lágrimas caían de sus ojos—. Me dijo que soy peor que una prostituta.

—Anto, cállate, no llores, no vale la pena. Ese imbécil no sabe valorarte, tú no mereces estar así por él —decía Javier.

La rabia lo estaba matando. Veía a Antonia sufriendo y había visto la violencia de José Ignacio. Ella tenía los codos rasguñados y él ni siquiera se había percatado, la había dejado sola. Eso era más de lo que quería entender.

—Pero yo le he mentado, Javier, le he ocultado cosas.

—¡Basta, Antonia, por favor! Aquí tú no eres la culpable de nada. ¡Despierta, mujer! No seas tonta y mírate. Estabas en el suelo, ¿qué esperas para reaccionar? ¡¿Qué más quieres?! —bufó ofuscado.

Ella no tardó en darse cuenta de que Javier tenía razón. José Ignacio la había tratado fatal, la había insultado. Y, rápidamente su dolor comenzó a transformarse en furia y desprecio, recordó todo lo que había sucedido como a cámara lenta, como si fuera una película, recordó los insultos y el dinero que le había tirado a la cara y lo odió. Su corazón se blindó de nuevo en cuestión de segundos.

Le pidió a Javier que la dejara descansar y, aunque en un principio él se negó, tardó poco en cumplir sus deseos.

Ella se volvió en la cama, tapándose la cara con la almohada y lloró, gritó y pataleó. Sentía que había perdido a José Ignacio para siempre, que esta vez no había vuelta atrás. El único hombre al que había amado de verdad como mujer en la vida, por el que se había atrevido a cambiar, dejar de lado sus prejuicios y renunciado a sus sueños, la había destrozado. Le parecía que el corazón se le desgarraba y la quemaba por dentro.

La tristeza la invadió, le nubló la razón, no era capaz de comprender cómo las cosas habían llegado a ese punto, ni siquiera lograba comprender el porqué de aquellas viles acusaciones. Pero si José Ignacio no creía en ella, no había mucho más que hacer, no mendigaría su amor. No era una mujer orgullosa, se lo habría perdonado todo, pero ahora era una mujer herida en lo más profundo de su dignidad.

Se metió bajo las sábanas, no podía dejar de tiritar, el frío se apoderó de ella y un sentimiento de soledad la recorrió. A cada paso que daba se hacía un

poco más de daño, se sentía la cabeza a punto de explotar.

No quería pensar más, el solo hecho de cerrar los ojos y recordarlo a él y su mirada le corroía el alma. Se hizo un ovillo y, entre sollozos, se durmió.

José Ignacio, desesperado por lo que había visto, no era consciente de la violencia que había utilizado con Antonia. Se fue a su torre de marfil, destapó una botella de whisky y, como un bárbaro, empezó a beber directamente de ella. Se tiró en el sofá, en la oscuridad de su ático, en aquella soledad que lo cobijaba.

Por primera vez en su vida de adulto se echó a llorar como un niño. Sollozaba en la penumbra y no podía contener las lágrimas, sentía cómo cálidamente le recorrían las mejillas y le llegaban hasta el cuello. Lloraba tanto que le costaba respirar, tenía la vista nublada, cegado por aquel líquido que lo llenaba completamente. Estaba expulsando de su interior todo su dolor, todo lo que había acumulado durante tantos años. Nunca se había permitido flaquear y esta vez lo estaba haciendo de la única forma en que su cuerpo se lo permitió.

Había conocido el amor, se le había iluminado el alma, su vida tenía un sentido, creyó en un cuento de hadas, se ilusionó con Antonia y ella lo había engañado, lo había traicionado, utilizado sólo por dinero, por poder. Él le abrió su alma y con eso bajó sus defensas, y ahora estaba destrozado.

Antonia se le había metido bajo la piel, en las entrañas, pero ésa sería la última vez que se dejaría pisotear. Esa noche reafirmó las convicciones que siempre había tenido. El compromiso sólo era para los imbéciles y él ya no lo era. Abrió una botella de vodka y siguió bebiendo.

Quería borrarse del mundo y olvidar, olvidar su rostro, sus ojos, su cuerpo, su olor, olvidar al amor de su vida. Deseaba arrancárselo de la piel y para eso decidió beber hasta perder la conciencia.

Al día siguiente, al levantarse, Antonia sintió que el cuerpo le dolía, ya no era sólo un dolor en el alma, mental, sino también físico... un dolor indescriptible, tenía el cuerpo resentido.

Al levantarse de la cama, sintió un tirón desgarrador en el coxis, pero recurriendo a todo su aplomo, se duchó. El dolor era ahora insoportable, no había postura en la que no lo sintiera.

Javier, al verla tan mal, se puso aún más furioso. Aunque Antonia trató de disimular lo más que pudo, él la conocía muy bien y veía reflejado en sus ojos su padecimiento. Ese día no tenía que ir a los tribunales y, pese a la negativa de Antonia, la llevó al trabajo. Por más que se hiciera la valiente, a cada paso que daba se retorció de dolor.

Cuando llegó al bufete, lo primero que hizo fue hablar con Gabriel, era uno de los involucrados y, por tanto, tenía que estar enterado de lo que había sucedido con José Ignacio y de todo lo que él creía que pasaba entre ellos.

Antonia le pidió que por favor tuviera cuidado. No sabía cómo, pero José Ignacio estaba enterado de la existencia de Marcel, y sobre todo le pidió disculpas por los malos entendidos. Se sentía muy incómoda, ella no quería causarle ningún problema. Además de ser su jefe, lo consideraba como un padre. Él siempre la había apoyado y, para ella, eso era lo más importante en la vida.

En todo lo que emprendía, en cualquier ámbito, ella siempre se entregaba por completo y la gente que la conocía la apreciaba por eso.

Se quedó más tranquila al poder hablar con Gabriel, y éste, al ver en el estado en que se encontraba, no dudó en llevarla de vuelta a su casa. Aunque Antonia se resistió, la obligó. Tenía unas ojeras oscuras bajo los ojos y la cara contraída de dolor. Aquello no eran sólo penas de amor, pero Gabriel no tenía la confianza suficiente para preguntar más.

Faltaban dos días para la celebración y entre las cosas que Antonia tenía que hacer, estaba ir de compras y elegir el atuendo para la ocasión.

Sin embargo, al llegar a su casa y despedirse de Gabriel, se metió en la cama y se durmió.

Cuando Javier llegó y la vio durmiendo, procuró no hacer ningún ruido. Se quedó en el sofá y empezó a escribirle el trabajo que había dejado pendiente. Ya casi de noche, entró en la habitación y le llevó un plato de sopa, era lo único que sabía preparar y ella se lo agradeció.

Antonia no era capaz de hablar, el sufrimiento la enmudecía completamente y Javier se lo respetó. Se quedó junto a ella hasta que se volvió a dormir. Cada cierto tiempo se despertaba sollozando, pero él estaba ahí para tranquilizarla, abrazarla y quererla.

José Ignacio, por su parte, se había encerrado en el despacho y, cuando llegó Domitila, prácticamente la echó. Lo único que hacía era beber, su cuerpo ya no aguantaba mucho más, intoxicado por el alcohol.

En un acto desesperado, llamó a la única persona con quien quería hablar, Brisa, pero su hermana no estaba disponible. Recordó que estaba con María en el campo, maldijo por eso y se sintió aún más solo.

En el estado en que se encontraba no podía ni caminar y cuando sonó el timbre de la puerta, pensó que la cabeza le iba a estallar. El sonido no cesaba y, como pudo, tambaleándose, fue a abrir.

—¡Voy! —gruñó molesto.

Al ver quién estaba en la puerta, de inmediato volvió a cerrarla, pero la punta de un zapato rojo se lo impidió.

—¿Qué haces aquí?! —protestó—. Yo no te he llamado. ¿Vienes a reírte de mí?

—No, José Ignacio —contestó con suavidad Marcela—, solamente vengo a estar contigo. Mira cómo estás. —dijo, entrando y cerrando detrás de ella.

Lo cogió de la cintura y lo llevó hasta el salón. Llevaba la misma ropa del día anterior, tenía la cara hinchada y su cuerpo exudaba alcohol.

—¡Estás borracho!

Lo dejó sentado, entró en la cocina como si fuera su casa, encendió la cafetera y le preparó un café bien cargado.

—Tómalo —ordenó, entregándole la taza.

—No quiero. Vete, no te necesito —le espetó él, cogiendo sin embargo la taza.

—José Ignacio, por favor, he venido para cuidarte, déjame estar contigo. Mírate.

—Yo no te he llamado, no te necesito, no quiero estar con nadie. ¡Fuera! —gritó, arrastrando las palabras.

—Mira, cuando estés en condiciones, me puedes echar tú mismo si quieres, pero ahora te callas —respondió ella, dejándolo solo y entrando en el cuarto de baño para llenar el jacuzzi.

José Ignacio no estaba en condiciones de rebatir nada, ni siquiera podía pensar con claridad, pero tampoco deseaba estar solo y Marcela era mejor que nada. No le contaría sus penas, pero en su interior, como hombre que era,

quería quitarse la rabia de todo lo vivido. Ella de algún modo le había mostrado la verdad y estaba ahí con él, ayudándolo.

Cuando el jacuzzi estuvo lleno, Marcela lo llevó hasta el baño sujetándolo por la cintura. Él apenas podía caminar y chocaba con todo a su paso. Cuando entraron, ella comenzó a quitarle la ropa lentamente, sintiendo deseo de él, pero José Ignacio sólo sentía asco mientras lo tocaba. Aquellas manos no tenían nada que ver con las de su chinita. No eran dulces ni suaves.

—Deja de tocarme, no soy un niño. ¡Sal de aquí! —dijo molesto, cogiéndola de un brazo para echarla.

Marcela se sintió fastidiada, pero sabía que no conseguiría nada llevándole la contraria. Pero era mujer y él un hombre con quien ya había estado muchas veces y lo volvería a tener.

Se desnudó y se metió en la cama para esperar. Al cabo de una hora, cuando ya estaba totalmente aburrada, José Ignacio salió del cuarto de baño. No se sorprendió al verla en su cama, pues ya la conocía y tenía claro hasta dónde era capaz de llegar.

—¿Sabes que te estás arrastrando como un gusano? —le espetó, con la toalla enrollada en la cintura.

—Sí, pero yo no me vendo, José Ignacio, ni tienes que pagar por mí. Soy honesta con lo que deseo y te deseo a ti —respondió, haciendo que él sintiera como si le clavara un cuchillo en el corazón y se lo retorciera dentro.

Entrecerró los ojos y un suspiro lastimero escapó de su alma.

—Pero yo a ti no —replicó hastiado.

Marcela sabía lo que tenía que hacer y como la pantera sexy que era, se acercó a él y lo abrazó por la espalda. Al sentirla, José Ignacio se quedó rígido, con los músculos petrificados. Marcela empezó a besarle la espalda y, antes de que su cuerpo reaccionara, se apartó rápidamente. Pero el alcohol le jugó una muy mala pasada y lo hizo caer en la cama, tapándose la cara con los brazos. Todo le daba vueltas y, antes de darse cuenta, se durmió.

El jueves por la mañana, lo primero que hizo Antonia fue llamar a su hermana, necesitaba contarle lo que había pasado, hablar de mujer a mujer y nadie mejor que con ella.

Francisca la escuchó atentamente. Antonia se lo contó todo, esta vez no se guardó nada, y ella la entendió perfectamente, porque aunque ella no habría reaccionado así, sabía que la decisión de Antonia era definitiva. La humillación no la perdonaría jamás.

Habían quedado para almorzar y el abrazo fraternal que Francisca le dio la reconfortó un poco.

No derramó ninguna lágrima mientras le contaba lo sucedido. Lo único que cuestionó su hermana fue que se hubiese quedado dormida con Javier, pero tampoco eso era suficiente motivo como para que José Ignacio reaccionase de esa manera.

Carlos había regresado el día anterior y no le había contado nada, claro que la comunicación entre ellos era nula, sólo se fingían felices cuando salían a algún compromiso social o a casa de los padres de él. Pero Francisca, que era bastante más viva que Antonia en algunas cosas, supo de inmediato que algo no cuadraba, sin embargo, ante la insistencia de su hermana de que lo dejara todo como estaba, decidió no insistir por el momento. Pero como que se llamaba Francisca López que averiguaría qué había sucedido realmente.

Tenía una venganza pendiente con Marcela por lo de *Matías*. Ella de alguna manera le haría justicia, porque sabía que su dulce hermana, aunque lo hubiese prometido, no lo cumpliría, Antonia era demasiado noble para hacer una cosa así.

—Fran, tengo que pedirte un favor —dijo Antonia, aguantándose el dolor, seguía sin encontrar ninguna postura en que no le doliera.

—Si quieres que le patee el culo a José Ignacio, lo haré con gusto —respondió con firmeza.

Al escuchar ese nombre, Antonia no pudo evitar que una lágrima corriera por su mejilla, pero rápidamente, se pasó la mano y se la secó.

—No, no es eso —contestó apenada—, quiero pedirte que me acompañes mañana por la noche a la fiesta de aniversario del bufete. No quiero ir sola y no le puedo pedir a Javier que venga. Sé que esas cosas no le gustan y, además, no quiero tener más problemas.

—¡Antonia López!, faltaría más. Mañana te paso a recoger por tu casa y le hacemos frente al mundo con la cara bien alta. Pero eso sí, yo te acompaño y tú dejás que te escoja un vestido.

—No, por favor, Fran, de verdad, no tengo ganas de nada. Me voy a poner cualquier cosa. Sólo estaré en el discurso y luego me vendré. Me

imagino que estará la familia de José Ignacio y no quiero tener que hablarles.

—¿Y José Ignacio? ¿Has pensado lo que harás cuando lo veas? — preguntó preocupada.

—No iré, sabe que el discurso lo daré yo y estará Gabriel. Lo conozco y de verdad prefiero que sea así. No sé qué haría si lo viera —dijo suspirando.

Ambas se despidieron y Francisca, como siempre, logró convencerla. Al día siguiente, cuando saliera del trabajo, se irían de compras.

Por la tarde, los dolores parecían no cesar y los analgésicos no le estaban haciendo mucho efecto. Se reunió por última vez con Eugenio y Gabriel y les comentó el plan de la celebración. Ellos recibirían a la gente y después del discurso, ella se retiraría. Eugenio no entendía nada, pero Gabriel se lo explicó y, a regañadientes, él aceptó.

Por la noche, al llegar a casa, Antonia se encontró con un acongojado Javier. La mañana en el tribunal había sido dura, su único consuelo era que todo marchaba mejor de lo previsto. La banda de traficantes quedaría recluida en la cárcel antes de lo esperado, dejándolo a él libre y con la conciencia tranquila para empezar una nueva vida.

Después de la cena, Antonia se fue a su habitación, quería descansar, pero esta vez Javier prefirió dejarla sola, no quería incomodarla, notaba el cansancio en su cara. Él regresaría al pueblo el sábado y, aunque trató de que Antonia se fuera con él, ella se negó. Pediría las vacaciones cuando le correspondiera, era una mujer responsable y trataría de hacer a un lado su corazón y aguantar todo lo que pudiera.

Siam, su fiel compañero, ronroneaba en todo momento, dándole el cariño que a ella le faltaba. Antes de irse a dormir, sonó el teléfono de la casa. Antonia estaba llegando a su habitación y le pidió a Javier que contestara él, ya no tenía que esconderse. Al hacerlo, éste no oyó nada al otro lado, y de inmediato imaginó quién era y lo que tenía que hacer.

—¿Acaso no te ha quedado clara tu situación? —respondió Javier, para luego colgar el teléfono y desenchufar el cable.

Sabía que esa actitud era de adolescente celoso, pero ahora estaba seguro de tener una oportunidad para reconquistar a Antonia y la aprovecharía a fondo.

El viernes al mediodía, Antonia se reunió con su hermana y juntas fueron de compras. Había sobrevivido al tercer día de ruptura con José Ignacio a fuerza de analgésicos para el dolor físico, que no la abandonaba, y por la noche, sin que nadie lo supiera, se quedaba dormida con lágrimas en los ojos.

Sin ganas de nada, se convirtió en la Barbie de su hermana, se probó todo lo que ella le dio. Francisca era una experta en moda y ahora, con el poder adquisitivo que tenía, podía hacer y deshacer a su antojo. Finalmente, después de muchas pruebas, Francisca encontró lo que buscaba, Antonia se vería perfecta por fuera. Aunque por dentro estuviera destrozada, nadie se daría cuenta.

Esa noche, ella resaltaría entre todos por su eficiencia y belleza.



Cargada, como siempre que salía con Francisca, Antonia llegó a su casa. No tenía ganas de nada, su cuerpo le pedía descanso, quería olvidar, pero su responsabilidad se lo impedía. Javier estaba esperándola. En cuanto ella llegaba, él se desvivía por alegrarla aunque fuese un poquito, cosa que Antonia le agradecía enormemente.

Cogió a su gato y empezó a hacerle mimos; él, en respuesta, ronroneó en sus brazos y se dejó querer. Lentamente, como si el tiempo estuviera detenido, se recostó un rato; cuando sintió que la pena le comenzaba a invadir el corazón, cerró los ojos, y aun así una lágrima escapó entre sus pestañas. Sentía a José Ignacio por todos lados y se odiaba por eso, no quería recordarlo, pero eso era imposible.

Creyó haber cerrado los ojos unos minutos, pero en cuanto los abrió se dio cuenta de su error. Iba con retraso. Se vistió rápidamente y se recogió el pelo lo mejor que pudo, pero con la premura del momento no encontró sus clips, así que lamentó ver cómo le caían algunos mechones sobre la cara, pero no se sentía capaz de arreglarse más. Al salir de su habitación le sonó el móvil, era Francisca para decirle que estaba llegando, que bajara porque iban atrasadas. Javier no quiso dejarla sola y decidió acompañarla abajo.

Estaban parados en la calle, esperando a Francisca. Antonia sentía frío a pesar de que no corría nada de viento. Tenía la presión arterial irregular en los últimos días, y eso, más el dolor, la tenían destemplada.

Javier se puso delante de ella y le empezó a frotar los brazos para hacer que entrara en calor, aunque Antonia en lo que en realidad pensaba era en la escena de hacía unos días. Se vio caer y suplicar. Se estremeció al recordar aquellos ojos que la miraban con desprecio.

Ahora se sintió observada nuevamente con aquella mirada intimidante, como aquel día, pero lo que ella no imaginaba era que, oculto entre las sombras, dentro de un coche negro, José Ignacio la observaba.

La encontraba preciosa con aquel vestido de gasa azul, de manga larga de encaje y escote en pico que realzaba su busto. Llevaba también un lazo en la cintura que le hacía una silueta como esculpida a mano. Le extrañó ver que llevaba zapatos planos. Para él los tacones, sobre todo en ella, habían sido su fetiche.

Se regañó a sí mismo por estar allí. La había esperado durante horas sólo para verla salir y su decepción fue total cuando lo hizo junto a Javier. Los celos lo cegaron, maldijo y golpeó reiteradamente el volante, hasta que supo exactamente lo que tenía que hacer: jugar al mismo juego que Antonia.

Francisca apareció en un lujoso todoterreno blanco, dejándolos anonadados. Antonia no conocía ese coche, y menos Javier.

Antonia y él se despidieron con un caluroso abrazo.

Al levantar la pierna para subir al coche, sintió como si una corriente eléctrica le recorriera la columna, para terminar su viaje en el coxis, haciéndola maldecir.

—¡Mierda! —exclamó.

—Estás fina, hermana —dijo Fran a modo de saludo.

—Es que tengo un dolor insoportable. No sé cómo ponerme para que no me duela —explicó, con la cara descompuesta.

—Deberías ir al médico, Antonia: el lunes te acompaño.

—De acuerdo, mamá —respondió ella y, al decir eso, ambas se miraron y no necesitaron más palabras, ahí estaba aquella conexión tan especial que tenían.

El salón donde iba a ser la gran celebración estaba en uno de los sectores más exclusivos de la capital y el camino hasta allí se les hizo relativamente corto. Al llegar, Antonia se sintió satisfecha, todo estaba como ella lo había organizado y se alegró al ver a Gabriel y a Eugenio, muy elegantes, recibiendo a los invitados.

Los periodistas estaban a un lado, sacando fotografías y tratando de hablar con algunos clientes famosos. Tenerlos allí reunidos era muy apetitoso.

Antonia no deseaba pasar entre el tumulto, pero cuando trató de entrar por la otra puerta Eugenio la llamó, muy contento, para que fuera junto a ellos y así los pudiesen fotografiar.

Ella era una de las mayores artífices de la velada y, además, todos sus clientes la apreciaban. Antonia los trataba a cada uno como si fueran únicos, no como un número más, y ellos se lo agradecían con la fidelidad de quedarse

en el bufete.

Después de que entraran los invitados, Antonia se dirigió al estrado, pero antes de llegar, el dulce Lorenzo y su esposa se acercaron a ella para saludarla. Lorenzo, a quien le había caído simpática desde el primer momento, la notó un poco extraña. No irradiaba la felicidad que él le había visto, ni sus ojos le iluminaban el alma.

Francisca, que destacaba entre los presentes, se acercó a su hermana para darle ánimo. Sabía que muchas miradas malintencionadas recaían sobre ellas, sobre todo las que provenían de su suegra, María Gracia.

Elizabeth no había aparecido, cosa que Antonia agradeció sobremanera. De esa familia sólo había divisado a Roberto, que la había saludado muy amable, claramente, no sabía nada, porque le preguntó por José Ignacio y se sorprendió al oír de boca de Antonia que ya no estaban juntos, que sólo eran amigos.

Eso él lo había oído innumerables veces en la vida, ya que su hijo era un donjuán de primera categoría, pero había creído que con aquella muchachita sería distinto.

Antonia por fin llegó al estrado. Todos los invitados estaban tomando asiento en sus respectivos lugares y cuando los camareros terminaron de repartir el champán, ella comenzó a hablar.

Agradeció la asistencia y contó un poco de la historia del bufete, habló también de los abogados que hacían posible la tarea, pero sobre todo se centró en Gabriel y Eugenio, que habían comenzado con esa labor en tiempos difíciles. Profundizó un poco más en Gabriel, porque al principio estaba solo y luego se le unió Eugenio. Habló también brevemente de la trayectoria del bufete y de algunos casos emblemáticos que se habían solucionado, contó los hitos y proezas que habían alcanzado relacionados con el mundo de las finanzas y de algunos importantes acuerdos que se habían firmado, para concluir diciendo:

—Y agradezco infinitamente la oportunidad que me han dado de formar parte de este proyecto que para mí en especial es muy importante. Gracias, Eugenio, y sobre todo a usted, Gabriel —y así concluyó el emotivo discurso.

Antes de que la audiencia pudiera aplaudir y ovacionar, porque era eso exactamente lo que iban a hacer, se oyó una voz desde el fondo del salón, justo en la puerta de entrada. En el umbral estaba Marcela, con un espectacular y

ceñido vestido negro de escote provocador y junto a ella José Ignacio, con unos pantalones negros, la camisa por fuera de los mismos, la corbata torcida, barba de varios días y el pelo muy alborotado.

Echó a andar hacia ella, destrozándola con cada paso que daba, mientras vociferaba, erguido y tenso.

—Pero qué bonito cómo le agradeces a tu amante todo lo que ha hecho por ti, Antonia. Y tú, Gabriel, ¡asume de una vez aquí, delante de todos, que Antonia es tu puta particular! —De repente, sacó un fajo de billetes y se los lanzó a ella—. Dime, ¿cuánto quieres por estar conmigo!? ¿O ahora ya no te sirve mi dinero?!

Antonia se había quedado paralizada mirando a José Ignacio, sin poder reaccionar. Sentía que las piernas se le doblaban y el corazón le latía tan aprisa que le dolía. Era como si lo mirara todo desde fuera, su alma se había desprendido de su cuerpo.

Veía como a cámara lenta a la gente que comenzaba a murmurar y a Roberto y un par de hombres más que se acercaban a José Ignacio para sacarlo de allí.

Vio la cara de incertidumbre de la esposa de Gabriel, que se le clavó como una daga directa al corazón, y a todo el mundo que se volvía para mirarla a ella. Y, entre la gente, divisó la risa de Marcela, que con suficiencia y desprecio disfrutaba del espectáculo.

De pronto, los oídos le empezaron a zumbar con un pitido constante y todo comenzó a girar. Lo último que vio mientras sentía que se desplomaba fue a su hermana que corría hacia ella junto con alguien más.

Francisca llegó justo a tiempo para sostenerla mientras se desplomaba lentamente.

La gente se reunió a su alrededor, mientras otros sacaban a José Ignacio a empellones. Entre aquellas personas, Antonia era muy querida, sobre todo por sus compañeros de trabajo. Igor, un abogado y compañero suyo, que estaba justo a un lado de José Ignacio, lo cogió violentamente de la chaqueta para sacarlo de allí. No entendía nada de lo que estaba pasando, pero sabía que las acusaciones eran totalmente falsas. Conocía a Antonia desde hacía mucho y sentía que en ese momento él era el caballero que tenía que salir en su defensa.

—¡La próxima vez que se te ocurra entrar por la puerta del bufete, te las verás conmigo! —dijo furioso.

—¡No te tengo miedo! ¡Ni a ti ni a nadie! —respondió José Ignacio,

gruñendo. Intentaba soltarse el brazo que le sujetaba Roberto, pero igualmente continuó—: ¿Acaso también es tu...!?

Antes de que pudiera terminar la frase, recibió un certero puñetazo directo a la mandíbula, que lo hizo trastabillar. José Ignacio devolvió el golpe con todas sus fuerzas, comenzando una pelea, mientras los asistentes gritaban y se arremolinaban a su alrededor.

Igor luchaba bien y a José Ignacio los golpes le venían de todas partes. Estaba fuera de sí, el alcohol que llevaba en el cuerpo, más la rabia acumulada, no dejaban que sintiera ningún dolor. Era un animal herido y no le importaba nada de lo que le pasara. Al cabo de unos minutos que parecieron horas, lograron separarlos y sacarlo de allí de una vez por todas.

Gabriel no tuvo que darle muchas explicaciones a Graciela, su mujer, pues ésta lo conocía bien y sabía que su marido jamás le haría algo así. Lo entendió todo a la perfección y vio el sufrimiento en los ojos de Gabriel, pues ella también conocía la historia de Marcel.

Le pidió que fueran a ver a Antonia, pues quería expresarle su apoyo. Antes se la había quedado mirando, no juzgándola o dudando de ella, sino para transmitirle su apoyo, una ayuda entre mujeres. Gabriel agradeció el gesto de su mujer, pues él también necesitaba ver a Antonia, sentía que ella era la más perjudicada de toda aquella historia.

La habían llevado a un salón anexo, donde estaba sentada, bebiendo agua. Acababa de recuperar el conocimiento y estaba con su hermana y un cliente que era médico. Al abrirse la puerta y ver entrar a Graciela, lo primero que hizo fue intentar ponerse de pie.

—Señora Graciela, por favor, disculpe. Nada de lo que...

—Calma, Antonia, lo sé. Tranquilízate, hija, conozco a Gabriel y sé de tu existencia, él y yo lo hablamos todo. Por eso estoy aquí contigo ahora, pero creo que lo mejor es salir y hacer frente a esta situación. Le he dicho a Gabriel que lo que hay que hacer ahora es seguir con la celebración lo mejor posible y el lunes enviar un comunicado explicando el lamentable incidente y atribuirlo a despecho.

—Pero, José Ignacio...

—Nada, Antonia —la cortó Gabriel—, él es adulto y no tiene derecho a insultarte a ti ni a nadie. Debe asumir las consecuencias. Además esto es por ti, hija, Igor quiere demandarlo por difamación, pero le he dicho que eso lo tenías que decidir sólo tú cuando estuvieras más tranquila.

—Gracias, Gabriel —habló Francisca, acercándose a él—, ¿podría hablar con usted un minutito? —pidió amablemente, cogiéndolo del brazo y llevándolo un poco aparte.

—Dime, Francisca.

—Sé que no es asunto mío, pero mi hermana nunca se lo pedirá. Creo que sería bueno que Antonia se tomara unas vacaciones; si eso no es posible, por favor, dele unos días sin sueldo, pero no le diga nada. Yo le daré a usted el dinero, porque mi hermana no se puede quedar sin cobrar.

—Claro, Francisca, pero no te preocupes por la remuneración. Si no me equivoco, Antonia tiene vacaciones pendientes, pero es testaruda y si le digo ahora que se las tome... No quiero que piense que la estoy alejando.

—Lo sé, eso déjelo en mis manos. Usted, por favor, sólo apóyeme, ¿de acuerdo?

No podía negarse. Gabriel se sentía muy culpable por lo sucedido y accedió sin ningún problema.

—Antonia —dijo Francisca, acercándose a ella—, acabo de hablar con Gabriel y está totalmente de acuerdo con que te tomes unas vacaciones mientras se calman las cosas.

—No, Gabriel, no es necesario —protestó ella, apenada. Con la vergüenza y la humillación que sentía, sólo quería irse, desaparecer y no pedir nada más.

—Sí, Antonia, ya está. Vete a casa. Gran parte de esto es culpa mía. Voy a esperar a que José Ignacio se calme y entonces hablaré con él, pero no quiero que aparezcas por la oficina. Tómate las tres semanas de vacaciones que tienes pendientes. Yo te llamaré durante la semana y, por favor, hija, no te preocupes por mí ni por nadie —pidió muy serio.

Él pondría fin a ese asunto, no permitiría que nadie más saliera perjudicado, y menos gente inocente.

Antonia asintió y, ayudada por Francisca, se dirigió a su casa en el coche de ésta. Lo que tendría que haber sido una noche feliz se había convertido en un desastre.

Antonia miraba en la oscuridad de la noche, recordando las palabras de José Ignacio una y otra vez. No se veía capaz de seguir soportando tanta humillación.

Francisca le apretó la mano y dijo con decisión:

—Antonia, ahora coges tus cosas y la ropa que necesites y nos vamos al

pueblo. Me da igual que chilles o patalees, pero creo que debes descansar y lo mejor será hacerlo con la abuela. Además, creo que Javier estará de acuerdo conmigo.

—Pero...

—Pero nada, Anto. ¿Hasta cuándo te dejarás insultar? José Ignacio se ha pasado de la raya. Deja que haga lo que quiera con su vida. Tú ya has salido de ella y ahora nos tienes a nosotros. Esta vez, hermana, yo puedo ayudarte, confía en mí y déjate querer.

—Gracias —respondió con lágrimas en los ojos. Ya no las podía contener.

Al llegar a su piso, Javier, que estaba viendo la televisión, se extrañó al ver a Antonia en aquel estado y corrió para recibirla y abrazarla. Francisca, como un general, le contó rápidamente lo sucedido, mientras Antonia iba guardando sus cosas en una maleta.

Javier no quiso escuchar nada más e hizo también su equipaje. Cogieron a *Siam* y ese viernes se fueron los tres para el pueblo.

Antonia necesitaba ser protegida y cuidada. Hugo no estaba, pero estaban ellos y harían que, como fuera, Antonia olvidara. Ella no se merecía sufrir bajo ninguna circunstancia y menos por culpa de José Ignacio, un rico engreído. Porque eso es lo que era, según Francisca, sólo un rico engreído que no le haría más daño a su hermana.

Decidió que pasaran esa noche en un hotelito de la carretera, para no asustar a su abuela, y Antonia y Javier estuvieron de acuerdo. Maldijo para ella misma, porque el lugar era horroroso, útil, pero viejo y pobre. Sabía que no era tiempo de dificultar las cosas, veía la cara de su hermana y se le partía el alma, ella no merecía sufrir así.

En el silencio de la noche, mientras todos dormían, Antonia no podía cerrar los ojos. No quería, temía que al hacerlo viera los ojos de José Ignacio. Lo rememoraba todo una y otra vez, y lloró en silencio hasta que, de pronto, Morfeo se apiadó de ella y la envolvió en sus brazos llevándola a su mundo.

El sábado por la mañana, Francisca llevaba ya horas levantada y había desayunado en compañía de Javier, pero Antonia aún no se había despertado. Ninguno de los dos quería hacerlo. Verla allí, en la cama, descansando tan tranquila, los relajaba un poco.

Francisca aprovechó para llamar a la abuela y contarle gran parte de lo sucedido, para que así no tuviera que preguntar nada cuando llegaran y sólo la mimara.

Hacia las dos del mediodía, Antonia abrió los ojos y poco después volvieron a poner rumbo al pueblo.

Después del numerito que había montado y después de que lo sacaran de allí, José Ignacio se fue con Roberto, que insistió en llevárselo a su casa. No quería dejarlo solo, y menos en las condiciones en que estaba. Aunque era fuerte, había recibido varios golpes, tenía magulladuras en la cara y se le había partido el labio.

Cuando llegó a casa, obedeciendo a un impulso que nunca antes había sentido, José Ignacio corrió a los brazos de Elizabeth. Se abalanzó sobre ella, que estaba acostada, y, como un niño, empezó a contarle todo lo que le sucedía, lo que sentía y lo que estaba sufriendo por aquella mujer. Su madre lo acarició y sintió su dolor.

Él era fruto del más puro amor y siempre, de algún modo, le había recordado a Marcel. Verlo ahora así tan frágil, aún se lo recordó más. Elizabeth sufría por él, pero agradecía todo lo sucedido. Ésa era una de sus bajas razonables: el dolor de su hijo.

Al cabo de un rato, cuando creyó que José Ignacio estaba profundamente dormido, Elizabeth comenzó a cantarle como cuando era muy pequeño y él sintió cómo una lágrima de su madre le caía en la mano. Lentamente se incorporó, se puso delante de ella y le acarició la mejilla. Y, con la valentía que le quedaba, le preguntó por su padre.

—¿Dónde está Marcel? ¿Por qué nos abandonó? —preguntó, sobrecogiendo el duro corazón de Elizabeth.

—Mi niño, él era un hombre maravilloso, igual que tú, pero no estaba listo para la responsabilidad de ser padre. Después del golpe militar, regresó a su país y nunca más quiso saber de nosotros —explicó, omitiendo los detalles más escabrosos y ciertos de la historia.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué hay gente que dice que ésta no es toda la historia? —preguntó José Ignacio.

Se refería a Gabriel, pero no podía pronunciar ese nombre. En ese momento, ese hombre le repugnaba.

—No lo sé, hijo, no lo sé, siempre hay gente despreciable que se quiere aprovechar. En este caso, esa mujer que lo único que quería era obtener poder. Por eso, cuando vi ese deseo en sus ojos, le ofrecí dinero. Sé que estuvo mal, hijo, perdóname, pero no quería que sufieras, no quería verte así, y Marcelita me contó lo que ella le había dicho y yo no podía soportar ver cómo te atrapaba.

»Sé que no he sido la mejor madre, pero te quiero, hijo, igual que quiero a tu hermana —dijo Elizabeth.

Aquélla era la última parte de su plan, todo había salido a la perfección, tal como lo había previsto. Le dolía ver tan triste a su hijo, pero él era un Risopatrón y lo superaría. Con lo que ella no había contado era con que José Ignacio llevaba en él gran parte del poeta Marcel, más de lo que todo el mundo creía, y había sido el amor lo que lo había hecho aflorar.

Antonia estaba mal, demacrada, no tenía fuerzas ni para hablar. Apenas había comido los últimos días y con todo lo vivido estaba gastando toda la energía que le quedaba. Al llegar a casa de su abuela, ni siquiera quiso tomar el zumo de naranja que ésta le tenía preparado. Saludó a Brisa, se fue a su habitación, corrió las cortinas, se metió en la cama junto con *Siam* y, como ya era su horrible rutina, se durmió sollozando.

En el patio de la casa y lo más alejada posible, Francisca volvía a contar la historia. Brisa no se lo podía creer, no entendía aquella reacción de su hermano. Quería hacer algo, pero ahora su lealtad estaba con Antonia, pero de todas formas hablaría con él y trataría de entender un poco las cosas.

Por la noche, cuando todos estaban durmiendo, Antonia se fue a su sauce. Aquel lugar le daba paz y, aunque le recordaba a José Ignacio, también evocaba a sus padres. Antes de que amaneciera se volvió a la casa y se acostó de nuevo. Se despertó bien entrada la tarde. Todos estaban fuera, el viento que soplaba era muy agradable y Antonia sintió la necesidad de estar con su gente.

Al verla llegar, todos se alegraron e hicieron esfuerzos sobrehumanos para animarla. En un par de ocasiones, Antonia rio, cosa que todos agradecieron.

Se movía inquieta en la silla, cosa que preocupó a María. Antonia le contó que se había caído y que le dolía el coxis, pero que no era nada grave. Al verle los codos se asustó. Llevaba una camiseta de manga corta, que dejaba

al descubierto sus brazos, muy raspados. Nadie lo había notado hasta entonces. Javier sabía exactamente lo que había pasado, pero en el momento no calibró las consecuencias.

Para Antonia, la noche no fue mejor que las anteriores. Volvió a ir al sauce, pero esta vez no derramó ni una lágrima, cosa que la alegró, por lo menos, su corazón estaba volviendo a latir poco a poco y su alma recorría el camino de vuelta a su cuerpo.

Al día siguiente desayunaron fuera, hacía una mañana preciosa y María les comunicó feliz que prepararía mermeladas. Estaban cayendo las frutas y ella no quería que se perdieran. Les pidió que las recogieran. Francisca, de inmediato, respondió que ni muerta, que así se estropeaba las uñas; Antonia, como siempre, se ofreció y Brisa se excusó, cosecharía en la huerta, pero prefería no subirse a los árboles.

Javier había ido a hablar con Pepa para que le arrendara una habitación. No creía correcto estar en casa de María mientras estuviera allí Antonia. No quería incomodar y, por otra parte, ya era hora de que se fuera de esa casa. Era su nuevo comienzo y empezaría con un cambio, éste sería mudarse de casa para luego vivir solo.

Regresó a casa de María y vio que todos estaban trabajando. Él no dudó en quitarse la camiseta y ayudar en la huerta. Era una de las cosas que más le gustaba, trabajar con la pala le daba paz. Vio a Antonia recoger frutas y meterlas en una cesta y no pudo resistir el impulso de acercarse a ella.

—Déjame decirte que estás preciosa con la cesta en la mano.

—Javier, por favor...

—Eh, no te estoy diciendo nada malo, sólo que me gusta verte así, más contenta, eso es todo —dijo, tocándole la nariz con el dedo y dejándola bajo el árbol.

Antonia se sentía cansada, pero quería dejar terminado el trabajo. La espalda ya había empezado a dolerle de nuevo. Rápidamente se fue a tomar un par de pastillas y siguió recogiendo las frutas; las que estaban más altas no las alcanzaba y decidió ir a buscar la escalera. La puso debajo del albaricoquero y comenzó de nuevo su tarea. El árbol era gigante, tenía tantos o más años que ella. Después del último peldaño de la escalera, se encaramó al tronco, dado que le quedaban algunos albaricoques por arrancar. Estaba a varios metros de altura y desde allí se veía perfectamente su sauce. Se quedó unos segundos embobada, mirando, se estiró lo máximo que pudo, luego un poco más y de

pronto sintió un dolor espantoso en la columna, que le recorrió las cuatro extremidades. Sintió cómo llegaba una dolorosa punzada para clavársele en el coxis y, en un acto reflejo, levantó un poco el pie para acomodarse, al mismo tiempo que se agarraba más fuerte de una rama. Pero al soltar la mano, ésta no le volvió a responder y su cuerpo se arqueó de dolor haciéndola resbalar. Sintió cómo la rama en la que estaba apoyada crujía y se partía, arrastrándola con ella en su violenta caída. Chocó con una rama más gruesa, que la hizo girar como si estuviera en una barra de gimnasia, y cayó de cabeza. Trató de protegerse con las manos, pero nada en su cuerpo le respondía. Cerró los ojos y sintió cómo su cabeza era lo primero que tocaba el suelo, para luego seguirla los hombros y terminar de caer.

—¡Antonia! —bramó Brisa, desesperada. Al oír crujir las ramas miró en su dirección y vio cómo caía.

Javier, al oír el grito desde la huerta, se volvió hacia los árboles y al ver que las hojas aún se movían, vociferó también:

—¡Mierda! ¡Antonia!

Al oír el alboroto desde la cocina, María salió disparada, acompañada de Francisca, que estaba descansando en la hamaca y se despertó con el ruido.

Todos llegaron prácticamente al mismo tiempo. María creyó morir de la impresión. Le faltó el aire al ver a Antonia tirada en suelo, sangrando por la boca y los oídos, sin moverse ni apenas respirar.

—¡No la muevas! —le gritó Francisca a su abuela—. ¡Javier, trae una tabla, rápido! ¡Ahora!

—No, mi niña no. —María lloraba desconsolada en brazos de Brisa.

Francisca, desesperada, comenzó a dar órdenes para organizar un poco la situación. Ella también estaba histérica. Ver a su hermana tirada en el suelo y prácticamente muerta la volvía loca, pero sabía que tenía que mantener la calma. Había que sacarla de allí lo más rápido posible, pero antes debían inmovilizarla de algún modo. No es que fuera enfermera, pero eso le decía su sentido común.

—¡Cállate, abuela, por favor! Brisa, llévatela de aquí, no quiero que Antonia se asuste —chilló Francisca.

Pero ésta no movía ni un músculo, estaba sumida en la más absoluta oscuridad, no sabía nada ni se enteraba de nada.

Javier llegó lo más rápido posible con una tabla. Entre él y Francisca la movieron lentamente hasta ponerla encima.

—¡Llamad a la ambulancia! —gritó Brisa desesperada, después de unos segundos, mientras se recuperaba de la impresión.

—¡Tú eres tonta! —bufó Francisca—. En este pueblo de mierda no hay ambulancias, hay que llevarla al hospital —chilló exasperada.

No le importaba maldecir delante de su abuela y la estupidez que había dicho Brisa terminó de descontrolarla.

—Cálmate, Francisca —pidió más sereno, pero igual de preocupado, Javier.

Juntos levantaron a Antonia y rápidamente la llevaron al todoterreno. Echaron los asientos de la parte posterior hacia delante y como si la tabla fuera una camilla, la metieron en la parte de atrás, donde cabía justa.

Francisca arrancó tan deprisa, que hizo patinar las ruedas, pero no le importaba nada, sólo su hermana.

—No te mueras, Antonia, no me dejes sola. Por favor, no te mueras —repetía incansablemente, mientras las lágrimas no dejaban de caer a borbotones por sus mejillas. María, que iba a su lado, le cogió la mano para tranquilizarla, pero ella también lloraba en silencio.

Javier, que iba atrás sujetando a Antonia, no dejaba de besarle la frente y le pedía Dios que no se la arrebatara.

—Por favor, Dios, no te la lleves, no te la lleves ahora, no me castigues más —pedía incesantemente, también desesperado.

Brisa tenía los ojos cerrados y estaba rígida como una piedra. Ella no creía en Dios, pero le solicitaba a la naturaleza y a la madre tierra que le diera fuerzas a Antonia, que le diera aguante.

Francisca conducía como una desquiciada por el camino. El polvo que levantaba formaba una densa nube negra, igual que las emociones de todos en ese momento.

Veinticinco largos minutos pasaron hasta que llegaron al hospital más cercano. Francisca estacionó el lujoso automóvil frente a la puerta en el lugar de las ambulancias y, sin importarles nada, lo dejó allí. Bajaron a Antonia con cuidado, siendo recibidos de inmediato por los camilleros. Francisca tenía tal dominio de la situación que los dejó a todos pasmados. Nada más entrar, dio órdenes de inmediato, haciendo que se ocuparan de su hermana en un tiempo récord, hasta que un hombre vestido de verde les impidió el paso, llevándose a Antonia detrás de la mampara.

Todos vieron cómo los camilleros se alejaban con ella por aquel largo

pasillo sin que ellos pudiesen hacer nada.

—Cálmense, por favor. ¿Quién me puede explicar lo que ha pasado? —pidió el hombre de verde.

—Se ha caído de un árbol —respondió Brisa.

—¿Y dónde se ha golpeado? —volvió a preguntar.

—Ha caído... ha caído de cabeza —volvió a responder Brisa, sorbiéndose las lágrimas.

El médico se dio la vuelta, ya no necesitaba más explicaciones. Pero antes de que se marchara, Francisca se abalanzó sobre él.

—Ah, no, ¿usted cree que me va a dejar así? —dijo, fulminándolo con la mirada y sin soltarle el brazo.

Él la miró con parsimonia y contestó:

—Cuanto más tiempo me sujete, más me retrasaré para atender a la paciente, así que si es tan amable... ¡suélteme! —ordenó, dejándola en completo silencio.

María se acercó para abrazar a Francisca, que al sentir aquellos cálidos brazos rodeándola, se derrumbó y empezó a llorar desconsolada. Brisa pensó en José Ignacio, en que él debería saber lo que había pasado, pero Javier, que aunque la conocía poco intuyó lo que pensaba, la cogió rápidamente del brazo y la llevó a un rincón.

—Brisa, por culpa de tu hermano ella está así, aquí y ahora. Tú no viste la cara de ese hombre mientras la humillaba. Una vez me dijiste que si la perdía no habría vuelta atrás y eso pasó, la perdió, y para siempre. No te imaginas lo que han sido para ella estos últimos días, no estabas ahí por las noches, pero yo sí. Y, por si fuera poco, ¿sabes por qué le dolía la espalda? —preguntó demasiado alto, asustándola y haciéndola encogerse—. ¡Porque la tiró al suelo! Y el muy desgraciado ni siquiera fue capaz de levantarla. Si en algo aprecias a esta familia, ¡no le digas nada! —gruñó Javier.

Todo lo que le había dicho era verdad, no había ni una gota de falsedad en sus palabras.

Y Brisa, que era muy intuitiva, le creyó. No entendía cómo José Ignacio había podido ser capaz de una acción tan cruel, pero eso, más todo lo que le había contado Francisca, hacía de su hermano un ser frío y despótico como su madre, mientras que en aquella familia, ella se había sentido más querida que en toda su vida.

Habían transcurrido más de dos horas y nadie les daba noticias de

Antonia. Francisca ya no aguantó más y, como una posesa, se levantó del asiento para dirigirse a las puertas de la mampara, que permanecían cerradas. Justo cuando entraba, chocó con el mismo médico vestido de verde.

—¿No sabe leer, señora? —preguntó él, con el cejo fruncido.

—Señorita —mintió ella—. Dígame, ¿cómo está mi hermana? Aquí nadie dice nada, hable, por favor... Dígame algo —repetía histérica.

—Primero, se calma y luego vamos donde están todos. No voy a repetir la información, señorita —contestó el médico, dejándola en ascuas.

Al llegar a la sala de espera, los familiares de Antonia se abalanzaron sobre él para preguntar, pero fue la dulce de María la que tomó la batuta.

—Dígame, señor, por favor, ¿cómo está mi nieta? —suplicó, con lágrimas en los ojos.

—Antes que nada —dijo él, como si fuera la persona más amable del mundo—, me llamo Iván Eterovich, y soy el médico que se está encargando de Antonia. Tiene múltiples fracturas, pero está estable, eso quiere decir, señora, que está fuera de peligro, pero está sedada. Quisiera saber a quién de ustedes he de dirigirme para informar más técnicamente de lo que tiene su nieta...

—¡A mí! —exclamaron al unísono Javier y Francisca, molestando al médico con el volumen y la premura, pues él apenas había terminado la frase.

—La parejita podría ponerse de acuerdo antes de hablar —comentó arrogante.

—No somos pareja —respondió Francisca, somos amigos, y a mí que soy la hermana te puedes dirigir técnicamente —añadió en tono pedante.

Ella no dejaría que nadie la tratara mal, y menos un medicucho de pueblo.

—Ante todo, señorita, no me tutee, porque yo no lo estoy haciendo —la cortó Iván, para luego continuar—. ¿Sería tan amable de acompañarme? ¿O le debo poner una alfombra roja para que sus pies caminen sobre ella? —preguntó sarcásticamente.

Iván era un hombre guapo, rubio, de ojos claros, que había escogido la tranquilidad del pueblo, porque durante muchos años trabajó en la unidad de urgencias de una clínica privada y ya no quería tratar más con gente despótica como la hermana de la accidentada. Prefería gente humilde pero agradecida, además de tener verdaderas razones personales para alejarse del infierno en que vivía.

Al llegar a la consulta, ni siquiera le ofreció una silla para que se sentara, lo que hizo exclamar a Francisca:

—¿Dónde están los caballeros?! ¿Acaso se les han olvidado los modales en este pueblucho? —Y cogiendo ella misma la silla, se sentó.

Iván la miró despectivamente. Aquella mujer no se callaba con nada, ni siquiera ante él, que tenía autoridad sobre ella y eso, extrañamente, le gustó.

—Por favor, ¿me puede decir cómo está mi hermana? —pidió Francisca más calmada y, sin saber cómo, terminó con su típico puchero.

—Déjeme hacerle una pregunta primero.

—Dígame.

—¿Su hermana tiene pareja?

—¿Acaso quiere flirtear con una paciente!? —le espetó ella, molestándolo de inmediato.

—No sea tonta. ¿Me va a contestar? —la cortó en seco, dejándola en silencio y sin ganas de protestar.

—Tenía hasta hace un par de días, ¿por qué? —preguntó más humilde. Aquel hombre le bajaba los humos rápidamente.

—Su hermana tiene unas heridas en el codo, son raspaduras, y además unos moretones en los brazos causados por alguna mano —explicó mostrándole la posición, sorprendiéndola—. Y además tiene una fisura de coxis, eso sig...

—Significa que José Ignacio la sujetó por los brazos, la empujó y, al caer al suelo, se hizo la fisura —concluyó, sin dejarlo terminar.

—Eso se llama violencia doméstica —aseveró molesto—. Pero eso no es lo que me preocupa.

—¿Ah, no? ¿Le preocupa más lo que le pasa ahora?

—No, ahora las fracturas que tiene son leves, una muñeca rota y en el cuello, que fue donde recibió el golpe más fuerte, sólo tiene un esguince, gracias a Dios.

—Y entonces, ¿qué es lo que le preocupa? —insistió nerviosa.

—Antonia está embarazada de aproximadamente seis semanas, pero el feto está bien.

—¿Cómo? ¡Imposible! —exclamó Francisca.

—¿Cómo que cómo? ¿Quiere que le haga un dibujito? La creía más inteligente —respondió él, levantando las cejas.

—No, es que usted no lo entiende. Antonia toma pastillas y José Ignacio se ha hecho una vasectomía —respondió acelerada. No lo entendía, no le creía.

—Entonces será de otro —soltó de pronto Iván. Él era médico y había visto otros engaños a lo largo de su vida.

—¿¡Cómo mierda puedes decir una cosa así!? ¿Quién te has creído que eres? —exclamó ella, levantándose de la silla. Estaba mancillando el honor de su hermana y eso sí que no se lo iba a permitir.

—Eh, cálmese —dijo él, levantando las manos en señal de rendición. Le gustó ver aquella actitud de defensa férrea y no le molestó que lo tuteara—. A ver, analicemos entonces la situación. ¿Cuánto hace que ese tipo se hizo la vasectomía?

Francisca hizo memoria, entrecerrando los ojos y haciendo una mueca con la boca.

—Más o menos dos meses, pero estoy segura que sor Antonia no dejó de tomar ni un día las pastillas. Usted no la conoce, ella es muy estricta para sus cosas. No lo entiendo.

—Así que ahora me vuelve a llamar de usted —comentó Iván con una sonrisa en los labios. Aquella mujercita lo exasperaba y lo divertía a la vez. Sacudió la cabeza para no distraerse y volvió a preguntar—: ¿Su hermana ha estado tomando algún medicamento últimamente?

—¡Uf, sí! Tuvo neumonía y se tomó no sé cuántas pastillas. Eran antibióticos, pero no sé cuáles. ¿Por qué? ¿Eso tiene algo que ver?

—Ése es el quid de la cuestión. Mil disculpas por dudar del honor de su hermana.

—No lo entiendo, explíquemelo, por favor.

—Los antibióticos disminuyeron el efecto de las pastillas y si su hermana era sexualmente activa, las probabilidades de quedar embarazada son muchas. Ésa es la respuesta. Está embarazada de José lo que sea.

Francisca no supo por qué, pero una lágrima se escapó de sus ojos sin poder reprimirla e Iván, en un gesto inesperado, estiró la mano y se la secó.

—¿Qué pasa? ¿No está contenta? —preguntó acongojado—. Su hermana está bien, sólo tendrá que llevar unas semanas un collarín y yeso unos cuantos días más.

—No... no, es que usted no lo entiende —dijo, abrazándose a sí misma—. José Ignacio no quiere hijos, por eso se hizo la vasectomía y Antonia renunció a sus sueños y ahora... ahora ya no están juntos, se acabó.

—Pero ¿podrán arreglarse? —planteó intrigado.

—No, él la humilló. La odia. Esa niñita se criará sin padre, igual que

nosotras.

—¿Niñita? Pero si sólo es un feto.

—Será niña, lo sé —aseguró, mientras se levantaba—. Con su permiso, tengo que ver a mi hermana.

—Ahora está durmiendo, espere en la sala y la iré a buscar cuando la trasladen a una habitación. Si me prometen guardar silencio, los podré dejar entrar a todos —se comprometió Iván, levantándose al mismo tiempo que lo hacía ella y ayudándola con la silla.

—Gracias —dijo Francisca muy bajito.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Por recordar los modales.

Dicho esto, se dirigió a la sala de espera. No sabía cómo contárselo a todos, y menos a su hermana.



Al llegar a la sala de espera, Francisca fue abordada por los demás. No sabía cómo contarles lo del embarazo, porque eso era lo más impactante. No era que lo otro no lo fuera, pero de las lesiones se repondría y ni siquiera le quedarían marcas; en cambio, lo del bebé era para siempre y la acompañaría toda la vida.

—¿Cómo está Antonia? —preguntó Javier, desesperado.

—Tiene algunas fracturas, pero gracias a Dios nada grave.

—¿Y sólo para eso te quería ver el médico? —preguntó Brisa, que intuía por su cara que había algo más.

—Sí, sólo para eso. Ahora tenemos que esperar a que se despierte. Él nos avisará, pero no sé si podremos entrar todos juntos.

—Yo os esperaré aquí, con Brisa. Creo que será lo mejor para Antonia —dijo Javier para aliviar la situación, algo que María le agradeció con una dulce caricia en la mejilla.

Francisca oyó sonar su móvil y al ver que era Carlos, se alejó para contestar.

—¿Qué quieres? —preguntó con toda su chulería—. No me digas que después de ocultarme lo del numerito de José Ignacio te diste un golpe en la cabeza y estás con amnesia y por eso me llamas.

—No seas ridícula, yo no sabía nada; si no, jamás hubiera permitido que José Ignacio quedara tan mal.

—¿¡Qué!?! Pero ¿tú eres imbécil? Si la que quedó mal fue Antonia. Dime, ¿qué quieres? Estoy ocupada.

—Necesito que vengas a la oficina, tienes que firmar unos documentos.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes? ¿No quisiste ser mi socia? Pues ahora tienes que firmar.

—Mira, Carlos, ante todo, tú no diriges mi vida. No sé cuándo voy a volver, arréglatelas solo o pídele ayuda a Tomás.

—Me las vas a pagar, Francisca, de una manera u otra.

—¡Vete a la mierda! —gritó—. ¡Y la próxima vez que me amenaces, te juro por mi vida que te vas a arrepentir!

Cerró los ojos y se apoyó en la pared, estaba temblando y no sabía por qué. En ese momento sintió una cálida mano en el hombro y se sobresaltó.

—¿Está bien? —preguntó Iván.

—Sí, gracias, es que... parece que tengo que solucionar un problema en Santiago, pero no puedo dejar a mi hermana sola, y menos ahora.

—La venía a buscar para decirles que ya pueden pasar.

—Gracias.

Francisca se cogió del brazo de su abuela y juntas entraron en la habitación donde descansaba Antonia. Ésta estaba durmiendo. Llevaba un collar ortopédico y tenía la mano vendada. Le habían puesto una mascarilla de oxígeno que la ayudaba a respirar mejor. Ambas se miraron al ver el dolor en la cara de Antonia, se sentaron y esperaron.

Habían transcurrido más de tres horas y Antonia aún no se despertaba. Francisca caminaba arriba y abajo, mientras María no dejaba de rezar.

Cuando Francisca sintió que la desesperación la estaba consumiendo, salió de la habitación y se fue al mostrador de las enfermeras para exigir un médico y una respuesta.

La enfermera de guardia entró en una oficina y segundos después apareció un irritado Iván. La enfermera le había dicho que una prepotente mujer exigía información de malas maneras.

—¿Qué pasa ahora? —le soltó.

—Es que aún no se ha despertado. Lleva mucho rato así, durmiendo, ¿qué le pasa?

—Se despertará cuando sea el momento. Cuando su mente lo haya procesado todo, ella sola reaccionará.

—Pero ¿¡cuándo?! —

—¡¿No se lo estoy diciendo?! —exclamó casi gritando, sorprendiendo a la enfermera.

Cogió a Francisca del brazo y la llevó de vuelta a la habitación.

—Siéntate y espera en silencio a que tu hermana se despierte y deja de causar problemas —le ordenó, tuteándola por primera vez.

Ella asintió como una niña pequeña y se quedó muy quieta y en silencio.

María se acercó hasta la cama y comenzó a murmurarle palabras de aliento a su nieta. Le decía las mismas cosas que les decía el abuelo Hugo cuando eran niñas.

—¿Quién es la más bonita del mundo? ¿Quién es la más inteligente? ¿Quién es mi princesa? ¿Quién es mi niña? —susurraba, mientras le acariciaba el pelo.

Antonia lentamente comenzó a recuperar el sentido. Estaba totalmente a oscuras, sentía dolor en el cuello y en el brazo, no podía moverse y le parecía que la cabeza le iba a explotar. Sentía los párpados muy pesados, pero al oír a su abuela pronunciar esas palabras que tanto significado tenían para ella... sacó fuerzas de flaqueza y, con la boca seca y muy bajito, casi en un murmullo, respondió:

—Yo...

Un grito de alegría resonó en aquella habitación. Francisca aplaudía como una niña pequeña y a Antonia le parecía que sus oídos no soportarían tanto ruido. Arrugó su frente y María de inmediato la entendió.

—Francisca, hija, silencio —pidió, en el preciso instante en que se abría la puerta y entraba el médico con una enfermera, preocupados al oír ruido en la habitación.

—¿Qué pasa? —inquirió él.

—¡Antonia se ha despertado! —exclamó Francisca, sonriendo.

Iván se acercó a su paciente y le pidió a la enfermera que iba con él que lo ayudara.

—Antonia, ¿me oyes? —preguntó muy bajito.

—Sí —murmuró ella.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Eh... ¿domingo? Es que no sé cuánto he dormido, pero me acuerdo de todo, no se preocupe —respondió, para no inquietar al médico.

Iván rio. De inmediato se podía saber cómo era aquella chica. Mal como estaba, se preocupaba por los demás.

—Lo sé, tranquila... Antonia, ¿puedes abrir los ojos?

—Me duele todo, no me puedo mover —contestó asustada, abriendo los ojos lo más que pudo.

—Es por la anestesia, no te preocupes. Te has caído de un árbol, pero estás bien.

—Tengo sed —dijo con un hilo de voz casi inaudible.

—Enseguida te traigo agua, Anto —saltó Francisca.

Iván se dio la vuelta para mirarla airado. ¿Quién era ella para tomar ninguna decisión sin consultarle?

—¿Adónde crees que vas? —gruñó entre dientes—. ¿Te has licenciado en medicina y no lo has dicho?

—No, pero... —respondió ella, parándose en seco.

—Antonia, no te puedo dar agua todavía, porque la podrías vomitar. Le diré a la enfermera que te moje un poco los labios, ¿te parece?

—Gracias —musitó ella, aún con los ojos cerrados.

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó Francisca.

—No —contestó serio, pero luego, al ver su cara, añadió—: Está bien, pero primero voy a examinarla. —Habló más tranquilo, pero con el mismo tono de voz.

Iván se acercó más a Antonia y comenzó a hacerle unos exámenes de rutina. Debía hacérselos la enfermera, pero él inexplicablemente los estaba realizando. Le tomó la presión, que, aunque estaba un poco baja, era normal teniendo en cuenta su estado; por lo demás, sus constantes vitales estaban bien.

Le explicó la gravedad del accidente y se aseguró de que ella lo entendiera todo claramente, pero cuando llegó la parte de las lesiones, le pidió a María que por favor esperara fuera.

El tema de la violencia era muy delicado para él y bajo ningún concepto lo podía ocultar. Cuando comenzó a hablarle del asunto, por las mejillas de Antonia comenzó a caer un fino hilo de lágrimas y, como pudo, le explicó al médico que todo había sido un malentendido y que estaba segura de que José Ignacio sólo estaba fuera de sí, que no pretendía hacerle daño. Pero también con convicción, le dijo que todo se había acabado y que ya no volvería a suceder.

Iván miró a Francisca y, con un gesto, le dio a entender que ya era el momento de contarle la verdad.

—Doctor, me duele la cabeza, ¿me puede dar algo?

—Ya estás tomando medicamentos, Antonia. Se te están suministrando por vía intravenosa y no tardarán en hacer efecto, pero no puedo darte nada más.

Antonia no tenía fuerzas para abrir los ojos y asintió con un movimiento.

Francisca se acercó a la cama y le cogió la mano. No encontraba ninguna

forma adecuada de contarle la verdad, así que prefirió no darle más vueltas al asunto y contárselo como sólo ella lo podría hacer.

Se llenó de aire los pulmones y, con un gran suspiro, comenzó a decir:

—Anto, estoy muy contenta. ¡Voy a ser tía! ¡Y la abuela bisabuela!

Antonia abrió los ojos sorprendida. Su cara era un poema, mitad terror mitad desconcierto. Sin decir nada, miró al médico, que al escuchar aquella forma tan particular de dar a conocer la noticia, se había sulfurado. La paciente debía estar tranquila, relajada, y desde que había oído a su hermana, su ritmo cardíaco se había acelerado visiblemente. Era como si el monitor que llevaba conectado se hubiese vuelto loco.

—Antonia, cálmate, si no lo haces, tendré que sedarte y volverás a dormir —le dijo Iván seriamente, tomándole el pulso.

—No... no lo entiendo —confesó tartamudeando.

—Te lo explicaré, pero ahora, vamos, inspira y espira. Eso es, otra vez. Bien, Antonia, tu ritmo cardíaco se está calmando. ¿Estás mejor? —preguntó, fulminando a Francisca con la mirada.

—Sí.

—Tu hermana me ha contado que tu pareja se había realizado una vasectomía.

Ella asintió.

—Y también que tú habías tenido neumonía y que habías tomado antibióticos.

Volvió a asentir, pero esta vez no tenía fuerzas ni para abrir los ojos.

—Bueno, lo que sucedió es que los antibióticos disminuyeron el efecto de las pastillas anticonceptivas, por tanto, todas las veces que tuviste relaciones sexuales, estabas sin protección. Eso quiere decir que dentro de tu vientre... eh, estás, bueno, esperando familia.

—¡Esperando familia! Pero ¡qué cursi! —exclamó Francisca, cogiéndole la otra mano a su hermana.

Mientras Antonia escuchaba a Iván, sintió que el aire se le salía de los pulmones, la opresión en su pecho se hizo más intensa, y pidió, suplicó e imploró a Dios que lo que estaba escuchando no fuera más que una pesadilla. La sangre se le retiró de la cara, se quedó del mismo color que las sábanas y la presión rápidamente le empezó a bajar, alertando a Iván cuando la máquina comenzó a emitir un pitido.

—¡Antonia! —gritó Iván para que reaccionara.

No era lo más ortodoxo, pero sabía que la noticia la había impresionado. Llamó a la enfermera y ésta rápidamente llegó con una aguja, inyectando un líquido en la bolsa que colgaba de un gancho. En pocos segundos su presión volvió a normalizarse, pero esta vez la dulce paz que traía la oscuridad también se la llevó a ella.

—Pero ¿tú eres tonta? —incredó Iván a Francisca, cuando vio que su paciente estaba estable.

—¿Yo? ¿Y tú qué? ¿De qué época eres? Esperas familia... ¿¡Quién espera familia, por favor!?! ¡Hijos! Eso es lo que uno espera, así que no vengas con tonterías. Además, ¿qué esperabas? ¿Que saltara de alegría? Tú no conoces a mi hermana, ahora lo más probable es que se esté culpando por todo, por su ignorancia al no saber lo de los antibióticos. Ella siempre asume las culpas y, gracias a ti, ahora tendrá un problema más —le espetó molesta.

Ver a Antonia reaccionar así la había asustado sobremanera.

—Yo no sabía eso —reconoció él en tono de disculpa—, pero debes reconocer que tú tampoco lo has hecho muy bien.

Justo en ese momento sonó el teléfono de Francisca. Había olvidado ponerlo en silencio y al ver quién llamaba, contestó furiosa:

—¡Déjame en paz de una vez! ¡No puedo firmar esos papeles, estoy ocupada! —Y dicho esto, colgó nerviosa y apagó el aparato. Pero como veía que tardaba en apagarse, como una troglodita, le sacó la batería bruscamente.

—El teléfono ya se estaba apagando —dijo Iván, riendo por aquella reacción tan inesperada.

Francisca lo miró furiosa, pero no dijo nada.

Salieron al pasillo, Antonia dormía profundamente y no se despertaría hasta por lo menos al cabo de un par de horas. Al salir y ver la cara de su abuela, Francisca le cogió las manos y a su manera se lo contó todo. La mujer se alegró: su niña por fin iba a cumplir su sueño y daba lo mismo cómo. Para ella, la llegada de una nueva vida no era ningún problema, sino una bendición, y daba lo mismo todo lo demás. Se soltó de la mano de Francisca y entró rauda en la habitación.

Iván se la quedó mirando y entendió perfectamente que «De tal palo tal astilla», pero prefirió callar. Pues una cosa era la alocada mujer que tenía al lado y otra muy distinta la señora María.

Al entrar, acercó una silla a su nieta, que dormía plácidamente, pidió que no la molestaran y le dijo a Francisca que no dijera nada hasta que Antonia

decidiera comunicarlo.

Pasaron un par de horas más, ya se había hecho de noche, y Antonia, ya más tranquila y aún sedada, abrió los ojos lentamente. María al verlo, lo primero que hizo fue cogerle la mano y decir despacio pero con firmeza:

—Antonia, no serás la primera ni la última mujer soltera embarazada, así que te prohíbo, escúchame bien, te prohíbo que desde hoy tengas ningún pensamiento negativo o culpable, porque, de ahora en adelante, tu vida cambiará. Juntas, como lo hemos hecho siempre, saldremos adelante y esa cosita que se está formando merece ser feliz. Y tú, hija, no puedes transmitirle ningún pensamiento negativo. Tienes tu vida, tu casa, tu trabajo.

Antonia la miraba, pero no dijo nada ni soltó ninguna lágrima. La abuela continuó:

—Este bebé será un nuevo comienzo. Si José Ignacio no quería hijos, allá él, esto es una bendición y como tal lo vamos a tratar. El tiempo dirá qué hacer, pero ahora sólo nos importas tú, Antonia —recalcó, poniéndole la mano en el vientre y cubriéndola con la suya, para que también pudiese tocar esa vida que se estaba gestando en su interior.

Antonia dejó caer una lágrima y María, con sus dulces y suaves dedos, se la limpió. Se miraron un momento a los ojos, Antonia transmitió todos sus miedos, pero ella era una mujer inteligente y sabía que su abuela tenía toda la razón. Aquella vida debía ser feliz y ella había de ser fuerte, ahora tenía una persona por quien luchar y eso haría.

La noche transcurrió con tranquilidad, Antonia se volvió a dormir, pero esta vez más relajada. Su respiración era normal y tenía mejor aspecto.

Al día siguiente por la mañana, llegó una enfermera que la ayudó a ponerse de pie, a lavarse y a arreglarse un poco. Francisca, siempre tan práctica, le había llevado de todo, una camisa de dormir larga de raso blanco, estilo años treinta, una bata a juego y unas zapatillas, más todos los utensilios de higiene necesarios.

Cuando se hubo cambiado, llegó un enfermero con una máquina y detrás de él una médica bajita y morena, con cara de buena persona.

—Buenos días, soy la doctora Ardiles —saludó con voz ronca de fumadora, después de que el enfermero se fuera—. Soy tu ginecóloga y con esta maquinita podremos ver a tu bebé, ¿te parece? —preguntó, poniéndose los

guantes y sacando un aparato alargado con forma de falo.

Antonia miró a su abuela como si fuera una niña pequeña y le agarró la mano. Todavía estaba asimilando lo del embarazo y ya iba a conocer a su hijo. Se sentía aterrorizada y su cara la delató.

—A ver, mamita, cambia esa cara, no querrás que tu bebé te sienta así, preocupada, ¿verdad?

Antonia asintió, no podía articular palabra.

—Acuéstate y levanta las rodillas. Esto no te dolerá, concéntrate en el monitor.

Antonia cogió la mano de su abuela, mientras Francisca, que acababa de llegar, se ponía al otro lado y le acariciaba el pelo.

La doctora Ardiles las miró y, con una sonrisa en los labios, introdujo en Antonia el aparatito con forma de falo y comenzó el reconocimiento.

Las tres miraron el monitor boquiabiertas, pero no se veía nada, sólo se oía un ruido acuoso que provenía de la pantalla, hasta que la ginecóloga señaló unos puntos con unas letras y le anunció:

—Antonia, aquí está tu hijo. —Luego agrandó la imagen y subió el sonido.

Antonia, al verlo, se emocionó. Allí estaba aquella pequeña vida luchando por llegar al mundo, para estar con ella para siempre. Aquella cosita de forma ovalada era su bebé, su hijo, su niño.

—¡Dios mío, es precioso! —exclamó con lágrimas de felicidad.

—¿Precioso? —repitió Francisca—, pero si no se ve nada. Es... es como un garbancito, Anto.

María apretó la mano de Antonia y miró a Francisca con una sonrisa.

—Mi niña, esto es lo más bonito que te va a pasar en la vida. Ése es tu hijo, es un regalo, ya nunca más volverás a estar sola.

Antonia se quedó sin palabras. Estaba embobada mirando la pantalla. Mágicamente, las fuerzas regresaban a ella, la sangre recorría su cuerpo con ímpetu, dándole energías para seguir adelante.

—¿Nos puede dar una fotografía del garbancito? —pidió Francisca.

—Claro, dejen que les explique —dijo la doctora—. Esto de aquí es su cabeza, luego comenzarán a salir las extremidades y se formarán los órganos. Ahora está perfecto, pero te voy a recetar unas vitaminas para reforzar su crecimiento y otras para ti, calcio, hierro y ese tipo de cosas.

Al pensar en todo lo que había tomado, se asustó y dijo:

—Doctora, he tomado antibióticos y muchos analgésicos, ¿eso le puede afectar a mi bebé?

—En sentido estricto, no. Estás en el primer trimestre, eso quiere decir que tu bebé está blindado, pero de ahora en adelante, no tomarás nada que yo no te haya recetado, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro —asintió.

Después de terminar la revisión, las tres estaban contentas. Antonia se sentía tranquila, tendría un hijo y sería fuerte para él.

Desde ese día, el resto para ella quedaría en el pasado y lo guardaría en el baúl de los recuerdos, de los más bonitos que tenía, pero sólo serían recuerdos. Protegería a su hijo como una leona si era necesario y jamás de los jamases lo pondría en riesgo por nada, ni lo sometería al más mínimo cuestionamiento.

En ese momento llamaron a la puerta. Era Brisa, junto con Javier. Todavía no la habían podido ver, sólo sabían que estaba bien.

Antonia se acomodó un poco en la cama, el collarín que llevaba puesto no la dejaba moverse muy bien. Al verla tan frágil, Javier corrió hacia ella y la abrazó con cuidado.

—Preciosa, ¿estás bien? Me tenías tan preocupado... ¿Cómo te encuentras?

—Bien, mejor. Me duele el cuerpo, pero es normal. Lo que sí te digo es que en mi vida vuelvo a subir a un árbol —concluyó riendo y haciéndolos reír a todos.

Brisa se acercó a ella.

—¿Sabes que tienes un brillo especial en los ojos? No te lo había visto nunca, Anto, es más: irradias paz, tu propia paz. Me alegro, amiga, en serio, me haces feliz —dijo, abrazándola con cariño.

Antonia supo que ya no podía esperar más. Estaba muy contenta y quería compartir la noticia con ellos, con su familia.

Tomando la mano de Javier y de Brisa, les anunció:

—Estoy embarazada, de seis semanas y quiero que seáis los primeros en saberlo. Voy a criar a este bebé sola, con vuestra ayuda, pero no quiero que nadie más lo sepa.

Javier, al ver la tristeza en sus ojos, se enderezó y preguntó:

—¿Por qué no quieres que José Ignacio lo sepa, Antonia?

Ella, acomodándose un poco mejor, tomó aire y respondió incómoda:

—A ver, Javier, te has pasado la semana diciéndome que me olvide de José Ignacio, y ahora quieres que se lo cuente, ¿¡quién te entiende, hombre por Dios!?

No quería que la cuestionaran y menos en una decisión como la que acababa de tomar.

Brisa, que se había mantenido en silencio hasta entonces, la miró y con aquella dulce carita suya, dijo:

—Antonia, no hay ninguna razón para que José Ignacio no lo sepa, no es justo.

—Escuchadme bien todos, este bebé es sólo mío, no quiero que José Ignacio se entere y para eso os voy a dar varias razones y cerraremos el tema de una vez por todas —contestó muy seria y tan decidida que los dejó a todos en completo silencio—. La primera es porque José Ignacio nunca ha querido tener hijos, por algo se hizo la vasectomía, no los quiere y odia a los niños, yo lo sé, lo he visto, lo incomodan.

Pensar eso le dolió, aquel niño no sería bienvenido por él e, instintivamente, se llevó la mano a su vientre como para coger más fuerzas para continuar.

—La segunda es porque José Ignacio duda de mí, da igual lo que le hubiesen dicho, él no me preguntó y no es la primera vez que me insulta. Yo ya lo perdoné una vez y él ha seguido dudando de mi honor, de mi amor —expuso, con lágrimas en los ojos al volver a recordar—. Dijo que yo soy una mujer que se vende, ¡una puta, Brisa! Si cree eso, ya no tenemos nada que hacer. No le guardo rencor, créeme, ni siquiera por lo del empujón, pero me humilló delante de todo el mundo, me lanzó dinero a la cara, y eso no se lo puedo perdonar, lo siento. —Y limpiándose con rabia las lágrimas que corrían por sus mejillas, terminó—: Y la tercera, es porque he decidido criar a este bebé yo sola. No seré ni la primera ni la última, como dice mi abuela, y espero de corazón que vosotros me ayudéis.

»Brisa, este niño o niña será tu sobrino, nunca te lo voy a negar, pero óyeme bien, jamás lo voy a exponer a tu madre... Entiéndeme, por favor.

Inquieta por lo que oía, la joven se retorció las manos. Sabía que todo lo que había dicho Antonia era espantoso, pero lo peor era que era cierto. Su hermano no quería hijos y su madre jamás la aceptaría. Pero por el bien de su sobrino, apretó la mano de Antonia y dijo:

—Ahora, Anto, no habrá nada ni nadie que nos pueda separar, ¡voy a ser

tía! —exclamó.

Javier había recibido la noticia como un jarro de agua fría. Le dolía en el alma, pero haría todo lo posible por superarlo.

—Anto, cuenta conmigo para lo que sea. Si este bebé —dijo, tocándole el vientre— necesita a alguien que lo defienda, aquí estaré yo siempre, Anto, siempre.

—Esto parece el cuento de la bella durmiente y vosotros sois las hadas madrinas, así que como todos estáis dando vuestros regalos, ahí va el mío —intervino Francisca, limpiándose las lágrimas que corrían por sus mejillas—: Yo voy a ser su madrina y me voy a preocupar de que no le falte nada en el mundo. Me da igual lo que me digas, pero desde hoy mi sobrina tendrá su mecenas y ésa seré yo —sentenció la nueva hada.

—¿Niña? —preguntó Antonia—. Pero si no sabemos qué será...

—Niña, será niña, Anto, yo lo sé.

Así se quedaron todos hablando en aquella habitación de hospital, Antonia aún tenía que estar ingresada un par de días, pero estaba con la gente que la quería.

A cientos de kilómetros de distancia, José Ignacio regresaba a su torre de marfil después de haber estado unos días en casa de su madre. Su humor era pésimo. Lo único que hacía era beber. Veía a Antonia a todas horas, la sentía y oía su voz, quería odiarla con toda su alma y se maldecía a sí mismo por no poder hacerlo.

Al llegar a su piso se sintió solo, vacío. Se encerró en su despacho y sacó el libro de poemas que ella le había regalado, abrió una botella y comenzó a leer, recordando todas las veces que había tenido a Antonia sobre su escritorio, cómo la había poseído con ternura y pasión, para a veces dar paso a la más placentera lujuria.

Beber sólo lo hacía recordar más, sentía rabia, una pena negra se había alojado en su corazón. Necesitaba salir, huir, estar donde nada le recordara a ella. Ese día ni siquiera había ido a trabajar, no tenía ganas de acudir a ninguna reunión.

Llamó a Manuela y le dijo que le consiguiera un billete de avión a São Paulo. Retomaría todos los asuntos pendientes a partir de ahí. Tenía reuniones atrasadas y usaría el trabajo como excusa para olvidar. Por otro lado, en

cuanto su hijo había salido de casa, Elizabeth había llamado a Marcela para avisarla. Ésta, ni corta ni perezosa, puso rumbo hacia el que creía que tarde o temprano sería su castillo.

Llamó el timbre y, como no le abría nadie, volvió a llamar con más ímpetu. José Ignacio estaba tirado en su cama, casi dormitando, y al oír ese sonido, blasfemó. Sabía quién era y no quería abrir, pero conocía la insistencia de aquella mujer, era capaz de fundir su dedo con el botón para conseguir su objetivo.

—Creo que voy a necesitar llave, tardas demasiado en abrir —dijo Marcela, entrando como si fuera la dueña.

—¿Y no has pensado que es porque no quiero que entres? —gruñó malhumorado.

—Si tú crees que me puedes utilizar cuando quieras para darle celos a la imbécil esa, estás muy equivocado. Así no es el juego, es mutuo y vengo para que me pagues el favor.

—¿Estás loca?

—No, querido, no lo estoy —contestó, acercándose peligrosamente a él y cogiéndole la cara para besarlo ardientemente.

José Ignacio se resistió, pero al cerrar los ojos pensó en Antonia, su chinita, y se dejó tocar y respondió aquel fogoso beso. Pero cuando Marcela se separó un poco y habló, volvió súbitamente a la realidad. Empujándola, puso distancia entre los dos de inmediato.

—¿Qué haces? —gruñó furioso.

—Nada que tú no quieras —respondió ella, pasándole la lengua por los labios.

José Ignacio se dio la vuelta, dejándola sola en la entrada. Esperaba que se fuera, pero no fue así. Cuando Marcela llegó a la habitación y vio que estaba haciendo la maleta, supo de inmediato que huía, pero no se molestó en preguntar, no le costaría nada averiguar el paradero de su viaje.

Al día siguiente, José Ignacio se iba de Chile para concentrarse de lleno en el trabajo. Ya no pensaría más en nada ni en nadie. Esperaba recuperarse en el extranjero, ocupado en sus propios asuntos. Retomaría su vida de donjuán y qué mejor que hacerlo en Brasil, donde la noche no terminaba nunca.

Antonia saldría por fin del hospital. Durante su estancia, había estado acompañada en todo momento por su hermana, Brisa o su abuela. Javier ya había empezado a trabajar, así que sólo la visitaba por las tardes.

Antes de salir, Iván entró con una hermosa sonrisa para darle el alta y, junto con eso, las últimas indicaciones.

Francisca no sabía por qué, pero estaba nerviosa esperándolo. Quería verlo y aunque él no se portaba demasiado bien con ella ni la veneraba, a ella igualmente le interesaba.

—Bueno, Antonia —dijo el médico—, por fin ha llegado la hora de que regreses a casa. Debes venir a verme dentro de una semana y creo que también tienes cita con la doctora Ardiles. Cuídate.

—¡Una semana! —exclamó Francisca—. Eso es mucho.

—¿Por qué? ¿Quieres verme antes? —preguntó con arrogancia, pero divertido a la vez.

La relación entre ellos no había cambiado mucho, a veces se trataban con respeto y otras se tuteaban, sobre todo cuando Francisca se exasperaba, algo que a él le encantaba.

—Estás chiflado, lo digo por mi hermana. No sé, creo que una semana es demasiado. Además, se queja de dolor todo el día.

Antonia abrió mucho los ojos, no se había quejado ni una sola vez. No porque no lo sintiera, sino porque no quería tomarse ni una pastilla más. No intoxicaría con nada a su bebé. Pero intuyó que a Francisca le pasaba algo con Iván y, aunque estuviera casada y le reprochara su actitud, también sabía que necesitaba un poco de amor en su vida y un cariñito no le vendría nada mal. Así que, para ayudarla, comentó:

—¿Puedo venir antes si siento alguna molestia?

—Claro, Antonia, por supuesto, aquí me encontrarás siempre. Es más, creo que te daré mi número de móvil; si quieres cualquier cosa me puedes llamar —le explicó Iván, dándole una tarjeta de visita, algo que alegró visiblemente a Francisca.

Ambas salieron cogidas del brazo. Antonia caminaba muy despacio, aún le dolía la espalda, pero porfiada como era, no aceptó la silla de ruedas. Le costó un poco subirse al todoterreno de Francisca y cuando se sentó, vio unos frascos de mermelada en el asiento.

—¿Y esto? ¿Por qué los tienes aquí? —le preguntó a su hermana, que aún estaba esperando que se acomodara para cerrar la puerta.

—Ay, se me olvidaba —recordó, tocándose la frente—, los mandó la abuela para tu médico.

—Pues ve a dárselos —dijo Antonia, guiñándole un ojo.

Francisca cogió los frascos y, con cautela, volvió de regreso al recinto. Al ver a Iván hablando con una enfermera, se detuvo, pero él, al verla, echó a andar en su dirección sin dejar de mirarla. Era como si la estuviese estudiando detenidamente, algo que hasta entonces no había hecho con tanto descaro.

—Eh... Mi abuela me pidió que te entregara esto —contó Francisca, dándole los frascos. Y al sentir el contacto con sus dedos, fue como si una corriente la recorriera y la hiciera estremecer, haciendo que se pusiera colorada.

—Gracias —respondió él aclarándose la voz. También había sentido la misma corriente.

Ella se dio la vuelta para volver al coche, y aceleró el paso, pues se sentía incómoda. Pero en ese preciso instante, oyó a Iván decir:

—El número que le he dado a tu hermana no es sólo para ella.

Francisca se detuvo de pronto, pero no se volvió. Esas palabras significaban mucho y podían causar verdaderos estragos en su vida.

Llegó hasta el coche y vio a su hermana con los ojos cerrados y se preocupó.

—¿Te encuentras mal, Anto?

—No, bueno sí, es que tengo ganas de vomitar.

—¡Te mato si lo haces en mi coche! —chilló histérica, haciendo reír a Antonia.

Ambas volvieron a su verdadero hogar, donde nadie tenía que fingir nada. Brisa estaba en la puerta de la entrada, regando, y chilló contenta cuando las vio acercarse. María salió rápidamente a su encuentro y ayudó a su nieta a bajar del coche.

Entraron en la casa y, como había ordenado el médico, Antonia se fue directa a su habitación, adornada con margaritas y ramitas de lavanda por todas partes. *Siam*, al verla, saltó a sus brazos, pero Antonia no fue muy rápida al reaccionar y el gato se estrelló contra el suelo poniéndose a chillar.

Todos se rieron y en el momento en que Antonia se agachó para recogerlo, se desestabilizó y se mareó. Por suerte, Francisca iba detrás e impidió que se cayera. A pesar de la regañina, Antonia no se enfadó. Sabía

que era por su bien y que lo hacía con la mejor de las intenciones. Se recostó en la cama.

Al sentirse en su espacio, se relajó y se durmió acurrucada con *Siam*, que de inmediato se acostó a su lado, en tanto *Cucha*, la gata de María, se paseaba por la habitación, buscando un lugar donde acostarse. Esa gata estaba en su propiedad y marcaría bien su territorio.



Los días transcurrieron en completa calma, Antonia se sentía cada vez un poco mejor, su dolor físico ya no era tan constante, pero la espina que tenía clavada en el corazón le recordaba en todo momento el amor perdido. Sufría en silencio por José Ignacio, pero no descuidaba en ningún caso a su bebé. Sabía que era imposible que dejara de pensar en él, pero aunque no había dejado de amarlo ni un poquito, cada día se resignaba un poco más.

Antonia ya había hablado con Gabriel, le había comunicado su lamentable accidente y también que estaba embarazada. Le había suplicado que no lo divulgara, que ella en algún momento lo contaría, pero sobre todo le rogó que no se lo dijera a José Ignacio. Le explicó que él no deseaba hijos y después de los últimos acontecimientos vividos, las cosas ya habían terminado para siempre. A Gabriel sólo le quedó confiar en el tiempo, que lo solucionaba todo.

Para ayudarla un poco, ya que sentía que tenía una deuda moral con ella, le ofreció trabajar desde casa, lo que significaba que podía redactar los informes finales y comentarlos telefónicamente con los clientes y, si era necesario, podía reunirse con ellos. Antonia aceptó encantada; a cambio, le dijo que trabajaría durante todo el embarazo.

No deseaba volver a la capital, en cierto modo se estaba escondiendo, se estaba ocultando del mundo y, principalmente, de José Ignacio. No quería volver a verlo, aunque eso era lo que más le dolía en la vida, pero quería estar tranquila durante su embarazo, sentirse en paz, y la mejor forma era quedarse en su pueblo, donde se había criado. Para Antonia ése era un muy buen lugar, toda la gente se conocía y eran amables. De alguna forma se sentía protegida, sobre todo en aquella casa que durante tanto tiempo la había cobijado y que, una vez más, lo haría.

Aún no podía trabajar, debía guardar reposo. Prácticamente dormía todo el día, sólo se levantaba para comer. María insistía todas las mañanas en que saliera al patio o trabajara en la huerta, pero Antonia se negaba rotundamente. Se excusaba diciendo que quería descansar.

Brisa y María estaban muy preocupadas, aunque Antonia no se quejaba ni un poquito, veían el sufrimiento en sus ojos.

Inevitablemente Francisca tuvo que volver a Santiago. Por voluntad propia había querido ser socia de la empresa de Carlos y, como tal, debía estar al tanto del papeleo y de las firmas. Su marido la odiaba más cada día, pero no encontraba la forma de apartarla sin salir él perjudicado.

Tomás se había ido, ya no estaba a su lado, lo había dejado solo después de muchos años. Carlos culpaba a Francisca, pero en esta ocasión ella no tenía nada que ver.

Ya habían transcurrido siete días y Antonia regresó al hospital para su revisión. Esta vez fue Brisa quien la acompañó, ya que a Francisca le resultó imposible hacerlo.

El lugar estaba lleno de gente y esperaron durante largo rato que las atendieran, hasta que por fin Antonia oyó su nombre y, con mucho cuidado y la ayuda de su amiga, se levantó y entró en la consulta.

—Antonia, hola, ¿cómo está mi paciente favorita? —preguntó Iván al verla entrar.

—Bien, gracias —respondió, tendiéndole la mano, pero Iván se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Sentaos, ¿no viene nadie más? —quiso saber, mirando en dirección a la puerta para ver si entraba Francisca. La había esperado durante una semana; de hecho, incluso estaba un poco nervioso.

—¿Lo dices por mi hermana? —dijo Antonia, dejándolo sorprendido por la indirecta.

—La verdad, sí.

Antonia se alegró y abrió mucho los ojos, no esperaba tanta sinceridad. Le gustó que Iván tuviera ganas de ver a Francisca, pues sabía que a su hermana le pasaba lo mismo.

La examinó durante un rato y no encontró tanta mejoría como hubiese querido. La lesión del cuello no se había deshinchado y eso significaba que no estaba avanzando. Prefirió no hacerle otra radiografía, sabía que los rayos no eran lo mejor en su estado.

Desde el accidente habían transcurrido diez días e Iván esperaba encontrarla bastante mejor. De hecho, le pareció encontrarla distinta, no la conocía, pero la veía apagada. Decidió guardarse su juramento hipocrático y preguntarle directamente como amigo.

—Antonia, no estás bien ¿sabes?, te estás entregando sin luchar. Yo no sé lo que te ha pasado, pero creo que tu bebé no se merece lo que le estás haciendo. Si tú te abandonas, lo estás abandonando a él —dijo con afecto.

Antonia, al escucharlo, supo que tenía toda la razón y, como necesitaba desahogarse con alguien que no fuera de la familia, sin importarle que Brisa estuviera allí, empezó a hablar:

—No puedo olvidarme de José Ignacio, a veces siento que me estoy volviendo loca. Quiero dormir para poder verlo, ésa es la única manera que tengo de sentirme junto a él. Sé que todo se acabó, pero ahora esto, ¡un hijo! ¡¿Qué le voy a decir?! No es que no lo quiera, por favor, no vayas a creer eso, pero esto me lo recordará siempre y, por otro lado, no quiero que nadie se entere de su existencia, es mío y sólo mío —dijo, con un nudo en la garganta y la voz rota.

—Anto —se apresuró a decir Brisa, que hasta ese momento había permanecido callada—. ¿Por qué no me lo has dicho? Yo siempre estoy aquí, puedes confiar en mí. Me imagino que todo es muy difícil, pero si me dejas hablar con José Ignacio...

—¡No! —exclamó Antonia—. Te dije que no quiero que lo sepa, tú no sabes lo que me dijo. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Dijo que yo quería quedarme embarazada y hacerle creer que el hijo era suyo. Me lo juraste, Brisa. ¡Me lo juraste! —repetía desesperada y fue Iván quien puso fin al asunto.

—Antonia, cálmate, lo que estás haciendo es lo peor que puedes hacer en tu estado. Creo que te voy a derivar a un psicólogo.

—¡No!... te juro por Dios que voy a estar bien —dijo de pronto.

No quería visitar a nadie ni contarle sus problemas, no volvería a revivir más aquellas trágicas noches.

—Está bien, pero si no veo mejoría de aquí a la próxima visita, dentro de quince días, te llevaré yo mismo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, te lo prometo.

Al salir de la consulta, se sintió más aliviada y, como hacía siempre en la vida, decidió salir adelante de una vez por todas. Lo haría por ella y

comenzaría esa misma tarde de abril.

Al llegar a casa, no se fue a su dormitorio, sino que comenzó a hacer cosas por la casa. Desde el siguiente día comenzaría a trabajar. Llamó a Javier y le dijo que lo iría a buscar, que necesitaba pedirle un gran favor. Por supuesto, él estuvo encantado y contó los minutos hasta que la vio llegar.

Estaba muy guapa, arreglada muy sencilla, pero con mejor semblante. Aún no se le notaba el embarazo y le iba la misma ropa, sólo que ahora no llevaba nada apretado en la cintura.

Le pidió a Javier si le podía traer algunas cosas de su casa. Le explicó que retomaría las clases y empezaría a trabajar de inmediato en los asuntos del bufete. Él aceptó encantado, iría ese mismo fin de semana a buscar lo que precisara.

Los quince días restantes pasaron rápido y esta vez Francisca sí la acompañaría al hospital. Estaba muy nerviosa, no sabía qué ponerse para impresionar a Iván y fue Brisa quien le sugirió que fuera lo más natural posible, sólo con unos vaqueros y una camiseta de manga larga.

Francisca casi se murió cuando vio la ropa que le daba su hermana. Hacía mucho que no vestía un simple pantalón de mezclilla, pero ante su insistencia se lo puso, no sin antes protestar. Como era de Antonia, le quedaba bastante apretado y realzaba muy bien sus curvas. Se hizo una cola de caballo y así, como si fuera la mujer más sencilla del mundo, acompañó a su hermana.

Nuevamente tuvieron que esperar y en el momento en que Francisca se dirigía a la enfermera para rezongar, salió desde las mamparas un sonriente Iván, que en ese preciso momento iba a llamarlas.

—¡Francisca! —exclamó, demasiado fuerte—, qué alegría verte —dijo, como si no existiera nadie más, incluso ignorando a su paciente.

—Hola, estoy aquí —aclaró Antonia.

La situación le parecía muy cómica, era la primera vez que veía a su hermana tan entusiasmada con alguien.

—Hola, Antonia, pasa, pasa —pidió Iván.

Francisca se había quedado muda al verlo, era aún más guapo de cómo lo recordaba.

—Disculpad el retraso, es que no tenemos mucho personal y hoy me ha tocado estar en todo —comentó en tono de justificación, pasándose la mano por el pelo.

—No importa, tenemos tiempo —respondió Francisca, sorprendiendo a Antonia.

«¿Quién eres tú y dónde está mi hermana?», pensó.

—Te veo mejor, Antonia, tienes mejor cara. Ven, deja que te examine el cuello... ¿Te duele esto? —preguntó, tocándole la columna.

—Uy, sí. Lo siento hasta el coxis —respondió dolorida.

—Estas dos lesiones que tienes te complicarán un poco más, pero vas muy bien, aunque el collarín lo tendrás que seguir usando al menos un mes más.

—¿Tanto?! —chilló Francisca.

—Sí. ¿Por qué? ¿Tienes planes para tu hermana? —preguntó serio Iván.

—No, no, es que ya lleva más de un mes y pensaba que sería suficiente. Además, no se puede mover bien, si la vieras en el ordenador, parece una estatua. —Rio de buena gana Fran.

—Así que ya has retomado tus cosas, Antonia, me alegro mucho, en serio.

—Sí, ya estoy trabajando de nuevo, te lo prometí y yo cumplo mis promesas.

—Entonces, ¿estás bien?

—¿Qué me he perdido? —los interrumpió Francisca. Aquella conversación llevaba implícitas más cosas de las que parecía.

—Nada, mujer, cosas entre médico y paciente, ¿no es cierto, Anto? —contestó Iván, guiñándole un ojo a su paciente.

—Sí, sí, claro, no es nada, Frani.

—¿Frani? Eso sí que no lo había oído. Me gusta. ¿Te puedo llamar así?

—Eh...

—Sí, claro —se apresuró a contestar Antonia, ante la inseguridad de su hermana.

Al cabo de unos minutos, después de la revisión, las dos se levantaron para despedirse. Para sus adentros, Francisca maldecía por haberse vestido así, ni una miradita lasciva había conseguido. Ella quería impresionarlo y se había dejado convencer por Brisa y su hermana para parecer una mujer normal y corriente, algo que claramente no había funcionado.

Se despidieron amablemente de Iván y, antes de que Francisca cerrara la

puerta, él le dijo:

—Frani, estás muy guapa hoy. ¿Podría hacerte una pregunta, con todo el respeto que te mereces? —planteó, visiblemente nervioso.

«Y sin respeto también», pensó Francisca.

—Sí, claro, dígame.

—Primero, no me trates de usted y segundo... ¿te parece si tomamos algo uno de estos días?

Francisca sintió por primera vez en su vida las famosas mariposas de las que tanto hablaba Antonia. Esa sensación era totalmente nueva y, como una adolescente, se ruborizó y respondió:

—Sí, claro, me puedes llamar cuando quieras.

—No puedo —contestó seco.

—¿Por qué? —preguntó nerviosa y decepcionada.

—Porque no me has dado tu número.

Francisca suspiró y su alma regresó a ella. Abrió su cartera y le entregó una tarjeta.

—¡Vaya! No sé si estoy a tu altura. Francisca López, gerente general de ACROOS Inversiones.

Ella sintió vergüenza de su tarjeta, esa que siempre impresionaba a todo el mundo esta vez estaba en su contra.

—No hagas caso de todo lo que lees. El papel aguanta mucho, lo que le quieras poner, de hecho, pero ahí está mi número —respondió retorciendo las manos.

—Te puedo llamar mañana. Es mi día libre y me encantaría que fuéramos al río. Conozco un lugar maravilloso para hacer un picnic, aprovechando que aún hace buen tiempo. ¿Qué te parece?

Antonia, que estaba junto a su hermana, asintió instintivamente al escuchar la romántica proposición y sintió una tremenda punzada de dolor. Se quedó quieta, esperando que pasara, pero lo único que quería escuchar era la respuesta. Francisca odiaba el campo y desde niña no la había visto hacer un picnic.

—Sí, claro... lo que quieras, me parece genial la idea.

Antonia se atragantó y tuvo que salir de allí rápidamente, para no estallar en carcajadas en cualquier momento. Hacía más de un mes que no sonreía y esta vez, gracias a su hermana, se estaba divirtiendo de lo lindo.

Al salir vio pasar a la doctora Ardiles y se acercó para preguntarle

cuándo le tocaría verla. Aquella mujer de voz ronca le caía de maravilla y, aunque se podía dar el lujo de pagar una consulta privada, se sentía a gusto con ella y ya había decidido que sería su ginecóloga.

Ésta le dijo que en ese mismo instante estaba libre y que no había problema si la acompañaba. Corrió en busca de Francisca. No quería enfrentarse a aquella máquina sola. Aunque en un principio su hermana se resistió, al darse cuenta de que era para ver a su sobrina se olvidó de todo y, como dos niñas pequeñas ansiosas a la expectativa de recibir un dulce, se apresuraron hacia la consulta.

Salieron pletóricas, con una sonrisa que no les cabía en la cara. Llevaban una carpeta con una linda fotografía en blanco y negro de su garbancito, que ya tenía bracitos y una cabeza de marciano, porque era más grande que su cuerpo.

Tenía exactamente doce semanas, eso ya estaba confirmado. La fecha aproximada del nacimiento era el 21 de noviembre y si todo salía como tenían pensado, sería una Navidad llena de regalos, una López más llegaría a la familia.

Al subir al coche, Antonia preguntó:

—Dime, ¿qué te pasa con mi médico? Porque estoy segura de que te pasan muchas cosas, y pagaría hasta lo que no tengo por verte en un picnic. — Se rio, cogiendo la mano de su hermana.

—No sé, te juro que nunca había sentido algo así por alguien. Pero no quiero ilusionarme, yo estoy casada y bueno... él ni se lo imagina. Y además es de aquí, de este pueblo.

Antonia, que conocía bien a su hermana, sabía que ésas sólo eran excusas.

—Fran, ante todo estás casada con Carlos, que es, bueno... ya sabes lo que es, y segundo es por conveniencia, eso lo tenemos claro. Y tres, ¿por qué no te das una oportunidad y ves qué pasa? Lo único que te puedo decir de todo corazón es que no le mientas; si no, mírame a mí, que creí en un cuento de hadas que nunca existió y ahora... —comentó compungida.

—Ahora nada, Antonia, y ve pensando de inmediato qué me pondré mañana, porque mis Diésel, ni loca me los llevo al campo —contestó Francisca para cambiar de conversación.

Sabía que su hermana se estaba poniendo triste y no deseaba volver a verla así.

José Ignacio llevaba más de un mes fuera de Chile. Su casa ahora era el hotel de turno del país donde se quedaba. Pasaba los días entre Brasil y Colombia, las inversiones que poseía en esos países siempre habían sido fructíferas, pero era la primera vez que se quedaba tanto tiempo allá. Su humor era insoportable, nada de lo que le presentaban le gustaba, estaba irritado todo el rato y su amor por Antonia no había disminuido ni un ápice.

Se maldecía por eso, recordando una y otra vez lo que había visto y escuchado en Buenos Aires. Recordaba la horrible escena que había presenciado en directo en el piso de ella, cuando la encontró abrazada en la cama con Javier, y lo que más lo torturaba era haberlo oído a él diciéndole que ya no tenía nada que hacer. Se arrepentía de cómo la había tratado, en realidad, no había calibrado su fuerza, pero no le importaba, no en ese momento. Creía que se lo merecía por haberle roto el corazón.

Por las tardes, después de salir de la oficina o de reuniones, se iba a cualquier bar. No quería estar solo, así que bebía para olvidar. De hecho, se había reunido con alguna de sus amigas, que frecuentaba en aquellos viajes, y por más que hacía intentos de olvidar en aquellos brazos que siempre estaban dispuestos para él, le era imposible. Era peor, en ningunos labios encontraba el sabor dulce y cálido de su chinita y eso lo desesperaba. Necesitaba arrancársela de la piel, pero la vez que había llegado más lejos con una chica hasta su habitación, ni siquiera pudo concluir. El recuerdo era más fuerte y lo peor fue que después se sintió el hombre más desgraciado del mundo. No era que le importaran los sentimientos de aquellas mujeres, él sólo las quería utilizar; era que se sentía asqueado de sí mismo.

Francisca estaba muy nerviosa. Iván la había llamado para decirle que la pasaría a buscar a la hora del almuerzo y ella no sabía cómo calmar sus ansias. Se había vestido muy sencilla, unos pantalones negros y una blusa, y esperaba dando vueltas por toda la casa. De hecho, estaba poniendo histéricas a todas las mujeres, sobre todo a Brisa, que siempre estaba muy calmada.

De pronto, sonó su teléfono y corrió a contestar. En su carrera casi se lleva por delante a María, que estaba ordenando las cosas de Antonia, que había dejado encima de la mesa.

—¿Sí? —respondió, jadeando.

—Hola, Frani —la saludó Iván—. Te llamaba para decirte que hoy no podré ir a buscarte, ha surgido un problema en el hospital y debo hacerle una operación de cadera a una mujer. Lo dejamos para otra vez. Bueno, ahora te dejo, sólo he salido un segundo para que no me esperases —concluyó, colgando el teléfono y sin darle tiempo de contestar nada.

Francisca sintió cómo toda la sangre se le subía a la cabeza y, como si fuera una tetera a punto de entrar en ebullición, estalló, hablándole al teléfono ya cortado.

—¿Quién te has creído que eres, medicucho de pacotilla?! ¡Yo te voy a enseñar a no dejar plantada a una mujer! ¡Y menos a mí!

Gritando eso y dejándolas a todas sorprendidas, se fue directa a su habitación, cerrando de un fuerte portazo. Antonia se acercó y llamó, pero su hermana, gruñendo, le dijo que ni se le ocurriera abrir.

Antonia entendió el mensaje y se fue a la mesa. Ya era hora de almorzar y últimamente siempre tenía apetito. De hecho, sabía que estaba ganando peso: los pantalones le apretaban bastante y sus senos también habían aumentado de tamaño.

Cuarenta y cinco minutos después, una despampanante Francisca salió de su dormitorio, llevaba una falda muy corta, que le tapaba sólo el trasero, y una blusa del mismo color, con volantes y escote en pico, junto con unos tacones de por lo menos quince centímetros.

Parecía una verdadera modelo de revista para hombres. Nunca nadie, ni Antonia, la había visto así. Javier, que acababa de llegar, se la quedó mirando encantado.

—Cierra la boca para que no te entren moscas, que esta que está aquí, ni en tus mejores sueños de adolescente se fijaría en ti —dijo Francisca, mientras pasaba rauda por su lado. Había sacado rápidamente al monstruo que llevaba dentro.

Se subió a su coche y se fue al hospital. Sabía perfectamente dónde estaba la consulta de Iván, así que ni siquiera se molestó en preguntar. Simplemente entró y esperó... esperó.

A cada minuto que pasaba, en vez de amilanarse le sucedía todo lo contrario, su rabia se acumulaba. Hasta que por fin llegó, todo vestido de verde, con el gorrito en la cabeza.

Entró y se quedó petrificado al verla allí. No se lo esperaba y a esa mujer no la había visto nunca. Aquella chica vestida de negro era el sueño erótico de

cualquier hombre, capaz de despertar hasta las pasiones más ocultas de un cura. Aquellos labios rojos perfectamente delineados no invitaban a besarlos, invitaban a que se los devoraran.

Francisca, sin decir ni una sola palabra, no porque no quisiera, sino porque se le había olvidado cómo utilizarlas, se acercó lentamente a él y lo arrastró al interior de la consulta para poder cerrar la puerta.

Él la atrajo hacia sus brazos y acto seguido estampó sus labios contra los de ella.

Francisca soltó un ligero gemido cuando Iván comenzó a recorrer sus brazos con auténtica posesión, como si ella le perteneciera, hasta que puso las dos manos sobre los hombros de Francisca y luego siguió por su cuerpo, haciéndola estremecer, subió por su cuello hasta que finalmente atrapó su cara y la besó como si la estuviera poseyendo con su lengua, como si la hubiese esperado toda la vida.

La estaba reclamando para él, sólo para él, y no pretendía que se le escapara. Aquél era un beso que Francisca únicamente había visto en las películas, que jamás se imaginó que pudiese existir. Nadie la había hecho sentir así, ni siquiera en sus fantasías con Leo se sentía tan... subyugada... sometida. Era una muestra de dominación, y era lo que ella necesitaba y había buscado inconscientemente toda su vida.

Él la estaba reclamando, la estaba domando, y ella se estaba entregando completamente. No quería luchar más, había estado dedicada siempre a encontrar un objetivo, pero nunca había sucumbido al verdadero deseo, ese que sólo el cuerpo sabe dar y recibir. Y mientras Iván la besaba, se convencía más de lo que realmente necesitaba.

Él apartó una mano de su cara y la atrajo con firmeza hacia él. Francisca sintió como si una mano de acero la acercara hasta el cuerpo y no la dejara apartarse ni un centímetro.

Podía sentir su erección contra su vientre, estaba duro como una piedra, presionaba el torso contra su blusa y ella podía notar incluso sus propios botones, que se le estaban clavando.

Se movió y sus labios se despegaron, ambos respiraron jadeando, los azulados ojos de Iván estaban ensombrecidos, llenos de lujuria, y no dejaban de mirarla.

—No pensé que vendrías, Francisca —ronroneó junto a sus labios, con la respiración aún acelerada.

—Yo... tampoco —respondió ella, tratando de soltarse.

Al ver su cara, Iván la soltó de inmediato, todo lo que él hacía siempre era de mutuo acuerdo. Podía desatar los placeres más ocultos y morbosos en el sexo, pero en sus ojos ya no veía la misma conexión y sumisión de minutos antes, ahora veía terror y desconcierto.

Francisca cogió su bolso de marca y se alejó lo más rápido posible de allí. No porque tuviera miedo de él, sino porque temía por sí misma. Aquel hombre era capaz de poner su vida patas arriba y hacer estallar en mil pedazos lo que tanto le había costado conseguir.

Iván se sintió nuevamente como hacía años que no se sentía. Había huido a ese pueblo para encontrar paz y olvidar su pasado, pero nuevamente se le habían abierto las puertas del infierno y estaba dispuesto a quemarse en él. Sin embargo, esta vez le importaba una mierda. Desde que vio a Francisca no se la había quitado de la cabeza. Lo había intentado, pero no fue capaz de conseguirlo y, aunque había tratado de hacer algo normal, de pueblo, el destino le había servido en bandeja a aquella arrogante mujer, que en el fondo no tenía nada de eso, sino todo lo contrario. Y él estaba dispuesto a demostrárselo, aunque tuviera que esperar el tiempo que fuese necesario.

Francisca salió huyendo y, al arrancar su coche, lloró y se permitió hacerlo. Su vida ahora era un completo lío. Estaba aterrorizada, sabía que aquel hombre con cara de ángel era peligroso y a ella, sobre todo en ese instante, el peligro la llamaba a gritos.

Cuando llegó a casa de su abuela, estaba todo en silencio. Había dado muchas vueltas, esperando que todos estuvieran durmiendo para regresar. Pero con lo que no contaba era con que Antonia la esperase en su propia habitación.

—Ahora me lo cuentas todo, Fran, porque dudo que, así vestida, sólo hayas ido a visitar a mi médico.

Sin saber cómo, Francisca se tiró en sus brazos, arrancándole un gemido, cosa que no le importó. Y al sentirse arropada, volvió a llorar, llevándose en aquel río de emociones también a Antonia; una lloraba por el amor encontrado y la otra, por el amor perdido.

—Somos un par de tontas, ¿lo sabías? —dijo Antonia, pasándose la mano por los ojos.

—Sí —asintió Francisca y, repitiendo el mismo gesto de hacía unos meses, besó las lágrimas de su hermana, se acurrucó junto a ella y se durmió, mientras Antonia acariciaba su largo pelo.



Los días eran más fríos y las primeras lluvias habían comenzado a caer. Antonia estaba de casi seis meses, pasaba los días trabajando y por las tardes, cuando el tiempo se lo permitía, se iba hasta su sauce, se envolvía en una gran manta de lana que le había hecho su abuela, se llevaba un libro y leía durante horas. Al principio, sentarse bajo el árbol no le dolía, pero con el paso del tiempo y con la fisura del coxis que aún no había sanado completamente, se sentía muy incómoda, por lo que se llevaba un par de cojines y se sentaba sobre ellos.

Trabajaba cada vez más para el bufete. Como siempre en todo lo que ella hacía, se había vuelto, incluso desde la distancia, completamente necesaria. Siempre entregaba todo a tiempo y los clientes, aunque fuera por teléfono, estaban encantados de tratar con ella. Sólo los más cercanos sabían el verdadero motivo de su ausencia y el bochornoso incidente de la celebración había quedado en el olvido, tal como había dicho que pasaría la esposa de Gabriel, lo que hacía que las cosas fueran mucho más fáciles.

De José Ignacio no sabía nada. Brisa se repartía entre su comunidad y el pueblo. Había llevado a varios amigos a casa de María, todos igual de encantadores que ella. Al único al que no conocían era a su amor, que todavía se estaba preparando con la madre tierra y si todo salía como esperaban, llegaría antes de acabar el año.

Javier iba todas las tardes a casa de María. Estaba muy bien en su trabajo y lo estaban valorando mejor de lo que todos esperaban. Su caso con el fiscal aún no se había cerrado, pero marchaba correctamente y eso hacía que su vida poco a poco estuviera volviendo a la normalidad.

Esa noche regresaría por fin Francisca, que después del encuentro con Iván, huyó de vuelta a la capital. Y aunque cuando Antonia lo veía en el hospital en alguna consulta, él no le preguntaba nada, de alguna u otra forma, ella se las arreglaba para contarle algo.

Antonia se haría en breve la ecografía en la que podrían ver el sexo del bebé. Eso era todo un acontecimiento para la familia. Francisca viajaría desde Santiago junto con Brisa e irían todas juntas a ver a la doctora Ardiles. Incluso María, que no entendía para qué lo querían saber, estaba contenta y ansiosa. Esa noche, todos se reunieron alrededor de la cocina de leña y degustaron las maravillosas tortitas de la abuela.

Antonia, que no podía quedarse quieta ni aun estando embarazada, ayudó a llevar las cosas a la cocina y, cuando se dio la vuelta para regresar, chocó contra el pecho de Javier, que cada día se enamoraba más de aquella valiente mujer. La admiraba por todo lo que hacía y por cómo había sido capaz de sobrellevar las cosas. Él sabía que José Ignacio no había salido de su corazón, pero estaba dispuesto a soportarlo si ella se lo permitía.

—Anto —dijo bajito, poniendo una mano sobre su vientre.

—¿Qué... qué pasa?

Javier la miró con ternura y, con la mano que le quedaba libre, le cogió la cara, se la levantó suavemente y la besó en los labios. Entonces apartó la otra mano y la abrazó con fuerza.

Antonia se quedó en blanco. No esperaba esa muestra de afecto; de hecho, tampoco había dado pie para ello. Se limitó a quedarse ahí, sin responder. No podía. Aquéllos no eran los labios que tanto ansiaba por las noches, ni el cuerpo que tanto quería volver a tocar.

—Javier... —murmuró, mientras se separaba lentamente de él—. ¿Qué haces?

—Anto, déjame quererte, déjame estar a tu lado, al lado del bebé. No me importa que no sea mío. Yo te adoro, te quiero y de verdad quiero esta vida que está creciendo dentro de ti. Dame una oportunidad, seamos felices, no le niegues a tu hijo una posibilidad de crecer en una familia, nuestra familia, Anto.

—Pero... pero... —tartamudeaba ella.

No sabía qué decir, no estaba preparada para algo así, menos por parte de Javier. Se había preocupado tanto de sus cosas, de su bebé, que no se imaginó que Javier aún la siguiera queriendo.

Entendió por qué no había rehecho su vida y se sintió culpable.

—Escucha, Javier, yo no...

—No me digas nada ahora, Anto, piénsalo, yo sé esperar.

Dicho esto, se marchó dejándola en un mar de dudas. En cierta forma,

Javier tenía razón, podía darle una familia a su hijo para que fuera como todos los demás niños. A él lo conocía, pero no lo amaba, seguía amando con locura a José Ignacio. Tocó su vientre y cerró los ojos imaginándose que era José Ignacio quien lo hacía y, después de mucho tiempo, se permitió dejar salir una lágrima.

Se fue a su habitación en silencio y no pudo dormir en toda la noche. Pensaba en José Ignacio y recordaba su historia como si fuera una novela que podía coger y releer todas las veces que quisiera. En eso estaba cuando vio los primeros rayos del sol. Ese día era un día importante, sabría el sexo de su bebé y por fin lo podría llamar por su nombre.

Se duchó y, con las hormonas tan revolucionadas como las tenía, no pudo dejar de sentir. Imaginó que las gotas de agua eran los cálidos brazos del amor de su vida que la estaban tocando, pero cuando llegó hasta su barriga, paró y volvió de golpe a la realidad.

Al ver la cara de Antonia, Brisa se extrañó. Hacía mucho que no le veía esa cara, esa tristeza.

Había tratado de hablar de ella con José Ignacio en una ocasión, pero él, sin escucharla, se lo había prohibido, dejándola sin poder decir nada.

Francisca iba vestida como una estrella de cine. Llevaba unas gafas de sol que le cubrían casi toda la cara y vestía de negro con una larga parka plateada encima. Si su intención era pasar desapercibida, estaba totalmente equivocada.

—¿Has visto lo gordas que están esas mujeres?! ¿Parece que vayan a reventar? —dijo Francisca, refiriéndose a otras embarazadas que también esperaban.

—No seas mala, seguro yo estoy igualita que una ballena.

—¡Estás loca! No insultes a las ballenas —respondió Fran, haciendo reír a María y a Brisa. Siempre que estaban bien eran así, se podían decir cualquier barbaridad, pero mientras estuvieran bien, les resbalaba.

En ese momento abrieron la puerta de la consulta y se oyó una voz:

—Antonia López. Pase por favor.

Francisca le cogió la mano. Estaba nerviosa, se sentía un poco desconcertada en aquel lugar. Juntas y seguidas por Brisa y María, entraron en la consulta.

La doctora Ardiles le pidió a Antonia que se tumbara en la camilla y que se bajara el pantalón, y ella obedeció.

—Doctora —dijo Francisca—, ¿usted tiene ese aparatito para hacer una ecografía en 3 D?

—No, ojalá lo tuviéramos, son un lujo que nosotros no nos podemos permitir. Pero no te preocupes, que hoy podréis ver esta maravilla muy claramente.

Antonia miró a su hermana con reproche: era imposible que en aquel hospital tuvieran una máquina de ésas, pero a ella le daba lo mismo, mientras su hijo estuviera sanito.

—Pero sí me puede dar una foto de mi sobrina, ¿verdad?

—Claro que sí, ponte a un lado para que empecemos —pidió la médica con voz ronca.

En ese momento, apagó la luz y puso el frío gel en el vientre de Antonia, haciendo que se le erizara el vello.

Las cuatro mujeres estaban emocionadas, lo único que querían ver era aquella pequeña vida.

Con una amable sonrisa, la ginecóloga las miró y comenzó a mover el aparato.

—Es precioso —dijo Brisa suspirando.

—Pero si no se ve nada —respondió Francisca.

Hasta que de pronto, la doctora Ardiles apretó unas cuantas teclas y se vio un bebé completamente formado. Se apreciaban con claridad las manos y las piernas, estaba mirando hacia arriba y tenía una mano sobre la cabeza.

—Es maravilloso —susurró Antonia, emocionada, sintiendo cómo su corazón latía rápidamente.

Todas se quedaron boquiabiertas al ver aquella cosita completamente formada dentro de Antonia.

—Las está saludando —dijo la médica, refiriéndose a la manita que él bebé tenía sobre su cabeza.

Todas sonrieron, pero Antonia sintió que unas lágrimas corrían por sus mejillas. Su felicidad sería completa si José Ignacio estuviese a su lado.

—Se parece a mí —comentó Francisca.

—Ah, no, yo creo que tiene mi nariz —prosiguió Brisa.

—Está enterito —murmuró Antonia, secándose las lágrimas.

María, que hasta entonces había permanecido en silencio, pues estaba impresionada con la tecnología, afirmó:

—Tiene de todo un poco, la nariz de Brisa, la carita de Francisca y la

fuerza de Antonia.

La ginecóloga, al ver tan bonita escena y la felicidad en la cara de aquellas mujeres, les preguntó:

—¿Quieren saber el sexo del bebé?

Todas se miraron y gritaron al unísono:

—¡Síiii!

—Es una niña y, por sus medidas, va a ser bastante grande.

«Como su padre», pensó Antonia, sintiendo de inmediato una punzada de dolor en el corazón, pero igualmente sonrió.

Francisca fue la primera en aplaudir. Siempre lo había sabido. No sabía cómo pero lo sabía.

Salieron felices del hospital, no paraban de hablar y miraban la ecografía. Brisa sentía que aquella situación tenía que acabar, esa felicidad también merecía sentirla su hermano. Pero estaba atada de pies y manos, no podía traicionar a Antonia.

Al salir del hospital, oyeron una voz que las llamaba. Se volvieron para ver quién era y Francisca se sintió morir, era su médico favorito, que, mirándola fríamente, se acercaba hasta ellas.

—Antonia, María, Brisa, ¿cómo están? —dijo, saludándolas a todas y excluyendo a Francisca.

Ella se ofendió y, muy digna, se giró para irse hacia el coche. Pero en ese momento, sintió que un brazo la detenía y la obligaba a volver. Se alegró, pero no se lo pondría fácil y como estaba asustada ante aquella nueva sensación, contestó:

—Suéltame, ¿quién te has creído que eres?

Y sin importarle la gente que estaba delante, Iván replicó:

—Tú y yo tenemos que hablar sobre lo que pasó en la consulta. Sí, no me abras así los ojos, que sabes perfectamente de lo que te estoy hablando.

Francisca se sintió apabullada por aquellas palabras y manejó la situación con la peor táctica que un estratega podía utilizar.

—Yo soy una mujer casada, así que déjame decirte que te estás equivocando de persona.

La furia de Iván era evidente. Se podía haber esperado cualquier cosa excepto ésa. La soltó como si quemara y, sin decir nada, se dio la vuelta y entró de nuevo en el hospital.

—Pero ¿qué has hecho? —exclamó Antonia, cogiéndola del brazo.

—Lo que tú no hiciste desde un principio, ¡decir la verdad! —le espetó molesta. El demonio de ella misma la había poseído de la peor manera.

Antonia sabía exactamente por qué su hermana se sentía así. Estaba asustada. Iván la intimidaba y ella no quería dejar que traspasasen su escudo. Prefirió no decirle nada, pues sabía que cualquier cosa que dijera terminaría en discusión y por el bien de su hija, decidió seguir caminando a su lado en silencio.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que te ha comido la lengua el gato? —volvió a la carga Francisca, con toda su chulería.

—No, hermanita —contestó, acercándose a ella y abrazándola por sorpresa.

Francisca se dejó querer y, al devolverle el abrazo, dijo:

—Te quiero y sí, tienes razón, perdona lo que te he dicho. Soy lo peor, pero es que no sé, ahora, sabiendo que estoy casada, seguro ya no lo veo más. Eso espero... —murmuró.

Al llegar a casa, Antonia estaba inquieta, necesitaba hablar con alguien sobre la proposición de Javier. No es que la estuviese considerando, pero de algún modo le rondaba la cabeza, sobre todo ahora, que tendría una niña, quería que se pudiese enfrentar al mundo con seguridad. Sabía lo difícil que era crecer sin padres y por eso mismo estaba dudando. No es que hubiese dejado de amar a José Ignacio, no, todo lo contrario.

—¿Qué pasa? ¿Estás nerviosa? Desde que hemos llegado no has parado de dar vueltas por la casa —comentó Brisa, llamando la atención de Francisca.

—Sí, es cierto, Anto, ¿qué pasa? ¿No estás contenta? ¡Hoy por fin hemos sabido qué va a ser nuestro garbancito!

—Sí, claro que estoy contenta, no es eso... es que anoche Javier me hizo una propuesta.

—¿Qué?! —exclamaron al unísono; acto seguido Francisca añadió—: Dime, si es indecente te juro que le...

—¡No! ¿Cómo se te ocurre...? Me dijo que por qué no formábamos una familia, que él querría al garbancito como si fuera suyo.

—¿Eres tonta?! —la insultó por primera vez en su vida Brisa, sorprendiéndolas—. Ya sé que no quieres que José Ignacio se entere, pero de eso a juntarte con Javier, no puedes. Eso sería injusto para ti y para él. No puedes engañar a los sentimientos, Antonia.

—Es cierto, Anto, esta vez estoy de acuerdo con Brisa —afirmó Fran, cogiéndole la mano a su hermana—. A nuestra niña no le va a faltar de nada, tú trabajas, está la abuela, estoy yo, ¡que por mi vida te juro que nada, ni un pendiente le va a faltar! Tú mereces ser feliz, sé que ahora no lo ves así, pero algún día llegará un hombre, claro, seguro no millonario, porque eso sólo pasa una vez en la vida... pero llegará, Anto, no te engañes ni a ti ni a tus sentimientos.

Mientras una lágrima rodaba por su mejilla, Antonia contestó:

—Gracias, es que a veces me siento sola. Por más vueltas que le doy al asunto, no lo entiendo. Estábamos tan bien, no sé por qué José Ignacio reaccionó así.

—¡Basta! ¡Se acabó! No quiero volver a tocar este tema, Antonia, no te permito que derrames ni una sola lágrima más. Mi sobrina tiene que nacer feliz y no con cargas negativas —le espetó Brisa, siendo secundada por Francisca. Y dejaron ahí la conversación.

Antonia no sabía si se había aclarado o quedado más confusa.

Durante la tarde, Francisca recibió una llamada de Carlos, diciéndole que tenía que volver, pero que no le podía contar a su hermana el verdadero motivo. Así que sin que Antonia se diera cuenta, se acercó a Brisa.

—Me ha llamado Carlos, es el cumpleaños de tu hermano. ¿Vas a ir?

—¡Oh...! Se me había olvidado por completo. Pero ¿estás segura de que lo va a celebrar? Sé que no está en Chile. Después de lo de Antonia, se fue al extranjero a ver los negocios de la familia, yo apenas he hablado con él.

—Sí, te lo estoy diciendo, para eso me ha llamado Carlos. Lo va a celebrar en el hotel W Santiago y no puedo faltar. Será mañana, así que me voy ahora. ¿Tú te vienes conmigo?

—Sí, claro, pero ¿qué le decimos a Antonia?

—No sé, yo que tengo que ver unas cosas de la oficina y bueno tú... cualquier cosa de la comunidad esa que tienes.

Eso fue lo que hicieron. Al anochecer, ambas se despidieron. Francisca dijo que volvería en cuanto se quedara libre, pero esta vez lo haría cargada de cosas para su sobrina. Ahora que sabía que era niña, pretendía comprarle de todo, y ella era una experta en esas cosas. Se despidieron con muchos abrazos y besos. Antonia no pudo evitar sentirse sola.

En Colombia, en el hotel J W Marriot, José Ignacio maldecía. Tenía una reunión impostergable, una junta de accionistas a la que no podía faltar, era un balance anual.

Desde el último incidente con Antonia, se había autoexiliado al extranjero. Prefería hacer sus reuniones en otro país e incluso, si era muy necesario, mandaba a buscar a Chile a las personas con quienes se tenía que reunir. Pero esta vez eso era imposible. Por más que lo había aplazado, llegó el momento de volver a Santiago. Encima, coincidía con su cumpleaños.

Por dentro estaba destrozado, le era imposible olvidar, pero no demostraría ningún atisbo de flaqueza frente a sus amigos. El comunicado que había hecho público el bufete Carrera&Montt después del incidente aludía a un despecho, dejándolo muy mal parado y blindando por supuesto a Antonia, algo que él repudió, y fue una de las razones por las que decidió irse.

Durante esos meses fuera, su humor no había mejorado nada, de hecho, su fiel asistente, Manuela, estaba pensando seriamente en dejarlo. José Ignacio trabajaba a todas horas, no quería estar de ocioso en el hotel. Si no estaba trabajando en la oficina, lo hacía desde su habitación, y cuando tenía que salir, terminaba borracho, ahogando sus penas en algún bar. No quería llegar a su casa, ese lugar le recordaba demasiado a su chinita, todo allí se lo recordaba. Tampoco pensaba quedarse en casa de sus padres, había decidido hacerlo en otra parte.

Marcela, que siempre le había parecido atractiva, por más intentos que había hecho para hacerlo caer en sus redes, ahora le asqueaba, le aburría, le parecía una mujer burda, fácil, cosa que la tenía muy molesta. Ella viajaba constantemente a verlo y nada conseguía, pero esta vez él regresaría, estaría en su territorio y nuevamente pediría ayuda a su aliada.

Después de la junta de accionistas, donde todo salió a las mil maravillas, los asistentes fueron a una recepción y justo ahí estaba Brisa esperándolo. Al verlo se entristeció. Aquel hombre no tenía nada que ver con su hermano. A pesar de que su cara era la misma, llevaba el pelo más largo y, en pocos meses los años se le habían echado encima. En su cara no se veía ni una gota de felicidad ni de luz, parecía un hombre oscuro, incluso peligroso.

—¡José Ignacio! —lo llamó, acercándose para abrazarlo.

—¿Qué quieres, Martina? —preguntó serio.

En el fondo de su alma también sentía rencor hacia ella. Su hermana también lo había abandonado y tenerla ahí tan cerca hacía que quisiera saber

de Antonia y verla. Sabía que ellas se veían, no hacía falta que se lo dijeran, conocía bien a aquella pequeña.

—Hola, por lo menos, ¿no crees? Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Estoy trabajando, no vagando por el mundo y viviendo a expensas de los demás —respondió circunspecto.

En ese momento, Martina sintió que tenía delante a un desconocido. Hacía mucho que él no era simpático con ella, pero nunca la había insultado, no así por lo menos.

—Qué triste, José Ignacio —respondió con pesar.

—No me vengas con idioteces, que yo no necesito tu compasión ni la de nadie. ¿Me oyes?

—No te compadezco lo más mínimo, sólo digo qué triste porque ya ni siquiera tienes alma. Y aunque no me alegro de lo que te pasa, creo que estás recibiendo un merecido castigo.

Eso enfureció a José Ignacio, que la cogió del brazo bruscamente, haciéndole daño.

—¡Suéltame! Me haces daño —decía Brisa, mientras él, sin importarle nada, la sacaba de allí.

—Cállate, Martina, vete de aquí. No quiero más escándalos y eso es lo que tú estás haciendo.

Brisa no se pudo aguantar, ella era fuerte en muchas cosas y nunca había creído totalmente la versión de Antonia de que él la había tirado al suelo, pero en ese momento lo entendió todo, y supo que era cierto. Y, como poseída por la rabia que sentía hacia ella misma, le gritó delante de todos:

—¡Eres un verdadero idiota! ¡Y yo más, por creer en ti! Le hiciste daño a Antonia, la empujaste, la dejaste tirada y yo, aun así, no la creí, ¡a pesar de su fisura! ¿Por qué? Por creer en ti. Me arrepiento de no haberla creído, eres bruto, eres un animal. ¡Y sí! ¡Te mereces todo lo que te está pasando! —concluyó histérica, para luego salir corriendo, dejando a un pensativo José Ignacio.

No entendía nada, no recordaba haber sabido nada de una fisura. Volvió con los accionistas y al cabo de un rato por fin pudo zafarse. Necesitaba sacar de algún modo la tensión acumulada. Se fue al gimnasio del hotel donde se alojaba, se subió a la cinta de correr y, como si huyera de algo que lo perseguía, comenzó a caminar, trotar, correr... correr como alma que lleva el diablo.

Brisa se sintió desconcertada por todo lo ocurrido. ¿Qué había pasado con su hermano? Echó a andar, pero, de repente, sintió la necesidad de ir a su casa. No para ver a su madre o a su padre, sino porque quería pensar, sentirse protegida. Se dirigió hacia allá. Al entrar, Irene la saludó con cariño, Elizabeth no estaba y, en vez de dirigirse a su habitación, al pasar por el salón y ver la chimenea encendida, Brisa se sentó delante y se acurrucó en el sofá. Desde fuera parecía como si la habitación estuviese vacía, todo era paz, el único sonido provenía de los leños quemándose. Estuvo largo rato mirando las llamas, pensando en Antonia, en su hermano, en ella, hasta que cayó en una especie de letargo...

Estaba a oscuras, el salón sólo iluminado por la chimenea. Ya había caído la noche y eso significaba que la celebración de José Ignacio ya había comenzado. Durante la tarde, ella había decidido no ir. Aquél no era su hermano, era un extraño.

Unas voces la sobresaltaron, después de oír cómo, violentamente, alguien cerraba las puertas del salón. No veía quiénes eran, pero, por la voz, sí podía distinguir claramente quién hablaba.

—Elizabeth, tienes que ayudarme, no sé qué hacer.

—Ése no es mi problema, yo te entregué a José Ignacio en bandeja. Si tú no has sabido aprovecharlo, eso no es asunto mío, Marcela.

—No me puedes hacer esto, no ahora que él ha vuelto.

—¿Cómo? Yo puedo hacer lo que quiera. Creía que eras más inteligente, me arriesgué, truqué las cintas e hice que mi hijo creyera que Antonia era de lo peor. Si con todo eso y el honor ultrajado de él no pudiste hacer nada, es porque en verdad eres tonta.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Marcela, únicamente te digo la verdad. José Ignacio dejó a esa insulsa ¿y tú qué has hecho? Nada, ni siquiera te has podido meter en su cama. ¡Gracias a Dios que esa mujer es orgullosa y se siente herida!

—¿Por qué dices eso? —contestó altiva Marcela.

—¿Ves que tengo razón? Eres muy tonta —replicó con arrogancia Elizabeth.

—Dime, ¿por qué dices eso? —preguntó histérica.

—¡Porque Antonia está embarazada de José Ignacio! Y como se siente humillada, con el honor mancillado, ha decidido tener a ese... a ese bastardo sola. Por lo menos algo tengo que admirarle, tiene arrestos la mujercita.

—¿¡Qué!/? —Marcela no se lo podía creer, jamás habría imaginado una cosa así—. Pero... pero ¿tú crees que es de José Ignacio? ¡Eso es imposible! —negó, acercándose a la chimenea.

—No sé cómo ni me interesa, pero aunque me duela, ésa no estaría con nadie más que con José Ignacio. Esa clase de mujeres son las peores, son decentes, Marcela, no como tú o como yo. Sé por qué te lo digo. No llegará a ninguna parte, por supuesto, pero si algo se les reconoce en la vida es la decencia. La decencia del pobre, del humilde, del que es feliz con lo que le ha tocado en la vida y no aspira a nada más —dijo Elizabeth suspirando.

—Pues entonces con mayor razón. ¡Ayúdame, te lo suplico!

—No. Yo ya he hecho mi trabajo.

—Pero no me puedes dejar así. ¡Yo le mostré las fotos! ¡Le di la grabación! ¡Te ayudé! ¡Yo hice gran parte del trabajo! Obligué a Antonia a que me dijera cosas para que tú las pudieras arreglar.

—Sí, y te lo agradezco, y además te pagué por ello, no lo hiciste por caridad, querida. ¿Recuerdas?

—¿Y qué pasaría si voy y se lo cuento todo a José Ignacio?

—Me da igual, yo tengo las grabaciones originales y le diría que me extorsionaste. Tengo la copia del cheque que te entregué, guardado, muy bien protegido, ése es mi pasaporte a la inocencia.

»Pero, querida, vamos, sé inteligente, vete a tu casa, te arreglas con uno de esos vestidos que te quedan tan bien y te comportas como una dama, cosa que claramente no eres. Sé que ese tipo de mujeres le gusta a mi hijo, lamentablemente él es como Marcel.

»Sí, no me mires así, él fue el verdadero padre de José Ignacio. Era un buen hombre, pero no tenía nada que ofrecerme, él era como Antonia, te podía hacer creer en un cuento de hadas y entregarte una felicidad inimaginable.

—¿Y qué pasó con él? —preguntó Marcela, aprovechándose de la situación y de la debilidad de Elizabeth.

—Mi padre me hizo un gran favor, hizo que lo deportaran a su país.

—Pero ¿tú lo amabas?

—Con toda el alma.

—¿Y entonces? No lo entiendo —dijo Marcela confusa.

—Era vivir en la pobreza junto a un poeta fracasado o ser la mujer que soy ahora, ¿qué crees que elegí?

—¿Y él por qué no luchó por su hijo?

—Porque le dije que era de otro y luego me casé con Roberto. Hace cuarenta años todo era muy distinto y la palabra valía, lo era todo. Hoy, ya ves, no hay nada que un simple teléfono inteligente no pueda arreglar. Ahora, vete, aprovecha. Ah, y te daré un último consejo.

—Dime.

—Los hombres con alcohol en el cuerpo son más fáciles de seducir. —Y dicho esto se marchó, dejándola sola en el salón.

Brisa, oculta tras el sofá, no podía parar de llorar. Tuvo que ponerse la mano sobre la boca para acallar sus sollozos. No podía creer lo que acababa de oír, lo vil que era su madre, esa mujer tenía el alma negra. No quería a nadie, sólo amaba el poder y el dinero.

Elizabeth se estaba vengando del mundo, de todos, incluso de su propio hijo, no merecía ser madre. Por lo menos, Marcela estaba enamorada. No la justificaba, pero podía llegar a comprender su comportamiento. En cambio por Elizabeth sólo sintió repulsión. Su dolor se acrecentó, sabía que tenía que hacer algo, aquello era un cúmulo de malos entendidos y de montajes novelescos. No, era peor que eso: era la vida real, su vida, su familia.

Esa noche, Brisa perdió a su madre para siempre. Pero como fuera recuperaría a su hermano, le mostraría la felicidad y lo salvaría.

Él merecía ser feliz, aunque eso significara el desprecio eterno de su madre.



Brisa esperó un rato a estar más calmada. Cuando se hubo secado las lágrimas, se encaminó hacia la habitación de su madre. Sabía perfectamente qué hacer para poder entrar en su estudio personal y acceder a la caja fuerte. Elizabeth no era una mujer predecible, pero ella había aprendido a conocerla y sabía que todo lo valioso lo guardaba detrás de un cuadro de Van Gogh que se titulaba *La noche estrellada*. No era el original, pero era una copia certificada que valía casi tanto como si lo fuera.

—Mamá —dijo Brisa con los ojos rojos, que se había restregado a propósito.

—Dime, Martina, ¿qué quieres? Estoy cansada y me quiero acostar.

—Lo sé, sólo quería decirte que tienes razón, que siempre la has tenido.

—¿Ah, sí? —exclamó sorprendida e intrigada. A ella le encantaba tener siempre la razón.

—Sí. Se acabó esta vida de hippie. Quiero ser normal, como dices tú, y para eso necesito tu ayuda.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué has decidido cambiar? Ven, ¿has estado llorando? —preguntó, preocupada. No esperaba ese tipo de declaración, y menos de su hija.

—Sí, he estado llorando, pero no importa. He terminado con el imbécil de mi novio. Es un don nadie, con él no llegaré a ninguna parte y... no quiero ser pobre. Quiero viajar, disfrutar de la vida, como tú siempre has querido que hiciera.

—Muy bien, mi amor, yo siempre lo he sabido —afirmó con una gran sonrisa en los labios, sintiéndose orgullosa.

—Sí, mamá, y por eso necesito tu ayuda. ¿Puede ser?

—Por supuesto. Dime, ¿qué necesitas?

—He llamado a la compañía aérea y he reservado un billete a París. Me voy mañana, pero no tengo ropa adecuada, ni joyas, ni dinero. Quisiera comprarme algo decente para el viaje y, como ya sabes que no tengo tarjetas, me gustaría que me dieras algo de efectivo mientras papá y tú encargáis tarjetas a mi nombre. Espero gastar mucho, creo que tengo muchos años que recuperar.

—¡Por supuesto, hija! De eso no te preocupes. Pero ¿no prefieres que te acompañe mañana a comprar algo aquí?

—¡No! No hace falta, sólo necesito dinero. Después de todo, sólo estoy reclamando lo que me pertenece —dijo Brisa, echándose el pelo hacia atrás con el mismo gesto arrogante que hacía siempre su madre cuando quería conseguir algo.

—Claro, Martina, ve a la caja fuerte y saca todo lo que necesites —respondió Elizabeth, confiada y feliz.

Sabía que no había tiempo para entregarle un pagaré para un banco francés, así que dinero en efectivo, que a ella le sobraba, sería lo más indicado.

Brisa le dio dos besos a su madre y se levantó de la cama para dirigirse al estudio.

—Martina —oyó de pronto, haciendo que el corazón se le paralizara. Se sintió pillada, pero no se volvió. No podía, los nervios la hubiesen delatado de inmediato.

—¿Sí? —contestó con un hilo de voz.

—Cuatro, cinco, ocho, nueve, cero, dos, uno: ésa es la clave.

—Gra... gracias, mamá —respondió con el mismo hilo de voz, tragando saliva—. ¿Te aviso de la cantidad que cojo?

—No, querida, no es necesario. Me acostaré enseguida, tengo jaqueca. Mañana te vienes a despedir antes de marcharte.

—Sí, claro. Que duermas bien.

Lo más rápido que pudo, antes de que se le olvidara la clave, se dirigió hasta el estudio, movió el pesado cuadro y tecleó en el panel digital los siete dígitos que su madre le había dicho.

Sonó un clic y la puerta se abrió soltando el aire presurizado que guardaba dentro.

En el interior de la caja había varios fajos de dinero, pero no cogió ninguno, ése no era su objetivo. Debajo de éstos vio varias carpetas y, al

fondo, una caja de terciopelo azul. La abrió y se llevó una decepción al ver que contenía joyas. No veía el teléfono por ninguna parte. Levantó los fajos de billetes y encontró una carpeta negra que ponía «Antonia López». La cogió sin abrirla, con mucho cuidado, y detrás divisó una grabadora y un teléfono. Suspiró aliviada, lo tenía todo y más.

Se lo metió rápidamente debajo de la ropa, cerró y se dirigió a la puerta.

Justo cuando estaba saliendo, se topó con alguien y se sobresaltó.

—Pero, mi niña, ¿qué te pasa? ¿Qué me ocultas?

—Nada, papá, sólo estaba en el estudio porque...

—Sí, mi vida, me lo ha contado tu madre. Pero ¿tú estás bien? ¿Quieres contármelo? Has estado llorando. Ven, vamos a hablar, hace tanto que no lo hacemos...

—No, papá, es que ahora no puedo. Se me parte el alma cuando hablo de eso y no quiero llorar más. Te prometo que te lo contaré, pero ahora necesito irme. ¿Me prestas tu coche?

—Pero, hija, hace años que no conduces, ¿estás segura?

—Sí, papá, eso es como ir en bicicleta, no se olvida nunca.

—Bueno, Martina, toma, aquí están las llaves.

Brisa salió rauda hacia el garaje. Estaba nerviosa, no sabía muy bien qué hacer. Ella que siempre era tan calmada, ahora estaba histérica.

La noche le había deparado muchas emociones y aún le esperaban más.

Cuando ya hubo recorrido un par de manzanas, detuvo el lujoso coche de Roberto y cogió la carpeta. Dentro encontró toda la información de Antonia: sus datos personales, trabajo, religión, partido político, cuenta bancaria, hasta su número de identidad. Junto con eso, información de toda su familia, incluido Javier, y fotos, muchas fotos, de ella y de Gabriel, de Javier, de algunos hombres que Brisa no conocía, y luego imágenes de Antonia con esos mismos hombres, ella con Javier, con Gabriel, todo era un montaje. También fotos de ella embarazada, recientes, con Gabriel. Ésa era la prueba de que todo era mentira, le constaba que Antonia no había visto a Gabriel estando embarazada. Había estado con ella en el pueblo todo el tiempo.

Encendió el teléfono con manos temblorosas, no tenía mucha batería y, como una posesa, abrió la guantera del coche para buscar un cargador. Por suerte lo encontró, lo enchufó y sintió que el mundo se le caía encima cuando oyó la grabación. Se imaginó la impotencia de su hermano y lo entendió todo. Con lo que ella había escuchado también habría odiado a Antonia.

Siguió buscando en los archivos del teléfono, hasta que leyó «Marcela», lo abrió para escucharlo y una sonrisa se dibujó automáticamente en su cara. Era la primera grabación que ésta había hecho, con la conversación tal cual, sin editar. Siguió buscando en los archivos y vio «Elizabeth 1», donde se escuchaba a su madre aparentemente en el despacho de Antonia, diciéndole cosas agresivas de su comportamiento con su hijo y haciéndola sentir como si fuera una aprovechada.

Siguió investigando y leyó «Elizabeth 2». Era toda la conversación que había tenido lugar en casa de sus padres, en la que Antonia le decía a Elizabeth que no volviera a intentar darle dinero.

Todas las pruebas estaban en sus manos. Necesitaba hablar con Francisca, seguro que ella sabría qué hacer, pero no tenía su número ni ella tenía móvil. Puso de nuevo en marcha el coche y se dirigió lo más rápido posible al hotel donde se estaba celebrando el cumpleaños de su hermano.

Le entregó las llaves a un empleado del hotel y entró apresurada. Nadie le dijo nada. Aunque vestía como una hippie, su porte denotaba su clase.

Llegó al fastuoso bar del hotel, de diseño vanguardista y con extravagantes obras de arte, un lugar sumamente agradable, rodeado por grandes espejos que llegaban hasta el techo y paneles de cuero negro. Allí todo era lujoso y elegante y no la dejaron pasar. Un guardia de seguridad estaba en la puerta con una lista en la mano. Brisa no se esperaba eso, pero sí estaba segura de que su nombre no figuraba en aquel papel.

El bar estaba cerrado al público, era una fiesta privada. Por más que rogó que llamaran a José Ignacio, el vigilante, que medía casi dos metros, no lo hizo.

Brisa miró hacia dentro y no vio a ningún conocido, sólo estupendas mujeres que parecía que estuvieran en un desfile de moda y muchos hombres apuestos y vestidos elegantemente. En un momento dado divisó a Francisca, que se paseaba con garbo entre la gente con una copa de Martini en la mano.

Francisca se sentía incómoda, no quería estar allí, Carlos prácticamente la había obligado a ir. Aquello formaba parte de su acuerdo, ella debía acompañarlo en los eventos sociales y ése lo era, y uno muy importante.

—¡Francisca! ¡Francisca! —gritó como loca Brisa desde la puerta, molestando al guardia, que levantó la mano y por el micro de la manga llamó para que alguien la fuera a buscar y se la llevara de allí. Lo habría hecho él mismo, pero no podía dejar su puesto.

Entre el ruido, a Francisca le pareció oír su nombre. Miró, pero no vio a nadie que la llamara y siguió a lo suyo.

Cuando dos hombres llegaron a la puerta y cogieron a Brisa por los brazos, ésta comenzó a patalear y gritar nuevamente.

—¡Fran! ¡Francisca! —Esta vez lo hacía con toda su alma y su amiga la oyó claramente.

Miró en todas direcciones, hasta que le llamó la atención el alboroto de la puerta y corrió, dejando la copa en una mesa. Al ver el espectáculo, gritó como toda una dama fina y ofendida.

—Pero ¿qué están haciendo?! ¡Suéltenla, panda de... orangutanes! Es hermana del que ha organizado esto. Quítenle las manos de encima o se las verán conmigo.

En ese momento se acercó más gente hasta la puerta, y muchos reconocieron a Martina, pues eran amigos de José Ignacio desde hacía años.

—Señorita, disculpe, es que yo tengo órdenes.

—Ya, no importa —repuso Brisa, colocándose bien la falda y el bolso, que llevaba en bandolera y ahora tenía en la espalda.

—Pase, pase.

—Esto no se quedará así —advirtió Francisca, enfrentándose al orangután, que aún se disculpaba por lo sucedido.

Cogió a Brisa de un brazo y se la llevó fuera de allí.

—¿Estás loca? ¿Qué te pasa? ¿Qué hacías gritando así?

—Fran, Fran —decía Brisa, atropellándose con las palabras. Tenía tanto que contarle que no sabía por dónde empezar. Como pudo sacó la carpeta de su bolso con manos temblorosas y se la entregó.

Francisca la abrió y la cerró de inmediato. Cogió a Brisa de la mano y se alejó con ella rápidamente. Aquello que tenían era muy importante.

Sin decir nada, bajaron hasta la recepción y Francisca pidió una habitación, que le dieron enseguida. No permitió que nadie las acompañara, ella sola la podría encontrar, dijo con su característica petulancia.

Llegaron a la habitación 523 del hotel, cerraron la puerta y se sentaron en la cama. Más tranquila, Francisca abrió la carpeta y se quedó estupefacta al ver lo que contenía. Miró a Brisa en busca de una explicación y ésta, en respuesta, pulsó un botón del teléfono y empezó a sonar la grabación alterada de Antonia, lo que había escuchado José Ignacio.

Francisca se llevó las manos a la boca, no se lo podía creer. Aquella

perra de la grabación no era su hermana, ella jamás, ni siquiera poseída por el demonio, podría haber dicho una cosa así. Miró a Brisa y ésta, al entender perfectamente su desconcierto, le puso la otra grabación, la de Marcela original y Francisca volvió a respirar. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aire.

—Pero ¿cómo es posible?!

—Espera, Fran, eso no es todo —le anunció Brisa y le puso la otra grabación, cuando ésa terminó, puso la tercera.

—¡Es que la mato! —gritó Francisca, dirigiéndose hacia la puerta. Iría a por Marcela y nadie la podría parar.

—No, Fran, espera, tenemos que pensar cómo haremos para que José Ignacio pueda ver esto, a nosotras no nos va a querer escuchar.

—Brisa... ¿cómo, cómo has obtenido esto?

—Es largo de contar, Fran, lo único que te puedo decir ahora es que sé que desde hoy he perdido a mi madre. Esto no es nada, esta noche he oído tantas cosas... José Ignacio ni se imagina la madre que tiene.

—Pero ¿tú estás bien? —preguntó Francisca, acercándose a ella para abrazarla. La veía tan triste que se le encogió el corazón.

Cuando se abrazaron, Brisa se echó a llorar. Necesitaba desahogarse y en ese momento aquellos cálidos brazos se lo estaban permitiendo. Lloró durante un rato, hasta que sintió que las fuerzas volvían a ella.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Pagarle a Marcela con la misma moneda, ¿estás de acuerdo?

—¿Qué quieres hacer? —dijo Brisa, un poco asustada por la actitud que había tomado Francisca.

—¿Confías en mí? —le planteó ésta, con una malévola sonrisa.

—No —contestó segura Brisa.

—No importa. Ven, vamos, lávate la cara y sígueme el juego. Ahora empieza la diversión.

Mientras Brisa iba a lavarse la cara y ponerse un poco más presentable, Francisca dispuso todas las fotos sobre la cama, ordenadas.

Al salir del cuarto de baño, Brisa no entendió nada y se asustó ligeramente al ver aquella expresión triunfal en la cara de Francisca.

Ambas salieron para dirigirse nuevamente al bar. Esta vez estaba abarrotado. A José Ignacio se lo veía feliz, abrazado a una despampanante rubia, que parecía muy a gusto con él.

Vestido con unos pantalones oscuros que le quedaban a la perfección, una camisa de lino blanca con los botones de arriba desabrochados, lo justo para que se le viera un poco de vello, estaba muy atractivo y sexy. Nadie que no lo conociera podría haber dicho que aquel hombre no era feliz. Lo tenía todo: fama, poder, belleza, dinero, éxito... qué más le podía faltar.

Verlo así acrecentó la rabia de Francisca y se reafirmó en su plan maestro. Se acercó al DJ como una pantera en celo y le pidió que pusiera una grabación para el homenajeado cuando ella se lo indicara.

Luego, con coquetería, se acercó más al joven y le dio un pícaro beso en la comisura de los labios, dejándolo totalmente a su merced. Brisa, que se mantenía en un segundo plano, se unió a ella y juntas se dirigieron a donde estaba José Ignacio.

Éste, al ver a Francisca, no pudo evitar pensar en Antonia y eso hizo que su fingida sonrisa se desvaneciera de inmediato.

—Buenas noches, Francisca, Brisa... —saludó serio y, ante la mirada atenta de Francisca, cogió por la cintura a su acompañante, que era igual que una Barbie, y se la presentó:

—Ella es Ludmila, mi pareja —afirmó, mostrando su ya famosa sonrisa, besándole el pelo.

—Buenas noches, Ludmila —dijo Francisca, dándole la mano y mirando a José Ignacio con la mejor de sus sonrisas—. Cuanto más alta la caída, cuñadito, más duele el golpe.

Y diciendo estas palabras, se dio la vuelta, cogió a Brisa y lo dejó con la palabra en la boca, enfureciéndolo más que por su actitud, por la forma en que lo había llamado «cuñadito».

—¿Qué es todo esto, Fran?

—Ya lo verás, Brisa, siéntate a ver pasar el cadáver de Marcela, que viene justo ahora —contestó Francisca, acercándose a la exuberante mujer.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró Brisa, asustada.

Sin responderle nada, únicamente tirándole del brazo, llegó hasta Marcela, que realmente estaba espectacular. Llevaba un vestido negro largo, con un escote muy sutil, que la hacía parecer lo que era, una mujer de clase y estirpe. Iba peinada con un moño estilo años cincuenta y era la viva imagen de la feminidad.

—¡Marcela! Creo que has llegado un poco tarde, querida, José Ignacio ya está ocupado. Y déjame decirte que Ludmi es encantadora, ¿verdad, Brisa?

—Sí, es un amor, además de ser preciosa. Ojalá yo tuviera sus piernas — comentó, entrando en el juego de Francisca para que Marcela se enfureciera.

—Y yo su culo —apostilló con chulería Francisca.

La idea era poner celosa a Marcela y lo estaban logrando, sobre todo después de ver a aquella mujer que parecía salida de un anuncio, era un ángel, lástima que antes de empezar, la pobre ya tenía la batalla perdida.

Marcela se acercó a José Ignacio furiosa y se enfadó aún más cuando vio que Ludmila acariciaba con total confianza la espalda de él.

—¿Se puede saber qué significa esto? —le espetó molesta.

—¿Perdón? —respondió él con arrogancia—. Que yo sepa, entre tú y yo todo quedó claro en Colombia.

—Pero es que...

—Pero es que nada. Ahora, si eres tan amable de irte... —bufó.

Marcela se dio la vuelta y se encaminó hacia la barra. No entendía nada, quería a ese hombre y ya había quitado a Antonia de en medio, pero esa tal Ludmila no tenía un pelo de tonta, creía que sería una rival digna de ella. Se sentó y comenzó a pensar cuál sería su próxima estrategia.

Las horas pasaban y la fiesta seguía muy animada. Brisa y Francisca estaban nerviosas, esperando el momento indicado, hasta que de repente las luces se apagaron y todos comenzaron a cantar el *Cumpleaños feliz*.

Después de los aplausos, abrazos y felicitaciones las luces seguían bajas y fue entonces cuando Francisca se acercó al DJ y le pidió que pusiera la grabación, que comenzó a sonar por todo el salón:

—Creo que lo dejé bien claro, Elizabeth, ¡yo no me vendo!

—¿Se puede saber a qué has venido?

—¿Quién se ha creído que es para dejarme esto? Le dije que ni usted ni nadie me separaría de José Ignacio. ¿Hasta cuándo va a durar? Déjenos vivir en paz, señora.

—¿Te parece poco la suma? Pon tú la cantidad, Antonia.

—No, señora, no me parece poco, pero quiero advertirle que esta vez será la última. La próxima hablaré con José Ignacio y no seré yo quien venga.

—¡Antonia! Todas las mujeres como tú tienen un precio. ¿O es poder lo que buscas?

—¿Poder? No, señora, se equivoca, yo no soy como usted, yo no me someto a la sociedad, como hizo usted cuando decidió casarse con Roberto.

—Antonia, ¿quieres a José Ignacio?

—Más que nada en la vida.

La cara de José Ignacio se desfiguró en segundos. Parecía la grabación que él había escuchado, pero no tenía nada que ver con lo que recordaba. Estaba confuso y todos empezaron a murmurar. Buscó a Marcela entre la multitud y al verla acercarse a la puerta, gritó con fuerza:

—¡Marcela! ¡No te muevas!

Ella no le hizo caso y siguió caminando. A grandes zancadas, él se apresuró a llegar hasta ella, abriéndose paso entre la multitud.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño! —chillaba Marcela cuando la atrapó.

En ese momento, Brisa se acercó a su hermano y le tocó el brazo temerosa:

—José Ignacio, yo te lo puedo explicar todo; por favor, escúchame.

—Sí, José Ignacio, es verdad —intervino Francisca—. Ven, síguenos y estaría bien que esta... esta mujer también nos acompañara —añadió.

—No, yo no tengo nada que hacer con vosotros. Soltadme, no sé qué es lo que estáis haciendo —vociferaba una asustada Marcela.

—Por favor, José Ignacio, danos una oportunidad, no te vas a arrepentir —pedía Brisa.

En ese momento, también confuso por la situación, se les acercó Carlos, dispuesto a impedir que se llevaran a Marcela. De algún modo él también era cómplice y si ella caía, seguro que él iba detrás.

—¿Qué haces, hombre, por Dios? Suelta a Marcela —dijo, cogiendo el brazo de su amigo, que apretaba el de la mujer.

—¡No! —gritó con firmeza—. Francisca, vamos, dime ¿qué es todo este juego?

—Ni se te ocurra hacer nada, Francisca —masculló Carlos—, o te vas a arrepentir.

Eso fue como si a Francisca le hubiesen clavado algo en el cuerpo. No pretendía meter a su marido, pero si él solito quería participar, ella no se lo impediría.

—Mi vida, mi tesoro, mi corazón, yo no haré nada ni diré nada que no sea verdad, pero si quieres puedes venir también —dijo con una gran sonrisa, ella no sospechaba la participación de Carlos.

—Vamos, Carlos, acompáñanos —pidió José Ignacio, saliendo del bar.

Entraron todos en silencio en el ascensor.

Brisa se apresuró a llegar a la habitación 523, con ellos detrás, abrió la

puerta y la cerró con llave de inmediato. Nadie saldría de allí hasta no aclarar las cosas y el destino, ayudándolos un poquito, los había reunido sin querer a todos.

Lo primero que hizo José Ignacio fue fijar la vista en la cama, todas aquellas fotografías se le clavaron como púas en el cuerpo. Antonia, su chinita, estaba en casi todas, luego se fijó mejor y vio varios hombres y mirando más vio otras en las que estaban juntos. Eran las mismas fotos que Marcela le enseñó en Buenos Aires, pero no lo entendía.

—¿Qué es todo esto?! Explícamelo, Francisca.

—Calma, calma —dijo Brisa—, esas fotos son las que tú viste, sólo que no son reales. Antonia nunca estuvo con ninguno de esos hombres, por lo menos no de la forma en que las fotos la muestran —explicó en su tono habitual.

Carlos, al ver aquello, caminó hasta la puerta para irse de allí, pero se la encontró cerrada. Intentó abrirla sin resultado. Nadie se había dado cuenta, sólo Francisca, pero no lo entendía.

—Pero no lo comprendo. ¿Y las grabaciones? —preguntó José Ignacio.

—¡Ah! Yo te lo voy a explicar. ¿O quieres hacerlo tú, Marcelita? —preguntó Francisca—. Sólo te pido que escuches y no digas nada hasta el final.

Dicho esto, puso la primera grabación y José Ignacio palideció, ni una gota de sangre circulaba por sus venas, parecía que el corazón se le hubiese paralizado. Eran las voces de Marcela y Antonia, luego oyó las de Antonia y Elizabeth y, para terminar, la que acababa de sonar en la fiesta. Miró a Brisa y a Francisca, necesitaba respuestas, no sabía explicar cómo se sentía.

De repente lo entendió y se quedó de piedra. Todo era falso, un montaje. Se abalanzó contra Marcela y la empujó contra la pared violentamente.

Todos gritaron, nadie esperaba esa reacción, no pretendían que hubiera violencia.

—¿Qué hiciste!?! —le gritó él a Marcela, que había palidecido de miedo al ver la cara de José Ignacio.

—Dime, mierda. ¡Habla! ¿Qué fue lo que hiciste, Marcela?!

—José Ignacio, cálmate hermano, por favor —pedía Brisa.

—¡No! ¡No me voy a calmar, hasta que esta desgraciada hable! ¡Habla, Marcela! —bramó, pegándole un golpe a la pared.

La ira se había apoderado por completo de él, todos esos meses sufriendo, echando de menos a Antonia, anhelándola, habían sido en vano. Ella

siempre le había dicho la verdad y él, como un imbécil, había sido engañado, y por una de las personas más importantes de su vida.

—Yo... —empezó a decir Marcela, con lágrimas en los ojos.

—Tú ¡¿qué?! —rugió él.

—Cálmate, José Ignacio, suéltala —pidió Carlos, tratando de soltar las manos de su amigo, que sujetaban por los hombros a Marcela.

—¡¿Y tú qué me vas a decir ahora?! —vociferó, soltando a Marcela, que se deslizó por la pared hasta el suelo.

Cogió a Carlos por las solapas de la chaqueta, sorprendiendo a Francisca, que salió en su defensa.

—¡José Ignacio, suéltalo! ¡Él no tiene nada que ver! ¡Fueron Marcela y tu madre! —gritaba.

Pero él no la escuchó, estaba ciego de ira.

—Tú me dijiste que Antonia se te había insinuado en tu casa antes de casarte y por eso Francisca y ella habían discutido. ¡Eso me dijiste!

—¡¿Qué?! —exclamó Francisca, ahora descompuesta.

—Sí, lo siento, es la verdad, Francisca, Carlos me lo contó.

—Eso es imposible —negó ella en voz baja.

—Lo siento, de verdad lo siento, Francisca. —Y mirando a Carlos, le espetó—: ¡Y tú, habla! No te quedes callado. ¿O también me mentiste? ¡Maldito desgraciado, jugaste conmigo! ¡Éramos amigos!

—No, no te mentí —respondió Carlos, desesperado, haciendo reaccionar a Francisca.

—¡¿Cómo que no le mentiste?! ¡Si tú eres gay, Carlos! Sí, ya lo he dicho, eres gay. Te vi con mis propios ojos cuando estabas con Tomás. ¿O me lo vas a negar también?

José Ignacio no entendía nada, estaba bloqueado. A todo lo que había escuchado, al montaje elaborado por su madre y Marcela, se le sumaba además eso.

Soltó a Carlos como si quemara, y los miró con odio a él y a Marcela.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí todos! —gritó desesperado.

Se sentía destrozado, había desconfiado de la única persona que le había sido fiel y la había perdido.

Brisa, al ver a su hermano así, abrió la puerta y les pidió a todos que salieran. Prácticamente echó a Carlos y Marcela, pero antes de que ésta saliera, Francisca la agarró del moño y, con todas sus fuerzas, le dio un

puñetazo que le rompió la nariz. No se merecía una bofetada, sino un golpe bien dado, uno de esos que sólo los hombres solían dar.

—Esto por mi hermana. —Y volviendo a pegarle, pero esta vez una bofetada, añadió—: Y esto por *Matías*, zorra.

Marcela salió entre chillidos y llantos, Carlos miró a Francisca con odio y dijo:

—Ésta me la pagarás, ¿has oído, maldita arpía?

Ella no supo qué contestar y se sorprendió al oírle decir a José Ignacio:

—Si se te ocurre hacer algo en contra de Francisca, Carlos, te juro por mi vida que terminarás viviendo debajo de un puente. Me da igual tu tendencia sexual, pero nunca, escúchame bien, nunca te voy a perdonar lo que me has hecho. Ahora, vete. No quiero volver a verte.

Carlos salió de la habitación y al cabo de un momento lo hizo también Francisca, ya no tenía nada más que hacer allí.

—Francisca —dijo José Ignacio—, gracias, gracias por todo, pero por favor, aunque no estoy en condiciones de pedir nada, te suplico que no le digas nada a Antonia. Déjame hablar a mí con ella.

—Pero es que ella...

—Por favor, Francisca, dame esa oportunidad —rogó.

—Fran, por favor —intercedió Brisa, sentada junto a su hermano.

—Está bien, me callaré, pero sólo hoy. Mañana por la noche me voy al pueblo y si sabes lo que te conviene, espero verte allí —respondió ella, quiñándoles un ojo a ambos.

Cuando cerró la puerta, José Ignacio se derrumbó y, como un niño, empezó a llorar en la falda de su hermana. Estaba desconsolado y a la vez rabioso con el mundo, con su madre, con Marcela, con Carlos y sobre todo consigo mismo, por haber sido tan imbécil.

Cuando Brisa consideró que ya había bastante de lamentos, pues ya había pasado más de una hora en la que él no había dejado de llorar, empapándole la falda, dijo, levantándole la cara con suavidad para que la mirara:

—José Ignacio.

—¿Qué? —contestó, secándose las lágrimas y pasándose las manos por su revuelto pelo.

—¿Tú amas a Antonia?

—Más que a nada en la vida, pero he cometido tantos errores que no sé cómo acercarme a ella. ¿Qué le voy a decir? Me porté como una bestia, la

insulté y no sé ni dónde está.

—¿¡Cómo!? ¿No sabes dónde está? Si te lo acaba de decir Francisca.

—¿Crees que jugaría con una cosa así en este momento? —respondió en un murmullo, suspirando.

—Está en el pueblo, con María.

—No, no está allí.

Al oír eso, Brisa se tensó.

—¿Cómo que no?

—No, yo he ido un par de veces. De hecho, ayer estuve allí y no la vi.

—¿En serio? —preguntó asombrada, eso era imposible—. ¿Y para qué fuiste? —preguntó, en un suave tono de voz.

—Porque no la he podido olvidar, sueño con ella todas las noches. Mira —dijo, dándole la billetera.

Brisa la cogió y al abrirla vio una bonita fotografía de Antonia en un sillón, iluminada sólo por la luz de la luna, con una taza en las manos.

—¿Y esto? —preguntó admirada.

—Se la hice en la casa de la playa, ella me ha acompañado siempre y yo le he pagado como un canalla... Quiero hablar con ella, pero no sé cómo. Ni siquiera sé si está sola o tiene pareja. Ella es una mujer tan especial, y además está Javier, yo los vi juntos acostados.

Brisa suspiró y le contó por qué estaban juntos, haciendo que José Ignacio se sintiera aún peor.

—José Ignacio, Antonia está en el pueblo. De hecho trabaja para Gabriel desde allí. Después del accidente...

—¿Qué accidente? ¡Por Dios! ¿Qué pasó?

Su chinita había tenido un accidente y nadie se lo había dicho. Alguien tendría que haberlo llamado.

—José Ignacio, cálmate.

—Pero ¿cómo me voy a calmar?! ¿Por qué no me avisaste, Brisa? —gritó descontrolado.

—Bueno, ¿cómo te iba a avisar? Tú... bueno, tú ya sabes lo que hiciste.

—Tienes razón —reconoció—. Pero dime, ¿qué sucedió? Habla —exigió más fuerte.

—Se cayó de un árbol. Estaba cogiendo albaricoques para hacer mermelada y como tenía la fisura del coxis, su cuerpo no fue capaz de reaccionar.

—¿Qué fisura?! ¿Cómo? ¿Cuándo se la hizo? —volvió a preguntar, pero esta vez ya totalmente desesperado.

—¿Te acuerdas cuando fuiste a su casa? ¿Ese día que la viste con Javier? —preguntó bajito y con cautela.

—Nunca se me va a olvidar, le grité tantas cosas... Te juro que después me arrepentí de todo lo que le dije. Pero al verla de nuevo con Javier... —recordó con amargura, cerrando los ojos, de los que no tardó en brotar una nueva lágrima.

Brisa estaba impresionada, nunca lo había visto llorar.

—Escucha, ese día la empujaste y ella cayó violentamente al suelo. El golpe fue tan fuerte que se fisuró el coxis. Pero ya sabes cómo es Antonia, no dijo nada hasta que cuando se cayó del árbol y la llevamos al hospital, el médico nos dijo que ésa era la lesión más grave que tenía.

José Ignacio se pasó las manos por el pelo. Jamás se imaginó una cosa así, ¿cómo había podido ser violento con ella? Era la mujer que amaba.

—¿Y ahora está bien? —preguntó asustado.

—Sí, llevó un collarín un par de meses, y a veces aún le duele un poco, sobre todo al sentarse, pero el médico le dijo que eso era normal. Además, como su peso ha variado...

Brisa se calló de inmediato; sin querer le había dado una información que no debía, pero José Ignacio no la estaba escuchando. Sólo se había que dado con lo del golpe y se estaba maldiciendo interiormente por ello.

—Bueno, por eso trabaja desde casa. Gabriel se ha portado muy bien.

—¡Dios mío, Gabriel! A él también le debo una disculpa.

—Sí, pero ahora no es primordial.

—¿Ah, no?

—No, estamos hablando de ti y de Antonia.

—Ya la he perdido, hermana —contestó él con resignación, volviendo a sentir cómo las lágrimas llenaban sus ojos.

—Te voy a hacer una pregunta, pero quiero que seas sincero.

José Ignacio asintió.

—¿Por qué no quieres tener hijos?

—Brisa, ¿qué estupidez me estás preguntando ahora? Por favor, ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Me vas a contestar —respondió ella, seria.

—Bueno, no sé, no quiero responsabilidades.

Su hermana lo miró entrecerrando los ojos, sabía que no le estaba dando importancia a la pregunta y le tiró del pelo que le estaba acariciando para que entendiera que esperaba otra respuesta.

—Ya, de acuerdo. No quiero ser un monstruo como lo fue mi padre conmigo. Él no me quiso, dejó a mamá y, ya sé que es ridículo lo que te estoy diciendo, pero no sé si seré capaz de querer a alguien y de protegerlo.

—Antes que nada —dijo Brisa, que vio una esperanza en sus palabras—, Marcel no sabía de tu existencia. Cállate, si te digo que no lo sabía es porque oí una conversación de mamá con Marcela en la que le contaba que ella le había dicho que eras hijo de Roberto, y que por eso él se fue.

—¿Qué?! —exclamó, tratando de levantarse, pero Brisa lo sujetó más fuerte del pelo y lo hizo volver a sentar.

—Te he dicho que estaba hablando yo. Y segundo, ¿cómo puedes pensar eso si te desvives por Antonia? Sé lo mucho que te preocupas por ella.

—Sí, pero es diferente. Ella hizo cambiar algo en mí, daría la vida por ella; de hecho, después del incidente en la fiesta del bufete, le pedí a Manuela que mandara una carta a todos los invitados que asistieron, que eran exactamente ciento veintitrés, disculpándome por mi comportamiento y diciendo que yo correría con todos los gastos de los asuntos pendientes que tuviesen en ese momento con el bufete.

—¿Qué?!

—No podía permitir que tuvieran esa mala idea de Antonia.

—Eres muy tonto, ¿lo sabías?

—Sí —reconoció, volviendo a suspirar—. Pero nunca se lo cuentes a Antonia o a Gabriel. Todos los clientes firmaron un acuerdo de confidencialidad; si no, no pagaba nada. Manuela es muy eficiente.

—Ya, pero volviendo al tema, no has contestado mi pregunta.

—Brisa, ¿qué quieres que te diga? Yo siempre he sido así, no sé, no me gustan los niños y además ya da lo mismo, la vasectomía es irreversible. Alguna vez pensé que si eso era lo que quería Antonia, de alguna manera lo solucionaríamos, pero ya ves, yo fui el primero en demostrar que soy una mierda y reaccioné de la peor manera a la primera prueba en nuestra relación.

—¡¡Qué!!

—No me grites, que me va a estallar la cabeza.

—Es que no lo entiendo —insistió Brisa, poniéndose de pie y dejando que la cabeza de él cayera abruptamente sobre la cama—. ¿Cómo me puedes

decir eso ahora?

—Cálmate, me estás asustando. Ya da lo mismo. Y sólo lo pensé una vez. De hecho, te parecerá que estoy loco, pero cada vez que veo a una mujer embarazada, me imagino a Antonia.

Brisa sintió que la habitación daba vueltas y tuvo que sentarse para recuperar el equilibrio. Cuando se estabilizó, se lanzó a los brazos de su hermano y empezó a darle besos sin parar.

—¿Qué te pasa? —preguntó José Ignacio, extrañado ante tan efusiva muestra de cariño.

—Nada. Ahora debemos descansar. Mañana debes ir a casa de María y hablar con Antonia. Como que me llamo Martina Zúñiga Risopatrón.

—No, ahora voy a hablar con mamá.

—No. Te he dicho que no, ahora duermes. Además —añadió, caminando hacia la puerta para echar la llave—, ya no puedes salir de aquí.

—No seas niña, podemos subir a mi casa.

—No, he dicho que no. Por favor, hazme caso una sola vez en la vida.

—Está bien, pero no sé qué le voy a decir —dijo, volviendo a ponerse sombrío.

—Lo sabrás, hermanito, créeme que lo sabrás. Sólo deja que hable tu corazón.



José Ignacio no durmió en toda la noche, la idea de enfrentarse a Antonia lo aterrizzaba. No quería recibir un no por respuesta. Pensó mucho en lo imbécil que había sido al creer en todo lo que le habían dicho, pensó en su madre y en cómo enfrentarse a ella.

Ahora no tenía nada claro, ni de su pasado ni de su presente, se encontraba en el más absoluto limbo. Él, que era un hombre tan controlador, que todo lo tenía siempre fríamente calculado, no sabía qué hacer, sentía que sus cimientos se habían movido bajo sus pies.

Su primer impulso había sido ir a ver a su madre y exigirle la verdad, pero creía que así no conseguiría nada y ahora lo único que le importaba era recuperar a Antonia. Luego hablaría con Gabriel y, por último, con Elizabeth, pero necesitaba el apoyo de su chinita; si no, sentía que no podría enfrentarse a nada.

Antes del alba, José Ignacio ya se había bañado y vestido, y daba vueltas por la habitación esperando con gran impaciencia que su hermana se despertara pronto.

—Brisa, Brisa —murmuró meciéndola—, despierta, hermanita, que ya es de día.

—No, déjame dormir, tengo sueño —respondió ella sin abrir los ojos.

José Ignacio ya no podía esperar más, estaba demasiado ansioso. Se dirigió al cuarto de baño, se mojó las manos, volvió a la cama, se sentó y empezó a pasárselas a su hermana por la cara.

—¡Para, para! ¡Está muy fría! —chilló Brisa.

—¿Ya te has despertado?

—Sí, así quién no lo haría. ¿Has visto la hora? ¡Son las siete! —dijo, volviéndose a tumbar en la cama.

—Ya lo sé, pero no aguanto más.

—De acuerdo, pero no creas que te voy a llevar así.

—Así ¿cómo? —preguntó, arrugando la frente.

—Así, tan dejado. Primero te cortarás el pelo, luego te pones guapo y nos vamos.

—Está bien, voy llamar a Manuela para que me consiga un peluquero.

—¡No! Son las siete, deja dormir a la pobre mujer.

—Es miércoles, día laborable y, además, ése es su trabajo.

Brisa resopló. En algunas cosas, su hermano siempre sería el mismo. Se levantó tranquilamente, no quería llegar tan temprano al pueblo, además estaba asustada. Sabía que había hecho bien, pero no quería que Antonia la regañara.

A las diez de la mañana, el peluquero llegó a casa de José Ignacio para cortarle el pelo y dejarlo como siempre. Aunque Brisa insistió en que se quitara la incipiente barba, él no aceptó, no quería perder más tiempo en tonterías. Sacó lo que había guardado hacía meses, se lo metió en el bolsillo y, cogiendo a su hermana de la mano, bajaron al parking para coger su precioso coche de lujo.

—¿Y por qué no el todoterreno? —preguntó Brisa, que sabía que su hermano al campo o a la playa siempre se llevaba ese otro coche.

—Porque éste es más rápido. Deja de hablar y sube —espetó, volviendo a ser el mismo de siempre, pero en realidad los nervios lo estaban consumiendo.

Era una bonita y soleada mañana de miércoles, no corría ni una gota de viento. Antonia, al ver el día tan agradable, decidió ir a leer bajo su sauce. Cogió a *Siam*, que cobardemente no era capaz de caminar solo hasta el árbol, la manta que le había tejido su abuela y un libro nuevo que empezaría a leer ese mismo día.

Al llegar al sauce, se acomodó junto al tronco, de espaldas a la casa. Al lado del sauce pasaba el río que atravesaba el pueblo y *Siam* corría por la orilla, tratando de cazar los bichitos que volaban junto al agua. El gato ya había crecido, se había hecho más ágil, pero cada día estaba más mimado. Sólo comía si estaban con él. Eso a Antonia le encantaba, ya que no tenía a *Matías*, ahora cuidaba a su gato, además de que había sido un precioso regalo de José Ignacio.

Todos los días y sin que nadie supiera, rememoraba la vez que había estado con él bajo aquel árbol y le contaba a su hija cosas de su padre. El bebé, que aún no tenía nombre, pataleaba en su interior y eso hacía que Antonia se sintiera más viva que nunca.

José Ignacio llegó al pueblo en un tiempo récord. Su lujoso y precioso coche estaba completamente lleno de polvo. Mientras recorría el camino de tierra que conducía hasta la casa de María, sentía cómo las piedras saltaban contra el vehículo y rayaban la pintura. Pero a él, que siempre había cuidado tanto su bonito juguete, no le importaba nada, sólo quería llegar.

Paró frente a la casa de la abuela, levantando una nube de polvo a su paso. Brisa bajó rápidamente y le pidió que esperara, no quería que a Antonia le diera un infarto, y menos en su estado. Pero cuando estaba a punto de abrir la reja, vio a María, que al oír el tronar del coche había pensado que era Francisca.

Al ver que no se trataba de su nieta, sino de Brisa y José Ignacio, se apresuró hacia él y, levantando la escoba que tenía en la mano, lo amenazó:

—Si vienes a insultar a mi niña, José Ignacio, te juro por Dios que te muelo la espalda a escobazos.

—María, escuche, merezco todo lo que me quiera decir. Es más, entenderé si no soy bienvenido a su casa, pero, por lo que más quiera, déjeme hablar con Antonia, necesito implorarle que me perdone. Cometí un error, Brisa se lo puede explicar, todo fue una trampa —añadió, mirando a la anciana con ojos suplicantes, para luego desviar la vista hacia su hermana—. Habla, Brisa, cuéntale.

Al ver lo desesperado que estaba y la cara de tranquilidad de su nieta postiza, María dijo:

—Está en el sauce, pero te lo advierto: si derrama una lágrima más por ti, el escobazo te estará esperando y no me valdrá de nada lo que me digas.

José Ignacio corrió hacia ella, la abrazó y le besó las dos mejillas, sorprendiendo a la anciana con su efusividad. Luego, a grandes zancadas se dirigió hacia el sauce. No veía nada más, sólo el camino del árbol, que a cada paso que daba le parecía que estaba más lejos. Cuando ya estaba muy cerca, aminoró el paso. El solo hecho de vislumbrar la silueta de Antonia bajo el árbol, tan tranquila, lo acobardó, sintió que las piernas le flaqueaban y que las

fuerzas lo abandonaban. Ahí estaba la mujer a la que había añorado tanto tiempo, con la que había soñado y a la que tantas veces trató de arrancar de cuajo de su piel, sin conseguirlo.

Antonia estaba tarareando feliz, con la paz que le proporcionaba aquel lugar. Había dejado su libro hacía un momento, para divertirse mirando las piruetas que hacía el gato mientras intentaba cazar.

—*Siam*, si te caes, yo no te voy a poder sacar del agua...

—Yo sí puedo —la interrumpió José Ignacio con la voz ronca y cargada de emoción.

Antonia sintió que se paralizaba y un escalofrío recorría su cuerpo. Rápidamente, cogió la manta y se la puso sobre el vientre en un acto desesperado por taparse.

José Ignacio se acercó hasta quedar frente a ella.

—¿Qué hace aquí, señor Zúñiga? —preguntó Antonia con toda la calma de que fue capaz.

Sentía que la tensión ya se había apoderado de ella y tenía el vientre duro como una piedra. Esa sensación le dolía un poco e intentó tranquilizarse, más que nada por su bebé.

Al escuchar su dulce voz, esa que tantas veces recordaba José Ignacio, se alegró y deseó con todas sus fuerzas abrazarla, besarla...

—He venido por ti, cariño —dijo desde las alturas, embobado por tan fantástica imagen. Los rayos de sol le daban justo en la cara, iluminándola de una manera celestial.

—¡No me llames cariño! ¡Y no tengo nada que hablar contigo! ¿O quizá vienes a tirarme más dinero a la cara? ¿Qué quieres? ¿Pagarme por sexo ahora también? ¿Acaso te has aburrido de Marcela? —chilló Antonia, subiéndose más la manta. Necesitaba levantarse, así se sentía demasiado intimidada, pero no sabía cómo hacerlo sin que él notara su estado—. ¡Vete de aquí! ¡Este sitio es sólo mío! —gritó, sin poder controlarse.

Al oír esas palabras, José Ignacio sintió como si una daga se le clavara en el corazón.

—Cariño, por favor, escúchame, deja que...

—No. ¡No quiero escucharte! Se acabó, no me interesa. Nadie, José Ignacio, nadie, escúchame bien, me había insultado tanto en toda mi vida. —Y aprovechando un momento en que él se llevaba la mano a la cara, ella se puso de pie lo más rápido que pudo y entre la manta y el libro se tapó de nuevo.

José Ignacio hizo un gesto con las manos, levantándolas para explicarle algo, y Antonia se encogió asustada.

—Antonia, ¿qué haces? —preguntó desconcertado por su reacción.

—Me das miedo, José Ignacio, no... no quiero estar aquí contigo — confesó desesperada.

Era verdad. Al verlo recordó toda aquella escena y ahora tenía una vida que proteger además de la suya.

Al ver el terror en sus ojos, él sintió como si la daga se le retorciera en el corazón y comprendió el porqué de su actitud. Se arrodilló en el suelo frente a ella.

—Antonia, yo jamás te haría daño, por favor, créeme. Perdóname.

—Me lo hiciste, José Ignacio. Vete, déjame en paz, yo no quiero verte, no puedo, ¿es que no lo entiendes? —dijo, tratando de tranquilizarse.

Se encontraba mal y el estómago se le estaba revolviendo.

—¡Eres mía, Antonia! —afirmó con decisión.

Al oírlo, ella perdió el control totalmente y se tomó sus palabras de la peor manera posible.

—No me digas —se mofó—. ¿Y cuánto quieres pagarme? Porque tú crees que todo se compra. ¡Ah, se me olvidaba! Como yo soy puta, seguro que estoy a tu alcance, ¿no?!

—¡Por Dios, Antonia! —replicó él, enfadado, poniéndose de pie rápidamente—. ¿Quieres escucharme? Déjame explicarte las cosas. Ya sé que tú no... que no dijiste nada, que no estabas con nadie, que mi madre te ofreció dinero, que Marcela te hostigó, déjame explicarte —suplicó, y en un momento en que Antonia bajó la guardia por las cosas que había dicho, José Ignacio la cogió del brazo delicadamente, pero sujetándola con decisión, tratando de no hacerle ni el más mínimo daño.

—¡Suéltame! ¡No me toques, José Ignacio! —ordenó con rabia y terror en su voz.

Necesitaba alejarse de él, eso era lo que pensaba; si no, José Ignacio no tardaría en darse cuenta de su embarazo.

Pero él sólo podía mirar aquellos ojos que eran las ventanas del alma de Antonia, de su chinita, no miraba nada más que no fuera eso.

—Antonia, cariño, te voy a soltar si me prometes que me escucharás, deja que te lo explique, por favor, Anto.

Al oír cómo la llamó, ella sintió que su corazón la traicionaba y

comenzaba a latir de nuevo por él. Y como si la pequeña vida que llevaba en su interior también se lo exigiera, ésta dio una pequeña patada.

—Está bien, José Ignacio, te voy a escuchar —accedió, conteniendo las ganas que tenía de abrazarlo.

El hecho de estar allí con él la tenía desconcertada, todo lo que había tratado de olvidar, todos sus sentimientos, habían vuelto de repente y aún más fuertes. Además tenerlo en aquel sitio, el lugar que tanto la había cobijado, donde tanto había añorado volver a estar con él, la desarmaba por completo.

—Espérame en la casa —añadió—, voy a coger a *Siam* y te sigo.

El gato, al oír los gritos y con lo cobarde que era, se había ido a esconder detrás de los cojines. Antonia lo cogió en brazos y echó a andar de regreso a casa, mientras José Ignacio, como un corderito obediente, lo hacía delante de ella.

—*Siam* está enorme —dijo, para rebajar la tensión.

—¿Y qué esperabas? Han pasado veinticuatro semanas. —En ese instante se mordió la lengua.

Ella ahora contaba el tiempo en semanas, porque así era como se calculaba ginecológicamente el embarazo.

José Ignacio no pensó nada y ni siquiera le llamó la atención aquella extraña respuesta. Se sentía bloqueado, apenas podía pensar en cómo explicarle las cosas con claridad.

Él, que era un hombre acostumbrado a tratar asuntos importantes, dirigir empresas, hablar en público y solucionar toda clase de problemas, no sabía por dónde empezar con ella. Sabía que tenía una sola oportunidad para hacerlo y suplicar por su perdón, pero Antonia lo intimidaba, esa seguridad que le veía lo frenaba.

Cuando llegaron, ella estaba cansada, siempre se cansaba de vuelta, pero esta vez, con la tensión, era distinto. Al verla llegar, Brisa y María salieron rápidamente a su encuentro y lo primero que hicieron fue interesarse por cómo se encontraba, cosa que sí extrañó a José Ignacio. Aquella solicitud iba más allá de una simple preocupación, pero no se atrevía a preguntar nada.

—Brisa, contigo hablaré más tarde —dijo Antonia, fulminándola con la mirada.

—Lo sé, cuñadita —respondió ella, marchándose sonriente, haciendo que José Ignacio también sonriera.

María, que ya estaba enterada de todo, volvía a querer a aquel hombre y,

buena como era, se acercó hasta él.

—Pepito, ¿quieres tomar algo? —preguntó, guiñándole un ojo y molestando a Antonia, que no entendía por qué todos lo adoraban de nuevo. Sintió que necesitaba a Francisca en ese momento.

—Sí, María, ¿sería tan amable de traerme un café?

Antonia sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Estaba claro que le habían cambiado al hombre que tenía delante.

—No necesitas fingir, en esta casa hablamos con la verdad —dijo, sentándose lejos de él y tapándose lo mejor posible—. Bueno, estoy esperando tu explicación, algunos trabajamos para vivir.

—No parecía que estuvieras trabajando en el árbol.

Ella lo miró con odio, pero se mantuvo en silencio.

—Escucha, en Buenos Aires, Marcela y Carlos me mostraron unas fotos y una grabación en la que tú decías que estabas con Gabriel y conmigo por dinero, que te vendías y que el dinero que te había entregado mi madre era poco y que lo que ansiabas era poder.

—Bueno, José Ignacio todo eso ya no importa —contestó Antonia.

Si por fin se había aclarado la verdad, se quedaba más tranquila, pero ahora el problema era otro. Ella estaba embarazada de él y él no quería hijos. Antonia creía que todo estaba perdido.

—¿¡Cómo que no importa!?! —exclamó él—. ¿Te estoy diciendo por qué reaccioné así y a ti no te importa? ¡Antonia, abre los ojos! ¡Todo fue un error! Yo fui un imbécil, les creí, pero todo ha pasado. He venido a buscarte, necesito que me perdones. Anto, por favor, no puedo vivir así. Te quiero, te adoro, te amo, tú eres mi vida, mi chinita, dame una oportunidad, por favor, te lo ruego.

Tragándose el nudo que tenía en la garganta ella respondió:

—Si quieres mi perdón, ya lo tienes, ahora haz tu vida, sé feliz con lo que te gusta, sigue tu camino, que yo ya estoy siguiendo el mío.

Habló con una tranquilidad pasmosa. Lo amaba con locura, pero no arriesgaría a su hija ni siquiera por él. Lo estaba dejando ir sin culpa, sin resentimiento. Era la única forma que encontraba para demostrarle, sin que él lo supiera, todo el amor que le profesaba, dejándolo volar.

José Ignacio suspiró al escucharla. Cada palabra que salía de aquellos labios se le clavaba en el corazón. Amaba a aquella mujer y por nada del mundo la dejaría ir, aunque tuviera que hacerlo a su manera.

—Me da igual todo lo que me digas, Antonia, tú eres mía y como tal te vendrás conmigo. Ahora.

—¿¿Qué?! Pero ¿quién te has creído que eres? ¿¿No me has oído?! — gritó como una posesa, poniéndose en pie y dejando caer la manta.

—Antonia... —José Ignacio miraba perplejo en dirección al vientre de Antonia, que le quedaba justo frente a los ojos. Con la boca abierta, miraba alternativamente su cara y luego volvía a su vientre.

Sintió cómo el corazón se le hinchaba en cosa de milésimas de segundo y una lágrima comenzaba a rodar por su mejilla, quemándole mientras avanzaba, aquel delgado hilo de agua derribaba las últimas barreras que tenía en la vida.

—No me mires así, José Ignacio —exclamó ella, tratando de coger la manta que se había quedado enganchada en la silla—. Tú no puedes tener hijos —y al ver sus lágrimas, para quitarle sufrimiento, añadió—: Yo... te he dicho que había comenzado una nueva vida. Este bebé no es tuyo, así que no te preocupes.

—Anto, ¿qué estás diciendo?

Al ir a buscarla, estaba preparado para casi todo, para gritos, odio, insultos, incluso para que no lo perdonara, pero no para encontrarla embarazada. Y de su hijo, porque eso sí lo tenía claro, el bebé era de él.

Había luchado toda su vida contra eso, jamás había querido siquiera pensar en tener hijos, incluso se había operado para no tenerlos, pero ahora, al verla ahí, con su hijo en las entrañas, le pareció lo más maravilloso que le podía suceder en la vida.

Sintió unos deseos incontrolables de tocarla, de tenerla. ¡Iba a ser padre! Entregaría a su hijo todo lo que a él no le dieron y, lo mejor, sería con la única mujer que amaba.

Sin importarle nada, se levantó y se acercó hasta ella, la abrazó por la cintura y la besó.

Antonia no podía moverse, ansiaba tanto sentir aquellos labios que la reclamaban con pasión... Los labios de José Ignacio buscaban ansiosos los de ella, y Antonia estaba embobada. No se sentía capaz de nada, aquella sensación, aquel calor se apoderaron de su cuerpo y, en cuestión de segundos, devolvió aquel cálido beso, pero con tanta intensidad que hizo que todos los miedos de José Ignacio quedaran desterrados. Él la acercó aún más, pero al notar su vientre, temió hacerle daño y, separándose rápidamente, la soltó un poco.

—¿Qué pasa? —dijo insegura.

—Es que no quiero hacerte daño —murmuró contra sus labios.

Antonia capturó su bello rostro, aún mojado por las lágrimas que no dejaban de correr, y comenzó a besárselas lentamente, recorriendo un camino que terminaba en sus ojos cerrados.

José Ignacio sentía que con cada beso, Antonia, con su noble corazón, lo perdonaba un poco más. Cuando ella terminó, se puso frente a él y le dijo suavemente:

—Perdóname.

—¿Por qué? —preguntó José Ignacio, con el alma encogida.

—Por esto —respondió Antonia, llevándose la mano de él al vientre.

—Anto, me has hecho el hombre más feliz del mundo —reconoció suspirando, para concluir diciéndole—: Te lo debo todo.

Ella lo miró y le aclaró:

—No me debes nada.

En ese momento entraron Brisa y María, aplaudiendo. Habían escuchado toda la conversación, incluso, en un par de ocasiones, al ver la cabezonería de Antonia, pensaron en salir, pero por respeto no lo hicieron.

Todos se abrazaron felices. Por fin la pesadilla había terminado para ellos, ahora podrían estar juntos.

José Ignacio no dejaba de acariciar el vientre de Antonia, era otra persona, la luz había vuelto hasta sus ojos y había retomado las riendas de su vida. Sabían que tenían muchas cosas que aclarar, pero no era el momento.

Se sentaron alrededor de la mesa, Antonia se notaba incómoda, la lesión aún le dolía y él, protector como siempre, preguntó:

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? ¿Quieres que vayamos al médico?

Ella rio, no quería decirle que se movía por el dolor del coxis, no quería que se sintiera mal.

—Tranquilo, estoy bien, sólo que me molesta si estoy rato sentada.

—Eso es por el golpe que le diste —soltó Francisca, altanera, llegando en ese momento cargada de bolsas, haciendo que José Ignacio se sintiera fatal.

—Anto, perdona —le pidió él, compungido.

—Ya está, eso ya pasó, ahora hay otras cosas de las que preocuparse —comentó ella, acariciándole la cara y tranquilizándolo de inmediato.

—Quiero que me contéis todos los detalles —exigió Francisca, y, dirigiéndose a su hermana, añadió—: Por lo menos dime que le has dado un

golpecito aunque sea, que se lo merece y, si no, se lo doy yo. El último por Ludmila, qué mujer, José Ignacio —concluyó, ganándose de inmediato las miradas reprobadoras de Brisa y de él mismo.

Antonia, que no era tonta y lo conocía, se levantó y expuso:

—Quiero que todos me escuchéis bien, sobre todo tú, Fran. En este tiempo que hemos estado... bueno, separados, tanto José Ignacio como yo hemos hecho nuestra vida. Pero eso ha quedado en el pasado. Y esto va para ti, mi amor: no quiero saber nada de lo que has hecho. Confío en ti y sé que volverás a ser el hombre maravilloso del que yo me enamoré. ¿De acuerdo? —dijo, refiriéndose al resto de los presentes.

—Pero es que yo tengo que...

—Nada, ya ha pasado y se acabó. Por nosotros y por mi bebé.

—Nuestro —apostilló él, sonriendo.

—Por nuestro bebé olvidaremos y seguiremos adelante —afirmó Antonia, besando a José Ignacio delante de todos.

—Bueno, de acuerdo, pero mira todas las cosas que he traído para mi niña.

—¿Niña?! —repitió José Ignacio.

—Sí, mi amor, ¡es niña! Tengo fotos, ¿las quieres ver? —preguntó Antonia ansiosa.

—Pero éstas son de verdad, no trucadas —matizó Francisca con ironía.

Antonia miró a su hermana, les quedaban muchas cosas por aclarar, pero no era el momento. Ahora debían empezar a curarse las heridas del corazón, ésas eran las que realmente importaban.

Cogió a José Ignacio de la mano y se lo llevó a su habitación, donde sacó una carpeta y le mostró todas las ecografías que tenía.

Él las contemplaba como un niño y las miraba con devoción una a una. No es que fueran tantas, sólo cuatro de distintas etapas del crecimiento.

—Quisiera que se vieran mejor, pero es que el ecógrafo del hospital está un poco viejo.

—No importa, son preciosas. ¿Y si compramos uno? ¿Y sacamos todas las ecografías que queramos? —preguntó feliz, como si aquello fuera como comprar un televisor.

—¡Estás loco!

—Sí, por ti, cariño. Ven, déjame besarte, lo necesito tanto como respirar —pidió meloso acercándose a ella.

—Todos los besos que quieras —respondió coqueta.

En ese momento, Javier abrió la puerta.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí?! —gritó, acercándose a José Ignacio.

—Javier, para, déjame explicarte.

—No quiero escucharte, Antonia. ¿Cómo puedes ser tan tonta? Este hombre, el que te insultó y te ha hecho sufrir durante tanto tiempo, viene aquí y tú vas y lo perdonas, ¡Dime ¿dónde está tu dignidad?! —chilló encolerizado.

—No vuelvas a hablarle así —bufó José Ignacio, levantándose molesto, pero Antonia, que entendía ambas posturas, se acercó a su amigo.

—Javier, escucha, sé que mucho de lo que has dicho es verdad, pero te aseguro que hay una explicación razonable, déjame contarte.

—No, Antonia, esto es entre él y yo —replicó José Ignacio.

—Está bien, vamos. No quiero hablar con Antonia delante.

—¡Ah, no! No me vais a excluir ahora —espetó ella, molesta, cogiendo casi un berrinche de niña.

José Ignacio se le acercó con la elegancia de una pantera y cogiéndola para besarla en los labios, susurró:

—Cariño mío, no voy a permitir que te alteres, ni alteres al bebé, así que sé buena chica y me esperas aquí. Me gustaría que después nos fuéramos a la playa... para estar... tranquilos —pidió con calma y mucha seguridad en sus palabras.

Luego dio media vuelta y salió junto con Javier.

Antonia se tumbó en la cama, nerviosa, no sabía cuánto rato podían hablar, pero estaba tan cansada con tantas emociones, que se durmió profundamente, como hacía mucho que no conseguía.

Sin saber qué hora era y en completa oscuridad, se levantó. Llegó a dudar de todo lo que había sucedido, pero al abrir la puerta y ver a un distendido José Ignacio con una taza en la mano, supo que había sido verdad.

—Cariño, no hemos querido despertarte —dijo él—, te estábamos esperando.

—¿Ah, sí? —preguntó con cautela—. ¿Para qué?

—Para que te vayas con Pepito a la playa unos días, así te relajas un poco —respondió María.

—Pero...

—Pero nada, hija, ya has estado bastante conmigo y creo que ahora tienes

que arreglar las cosas con él y ver qué haréis en el futuro.

Antonia tragó saliva. Ella no había pensado en el futuro, estaba simplemente viviendo el presente, y hasta hacía unas horas, sólo estaba resistiendo cada día.

José Ignacio le apretó la mano para darle seguridad, conocía muy bien aquella cara de duda y no le gustaba nada. Le dio una suave palmada en el trasero delante de todos y le pidió que fuera a buscar sus cosas.

Antonia lo hizo rauda y, como si no hubiera pasado nada, minutos después ambos salían cogidos de la mano.

—¿Hoy has venido de James Bond?

—Sí, tenía prisa. Desde anoche no he dormido nada; después de apagar la velas, empezó el show.

—¿Qué velas? ¿Qué show?

—¡Ah!, me debes mi regalo de cumpleaños. Ahora estás con un hombre de treinta y nueve años.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo Antonia, tirándose a sus brazos.

—¡Cuidado!

—No me voy romper, no seas exagerado. Tu hija está igual de contenta que yo.

—¿Estás segura?

—Sí, segura, no te preocupes.

—Vaya, si me vuelve loco la madre, ¿cómo lo hará esta niña? Mientras no sea como Catita —recordó riendo.

—¿Por qué? A mí ella me encanta y seguro que será como ella.

José Ignacio puso los ojos en blanco e imploró mirando al cielo:

—Dame paciencia, Señor.

El camino a la playa lo hicieron cogidos de la mano, Antonia miraba feliz por la ventana, estaba pletórica, tenía al hombre que más amaba en la vida a su lado.

Le contó con todos los detalles que recordaba la caída del árbol y también cómo se había enterado de su embarazo. En un gesto inesperado, José Ignacio paró el coche en medio de la carretera y la besó con ternura. Luego le dijo que estaba contento de que los antibióticos hubieran anulado el efecto de las pastillas y se elogió a sí mismo por ser un semental, haciendo que Antonia riera a carcajadas después de mucho tiempo. Ésa sí que era una reacción de auténtico macho.

La casa estaba en completo silencio, esta vez sólo los acompañaba el sonido de las olas. Encendieron la luz y de inmediato José Ignacio puso en marcha la calefacción. La casa estaba helada y no permitiría que su chinita volviera a enfermar.

—Cariño, ¿qué te parece si nos bañamos? Lo único que deseo en este momento es verte desnuda. Quiero ver tu cuerpo, necesito sentirlo y, antes de que me digas que soy elemental, déjame decirte que esto no tiene nada que ver con eso.

Antonia hizo un puchero, ella sí quería sexo, lo ansiaba y sus hormonas se lo estaban exigiendo hacía horas.

—Bueno, pero creo que esta vez la elemental soy yo —dijo, quitándose la camiseta por la cabeza y bajándose el pantalón premamá, como si lo hiciera frente a él todas las noches.

José Ignacio se quedó embobado mirándola; el cambio que había producido el embarazo era realmente maravilloso. Sus curvas seguían ahí y sólo su vientre estaba abultado, sus senos habían aumentado visiblemente, pero él no la estaba contemplando con lujuria, sino con devoción y de la más pura.

Se acercó hasta ella y se arrodilló, quedando su cara frente a su vientre, la cogió por la cintura y empezó a besarla una y otra vez. Antonia, desde arriba, le acariciaba el pelo y se regocijaba con tan asombrosa imagen.

Al cabo de un rato se levantó dolorido por la postura y ambos se fueron al jacuzzi. Antonia terminó de desvestirse con toda la coquetería que el momento le permitía, mientras José Ignacio aún la miraba embobado.

Juntos entraron en el agua y ella tomó la iniciativa. José Ignacio no se atrevía ni a rozarla, pero Antonia se sentó a horcajadas frente a él y le cogió la cara con las manos.

—Te quiero, José Ignacio, y escúchame bien, nada de lo que pasó vale la pena. Sólo importa que tú y yo estemos bien. Serás un padre maravilloso, yo lo sé y ella también lo sabe, desde hace mucho le hablo de ti, sé que te quiere.

Él se acercó y la besó con ternura, pero Antonia quería más, necesitaba más, comenzó a besarlo con entusiasmo, haciendo que se olvidara de todo. Aquel beso transmitía un cariño tan intenso, que convertía la pasión en lujuria. Antonia devoraba su boca y comenzó a bajar la mano hasta llegar a lo que ella tanto ansiaba, su erecto miembro, que masajeó con ardor en cada una de sus caricias.

José Ignacio soltó un gruñido gutural desde el interior de su alma, el placer lo envolvía. Antonia se acercó más a él, se levantó un poco para que la penetrara, pero él, al ver su intención, se incorporó rápidamente.

—No... Anto.

—¿No? ¿Por qué no?

—Es que no quiero hacerte daño, chinita.

—No me harás daño, no seas tonto. Te necesito, por favor.

—No me ruegues, no con algo así.

Ella se retiró un poco y, al sentirse rechazada, notó cómo una lágrima caía por su mejilla. Se sintió no deseada. Él nunca la había rechazado, era la primera vez.

—No, cariño, no llores —pidió José Ignacio y al ver su cara se levantó lentamente y le tendió la mano para que ella lo hiciera también.

Sin decir nada, una vez fuera del jacuzzi él se agachó y la cogió en brazos como si aún fuera una pluma, la llevó a la habitación y la depositó con mucho cuidado sobre la cama.

—¿Qué haces? —quiso saber Antonia, limpiándose las lágrimas—, estoy mojada.

—Hago las cosas como corresponden. Créeme que no hay nada en la vida que desee más que hacerte el amor, pero déjame hacerlo como yo creo que será lo mejor para mi hija.

Antonia se estremeció al oír de su boca aquellas palabras, lo miró con la dulzura que la caracterizaba y le tendió la mano, pero José Ignacio sólo se la besó y, poniéndose a cuatro patas sobre ella, empezó a besarla, dejando un apasionado reguero de besos en su cuerpo. Le lamió los senos y jugueteó con ellos durante largo rato, cada vez que Antonia gemía, él sentía que su entrepierna iba a explotar.

Luego bajó y besó con ternura el vientre de su chinita, le habló a su hija como si le estuviera pidiendo permiso, cosa que hizo que Antonia se carcajeara, luego siguió hasta donde tanto quería llegar y lentamente le hizo el amor con la lengua. Esperó con paciencia que explotara en el más maravilloso clímax, y cuando Antonia suplicaba clemencia, le cogió las piernas y la acercó hasta el borde de la cama. Antonia aún sentía los temblores en su cuerpo y en ese segundo, José Ignacio lentamente la penetró.

—Pon tus piernas alrededor de mi cintura —pidió con voz ronca, con sus hermosos ojos oscurecidos por la pasión.

—Ah, me gusta, mi amor, me encanta, te necesitaba tanto...

—¿Está bien así? ¿Te duele? —preguntó preocupado.

Antonia abrió los ojos, que en ese momento tenía cerrados.

—Sí, estoy bien, pero quiero más rápido.

—Anto, no puedo.

Con todo lo que lo deseaba, ella apretó más las piernas alrededor de su cintura, se afirmó lo mejor que pudo, clavando como una gata las garras sobre los duros glúteos de José Ignacio, y comenzó a moverse rápidamente. Ella se estaba proporcionando su propio placer al ritmo que más le gustaba.

—Cariño...

—No, no pares, me gusta, ah, José Ignacio, esto es maravilloso, estoy tan...

—Antonia —gruñó él. Sabía perfectamente lo que le estaba haciendo, cada vez que le decía palabras como aquéllas lo desesperaba, hacía que en cuestión de segundos perdiera el control y apareciera el animal que llevaba dentro.

Acalló su boca con un posesivo beso y al sentir que se estremecía entre sus brazos, comenzó a darle profundas embestidas, respirando en su oído, algo que a Antonia la volvía loca. Ella trató de mover la cabeza para poder alejar su respiración, pero al ladearla, quedó atrapada con la mejilla pegada a la cama. José Ignacio llegó al clímax gimiendo en su oído, y no se despegó ni aun cuando sus respiraciones se habían calmado.

Comenzó a lamerle la oreja, haciendo que los temblores terminaran su camino en el clítoris de Antonia.

—Por favor, no más —suplicó, aún con la cara pegada a la cama.

—No, cariño, aquí no mandas tú.

Ella cerró los ojos y, como no aguantaba más y necesitaba sacarlo de allí, dijo como una gran actriz:

—Me duele.

José Ignacio se apartó de inmediato, pero al ver la risa de ella supo que todo era mentira.

Se retiró y le besó nuevamente el vientre.

—No aprendas estas cosas, mi niña, esto no se hace.

—¿Ah, no!? ¿Qué me vas a decir, quieres que sea monja?

—Monja no. Pero te aseguro que puedo hacer que llegue virgen al matrimonio.

Antonia puso los ojos en blanco. No sabía por qué, pero creía en sus palabras. José Ignacio se levantó y se fue al baño. Ella ya estaba seca y se incorporó un poco para ver qué hacía.

José Ignacio volvía con las manos en la espalda y, al llegar hasta ella, se arrodilló, estiró el brazo y, entregándole la figurita que había comprado hacía tantos meses, dijo:

—Antonia López, ¿me harías el honor de casarte conmigo?

Ella sintió que las palabras la abandonaban. Había soñado una y otra vez con aquella pregunta y ahora él se la estaba haciendo. No podía pronunciar ni una sola letra.

—Cariño, con un sí me basta —puntualizó nervioso.

Antonia saltó de la cama y se lanzó sobre él, lo besó con locura y cuando sintió que su hija la reclamaba con suaves pataditas, contestó:

—El honor es todo mío, Pepito.



Esa noche, Antonia por fin logró dormir feliz, estaba junto al hombre que amaba, y había escuchado la mejor proposición que pudiese existir. Sentirse de nuevo entre aquellos protectores brazos la reconfortó, cargándola de energía. En su noble corazón no había lugar para la venganza o el orgullo. Estaba contenta y eso era todo lo que le importaba.

Se despertó con el suave sonido de una melodía que provenía del primer piso. Al escuchar atentamente, distinguió que era la canción que ellos habían adoptado como propia. Fernando Ubierno les cantaba, reafirmando el amor que siempre se habían profesado.

Después de remolonear durante un rato, pues esta vez sentía que estaba realmente cansada, se puso el albornoz que su protector futuro marido le había dejado sobre la cama, se dirigió al baño y se arregló un poco el enmarañado pelo.

Bajó contenta la escalera y al llegar al salón se quedó de piedra. No podía creer lo que estaban viendo sus ojos, era una escena que sólo se daba en películas. José Ignacio estaba sentado a la cabecera de la mesa, leyendo el periódico, sobre ésta los manjares más exquisitos que se pudiera imaginar, un conjunto de colores que hacía que todo se viera aún más apetitoso y, de pie a un lado, un impávido Giovanni, con su uniforme. Él fue el primero en ver a Antonia.

—*Ragazza in tempo utile, le mie congratulazioni per il tuo bambino* — dijo feliz al verla.

José Ignacio, que estaba muy concentrado en lo que leía, levantó los ojos para mirarla, y al comprender que Antonia no entendía nada de lo que le había dicho Giovanni, le explicó:

—Te está felicitando, por el embarazo. Y esto que ves aquí es para que tomes el desayuno que necesitas —explicó con una sonrisa que no le cabía en la cara. Mejor que la que él ya tenía patentada, porque ésta era absolutamente

genuina y de corazón.

—Gracias, Giovanni. —Y dirigiéndose ahora a su amor, lo previno—: Si crees que yo me puedo comer todo esto, déjame decirte que estás muy equivocado. —Y se acercó para besarlo castamente en los labios.

José Ignacio levantó una ceja y, con una media sonrisa lobuna, le contestó:

—Créeme que comerás, Antonia.

—¿Y lo de Anto? Me gustaba más —contestó coqueta.

—Bueno, Anto, comerás, tenemos todo el día.

Ella cogió un plato, pero antes de que pudiera servirse las primeras rodajas de fruta, él ya estaba sirviéndole un tazón gigante de leche.

—¡Yo no puedo tomarme eso! Necesito un té —exclamó Antonia, abriendo mucho los ojos.

—He leído que las embarazadas deben tomar leche, no me lo discutas, Antonia, y hazme caso. No me voy a mover de aquí hasta que por lo menos te hayas comido la mitad de lo que hay en ese plato —la advirtió serio.

Antonia, igual que una niña pequeña que obedece a un adulto, empezó a comer de mala gana, jugando con el tenedor y esparciendo la comida. Al cabo de un buen rato, movió el plato hacia el centro de la mesa.

—¿Ves cómo no era tan difícil, Anto? —dijo, poniendo énfasis en el diminutivo—. Ahora que has sido buena chica, ¿me puedes leer el periódico? —preguntó, entregándoselo por una página ya abierta.

—¿Algo más, amo? Le limpio la...

José Ignacio la miró serio y ella comprendió que era mejor que no terminara la frase. Giovanni, que había estado todo el rato con ellos, empezó a retirar las cosas de la mesa y se marchó.

—Estoy esperando a que leas —comentó José Ignacio.

Antonia cogió el diario y, como estaba molesta por la actitud de él, no leyó lo que él quería que leyera y no se percató del verdadero motivo de su insistencia.

—¿Ya está bien? ¿O quieres que te lo lea completo?

—La página como mínimo —respondió, echándose hacia atrás en su asiento y apoyando un brazo sobre su pierna cruzada.

—Está bien —rezongó ella y siguió leyendo—. «Quiero pedir disculpas públicas por haber ofendido el honor de la mujer que más he amado en la vida. Junto con esto, quiero anunciar mi compromiso con Antonia López, que

me ha hecho el hombre más feliz del mundo aceptando ser mi esposa...»

Antonia no pudo seguir leyendo, los ojos se nublaron y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¿Qué? ¿Qué es esto?

José Ignacio se levantó y, acercándose a ella para besarla castamente, murmuró contra sus labios húmedos y cálidos:

—Mis disculpas públicas, cariño, y la forma de que todo el mundo sepa que te amo y serás mía para siempre.

Antonia se abrazó a su cuello y lo besó, no con ternura, sino con ardor, entrelazaron sus lenguas y ejecutaron una danza de emociones, transmitiéndose mucho más que sentimientos. Cuando al fin Antonia se separó un poco para poder respirar, preguntó:

—Pero ¿cómo has hecho esto? ¿A qué hora?

—Manuela, esa mujer es muy eficiente. Creo que después de esto se merece unas vacaciones. Tengo la impresión de que he sido con ella un poco... a ver cómo decirlo.

—Idiota, malhumorado, tirano —respondió riendo Antonia.

—Bueno, yo no lo habría dicho mejor.

—Te quiero, ¿sabes? y creo que ella —dijo, tocándose el vientre— también te quiere.

—Y yo a ti, Anto, y es de eso de lo que quiero hablar ahora.

Antonia se enderezó en su asiento y, sin saber exactamente por qué, se tensó.

—Dime —respondió muy bajito.

—Tenemos varias cosas que hacer. Primero, estaba pensando que no puedo vivir más en el ático.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque sé que tú no lo sientes como tu hogar y porque un ático en el piso diecinueve no es lugar para criar un bebé.

—Yo quiero estar donde tú quieras, José Ignacio, además, seguro que con el tiempo me acostumbraré.

—Error, cariño, esta vez haremos las cosas bien. Viviremos en una casa con gatos y tortugas, tal como a ti te gusta. Quiero que el sitio lo escojas tú, porque será tu casa y la de nuestra hija.

—Nuestra casa —se apresuró a decir Antonia.

—No, cariño, tu casa. Yo viviré contigo porque seré tu marido, pero todo

será tuyo.

—Yo no quiero que la gente piense que...

—Escucha, sé lo que estás pensando, olvídate del resto, sólo piensa en nosotros y en nuestro bebé. Quiero que el lugar sea mágico, quiero que vivas el mismo cuento de hadas que estoy viviendo yo.

»Te amo, Antonia, hoy y siempre. Cambiaste mi vida y me enseñas a diario cómo vivir. Sé que tú nunca me vas a pedir nada, pero un día me dijiste que no querías circo y teatro y lo hiciste por mí. Pero te conozco, chinita, tú ya te sacrificaste, renunciaste a tus sueños y yo, como un egoísta, lo permití. Te prometo que si pudiera hacer retroceder el tiempo lo haría.

»Lo he estado pensando. Quizá creas que estoy loco, pero no me gustaría que ella fuera nuestra única hija. Quiero que tenga hermanos para hacer frente a la vida, que se peleen, que se protejan, como nosotros lo hemos hecho con nuestras hermanas. No serán las mejores del mundo —dijo riendo—, pero yo adoro a la atolondrada de Brisa y tú lo haces con Francisca.

»Quiero vivir desde el principio esto tan maravilloso que por imbécil me perdí —decía, mientras lágrimas corrían por sus mejillas—. Quiero cuidarte, comprarte todos los antojos que me quieras pedir, quiero tantas cosas, Anto, que jamás pensé que podría anhelar. Quiero ser el superhéroe de nuestros hijos, quiero bañarlos y vestirlos. Sé que no será fácil. ¡Ni siquiera sé cómo hacerlo!

»Pero tú, cariño, vas a estar ahí para enseñarme.

Antonia lloraba desconsoladamente mientras escuchaba esas palabras. Jamás imaginó que saldrían de la boca de José Ignacio. Le cogió la cara entre las manos y lo besó con devoción, secó cada una de sus lágrimas con tiernos besos, bebió su alegría y la guardó junto con la de ella.

Cuando ambos estuvieron más tranquilos, Antonia decidió que no quería ocultarle ningún secreto más.

—José Ignacio, creo que deberías hablar con Gabriel. Él fue amigo de Marcel y puede aclararte muchas dudas.

—Lo sé, cariño, pero quiero pedirte que me acompañes. Yo no puedo hacerlo solo, crecí pensando que mi padre me había abandonado y ahora sé que pensó que yo no era su hijo, que Elizabeth lo engañó. Quiero buscarlo, pero no tengo fuerzas para hacerlo solo. ¿Y si no me quiere?

—Mi amor, no digas eso, él deseaba más que nada tener un hijo, era un poeta, quería que te llamaras Pablo, como Neruda. Esos escritos que tienes

eran de él, no sé cómo llegaron a ti, pero sé que eran de él. Tienes... tenemos que hablar con Gabriel y tú debes hablar con tu madre.

—Ella ya no es mi madre, Antonia —repuso parco.

—José Ignacio...

—No, cariño, en eso no hay discusión. Yo no soy como tú, no puedo perdonar y ahora, además, voy a proteger a mi hija.

—Nuestra, este angelito es nuestra hija —rectificó cariñosamente ella.

—Vale, te la presto —dijo José Ignacio con un puchero, haciéndola reír a carcajadas—. ¿Cómo quieres que se llame?

—No lo sé, ¿te gustaría escoger tú el nombre?

—Pero... pero, no es justo, yo no lo merezco —protestó José Ignacio, con la voz entrecortada.

—Amor, ése es mi regalo de tu cumpleaños para ti. Quiero que elijas el nombre —repitió Antonia suavemente, acariciándole la cara.

—Anto, tú me das unos regalos que yo jamás voy a poder superar, no sé qué decirte.

—¿Cómo? Y yo que te creía tan creativo... —replicó feliz.

José Ignacio suspiró y sintió cómo llegaba a él el nombre más maravilloso para su hija.

—Se llamara Ángeles, porque es nuestro ángel, es lo que llenará de luz nuestras vidas.

Antonia asintió, no le salían palabras. Todo lo que había escuchado desde la mañana eran maravillas, era el mejor cuento de hadas que podía imaginar.

Al cabo de un rato, cuando ya se hubo bañado y arreglado, salió a tomar el aire. Hacía sol y le pidió a José Ignacio que bajaran a la playa. Él no quería que Antonia lo hiciera por la escalera, pero tras un buen rato de discusión, aceptó refunfuñando. Él iba delante, cosa que hacía que el viaje de sólo cinco minutos a ella se le hiciera eterno, ya que estaban tardando el doble de tiempo.

Cada pocos escalones, se volvía para besarla. Necesitaba embeberse de ella y recuperar todo el tiempo perdido. José Ignacio hubiera preferido hacerlo en su cama, pero pensaba que le podía hacer daño a su hija, aunque eso fuese exagerado.

Cuando estaban paseando cogidos de la mano, José Ignacio divisó a Catita, sentada jugando en la orilla, mientras Sebastián corría sobre las olas. Él se adelantó y le dijo a Antonia que lo esperara. Se acercó a la pequeña y le

entregó algo y, como si fuera una pluma, se la subió sobre los hombros, haciendo feliz a la niña y a Antonia, que lo miraba desde lejos.

—¡Anto! ¡¿Estás gorda?!

—Embarazada Catalina, así se dice —la corrigió José Ignacio, haciendo acopio de paciencia. Él quería cambiar, pero tampoco era cuestión de segundos.

Antonia rio al ver la cara de su amor.

—Ya, pero no me regañes, Anto me ha entendido igual, ¿verdad?

—No te estoy regañando, sólo te lo estoy explicando.

—¡Noo! Me has llamado Catalina, eso significa que me estás riendo —apostilló con seguridad la pequeña.

—No te preocupes, Catita, José Ignacio no te está regañando, él es así. A mí me llama Antonia y no es porque me regañe —explicó ella para salvar la situación.

—El bebé, ¿cómo se va a llamar? —preguntó ansiosa.

—Ángeles —contestó el orgulloso padre.

—¡Ángeles! Pero ¿qué es niño o niña? —preguntó de nuevo, sin entender el nombre.

—Será niña, Ángeles es nombre de mujer —contestó José Ignacio un poco molesto.

Nadie lo notaba, sólo Antonia, que se estaba divirtiendo de lo lindo con la situación. Sabía que aquella pequeña podía sacar de quicio a cualquiera, sobre todo a su guapo adonis.

—¿Y cómo la vas a llamar?

—Ángeles —respondió seco.

—¿Y cuando la regañes la llamarás Angelesota?

Antonia dejó de reír en ese momento. Sabía que José Ignacio no iba a entender la particular forma de expresarse de Catalina y lo mejor que pudo para no volver a reír fue preguntar:

—¿Qué te ha dado José Ignacio, Catita?

—Ah, se me olvidaba. Me ha dado esto —dijo, estirando su pequeña mano y entregándole una cajita azul.

Antonia la cogió y al abrirla descubrió que era un precioso anillo.

—¿Y esto?! —exclamó sorprendida, mirándolo con amor.

—No te podía regalar sólo una figurita. Este anillo simboliza nuestro compromiso. Después, cuando nos casemos, llevaremos las alianzas, pero...

—¡No estáis casados! —soltó muy fuerte Catalina—. ¿Y cómo es que estás embarazada entonces? —preguntó luego, visiblemente preocupada.

Antonia no supo qué decir, aquellas preguntas tan inesperadas la habían dejado sin palabras. En el fondo tenía razón y fue José Ignacio quien, al ver su cara de espanto y como gran orador que era, le contestó:

—Catita —lo pronunció muy despacio, para que la pequeña se diera cuenta de cómo le hablaba—, nosotros ya estamos casados —mintió—, no te preocupes. Es sólo que no teníamos anillos y ahora que los tenemos, haremos una nueva ceremonia.

—¡Ah...! Porque mi papá me dijo que uno solo puede tener hijos cuando está casado y cuando ya es muy muy mayor, antes no.

—¡Muy bien! —lo celebró José Ignacio, esa frase sí que le había gustado—. Así debe ser y tienes que hacerle caso a tu papá. Es muy feo que no sea así —contestó riendo y guiñándole un ojo a Antonia, que ya volvía a respirar tranquila.

Al cabo de un rato de hablar con la niña, se les unió un mojado Sebastián, que los felicitó por lo del embarazo. Después del último comentario de Catalina, a José Ignacio le caía bastante mejor, se despidieron y cuando Antonia se encaminó hacia la escalera para subir a la casa, éste se negó rotundamente. Y aunque ella protestó, a él no le importó. La llevó hasta el camino y la hizo esperar sentada hasta que, al cabo de unos minutos, volvió en coche a buscarla.

Antonia supo en ese momento que no volvería a subir la escalera hasta que Ángeles ya hubiese nacido.

Después de tres días en la casa de la playa, donde se habían demostrado su amor de distintas maneras, decidieron que ya era hora de volver a la realidad y solucionar los problemas pendientes. Aunque Antonia hubiese preferido esperar un poco, veía que para José Ignacio eso era primordial.

Al principio se quedaron en la torre de marfil, ya que Antonia, cauta y organizada, le había entregado las llaves de su piso a su hermana, para que Francisca pasara de vez en cuando y controlara que todo estuviera bien. Ella hacía mucho que no iba.

Esa misma noche, Antonia llamó a Gabriel y, tras un breve resumen de los últimos acontecimientos, él les pidió que fueran hasta su casa, pensaba que ése era el mejor sitio para hablar.

José Ignacio se sintió un poco incómodo, no por tener que pedirle disculpas a Gabriel, sino por tener que hablar sobre ese tema tan delicado.

Cuando llegaron a la bonita casa de Gabriel, su mujer y él los estaban esperando. Lo primero que hizo José Ignacio fue disculparse con Graciela, para luego hacerlo con Gabriel, pero ellos no le guardaban ningún rencor, sino todo lo contrario, estaban contentos por Antonia y más aún porque de una vez por todas el abogado podría contar su verdad.

Se reunieron en el despacho y éste sacó una pequeña caja que tenía en un cajón, de la que extrajo algunas fotografías.

—José Ignacio —comenzó a decir, mientras le entregaba lo que tenía en las manos al hijo de su tan querido amigo—, ese que está ahí con una boina y un cuaderno en las manos es mi amigo Marcel, tu padre.

El hombre de la fotografía era igual a José Ignacio, la única diferencia entre ellos era que Marcel era algo más delgado, pero en lo demás eran prácticamente idénticos.

José Ignacio pasó el dedo por la foto. Muchas veces se lo había imaginado, pero nunca lograba ver su cara.

—Hijo, yo hablé con Antonia hace un tiempo, para que se cuidara de Elizabeth, pero ya ves, creo que fue peor.

—Sí —respondió él muy bajito—, Antonia me explicó todo lo que usted le contó.

Parecía que era otro el que estaba sentado frente a Gabriel, aquel hombre no tenía nada que ver con el arrogante de siempre o el que habían visto por última vez en la celebración. Éste era un niño asustado y muy emocionado, al lado de una gran mujer que lo estaba apoyando.

—Bueno, hijo, después de que Marcel abandonase el país, no supe nada más de él. Quizá fui un cobarde, pero puedo contarte todo lo que quieras saber. Antonia me explicó lo que le había dicho tu madre...

—Elizabeth, Gabriel, ella ya no es mi madre —lo interrumpió José Ignacio.

—Después de lo que le dijo Elizabeth, Marcel se fue y nunca más quiso regresar, pero cuando supo de tu existencia y creyó que era tu padre, era el hombre más feliz del mundo, como me imagino que lo serás tú.

»José Ramón se encargó de todo, pero ya no vale la pena culparlo, en su estado no debe de saber nada, ni acordarse de nada tampoco. Tienes que exigirle a Elizabeth la verdad, ni siquiera Roberto está enterado de todo. Él siempre estuvo enamorado de ella y aceptó todas sus condiciones —contó Gabriel, mientras Antonia tenía cogida fuertemente la mano de José Ignacio—. Yo creo que deberías hablar y despejar todas tus dudas. A mí ya sabes dónde encontrarme y estoy dispuesto a ayudarte en lo que quieras, puedes contar conmigo incondicionalmente.

—Gracias, Gabriel, sé cómo me puedes ayudar.

—Dime, ¿qué quieres que haga por ti?

—Necesito saber todo lo que recuerdes de Marcel, de dónde era y, lo más importante, su apellido. Me imagino que en la universidad habrá algún registro y con eso podré tratar de localizarlo —dijo.

—Boufard, ése era su apellido. Si me das un poco de tiempo, yo hablaré con unos contactos en la universidad y podré darte esa información, si quieres te ayudo a buscarlo.

—No te preocupes —respondió José Ignacio poniéndose de pie—. Con eso me bastará, cuando tenga noticias de dónde está, iré a hablar con él. Claro que tendré que esperar a que Antonia pueda, porque no volveré a viajar solo nunca más —aclaró, guiñándole un ojo a ella, que había permanecido en silencio todo el rato.

—Yo puedo viajar cuando quieras, sólo hay que preguntarle a la doctora Ardiles si me autoriza —expuso Antonia con seguridad. Lo único que quería era apoyar a José Ignacio y que él lo sintiera así.

—Ya veremos, cariño.

Y tras un apretón de manos y la promesa de seguir en contacto, se despidieron de Gabriel y Graciela y volvieron a casa de José Ignacio. Ninguno de los dos dijo nada, él estaba rememorando la conversación. Necesitaba tenerlo todo claro para enfrentarse a su madre y no dejaría pasar más tiempo.

Antonia estaba muy cansada y se le notaba en los ojos, no era muy tarde, de hecho no pasaban de las diez. Cuando estuvieron en la habitación, con ella a punto de acostarse, le informó que se iba a ver a Elizabeth, que ya no podía esperar más.

Antonia sabía que el momento había llegado, que ya nada se podía hacer, que no había marcha atrás, pero esa vez no lo acompañaría. Por su

tranquilidad y la de Ángeles no volvería a ver a aquella mujer. José Ignacio la comprendió perfectamente y tras despedirse de ella, se dirigió a la casa de sus padres.

Antonia estaba nerviosa, no temía por ella, porque no escondía nada, era un libro abierto para José Ignacio, al que ya se lo había confesado todo, incluido el beso de Javier. Aunque en un principio eso le molestó, entendió perfectamente las intenciones de él, y en cierto modo le estaba agradecido por querer cuidarla. Además, Antonia era una bendición para cualquier hombre, sólo que esa bendición era de él y no la volvería a dejar escapar. Menos ahora, que llevaba en sus entrañas la prolongación de su amor.

Al llegar, fue recibido por los brazos cariñosos de Irene y él, por primera vez, se dejó abrazar. La besó en el pelo, en la mejilla y le dio un cálido abrazo, sorprendiéndola gratamente. Le dijo que tenía una muy buena noticia que contarle, que lo haría después de hablar con Elizabeth. Irene no entendió por qué hablaba con tan duras palabras, pero no quería agobiarlo con preguntas, ya suficiente tenía con aquella tan hermosa muestra de afecto.

Al entrar al comedor, donde estaban cenando Roberto y su madre, él adoptó una actitud de batalla, se blindó lo más posible y, al erguirse, aumentó considerablemente, más que de porte, de carácter. Irradiaba una seguridad que no sentía en realidad, pero eso no lo sabía nadie.

—¡José Ignacio! Hijo —dijo Elizabeth al verlo.

Esto denotó claramente que ni Marcela ni Carlos le habían dicho nada, cosa que ponía las cosas más a su favor.

—Madre, Roberto, ¿cómo estáis?

—Bien, hijo. ¿Qué tal fue tu fiesta? —preguntó de corazón Roberto.

—Bueno, si me hubierais llamado para desearme feliz cumpleaños, lo sabríais.

—¿Para qué, José Ignacio? Eso son tonterías —replicó Elizabeth.

—Sí, es verdad —contestó con desdén, estaba haciendo esfuerzos por no gritarle a su madre. No lo molestaba la actitud de Roberto, él siempre había sido un peón para ella—. Necesito hablar con vosotros.

—Pues siéntate y cena con nosotros y luego hablamos —propuso Roberto.

—No, gracias, acabo de tener una agradable cena.

—¿Con Marcela? —preguntó Elizabeth con una sonrisa.

—Si fuera con Marcela, habría dicho que he cenado con tu aliada.

Elizabeth se sobresaltó, parecía que las cosas no estaban tan bien.

—No entiendo de qué me hablas —repuso, limpiándose los labios con una servilleta y cogiendo con toda la elegancia que poseía la copa de vino.

—Bueno, si lo quieres de esa forma, te lo haré más fácil. ¿Cuándo pensabas decirme que lo de Antonia te lo habías inventado tú, *mamá*?

Elizabeth se atragantó con el líquido que en ese momento bajaba por su garganta.

—¿Qué dices, José Ignacio?! —preguntó Roberto sin entender el alcance de sus palabras.

—Que te lo diga esa arpía —respondió con desdén.

—¡No te permito que le hables así a tu madre, José Ignacio! No seas irrespetuoso.

—¿Yo?! —vociferó—. ¿Por qué no te das cuenta de una vez por todas de la clase de mujer que tienes al lado? Ella siempre te ha utilizado, a ti y a todos nosotros. ¡Roberto, despierta de una vez por todas!

—Pero, hijo, ¿qué dices?! —exclamó Elizabeth.

—¡No me llames hijo! —gritó, empezando a perder el control—. ¡Tú no sabes lo que eso significa! ¡Me viste sufrir! Yo vine a ti, te abrí mi corazón, ¿y tú qué hiciste? Te reíste de mí. ¡Te regodeaste en mi dolor! Me hiciste pagar por algo de lo que yo ni siquiera tenía la culpa, no soportaste verme feliz. ¡Por eso inventaste todo eso sobre Antonia!

—¿De qué hablas? —Roberto estaba desconcertado.

—Cállate y escucha. Y entérate de una vez quién es de verdad tu mujer.

Elizabeth era como un témpano de hielo, no se le movía ni un músculo. Hacía mucho que había perdido el corazón y, con arrogancia en cada una de sus palabras, sabiendo muy bien el efecto que causarían atacó:

—No me arrepiento de lo que hice. Esa mujer no vale nada y yo jamás voy a permitir que ni ella ni el bastardo que está esperando pertenezca a mi familia.

José Ignacio perdió el control totalmente. Ya no era sólo con Antonia con quien se estaba metiendo su madre, era también con su ángel.

—¡Lo sabías! ¡Siempre lo supiste! ¿Cómo pudiste ser capaz de hacerme una cosa así? —bramó descontrolado, desde el otro lado de la mesa. Necesitaba tener una muralla frente a su madre; si no, no sabría cómo frenarse y eso él lo sabía. La rabia que sentía era descomunal.

—¡Por supuesto que lo sabía! Yo lo sé todo, José Ignacio. Así como

también sé que te revolcaste con muchas mujeres mientras estuviste, según tú, llorando las penas por ésa. ¿O me vas a decir que no es cierto? Sé sincero, no te mientas. Así que no me vengas a decir cuánto sufriste. Porque un hombre de verdad, que ama de verdad, jamás hubiera actuado como tú lo hiciste. Seguro que no encontraste en otras lo que esa cualquiera te daba en la cama y por eso la extrañabas. ¡Eres un hombre, por Dios! Y funcionas como todos —recalcó con soberbia. Ella no se alteraba con nada.

Mientras ella hablaba, y como aprendiz de la mejor maestra, José Ignacio supo que debía atacar de la misma forma, y en esa ocasión debía ser el mejor.

—Eso supongo que lo dices con conocimiento de causa, porque tú hiciste algo muy parecido hace años, con la diferencia de que tú te aprovechaste de Roberto, de su amor. Preferiste el poder y mira en lo que te has convertido —replicó con impertinencia—. ¿Qué tienes en la vida? Nada. A tu hija la perdiste. ¿O no te habías dado cuenta de que Martina se fue por ti?

—¡¡Qué sabrás tú de hijos!! Si hasta hace nada no querías ser padre. No me vengas a dar lecciones de moral, tú menos que nadie.

—No son lecciones de moral, Elizabeth, tú ni siquiera sabes lo que es eso. Eres una amargada, perdiste los sentimientos cuando dejaste a Marcel.

Eso se le clavó directo en su oscuro corazón. Marcel era su punto débil y aunque José Ignacio no pretendía jugar sucio, supo que ésa sería la única manera de poder derrotarla.

—¿Qué sabes tú de él?! Tú no serías nadie sin mí —le espetó ella con ira.

—No eres la única que lo sabe todo, tú también te dejaste engatusar como una ingenua. Te quedaste embarazada y eso truncó tu vida. Acepta que no eres tan inteligente, Elizabeth. Creíste en un cuento de hadas, abriste tu corazón y perdiste. ¡Tú que te crees superior al resto! Te revolcaste como una cualquiera, huiste de tu casa, siendo la deshonra para tu padre, mancillaste el honor de tu familia volviendo embarazada! Y para seguir con la cabeza bien alta, lo único que pudiste hacer fue jugar con los sentimientos de Roberto, así podías seguir manteniendo tu estatus de señora bien, cuando lo que eres en realidad sólo tú lo sabes, *madre*. Hasta en eso Antonia es mejor que tú, tiene dignidad. ¿Sabes qué es eso? ¡Pensaba criar a su hijo sola! Cosa que tú ni siquiera fuiste capaz de hacer —argumentó, mirándola seriamente, aniquilándola con cada una de las palabras que le decía.

Veía cómo, con cada vocablo que pronunciaba, ella se desencajaba más.

Era exactamente lo que había hecho con su vida, sólo que nadie, ni siquiera ella misma, se había atrevido a decirlo en voz alta.

—¡Cállate! —gritó entonces descontrolada, poniéndose en pie.

—¿Por qué quieres que me calle? —preguntó tranquilo—. ¿Te duele la verdad o sientes que no te revolcaste lo suficiente?

—¡José Ignacio, basta ya! No sigas por ese camino, le estás haciendo daño a tu madre.

—¡Ella no es mi madre! ¡Pregúntale lo que ha hecho!

—Sé cómo es Elizabeth, no hace falta que me lo digas.

—No sé cómo puedes estar al lado de una persona como ella. ¡Siempre he creído que tú eras diferente!

—Lo soy, José Ignacio, pero está Martina, y de algún modo he tratado de protegerla de tu madre. Ahora que ella se ha ido, yo ya no tengo nada que hacer con Elizabeth.

—¡Tú sabes que no me puedes dejar! ¿Qué van a decir? —chilló desesperada, estaba perdiendo a su más fiel aliado.

—Te lo dije la última vez, que si le volvías a hacer daño a alguno de tus hijos, ya no contarás más conmigo. No sé cómo permití que compraras al marido de tu hija para que éste la abandonara, pero se acabó. Lo que has hecho con Antonia no tiene nombre. Y si me vas a amenazar con contarle la verdad a Brisa, me da igual, seré yo mismo quien se lo diga todo.

—¿Qué verdad? —preguntó José Ignacio mirando a Roberto.

—¡Cállate! ¡Te prohíbo que hables! —bufó Elizabeth acercándose como una posesa a Roberto para silenciarlo.

—Tú ya no me puedes prohibir nada. Te lo advertí y José Ignacio tiene razón, ya le he vendido el alma al diablo demasiado tiempo.

—¿De qué hablas Roberto?! —volvió a preguntar José Ignacio, confuso.

—¡Habla, Elizabeth! ¡Díselo! ¿O prefieres que lo haga yo?

—¡Eres un don nadie! —le espetó con desdén—. ¡Si no hubiera sido por mi padre, hoy ni siquiera existirías! —chilló histérica.

—Martina no es mi hija, José Ignacio, pero tanto a ti como a ella os he querido como si lo fuerais toda la vida. Yo no puedo tener hijos y tu madre ni siquiera sabe quién es el padre. Por eso le duele tanto que le digas que es una cualquiera, porque en realidad lo es —sentenció Roberto con tranquilidad.

Todo lo que Elizabeth había ocultado durante tantos años salía a la luz, la fachada de persona recta e intachable se estaba desmoronando frente a sus

ojos y ella no podía controlarlo.

Al oír eso, José Ignacio la miró con desprecio.

—Me das asco, Elizabeth... Y si sabéis lo que os conviene, nunca se lo contaréis a Martina. Roberto, ella te adora, no es como nosotros y no permitiré que le hagáis daño. Escúchame bien, Elizabeth, éste es el juego que vas a jugar. Si quieres mantener la vida que llevas hasta ahora, ni una sola palabra de esto a nadie. Yo tengo el noventa y ocho por ciento de las acciones de la empresa de mi abuelo, todo es mío desde hace mucho, pero si haces algo, las liquido, las regalo si es necesario. ¿Me has oído!?

—¡Tú no puedes hacer eso!

—Ponme a prueba y veremos quién tiene razón —contestó José Ignacio fulminándola con la mirada.

Su madre supo que no jugaba y que estaba en manos de su hijo.

—Aprendí de la mejor arpía —afirmó éste para finalizar, dándose la vuelta—. Y antes de que se me olvide, este bastardo que está aquí, ya no es tu hijo, olvídate de mí.

Y con esas palabras, con el alma destrozada, José Ignacio se marchó de allí, ya no podía quedarse más.

Irene, que había oído los gritos, salió a su encuentro.

—Mi niño, ¿qué ha pasado? ¿Qué han sido todos esos gritos?

—Nada, Irene, no te preocupes, era sólo la verdad. Y espero que si sabes lo que te conviene, te vayas con Roberto, no te quedes con Elizabeth, no le sigas entregando tu vida a alguien que jamás te va a valorar.

—Pero ¿cómo? No lo entiendo —dijo la pobre mujer, hecha un manojito de nervios.

—Yo sé lo que te digo y antes de que me vaya, te daré la más maravillosa de las noticias: ¡voy a ser padre de una niña!

—¡José Ignacio! —exclamó Irene, feliz, olvidándose de todo lo sucedido.

Después de otro abrazo, él por fin abandonó aquella casa. Esperaba no tener que volver nunca más, ahora comenzaría una nueva vida.

Necesitaba tranquilizarse, no quería preocupar a Antonia, por lo que tardó un poco más en llegar y, al entrar, sintió aquella paz que tanto necesitaba. Se acurrucó a su lado, muy despacio y sin hacer ruido y se durmió profundamente.

Antonia, al sentirlo, no se atrevió a preguntar. Veía en él el dolor, pero sabía que con el amor que ella y Ángeles le entregarían, lo superaría.

Había pasado una semana desde su reconciliación y vivían felices y tranquilos. En aquellos siete días, él ya le había comprado de todo a su angelito. Visto desde fuera parecía como si fuera a tener una docena de niños, pero eso no le importaba, su nueva frase en su vocabulario era «Por si acaso».

Ese día había llamado a Antonia muy temprano para decirle que más tarde tenían una cita muy importante el uno con el otro.

Pasó a buscarla puntual. Ella estaba más hermosa que nunca, el brillo en sus ojos era especial.

Hablaba a diario con su abuela y Francisca la visitaba todas las tardes. Estaba trabajando menos y ambos se dedicaban todo el tiempo libre que tenían.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—No seas curiosa y no hagas trampa, mantén los ojos cerrados, ya falta poco.

Al cabo de un rato, llegaron a una casa estilo georgiano, el portón se abrió y ambos bajaron del coche. José Ignacio la guio por la casa. Antonia estaba maravillada, el lugar era perfecto. Él no le había dicho nada, pero se imaginaba que se la estaba enseñando para saber su opinión.

Al salir al jardín se quedó petrificada, al fondo había un sauce tan grande como el suyo y, debajo de él, un precioso sillón blanco.

—¿Te gusta tu nuevo hogar?

—¿Cómo? ¿Qué?

—Lo que has oído, cariño. Desde hace un par de horas, ésta es nuestra nueva casa. No te he podido poner un río, ni traer el campo que tanto te gusta, pero hay un sauce, y me encantaría que éste también fuera tu lugar favorito en el mundo.

—Si es junto a ti, siempre lo será, José Ignacio.

Epílogo



—¡Mami! ¡Mami! Ángeles se está comiendo la cola de *Siam*.

—¡¡Ángeles!! ¡¡No!! —chilló Antonia, mientras corría hasta llegar donde estaba sentada su pequeña, con *Siam* en las manos.

—Pablito, ¿puedes traerme la toalla que está encima de la hamaca para que limpie a tu hermanita? —pidió, quitándole los pelos de la boca a su hija.

—Pero, mami, papi me dijo que yo era un superhéroe, y que mi misión era protegerte a ti mientras él no estaba, tengo que cuidarte.

—Sí, mi niño, pero ahora puedes salvar también a tu hermana. ¿Qué te parece? Y así después se lo decimos a papá, para que él te dé un premio.

—Vale, vale —respondió el pequeño refunfuñando—, pero después quiero bajar a la playa, a ver si esta Catita.

Al cabo de un rato, cuando Antonia ya hubo limpiado a Ángeles, la cogió en brazos y le dio la mano a su hijo, para cumplir la promesa que le había hecho.

José Ignacio llegó a casa y, al no ver a su familia, se imaginó de inmediato dónde estaban. Le pidió a Giovanni, que iba con él, que organizara todas las cosas para su cumpleaños; desde la última vez que lo había celebrado habían transcurrido dos sorprendentes años, él ya no era un hombre solo ni egoísta, tenía una mujer a la que amaba con locura, una traviesa niña de casi dos años y un maravilloso niño de cuatro.

Antonia caminaba por la arena mientras Pablo corría a su alrededor y en cuanto vio a su padre acercarse, corrió hacia él. José Ignacio le abrió los brazos y al recibirlo ambos giraron como un torbellino.

—¡Papi! ¡Papi! ¡He salvado a mi hermana!

—¿Ah, sí? ¿Cómo, superPablo? —preguntó, besando el pelo de su hijo.

—Porque se ha comido la cola de *Siam*.

José Ignacio miró preocupado a su mujer, que se reía de la cara que tenía su marido. Era tan sobreprotector con sus hijos que varias veces habían tenido discusiones por eso. Aún recordaba el día que se habían ido a la clínica. Antonia había salido a hacer las últimas compras y al llegar a casa, sintió que un líquido corría entre sus piernas. José Ignacio se quedó en estado de shock, sin poder hacer nada y fue ella quien tuvo que gritarle para que reaccionara.

Él sólo se reanimó cuando vio que la metían en el quirófano y tuvo que tomar la decisión de que le practicasen una cesárea. Ángeles no estaba bien colocada y ante la más mínima posibilidad de complicación, José Ignacio lo tuvo claro. Antonia no estaba en condiciones de discutir nada y, al ver nacer a Ángeles, cualquier rencilla entre ellos quedó en el olvido.

—José Ignacio, no ha sido nada, sólo que esta niñita se quiere comer a *Siam*, pero gracias a superPablo, todo está solucionado —explicó Antonia, guiñándole un ojo a su hijo.

—Subamos, es tarde y los invitados llegarán dentro de un rato.

—Papi, yo quiero estar, quiero cantarte el *Cumpleaños feliz*, por favor, yo soy mayor, ¿verdad, mami?

—Bueno, bueno, ya veremos. Ahora subamos, que van a llegar tu abuela y tu tía Francisca —dijo José Ignacio, subiéndose a Pablo sobre los hombros.

Al llegar arriba, cogió a Antonia de la mano y le dio el beso que tanto deseaba.

Irene se había llevado a los niños a comer y eso significaba que tenían unos minutitos para ellos solos.

—Cariño, ¿cuándo me vas a dar mi regalo de cumpleaños?

—Mmm, no lo sé. Si te portas bien, te lo doy por la noche —respondió coqueta.

—¡Ah, no! Claro que me lo vas a dar esta la noche. Quiero con locura a Ángeles, pero debo decirte que odio cuando viene a nuestra cama.

—No seas mentiroso —replicó Antonia, besándolo de nuevo—. Si el que la va a buscar siempre eres tú.

—Menos mal que mi chico es todo un hombre y duerme solito toda la noche.

—José Ignacio —repuso, poniéndose en jarras—, ¿quién no se quedaría dormido con esos cuentos que le lees?

—¡Eh!, no insultes a nuestros superhéroes, que bien que te pones chinita cuando llega Batman por las noches.

—¡¡José Ignacio!! Cállate, que te pueden oír los niños.

—¿Quieres ser la Mujer Maravilla esta noche? —le planteó, agarrándola del trasero—. ¿O quieres ser sumisa?

—¿Ha traído las esposas, señor Zúñiga? —preguntó mimosa, mordiéndole el labio.

—Con un par de corbatas, hago maravillas —respondió él, guiñándole un ojo.

—¡¡Qué asco!! —exclamó Catita, haciendo que José Ignacio suspirara antes de apartarse de Antonia.

—Catita, ¿cómo estás? —preguntó suspirando.

—Bien, he venido para invitar a Pablito mañana a la playa. Vamos a hacer un concurso de castillos de arena. Pero no puede venir Ángeles, porque se pone muy angelesota cuando juega.

—Bueno, Catita, mañana Pablo estará encantado de bajar a la playa —dijo Antonia, logrando que la niña se fuera por donde había llegado con su padre.

—Ésta me la pagas, hoy suplicarás piedad —sentenció con firmeza.

Antonia, al oír aquellas palabras cargadas de lujuria, sintió cómo sus músculos se contraían y de inmediato sus ojos se achinaron.

—Espero deberle mucho, señor Zúñiga.

Las horas pasaron y la primera en caer a los brazos de Morfeo fue Ángeles, Pablo jugaba alrededor de la casa y esperaba con ansias los regalos que le traería su tía Fran, que volvía de un largo viaje por Europa. Según ella, se había ido para relajarse.

Las cosas con Carlos cada vez estaban peor. Desde la pelea en el hotel, José Ignacio había retirado todas las inversiones de su empresa y no lo había vuelto a ver. Francisca ni loca pensaba renunciar a todo lo que le proporcionaba estar casada, aunque sólo fuera de nombre. La última vez que había estado con Iván, se había dado cuenta de que tenía que alejarse rápidamente de él, ese hombre era su perdición. No podía quitarse aquel beso de la cabeza, lo que había sentido la había hecho someterse a sus encantos, y le temía más que a nada en la vida.

Los invitados comenzaron a llegar, cargados con presentes para José Ignacio. No era una celebración muy grande, sólo estarían los amigos más cercanos y la familia de Antonia.

María llegó con Francisca, que estaba realmente despampanante. El dorado de su piel hacía resaltar mucho su belleza, eso, más la corta falda y la ceñida blusa roja que llevaba, la hacían parecer una mujer fatal.

María, como siempre, abrazó a su nieta y besó a su Pepito con ternura. Únicamente a ella le permitía que lo llamara así. Pablo llegó corriendo hasta su abuela, se lanzó a sus brazos y de inmediato se la llevó a su habitación, pues quería compartir con ella todo lo que su tía le había traído.

Habían puesto una carpa en el jardín, iluminada por grandes velas alrededor y, como telón de fondo, tenían el mar y la luna.

Francisca estaba encantada hablando con Marcos y la esposa de éste y se sintió morir cuando oyó la voz ronca de Iván, que saludaba afectuosamente a su hermana.

—Antonia, estás preciosa, nunca te había visto tan guapa. No me mires así, José Ignacio, que sabes que todo lo que le digo es con respeto.

—Lo sé, Iván, relájate, que si creyera por un momento que...

—Pasa, Iván —pidió Antonia, interrumpiendo a su marido.

Seguía siendo el mismo, y aunque Iván ya lo conocía bien, a ella no le gustaban ese tipo de comentarios.

—No puedes decir esas cosas, mi amor —lo regañó cariñosamente.

De repente apareció Brisa, cogida de la mano de un estupendo hombre de color, su novio Zeru. Era encantador y muy divertido. Aunque en un principio a José Ignacio le costó aceptarlo, no porque fuera racista, ni mucho menos, sino porque Brisa nunca había contado que su novio era bastante mayor que ella, incluso mayor que él mismo, cosa que le molestaba sobremanera.

Brisa traía muchas pulseritas para sus sobrinos, el más encantado con eso era Pablo. Le gustaba mucho estar con su tía y a ella con él. José Ignacio odiaba ver a su hijo con pulseras, decía que esas cosas eran para chicas, pero Antonia le explicaba una y otra vez que esos hilitos lo único que hacían era darle buenas energías. Sin embargo, astutamente, su padre le decía que los superhéroes no llevaban pulseras, haciendo que Antonia no encontrara ninguna respuesta para contrarrestar ese argumento.

Sin que José Ignacio la oyera, le preguntó a su abuela por Javier y se alegró mucho al saber que estaba saliendo con una chica del pueblo y

compañera de trabajo.

Antonia estaba nerviosa, trataba de disimularlo lo mejor posible, pero José Ignacio la conocía bien y seguía atentamente todos sus movimientos.

Después de la deliciosa cena a base de los maravillosos manjares preparados por Giovanni, José Ignacio fue a buscar a su hijo para cantar el *Cumpleaños feliz*. Sopló las velas de la tarta y a petición de Pablo y sorprendiéndolos a todos, sobre todo a su mujer, le dio un mordisco al pastel.

La mejor recompensa para él fue ver los ojitos negros de su hijo brillar con intensidad y la cara de alegría de Antonia, que lo miraba con adoración. Estaba orgullosa del hombre en que se había convertido.

José Ignacio pidió permiso a los presentes y se fue a la habitación donde dormía plácidamente su angelito, sentía la necesidad de besarla.

Antonia pudo respirar tranquila, lo que tanto esperaba por fin había llegado. Ansiaba de todo corazón que ése fuera el mejor de los regalos para su marido.

Abrió la puerta de su casa y, con una gran sonrisa, recibió a su gran amigo Gabriel, a Graciela y, detrás de ellos, con su tan característica boina, vio a un hombre mayor. Era mirarlo y transportarse al futuro en cuestión de segundos.

—*Antonia! C'est un plaisir te connaître* —la saludó Marcel.

Ella abrió los ojos y miró a Gabriel, no entendía nada.

—¡Oh! *Pardon*, me he olvidado de que no entiendes el francés.

—No se preocupe, pero el placer es mío. Hemos hablado tanto por teléfono que siento que ya lo conozco —dijo ella, cogiéndole las manos.

—¿Dónde está mi hijo?

—Espéreme un momento —pidió, para enseguida subir la escalera de dos en dos. Cansada, llegó a la habitación de Ángeles y, con una gran sonrisa, murmuró:

—La vas a despertar. Ven, te voy a entregar mi regalo —susurró.

—Cariño, ya tengo mi regalo, vosotros sois lo más extraordinario que me ha dado la vida, qué más podría pedir. Si hasta la adopción de Pablo fue maravillosa. Siempre he creído que él nos encontró a nosotros, ¡y además se llama Pablo! —exclamó, con un brillo acuoso en los ojos.

Antonia supo por qué lo decía, él llevaba mucho tiempo buscando a su padre y no sabía cómo no lo había encontrado. Ella, con muchos menos recursos, lo encontró primero.

—Ven conmigo, pero... igual que yo cierro los ojos cuando tú me vas a dar sorpresas, quiero que esta vez lo hagas tú. ¿De acuerdo?

—Lo que quieras, chinita.

Bajaron la escalera y, cuando llegaron abajo, lo guio lentamente hasta dejarlo justo enfrente de Marcel.

—Ya puedes abrir los ojos. —Y susurrándole al oído, le dijo—: ¡Feliz cumpleaños!

José Ignacio se llevó la más inesperada de las sorpresas, delante de él estaba el hombre al que tanto había buscado: su padre.

Le costó unos minutos procesar sus ideas, su mente no estaba funcionando bien. Tenerlo allí, en su casa, era algo que jamás había imaginado y fue Marcel quien, con los ojos llenos de lágrimas, tomó la iniciativa y se acercó.

—*Mon fils!*

Oír esas palabras, pronunciadas con la misma devoción con que él se dirigía a sus hijos, hizo que cualquier duda se disipara en cuestión de segundos. No controló sus emociones y, sin importarle nada ni que lo estuvieran mirando, se lanzó a los brazos de Marcel, fundiéndose en un gran abrazo con él, igual como hacían Pablito o Ángeles cuando lo veían a él. Ése era amor del más puro, realmente era cariño.

Marcel abrazó a su hijo con todo el amor que un padre le podía entregar. Ambos lloraban de felicidad. José Ignacio sentía que no podía controlar sus lágrimas, se estaba dejando querer de la forma más pura e incondicional. Y por su padre.

Antonia, al ver la escena, también lloraba, no podía evitarlo, disfrutaba de aquel momento tanto como lo hacía su amor.

Después de unos largos minutos, José Ignacio le presentó a su mujer.

—Ya nos conocemos, gracias a ella estoy aquí —contestó Marcel, que aún lo tenía de la mano.

En ese momento entró corriendo Pablito, que jugaba con un helicóptero que le acababan de regalar y al ver a su padre con lágrimas en los ojos le preguntó qué pasaba, irguiéndose de la misma forma que lo hacía él, creciendo en estatura de inmediato.

—Papi, ¿quieres que te defienda como superPablo?

—No, Pablito —respondió, cogiendo la pequeña mano de él—, este señor que ves aquí es mi padre.

Pablito movió su cabeza de un lado a otro, en señal de que no entendía y

con la personalidad y seguridad que tenía, le dijo:

—¿Cómo puede ser tu papá si tu papá es mi abuelo Roberto?

Antonia, como siempre, se adelantó a la respuesta. Claramente, José Ignacio no había pensado en la noticia antes de dársela y, sorprendiendo a todos, le contestó a su hijo con ternura:

—Es que ahora tienes dos abuelos, él también lo es. Anda, dale un besito.

Marcel se agachó y cogió a su nieto en brazos para darle un par de besos en las mejillas y se presentó como su *grandpère*, cosa que él de inmediato entendió; además, como buen anfitrión, le dijo que tenía que subir a conocer a su hermanita.

José Ignacio estaba encantado con la situación y, aunque Antonia intentó dejarlos solos para que hablaran, él insistió en que no lo abandonara, así que Gabriel y Graciela se unieron a la fiesta, mientras ellos iban a buscar a una despierta y traviesa Ángeles a su habitación.

En la terraza de la casa todos estaban felices, José Ignacio y Antonia se habían esmerado por hacer de aquella una noche muy especial. Todos, de algún modo u otro, estaban conectados.

María charlaba encantada con Iván, quien ya se conocía mucho con la dulce anciana. Antonia había seguido todos sus controles posteriores con él, cosa que había molestado mucho a Francisca. Iván no intentó buscarla para poder tener una vida normal, pero el destino se encaprichó con él, haciéndolo retomar algunas de sus viejas costumbres. Lo que aún no era capaz de entender era por qué no se podía quitar a aquella mujer de la cabeza. Se había resignado diciéndose que Francisca tenía un matrimonio feliz y que él no se interpondría, pero cuando María le contó que su nieta estaba en Europa, sola, volvió a recuperar las esperanzas. Y más que nada, asistió ese día al cumpleaños de José Ignacio para verla a ella. Cuando lo hizo, revivió todos sus recuerdos y al verla sola, reafirmó sus ganas de tenerla.

Francisca hablaba con Brisa alegremente sobre su viaje y, de pronto, al mover los brazos para mostrarle las pulseras nuevas que se había comprado, chocó con la bandeja en que Irene llevaba el café a la mesa, derramándose sobre el brazo.

—¡¡Mierda!! —exclamó, tratando de quitarse la blusa.

—¿Estás bien? —preguntó Iván, preocupado.

—¿Tú qué crees? —gruñó—, ¿que estoy bailando? ¡Claro que no estoy bien! Me duele —finalizó con una mueca de dolor.

—Ven —dijo él, cogiéndola de la mano y llevándosela dentro.

Antonia, que se enteró de lo que había pasado, bajó para ver a su hermana.

—Frani, ¿estás bien?

Ella la miró irritada por la pregunta que le acababa de hacer, pero lo mejor que pudo, respondió:

—No, me duele y me acabo de estropear la blusa nueva.

—Yo te dejo una, no te preocupes. Iván, ¿necesitas algo? —se interesó Antonia.

—Si me traes unas toallas húmedas y lo que uses como cicatrizante para Ángeles, eso me servirá y además quiero saber dónde puedo examinarle tranquilo el brazo.

—En mi habitación. Sube, Fran, ya sabes dónde está, yo voy a buscar las cosas.

Con la cara contraída de dolor, Francisca subió la escalera seguida por Iván.

Al llegar hasta la habitación, él, muy correcto y con actitud profesional, se paró frente a ella y, con los dientes, le desgarró la manga de la blusa para que la quemadura le quedara al aire. Justo cuando Francisca le iba a decir algo, entró Antonia con las cosas que le había pedido. Luego se fue directa al armario y sacó una blusa que le entregó a su hermana antes de salir de la habitación.

Iván estaba muy concentrado, mirando el brazo de Francisca, y cuando terminó, sin siquiera pedirle permiso, comenzó a desabrochar los botones de la blusa.

—¡Eh! ¿Qué crees que estás haciendo? —protestó ella, poniendo una mano sobre la de él y sintiendo el mismo contacto eléctrico que había sentido hacía un par de años.

—Aparta la mano —replicó él—. ¿Qué te parece que estoy haciendo? ¿Crees que te voy a poder curar así, con la ropa puesta? —respondió serio.

—No... no, es que...

—Es que nada, pórtate como mujer, aunque sea por una vez en la vida.

Francisca se sintió herida al escuchar esas palabras, sabía perfectamente a lo que se refería y no supo qué contestarle. Aquel hombre la bloqueaba completamente.

Al terminar de desabrocharle la blusa, Iván se quedó impresionado

mirándola. Aquella tersa piel lo tenía realmente cautivado, su color dorado por el sol lo estaba haciendo imaginarse cosas que nada tenían que ver con la quemadura.

—Bueno, ¿qué? ¿Te vas a quedar mirando o me vas a ayudar?

Iván negó con la cabeza y se quitó todos aquellos pensamientos oscuros, terminando su trabajo como si nada.

—¡Ay! Me duele —chilló Francisca, cuando él le aplicó una pomada blanca.

—Del dolor al placer... hay un solo paso, Francisca —murmuró con voz ronca, cargada de deseo.

Ella tardó un poco en entender lo que había dicho, pero con la lengua viperina que la caracterizaba contestó:

—Saca el látigo ahora. —Y haciendo un gesto como buscándolo, prosiguió—: ¿Dónde está, que no lo veo?

—Si lo hubieras probado, no te atrevería a hablarme así y estarías suplicando más.

—Ja, tú no me conoces —replicó con soberbia—. Yo no sé lo que significa suplicar y, por otra parte, deberías ver lo que yo soy capaz de hacer con uno de éstos —concluyó con sarcasmo, sin saber por qué. Ella en su vida los había visto, es más, sólo había leído sobre eso en aquellos libros que tanto le gustaba leer.

—Demuéstrame —dijo Iván con seguridad, sujetándole hábilmente las dos manos y poniéndoselas detrás de la espalda, para luego mirarla con desdén de arriba abajo y besarla apasionadamente en los labios, sin que ella pudiera hacer nada.

—¡Suéltame! ¡¿Qué has hecho?!

—Nada que tú no quisieras hacer.

—¡Vete! ¡Sal de aquí ahora mismo!

Con una gran sonrisa y pasándose la lengua por los labios, Iván salió de la habitación, dejándola absolutamente ardiendo por dentro... y por fuera.

La noche siguió muy animada, hasta que José Ignacio pidió silencio para hacer un anuncio.

—Amigos, familia, desde que conocí a esta hermosa mujer, ella no ha dejado de sorprenderme, sobre todo con regalos de lo más inesperados — miró a su padre—, pero como la conozco, sabía que hoy no sería la excepción. Desde luego no me imaginé qué clase de regalo sería y, como siempre, ha puesto el listón muy alto.

»Un día le dije que le escribiría un poema, que ya sabemos de dónde me viene esa afición. Pues bien, chinita —anunció, mirando con ternura a su mujer—, éste es mi regalo.

Y empezó a declamar el primero de muchos poemas para Antonia.

I

*Me supe que me querías, me supe.
Y qué lindo se me está el día,
Sin sol, pero lindo me supe
Para dormirme, yo me supe y soñárteme.
Me supe con alegría para ese día
Para que fuera perenne.
Sí, me supe tanto de ti.*

II

*Por eso, háblame
Largamente como cantan las esmeraldas olas
En la rompiente,
Mientras te miro a los ojos
Con mi mentón sobre mi puño
Antes que se evapore la tarde
Sobre el oscuro río.*

III

*Mi greda, mi mujer,
La adobo, la amoldo, la decoro en ojos, en cuerpo,
Vasija que refresca su gemido,*

*Un eco infinito en mi barro,
Sin olvidar que somos polvo
Y en cenizas con restos de besos encendidos.*

IV

*En una de estas tardes
Cualquiera tarde
Hallaré tus ojos con su propio crepúsculo celeste,
Horizonte terso
Y el sol cayéndote como en una fiesta de colores
Hacia tu alma, hacia tu atardecer.*

Ella, con lágrimas en los ojos, se acercó a su amado y le dijo mirándolo emocionada:

—Es lo más bonito que he oído nunca. Te amo, te amaré hoy y siempre.
Gracias por todo, José Ignacio.

—Antonia, no me debes nada.

Agradecimientos



A mis tres hadas madrinas: Freya Asgard (mi profe), que creyó en mí desde el primer momento y me enseñó más de lo que ella misma se imagina; a Claudia González, que con sus hilos mágicos tejió una red para que mi sueño fuese posible, y a Esther Escoriza, por darme esta maravillosa oportunidad de dar a conocer mi trabajo.

A mi amiga del alma, Pola Bilbao, por estar siempre ahí para mí, en todo momento y a cualquier hora.

A mis incondicionales chinitas que desde el día 1 estuvieron apoyándome y sé de corazón que este libro es el logro de todas. No importa el lugar de donde seáis, todas reímos, lloramos, amamos y odiamos, pero finalmente luchamos por hacer de esta novela un sueño colectivo, porque sin vuestro apoyo, yo no sería nada.

A mis personajes, José Ignacio y a Antonia, que llegaron a mi mente una tarde de junio. Tenían una historia que contar, y yo fui el instrumento que ellos utilizaron para hacerlo realidad.

A mi familia, mi esposo y mis hijos, que están conmigo incluso cuando mi mente está en un mundo mágico creando historias.

Y por último y no menos importante, a la vida, que me ha hecho ser lo que soy.

De corazón, muchísimas gracias.



Conti Constanzo nació en 1978 en Santiago de Chile, ciudad en la que vive actualmente.

Descubrió su pasión por los libros de pequeña, cuando veía a su abuelo leerlos y atesorarlos con su vida. Cada ejemplar de su biblioteca debía cumplir un único requisito para estar ahí: haber sido leído.

Desde siempre había contado historias y cuentos en los que, por supuesto, de alguna u otra forma, ella actuaba como protagonista.

Pero, a pesar de que le encantaba escribir, nunca se había decidido a hacerlo, hasta que un día llegó a sus manos un libro cuya escritura la enamoró y comenzó su primera novela, a la que le han seguido otras que intentan ver la luz.

Aunque es difícil de creer, su vida es como una novela en la que sí participa activamente y con la que nunca deja de sorprenderse.

Romántica empedernida, es esposa y madre de tres hijos.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/pages/Conti-Constanzo/617422235015692>.

Notas

* *Mal bicho*, Columbia, interpretada por Los Fabulosos Cadillacs. (*N. de la E.*)

* *Un café para Platón*, Fernando Ubierno, interpretada por Fernando Ubierno. (N. de la E.)

No me debes nada
Conti Constanzo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, (c) Aleksandra Nadeina - Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Conti Constanzo, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2015

ISBN: 978-84-08-14084-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com